



EL CÉLIBE

Iñaki Bernaola



Ediciones
Alféizar

EI CÉLIBE

Iñaki Bernaola



Ediciones
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Autor portada: Enrico Pitton

Maquetación: Antonio Torres Rodríguez

Teléfono: 34 644 524 524

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

“A Markel y a Nikola, que no hace mucho han aprendido a leer, y que espero sean mis más apasionados lectores en el futuro”.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

SEGUNDA PARTE

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

TERCERA PARTE

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Desde que era niño había pensado que su ciudad era algo así como una de las puertas que tiene este mundo para llegar al más allá. Ese pensamiento le venía a la cabeza sobre todo cuando, paseando por la orilla del mar, dirigía su vista hacia el sur, hacia el mar abierto, hacia el espacio entre las numerosas islas y diversos salientes de tierra a través del cual los barcos habían hecho desde siempre su entrada y salida; algunos, los más pequeños, sobre todo barcos de recreo, atracando junto al mismo paseo marítimo; y otros, los de mayor tamaño, situados al paio en aguas más profundas.

Todos en su familia, al menos hasta donde llegaban sus recuerdos, habían sido católicos y republicanos, razón por la cual una de las cosas que mayor orgullo les había proporcionado a casi todos sus antepasados era que a la Reina se la hubiera despojado del honor de poner nombre a su ciudad, decisión del todo lógica porque su país ya no era un apéndice de una monarquía opresora sino una república, en la cual, lógicamente, ya no mandaba ninguna reina.

Pero todo eso había ocurrido hacía mucho tiempo, mucho antes de que él naciera, y así suele ocurrir que las cosas que las nuevas generaciones han conocido siempre de una forma determinada les parecen a éstas del todo natural, sin que casi nunca se den cuenta de que en este mundo las únicas cosas naturales son aquellas en las cuales los seres humanos no han intervenido para nada, y qué duda cabe de que el nombre de una ciudad es cualquier cosa menos natural. De hecho, para conseguir que su ciudad dejara de llamarse Ciudad de la Reina, es decir, *Queenstown*, y pasara a llamarse de una forma mucho más corta y sencilla, *Kouf*, que es así como lo pronunciaban a pesar de que su ortografía fuera algo diferente, concretamente *Cobh*, fuera necesaria una lucha desigual en la que hubo que soportar todo tipo de penalidades, incluidos asesinatos, unos bendecidos por la propia monarquía y otros no tanto, sin excluir torturas, saqueos, violaciones y humillaciones sin cuento.

Pero la guerra que se libró entonces, con todas las luces y sombras propias de cualquier guerra, no le impresionaba tanto a nuestro protagonista como la contemplación de la abertura entre islas y trozos de tierra a través de la cual se podía atisbar el mar abierto desde el paseo marítimo; y entonces imaginaba divisar en lontananza aquel imponente barco con sus cuatro chimeneas amarillas que sólo echaba humo por tres de ellas, porque la cuarta, la de más

atrás, únicamente servía para impresionar a la posible clientela, ignorante en su mayor parte de cuestiones marítimas, que juzgaba la mayor o menor categoría de un barco por su número de chimeneas.

Allí estaría el barco, en algún punto que él no era capaz de precisar porque de eso había pasado casi un siglo, pero que sin lugar a dudas, porque así se había repetido una y mil veces a lo largo de los años, en cierta ocasión, una y nada más que una, se dejó ver enfrente del paseo marítimo del centro de la ciudad, mientras una serie de embarcaciones más pequeñas, llamadas tónder por los entendidos, se dedicaban a llevar y traer personas y equipajes entre el enorme barco y tierra firme. Unos se quedaban, y otros se iban. Unos continuarían su vida, en el anonimato las más de las veces. Otros, por el contrario, dejarían sus nombres registrados para la historia por haber viajado en el barco que en una única ocasión se dejó ver desde la ciudad que entonces debía su nombre a la Reina; pero que, tal y como sólo Dios estaba al corriente de lo que iba a ocurrir, partió hacia el más allá para nunca más volver.

Siempre le pareció un tanto sacrílego el hecho de que, entre aquéllos que por haber desembarcado del barco en la Ciudad de la Reina quedaron excluidos del viaje al más allá, hubiera precisamente un sacerdote, ya que en su estricto fuero interno le parecía más apropiado para un ministro de Dios estar al lado de quienes les ha llegado la hora de rendir cuentas delante del Altísimo. Sin embargo, en lugar de socorrer a los que por habérseles llegado el instante supremo estarían necesitados de auxilio espiritual, lo que dicho sacerdote hizo fue de alguna manera profanar su recuerdo, pues durante las horas transcurridas desde la parte inicial de la travesía iniciada en Southampton con escala en Cherburgo hasta la arribada final a Queenstown, el reverendo padre Browne se dedicó a sacar más y más fotografías de aquellos que, ignorantes de su destino, se divertían alegremente tomando parte en juegos de cubierta, haciendo ejercicios físicos en el gimnasio del barco, o sentados plácidamente en las tumbonas de las llamadas *promenade deck*, es decir, cubiertas de paseo, con un libro entre las manos y una manta por encima del abrigo mientras los solícitos camareros servían té o cualquier otro aperitivo.

El reverendo padre Frances Browne al parecer tenía sus propios quehaceres en la Irlanda católica, razón por la cual en lugar de continuar viaje a New York desembarcó en la Ciudad de la Reina y continuó tranquilamente con su vida. Son numerosas las fotografías que se conservan de aquel viaje,

algunas de ellas debidas al propio padre Browne y otras no. Las hay que exhiben planos amplios, por ejemplo las que nos presentan los mencionados tónderes embarcando o desembarcando desde el puerto de Queenstown cientos de personas y sus respectivos equipajes, fotografías que, vistas a posteriori, en realidad lo que nos están mostrando es el sobrecogedor veredicto que indica quiénes estaban condenadas a muerte para que la sentencia se fuera a ejecutar al cabo de pocos días; o quienes, por el contrario, seguirían vivas hasta que a cada una le llegase su hora. También hay fotografías que muestran la imponente panorámica del barco de las cuatro chimeneas echando humo sólo por las tres primeras, unas veces saliendo del puerto, otras en plena travesía y otras fondeado al paio en medio de la bahía de Queenstown. Pero quizás las más impresionantes son aquéllas en las cuales, por la cercanía del motivo, podemos distinguir individuos de carne y hueso, es decir, personas con cuerpo y alma, porque nos damos cuenta de que estamos ante el retrato de quienes, ignorantes de su destino en el momento en que dichas fotografías fueron tomadas, estaban a punto de rendir cuentas de sus actos ante el Ser Supremo.

Aunque todavía faltaban algunos años para que se rodara la famosa película ganadora de un montón de premios óscar dirigida por James Cameron, otras versiones cinematográficas anteriores, ampliamente conocidas también por el gran público, no hicieron sino reforzar la impresión que siempre le había causado vivir al lado de una de las puertas que consideraba conectaban este mundo con el otro, es decir, la apertura hacia el mar abierto que se divisaba desde el paseo marítimo. Le impresionaba el hecho de que en las susodichas películas aparecieran personajes que encontraron su destino final debajo de unas aguas casi congeladas, así como también, aunque entonces todavía no se conociera la ubicación exacta, que a más de cuatro mil metros de profundidad, como si de una tumba gigantesca se tratara, yaciera el esqueleto del enorme navío que, cual barca de Caronte, había servido para transportar mil quinientas y pico almas hacia el reino de Hades.

Y le impresionaba también que dicho navío hubiera estado construido por miles y miles de católicos republicanos al igual que lo habían sido en su familia desde hacía generaciones. Poco importaba que la mayoría del personal de la oficina técnica fueran protestantes. Poco importaba que el entonces dueño del astillero Harland & Wolf, Lord Pirrie, fuera un liberal partidario de la Home Rule, o sea, estatuto de autonomía para Irlanda. La cuestión era que los miles de obreros que días tras día entraban en el astillero por la puerta grande que daba directamente a la grada, y que bajo un ruido ensordecedor se

dedicaban a ensamblar a golpes de martillo neumático las gigantescas chapas con cientos de miles de remaches, eran en su abrumadora mayoría católicos irlandeses de Belfast.

Todo esto lo tenían muy presente casi todos los habitantes de Cobh, es decir, que en abril de 1912, cuando en su viaje inaugural el Titanic hizo escala en su ciudad que entonces se llamaba Queenstown, convirtió a dicha ciudad en una de las puertas del más allá. Lo que ocurre es que, por razones que nunca se llegan a comprender, ello influyó de manera muy diversa en unos y en otros. Algunos, la mayoría, se dedicaron a otras cuestiones más inmediatas, como por ejemplo la lucha por la independencia de Irlanda que se llevaría a cabo pocos años después, y que sirvió entre otras cosas para que su ciudad pudiera cambiar de nombre. Otros se dedicaron a explotar la fama que el malhadado barco les había dado escribiendo libros, construyendo museos, levantando memoriales y, de paso, atrayendo al turismo. Y otros se quedaron atrapados en el misticismo que produce saber que, por un designio que unos achacan a Dios, otros al azar, otros al capricho de la naturaleza y más de uno a la inoperancia humana, mil quinientas y pico personas perecieron en circunstancias inesperadas, no con el auxilio espiritual del padre Browne, el cual había tenido la fortuna de huir a tiempo del barco cual si de astuta rata se tratara, sino de una orquesta de músicos que, viendo el final inevitable, se cree que interpretaron en sus últimos momentos el himno “Cerca de ti, Señor” sobre la cubierta, al aire libre, si hacer distingos entre pasajeros de una u otra clase porque a la hora de rendir cuentas delante de Dios todos somos iguales, y lo único que cuenta es el alma de cada uno, o una.

A lo mejor todo esto no era sino una de esas cosas que, por darse uno más importancia a sí mismo de la que en realidad tiene, pensaba nuestro protagonista que le había supuesto de inspiración para una posterior vocación sacerdotal, es decir, el deseo de dedicar su vida a socorrer y salvar almas al contrario de lo que hizo su compatriota el padre Browne, que desembarcó dejando desamparadas a mil quinientas y pico personas mientras él se llevaba bajo el brazo un montón de fotografías, seguramente sin ser consciente entonces de que en realidad no había fotografiado los cuerpos de dichas personas sino sus propias almas, porque para cuando todas esas fotografías fueran reveladas ya los cuerpos de esas personas no existirían, y sólo permanecerían sus almas plasmadas en papel fotográfico, ya que el alma de un ser humano no es sino la memoria de dicho ser que perdura en el recuerdo de los que le conocieron, le amaron o le odiaron.

Todas estas cosas impresionaban sobremanera a nuestro protagonista en su época de niño y adolescente, influenciado por una educación llevada a cabo casi de forma exclusiva por sacerdotes irlandeses católicos, educación similar a la que recibirían todos los muchachos de su edad pero que dependiendo de la forma de ser de cada uno, es decir, más o menos proclive a caer en tentaciones de diversa índole, se la podían tomar más o menos en serio. Pero si uno era un muchacho introvertido, tendente al misticismo, aficionado más a la meditación que a la conversación desenfadada, y suficientemente miedoso como para no ceder sin más ante las tentaciones del demonio ni sólo ni en compañía, resultaba más que probable que acabara metido en un seminario, acaso engañándose a sí mismo con supuestas elevadas tareas de salvar las almas del prójimo cual si de naufragos del Titanic se tratara.

Un hermano suyo, el primogénito, ingresó como aprendiz en un taller de reparación de automóviles. Otro hermano continuó con el oficio paterno de arreglos domésticos de todo tipo. Una hermana entró a trabajar como dependienta en una tienda, y la otra se fugó pronto de casa para dedicarse supuestamente al servicio doméstico, sin que en adelante se supiera gran cosa de ella. Y el más pequeño de todos, Michael Fogherty, acabó convertido con los años en el padre Michael, aunque para llegar a eso todavía falta un poco.

Capítulo 2

¿Qué era lo que podía aprenderse en un seminario? Al menos algunas cosas parecen bastante obvias, como por ejemplo el latín. Aparte de alguna excepción que otra, el latín ha sido la lengua del clero y de la liturgia católicas por excelencia, entre otras razones porque el Concilio de Trento puso en su día las cosas en su sitio ante la amenaza protestante, mucho más proclive a acercar todo lo relacionado con la liturgia (idioma, géneros musicales, etc.), a la mentalidad del pueblo cristiano. Aun así y todo, la importancia del latín en el mundo eclesiástico había decrecido ya notablemente en la época en la que Michael ingresara en el seminario.

Aparte del latín, también se aprendería a celebrar misa, es decir, a realizar de forma correcta los movimientos pertinentes delante del altar según cada una de las fases de la misa cual si de una tabla de gimnasia sueca se tratara, porque afortunadamente los textos a recitar no había más que leerlos del libro adecuado a la ocasión sin necesidad de aprenderlos de memoria. No obstante, se entiende que en alguna medida sería necesario asimilar lo que en dichos libros se planteaba para poder pergeñar después un sermón que resultara mínimamente convincente; aunque a lo mejor existen libros que lleven por título algo así como “Cien sermones para salir del paso”; lo mismo que existen otros titulados “Cien recetas de cocina para solteros”, o “Cien adornos de punto de cruz para trapos de limpieza”.

Ya en el siglo V, si no me equivoco porque de eso ha pasado ya una eternidad, Agustín de Hipona definía siete pecados capitales, a saber: soberbia, avaricia, lujuria, gula, ira, envidia y pereza. No cabe duda de que en el seminario, aparte de otras muchas cosas, se hablaría de los siete pecados capitales que el tal Agustín, San Agustín para los católicos, enunciara hace un montón de años. Y a lo mejor no sólo se hablaría, sino que también habría oportunidad de aprender algo de ellos en la práctica, que es como mejor se aprenden las cosas.

La Iglesia Católica, más sabia por vieja que por cualquier otra razón, había asumido desde hacía muchísimo tiempo que absolutamente nadie, desde el propio Sumo Pontífice hasta el más humilde creyente, estaba a salvo de sucumbir ante las tentaciones del demonio y, consecuentemente, de pecar; lo que para el caso que nos ocupa venía a significar que en el seminario donde Michael se preparaba para el sacerdocio las oportunidades de practicar los

siete pecados capitales eran muchas y variadas.

Dice una antigua coplilla navarra que si vas a los Escolapios y ves al Padre José, lo mejor que puedes hacer es llevarte una mano al culo y arrimarte a la pared. Supongo yo que, al hilo de lo que hemos comentado antes, el saber arrimarse a la pared a tiempo era una de las cosas que todo aspirante a sacerdote que estuviera interno en un seminario debía aprender a pesar de que ello no figurase en los programas oficiales de estudio respectivos. Porque, tal y como se ha demostrado una y mil veces, en gran parte de las instituciones eclesiásticas existe algún padre José. Y si uno no sabía ponerse a buen recaudo de las asechanzas de dicho padre José podría ocurrir que, aparte de pecar gravemente según el tercer pecado capital enunciado por San Agustín, su vida sexual acabara convertida en una mierda, en una edad en la cual la formación de la personalidad, y por ende la faceta sexual, estaban en una fase de crucial desarrollo. Y no sólo eso, sino que una vez que le hubiesen echado a perder su inocencia sexual, entendida la inocencia en el más amplio sentido de la palabra, pues a lo mejor acababa convertido él mismo al cabo de los años en otro padre José.

Así que el pobre Michael Fogherty, ignorante cuasi absoluto de cuestiones sexuales cuando a la temprana edad de doce años ingresó en el seminario de Saint Brendan, lo primero que tuvo que aprender sobre sexualidad fue a arrimarse a tiempo a la pared. Bien es verdad que no le costó demasiado: tratándose de un muchacho introvertido, más proclive a pasar desapercibido que a la notoriedad, no demasiado agraciado ni sobresaliendo en ningún aspecto de la vida, tuvo la suerte de que el padre José de turno jamás se fijara en él.

No obstante, el saber poner tu culo a salvo no bastaba para colmar las inquietudes sobre el particular propias de un muchacho de la edad de Michael, y menos aún conforme se iba haciendo mayor. Pero, por desgracia, la postura católica tradicional oficialmente imperante en el seminario negaba de plano la posibilidad de conocimiento, interés y mucho menos experimentación sexual del tipo que fuera, aceptando como única excepción la práctica denominada “matrimonial” entre cónyuges siempre que antes se hubiera celebrado la correspondiente boda eclesiástica; excepción que, para más inri, estaba vedada a los sacerdotes y, por extensión, a los que aspiraban a serlo. Todo ello, además, era repetido en charlas y sermones una y mil veces acompañado de la amenaza del infierno y de sus horribles sufrimientos para toda la

eternidad, pues cualquier manifestación relacionada con la sexualidad constituía materia grave de pecado; es decir, que aquella persona que incurriera en alguna de las conductas prohibidas por el sexto y el noveno mandamientos de la ley de Dios, que son los referentes al sexo, acabaría condenándose para toda la eternidad.

Resumiendo: que el desarrollo sexual del joven Michael en la época de su pubertad siguió un camino tortuoso entre ponerse a cubierto del padre José, pasar numerosos momentos de pánico pensando en la amenaza del infierno y en la perspectiva de una vida eterna horriblemente torturado y, por último, y esto es sin duda lo más importante, un creciente interés y curiosidad, compartido además por la absoluta mayoría de sus compañeros seminaristas, el cual no tenía otra causa que la normal manifestación de lo que la naturaleza humana establece para dichas edades de la persona.

En todos los centros educativos existe lo que se llama un currículo oficial o notorio, es decir, el conjunto de contenidos, actividades, etc., establecidos por dicho centro en su programa de enseñanza; y otro currículo denominado oculto, o sea, aquél que sin estar plasmado de forma explícita en ningún plan de trabajo, sin embargo existe y ejerce una influencia más o menos decisiva en el desarrollo de las personas y en el resultado del aprendizaje. Una de las primeras cosas del currículo oculto que Michael pudo aprender en el seminario fue que existen determinadas personas, como el padre José, con las que, aparte de no merecer la pena establecer demasiada confianza, conviene también mantener una cierta distancia de seguridad y utilizar ciertas estrategias de autoprotección.

Pero, por el otro extremo, existía también otro currículo oculto, generalmente establecido y desarrollado entre iguales, o sea, entre los propios compañeros del seminario, que a fin de cuentas constituía la única vía de aprendizaje, sea teórico o práctico, de algo que mereciera la pena en materia sexual. Así ocurrió que uno de los primeros elementos de aprendizaje sexual que pudo conseguir o, si se prefiere llamarlo así, disfrutar el joven Michael fue una cierta estampa que, sin saber de dónde había salido, solía circular de forma clandestina entre los compañeros del seminario. En dicha estampa aparecía fotografiada de espaldas una monja arrodillada en un reclinatorio, pero vestida únicamente con su correspondiente toca y con unas medias enfundadas en un par de zapatos de tacón alto. La parte trasera de la toca apenas si le tapaba un trozo de la espalda, con lo cual quedaban a la vista la

cintura, el trasero, los muslos y las piernas. Al estar colocada en una posición ligeramente girada hacia un costado, por ese lado podía advertirse cómo sobresalía por detrás de la espalda parte del busto; y además la posición del tronco, con el cuerpo doblado apoyado en el respaldo del reclinatorio, resaltaba la prominencia de las caderas, lo cual si bien no permitía una visión total de lo que se ocultaba en la parte baja del surco entre nalgas, al menos sugería lo suficiente para que la imaginación de los jóvenes seminaristas se desbordara hasta extremos inconmensurables.

Por una suerte de milagro a no dudar debido al Maligno, si es que acaso el Maligno también es capaz de hacer milagros, la estampa de la monja circuló en el seminario de mano en mano durante varios años sin sufrir jamás pérdida ni deterioro, tal es así que desde el segundo año de estudios hasta casi el momento en que le tocó recibir las órdenes sacerdotales Michael Fogherty tuvo la oportunidad de observar muchas veces a la monja orante y de elaborar una y mil fantasías con ella. Pero si bien la monja siempre era la misma, las fantasías de Michael fueron cambiando con el tiempo, o mejor dicho, con las diferentes etapas de su desarrollo y madurez, de forma tal que el carácter de dichas fantasías se convirtió en un buen indicador de su evolución e intereses sexuales. Así ocurrió que cuando, teniendo apenas trece años, presencié la estampa de la monja por primera vez, se imaginó que se trataba de una mujer de carne y hueso que, vestida de esa guisa, oraba con gran fervor en la capilla del seminario mientras él, escondido tras una columna, la observaba furtivamente. Al año siguiente, sin embargo, se atrevió a imaginar que se acercaba a la monja por detrás sin ser visto y comenzaba a acariciarle las nalgas. No pasó mucho tiempo para que llegara a la conclusión de que aparte de acariciarle las nalgas, abrírse las con las manos para permitir la visión de lo que ocultaban, e introducir la lengua por la apertura entre ambas debía de producir un placer exquisito. Y menos tiempo aún faltó para soñar que, tras emplearse en los ejercicios que había imaginado hasta entonces, obligaba a la monja a abrir más sus piernas para introducir su falo y hacerla gozar intensamente, pues ya para entonces se había enterado de que a las mujeres les encanta que los hombres les metan el pene por la vagina, y que ésa era la verdadera razón por la cual no sólo son los hombres quienes muestran interés por las mujeres, sino también a la inversa.

Cuando, con dieciocho años cumplidos, se convirtió en un hombre hecho y derecho, las fantasías con la monja adquirieron un nivel de complejidad mucho mayor. Pues si bien hasta entonces se había limitado a considerar a la

monja del reclinatorio como un ser estático, casi inanimado, siendo él únicamente quien llevaba a cabo tal o cual ejercicio erótico limitándose la monja a una aceptación pasiva, a partir de dicha edad comenzó a imaginarse que la monja interactuaba con él, es decir, que ya no se trataba de un mero fetiche sino de una mujer con todos sus atributos. Así ocurría, por ejemplo, que se acercaba a ella, eso sí, siempre por detrás, y mientras se empleaba acariciándole ya no sólo las nalgas sino también sus senos desde atrás, a la vez que le retiraba la toca para dejar su cuello al descubierto y aplicarse en él con los labios y la lengua, le confesaba que la había deseado fervientemente durante un montón de años, y la monja a su vez le decía a él que aun sin volver la mirada sentía su aliento y que siempre había esperado impaciente que llegara ese momento, y entonces le suplicaba que la penetrara con toda la pasión propia de un hombre joven y vigoroso, porque desde que le había oído llegar hervía de deseo como jamás antes con nadie.

Y cuando, con un poco más de edad, y tras haber leído un poco por allí, oído otro poco por allá, y presenciado alguna que otra grabación clandestina acullá, en sus fantasías eróticas Michael se aproximaba a la monja armado de un tarro de vaselina y comenzaba a extenderla alrededor de su orificio anal, y cuando la monja le suplicaba que se detuviera, que le iba a hacer muchísimo daño, y qué sé yo cuántas cosas más, Michael le rogaba que por favor accediera a los deseos que le atormentaban día y noche, a la vez que le prometía que iría muy despacio y que sería todo lo delicado que fuera posible. Y cuando, tras haber logrado la penetración, Michael iniciaba un movimiento de atrás hacia delante, la monja comenzaba a suspirar, de dolor al principio pero de placer al cabo de poco, y simultaneando el acariciarse el clítoris con el empuje de las caderas del seminarista cegado por el deseo, ambos conseguían a la vez llegar al orgasmo. Y cuando poco a poco Michael iniciaba la retirada de aquel orificio que al principio se le había mostrado tan reticente, la monja le susurraba que jamás había gozado tanto con él desde que, un montón de años atrás, comenzó a sentirse observada por un muchacho imberbe, que no atreviéndose a otra cosa más que a mirar furtivamente a un sugerente cuerpo femenino, se escondía detrás de una columna lleno de vergüenza.

Pero como por desgracia ocurre al menos desde que Adán y Eva fueran expulsados del Paraíso, todo goce tiene un precio, incluso si como en este caso se trata de un mero goce virtual. Y el precio que había que pagar era pasar por el humillante trance de la confesión so pena de permanecer en

pecado mortal y arriesgarse a fallecer justo en ese momento, lo cual equivaldría sin lugar a dudas a pasarse toda la eternidad sufriendo innumerables torturas. Así que la confesión, por muy desagradable que fuera ésta, funcionaba con una profusión inusitada, convirtiéndose después de la misa diaria en la actividad litúrgica más frecuentada por los seminaristas.

Pero lo mismo que el diablo sabe más por viejo que por diablo, los confesores, otrora seminaristas con las hormonas igual de desatadas que los actuales confesandos, estaban ya de vuelta de tanto caer en pecados que, aparte de haberlos cometidos ellos mismos infinidad de veces en el pasado y acaso también en el presente, los habían oído infinidad de veces, contados con un estilo algunas veces brillante, otras gracioso, y las más de ellas aburrido. Y por otro lado los seminaristas, con sus manifestaciones hormonales y los subsiguientes pecados recién estrenados, necesitaban algún tipo de estrategia que les evitara, o al menos mitigara, la vergüenza que supone tener que relatar a un extraño lo que, tanto por su supuesto carácter pecaminoso como por tratarse de algo todavía mal comprendido y menos aún asimilado, suponía un esfuerzo emocional considerable.

Uno de los mejores trucos aprendidos para ello era el del lenguaje. Al igual que ocurre, por ejemplo, con determinadas visitas médicas, el utilizar un lenguaje aséptico, desprovisto tanto de cualquier matiz connotativo como de excesivos detalles descriptivos, facilita mucho la tarea de relatar algo que, por su carácter, resulta especialmente delicado. Por ejemplo: si en lugar de decir que te estabas imaginando que follabas por detrás con una monja decías que habías tenido pensamientos impuros, el tema quedaba fetén. Si por un casual el confesor, presa de un interés morboso, te preguntara a ver qué es lo que habías imaginado, podrías decir que un contacto sexual con una mujer. Era muy raro que el confesor quisiera ir más allá en su curiosidad a no ser que se tratara del padre José, pero como resulta que ya desde antes los seminaristas habían aprendido a no acercarse demasiado al padre José, pues santas pascuas.

Si te habías masturbado no digas que te has hecho una paja: di que has realizado tocamientos impropios con tu propio cuerpo. Era posible que el confesor estuviera interesado en más detalles, para lo cual también él utilizaría un lenguaje análogo. Por ejemplo: podría preguntarte a ver si se había producido derramamiento, lo cual, dicho sea de paso, más parece apropiado para una escaramuza bélica que para correrte pensando en la monja orante. Pues en tal caso podría responderse que sí o que no según el caso, pero

quedando la mar de bien en ambos. Otro de los trucos era conocer a los confesores, y escoger aquél que, bien por aburrimiento, bien por ser más tolerante o, acaso, por estar aquejado de sordera, hacía pocas preguntas y te despachaba en un santiamén, con lo cual te dejaba el alma blanca de nuevo sin que ello te costara apenas sufrimiento.

Y si por un casual todavía no se habían enterado los seminaristas de quién era el padre José de turno, el propio acto de la confesión permitía adivinarlo casi con total certeza: si bien los seminaristas mayores solían confesarse utilizando para ello los laterales del confesionario, separados de confesor por una rejilla de madera, era habitual que los más pequeños accedieran por la parte frontal de éste, sin que existiera entre confesando y confesor barrera física alguna. Entonces lo que solía ocurrir era que el padre José se explayaba a su gusto acariciando, estrechando, susurrando e incluso besuqueando al pobre muchacho imberbe que se acercaba con el fin de que, borrados sus pecados, su alma recobrara la blancura propia de una sábana lavada con el mejor detergente. Y sin embargo lo que el pobre muchacho sacaba en limpio era una sensación de suciedad acentuada además por haber tenido que soportar en semejante proximidad los diversos olores corporales, a sudor, a alcohol, a colonia barata, a tabaco e incluso a semen que el padre José de turno exhalaba, y que por haberse acercado al pobre muchacho penitente más de lo que el buen criterio sacramental permitía, le había obligado a soportar un hedor sucio durante el tiempo que duró el relato de las faltas o pecados más el rezo del Señor mío Jesucristo como prueba de un arrepentimiento que, en semejante tesitura, tenía más de repugnancia que de otra cosa.

Había, sin embargo, una cosa con la cual nadie podía transigir en absoluto, para lo cual a todos los seminaristas se les obligaba a un pacto de silencio jurando cumplirlo delante de la estatua de San Brendan que adornaba el hall del edificio del seminario: jamás debía revelarse a confesor, tutor, prefecto o similar la existencia de la estampa de la monja orante, lo cual obligaba a todo seminarista que tuviera necesidad de confesarse a escoger al milímetro las palabras para describir sus pecados eróticos sin despertar sospecha alguna. Porque la estampa de la monja orante era una de las cosas más sagradas que en el seminario pudiera encontrarse, entre otras cosas porque, al estar de espaldas y no vérselo el rostro, se convertía en una suerte de comodín que permitía que cada uno se imaginara aquello que más le animase, bien sea el cuerpo de alguna moza, o acaso mozo, de su pueblo de origen que visitara en el período de vacaciones; o el de alguna de las pocas empleadas en tareas

domésticas que de vez en cuando se dejaban ver por el seminario; el de algún pariente de uno u otro sexo más o menos cercano, o incluso el de algún personaje femenino de las películas que solían proyectarse en el seminario con pretensiones ejemplarizantes, como por ejemplo alguna bella esclava romana la cual era severamente azotada después de que los sicarios del pérfido emperador romano le arrancaran de forma violenta el vestido por su parte posterior, todo ello a causa de haber abrazado la verdadera fe cristiana en lugar de seguir adorando a Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, Marte, Mercurio, Venus, Plutón y toda la parentela, que es más o menos lo que habría hecho cualquier otra esclava en su sano juicio.

Todo esto tenía su contrapartida, curiosamente en un sentido paralelo a la evolución que seguían las fantasías eróticas con la estampa de la monja orante: si bien el hacerse pajas era algo que, mal que bien, todo célibe ungido por las ordenes sacerdotales debía asumirlo como algo propio de la cotidianeidad, el fantasear con el amor por una mujer, o lo mismo por un hombre, y que además fuera correspondido por éstos, era algo que, mal que les pesara a seminaristas y sacerdotes consagrados, daba a entender que tu vocación sacerdotal estaba más que en entredicho, y que si persistías en dicho anhelo te colocabas en un dilema difícil de resolver: o bien estabas dispuesto a engañarte a ti mismo con respecto a tu misión sacerdotal, o bien debías retirarte de su ejercicio como tal, con el agravante de que la Iglesia no contemplaba una salida honrosa en el seno de la propia institución para los sacerdotes que, por culpa de un enamoramiento, acababan llegando a la simple conclusión de que el sacerdocio con celibato no era lo suyo.

Aunque todavía existía una posibilidad peor, cuál era la de convertirse en una infame deshonra al compromiso sacerdotal, al celibato, a la rectitud moral y a todo lo que se quiera, y permanecer ejerciendo como sacerdote a pesar de ser del todo indigno para ello, no sólo desde el punto de vista del derecho canónico sino incluso desde el código penal de la sociedad civil. Eso era más o menos el caso del padre José y de todos sus afines, que por desgracia proliferaban mucho más de lo que se percibía a primera vista y que colocaban a la institución eclesiástica en una mala tesitura, pues encima ocurría que la tipología del padre José no sólo carecía de la correspondencia amorosa por parte de otro ser humano, fuera o no del mismo sexo, sino que además por regla general los padres José carecían del suficiente valor para confesarse a sí mismos que su situación en el orden sacerdotal, aparte de ser inadecuada, era también inadmisibles.

Pero la Iglesia Católica, al igual que ocurre con la mayoría de las instituciones que de alguna forma constituyen una estructura de poder, se cuida más de sí misma que de sus propios miembros como seres humanos, y mucho menos aún de la humanidad en general. Así que cuando tenía que lidiar con algún padre José que se hiciera demasiado notorio, lo primero que se planteaba era qué debía hacer como institución para no quedar malparada aunque ello implicara mantener al susodicho padre José dentro de ella cual si de un tumor maligno se tratara, antes que extirparlo sin más y dejar el tumor a la vista de todo el mundo.

Así que nuestro conocido Michael Fogherty, según se iba acercando el final de su etapa de seminarista, veía cada vez veía más claro, y más urgente, que debía optar en su vida futura por alguna de las tipologías mencionadas, o peor aún, que debía procurar que las circunstancias de ésta no le arrastraran a algo que ni quería ni debía ser bajo ningún concepto.

Capítulo 3

El día de la ceremonia de administrar las órdenes sacerdotales a los que acababan de terminar su preparación tras largos años de seminario, los padres de Michael, así como su hermana pequeña, la que trabajaba de dependienta en una tienda, acudieron a la correspondiente misa y ritual específico de recibir el sacramento del orden sacerdotal. Los otros hermanos, sin embargo, o bien estaban demasiado ocupados, o a lo mejor era que, a pesar de ser nominalmente católicos irlandeses, no manifestaban excesivo entusiasmo por las cuestiones litúrgicas. Eso sí: tras acabar la ceremonia y recibir tanto los nuevos sacerdotes como sus familiares la enhorabuena por parte del obispo y de la dirección del seminario, se encaminaron todos a su pueblo, a Cobh, donde habían encargado mesa en un conocido restaurante de la localidad para celebrar tal y como se merecía que hubiera en la familia todo un sacerdote; lo cual, a juicio de los padres de Michael, era algo que aparte de suponer un indudable auxilio para la salud espiritual de todos sus miembros, confería a la familia un prestigio que la colocaba a la altura de cualquiera otra de su localidad.

En la puerta del restaurante les esperaban los dos hermanos varones, el mecánico de automóviles y el que se encargaba de reparaciones varias, y sin más ocuparon la mesa reservada tras recibir igualmente por parte del maître las correspondientes felicitaciones. Y no fue hasta que estuvieron todos sentados que, a lo mejor por el natural aturdimiento en un día tan señalado, Michael no se dio cuenta de la ausencia.

—¿Cómo es que no ha venido Molly?

Resulta normal que, conociéndose tan bien todos los miembros de una familia, el guardar secretos entre ellos sea poco menos que imposible. Más aún cuando el secreto es algo que, de forma más o menos cercana, afecta a todos ellos. Así que tras preguntar eso lo primero que notó Michael fue que la cara de su madre se ensombrecía de golpe, que la de su padre daba la sensación de que estaba esforzándose en pergeñar una respuesta convincente, y que la de sus hermanos permanecía totalmente inexpresiva. Bien era verdad que, en los cortos períodos vacacionales que permitían los estudios eclesiásticos, en los cuales los seminaristas solían regresar a sus domicilios familiares, Michael apenas si había reparado en que la presencia de su hermana Molly en el domicilio paterno era mucho menos frecuente que la de

los otros miembros de la familia. Y aún podría decirse que no se dio verdadera cuenta de ello hasta que, recién ungido con las órdenes sacerdotales, Michael tuvo la suficiente madurez como para pensar en los demás tal y como éstos se merecen, o al menos tal y como un sacerdote hecho y derecho debe ser capaz de hacerlo con la intensidad requerida.

—Ha dicho que estaba muy ocupada. De todas formas, igual aparece a la hora del café.

Aunque dicho así resulte un tanto despiadado, no cabe más remedio que admitir que un sacerdote puede ser cualquier cosa en la vida menos ingenuo, porque su labor consiste precisamente en atender al alma humana en lo bueno, en lo malo y en lo peor. Ello no quita, sin embargo, que la pérdida de la ingenuidad suponga para el sujeto un amargo trance incluso después de haberse pasado casi una década en el seminario, al igual que ocurre, por ejemplo, cuando los niños pequeños se enteran, después de varios años de ilusión desmedida, de la verdadera autoría de quien proporciona los regalos navideños. Y más aún si esa pérdida de la ingenuidad se produce, como en el caso de Michael, cuando apenas llevaba unas horas de sacerdocio recién estrenado.

Y la forma que tuvo Michael de perder la ingenuidad, o al menos parte de ella, fue cuando menos curiosa, o literaria si se prefiere, propia de un país como Irlanda plagado de excelentes literatos: nada más que oyó la versión poco convincente dada por su madre para justificar tan sorprendente ausencia, le vino a la memoria de golpe la canción más popular de Irlanda, la de Molly Malone, y de repente se le hizo un nudo en la garganta que, al igual que había ocurrido con su madre un momento antes, no pasó a nadie desapercibido ni tampoco dejó dudas sobre el hecho de que el recién estrenado padre Fogherty acababa de recibir una buena lección sobre el sufrimiento y, sobre todo, las miserias humanas.

Pero en cuanto se le aflojó el nudo en la garganta, sintió un enorme acceso de ira porque empezó a sospechar cuál era la verdadera razón de que su hermana Molly no estuviera en ese momento acompañando al resto de la familia:

—Madre: ¿Ha sido usted la que le ha dicho que no viniera?

Para entonces su madre ya no era capaz de emitir respuesta alguna porque el llanto le atenazaba la garganta. Tuvo que ser su padre quien, haciendo de tripas corazón, se dispuso a dar la respuesta mínimamente convincente que

tanto se había esforzado en pergeñar:

—Es verdad que ha sido idea de tu madre, pero que te quede claro que la única razón para ello ha sido por tu bien. Porque, como te podrás figurar, en una celebración en la cual el motivo de juntarse todos los miembros de una familia es honrar a uno de ellos porque ha abrazado el sacerdocio, la presencia de tu hermana no haría sino empañar el carácter sagrado del evento.

Según le oía a su padre, la ira sentida por Michael iba en aumento vertiginoso.

—¿Me está diciendo que por el hecho de que mi hermana se sienta a la mesa con el resto de su familia, mi sacerdocio va a ser menos sagrado?

—No sé lo que pensarás tú al respecto, ni lo que te habrán enseñado en el seminario sobre el particular. Pero ten muy claro que Molly es bastante conocida aquí, y lo mismo si tú piensas eso u otra cosa diferente, estate seguro de que la mayoría de los habitantes del pueblo piensan exactamente lo mismo que yo.

—¿Y a mí qué cojones me importa lo que piense el resto de habitantes del pueblo?

En cuanto Michael soltó el exabrupto, la mayoría de los comensales que estaban sentados en las mesas contiguas volvieron la cabeza.

—Por favor, hijo —le espetó su madre— ten un poco de comprensión con nosotros.

—¿Así que, después de haberle dejado a mi hermana en la estacada me pide comprensión?

—Si no lo entiendes por ti, entiéndelo al menos pensando en el resto de tu familia.

Tal y como hemos contado ya, en los diez largos años que Michael pasó en el seminario tuvo sobradas ocasiones de saber en qué consistían los pecados capitales, así como de experimentarlos tanto en carne propia como escarmentando en cabeza ajena. Tuvo también sobrados motivos para darse cuenta de que algunos de ellos no tienen remedio, si no para el alma humana al menos para el cuerpo, como por ejemplo la cantidad de veces que gozó en solitario imaginando mil y un lances con la monja del reclinitorio. Pero también pudo darse cuenta de que, entre todos esos pecados, los que afectan al alma humana son los más graves, los más abyectos y los que en mayor medida degradan la integridad de la persona. Acababa de darse cuenta de que el

demonio le estaba tentando con uno de ellos, y que lo que el demonio le pedía en aquel momento era que se levantara de la mesa y dejase a su familia con dos palmos de narices precisamente en la comida que habían organizado en su honor, o incluso que agarrase el mantel por una de sus esquinas, y dando a éste un fuerte tirón arrojase toda la vajilla al suelo. Sabía también que el carácter irlandés es muy propicio a estos arrebatos de ira, lo cual en ningún caso exime al ser humano de la culpa del pecado aunque, a lo mejor, le serviría de atenuante si en aquel momento tuviera que presentarse ante el Altísimo.

Pero todas esas elucubraciones estaban de más si, aunque fuera irlandés, era también sacerdote. El demonio le estaba tentando con el pecado de ira, pero él debía ser fuerte como para resistir la tentación y salir airoso del lance. Así que, después de realizar unas cuantas inspiraciones profundas, se puso en pie y, dirigiéndose a todos los miembros de su familia que, temerosos en aquel momento de la reacción que pudiera tener no se atrevían ni a rechistar, les habló de la siguiente forma:

—Quiero que antes de que comencemos a ingerir nuestros alimentos, recemos todos una oración a la Virgen María por nuestra hermana Molly, prometiéndole que siempre vamos a tenerla en nuestro corazón, que vamos a acogerla siempre que se dirija a nosotros, y que vamos a socorrerla siempre que requiera nuestra ayuda.

Y dicho esto, inició el rezo de las tres avemarías en un tono de voz lo suficientemente alto como para que el resto de comensales que poblaban el comedor del restaurante en aquel momento se diera cuenta de lo que acababa de hacer, suponiendo con toda certeza que la mayoría de ellos estaban perfectamente enterados del acontecimiento familiar que estaban celebrando, así como del motivo por el cual no se había invitado a uno de los miembros de la familia. Y mientras con voz quebrada por la emoción pero firme en su convicción repitió una, dos, tres veces la consabida oración mariana, sintió en su corazón la alegría de haber vencido por vez primera desde que hubiera estrenado su sacerdocio la tentación del Maligno, así como por otra parte pensó, no sin cierta ironía, que si bien el tener en la familia un sacerdote proporcionaba a ésta prestigio social, el tener en la familia una puta le brindaba a dicha familia la oportunidad de ser caritativa y misericordiosa.

La oración del principio de la comida tuvo una especie de efecto catártico, lo que sirvió para que, tras haber superado la tensión inicial, todo se desarrollara si no con alegría desmedida, sí al menos con cierta tranquilidad.

Poco a poco, las conversaciones adquirieron un tono normal, y fueron derivando hacia temas más o menos intrascendentes. Tampoco estaba mal, dicho sea de paso, que la reunión familiar se aprovechara para poner a Michael al corriente de determinadas cuestiones familiares, como por ejemplo un reciente compromiso de su “otra” hermana, así como la inauguración de un nuevo taller mecánico en el cual el primogénito de la familia era uno de los socios.

—Así que Maureen dentro de poco va a formar una nueva familia. ¿Y qué pasa con el resto?

—Estos no quieren comprometerse. Ya sabes cómo son los chicos: teniendo la madre en casa para que les lave la ropa, viven mucho mejor de solteros.

—Claro, madre. Usted ayudándoles todo lo que pueda a que sean unos solteros ejemplares.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, hermano, no hay motivo para indisponerse. A fin de cuentas, yo también estoy soltero.

—¿Y tú qué sabes de lo que hacemos los solteros o dejamos de hacer?

—Poca cosa. Más o menos lo mismo que sabes tú de lo que hacemos los curas.

—Por favor, hijos, no vamos a empezar a reñir otra vez.

—Descuide, madre, que el momento malo ya ha pasado. Además, yo no soy quién para pedirle a nadie cuentas de lo que hace o deja de hacer.

El tema se quedó así, como inconcluso. Pero, naturalmente, a nadie le pasó desapercibido que en la católica Irlanda un soltero sin compromiso que anduviera ya por la treintena casi con toda seguridad de vez en cuando le haría alguna visita a la Molly de turno, así que cuando el primogénito Patrick se puso a la defensiva pensando que, de alguna forma, se estaba cuestionando su estatus de soltero, todo el mundo en la mesa entendió cuál era el fondo del problema. O a lo mejor ocurría otra cosa que para una familia tradicional todavía podría suponer un motivo más grave para avergonzarse, como era que, aun sin compromiso formal, existiera una relación inconfesada e inconfesable, bien con una dama casada o, todavía peor, con otro hombre. Así que, aun sin proponérselo de forma explícita, el recién estrenado padre Michael pudo saborear una pequeña venganza dejando a su madre y a sus hermanos en evidencia.

Enseguida se arrepintió de ello, pues no era en absoluto su intención, después de haber vencido de forma heroica una tentación de ira, acabar pecando de soberbia por una fruslería. Sin embargo, ello le sirvió de excusa para pedir a sus familiares que, una vez que se hubieron levantado de la mesa, le permitieran dar un paseo en solitario por la orilla del mar, tal y como lo había hecho un montón de veces a lo largo de casi toda su vida.

No podría decirse que la celebración familiar hubiera terminado mal, aunque sin embargo tampoco lo suficientemente bien como para que nadie tuviera ganas de prolongarla de alguna otra manera. Así que, de la misma forma que Michael se dirigió al paseo marítimo, cada uno de los otros miembros de la familia regresó sin más a sus ocupaciones habituales, eso sí, con el compromiso de que durante el mes de permiso que se le había concedido a Michael tras su ordenación sacerdotal para convivir con su familia, siguieran viéndose de vez en cuando.

Para cuando llegó al paseo marítimo estaba empezando a atardecer, lo cual si cabe daba al paisaje un aire más melancólico. Aún podía divisarse con nitidez la franja de agua que apuntaba hacia el mar abierto, aquella por la cual el barco que había ocupado durante su niñez tantos pensamientos se dirigió de forma inexorable hacia su destino definitivo. Pero, al contrario de lo que pensaba entonces, esta vez no le importaron tanto las almas que hacía ya casi un siglo rindieron cuentas ante Dios, sino las que todavía quedaban por salvar o, si se prefiere, por socorrer. Ya nada podía hacerse por los mil quinientos y pico que perecieron en el naufragio del Titanic, ni tampoco por el afortunado padre Browne, que a no dudar si hubiera decidido continuar viaje hasta New York habría hecho valer su mandato sacerdotal de forma ejemplar. Aunque en aquella malhadada ocasión tuvo la fortuna de tomar la barca de Hades en sentido inverso, es decir, desde el barco fatídico hacia tierra, tampoco él existiría ya, pues a no dudar tarde o temprano habría fallecido sin tanta notoriedad.

Allí estaba él, Michael Fogherty, sólo ante su futuro, sin tener la más mínima idea de qué es lo que iba a hacer en la vida, y sin ser capaz de intuir las sorpresas que pudiera depararle el mes que debía residir en casa de sus padres. No estaba ya seguro de qué era lo que representaban sus padres para él, y menos aún sus hermanos, porque si algo había quedado claro a lo largo de la comida de la celebración de su recién estrenado sacerdocio era que ninguno de ellos eran los mismos que antaño, ni por descontado tampoco él

era el de antes, sino alguien totalmente diferente.

El tiempo era bastante desapacible aun tratándose de mediados de julio, y resultaba normal por tanto que el paseo estuviera casi vacío. No obstante, le llamó la atención una figura sentada en el banco de una de las marquesinas que, de trecho en trecho, adornaban el paseo marítimo y protegían a los posibles transeúntes de algún chaparrón repentino. Le pareció además que la figura sentada se había fijado en él, y que le estaba mirando. Y en estas situaciones parece natural que uno y otro vayan acercándose, hasta que en un momento determinado decidan si hay algún motivo para establecer entre ellos algún tipo de relación o, por el contrario, lo que procede es ignorarse mutuamente. Cuando no les separaba una distancia mayor de veinte metros, la figura sentada se levantó, y sólo entonces pudo darse cuenta Michael de quién se trataba.

—Creo que ni me has reconocido.

—Tú en cambio te has dado cuenta de quién era yo desde el primer momento.

—Veo que te sigue gustando pasear sólo por la orilla del mar. ¿Todavía sigues pensando en los que murieron en el Titanic, como cuando eras pequeño?

—Ahora ya no, Molly. Si algo he aprendido todos estos años, es que hay cosas, y sobre todo personas, que requieren mucho más nuestra atención.

—Perdona por no haberme presentado en el restaurante.

—Perdona tú, Molly. Sé lo que ha pasado entre madre y tú, y cuando en el momento de empezar a comer me he enterado, a punto he estado de tirar la vajilla de la mesa al suelo de rabia.

—Madre no es mala mujer. Pero la vida a veces es difícil de entender, y más aún de sobrellevar. Por cierto: ¿No me vas a dar un abrazo?

—Sabes que si te doy un abrazo voy a echarme a llorar de la misma.

—Yo también, pero no importa.

Tal y como temía, nada más que se abrazó a Molly se puso a llorar como no lo había hecho desde que era un niño; mientras que Molly, acostumbrada como estaba a relacionarse con el prójimo de forma implacable, ante la inocencia virgen de su hermano recién ordenado sacerdote también acabó conmoviéndose mucho más de lo que había esperado.

—Soy tan idiota que ni siquiera tengo un pañuelo para ofrecerte.

—Me parece que las putas estamos mucho mejor equipadas que los curas para afrontar las situaciones de la vida. Toma el mío.

—Molly, dime la verdad: ¿Qué tal estás? ¿Estás realmente bien?

—No me digas que nada más vernos te has propuesto redimirme y llevarme por el buen camino.

—No digas tonterías.

—Ya sé que no, pero lo digo para que se nos levante un poco el ánimo, porque me parece que si no lo hacemos este encuentro va a resultar la mar de triste.

—La verdad, te veo bien.

—Tú también estás bien. ¿Sabes que te has convertido en un hombre la mar de apetecible?

—No intentarás tú ahora lo contrario, es decir, llevarme tú a mí por el mal camino.

—Ni lo sueñes. Hay una cosa que las putas sabemos muy bien, y es que no hace falta esforzarse para llevar a un hombre por el mal camino, porque de eso ya se ocupa la Madre Naturaleza. Nosotras lo único que hacemos es facilitar que la Naturaleza siga su curso.

—Veo que estás hecha toda una intelectual.

—Soy lo que podríamos llamar una puta ilustrada. Aunque no lo creas, entre revolcón y revolcón estoy terminando los estudios universitarios de literatura inglesa. Quizás el día de mañana ponga una librería, aunque me parece que el negocio de los libros va de capa caída.

—¿Es en serio, o me estás tomando el pelo?

—Totalmente en serio. Una amiga y yo tenemos ese proyecto desde hace tiempo, y lo estamos ultimando. Y aunque el negocio de librería cada vez sea menos negocio, creo que si hay algo a lo que los irlandeses sean tan aficionados como a las putas, es a los libros.

—Aparte de emborracharse con cerveza, whisky o lo que sea.

—No te desvíes del tema que no cuela. ¿Sabes cuantos clientes de tu cofradía he tenido a lo largo de mi vida profesional?

—No me hago una idea, pero supongo que más de uno...

—Y más de diez. Y eso solamente los reconocidos. De los que han venido de incógnito, ni se sabe.

—¿No me digas que se han ido de putas vestidos con sotana, o al menos con alzacuello?

—No digas estupideces. Quiero decir los que sabía yo con seguridad que eran curas. Ya sabes que a un cura y a un poli casi siempre se les nota lo que son, y las putas en eso tenemos una experiencia enorme. Pero, a pesar de todo, siempre se nos escapa alguien.

—Bueno, cuéntame algo de tu vida que no sepa, aparte de los curas que te follas de vez en cuando.

—Ya recordarás que, de jovencita, era bastante trasto. No como tú, que parecías un santo incluso antes de que empezaras a estudiar para serlo.

—¿De verdad que lo parecía?

—No sólo lo parecías: es que además lo eras.

—La verdad, Molly, tengo la sensación de que el seminario sólo ha servido para hacerme peor persona.

—No es verdad, Michael. Lo que pasa es que te has hecho más mayor.

—Me estabas diciendo que de jovencita...

—Sí, a lo que iba. Con los estudios fui un desastre, más por desobediente que por falta de inteligencia. Así que enseguida tuve que buscarme un trabajo porque nuestros padres no estaban dispuestos a mantenerme toda la vida.

—De eso ya me acuerdo algo.

—Empecé trabajando en una casa, luego en otra, y así algún tiempo. Al final, acabó pasándome lo que les pasa a todas.

—Que te quedaste embarazada.

—Ya veo que has aprendido algo en el seminario.

—¿No me digas que tengo algún sobrino sin que lo haya sabido hasta ahora?

—No te hagas ilusiones, hermano, que de la vida todavía te falta bastante que aprender. En cuanto se enteró el dueño de la casa, es decir, el padre de la criatura, me puso de patitas en la calle, sin referencias ni ayuda ninguna. Quizás fui una ingenua, creo que la última vez en la vida que lo he sido. Por haberle dicho lo del embarazo a él antes que a nadie, y sobre todo por

haberme dejado follar como una estúpida.

—¿Y qué es lo que ocurrió entonces?

—Pues que a grandes males, grandes remedios.

—¿Qué es lo que me quieres decir?

—Ya no estamos en el siglo diecinueve, para que te enteres, cuando las criadas daban a luz en condiciones espantosas los hijos que les regalaba el señorito, y tras nacer la criatura la entregaban en adopción. Bueno: he dicho lo del siglo diecinueve por decir, pero en esta Irlanda católica y mojigata todavía te puede pasar eso hoy en día, o casi. Por suerte tenemos Inglaterra a un tiro de piedra, porque aunque estemos orgullosos de habernos independizado de ella, para algunas cosas es una ventaja que esté tan cerca.

—Molly...

—¿Qué pasa, de verdad te crees que no hay en el mundo peor cosa que abortar?

—No creo nada, Molly, y mucho menos me siento capaz de juzgarte. Simplemente es que estoy sorprendido.

—Ahora soy mayor, más independiente y más dueña de mí misma. Y si quieres que te diga la verdad, estoy contenta de la vida. Bueno, ¿y tú qué? Supongo que, de mujeres, nada de nada...

—En el seminario, te lo puedes figurar.

—No serás tampoco...

—No, Molly. La verdad es que las mujeres me gustan un montón.

—¿Y qué vas a hacer, pasarte toda la vida a palo seco?

—No lo sé. No lo tengo nada claro.

—Y ahora que lo pienso: ¿Qué has estado haciendo hasta ahora, porque según creo tienes ya veintitrés años?

—Veinticuatro el mes que viene. ¿Me prometes no reírte?

—Prometido.

—Hacerme pajas como un loco con una estampa en la que se veía una monja rezando.

—¿Cómo quieres que no me ría? Es que es como para partirse el bazo.

—Pues entonces riéte, pero por favor, no se lo cuentes a nadie.

—Así que te ha dado por lo místico.

—Bueno, en realidad era una monja que sólo estaba vestida con una toca. Se la veía de espaldas, y aparte de la toca no llevaba encima más que unas medias y zapatos de tacón alto.

—Ahora lo entiendo un poco mejor. Más que risa, al principio me he llevado un susto de muerte, pensando que mi hermano era todo un pervertido.

—Bien mirado, creo que los dos nos merecemos reírnos a carcajadas de nuestra vida.

—Ahora en serio, Michael. Tengo un poco de prisa, aunque me gustaría quedarme contigo toda la noche. Y si no fueras mi hermano, te echaría con gusto un par de polvos mientras tanto.

—¿Cobrando o sin cobrar?

—A ti sin cobrar, porque estás mucho más bueno de lo que crees. Así que, antes de irme, voy a decirte un par de cosas: la primera, que un hombre puede pasarse toda su vida haciéndose pajas, y eso no está mal, siempre y cuando aparte de hacerse pajas utilice su polla para algo más interesante.

—¿Y la segunda?

—La segunda, que aparte de hacerse pajas, hay muchos hombres que lo único que hacen es irse de putas. Y eso todavía está peor, porque aparte de dejarte igual que al principio, sale mucho más caro.

—¿Entonces qué consejo me das?

—Que te folles a alguna mujer pensando en ella, y que lo vuestro merezca la pena del alguna forma. Y si encima de eso te enamoras, mejor aún.

—¿Me estás diciendo que deje el sacerdocio, ahora que lo acabo de estrenar?

—Nada de eso. Si quieres seguir siendo cura, sigue siéndolo. Pero si aparte de ser cura, o lo mismo sin serlo, tienes a tu lado una mujer a la que quieras, vas a ser más feliz, mejor persona, y mucho más hombre.

—Gracias, Molly. A pesar de todos los pesares, creo que no es mal consejo.

—Gracias a ti también, Michael, por haber tenido con esta hermana tuya tan “descarriada” una conversación estupenda.

—Molly, quiero que nos volvamos a ver más veces.

—Las que quieras.

—¿Dónde vives?

—En Cork. Aunque cuando abramos la librería seguramente me mudaré a Dublín.

—Te quiero, hermana.

—Yo también a ti. Mucho más de lo que tú te crees. Y si alguna vez encuentro otro hombre al que amar, espero que se parezca a ti. Hasta la vista hermano, cuídate.

—Tú también, Molly.

Capítulo 4

No le pareció conveniente a Michael contar a la primera de cambio lo del encuentro con su hermana “descarriada”, así que cuando regresó al domicilio familiar después de un montón de años de ausencia y su madre le preguntó a ver qué tal el paseo en solitario, se limitó a decir que le había servido para recordar la época de su niñez, y que eso siempre sentaba bien al espíritu. Siendo ya noche cerrada, no era momento de alargar demasiado la conversación, y como la copiosa comida saboreada en el restaurante le había quitado las ganas de cenar optó por retirarse a dormir, argumentando que el día había tenido demasiadas vicisitudes y que se encontraba realmente cansado.

En un primer momento pensó que, al igual que en otra época, necesitaría compartir el dormitorio con sus dos hermanos, mientras que el otro dormitorio se reservaba a las hijas de la familia. Sin embargo, cuál fue su sorpresa cuando se dio cuenta de que desde la última vez que había pasado unas vacaciones en la casa de su familia las cosas habían cambiado de forma notoria: ninguno de sus dos hermanos varones residía ya en el domicilio familiar, así que la habitación de los chicos quedaba a su entera disposición. Le extrañó, sin embargo, que durante la comida había creído entender que su madre seguía lavándoles la ropa, lo cual no encajaba del todo con el hecho de que no residieran en la misma casa.

No obstante, el poco tiempo transcurrido desde que se metió en la cama y se quedó dormido lo ocupó pensando en otras cosas, como por ejemplo el conato de enfado que tan brillantemente había sido capaz de solventar al inicio de la comida; la entrañable conversación que había tenido con su hermana Molly en una de las marquesinas del paseo marítimo; y sobre todo la incertidumbre de lo que pudiera ocurrir en su vida futura, ya que si bien el mero ejercicio del sacerdocio en una época tan convulsa y tan poco proclive a creer en verdades inmutables era de por sí motivo suficiente de inquietud, lo era aún más por el hecho de que, como bien sabía, le iba a ser poco menos que imposible mantenerse casto en una vida entera de celibato, pues si incluso en el ambiente cerrado del seminario había cedido una y mil veces ante los embates de la lujuria, temía fundadamente que las ocasiones de pecado iban a multiplicarse en cuanto se enfrentara con el mundo en su verdadera dimensión.

No había hecho más que empezar el anhelado permiso de un mes que a los

recién ordenados se les concedía para convivir con sus familias, y he aquí que ya desde el primer día empezó a temer que dicho permiso, lejos de verlo como un paréntesis para tomarse un merecido descanso e iniciar, una vez transcurrido éste, la ardua tarea de la salvación de las almas ajenas, un período tan largo de inactividad no iba servir más que para atormentarle con dudas y vacilaciones, de forma tal que ello acabaría llevándole a anhelar que se terminara cuanto antes, porque no hay mejor remedio para la inseguridad del alma que emplear el cuerpo en trabajos arduos que ejerzan cansancio y, a la par, profunda satisfacción por los logros realizados y por el esfuerzo empleado en conseguir las metas planteadas.

Pero para todo eso todavía faltaba bastante: si de hecho no tenía nada importante que hacer durante todo ese tiempo, al menos podía aprovecharlo para relacionarse con su familia, para conocerla un poco mejor después de tantos años de ausencia, y sobre todo para comprender a todos sus miembros con sus fortalezas y debilidades, con sus virtudes y sus defectos, con sus problemas y con sus inquietudes. Quizás en el futuro ese tratarse con su familia de forma cercana, casi íntima, le podría servir de prolegómeno para ser capaz de internarse en los recovecos e intersticios del alma humana con la seguridad, aplomo y convencimiento necesarios.

Le sorprendió, tal y como hemos dicho antes, que contrariamente a su hermana Maureen sus hermanos no residieran ya en el domicilio familiar, a pesar de haber oído en la comida que su madre seguía lavándoles la ropa. Así que al día siguiente de su regreso a Cobh una de las primeras cosas que hizo fue preguntare a su madre sobre el particular:

—Esos hermanos tuyos van a acabar matándome con todo el trabajo que me dan, ya lo verás.

—Pero madre: ¿Por qué sigue lavándoles la ropa, si ya no viven en casa?

—¿Y tú como crees que viven, pobrecillos? Patrick vive en un cuartucho que está encima del taller. El taller está en las afueras, más o menos a cinco kilómetros del centro. Está muy bien situado para que los coches vayan hasta allí y puedan aparcar, y de paso él puede así estar pendiente de su trabajo las veinticuatro horas del día. Además, para qué te voy a engañar justo a ti, que por ser cura tienes que estar al tanto de todas las debilidades humanas: viviendo allí no tiene una madre que le esté diciendo a todas horas lo que está bien y lo que está mal.

—Comprendo. ¿Y Kevin?

—Kevin hace un par de años que vive en un pequeño apartamento con otro amigo.

—¿Con otro amigo?

—Mira, hijo: yo no sé nada más y no quiero saber. Lo que haga o no haga es sólo cosa de él.

—¿Pero Kevin no trabaja con padre? Entonces algo sabrá al menos él.

—Padre está casi retirado. Además, ya sabes que en realidad nunca ha sido muy dado a confianzas con sus hijos. Se ha dedicado a su trabajo, y punto. La que se ha encargado de bregar con todos vosotros siempre he sido yo.

—Madre: tengo que comentarle una cosa. Ayer no quería decirle nada, pero creo que no haría bien si me quedara callado.

—¿Ha pasado algo grave? ¡Pero si sólo llevas aquí un día!

—Tranquílcese. Ayer por la tarde, cuando salí a dar una vuelta después de la comida, me encontré con Molly en el paseo.

—¡Dios mío, hijo! ¿Cómo está? Supongo que enfadada conmigo.

—No, madre. No está enfadada. Además, creo que le ha perdonado, porque me dijo que usted no era una mala mujer, que lo que ocurre es que las circunstancias de la vida son a veces difíciles de entender, y mucho más de aceptar.

—Tal y como era previsible, la madre de Michael, al oír eso, estallo en lágrimas al poco tiempo. En realidad se había arrepentido una y mil veces desde que le indicó a su hija que mejor no asistiera a la comida familiar para celebrar la ordenación sacerdotal de su hermano, por el qué dirán y todas esas cosas; aparte de pensar, o mejor dicho sentir, que la presencia de una pecadora iba a empañar un acto que, si bien no tenía un sentido específicamente religioso, al menos guardaba una relación estrecha con la religión.

Pero lo que ocurre con las religiones, sobre todo cuando de gente sencilla se trata, es que se basan más en clichés que se repiten casi siempre de forma automática que en la consecuencia de una reflexión profunda y serena. Y uno de los clichés más repetidos y reafirmados de la religión católica tradicional de las gentes humildes es que una puta es algo así como la pecadora por antonomasia, sin acordarse siquiera de que Jesucristo no fue precisamente severo con las rameritas sino todo lo contrario. Incluso hay quien afirma que una de ellas, María Magdalena, fue en su día su amante. A quien de verdad

Jesucristo denostaba era a los hipócritas; a los sacerdotes, que apoyándose en un estatus adquirido con la fuerza del tiempo y de otras cosas, en el fondo no eran sino unos corruptos; y a los fariseos, palabra que incluso ha acabado incorporándose al diccionario como paradigma de persona falta de integridad.

Todo esto ya lo sabía Michael cuando salió del seminario, porque aparte del Padre José, la monja orante y otras cuestiones análogas, también tuvo ocasión de aprender algo más tanto de lo divino como de lo humano. Por eso pudo comprender, al menos hasta cierto punto, que los temores de su madre por colocar una puta en la mesa familiar, precisamente cuando lo que dicha familia estaba haciendo era en definitiva exhibir delante del público a un sacerdote recién estrenado, eran unos temores difíciles de superar; cuestión ésta que, desde otro ángulo, su hermana Molly también entendió a las mil maravillas.

—Madre: una vez que ha pasado el momento de celebrar mi sacerdocio, y ahora que la familia ya no tiene por qué exhibirse de cara a la galería por ningún motivo, creo que deberíamos reunirnos todos en la paz del hogar alguna vez, y volver a ser una familia donde todos sus miembros se aprecian, se ayudan y se quieren, como de hecho creo que hemos sido hasta hace poco.

El tono conciliador que desde hacía poco más de cuarenta y ocho horas estaba adoptando Michael en sus relaciones familiares encajaba a las mil maravillas en el estereotipo de sacerdote. Así que tanto él como su madre se sintieron encantados de que, por obra y gracia de un hijo convertido en un ministro de la Iglesia, iban a conseguir, o al menos así lo creían, que la familia fuera mejor familia de ahí en adelante.

Poco a poco, Michael se fue acostumbrando a la situación de invitado en su propia casa, sin grandes cosas que hacer y dedicado principalmente a fortalecer, o mejor dicho, a reformular su relación con el resto de la familia. Una de las actividades que llevó a cabo con mayor agrado fue visitar el taller mecánico que Patrick, el hijo primogénito, compartía con otro socio, y presenciar in situ un tipo de trabajo sobre el cual se declaraba ignorante y poco dotado, al igual que suele ocurrir con personas que, por sus características o vicisitudes, no han tenido jamás ocasión de ensuciarse demasiado las manos ni la ropa de trabajo.

Para no entorpecer la actividad del taller, Michael se presentó poco antes de la hora del cierre tras haber recorrido a pie la distancia desde su domicilio en el centro de la ciudad. Así que, una vez finalizada la jornada laboral,

arrancó a su hermano el compromiso de que le llevaría de regreso en automóvil no sin antes dar un paseo juntos por la orilla del mar, tal y como había hecho tantas veces en su vida, y si se terciara tomar una copa juntos en algún bar cercano.

—¿Has visto el centro de interpretación que han inaugurado, sobre el naufragio del Titanic?

—Creo que cuando empecé en el seminario todavía no existía. ¿Dónde está?

—En el mismo paseo marítimo. Es raro que hasta ahora no te hayas fijado. Seguramente irías pensando, como siempre, en todas las almas que se hundieron con el barco.

—Patrick: las almas no se hunden. Lo que se hunde son los cuerpos. Las almas son espíritus inmortales.

—Bueno, es una forma de hablar. Yo, la verdad, de lo que más entiendo no es de almas, sino de motores. ¿A que, a pesar de haberte pasado media vida pensando en el Titanic, no sabes nada sobre los motores que tenía, ni de cómo eran?

—La verdad es que no.

—En el centro de interpretación está perfectamente explicado. ¿Sabrás por lo menos cuántas hélices tenía el barco?

—Me temo que eso tampoco lo sé. Ahora que lo dices, me parece que no pensé en el Titanic todo lo que debía. Supongo que las hélices irían conectadas a los motores.

—Menos mal que algo ya sabes. El Titanic tenía tres hélices, una en medio de la popa, y las otras dos una a cada lado. Las hélices laterales se movían mediante sendas máquinas de vapor de triple expansión, y la central mediante una turbina.

—Me parece que no entiendo una palabra de lo que me estás contando.

—Es muy fácil: el agua se calentaba en las calderas del barco, que se alimentaban con carbón. Las calderas estaban separadas de los motores, y dentro de ellas había muchos tubos por los que pasaba el agua para producir vapor.

—Y luego el vapor iba a las máquinas.

—Efectivamente. El vapor se llevaba de las calderas primero a las

máquinas de las hélices laterales. ¿Sabes qué significa máquina de vapor de triple expansión?

—Ni idea.

—Pues que el vapor llegaba primero a uno de los cilindros de la máquina, y le hacía moverse. Cuando salía del primer cilindro pasaba al segundo, y de ahí al tercero. Al primer cilindro llegaba con mucha presión, y por eso éste era más pequeño. Al segundo ya con menos, y por eso para ejercer la misma fuerza hacía falta que éste fuera más grande. Y por fin al tercero, que era todavía más grande que el segundo.

—¿Y después qué?

—Y después, todavía tenía fuerza el vapor para mover la turbina de la hélice central. Supongo que tampoco sabrás lo que es una turbina.

—Tampoco.

—Una turbina es como un molino de viento. El vapor empuja las aspas, y la turbina da vueltas.

—Y con la turbina, la hélice.

—Bingo.

—Es curioso. Hasta ahora había pensado que los motores de los barcos eran como los de los coches, pero más grandes.

—Ahora casi siempre es así. Pero en los tiempos del Titanic había pocos coches, y el motor de explosión, o sea, el de gasolina o gasóleo, todavía no estaba perfeccionado. En aquella época los barcos se movían mediante máquinas de vapor, al igual que las locomotoras de tren.

—¡Claro! Ahora que pienso cómo era una locomotora de vapor me hago mejor una idea.

—A los motores de coche, o de barco hoy en día, se les llama de combustión interna, porque el combustible se quema dentro del motor.

—En cambio en el Titanic, según me has contado, el carbón, o sea, el combustible, se quemaba en la caldera, que no está dentro del motor, sino aparte.

—Exacto.

—Hermano, veo que estoy aprendiendo contigo más que en un año entero en el seminario.

—Al menos de motores está claro que sí. En el motor de explosión, la cosa funciona en cuatro fases: admisión, compresión, explosión y escape.

—Supongo que admisión será cuando entre la gasolina dentro.

—Bien. Compresión cuando la gasolina, mezclada con aire, se comprime dentro del motor a mucha presión.

—Explosión cuando se quema.

—Estupendo, hermano. En los motores de gasolina se quema porque la bujía del coche lanza una chispa. En los diesel, arde espontáneamente sin chispa.

—Y después escape, es decir, que sale el humo por el tubo conectado al motor. O sea, por el tubo de escape.

—Hermano, eres la mar de inteligente. Con lo que acabas de aprender, ya podrías empezar mañana mismo a trabajar conmigo. Sólo te faltaría aprender otra cosa más.

—¿Cuál?

—A barrer el suelo del taller.

Cualquier otro se habría tomado a mal la broma, pero entre los dos hermanos, el mayor y el más pequeño, siempre hubo confianza; aparte de que, tal y como suele suceder en familias con abundante descendencia en las cuales la diferencia de edad entre hermanos suele ser apreciable, existe un cierto sentido de jerarquía y de respeto hacia el primogénito, no tanto quizás como al propio padre, pero similar en características. Además, el hecho de ser sacerdote, mal que bien, le obligaba a tomarse las bromas de buen grado, pues lo contrario habría sido caer en el pecado de soberbia, o acaso en el de ira. Así que los dos hermanos rieron con ganas la ocurrencia sin darle mayor importancia. Aparte de que Michael, estando como estaba necesitado de aprender de la vida todo lo que pudiera en el menor tiempo posible después de haberse pasado un montón de años encerrado en un lugar donde la vida carecía de verdadera dimensión real, no pudo sino agradecer la improvisada lección de mecánica que, a lo mejor, algún día le serviría para poder sentirse más cercano del alma de algún mecánico atribulado, o quizás simplemente para cuando tuviera que llevar un automóvil a reparar al taller y le preguntasen algo al respecto.

En esas estaban los dos hermanos riéndose amigablemente cuando se cruzó con ellos una joven desplazándose por el paseo subida en patines de ruedas.

No llevaba puesto más que un top que dejaba bien al descubierto una buena franja de la cintura, aparte de exhibir un generoso escote por la parte de arriba. Y de cintura para abajo su única prenda visible era una minifalda que justo le llegaba hasta las ingles sin bajar apenas por debajo de éstas, con lo cual dejaba al descubierto muslos, rodillas y pantorrillas. Además, con los rítmicos movimientos de caderas que la hacían avanzar mientras patinaba, su abundante melena rubia se ondulaba de una forma que bien podría considerarse provocativa.

—¿Has visto cómo va esa calentapollas? Si la pudiera echar mano bien que se iba a enterar de lo que es un buen polvo.

—Patrick, no te pases.

—La que se está pasando es ella. Luego no me extraña que pase lo que pase.

—¿Te refieres a violaciones y cosas por el estilo?

—Supongo que te habrán enseñado algo de eso en el seminario.

—Por desgracia, más de lo que crees.

—Es verdad que últimamente han empezado a oírse cosas sobre los curas que hasta ahora eran tabú.

—Pues seguro que mucho de lo que se oye es del todo cierto.

—Oye, ¿No te habrá pasado a ti algo de eso, verdad?

—A mí no. Estate tranquilo. A lo mejor porque siempre supe pasar desapercibido sin llamar la atención. Pero a otros que conozco casi podría jurar que les pasaron cosas.

—¿Y cuando pasan ese tipo de cosas, después qué?

—Después nada. Casi siempre se tapan, y así pasa un año, y otro y otro, hasta que la cosa se sale de madre y entonces al interfecto lo quitan de circulación.

—¿No me digas que se lo pican?

—No, hombre. Lo mandan a otra parroquia, o a otro seminario, o a las misiones, donde parece que las cosas hacen menos ruido, o que el ruido se oye menos.

—O sea, que yo todo cachondo por culpa de esa calentapollas, y resulta que donde pasan las peores cosas es en el seminario.

—Supongo que esa que le has llamado calientapollas tendrá un nombre.

—Se llama Esther, y la conozco de vista. Vive en las afueras, y de vez en cuando se viene al paseo a menearse con sus patines y a poner cachondo a todo el mundo que la ve. No me digas que a ti no te pone.

—Claro que me pone, Patrick. Lo que pasa es que yo no veo las cosas de esa forma.

—¿Y tú cómo las ves, porque ojos tenemos todos?

—Yo, detrás de un buen culo, de unos muslos o de unas tetas, pienso que hay otro ser humano.

—Nadie ha dicho que no lo haya. Lo que pasa es que a veces no lo vemos, o no pensamos en ello.

—Pues el caso es que siempre hay que verlo.

—Tienes razón, Michael. Y en el fondo, creo que la mayoría de los hombres, cuando echamos un polvo con una tía, sí que vemos a otro ser humano. Y si, por ejemplo, yo echase un polvo con esa, seguro que lo vería.

—Me alegro de oírte hablar así.

—Y hablando del tema. ¿Cuántos polvos has echado hasta ahora?

—Hasta ahora ninguno.

—¿Y piensas seguir así toda la vida?

—La verdad es que no lo sé, Patrick. Sinceramente, es un dilema muy difícil.

—Con tías como esa seguro que lo es.

—No me refiero sólo a eso. Lo peor es que todos sabemos que amar a una mujer, o a un hombre, es algo maravilloso, y por ello cuesta mucho estar seguro de si pasarse la vida entera sin hacerlo sea una buena opción o por el contrario una solemne estupidez.

—Así que todavía no te has estrenado.

—Amando a una mujer, no.

—¿Y no quieres saber algo sobre ello?

—Así que después de darme una lección de mecánica, ahora me vas a dar otra sobre cómo follarse a una tía.

—¿No te interesa?

—Sí que me interesa. Venga, desembucha.

—Te lo voy a explicar a mi manera: ¿Te acuerdas de lo que era un motor de explosión de cuatro tiempos?

—Me lo has acabado de contar: admisión, compresión...

—Bueno, pues para un tío, un polvo es una operación de cuatro tiempos, igualito que un motor.

—¡No me jodas!

—No digas palabrotas, Michael, que vas a ir al infierno.

—Déjate de chorradas y explícamelo de una vez.

—Ya veo que estás la mar de interesado. Los cuatro tiempos son: erección, penetración, eyaculación y escape.

—Increíble!

—De increíble nada. La cosa funciona así. Unas veces después del escape volvemos enseguida al primer tiempo, o sea, a empalmarnos y a repetir el ciclo, y otras veces después del escape nos escapamos de verdad y no queremos saber nada de la tía en cuestión.

—¿Y las tías, también funcionan como un motor de explosión?

—No. Las tías funcionan como una máquina de vapor.

—Hermano, no dejas de sorprenderme.

—Lo de la máquina de vapor también te lo he explicado. Primero hay que calentar bien la caldera, o sea, poner a la tía bien cachonda, y eso lleva tiempo. Luego, cuando la tía está a tope, suelta el vapor. Ya sabes: a veces solamente una expansión, pero si el vapor tiene más fuerza, puede ser doble o triple expansión, e incluso más.

—Es decir: que al contrario que los tíos, la tías pueden correrse en cada polvo una, dos o tres veces seguidas.

—Exacto. Pero al igual que en los motores, a veces las cosas fallan.

—¿Fallan en qué?

—Cuando el émbolo de un motor de explosión tiene holgura después de haber funcionado muchos años, el motor pierde potencia. Entonces lo que se hace es rectificar el motor; pero un tío que ha estado funcionando muchos años es más difícil de rectificar.

—¿Y a las tías qué les pasa?

—Lo mismo que a la máquina de vapor: si se calienta mucho la caldera pero no se da salida al vapor, la caldera explota. Y si a una tía la calientas mucho, o se calienta ella sola pero no se expande todas las veces que haga falta, entonces explota y acaba volviéndose majara.

La lógica de su hermano le pareció a Michael poco menos que aplastante. El problema era que se parecía muy poco a la lógica que tenía él. Y de golpe le vino a la mente una idea que, de alguna forma, tuvo el efecto de remover sus convicciones y los fundamentos de su forma de pensar, al igual que le estaba ocurriendo una y otra vez desde que salió del seminario para pasar el mes de permiso en casa de sus padres: Si bien saltaba a la vista que su hermano era incapaz de percibir un montón de matices presentes en la relación amorosa entre dos seres humanos, ¿no le estaba ocurriendo a él lo mismo aunque enfocado desde el punto de vista opuesto? O dicho de forma más precisa: ¿no estaría sobrevalorando una serie de convicciones más o menos abstractas e idealistas sobre lo que supone que dos personas se amen, cuando en el fondo lo que más cuenta, o al menos lo más básico, es la mera atracción física? Y de golpe sintió miedo. Miedo de pasarse toda su vida sin poder amar de verdad a nadie precisamente por haber rechazado de entrada la posibilidad de contacto físico con una mujer, que era quizás lo que en aquel momento más anhelaba en la vida, incluso más que el propio ejercicio sacerdotal.

Capítulo 5

Aunque con palabras y con un estilo bastante diferentes, el caso era que sus dos hermanos le habían transmitido la misma idea: tener relaciones sexuales con alguien merecía la pena. Era, de hecho, una de las cosas de este mundo que más importancia y significado tenía en la vida del ser humano adulto, independientemente de que a éste le fueran más las personas del mismo sexo o del otro, o incluso de que vistiera de paisano o con sotana y alzacuello. Y tener sexo con otra persona significaba, antes que nada, ponerse cachondo con ella. Ninguno de los dos hermanos había afirmado, sino todo lo contrario, que en una relación amorosa la atracción física fuera lo único relevante. Pero, por otra parte, ambos habían sugerido de una forma más o menos explícita que la atracción física era fundamental e imprescindible en una relación amorosa.

Con la crudeza propia de un mecánico de automóviles, Patrick le había enseñado que el primer tiempo de la relación sexual para un hombre era la erección, es decir, el ponerse cachondo. Y si no se completaba el primer tiempo, era del todo imposible pasar al segundo, al tercero o al cuarto. Y Molly le había hablado de hacerse pajas o de irse de putas, pero también le había advertido de que con eso no solucionaba todo. Aunque lo peor de todo, o mejor dicho, la forma más sutil que tuvo Molly para tentarle, no fue decirle que ella tenía al menos diez clientes pertenecientes al estamento eclesiástico, lo que venía a querer decir que ser cura e irse de putas no eran cuestiones incompatibles; sino que él, un joven de veinticuatro años el mes próximo, estaba dotado en gran medida de las cualidades necesarias para calentar todo lo que hiciera falta una caldera femenina y darle a la susodicha dueña de la caldera la consiguiente oportunidad de experimentar un enorme placer en simple, doble o triple expansión. Y si realmente tenía esas cualidades, y por otra parte estaba cada vez más convencido de que amar a una mujer era algo de lo que no debía pasar de largo en su vida, pues el terreno estaba como quien dice más que abonado.

Hacía tiempo que la evocación del Titanic y de su naufragio había perdido casi todo el interés para él, más aún cuando su hermano le había acabado de demostrar que el Titanic era algo más que un conjunto de almas atribuladas. Ello no quitaba que, al igual que un montón de años antes, el deambular por el paseo marítimo siguiera siendo una de sus actividades preferidas. Así que los días de permiso que le quedaron siguió realizando dicha actividad,

aprovechando la bonanza del clima veraniego y procurando disfrutar de la brisa marina con la esperanza de que, al menos desde el escote hasta el cuero cabelludo, su influjo benefactor le proporcionara un color más saludable que el propio de un seminarista sumergido en rezos, novenas, rosarios y liturgias por el estilo.

La segunda vez que vio en el paseo a la patinadora procuró no pensar demasiado en ella, acostumbrado como estaba a reprimir sus fantasías eróticas de forma automática para no pecar más de la cuenta contra el noveno mandamiento, que prescribe luchar contra los pensamientos y deseos impuros. Así que cada vez que pasaban uno al lado del otro tenía que hacer un verdadero esfuerzo para desviar la mirada, o al menos para disimular que lo hacía aunque de buena gana habría estado contemplando su cuerpo sin demora ni disimulo.

Pero el demonio no es tonto, o al menos es mucho más inteligente, o si se prefiere más experto, que un pobre curita recién salido del seminario. Así que no le costó demasiado prepararle al joven Michael una añagaza de la cual fuera difícil, por no decir imposible, salir airoso: no hacía más que un par de segundos que se había cruzado por cuarta vez con la patinadora cuando un ruido bastante estrepitoso le hizo volver la cabeza, justo para encontrarse con la susodicha tumbada en el suelo, al parecer consecuencia de una caída. Así que de golpe se le planteó un curioso dilema, es decir, ejercitar una obra de misericordia cual es socorrer a quien lo necesita, o por el contrario pasar de largo para no incurrir en un pecado de lujuria del cual, probablemente, le sería difícil sustraerse.

No hace falta suponer que un joven idealista como Michael optó por la primer opción sin dudarle ni un momento, así que se acercó a la patinadora e intentó ayudarle a que se levantara, a pesar de que para ello fuera imprescindible el contacto con un cuerpo femenino que le atraía hasta extremos que ni él mismo estaba dispuesto a confesárselo.

—¿Te has hecho daño? —preguntó, sin que se le ocurriera en el momento nada mejor ni más inspirado.

—Creo que me torcido el tobillo. No sé si voy a poder andar sola.

—¿Quieres que te ayude a levantarte?

—Sí, por favor.

Así que no le quedó más remedio al joven Michael que agarrar desde atrás

a la patinadora por el sobaco, dicho sea de paso con el pensamiento puesto un poco más allá, es decir, llegando con la mano hasta la teta, y ejercer un impulso hacia arriba mientras ésta se le ceñía con todas sus fuerzas por la cintura. Poco a poco, ayudándose de la pierna no dañada, la patinadora, es decir, Esther, consiguió ponerse en pie, con lo cual cambió de postura el brazo que ceñía a Michael por la cintura para pasárselo por encima del hombro.

—Habría sido mejor que te hubieses quitado los patines antes de ponerte en pie.

—¿Y cómo quieres que vaya entonces, descalza? Las zapatillas las tengo en el coche.

—Claro, tienes razón. ¿Entonces qué hacemos?

—Creo que lo mejor es que me acerques al coche. Si me voy deslizando el tobillo no me hace tanto daño, y a ti te va a costar menos trabajo llevarme.

—¿Dónde tienes el coche?

—En el aparcamiento del final del paseo.

El aparcamiento del final del paseo se encontraba casi a un kilómetro de distancia, en una zona muy poco transitada. Además, dado lo avanzado de la tarde apenas si quedaban ya paseantes, y los que quedaban, al ver una pareja tan cerca uno del otro pensó que el chico le estaba enseñando a su novia a patinar, y que a ésta le costaba sostenerse sola con los patines calzados. Y de esta guisa avanzaron hasta el aparcamiento, Esther apoyándose sobre todo en la pierna sana y a la vez fuertemente agarrada a Michael, unas veces rozándole con el muslo y caderas, y otras con la teta más próxima a su pecho cada vez que volvía la cara hacia él para decirle alguna cosa.

Mal que bien, mientras Michael luchaba contra sí mismo por apartar de su mente el pensamiento de que era la primera vez en su vida que podía disfrutar de la proximidad física de una mujer atractiva, consiguieron llegar al aparcamiento, ya vacío para entonces y casi en penumbra a pesar de tratarse de una larga tarde de verano.

—¿Cuál es tu coche?

—El Ford pequeño de color rojo.

—¿Crees que vas a poder llevar el coche?

—No estoy segura del todo. Por si acaso, espera a que me cambie de calzado.

Si por algo se caracteriza el clima irlandés, así como el de la mayor parte de la costa atlántica europea, es por su carácter variable. Es común afirmar que en un mismo día se puede experimentar el clima propio de las cuatro estaciones del año, pero aun sin llegar a tanto es muy frecuente que, incluso en pleno verano, en un momento se pase de tener un sol radiante a oscurecerse el cielo de golpe y caer un chaparrón que puede dejarte hundido en cuestión de minutos. Más o menos eso fue lo que ocurrió cuando, nada más llegar al aparcamiento totalmente falto de lugares para refugiarse, no les quedó más remedio a nuestros protagonistas que meterse ambos en el coche para guarecerse de la lluvia, con el agravante de que para conseguir que Esther entrara en un coche tan pequeño fuera necesario que Michael se aplicara aún más sosteniéndola por todas las partes del cuerpo necesarias.

No parecía que Esther estuviera en condiciones de conducir, aun a pesar de que, con gran esfuerzo aparente por su parte, consiguiera deshacerse de los patines gracias a la ayuda de Michael, el cual, sentado en el coche a su lado y agachándose por encima del regazo de Esther, e incluso durante un momento con la cara apoyada en los muslos de su compañera, le desató los cordones que, cruzándose un montón de veces a lo largo de sus piernas, se ceñían fijamente a ellas.

Una vez que consiguiera sacar los patines de los pies, un poco como ayuda para enderezarse de forma más cómoda, y otro poco porque, aun sin pensarlo expresamente, cada vez sentía la cercanía de Esther con mayor intensidad, apoyó una de sus manos sobre el muslo desnudo de ésta. No fueron más que un par de segundos los que tardó en darse cuenta de que a lo mejor estaba exhibiendo una conducta inadecuada. Sin embargo, aun siendo un instante por lo demás breve no retiró la mano con la suficiente rapidez para impedir que Esther colocara su propia mano encima de la de él, invitándole de esta forma a que continuara la caricia que, de forma un tanto involuntaria, había comenzado.

En ese momento Michael abandonó toda reticencia, porque de golpe tuvo el convencimiento indudable de que volverse atrás carecía de sentido. Si durante los días anteriores había meditado una y otra vez sobre la necesidad de mantener contacto íntimo con alguien del sexo opuesto, lo que estaba ocurriendo no era ni más ni menos que eso. Así que de forma inconsciente cerró los ojos, y continuó acariciando de forma rítmica la parte interna del muslo de Esther, un muslo perfectamente torneado y, además, endurecido por

el prolongado ejercicio físico de desplazarse kilómetro tras kilómetro sobre un par de patines. Y mientras se esmeraba con su caricia sintió que otros labios hinchados por el deseo se acoplaban con los suyos, a la vez que una lengua humedecida luchaba por abrirse paso dentro de su boca.

Como obedeciendo a un impulso repentino, los muslos se abrieron, y entonces Michael no pudo resistirse al deseo de prolongar su caricia cada vez más profundamente hasta que su mano tropezó con una prenda interior mínima que, sin saber cómo, se hizo a un lado mientras sus dedos avanzaban por un territorio desconocido para él, de forma un tanto incontrolada por su inexperiencia pero, sin embargo, eficaz para conseguir que Esther estallara en suspiros de placer en los breves momentos en los que separaba los labios de los suyos.

Apenas si podía respirar porque Esther, agarrándole por el cuello, le obligaba a mantener la cara pegada a la suya. Así que no fue hasta el último momento que se percató de que ésta, utilizando para ello su mano libre, y haciendo gala de una habilidad que en aquel dichoso momento apenas si fue capaz de advertir, había conseguido abrirle la bragueta, sacar fuera de ésta su pene erecto y acariciárselo. Y apenas tuvo tiempo de nada más cuando un violento escalofrío le sacudió todo el cuerpo y le obligó a respirar profundamente una y otra vez, hasta que por fin, una vez que tras un par de minutos consiguiera relajarse, advirtiera que el parabrisas del coche aparecía aquí y allá salpicado con gotas de una sustancia viscosa.

—Ha sido maravilloso ¿No te parece?

—Ha sido todo como de golpe. Creo que todavía no he asimilado muy bien lo que ha pasado.

—¿Acaso no te ha gustado?

—Me ha gustado muchísimo. Lo que pasa es que todo esto para mí es algo nuevo.

—¿Nunca has estado con una chica?

—Para serte sincero, así es. Pero no te sientas mal por ello. De verdad que ha sido una de las mejores cosas que me han pasado en la vida.

—No me digas que... ¡Espera un momento: creo que ya sé quién eres!

—Yo también sé quién eres tú, al menos cómo te llamas.

—Aquel que iba contigo paseando la primera vez que te vi era tu hermano.

—Seguramente así es. Soy el hermano de Patrick.

—Y de Maureen.

—De Maureen también. ¿Conoces a Maureen?

—Suelo comprar en su tienda.

De repente, el semblante de Esther se oscureció, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Y de golpe una enorme vergüenza se apoderó de ella.

—De verdad que lo siento. Ha sido una enorme torpeza por mi parte.

—Sinceramente, Esther, no sé a qué te refieres.

—Si llego a saber que eras sacerdote, no me habría comportado de esa forma.

—Te has comportado maravillosamente.

—No sabes a lo que me refiero.

—Pues dímelo tú.

—Todo lo de la caída y lo del tobillo torcido es mentira. Lo he hecho porque quería estar contigo.

—¿Querías estar conmigo porque te gusto?

—Me gustas muchísimo. Cada vez que nos cruzábamos por el paseo no podía dejar de mirarte. Pero ahora me doy cuenta de que en el fondo he sido una estúpida.

—Por favor, no te avergüences por eso. Has hecho muy bien. Si deseabas estar conmigo, no tienes por qué pensar que no debías hacerlo.

—¿De verdad que me perdonas?

—Claro que te perdono. Y no sólo eso, sino que te doy las gracias por haberme hecho pasar un rato tan inolvidable.

Nada más decir esto, Michael se volvió hacia Esther, y comenzó a acariciarle la cara, el cabello, las manos...

—Tú también me gustas muchísimo. Y si alguien tiene algún asomo de culpa, ese soy yo. A fin de cuentas, tú no sabías que yo era sacerdote, y yo, por el contrario, sabía perfectamente quién era y lo que hacía.

—No quiero que por mí te sientas culpable.

—No me siento culpable, Esther, y mucho menos por ti. Lo que he hecho en el fondo deseaba hacerlo. Y no me avergüenzo por ello porque eres una mujer

estupenda.

—¿Crees que podemos vernos alguna otra vez?

—No lo sé, Esther. Ahora estoy disfrutando de un permiso en casa de mis padres, pero dentro de pocos días deberé incorporarme a alguna parroquia, y todavía ignoro dónde será. En cualquier caso, no sé si te conviene verte con un sacerdote, o si acaso sea mejor que te busques otro que pueda ofrecerte una relación más intensa.

—No es tan sencillo como parece encontrar un chico que te comprenda y que te trate con delicadeza. Tú, sin embargo, me has tratado muy bien.

—Gracias, Esther. Pero ahora es mejor que me vaya.

Nada más hacer ademán de abrir la puerta para salir del coche, Michael recordó el estado en el que había quedado el parabrisas, y entonces se sintió tremendamente avergonzado, como si de golpe se le presentara cara a cara una prueba de un delito o, en este caso, de un pecado cometido. Sin embargo, Esther se dio cuenta a la vez de lo que estaba sintiendo Michael en aquel momento.

—No te preocupes por eso, que ya me encargo yo.

—De verdad que lo siento...

—No tienes por qué sentirlo, ya que es algo totalmente normal. Pero antes de que te vayas, me gustaría pedirte un favor. ¿Te importaría besarme por última vez?

El segundo beso, si bien tan intenso como el primero, fue mucho más delicado. Ello no fue óbice para que Michael, a la vez, acariciara suavemente uno de los pechos de Esther, a lo cual ésta respondió una vez más con otro suspiro.

—Adiós, Esther. Ten por seguro que jamás voy a olvidarte.

—Yo a ti tampoco. ¿Tú eres Michael, verdad?

—Sí. Cuídate.

—Tú también. Te deseo mucha suerte, Michael, porque seguro que vas a ser un cura estupendo.

—Y tú una mujer maravillosa.

El camino de regreso desde el aparcamiento al domicilio, a lo largo de todo el paseo marítimo, fue el más turbulento que Michael había realizado en

toda su vida. Fue también la única vez que recorrió dicho espacio sin acordarse del Titanic para nada. En realidad durante todo ese tiempo no tuvo más pensamiento que Esther y la experiencia que había tenido con ella. Y le pareció que aparte de brindarle la oportunidad de experimentar un placer enorme, Esther se había portado con él de la forma más dulce posible.

Nada más llegar a su domicilio, no tuvo tiempo más que para encerrarse en el cuarto de baño y masturbarse. No hace falta decir que, al igual que hacía poco tiempo había olvidado el Titanic por completo, ahora le había ocurrido lo mismo con respecto a la monja orante. Y no fue hasta que pudo recobrar un poco la calma necesaria para que se diera cuenta de que al otro lado de la puerta se estaba produciendo una violenta discusión, en la cual le pareció identificar las voces de su madre y de sus hermanos Kevin y Maureen.

Las voces no provenían del espacio situado al otro lado de la puerta del cuarto de baño, por lo cual no fue capaz de distinguir lo que decían. Bien por sentirse especialmente vulnerable después de la experiencia tan singular que había tenido, y más aún después de haber gozado una vez más, esta vez en solitario, prefirió permanecer encerrado en el cuarto de baño en lugar de salir y, de alguna forma, verse implicado en la discusión. Era más que obvio, por otra parte, que mientras ésta estuviera en su punto álgido nadie le iba a echar de menos, o incluso bien podría ocurrir que nadie se hubiera dado cuenta de que había entrado en casa y de que se encontraba dentro de ella.

Un fuerte golpe dado en la puerta exterior de la vivienda le hizo saber que alguien la había abandonado, y no precisamente con buen talante. Y al poco rato de que esto ocurriera, las voces se hicieron más suaves y el ritmo más sosegado, como si después de la tormenta viniera la calma. Y entonces sí que decidió salir de su aislamiento forzado, y preguntar a su madre y hermana, aún presentes en la casa, qué es lo que había ocurrido.

—¿Estabas en el lavabo? La verdad es que ni nos habíamos dado cuenta. ¿Y llevas ahí mucho tiempo?

—Nada más que un rato. ¿Me podríais decir qué ha pasado, porque desde el cuarto de baño he oído una discusión y después alguien que se ha marchado. ¿Quién ha sido, Kevin acaso?

—Sí, hijo mío. Ha sido Kevin. Creo que un día te dije que estos hijos iban a acabar matándome con todo el trabajo que me daban. Pero que me maten por eso no me importa, lo que no quiero es que me maten a disgustos.

—¿Y cuál ha sido el motivo del disgusto, si puede saberse? porque desde el cuarto de baño lo único que he oído ha sido ruido de voces, que aunque sabía de quiénes eran, no he sido capaz de entender lo que decían.

Entonces fue Maureen la que tomó la palabra, pensando quizás que a su madre le resultaba demasiado difícil explicar el motivo de la discusión.

—Kevin se quiere marchar de Irlanda para vivir en Inglaterra.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Se quiere marchar con el amigo que vive con él.

—¿Acaso anda escaso de trabajo aquí?

—No creemos que ande escaso de trabajo. En realidad la razón es otra.

En aquel mismo momento Michael empezó a atar cabos. Era curioso que, en el mes escaso que estaba pasando con su familia después de ser ordenado sacerdote, estuviera aprendiendo de la vida diez veces más de lo que aprendió en diez años largos de seminario. Y en aquel momento, más que cualquier otra sensación, comenzó a sentir cansancio. “Realmente las circunstancias de la vida cansan mucho —pensó para sí. Y si la vida del sacerdote consiste en escuchar las tribulaciones, pecados, y sufrimientos ajenos, me parece que va a ser una profesión agotadora.”

—Me temo que acabo de comprender algo de lo que hasta ahora ni me había dado cuenta.

—No es culpa tuya hermano.

—Eso no importa en absoluto. Primero fue lo de Molly, y me esforcé en intentar que los miembros de nuestra familia se perdonaran unos a otros. Y me temo que ahora está pasando algo parecido.

—Algo parecido no, Michael, porque esto va en contra de la naturaleza humana.

—En la naturaleza humana, Maureen, cabe prácticamente todo, al menos todo lo que obedece a alguna manifestación de algún ser humano. Y nuestro hermano Kevin, que no os quepan dudas sobre ello, es tan ser humano como cualquier otro, con el mismo derecho que los demás al apoyo y al cariño de sus semejantes, sobre todo los más cercanos.

Mientras Michael y su hermana departían en semejante controversia teológica, la madre empezó a llorar a lágrima viva.

—¡Encima se ha atrevido a decirnos que en Inglaterra iban a estar mejor, y

que se marchaban de nuestro país porque aquí la vida para ellos resultaba asfixiante. Además, que en cuanto esté permitido casarse lo van a hacer. En Inglaterra o en donde fuera!

—¿Quiere decir, madre, a casarse entre ellos?

—¿Acaso no es eso un terrible sacrilegio?

—No, madre. Un sacrilegio es algo relacionado con algún elemento sagrado, es decir, una ofensa grave cometida, por ejemplo, contra el Santísimo Sacramento, o contra una imagen de Jesucristo, o de la Santísima Virgen, o de los santos de la Iglesia. ¿Pero habéis pensado que si nuestro hermano Kevin quiere casarse con otro hombre, la principal razón es que ambos se aman?

Al oír semejante afirmación tan chocante con arreglo a la tradición familiar, Maureen montó en cólera.

—¿Cómo puedes decir eso, hermano? ¿Crees acaso que yo, que voy a casarme dentro de unos meses, no sé lo que es el amor? El amor es ante todo respeto, como de hecho Benedict y yo nos respetamos mutuamente, y mantenemos ese compromiso de respetarnos hasta que se celebre nuestro matrimonio delante de Dios.

Poco a poco, Michael iba sintiendo cómo sus esquemas sobre la fe cristiana, o mejor dicho, sobre las costumbres pretendidamente inspiradas en la fe, se iban desmoronando poco a poco. Y eso era más grave de lo que parecía porque, por mucho que se quiera argumentar lo contrario, si la fe no tiene a las costumbres de su parte, vale para bien poco. En el amor, por ejemplo, lo más importante para las personas apegadas a las viejas costumbres no era que dos seres humanos sintieran un fuerte afecto mutuo, o que en un momento determinado, como por ejemplo le acababa de ocurrir con Esther, tuviesen una necesidad de estar cerca una de la otra y gozar mutuamente. Lo importante era, tanto en cuestiones del amor como en cualquier otra, no salirse de las pautas establecidas no se sabe desde cuándo, porque en caso contrario el estatus del individuo, o incluso de toda una familia, se echaba a perder sin remedio.

Así que, ante dicha tesitura, Michael decidió que al día siguiente, sin que pudiera mediar excusa para lo contrario, se presentaría en la casa que su hermano Kevin compartía con otro hombre con el cual, según testimonio de la familia, había decidido compartir también cariño. Sin embargo, no tuvo jamás interés en conocer al tal Benedict que, según parecía, respetaba a su hermana

tanto que difícilmente pudiera creerse que entre los dos existiera verdadero amor, pues quien piense que entre un hombre y una mujer que han decidido contraer matrimonio pueda haber amor sin que ni siquiera se toquen, a fe que anda muy descaminado.

Era normal que, cuando apareció en la puerta de su casa, Kevin se colocara a la defensiva, y mucho más aún su amigo, el cual ni siquiera tenía la más mínima razón para aguantar la visita de un sacerdote, máxime teniendo en cuenta que pensaban legalizar en cuando pudieran una situación similar a la que, a tenor de lo narrado en el Antiguo Testamento, supuso que Dios enviara fuego del cielo para exterminar a dos poblaciones enteras.

—¿Has venido a echarme el sermón, hermano?

—Bueno, yo os dejo solos a los dos hermanos, y arreglaos entre vosotros, que este rollo no va conmigo.

—¿No vas a presentarme a tu amigo, Kevin?

—Este es Stanley. Y este otro mi hermano Michael, que acaba de ordenarse sacerdote.

—Encantado de conocerte, Stanley.

—¿Así que has pensado pillarnos a los dos juntos, y aprovechar para decirnos a ambos lo depravados que somos?

—Antes de que te vayas, Stanley, quiero decirte dos cosas. Luego, si quieres, te vas o te quedas.

—Pues desembucha, sacerdote.

—La primera, que después de pasar diez años en el seminario, seguramente entiendo de personas depravadas bastante más que vosotros. Y después de haber aguantado durante todo ese tiempo a más de un depravado, no penséis que por pasar un rato con vosotros me vaya a dar un ataque de pánico.

—Touché. ¿Y la segunda cosa?

—La segunda cosa, que no he venido para echaros un sermón, sino para deseáros lo mejor de cara al futuro.

—¿Estás hablando en serio, Michael?

—Completamente.

—Oye, Kevin, ¿Qué clase de cura es este hermano tuyo?

—Por si no lo sabéis, un cura como cualquier otro, que por debajo del

barniz que pueda darle el haber sido ordenado sacerdote, es un hombre igual que vosotros. No quiero decir que yo sea homosexual, y que por eso estoy de acuerdo con vuestra situación. No soy homosexual ni mucho menos. Pero sí pienso que si de verdad os queréis, tenéis el mismo derecho que cualquiera para ello.

—¿Y tú, hermano, entonces quieres decir que también podrías querer a alguien?

—Creo que podría querer a alguien igual que cualquiera.

—¿Y entonces qué harías con tu hábito de cura?

—Pues a lo mejor seguir siendo cura pero sin hábito, no lo sé. De momento de lo único que estoy seguro es de que mañana tengo que presentarme en el obispado de Cork para que me digan a qué parroquia me destinan. Luego ya se verá.

—Pues a ti también te deseamos suerte. ¿No es así Stanley?

—Por supuesto que sí.

—¿Y ahora qué tal si nos vamos a tomar unas cervezas.

—¿Los tres?

—Los tres. Por cierto, Stanley: bienvenido a la familia.

—Muchas gracias.

—Ya verás cómo, tarde o temprano, acabarás siendo un miembro de la familia tan apreciado como cualquier otro.

Capítulo 6

Después de la última noche que Michael pasó en casa de sus padres, a la mañana siguiente se levantó con una resaca tremenda. Las cervezas con Kevin y su amigo Stanley al final se prolongaron más de la cuenta, y si bien sirvieron para que entre los tres surgiera un ambiente de camaradería que en un principio nadie se lo hubiera esperado, la cuestión era que, como casi siempre ocurre, todo lo bueno exige un precio que hay que pagar, quiérase o no.

Aun así y todo, Michael fue capaz de tomar el autobús que salía para Cork a las 9:17, después de haberse aseado, desayunado y hecho su equipaje. La despedida con su padre fue formal, con su madre emotiva, y con su hermana Maureen más distante de lo que hubiera deseado. Era curioso que después de haber transcurrido un mes desde que, recién ordenado sacerdote, fuera a reencontrarse con su familia, la relación que había establecido con cada uno de sus miembros distaba mucho de lo que en un principio hubiera esperado: entrañable confianza y sentido afecto con su hermana prostituta; amistad “masculina” con su hermano mecánico de profesión y mecanicista en el amor; camaradería y afecto con su hermano homosexual y su pareja; relación distante con su padre; indisimulado afecto desde la discrepancia con su madre; y desacuerdo larvado con su hermana, cuyo prometido ni siquiera se dignó a presentarse y, por tanto, siguió siendo para Michael un perfecto desconocido.

Kenworthy era un pequeño pueblo que podría haber pasado de todo desapercibido si no fuera porque, Dios sabe por qué, la famosa marca de camiones norteamericana debió de tomar el nombre de dicha localidad; o casi, pues la *Y* griega final acabó omitiéndose en el flamante nombre que adornaba el radiador de esos macro camiones del tipo que tantas veces hemos visto en películas norteamericanas del género *road movie*, en las cuales nos llama la atención que, para hacer sonar el claxon, a veces los conductores tienen que tirar de un cordel situado en el techo de la cabina, aunque sin duda dicho sistema habrá pasado a mejor vida con los nuevos prototipos. O a lo mejor el origen del nombre de dicha marca no tuvo nada que ver con el de la localidad de marras, y el rumor de que el nombre de los camiones procedía de dicha localidad no era más que una invención de los lugareños para dar a su pueblo mayor renombre del que en buena ley habría merecido. Sea como fuera, la cuestión era que al joven sacerdote Michael Fogherty se le adjudicó un puesto de coadjutor en dicha localidad, con la misión de auxiliar al párroco en las

diferentes tareas pastorales, espirituales y, por qué negarlo, también las terrenales, como por ejemplo la administración económica de la parroquia.

Así que, tras cumplimentar y a la vez ser cumplimentado por algún responsable de la diócesis, sin más demora se encaminó a la localidad de Kenworthy, para lo cual tuvo que realizar dos trayectos en autobús con un intervalo de más de una hora entre ambos, y finalmente aguardar a que el párroco acudiera a recogerle en la vieja furgoneta parroquial para recorrer los últimos siete kilómetros que faltaban desde el final del último recorrido del autobús, lo cual a su vez le llevó otra buena media hora de espera.

Kenworthy era, o había sido hasta hace poco, un pueblo eminentemente agrícola. Y aunque a simple vista las cosas apenas habían cambiado durante el último medio siglo, en el fondo nada era lo que en un principio se hubiera supuesto como típico de la Irlanda profunda. Nada, o al menos muchas cosas referentes a lo que pudieran llamarse los trazos gruesos de la vida de pueblo, es decir, la economía, el trabajo, la vida social, etc.

La que durante siglos fuera terrateniente y, de paso, familia más rica del pueblo, los O'Connor, seguía siendo dueña del pueblo cuando Michael se incorporó a la parroquia como coadjutor. Aun así y todo, el tiempo no pasó en vano, y los cambios, quiérase o no, se hicieron notar. El primero de ellos, más que nada simbólico pero no por ello carente de interés, fue que si bien durante la época de dominio inglés el apellido familiar era Connors, y la familia, dicho sea de paso, estuvo muy bien relacionada con la élite colonial protestante, tras la proclamación de independencia de Irlanda tuvieron a bien quitar a su apellido la *s* final y añadirle esa *O* con apóstrofe que tan típicamente irlandesa resulta, lo cual le facilitó a la familia seguir manteniendo estupendas relaciones con la élite gobernante del país pero, eso sí, ahora fervientemente católica.

Exponente de este acendrado catolicismo era, por ejemplo, que todos los miércoles del año el párroco de la localidad fuera invitado a almorzar en la mansión de los O'Connor, con la única excepción del miércoles de ceniza, no se sabía si por aquello de cuidar las apariencias de presunta austeridad justo al principio de la cuaresma, o por alguna otra razón que se nos escapara.

El otro cambio era, si se permite decirlo así, de más enjundia: si bien los O'Connor seguían siendo poseedores de la mayoría de las tierras del pueblo, ahora su principal fuente de ingresos no procedía de la agricultura, sino de diferentes empresas de las cuales eran importantes, si no únicos accionistas:

una de limpiezas públicas, recogida y tratamiento de basuras incluidas, que prestaba sus servicios en todo el condado; así como otra subcontratada por cierta multinacional de hardware informático y de telefonía móvil para la fabricación de accesorios de los aparatos que llevaban la marca de la multinacional. Sin olvidarnos de otros numerosos intereses de los cuales, por razones que no vienen al caso, no se tenía información detallada.

A las pocas semanas de incorporarse a la parroquia, y encargado como era de la administración económica de la misma, el joven Michael tuvo ocasión de saber dos cosas importantes: la primera, que la boda de la joven hija de los O'Connor, si se diera el caso de que se celebrara en la iglesia del pueblo, supondría el mayor negocio posible para las escuálidas arcas parroquiales, motivo por lo cual el conspicuo párroco, con la paciencia que ha caracterizado a lo largo de los siglos a la milenaria Iglesia Católica, se aplicaba en arduas gestiones llevadas a cabo miércoles tras miércoles tratando de convencer a los padres de la timorata Dorothy O'Connor de que una boda en una iglesia de pueblo con solera iba a resultar mucho más vistosa que la que pudiera realizarse en cualquier templo urbano de Cork, Dublín o de la ciudad que fuera, porque el encanto de las antiguas piedras rurales, unido a la belleza natural del jardín adyacente y del color inmaculadamente verde del césped irlandés que combinaba tan bien con el blanco deslumbrante del vestido de la novia, era algo que no tenía parangón en ninguna parte. Y como en la explanada situada delante del templo había espacio suficiente para que aparcasen todos los Rolls, Bentley, Jaguar y Mercedes que se quisiera, no había inconveniente alguno para que una vez terminada la ceremonia pudieran desplazarse a la mansión para llevar a cabo el correspondiente festejo, al cual, como era de suponer, estaría invitado el propio párroco por derecho propio.

Según pudo saber Michael por boca de su superior, la boda del primogénito de la familia, celebrada unos seis años antes, había reportado a la contabilidad parroquial un incentivo de varios miles de libras todo ello además en dinero negro, pues era habitual que los ricos invitados, sobre todo si de fervientes católicos se trataba, se aligerasen el bolsillo antes de atiborrarse el estómago de manjares y bebidas en el consabido festejo.

Era natural, por tanto, que el padre Murphy, párroco de Kenworthy desde hacía más de veinticinco años, se lamentara amargamente porque el segundo hijo de la familia no tuviera interés alguno en matrimoniar. Pero, como bien sabía Michael por propia experiencia, o mejor dicho, por analogía familiar,

los designios de Dios son inescrutables en cuanto a tipologías erótico—sexuales se refiere. Y si bien el padre Murphy, por un elemental sentido de la prudencia interesada, se mostraba discreto delante de la mano que le daba de comer y que encima le llenaba el estómago opíparamente al menos una vez a la semana, por bajines despotricaba de las pecaminosas inclinaciones contra natura del segundo hijo de la familia más poderosa del pueblo, no estaba claro si la razón de ello era que estaba imbuido del espíritu moralizante que impulsó a Yahvé a exterminar de un plumazo dos ciudades bíblicas, o simplemente porque pensaba que por culpa de la “singularidad” del segundo de los hijos O’Connor se le había ido al traste un negocio redondo.

La otra cosa que aprendió pronto el joven Michael fue que la semanal invitación a almorzar en casa de los O’Connor, a la cual, dicho sea de paso, no sólo no estaba incluido sino que por parte de nadie, ni siquiera de él mismo, se dio jamás el más mínimo paso para hacerle partícipe del evento semanal, le permitía disponer de un día de libertad sin la presencia asfixiante del padre Murphy, un auténtico poder fáctico dentro de la localidad, testaferro del terrateniente O’Connor, garante de que en el pueblo las cosas permanecieran en un beatífico estancamiento sin que se produjeran jamás conflictos no deseados, y por todo ello desconfiado hasta cierto punto con un curita recién llegado que, a lo mejor, podía poner todo el pueblo patas arriba.

Así que todos los miércoles nuestro querido Michael Fogherty podía disponerse a sus anchas dentro, naturalmente, de los márgenes estrechos que proporcionaba la parroquia, estrechos no sólo en lo económico sino también en lo social y, si nos apuramos, hasta en el geográfico.

Una señora de edad avanzada, viuda que tenía su residencia en una vivienda próxima a la parroquia, se ocupaba de mantener la casa parroquial con un mínimo de orden y limpieza, a la par que de atender a las necesidades básicas de sus dos residentes en cuanto a lavado de ropa, comidas diarias y poco más. A cambio de eso se le abonaba cierto estipendio que apenas le daba para ir tirando, aunque compensaba su escasez con la venta de velas, estampitas, rosarios y demás elementos diversos a la entrada de la misa dominical, venta de la cual obtenía un porcentaje. Y como atendiendo a la liturgia católica el domingo, y hasta cierto punto también el sábado, la actividad parroquial alcanzaba su punto álgido, el padre Murphy había establecido que, dado que el miércoles no eran necesarios sus servicios como cocinera, ese día constituiría su descanso semanal, dispensándole por tanto de

acudir a la iglesia o a la casa sacerdotal salvo casos excepcionales como funerales, visitas del obispo o lo que se terciara.

Así que la señora viuda, antipática y desabrida como la que más, desde el primer momento le dejó al curita recién llegado las cosas claras:

—El miércoles es mi día de descanso, así que tendrá usted que ocuparse de prepararse la comida y de todo lo demás.

Ante esa tesitura, y sin exhibir el mínimo gesto de desagrado o decepción, el padre Fogherty aceptó con auténtica resignación cristiana que el menos un día a la semana le iban a dejar en paz, sin tener que soportar ni a la vieja gruñona que, a decir verdad, no era ni la mitad de buena cocinera que su madre, ni tampoco al padre Murphy, con el cual mantenía una relación que podría calificarse como de mutua antipatía: en el caso de éste, tal y como se ha dicho, a causa de la desconfianza que le inspiraba un advenedizo al cual aún no conocía bien, y del cual temía que pudiera trastocar el estatus quo del que llevaba disfrutando ya un cuarto de siglo; y en el caso de nuestro protagonista porque, imbuido como la mayoría de los jóvenes de deseos de cambio y renovación, le parecía que el tal Murphy no había hecho otra cosa que convertir la parroquia en unapestoso cenagal que rezumaba podredumbre por los cuatro costados.

Y si al hecho de poder disfrutar de todo un día libre añadimos que una parroquia de pueblo pequeño permitía disponer de un montón de tiempo para ocuparse de las cosas de uno mismo, pues razón de más para que el joven Michael aprovechara todos los ratos que el escaso trabajo de coadjutor le dispensaba para repasar los estudios de filosofía, latín, etc. cursados en el seminario con el propósito de obtener algún día un título académico superior en alguna de estas disciplinas, así como para preparar las asignaturas que le pudieran faltar para completar los estudios necesarios en una u otra licenciatura. Si bien no tenía a corto plazo ningún proyecto relacionado con estos quehaceres, a la larga pensaba que no le vendría nada mal ser titulado en alguna carrera de letras, tanto de cara a una posible promoción interna dentro del ejercicio sacerdotal como, si llegara el caso, para desempeñar alguna otra profesión no ligada necesariamente con el ámbito eclesiástico, lo mismo si ello no suponía colgar los hábitos como, en un caso más radical, por si en algún momento optara por mandarlo todo a paseo y liarse la manta a la cabeza, sabe Dios con qué, o con quién.

Había, sin embargo, una actividad propia del sacerdocio la cual, sin que el

principio Michael llegara a comprender por qué, le exigía mucho más tiempo de lo que en un principio pudiera ser considerado como razonable: la administración del sacramento de la penitencia, es decir, el atender las confesiones de los feligreses. Era notorio que, aun siendo relativamente escaso el número de habitantes de Kenworthy, y aun suponiendo que todos ellos fueran católicos fervientes, ocurría que lo mismo los sábados como algún que otro día de la semana se encontrara con un buen puñado de fieles esperando como agua de mayo a meterse en su confesionario con el alma negra y salir del mismo con la misma alma convenientemente blanqueada, no se sabía si en el sentido bíblico con el que Jesucristo se refirió a fariseos, escribas, etc., a los que llamó sepulcros blanqueados o, por el contrario, consecuencia de un sincero deseo de arrepentimiento y de propósito de enmienda de las faltas cometidas con anterioridad.

Lo primero que, por evidente, llamó la atención a Michael era que la abrumadora mayoría de los que esperaban confesión eran mujeres. A excepción de alguna especialmente joven o incluso adolescente, casi todas ellas podrían calificarse como de mediana edad, es decir, de entre los cuarenta a los cincuenta y cinco o incluso sesenta años. ¿Cuál era, pues, el denominador común entre todas ellas o, dicho en términos más teológicos, cuál era el mandamiento de la Ley de Dios con el cual, por razones que aún no entendía, dichas mujeres eran más propensas a tropezar? La única forma de saberlo era realizar un buen puñado de confesiones, y a partir de ahí empezar a entender el problema, máxime teniendo en cuenta que el sector poblacional de mujeres de mediana edad resultaba para Michael bastante desconocido.

Así ocurrió que si una de ellas le confesaba que tenía anhelos, otra le manifestaba que tenía sofocos. La tercera, que sufría de ansiedades. La cuarta, que a cada poco tiempo le sobrevenían calenturas, sin que a ciencia cierta se supiera de qué tipo de calenturas estaba hablando realmente. Una quinta, que su alma sufría desarreglos. Otra más porfiaba que el diablo le tentaba cada noche con susurros pecaminosos. Y así un día y otro hasta que Michael fue capaz de pergeñar una suerte de vocabulario específico de supuestos pecados que, aun siendo difícilmente catalogables con arreglo a los mandamientos del decálogo, no por ello resultaban faltos de interés de cara a consolar a una serie de almas atribuladas necesitadas de auxilio espiritual.

En buena ley, lo más lógico en tales casos era que el cura más joven y, por tanto, más falto de experiencia en la administración de sacramentos y demás

quehaceres sacerdotales, se dirigiera a su superior de más edad, y ello a pesar de que, como se ha dicho ya, entre uno y otro existiera un conflicto generacional que dificultaba la confianza mutua. No obstante, el joven Michael pensó que, de acuerdo con el organigrama y con el buen quehacer sacerdotal, ante un caso de duda lo más correcto era dirigirse a él en busca de orientación y consejo.

—Lo que les ocurre a todas esas viejas es que sus maridos ya no les hacen el más mínimo caso. Unos, porque se van de putas cada vez que tienen ocasión de hacer una escapadita a Dublín, a Cork, a Galway o a cualquier otra localidad más grande en la que puedan encontrar algo de su gusto en tal sentido. Y otros porque acaban tan borrachos después de haberse pasado media tarde y parte de la noche en el pub cuando llegan a casa no tienen ganas más que de dormir la mona, sobre todo si al día siguiente hay que levantarse pronto para ir al tajo. Y no hablemos ya de las que se han quedado solteras y casi nunca, por no decir jamás, han recibido las atenciones de ningún hombre. Así que en esa época de la vida en la cual a las mujeres se les desarregla todo, hay algunas a las que, no se sabe por qué, les entran más ganas de meneo que las que han tenido jamás. Resumiendo, Michael: que lo que te están confesando no es más que el deseo enorme que tienen de darse un revolcón con algún hombre. Así que ándate con ojo, no vaya a ser que alguna de ellas intente contigo pasar a mayores.

Aunque todo esto lo había ignorado hasta entonces Michael por su falta de experiencia sobre los síntomas que pudieran experimentar determinadas mujeres maduras con respecto a la libido, sí que por el contrario tenía experiencia dilatada en lo referente a los circunloquios lingüísticos habituales en las personas necesitadas de relatar al confesor pecados que atenten contra el sexto o el noveno mandamientos, es decir, pecados relacionados con el sexo. Y a fin de cuentas, tarde o temprano acabó comprendiendo que, tal y como el padre Murphy afirmaba, lo que todas esas mujeres referían no era sino una manera eufemística de decir simplemente que estaban cachondas pero que no tenían una forma, digámoslo así, autorizada por la Santa Madre Iglesia para mitigar los ardores de la carne; y que por ello, de forma más o menos consentida, hacían lo que podían para seguir tirando con su vida, con sus calenturas, con sus sofocos, con sus ansiedades, con sus frustraciones y con su infortunio emocional.

Si bien lo más difícil para una persona que se confiesa es encontrar la forma

adecuada de relatar al confesor aquello que hasta entonces ha permanecido en lo más oculto de su alma, lo más difícil para un confesor viene cuando ya ha acabado de escuchar todos los pecados que le han contado, y entonces está moralmente obligado a improvisar unas recomendaciones que resulten a la vez pertinentes y convincentes. Así, Michael opinaba que un confesor que se preciara debía ser creativo para inventarse algo relacionado con los pecados oídos, y no sólo eso, sino que, suponiéndole al confesor mayor experiencia y conocimiento en lo relativo a los recovecos del alma humana, debía lograr que el penitente abandonara el confesonario, no sólo con el alma más blanqueada, sino también reforzado moralmente y con un mejor conocimiento de sí mismo.

Aun siendo todavía inexperto, Michael sabía que, por una suerte de intuición quizá fruto simplemente del azar, en anteriores situaciones conflictivas, como por ejemplo las relacionadas con su hermana Molly y con su hermano Kevin, había tenido la enorme fortuna de improvisar un discurso que, sin lugar a dudas, sirvió en su momento para que los miembros de su familia tuviesen un criterio moral más elevado a la hora de juzgarse los unos a los otros, y como consecuencia de ello se sintieran más cercanos entre sí. Y al igual que le ocurriera entonces, también en las confesiones Michael acabó siendo capaz de decir algo de cosecha propia a todas esas señoras maduras que se le acercaban, como por ejemplo que el deseo de amar a otra persona es algo propio de la naturaleza humana y que por ello no debe ser rechazado o ignorado, que el amor de otra persona es algo que, por desgracia, no siempre nos es concedido en los términos que deseáramos, o que más propio de un cristiano es perdonar las debilidades humanas que ser intransigente con ellas aunque a veces resulta más difícil ser indulgente y comprensivo con las debilidades propias que con las ajenas, porque si bien hay ocasiones en las cuales detrás de una supuesta actitud caritativa con el prójimo se esconde un soberbio sentimiento de superioridad, con las debilidades propias, que son las que mejor se conocen y las que más daño nos causan, no caben equivocaciones.

Poco a poco, el joven cura Michael Fogherty fue ganándose en el pueblo de Kenworthy, así como en más de alguna otra localidad próxima a éste, fama de buen confesor, porque sus consejos morales ejercían el efecto de un bálsamo reconfortante para las atribuladas almas pecadoras. Y todo esto tuvo a la larga dos consecuencias: la primera, que el número de penitentes, sobre todo mujeres, que se acercaban a su confesonario no dejaba de aumentar; y la segunda, que poco a poco empezara a despertar celos en el párroco Murphy,

porque a pesar de toda su experiencia acumulada en el gobierno de una parroquia con el fin de que todo permaneciera en ella inmutable a lo largo de décadas, por no decir de siglos, el curita padre Fogherty se estaba revelando como un serio competidor, hasta el punto de superar al propio párroco en un aspecto que, por encima de convites semanales o de donativos sustanciosos en el caso de algún evento especial, resultaba básico en el sacerdocio, cual es el cuidado de las almas de los feligreses.

Para más inri, el propio carácter secreto de la confesión impedía que el padre Murphy pudiera influir de alguna forma en la labor de su coadjutor, ya que en realidad la confesión es una actividad en la que cada uno jugaba en su propio terreno sin que fuera posible que uno de los rivales penetrara en el terreno del otro. Además, nadie podía obligar a una persona a confesarse con quien no deseara, por lo cual no le quedaba al párroco desairado más remedio que transigir con el hecho de que en el confesonario del padre Fogherty las mujeres, y ya no sólo las de edad madura, hicieran cola; y por el contrario que en el suyo ya no hubiese más que telarañas.

Esta rivalidad llegó a un punto álgido cuando en cierta ocasión el padre Murphy advirtió que entre las que esperaban en la cola para recibir el sacramento de la penitencia se encontraban tanto Dorothy O'Connor como su propia madre. “Este curita de tres al cuarto va a acabar echando por tierra todo el trabajo que he venido llevando a cabo desde que soy párroco de este pueblo. A saber lo que les dirá a esas dos. A lo mejor incluso le convence a la sinsorga esa de Dorothy de que no celebre la boda en el pueblo, o algo todavía peor: igual le recomienda que se vaya una temporada a vivir con su prometido a Cork, para estar segura antes de recibir el sacramento del matrimonio de si la convivencia matrimonial le interesa o no. Y en tal caso a no dudar la tonta de Dorothy acabaría espabilando, porque ese prometido que tiene no es más que un auténtico sinvergüenza, según creo tan famoso en los burdeles como en los garitos de juego. Aparte de que si se va a vivir con el novio antes de la boda acabarían enterándose en todo el pueblo, y entonces no cabría otra posibilidad, para evitar la vergüenza a la familia, que celebrar la boda en algún lugar más discreto. Y eso si al final hay boda.”

La creciente desconfianza mutua entre el joven coadjutor Michael y el párroco Murphy acabó perjudicando a ambos, y por sorprendente que pudiera parecer más al que se suponía mejor dotado para bregar con asuntos desagradables, es decir, al veterano párroco, que al joven sacerdote

supuestamente inexperto y, si se quiere, hasta indefenso. Porque si bien este último acabó viéndose obligado a valerse exclusivamente de sus propios medios y a improvisar sin la ayuda de su superior en la labor pastoral, el sentimiento de envidia del párroco con respecto a su subordinado le hizo caer en el error de sobreestimar, o mejor dicho, de sobreestimar la influencia que pudiera tener sobre determinados feligreses, en especial si pertenecían a la poderosa familia de los O'Connor.

Pero al contrario de lo que el padre Murphy, corroído por la envidia, pensaba en sus momentos más pecaminosos, el padre Michael Fogherty carecía de esa habilidad necesaria para manipular a otras personas que suelen exhibir algunos sacerdotes. Carecía de tal habilidad y, además, carecía también del más mínimo interés por semejante cuestión. Más bien era del tipo de personas que, aun sin proponérselo, acaban ejerciendo en los demás una influencia mucho mayor de la que ellos mismos se creen o pretenden, y todo por la imagen que presentan de inocentes, de bienintencionados, de sinceros y de vivir en una especie de perpetua beatitud que, sabe Dios por qué, a algunas personas les resulta admirable; mientras que otras, por el contrario, lo denuestan cual si de mera impostura se tratara.

Pero la cruda realidad era que ni la hija de la familia Dorothy era tan timorata como aparentaba, ni su madre, es decir, Kathleen O'Connor, era una dama de la alta sociedad sin tacha ni mácula. De hecho Dorothy hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que un novio que se preciara debería mostrar un interés erótico en su prometida mucho mayor que lo que en su caso ocurría, y que la razón de esto no estaba tanto en que éste fuera excesivamente pacato, o al menos excesivamente caballeroso debido quizás a un malentendido con respecto a las relaciones formales de noviazgo en la época presente, sino que ello se debía a que su interés erótico estaba sin duda orientado en otro lugar que no era ella. Y si resultaba que ni siquiera en la etapa más apasionada de la vida un joven mostraba con respecto a su prometida el más mínimo interés como mujer, ello era un indicador clarísimo de un fracaso matrimonial en el futuro, que lo mismo podría acarrear una permanente insatisfacción con respecto a las delicias del sexo como una búsqueda desesperada de dichas satisfacciones fuera del matrimonio, búsqueda que incluso podría llegar a resultar patética.

Ante dicha tesitura, estaba claro que la influencia que pudiera ejercer sobre ella el padre Fogherty era más bien escasa, ya que éste se limitaba a aconsejar

a la hija casadera que meditase con tranquilidad cuál era para ella la opción más conveniente, siempre tomando como premisa inicial que entre los dos miembros de la pareja debía existir amor, afecto, respeto, confianza mutua y convencimiento de que un matrimonio era la opción con la cual la persona se sentía más satisfecha. Y con respecto a la señora O'Connor, tiempo ha convencida de que el interés erótico de su marido había emigrado del lecho conyugal, sus consejos se limitaban a exhortarle a que a la hora de buscar su propia felicidad no se engañara a sí misma con falsas expectativas, ni tampoco pretendiera buscarla a costa de hacer daño a sus seres más queridos. Aunque en realidad todo eso era algo que tanto a la madre como a su hija sonaba un tanto lejano, pues si la una había llegado a la conclusión de que su prometido no era para ella precisamente un ser querido, la otra había llegado a una conclusión análoga con respecto a su propio marido.

Pero el rencoroso y envidioso padre Murphy, a causa de la rigurosa obligación de mantener el secreto de confesión, no sabía nada de esto; y una y otra vez se figuraba que el desagradable curita que le había tocado en suerte en su parroquia no hacía otra cosa que sabotear la urdimbre que, cual paciente Penélope, había tejido él a lo largo de los años e incluso lustros; y que gracias a ella había disfrutado de una plácida vida de párroco de pueblo agasajado por los poderosos y respetado por los humildes. Cegado como estaba por la envidia, la cual, como también se ha mencionado con anterioridad, constituye uno de los siete pecados capitales, no se daba cuenta de que la culpa de que su urdimbre acabase deshaciéndose no la tenía el padre Fogherty sino la cruda realidad de la vida con sus inexorables cambios que, quiérase o no, requieren por parte de todos los que tienen a su cargo el cuidado espiritual de una comunidad nuevas estrategias, nuevas ideas, nuevas actitudes y diferente talante.

El caso es que la tan largamente anunciada boda de la hija pequeña de los O'Connor se iba alargando y alargando, sin que se vislumbrara ninguna esperanza de que alguna vez fuera a llevarse a cabo. Y paralelamente a ello, la invitación semanal a comer los miércoles se iba convirtiendo en un acto que para la familia O'Connor tenía cada vez menos interés, así tal que si bien hacía algunos años la visita del párroco solía verse como un acontecimiento en el cual casi nunca faltaba ningún miembro de la familia, últimamente las ausencias solían superar a las presencias, de forma tal que no era infrecuente que el padre Murphy tuviera que almorzar sólo con uno o dos miembros de la familia, con el agravante de que el segundo hijo, aquél con respecto al cual el

padre Murphy no profesaba la más mínima simpatía, era el más asiduo en las comidas familiares de los miércoles, no se sabía si por poseer un carácter específicamente hogareño o por tener un especial interés en amargarle al padre Murphy la visita cada vez que éste aparecía por la casa familiar.

Capítulo 7

El padre Fogherty, mientras tanto, seguía con sus confesiones a señoras maduras y a otras, como por ejemplo Dorothy O'Connor, que no lo eran tanto. A fuerza de práctica, por no decir rutina, Michael había aprendido a decir a cada persona que acudía a él para que sus pecados fueran perdonados lo que esta persona deseaba oír o, sin decirlo de forma tan cínica, algo que a esta persona le resultara gratificante y provechoso. Sin embargo, toda regla tiene sus excepciones, y así ocurrió que, en cierta ocasión, no se sabía si por mero fruto del azar o con el concurso del mismísimo diablo, a Michael Fogherty lo pillaron con la guardia baja.

Acostumbrado como estaba a que las mujeres hicieran cola cada vez que él acudía al confesionario, había perdido la costumbre de fijarse en su cara antes de que les correspondiera su turno. De hecho, le bastaba oír su voz para darse cuenta del tipo de mujer que era, bien con respecto a su edad, nivel social o cualquier otra particularidad. Esa fue la razón por la cual hasta que no la oyó hablar no se dio cuenta de que se trataba de una mujer adulta pero aún joven, y sobre todo de que poseía una firmeza tanto en el tono de voz como en la forma de expresarse que, de forma más o menos consciente, hacía que te sintieras atraído por ella.

—Padre: hace más de cinco años que no me toca ningún hombre, y cada vez me resulta más difícil soportarlo.

El estilo directo, a la par que la seguridad que irradiaba, hizo que, por esta vez, fuera el sacerdote quien se sintiera turbado. Aun así y todo, Michael tuvo los suficientes reflejos para pedirle que se explicara mejor.

—¿Qué es lo que te ocurre realmente, hermana?

—Me ocurren muchas cosas: que mi marido me abandonó cuando mi hija era aún muy pequeña, que desde entonces he tenido que cuidar de ella yo sola y a la vez trabajar para ganarme la vida, y que necesito cada vez más que alguien me diga alguna vez que me ama y que me lo demuestre, aunque en el fondo no sea verdad del todo.

—¿Qué edad tiene tu hija?

—Siete años. Así que a la mañana la dejo en la escuela, al mediodía se queda allí comiendo, y a la tarde la recoge una vecina a la que mi hija le llama tata porque es como si fuera su abuela, y cuando yo llego a casa de trabajar

tengo el tiempo justo de darle la cena, acostarla y meterme yo también a la cama, rendida y, sin embargo, a veces sin poder conciliar el sueño pensando que mi vida es de lo más triste.

—Por lo que veo, tu hija no te deja tiempo para dedicarte a ti misma.

—Mi hija es lo que más quiero en el mundo, y haría por ella todo lo que estuviera en mi mano. Pero eso para mí no es suficiente.

—Oyendo lo que me has contado, no veo que tu vida deba enjuiciarse como pecaminosa, sino todo lo contrario. Según parece, eres una madre ejemplar que cumple con sus deberes como tal a pesar del infortunio de tu vida afectiva.

—Sí, padre. Soy una madre ejemplar pero a costa de ir echando a perder mi propia vida poco a poco. A lo mejor no he venido donde usted a relatar ninguna falta concreta, sino a pedir ayuda y consuelo porque temo no poder seguir así por mucho tiempo.

—¿De qué tienes miedo exactamente?

—Tengo miedo sobre todo de mí misma. De que algún día ya no pueda más, y me convierta en una alcohólica, o de caer en una depresión de la que no sepa cómo salir, o de que pierda mi propia estima y me dedique a buscar desesperadamente un poco de amor allí donde sé con toda seguridad que no lo voy a encontrar.

Según iba escuchando el relato, el padre Fogherty iba procesando todo lo que oía a velocidad de vértigo para, en el último momento, ser capaz de decir algo que resultara mínimamente convincente. Se daba cuenta de que las recetas que había ido elaborando poco a poco con lo aprendido en las anteriores confesiones de mujeres en este caso no le iban a servir; y por otra parte vio claro que si no era capaz de decir algo que mereciese la pena, iba a quedar como un estúpido. Sabía también que en las anteriores confesiones un buen indicador de que había dejado a la persona satisfecha era que siempre se le permitía a él decir la última palabra, y sin embargo en este caso tenía serias dudas de que una vez terminado el acostumbrado sermón que ponía punto final a la confesión la cosa fuera a resultar como solía ser habitual.

Pero por suerte para él, el padre Michael tenía también otra virtud, y ésta era que, por encima de retóricas varias, lo que decía era pura y simplemente aquello que en realidad pensaba. Y si lo que pensaba podría dejarle en no muy buen lugar, pues más valía ser sincero y aguantar las consecuencias que salvar los muebles a costa de cerrar en falso una herida en un alma atribulada. Así

que, sin pensárselo dos veces, le dijo a la mujer lo siguiente:

—Has venido en busca de consuelo, y me temo que no te lo puedo dar. Has venido a contarme que tienes un enorme deseo de amar, y sólo puedo decirte que el deseo de amar es algo bueno para las personas. Lo único que puedo hacer por ti es escucharte, y si ello puede servirte al menos de alivio momentáneo, sabes que me tienes aquí todas las veces que quieras. Ve con Dios, hija mía. Y ten por seguro que voy a rezar por ti para que cuanto antes se te conceda el amor que pueda reconfortar tu alma y llenarte de la felicidad a la que todos los seres humanos tenemos derecho.

Nunca le habían dado las gracias al padre Fogherly por una confesión, al menos nunca de forma tan sincera y efusiva como hasta entonces. Y nunca le había ocurrido tampoco que al final de la conversación fuera precisamente a él a quien le faltasen las palabras. Apenas si fue capaz de decirle adiós a su interlocutora y dejar que se fuera mientras él se recogía en el fondo del confesonario dando vueltas y más vueltas a lo que acababa de ocurrirle.

Sin embargo, al cabo de unos minutos se dio cuenta de que ni al principio ni al final de la confesión había tenido la oportunidad de observar el aspecto de la mujer que acababa de abrirle su alma. Así que para cuando se le ocurrió sacar la cabeza fuera del confesonario, ésta ya había desaparecido de la iglesia. Y a lo mejor fue en ese momento cuando el diablo empezó a tentarle con éxito porque, aun sin saber cuál era el motivo de ello, de repente sintió el padre Michael unas ganas enormes de conocer a dicha mujer, no ya como mera feligresa que se acerca a cumplir con un trámite las más de las veces rutinario, sino como mujer, como amiga, como ser humano con respecto del cual sientes una cierta afinidad y, por qué negarlo, también proximidad y afecto.

Los días fueron transcurriendo, y el recuerdo de la confesión tan singular que había tenido con la mujer desconocida cada vez le ocupaba menos tiempo en su mente. La vida seguía su curso, él confesando, ocupándose de los libros de contabilidad de la parroquia y también de paso de los suyos propios para preparar las asignaturas del plan de estudios que se había propuesto de cara a obtener una titulación universitaria en letras y humanidades. Y los miércoles, su día preferido de la semana, los aprovechaba también para darse una vuelta por el pueblo, por sus calles y por las afueras dependiendo de tiempo que hiciera, aunque tal y como suele ser tan habitual en Irlanda, apenas había miércoles en el cual regresara de su paseo sin mojarse.

Uno de sus días libres que amaneció con un tiempo soleado que parecía iba

a durar al menos hasta el anochecer, salió de su casa bien entrada la mañana, con ánimo de pasear un par de horas hasta el momento de la comida en la soledad de la casa parroquial, habida cuenta de que, afortunadamente para él, tanto el padre Murphy como la desabrida asistenta se encontraban ausentes. Pero al final ocurrió lo que en Irlanda viene a ser el pan nuestro de cada día sea cual fuere la estación del año: cuando le faltaban apenas cinco minutos para llegar a la casa parroquial se desató un chaparrón. No es que la cosa fuera especialmente grave, ya que Michael tenía el hábito de llevar siempre consigo un paraguas plegable que le salvara en tales imprevistos. Así que no le quedó más remedio que abrirlo y recorrer los últimos cientos de metros con el paraguas a modo de escudo para evitar en la medida de lo posible la lluvia que arreciaba de frente.

Y así, sin ver nada más que el suelo por donde andaba, Michael iba avanzando penosamente haciendo frente al viento y sin poder evitar mojarse de cintura para abajo ya que el paraguas apenas si le tapaba la parte superior de su cuerpo, hasta que de golpe su paraguas tropezó con algo que, al ir él detrás protegido por éste, no podía ver.

Así que no tuvo otro remedio que poner el paraguas vertical y ver de qué se trataba, aun a riesgo de mojarse más de lo que ya estaba. Entonces pudo darse cuenta de que otro paraguas, o mejor dicho, otra persona que portaba al igual que él un paraguas para protegerse de la repentina lluvia, hacia exactamente lo mismo.

—Perdone, padre, pero no le había visto.

—Creo que he sido yo quien debía haber mirado mejor. En realidad estoy avanzando a ciegas con el paraguas tapándome por delante sin ver a donde voy.

—La verdad es que yo iba bastante distraída...

En ese mismo momento, al oír por segunda vez a la mujer que tenía delante, Michael se dio cuenta de quién se trataba. La verdad era que la voz de la mujer era de las que no engañaban. Y no sólo reconoció a la mujer, sino que ésta también se dio cuenta de que había sido reconocida, y aún más, de que el padre Michael Fogherty era de los que no sabían impedir que sus emociones se le reflejaran en la cara.

—Creo, padre, que me ha reconocido. La verdad es que la vez anterior me marché de la iglesia rápidamente, toda avergonzada.

—Pues yo, al poco de que te marcharas intenté ver quién eras, pero creo que para entonces ya no estabas.

—Yo, en cambio, no quería que me viera. Ya sé que en realidad es una tontería...

—Pues ahora ya nos conocemos. Parece que el azar ha querido ponernos frente a frente el uno del otro. Y, sinceramente, estoy contento de que haya ocurrido así.

—Yo también estoy contenta de poder hablar con usted de forma más relajada.

No puede decirse que Michael fuera un experto en mujeres, pero aun así todo le calculó entre treinta y treinta y cinco años. No le pareció ni fea ni guapa, aunque el tono de su voz y la sinceridad con que expresaba sus sentimientos hizo que le resultara especialmente atractiva.

—Bueno, ya que estamos aquí, dime cómo te encuentras.

—Más o menos igual que siempre...

—Quiero que sepas que me he acordado de ti más de una vez, y que tal y como te prometí he rezado para que acabes encontrando la felicidad.

—Se lo agradezco, padre. Supongo que tarde o temprano sus oraciones acabarán dando fruto. Bueno, a lo mejor le estoy entreteniendo y tiene muchas cosas que hacer.

—Todo lo contrario: hoy es como quien dice mi día libre, así que me dedico a pasear y a estudiar un poco, sin que me moleste nadie porque los miércoles suelo estar sólo en la casa parroquial. ¿Y tú que haces a estas horas?

—Yo disfruto de tres horas de descanso entre el trabajo de mañana y el de tarde, así que aprovecho para hacer alguna compra, almorzar y todo eso.

A lo mejor si el padre Fogherty fuera un poco más avisado, habría sido capaz de darse cuenta de la diferencia que existe entre flirtear y confesar a una penitente. Pero no era el caso. Y no sólo eso, sino que era del tipo de personas que, juzgando la inocencia como una de las mejores virtudes que adornan al ser humano, no estaba dispuesto por nada del mundo a resignarse a perder la suya. Así que, siguiendo sus instintos sin tomar ninguna otra cosa en consideración, siguió la conversación de forma presuntamente inocente:

—¿Te gustaría acompañarme?

—¿Acompañarle?

—Te invito a comer conmigo. Tengo un par de bistecs que pensaba tomármelos hoy. A lo mejor era demasiado para mí sólo, así que los puedo compartir. Eso sí, con una condición: que en adelante no me hables de usted, porque yo quiero seguir tuteándote, y el que me sigas hablando como si fuera al padre Murphy hace que se sienta más viejo de lo que soy.

Como era natural, la ocurrencia le hizo reír a su recién estrenada acompañante, a la vez que le puso en una tesitura de no poderse negar a una invitación tan divertida.

—Por cierto, no sé cómo te llamas.

—Mary.

—Encantado, Mary. Supongo que ya sabrás que yo soy el padre Fogherty, aunque de aquí en adelante puedes llamarme Michael.

—Yo también me alegro mucho de conocerte, Michael.

La casa parroquial no era lo que se pudiera llamar acogedora. La comida tampoco especialmente gustosa. Pero todo ello no fue óbice para que, tanto uno como la otra, disfrutaran de una agradable velada en mutua compañía, lo cual era a fin de cuentas lo que ambos más deseaban. Así, la conversación fue girando poco a poco hacia temas personales, como por ejemplo la hija de Mary, su trabajo de dependienta en una tienda, y un poco sobre el pasado de una mujer que en otra época fue niña y adolescente, de sus sueños del pasado y de las realidades del presente. En un momento determinado, incluso se atrevió Mary a pedirle a Michael que él también le contara algo de su vida, y éste, por razones que ni siquiera él mismo era capaz de justificarlas, acabó hablando de su hermana Molly y de su hermano Kevin, y de cómo él, por encima de prejuicios y malos entendidos, opinaba que el amor es algo a lo que todas las personas tienen derecho, así como también a buscar aquella forma de amor que más deseen sin que nada ni nadie tenga derecho a impedirselo.

Hacia un rato que habían terminado de devorar los sendos bistecs, y ya se habían levantado de la mesa para fregar los platos y dejar la cocina en orden cuando Mary, visto el rumbo que estaba tomando la conversación, tomó la decisión de echarse la manta a la cabeza y preguntar aquello que, en otras circunstancias, jamás se hubiera atrevido a hacer:

—¿También los sacerdotes tenéis derecho al amor?

La cara que puso Michael al oír eso debió de ser un tanto rara, porque nada

más decirlo Mary se arrepintió de haberlo hecho, y comenzó a deshacerse en disculpas. Y si bien podría pensarse que con otra persona, o mejor dicho, con otro sacerdote, ello hubiera llevado a un final embarazoso de la conversación, en el caso de Michael ocurrió justo lo contrario: le elevación del grado de tensión emocional a causa del azoramiento de Mary por su supuesta metedura de pata en realidad le empujó a éste a dar el último paso que le faltaba para pasar de estar simplemente en compañía de una amiga a estar con la mujer que había deseado más que nada en el mundo desde que ésta salió de forma precipitada de la iglesia tras haberle confesado sus más profundas emociones. Así que sin pensarlo un momento comenzó a acariciarle la cara.

—Sí, Mary, creo que nosotros también tenemos derecho al amor, aunque no sé si todo el mundo piensa así.

—Michael, perdona si te estoy poniendo en un compromiso...

—Mary, yo también necesito tocar a alguna mujer, y tú eres una mujer que me atrae mucho, y con la que he compartido mis sentimientos más que con cualquier otra persona.

—¿Crees que estamos haciendo lo correcto?

—En realidad no lo sé, porque la experiencia que tengo es más bien poca. Espero que tú puedas ayudarme.

—¿Ayudarte a hacer lo correcto?

—Ayudarme a amar a una mujer como debe hacerse.

—Claro que sí, Michael.

No era la primera vez que Michael besaba a una mujer. Mas bien la segunda desde el encuentro fortuito con la patinadora del paseo. Pero sí que era la primera vez en la cual, aparte de la mera atracción física, lo hacía con verdadero amor. Tampoco era la primera vez que una mujer le ayudara a desnudarse, al menos parcialmente; ni tampoco que él, ciego de deseo, hubiera intentado llegar con sus manos hasta los lugares más íntimos de un cuerpo femenino. Pero sí que fue la primera vez en la cual, despojado ya de toda su ropa, acariciaba, besaba y estrechaba hacia sí otro cuerpo desnudo.

La austera cama de Michael no permitía demasiados movimientos a dos personas que ardían en deseos de moverse, lo que sin embargo no fue obstáculo para que, en un momento determinado, Mary consiguiera montarse a horcajadas encima de Michael e introducir a éste dentro de su vientre. Quizás por estar viviendo una experiencia totalmente nueva para él, Michael no se

daba verdadera cuenta de la situación en la que se encontraba ni de las sensaciones que estaba experimentando, mientras que Mary, al tener mayor experiencia, era capaz de disfrutar de su excitación y de controlarla mucho mejor que él. Por esa razón, durante todo el tiempo que Michael, presa de una enorme erección, permanecía dentro de ella casi sin hacerse cargo de lo que le estaba ocurriendo, ella fue capaz de experimentar un orgasmo tras otro. Y no fue hasta que, exhausta de tanto placer, remitieron sus movimientos pélvicos cuando Michael pudo al final ser consciente de que tenía encima de él a una mujer que acababa de gozar como jamás hubiera supuesto que una mujer fuera capaz de hacerlo. Y entonces abrió los ojos y se encontró con una cara que le sonreía, con unos senos con sus puntas endurecidas, con unas manos que le acariciaban su pecho, y con unos muslos que se apretaban alrededor de su cuerpo y que ocultaban la parte de su cuerpo que todavía no había cumplido con la función que se esperaba de ella.

También Mary se dio cuenta en ese momento de que Michael todavía no había llegado al sumun de su placer, así que tensando los músculos de su vagina, a la vez que se retiraba unos centímetros le estrechó en su zona más sensible. Y entonces sí, Michael estalló en una oleada de placer y soltó un torrente de esperma en el interior de Mary, a lo que ésta respondió agachándose encima de él y besándole ardientemente en los labios un vez más.

Aquel primer encuentro no dio para mucho más, sobre todo porque tanto uno como otra se dieron cuenta de golpe de que el tiempo iba avanzando, y de que debían volver a sus compromisos habituales antes de que la situación se volviera embarazosa. No obstante, acordaron que todos los miércoles podrían repetir la experiencia, y que de ahí en adelante ése sería su día favorito.

Nada más que Mary se marchó para regresar a su trabajo y ocuparse después de su familia, Michael se esmeró en arreglar lo mejor posible el desorden que el encuentro de los dos amantes había causado, así como también en ocultar el hecho de que, contrariamente a lo que hasta entonces había sido habitual, no sólo había habido un comensal en la casa que ocupaban los sacerdotes, sino dos.

Una vez que a su juicio todo había quedado en perfecto orden, intentó aprovechar el resto de la tarde para dedicarse a avanzar en su plan de estudios. Sin embargo, todo fue en vano: era tal la impresión que le había causado su primer acto de amor verdadero que se sentía incapacitado para pensar en otra cosa. Así transcurrió la tarde de aquel afortunado miércoles,

hasta que, una vez que anocheció y el párroco Murphy regresó de lo que era su semanal comida de cumplido, tras una cena ligera decidió retirarse a su dormitorio y, para su sorpresa, quedarse dormido como un tronco.

A partir de entonces, Michael aprendió un montón de cosas con respecto al trato con las mujeres: aprendió, por ejemplo, que un pezón endurecido por la excitación es mejor no tocarlo ni lamerlo, porque ello le puede resultar a la mujer doloroso. O que, más aún que la propia vagina, una pequeña protuberancia situada un poco por encima de ésta le proporciona a una mujer unas sensaciones incluso más intensas. O que, una vez que ha llegado al orgasmo, ello no es óbice para que una mujer pueda seguir gozando de forma sucesiva varias veces más, al contrario de lo que les pasa a los hombres.

Ya había aprendido antes que cuando se tiene una experiencia sexual con una mujer que te atrae mucho físicamente ello sirve a su vez para despertar sentimientos afectivos hacia dicha mujer. Sin embargo con Mary aprendió justamente lo contrario: que cuando una mujer te inspira fuertes sentimientos afectivos ello hace que dicha mujer te resulte más atractiva sexualmente.

También aprendió que las mujeres saben por regla general hacer una síntesis mejor entre mera atracción física y sentimientos de afecto y proximidad, y por eso el enamoramiento de las mujeres suele ser casi siempre más intenso y, sobre todo, más completo que el de los hombres.

Y también aprendió que la facilidad de palabra no sólo sirve para pergeñar sermones o consejos más o menos válidos en la parte final del ejercicio de la confesión, sino también para poder expresar de la mejor manera posible los propios sentimientos, sobre todo cuando dichos sentimientos son de afecto o, mejor dicho, de amor. Así, poco a poco, Michael adquirió una sorprendente facilidad para decirle a Mary sin titubeos ni azoramiento todo lo que la amaba, todo lo que la deseaba mientras esperaba impaciente la llegada del siguiente encuentro, y todo lo feliz que se sentía con ella compartiendo no sólo experiencias placenteras para el cuerpo sino también la proximidad de dos almas, las cuales, a la vez que los cuerpos que las albergaban se encontraban unidos el uno con el otro, ellas también se sentían más unidas de lo que jamás habían estado hasta entonces con ninguna otra.

Pero todo esto no lo aprendió Michael Fogherty sin más en su primera experiencia sexual plena, sino al cabo de muchos miércoles en los cuales, ya de mutuo acuerdo y de forma deliberada, Mary y él se reunían en la casa parroquial para hacer el amor en primer lugar, y si había tiempo después para

tomar una comida ligera que les ayudase a recuperar fuerzas y a pasar el resto del día sin sentir los retortijones del hambre de forma demasiado acuciante.

Así pues, si bien después de la primera experiencia Michael no fue capaz de pensar ni de sentir otra cosa aparte de la impresión que dicha experiencia le causó, la habitual relación con Mary le sirvió para sentirse no sólo más feliz que en cualquier etapa anterior de su vida, sino también más pleno de energía y vitalidad, más seguro de sí mismo, más capacitado para abordar cualquier tarea que se le presentara. Y todo ello le fue de enorme ayuda para superar el objetivo que se había propuesto con respecto al plan de estudios encaminado a la homologación con un título universitario y, consecuentemente, para la superación con éxito de los exámenes y demás pruebas necesarias para ello.

Pero de la misma manera que podría decirse que al padre Fogherty le iba viento en popa, a su superior el padre Murphy le ocurría justo lo contrario: un día se enteró de golpe y porrazo de que Dorothy O'Connor había dado por roto su compromiso con el que estaba destinado a protagonizar una ceremonia que le hubiera supuesto a la parroquia unos sustanciosos beneficios en forma de donativos u otro tipo de prebendas. Bien es verdad que la noticia no le pilló al viejo párroco de sorpresa: por una parte, al margen de intereses propios, o al menos parroquiales, se daba perfecta cuenta de que ese compromiso hacía aguas por más de un sitio; y de que al margen del beneficio económico que la ceremonia matrimonial hubiera supuesto, no le quedaba más remedio que reconocer que celebrar un matrimonio en el cual los contrayentes no manifiestan el suficiente convencimiento, y algo todavía peor, la suficiente honradez al menos por parte de uno de ellos, no era precisamente lo que un párroco que se precie debería desear para sus feligreses.

Y por otra parte estaba el hecho de que, al igual que ocurre con cualquier guerra, la excesiva prolongación de la misma en una serie de escaramuzas que no está claro a dónde te llevan indica que está costando más de lo necesario ganarla; y aún más, que conforme pasa el tiempo son cada vez mayores las posibilidades de que no solamente no se gane la guerra, sino que se acabe perdiendo. Así tal que para cuando la estimada confidente que tenía en el ama de llaves de la casa de los O'Connor le vino con la noticia, hacía tiempo ya que el padre Murphy se temía una derrota en toda regla.

Sin embargo, ahí no se acabaron sus reveses como párroco y como comensal habitual en la casa más prominente del pueblo; pero al contrario de

lo que ocurrió con el asunto de Dorothy y la ruptura de su compromiso, esta vez sí que la noticia le pilló por sorpresa y, para más inri, le supuso todo un golpe bajo: si bien un miércoles la habitual comida en casa de los O'Connor se desarrolló con toda normalidad, al siguiente miércoles la propia señora Kathleen O'Connor le transmitió la noticia de que su marido ya no residía en el domicilio conyugal, y que a instancias precisamente de ella misma, el señor O'Connor se había mudado a un piso de su propiedad situado en Cork; en el cual, si no estaba equivocada, compartía residencia con cierta señorita que empezó trabajando en una de las empresas de su propiedad, pero que últimamente se había dedicado a jornada completa a proporcionarle servicio y disfrute.

Hacía tiempo que el segundo hijo de la familia, aquél cuyos intereses estaban muy alejados de protagonizar una boda católica con alguna mujer en la parroquia del pueblo, solía estar ausente de la protocolaria comida de los miércoles, algunas veces con la excusa de encontrarse fuera del domicilio familiar, y otras sin que siquiera mediara excusa de ningún tipo. Así que el día en el que el padre Murphy recibió la noticia que de alguna forma suponía la puntilla para sus proyectos parroquiales, solamente lo acompañaron a la mesa la señora O'Connor y su hija, y tal y como es fácil suponer, ninguna de las dos con el mejor humor para pensar en celebraciones y festejos futuros que, ya con total seguridad, jamás iban a tener lugar.

Si en lugar de estar sentado en la mesa al lado de ellas el padre Murphy hubiera estado su coadjutor, probablemente habría sido éste capaz de improvisar algunas palabras de consuelo que, al menos, habrían tenido el efecto de elevar un tanto el ambiente decaído habitual tras una separación matrimonial o una ruptura de noviazgo. Porque, tal y como lo hemos dicho ya más de una vez, el padre Fogherty tenía la virtud de hablar desde sus propios sentimientos, expresando sin disimulos lo que en aquel momento sentía, y no sólo eso, sino además haciendo suyos los sentimientos ajenos como si de propios se tratara. Pero el padre Murphy no estaba hecho de esa casta, sino que era mucho más proclive a la conversación relajada que en el fondo a nada compromete; a huir como de la peste de todas las situaciones que, de alguna forma, pudieran trastocar un cómodo estatus quo; a mantenerse contra viento y marea en el campo de lo políticamente correcto sin salirse un ápice de ello; así como a contribuir con otras fuerzas vivas a mantener la habitual jerarquía social del rico sobre el pobre, del religioso sobre el laico, del que se mantiene fiel a los dictados del poder religioso y del temporal por encima de

quien se rebela contra las normas establecidas; y también, por qué no decirlo, la supremacía del hombre sobre la mujer.

Porque, al margen de que la postura adoptada por sus dos anfitrionas malamente encajaba con lo establecido por la doctrina tradicional de la Iglesia con respecto a la actitud a asumir por una novia y por una esposa modélicas, el padre Murphy, en su calidad de hombre, se sentía mucho más solidario, y también más indulgente, con un marido al que consideraba el más sólido baluarte del entramado social en el pueblo de Kenworthy, e incluso también con un novio golfo y manirroto. Desde luego bastante más identificado que con un par de mujeres a las que sólo veía capaces de poner patas arriba todo lo que la noble dinastía de los O'Connor había construido a lo largo de los siglos.

Así que al enterarse de la noticia del presumible futuro divorcio del matrimonio O'Connor, fiel a su estilo y limitaciones no fue capaz más que de decir algunas frases protocolarias en el sentido de que lo ocurrido era una auténtica desgracia que lamentaba profundamente, sin manifestar ningún tipo de proximidad subjetiva hacia las personas que tenía delante de él y que, quiérase o no, podrían considerarse más como parte ofendida que como ofensora.

A lo mejor otro sacerdote igual de tradicional que él pero más sincero en sus convicciones le hubiera espetado a la señora O'Connor que, tal y como dijo el apóstol San Pablo, la mujer debe estar sometida al marido; o a la novia harta de un partenaire que la despechaba continuamente que el matrimonio para la mujer es sobre todo sufrimiento y resignación. Pero, por otra parte, si el padre Murphy hubiera sido un sacerdote de ese tipo a no dudar que no se habría mantenido tantos años en el cargo de párroco, y con toda seguridad habría perdido el favor de los O'Connor hacía muchísimo tiempo.

Resumiendo: que tras abandonar la residencia de sus anfitriones no dejó de pensar durante todo el camino hasta la casa parroquial que la culpa de todo lo que estaba ocurriendo la tenía ese curita novato que, no sabía cómo ni por qué, tenía la virtud de estropear lo que él había cultivado con esmero durante toda su carrera de párroco, pues no se entendía de otra forma que quienes habían sido a lo largo de toda su vida fieles siervas de Dios y, por ende, respetuosas y obedientes con los mandatos de la Santa Madre Iglesia, en tan poco tiempo hubiesen cambiado su actitud hasta ese punto. Sentía una enorme ira pero, sin embargo, ni siquiera de atrevió a reconocérselo a sí mismo que en el fondo

albergaba una enorme envidia hacia el padre Fogherty y un profundo desprecio y prepotencia con respecto al conjunto de mujeres del planeta, incluidas la señora O'Connor y su hija. Y con respecto a la ira, tampoco fue capaz de ver que lo que más le enfadaba no era que las mujeres O'Connor se alejaran más o menos de lo que un catolicismo tradicional establecía, sino que por culpa de las decisiones que adoptaron él estaba perdiendo su estatus de poder.

Pero un párroco que se precie no se rinde a la primera: así que al siguiente miércoles volvió a presentarse en casa de los O'Connor como si nada hubiera pasado. Tenía previsto lanzarles a las dos anfitrionas un sermón suave en las formas pero firme en el fondo: a la una diciéndole más o menos que lo que ha unido Dios no pueden separarlo los hombres, y que cualquier decisión tomada en contra de los designios de Dios constituía una grave ofensa a sus mandatos; y a la otra, en un tono más suave ya que a fin de cuentas su falta no era tan grave, exhortándole a que tuviese un poco de paciencia y meditase sobre su vida futura, ya que el destino que Dios ha establecido para la mujer es servir a su marido con resignación y humildad, no existiendo para una mujer empresa más digna que ésta con la excepción de abrazar la profesión religiosa y contraer matrimonio con Cristo Nuestro Señor.

Sin embargo, el destino todavía le deparaba al padre Murphy un último sobresalto: antes incluso de que llamara a la puerta salió a recibirle el ama de llaves con la noticia de que las dos señoras de la casa se encontraba ausentes, pues se habían desplazado a Dublín para acondicionar un piso propiedad de la familia, y al parecer puesto en su día a nombre de la hija por motivos de exención fiscal, en el cual pensaba residir Dorothy en el futuro, pues su intención era abandonar el pueblo de forma definitiva. Por lo que sabía, tanto la madre como la hija iban a permanecer una temporada larga viviendo juntas en el piso al menos hasta que éste estuviera listo en todos sus detalles. Y una vez que Dorothy se estableciera de forma permanente, la señora O'Connor tenía intención de realizar un largo crucero alrededor del mundo.

El único miembro de la familia que se encontraba en el domicilio era el hijo pequeño, al cual, dicho sea de paso, ni el padre Murphy ni la propia ama de llaves le profesaban la más mínima simpatía. Con hartazgo por su parte, el ama de llaves le relató al padre Murphy que el señorito, evidenciando una total falta de respeto, había manifestado que ya era hora de que ese cura gorrón dejara de chupar del bote y de engordar a costa de la familia, y que si de él dependiera hacía tiempo que le habría puesto de patitas en la calle.

No hacía falta ser muy perspicaz, y sin lugar a dudas el padre Murphy lo era, para darse cuenta de que las comidas de los miércoles se habían terminado para siempre. Ello no le impidió sin embargo aceptar la oferta de un tentempié servido en la cocina de la mansión familiar, ya que a la pobre ama de llaves le parecía una ofensa en toda regla dejar al pobre párroco castigado sin comer. Y así, en el silencio y la soledad de la zona de servicio de la mansión, el padre Murphy degustó por última vez en su vida los manjares que tan copiosamente se le habían ofrecido en el pasado por parte la familia más rica y prominente del pueblo. Y una vez que hubo terminado de satisfacer mal que bien el hambre, y naturalmente sin pretender en absoluto pasar una apacible sobremesa en la biblioteca de la mansión saboreando una buena ración de whisky, tal y como solía hacer en otras ocasiones más propicias, hubo de limitarse a agradecer al ama de llaves su gentileza y despedirse, acaso por última vez en su vida, de la casa que en tantas ocasiones le había brindado su hospitalidad.

Bien por desidia, por un falso prurito de conservar una imagen digna o por cualquier otra causa, la cuestión era que el padre Murphy era poco amigo de usar paraguas, lo cual solía hacer sólo cuando el clima irlandés obligaba a salir de casa con dicho utensilio abierto por causas de fuerza mayor. Si el cielo aparentaba estar dispuesto a mostrarse clemente con los paseantes, el padre Murphy acostumbraba a salir de casa desprovisto del mismo. Y si mientras degustaba los placeres de la mesa en casa de los O'Connor el tiempo experimentaba un cambio repentino tal y como solía ser habitual en Irlanda, los O'Connor se ofrecían gentilmente a prestarle uno de los muchos que adornaban el paragüero de la entrada de la mansión, una estupenda pieza de madera labrada diseñada no sólo para los paraguas, sino también para los bastones, los sombreros, los guantes y todo aquello que un caballero que se precie debe dejar atrás cuando visita una casa con la dignidad requerida.

El caso es que, por si no le hubieran salido suficientemente mal las cosas aquel día, el tiempo volvió a jugarle una mala pasada. Y al igual que ocurrió con el humillante tentempié servido en la cocina, no le quedó más remedio al padre Murphy que aceptar de buen grado el paraguas que le ofreció el ama de llaves, esta vez, además, asegurándole que no hacía ninguna falta que lo devolviese porque en la casa los tenían de sobra, y no creía que nadie lo fuera a echar en falta. Ya hemos dicho que el padre Murphy no estaba precisamente desprovisto de perspicacia, así que nada le costó entender que lo que en realidad le estaba diciendo el ama de llaves era que en futuro las puertas de la

mansión O'Connor no iban a estar abiertas para él.

Con la lluvia arreciando de frente cada vez más fuerte, mientras recorría el kilómetro largo que separaba la mansión de los O'Connor de la casa parroquial el padre Murphy iba rumiando su rabia por los reveses sufridos últimamente. Sabía que ese día iba a suponer un punto de inflexión no sólo en la parroquia, sino sobre todo en su propia vida. Al principio se le ocurrió una vez más que la culpa de todo aquello la tenía el curita de tres al cuarto que le había tocado en suerte como coadjutor, aunque poco a poco fue comprendiendo que si bien éste podría haber tenido algo de influencia en los sucesos que se habían desencadenado en poco tiempo, suponer que simplemente por lo que él hubiera podido decir o hacer las cosas hubiesen cambiado tanto no era sino sobreestimarlos de forma injustificada. “Al fin y al cabo —pensó, según se iba tranquilizando— las cosas con los ricos y los poderosos siempre han sido de esa forma. Te hacen creer en un momento dado que significas algo para ellos, y aún más, que tienes algo que ver con sus vivencias o con las decisiones que puedan tomar en sus vidas, y de la noche a la mañana te das cuenta de que para ellos no has sido otra cosa que un simple sirviente. Un sirviente al que acaban relegando a la cocina de la casa, al que le han puesto buena cara mientras les ha sido útil o divertido, y al que finalmente ponen de patitas en la calle por medio del ama de llaves sin darle siquiera los buenos días”.

Poco a poco, la rabia inicial se fue trocando en tristeza. Tristeza sobre todo porque pensó que en su vida no había hecho nada que realmente mereciera la pena, y que lo único que había sacado en limpio de los años transcurridos adulando y siguiendo la corriente a la familia O'Connor era un paraguas viejo y una barriga prominente. Y entonces tuvo un atisbo de sinceridad consigo mismo, y se lamentó de forma amarga de que en lo sucesivo, más incluso que la boda frustrada o que el presumible desinterés que la totalidad de los miembros de la familia O'Connor iban a evidenciar de allí en adelante con respecto a él, lo peor de todo aquello era que ahora estaba condenado a sufrir un día sí y otro también, sin interrupción ni descanso, las horribles comidas que preparaba la señora que atendía la casa parroquial, opinión dicho sea de paso compartida al cien por cien por su coadjutor.

Mal que bien, cada vez le faltaba menos para llegar a la casa parroquial, aunque, eso sí, cada vez estaba más empapado por la lluvia que no acababa de remitir. No le quedaba más remedio que seguir protegiéndose del viento y de

los chaparrones que le atacaban de frente con aquel miserable paraguas que simbolizaba mejor que nada el fracaso de una empresa llevada a cabo durante una eternidad de tiempo. Y ya se encontraba a punto de enfilarse el sendero transversal que conducía a la entrada de la casa parroquial cuando su paraguas chocó con algo que en un principio no sabía qué podría ser.

Justo le dio tiempo para darse cuenta de que una mujer, portando a su vez otro paraguas, había tropezado con él, porque en una fracción de segundo ésta esbozó unas palabras de disculpa y se alejó rápidamente, acelerando el paso todo lo que podía.

Para cuando el padre Murphy fue consciente de lo que pasaba, la mujer ya se alejaba a toda prisa, y lo único que fue capaz de advertir era que iba vestida con una gabardina de un color indefinido, que el paraguas era de un marrón difícil de recordar, y que al ir protegida por su paraguas resultaba del todo imposible verle nada de la cara o de la cabeza.

Lo primero que pensó el padre Murphy era que apenas si había tenido tiempo de disculparse correctamente, pues de hecho era él quien había tropezado al no poder ver qué es lo que tenía delante porque su paraguas se lo impedía. Al cabo de poco, sin embargo, se dio cuenta de que resultaba un tanto inusual que alguien transitase en medio de un aguacero por aquella calle que casi siempre se encontraba vacía, a no ser que la mujer viniera precisamente de la casa parroquial.

Al principio no encontró ninguna lógica al hecho de que alguien saliera de la casa parroquial en aquellas horas, pues bien sabía que la asistente libraba los miércoles, y la mujer que había visto no concordaba en absoluto con el aspecto que ésta tenía. Y entonces se quedó parado en mitad del sendero de acceso a su residencia habitual porque la cabeza empezó a darle vueltas cada vez con más rapidez y no se sentía capaz de pensar tan deprisa y, a la vez, seguir andando. Poco a poco, una amarga sospecha fue haciéndosele cada vez más grande en su alma cual si de una bola de nieve rodando cuesta abajo se tratara, hasta el punto de que cuando por fin alcanzó la puerta de la casa, estaba casi del todo convencido de que lo que le esperaba dentro no iba a ser precisamente de su agrado.

Lo primero que vio fue que la mesa de la cocina estaba sin recoger, llena de platos, vasos y otros utensilios que, sin ningún lugar a dudas, por su número daban a entender que allí había comido más de una persona. Lo segundo, la habitación del padre Fogherty con la puerta abierta, la cama desecha, la

ventana cerrada y dentro del cuarto un olor a humanidad que, aun sin ser un fenómeno de la facultad olfativa, sugería que allí había habido recientemente gran actividad fisiológica. Y finalmente, al propio padre Fogherty saliendo de la ducha vestido sólo con una toalla anudada alrededor de la cintura.

Habría sido curioso presenciar desde fuera el conjunto que componían el padre Fogherty a medio secar recién salido del cuarto de baño, y el padre Murphy recién llegado de la calle, también a medio secar, uno frente al otro, y sin saber ninguno de los dos cómo iniciar una conversación que, a no dudar, iba a resultar difícil a más no poder. Al final, fue Michael quien se atrevió a cortar el silencio que estaba resultando totalmente opresivo:

—Creo que todo esto merece por mi parte una explicación.

Merciéndolo o no, después de todos los sucesos desagradables que le habían tocado en suerte aquel infausto día, lo último que deseaba el padre Murphy en aquel momento era escuchar explicaciones de algo que, aparte de ser más que evidente, cualquier cosa que se dijese al respecto no iba sino a empeorar las cosas. Así que decidió cortar por lo sano, y sin darle opción a comentario o réplica, le respondió:

—Como comprenderá, todo esto requiere que notifique a la diócesis lo que he presenciado aquí, porque supongo que será consciente de que lo que acaba de realizar, y probablemente no sea la única vez, puede afectar de forma grave al buen nombre de la parroquia.

—Lo comprendo perfectamente, padre Murphy.

—En tal caso, prefiero que no volvamos a hablar sobre ello, y que lo que haya que hacer en lo sucesivo lo decida quien deba hacerlo.

—Me parece correcto, padre Murphy. Por mi parte, quiero que sepa que estoy dispuesto a asumir toda la responsabilidad que me corresponda. Y ahora, si me lo permite, me gustaría retirarme a mi habitación.

—Como usted quiera. Yo también tengo asuntos pendientes que resolver.

Y dicho esto, los dos sacerdotes se dieron mutuamente la espalda. Y entonces el padre Murphy tuvo uno de esos pensamientos fugaces que le vienen a uno a la mente en los momentos cruciales, y que aunque sólo duran una fracción de segundo se podría necesitar más de una hora para explicárselos a otra persona, porque de hecho son una mezcla de razonamiento y sentimiento. Se le ocurrió de golpe que, a fin de cuentas, lo que había hecho el padre Fogherty no se diferenciaba gran cosa de lo que él mismo había

venido haciendo desde tiempo inmemorial, es decir, que si uno había pecado gravemente de lujuria, él mismo había hecho lo propio con el pecado de gula. Y que la única diferencia entre uno y otro pecado no estaba en la valoración que mereciesen a los ojos de Dios, sino que, a los ojos de los hombres, por razones difíciles de explicar uno estaba tolerado sin reservas, y el otro, sin embargo, vilipendiado hasta el máximo. Pero que tanto uno como otro hubieran pecado de esa forma lo que en el fondo evidenciaba era que ambos no eran sino un par de almas atribuladas.

Y entonces se volvió hacia su coadjutor, justo en el momento en el que éste se disponía a cerrar la puerta de su habitación, y le dijo:

—Quiero que sepa, padre Fogherty, que lamento muchísimo lo que acaba de ocurrir y el deber tan pesado que acaba de caer sobre mis espaldas. Y lo lamento sobre todo porque pienso que en el fondo es usted un buen hombre. Y probablemente también un buen sacerdote, incluso mejor que yo si llegara el caso, pero la vida está llena de sinsabores que no se pueden evitar, y éste es uno de ellos. No sé cómo acabará todo esto ni las decisiones que vayan a tomarse al respecto, tanto por su parte como de la diócesis, pero quiero que sepa antes de nada que le deseo la mejor suerte de cara al futuro.

—Muchas gracias, padre Murphy. Yo también le deseo a usted lo mejor.

Y dicho esto, cada uno se encerró en su habitación. Y en la soledad de su alcoba, el padre Murphy sintió como nunca hasta entonces una enorme pena, no sólo por el padre Fogherty, un joven brillante, entusiasta y bienintencionado que había entrado con mal pie en una institución en la cual no siempre resultaba fácil bandearse, sino también por él mismo, un cura acomodaticio y conformista que, de golpe y porrazo, había comprendido que en realidad no era más que un ser insignificante.

Capítulo 8

La Vicaría del Oficio Divino venía a ser algo así como el equivalente a la unidad de asuntos internos de cualquier cuerpo policial, es decir, el negociado donde se gestionan los trapos sucios de los componentes de la institución que se trate. En el caso que nos ocupa, estaba situada en un edificio destinado a oficinas perteneciente a la diócesis, en el cual tenían también su sede diversas organizaciones de tipo misional, pastoral o simplemente caritativo ligadas a la propia Iglesia. Se había dispuesto que lo del oficio divino se ubicara en el piso más alto del edificio, un poco para mantener la necesaria reserva sobre sus actividades así como también para que ninguno de los visitantes habituales del edificio pudiera ver quién entraba o salía de dicho negociado.

El vicario del oficio divino era un tal padre Seamus Ferguson, un cura casi octogenario que a lo largo de media vida dedicada a oír todo lo desagradable y sórdido que pudiera estar relacionado con la actividad sacerdotal había perdido ya lo poco de humano y comprensivo que hubiese tenido antaño. Y es que, no se sabe bien por qué, todas las instituciones de poder, y en eso la Iglesia no era una excepción, tienen la sagrada virtud de colocar en cada uno de los puestos de responsabilidad a aquellas personas que, tanto por las características de la función a desempeñar como las de su propia idiosincrasia, resultan las más idóneas para fastidiar a quienes están bajo su jurisdicción, sean meros subordinados o ciudadanos en general. Así, es habitual que el ministro de interior de un gobierno sea el más autoritario, que el ministro de economía sea el más chorizo, y que el ministro de justicia sea el más retrógrado.

Al menos en lo referente al padre Ferguson, podría decirse que la Iglesia había cumplido esa regla a rajatabla. Pocos sacerdotes quedaban ya en la diócesis con unas ideas tan rígidas y anticuadas y con una incapacidad tan manifiesta para escuchar, para comprender y, en su caso, para perdonar. De hecho, el padre Ferguson era famoso por todo esto, y si bien el padre Fogherty, aún novato en el orden sacerdotal, no había sufrido todavía las consecuencias de tener que enfrentarse con semejante individuo, al menos había oído algo al respecto en sus tiempos de seminarista.

Era ya la segunda vez que al padre Fogherty se le había encomendado presentarse ante el padre Ferguson, un auténtico ogro según opinión generalizada. Y mientras se iba acercando al edificio más temido por casi

todos los sacerdotes de la isla, Michael fue recordando lo que le había ocurrido la vez que se estrenó como cliente de la unidad de asuntos internos de la diócesis, y pensó que en el año transcurrido desde entonces había aprendido mucho, tanto del mundo como del ejercicio sacerdotal, y que desde luego no le iba a dar ninguna oportunidad al padre Ferguson de ofenderle o de ponerle en un aprieto. De hecho, a lo largo de aquel año transcurrido había visto tantas cosas sorprendentes, había experimentado, o mejor dicho, sufrido tantas vivencias amargas, había conocido a tantas personas diferentes, y valga la expresión en todos los sentidos posibles de la palabra, que el miedo que pudiera dar el padre Ferguson le parecía una solemne estupidez.

A decir verdad, la experiencia acumulada le había servido para convertirse en una persona hecha y derecha. Y según su opinión, también para ser un sacerdote más completo. Un sacerdote que, por encima de cualquier consideración, ve al mundo y a los seres humanos que lo habitan como aspecto prioritario para desarrollar su labor, máxime teniendo en cuenta que muchos de esos seres humanos están enormemente necesitados de auxilio tanto material como espiritual, pues tan atribulada es la vida que Dios les ha deparado, o si no era el designio de Dios lo era el destino marcado por los hombres, que lo que le pudiera ocurrir a él como consecuencia de la sentencia que emitiese el padre Ferguson o quien corresponda le parecía una auténtica fruslería. Así, mientras se iba aproximando al edificio de oficinas tan temido por casi todos los sacerdotes que se encontraban en algún aprieto, no pudo dejar de recordar con cierta nostalgia, e incluso con cierto humor, lo ocurrido la primera vez que le tocó en suerte visitar el tan temido edificio a causa del descubrimiento de su relación con Mary.

En aquella ocasión se había establecido que el padre Ferguson recibiera en audiencia a los dos sacerdotes implicados en el incidente, en primer lugar al padre Murphy en calidad de su superior jerarquía y, además, por ser la parte denunciante, y en segundo lugar a Michael Fogherty como acusado. Por si fuera necesario, estaba previsto que, una vez escuchados ambos, pudiera establecerse un careo entre ellos, en caso de que las versiones dadas por uno y por el otro difiriesen de forma notoria y por ello fuera necesario establecer lo que había de verdad o no en cada uno de los testimonios dados. Precisamente por esa razón ambos fueron citados el mismo día. Y allí estuvieron largo tiempo uno al lado del otro en la antesala del despacho del padre Ferguson, ambos silenciosos, esperando a que la secretaria del mismo, una monja igual de vieja, anticuada y malhumorada que su superior, conocida como Sor

Brígida, les avisara para que pasaran a prestar testimonio.

Era normal, en cualquier caso, que ambos estuvieran en total silencio, y no sólo eso, sino también nerviosos y, por qué negarlo, pasando miedo. Incluso podría decirse que el padre Murphy era el que más miedo tenía de los dos, porque aún sin ser él quien había cometido la falta a juzgar, su responsabilidad como párroco, y de alguna forma su falta de visión para haber detectado a tiempo las tendencias pecaminosas de su coadjutor con la previsible consecuencia de que el buen nombre de la parroquia quedara por los suelos, hacía que su labor sacerdotal estuviera tan en entredicho como la de un joven coadjutor que no supo resistirse a las tentaciones de la carne.

El padre Fogherty, por el contrario, a pesar de ser quien en teoría mayor carga debía soportar sobre su conciencia, tenía como ventaja el entusiasmo y, si se prefiere llamarlo así, la inconsciencia de la juventud, más notoria aun cuando los jóvenes impulsivos actúan con total convencimiento de que aquello que les dicta su conciencia, o sus convicciones, o lo que sea, está bien a priori; y que no hay mejor manera que hacer frente a situaciones adversas que ir con la sinceridad de las convicciones propias por delante. Estaba Michael dispuesto a decirle al padre Ferguson todo lo que pensaba realmente, con la total seguridad de que había actuado con total corrección, si no institucional, al menos moral.

Sin embargo, nada más oír la primera acusación que le lanzó el padre Ferguson, se le puso una cara de idiota que no le pasó a su interlocutor desapercibida:

—Padre Fogherty: Se le acusa de haber albergado una barragana en la propia casa parroquial.

La cara de idiota del padre Fogherty tenía como explicación que jamás había oído semejante palabra, tan malsonante al oído, y a que en realidad no sabía si el padre Ferguson se estaba refiriendo a una mujer, a una mascota o a un utensilio doméstico de origen desconocido.

—Le advierto, padre Fogherty, que el hacerse el tonto no le va a beneficiar en absoluto.

—¿Tendría usted la bondad de explicarme, padre Ferguson, el significado de esa palabra que no he oído jamás en mi vida?

—Supongo que se referirá usted a la palabra barragana, esa de la que afirma desconocer su significado. Pues sepa usted que, para desconocer su

significado, ha hecho buen uso de ella, según creo.

—Perdone, pero...

—Barragana es un término de origen español, que se usaba sobre todo en la Edad Media para denominar a aquellas mujeres de las cuales se servían los sacerdotes para satisfacer sus más bajos instintos.

Entonces fue cuando el padre Fogherty encontró la oportunidad de lanzarle al padre Ferguson todo lo que había estado rumiando desde bastante tiempo antes, como por ejemplo que él jamás usaría ninguna mujer para satisfacer lo que su interlocutor denominaba bajos instintos; que si cuando mencionaba los bajos instintos se refería a amar a otra persona, entonces sí, no tenía reparo en reconocer que había amado a una mujer y que ésta, a su vez, le había amado a él, y todo ello por dos razones muy sencillas: la primera, que el amor es algo natural entre los seres humanos, bien sea el de un hombre con una mujer, o el de dos hombres o el de dos mujeres; y la segunda, que en el momento en que se conocieron tanto el uno como la otra estaban enormemente necesitados de amor, y que único que hicieron fue procurarse un poco de felicidad mutua.

Como es de suponer, esta explicación no convenció en absoluto al padre Ferguson, el cual, tras haber logrado el objetivo principal de la acusación cual era que el acusado admitiera el delito del que se le acusaba, y tras sentir un íntimo regocijo por ello, no tuvo que hacer nada más que seguir con su línea de argumentación, esta vez simplemente para acabar de redondear el pliego de cargos:

—Supongo que le habrán explicado a usted en el seminario, padre Fogherty, que el celibato es algo indisolublemente unido al ejercicio del sacerdocio, y que por tanto el tener tratos carnales con mujeres, y más todavía con hombres, es algo que les está absolutamente vedado a aquéllos que han sido bendecidos con la gracia sacramental del orden sacerdotal.

Pero el padre Fogherty, como buen irlandés, no era de los que se rinden al primer asalto, y ante semejante propuesta se lanzó con la segunda batería de argumentos:

—Eso de que el sacerdocio sea incompatible con el celibato no es un precepto que tenga origen divino ni nada que se le parezca, sino un recurso infame utilizado por la jerarquía eclesiástica para tener al conjunto de sacerdotes eternamente sometidos a sus designios, por muy arbitrarios que sean éstos. Y valga como prueba de todo lo que acabo de decir que la religión

católica es la única en la cual a sus ministros del culto se les condena a una castidad antinatural y morbosa, aspecto éste que en otras épocas de la cristiandad no se producía. Por si usted no lo sabe, padre Ferguson, el que el propio Jesucristo mantuvo relaciones carnales con María Magdalena es algo cada vez más aceptado por teólogos y estudiosos de toda índole, e incluso se afirma que ambos tuvieron una hija. Y hablando de esa palabra tan rara que me ha mencionado antes, sepa usted que durante la Edad Media no sólo era práctica habitual que los sacerdotes convivieran con mujeres, sino creencia generalizada que María Magdalena estuvo presente en la Última Cena al lado de Jesús, razón por la cual se la representaba habitualmente recostada en el pecho de éste a la vez que gozaba de sus caricias tal y como podría verse en el famoso cuadro de Leonardo, e incluso en algunas obras de arte del período románico como por ejemplo los capiteles del claustro de San Trófimo de Arlés, en Francia.

Al padre Ferguson, como de hecho les ocurre a la mayoría de inquisidores que en el mundo han sido, lo que les gusta es jugar con la ventaja de su posición preponderante, y disfrutar argumentando sobre cualquier materia con sus víctimas estando éstas acogotadas por el miedo a una condena más o menos tremenda y, por tanto, dudando entre decir lo que en realidad piensan o por el contrario aparentar una actitud lo más “convinciente” posible con la esperanza de que ello les pueda ayudar a que la sentencia que vaya a emitirse en su contra sea más benigna. Esperanza vana por otra parte, ya que los inquisidores, tanto por su experiencia como por su habitual perversidad, conocen de sobra cuáles son las verdaderas motivaciones que albergan los desafortunados que acaban cayendo en sus redes, y entonces disfrutaban jugando con ellos al gato y al ratón.

Pero lo que más les exaspera sin lugar a dudas es que alguien, como de hecho estaba ocurriendo con el padre Fogherty, les saliera respondón, porque lo que esto evidenciaba era que, sea cual fuere el resultado del proceso, el reo no aceptaba bajo ningún concepto la autoridad del inquisidor ni la ventaja que le suponía a éste actuar desde la prepotencia de quien tiene la sartén por el mango. Así que, contrariamente a lo habitual, el padre Ferguson empezó a enfadarse de verdad con nuestro joven sacerdote, y de ahí en adelante no pensó otra cosa que la mejor manera de dejar el proceso listo para que semejante curita ensoberbecido recibiera el máximo castigo posible.

—Me parece, padre Fogherty, que no es usted solamente un sacerdote que

ha cedido al grave pecado de la lujuria, sino además un soberbio en toda regla que se permite poner en entredicho las enseñanzas seculares de la Iglesia Católica.

—Pues si tiene usted en alguna estima las enseñanzas seculares de la Iglesia Católica, así como el celibato exigido a sus ministros, le recomiendo que investigue a toda esa caterva de sacerdotes pederastas que anidan en seminarios, parroquias y colegios en los cuales estudian alumnos y alumnas de corta edad, y por si no ha oído jamás hablar de este tema, puedo asegurarle que en el seminario conocí a más de uno. Y una vez que tenga su investigación finalizada, le sugiero que les aplique un severo correctivo, o mejor todavía, que los entregue a la justicia civil, porque abusar sexualmente de menores de edad es de hecho un delito como una casa.

No hace falta decir que esto último era mucho más de lo que el padre Ferguson estaba dispuesto a aguantarle a aquel curita que se creía más listo que nadie. Si con semejante individuo no era posible “razonar”, pues peor para él. Así que, sin más, le echó del despacho con cajas destempladas, tras asegurarle que la resolución del expediente no iba a ser en absoluto de su gusto, ya que él iba a esforzarse especialmente en que la sanción que se le impusiera fuera todo lo severa que pudiera imaginarse.

Como fácil es de suponer, después de tan tempestuosa entrevista el padre Ferguson no juzgó necesario llevar a cabo ningún tipo de careo entre el padre Murphy y Michael, con lo cual, tras esperar unos cinco minutos en la antesala, Sor Brígida les comunicó que el padre Ferguson había dado por terminado el turno de declaraciones, y que por tanto podían regresar a la parroquia donde a la mayor brevedad recibirían la comunicación de la sanción impuesta. Y mientras bajaba las escaleras en silencio desde el último piso del inmueble hasta el portal, Michael pensó que después de todo lo que había ocurrido con Mary acababa de aprender la última lección que hay que saber sobre el amor: que en la mayoría de los casos este se acaba, unas veces por deseo de alguno de los dos protagonistas, o incluso por ambos, pero otras veces porque la vida es demasiado cruel para dejar a quien ama disfrutar plenamente del amor. Y que tanto en un caso como en otro, lo que entonces aporta el amor es sobre todo sufrimiento.

Capítulo 9

Todavía se quedó con las ganas el padre Fogherty de decirle al ogro padre Ferguson que una hermana suya se follaba de forma periódica a una buena caterva de curas, pero prefirió no hacerlo por respeto a Molly y a su actividad profesional. Tampoco quiso referir al párroco Murphy el contenido de la entrevista realizada, en este caso más que por respeto porque sabía que si le dijera todo lo que se había atrevido a soltar al padre Ferguson a la cara, le iba a dar un disgusto mayúsculo. Y como el contenido de las entrevistas, si no tan rigurosamente como el secreto de confesión, era también materia reservada, pues nada le impidió permanecer callado al respecto.

Al cabo de algo más de una semana un sacerdote que conducía un destartalado Volkswagen escarabajo se presentó en la parroquia con una carta dirigida al padre Fogherty, exigiéndole a la vez firma de acuse de recibo. En la carta se le decía que podía optar entre la permanencia de un año en el seminario a fin de que su formación como sacerdote se completara, ya que a juicio de la jerarquía eclesiástica ésta dejaba bastante que desear, o por el contrario que permaneciera un período igual de tiempo en misiones ubicadas en el continente africano.

Todo esto había ocurrido hacía ya un año. Y mientras el padre Fogherty iba recordando las vicisitudes de aquella época, pensó que, a fin de cuentas, todo aquello no había sido más que una tormenta en un vaso de agua, y que a pesar de que las razones que tenía en la actualidad para volver a comparecer ante el consabido padre Ferguson eran mucho más serias, a lo mejor por la experiencia adquirida se sentía mucho más tranquilo.

Porque si bien la relación que había tenido con Mary no era más que un asunto doméstico que apenas si había despertado el interés de la diócesis, el que hubiese sido declarado persona no grata en el país donde ejerció su labor misional, y que como consecuencia de ello hubiera sido deportado con la prohibición expresa de regresar bajo pena de arresto y, a lo mejor, incluso de muerte, era un incidente que había suscitado una enorme preocupación tanto en la nunciatura apostólica en Irlanda como, incluso, en las propias instancias vaticanas.

El padre Ferguson era cualquier cosa menos idiota, y por eso cuando se le ocurrió la perversa idea de ofrecer a Michael la posibilidad de elegir entre dos sanciones diferentes sabía perfectamente que, dado el carácter de éste, iba

a optar por la segunda opción, con lo cual conseguía el objetivo de perderlo de vista por una temporada y a lo mejor incluso para siempre, encima con la coartada de que había sido el propio Michael quien había decidido su suerte. Lo que no había previsto en absoluto el padre Ferguson era que la capacidad de supervivencia del padre Fogherty llegase a tanto, y no sólo eso, sino que al final su perversa decisión le hubiera salpicado en plena cara, porque la responsabilidad que tenía ahora para investigar los hechos ocurridos era infinitamente mayor que la que suponía enjuiciar y sancionar a un cura con la bragueta demasiado ligera.

Tampoco Michael era tonto, y suponía que lo que había ocurrido iba a mirarse con lupa en varias instancias eclesiásticas, y a lo mejor también civiles, aparte del despacho del padre Ferguson. Por esa razón, basándose además en la experiencia adquirida, sabía que llevar la entrevista en el mismo estilo vehemente propio de un joven cura inexperto, tal y como había hecho en la ocasión anterior, era absolutamente inútil. Así que pensó que lo mejor en este caso sería evitar todos los aspectos delicados, todos los desacuerdos manifiestos, todas las argumentaciones retorcidas que a la postre no iban a convencer a nadie, y dejar que las cosas siguieran su curso, porque estaba seguro de que la decisión que fuera a adoptarse obedecería mucho más a razones de conveniencia de la propia institución eclesiástica que a las ideas de un cura octogenario anclado en el Concilio de Trento.

Apenas si se acordaba del aspecto exterior de aquel edificio anodino, y por ello estuvo a punto de pasar de largo del portal de entrada. Sí que recordaba, sin embargo, que la vicaría de asuntos internos se encontraba en el último piso del inmueble, y que como el ascensor sólo podía utilizarse si se disponía de la correspondiente llave para entrar en él, los visitantes estaban obligados a subir por las escaleras, lo que en su caso implicaba tener que ascender seis pisos a pie con el resultado de que cuando llegabas arriba tus fuerzas estaban bastante más mermadas que cuando acababas de entrar en el edificio; lo cual, suponía, no era sino una de tantas añagazas del padre Ferguson para atormentar a sus víctimas.

Sin embargo, esta segunda visita le deparó alguna sorpresa que otra: por ejemplo, que la persona que le abrió la puerta no era la siniestra Sor Brígida, sino una joven ataviada con una especie de cubrepelo de diseño moderno, que lo mismo podía considerarse una toca de monja del siglo veintiuno que cualquier otra cosa. Porque, aparte de la susodicha toca, el resto de su atuendo

no difería nada del que pudiera llevar cualquier joven de edad similar. “¿Es usted el padre Fogherty? —le preguntó nada más llegar— En tal caso, espere un momento que el padre Ferguson le atenderá enseguida.”

—Disculpe, pero recuerdo que en una ocasión anterior que estuve aquí la ayudante del padre Ferguson era otra persona.

—¿Se refiere a Sor Brígida? La pobre falleció hace unos seis meses. La verdad es que era muy mayor.

—Debo reconocer que la Vicaría ha salido ganando con el cambio.

—Muchas gracias, padre Fogherty.

Nada más decir esto, la nueva asistente le dio la espalda y se sentó en su mesa de despacho. Y mientras tanto Michael se quedó mirándola pensando que los tejanos que vestía le marcaban el trasero estupendamente, y de golpe se acordó sin saber por qué de la estampa de la monja orante, la cual dicho sea de paso lucía un trasero estupendo además de una toca muy apropiada. “Me parece que estás más nervioso de lo que te crees —pensó para sí— y por eso has empezado a desvariar antes del inicio del combate. Haz el favor de tranquilizarte, porque en realidad no hay nada de particular en que esa monja, o lo que sea, lleve unos pantalones tejanos iguales que cualesquiera que puedan comprarse en cualquier tienda. ¿Es que acaso no te has fijado que ahora todos los pantalones de mujer están diseñados para que las tías marquen trasero?”

Y después de este pequeño desbarre, al menos tuvo la calma de hacer algo más adecuado, y le preguntó por su nombre:

—Usted ya sabe quién soy yo, pero yo no conozco su nombre.

—Soy Kelly O’Brien.

—Encantado, Kelly. Yo soy Michael.

Afortunadamente, a la monja no le pareció mal del todo tanta familiaridad, y casi de forma inadvertida comenzó a tutearle.

—Encantada de conocerte, Michael. Y de paso quiero que sepas que te deseo la mejor suerte.

—Gracias, Kelly.

La susodicha Kelly O’Brien, que acaso debido al nerviosismo propio de la ocasión a Michael le pareció encantadora, fue en realidad la única cosa agradable de la sesión que mantuvo aquel día, por segunda vez en este caso, en

la temible y por más desagradable oficina del padre Ferguson. Al poco de cumplimentar con la hermana Kelly las presentaciones de rigor, una luz roja encendida en un anexo de la mesa de ésta dio el aviso de que el padre Fogherty podía pasar al despacho.

Poco había cambiado en el despacho del padre Ferguson desde cuando tuvo la suerte, o la desgracia si se prefiere, de convertirse en cliente de la unidad de asuntos internos de la diócesis. A lo más, al padre Fogherty le pareció que el despacho era más pequeño que como lo recordaba de la vez anterior.

—Por lo visto, padre Fogherty, lleva usted camino de convertirse en habitual de esta vicaría.

Contrariamente a lo ocurrido un año antes, Michael había venido dispuesto esta vez a ser todo lo diplomático que pudiera y a pasar el trámite de la forma más cómoda posible. A fin de cuentas, pensó, este asunto, se mire por donde se mire, no deja de ser un asunto diplomático.

—Espero que esta vez sea la última, padre Ferguson.

—Yo también lo espero, no le quepan dudas, porque a este paso va a ser usted capaz de monopolizar el trabajo de esta dependencia.

El estilo del padre Ferguson, según sabía Michael de la vez anterior, era especialmente provocador y desagradable, encaminado sobre todo a que el encausado acabe diciendo aquello que con arreglo a su propia defensa y seguridad más le convendría callarse. Pero esta vez había venido prevenido para no caer en las trampas de su interlocutor.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en ese punto, padre Ferguson.

—Según recuerdo, la vez anterior estuvo usted citado aquí por cierto asunto relacionado con una barragana que albergaba usted en la casa parroquial de Kenworthy.

—Aquello pertenece ya al pasado, padre Ferguson.

—Y si no recuerdo mal, a raíz de aquel incidente se le dio a usted la posibilidad de optar entre permanecer un año más en el seminario a fin de completar su formación sacerdotal, o bien partir durante un período de tiempo similar a misiones en el continente africano.

(Todavía recordaba Michael la rabia que sintió cuando leyó la carta que le trajo en mano aquel curita que conducía un Volkswagen destartado, y cómo pensó que si optaba por permanecer en el seminario seguramente

debería estar sometido a la evaluación de alguien, de forma tal que si éste no le daba el visto bueno tras finalizar el período establecido era posible que le obligaran a permanecer en semejante sitio infecto un año más, y que si el cura responsable de su evaluación era un padre José, a lo mejor incluso podría haber sido víctima de un chantaje; mientras que, por otra parte, malamente podría consolarse él con la contemplación de la estampa de la monja orante, porque eso, al igual que su relación con Mary, también pertenecía al pasado. Y entonces le pareció que cualquier opción era mejor que aquella, aunque después tuvo mil y una ocasiones de arrepentirse por no haber escogido la permanencia en el seminario).

—Así es, padre Ferguson, tal y como usted lo acaba de mencionar.

—Sin embargo, no parece que las enseñanzas adquiridas en las misiones africanas le hayan servido para enmendar su soberbia y su propensión a la indisciplina.

—No sé exactamente a lo que se refiere, padre Ferguson.

—Me refiero a que se le encomendó a usted trabajar en un colegio católico ubicado en la capital del país; y usted, de la noche a la mañana, abandonó dicho destino sin dar explicaciones a nadie y, además, sin tener autorización expresa para ello.

—Le puedo asegurar de todo corazón que la única razón que me impulsó a hacerlo fue el convencimiento de que así prestaba al prójimo un mejor servicio.

(El colegio Cardenal Rugambwa era una especie de centro de elite destinado a hijos de miembros del cuerpo diplomático de países católicos, de oligarcas locales y de todo aquél que tuviese el suficiente dinero para abonar unas elevadas cuotas, máxime considerando la pobreza general de la mayoría de los habitantes del país. Se caracterizaba entre otras cosas por una educación radicalmente tradicional, como por ejemplo la segregación entre alumnado de distintos sexos. La función del padre Fogherly en el colegio era dar clases de latín y de filosofía, en un entorno en el que tanto una disciplina como la otra despertaban escaso interés en el alumnado.

A lo mejor por incluir algo que se saliera de lo aburrido del currículo habitual, o quién sabe exactamente por qué, en cierta ocasión se programó una charla dada por un tal padre Fritzsimmmons, el cual, según se decía, estaba realizando una encomiable labor en las misiones situadas en el

interior de la selva. El tal padre Fritzsimmmons presentó una visión de la actividad misional que Michael juzgó como excesivamente idílica y probablemente falsa en todos sus extremos, similar a la que solía presentarse en los tiempos en los que, siendo él un simple escolar, solía ser comida habitual en sermones y demás actividades propagandísticas de la Iglesia.

Después de cumplimentar de forma cordial a la dirección del colegio, y tras saludar a resto del profesorado, el padre Fritzsimmmons se despidió del centro, al parecer con intención de regresar a esa especie de arcadia misional que había descrito al auditorio con tanta habilidad, en la cual convivían en una beatífica calma curas y monjas, niños y niñas, jóvenes y ancianos, leones, hipopótamos, cocodrilos y rinocerontes, todos ellos demostrando una devoción que a cualquier ferviente católico irlandés le hubiera causado la mayor envidia.

Ya se retiraba Michael al lugar de su residencia, situado a poco más de un kilómetro del colegio cuando, no sabía si por casualidad o no, se topó cara a cara con el apóstol de las misiones que había dejado encandilada a la totalidad del personal del colegio para niños ricos, acaso con la única excepción de él mismo. Lo primero que le llamó la atención a Michael fue que, visto de cerca, el padre Fritzsimmmons parecía un tipo mucho más duro de lo que había supuesto en un principio.

—Usted estaba presente en la charla, sin no me equivoco.

—Así es. Soy el padre Fogherty.

—Supongo que irlandés, al menos por el acento así lo parece. Sin contar lo del apellido.

—Al igual que usted, supongo.

—Veo que tiene buen oído. Lo digo porque, acostumbrado a hablar otras lenguas, uno acaba perdiendo el acento propio. Y ya que nos hemos presentado, permítame que le pregunte qué hace un joven irlandés como usted en un sitio tan aburrido como ése.

Lo de que el colegio Cardenal Rugambwa era aburrido ya lo había deducido Michael hacía tiempo, lo cual no quitaba que oírlo de su interlocutor le resultara sorprendente.

—Problemas con el oficio divino.

—¿Con asuntos internos? ¿Todavía está allí ese carcamal del padre

Ferguson?

—Me temo que sí.

—Supongo que algún asunto de faldas.

—¿Y qué le hace suponer eso?

—Que un joven tan agraciado como usted se habrá llevado a todas las parroquianas de calle.

—Tampoco hay que exagerar. Bien es verdad que alguna que otra a lo mejor sí...

—Suficiente para que el padre Ferguson tomara cartas en el asunto. No me diga más: le pillaron con las manos en la masa.

—¿Acaso usted también ha pasado por un trance parecido?

—Nada de eso. Bueno, ya que estamos de confidencias le diré que a mí no me pillaron en eso, aunque ocasiones no faltaron.

—¿Así que está usted aquí por propia voluntad?

—Ahora podríamos decir que sí. Pero cuando me enviaron aquí la razón fue otra.

—No tiene por qué explicármela.

—Ya lo sé, pero aún así y todo se lo voy a decir: fue por pertenecer al IRA.

El padre Michael Fogherty empezó a pensar que su habilidad para juzgar a las personas a primera vista dejaba bastante que desear. La verdad era que todavía no entendía cuál era el juego que se traía el tal padre Fritzsimmmons, si es que realmente se llamaba así porque ya no estaba seguro de nada.

—Y supongo que ahora será usted el que se pregunte qué es lo que hacía un antiguo miembro del IRA de visita en un sitio tan aburrido y, además, tan retrógrado como el colegio Rugambwa.

—Me ha quitado la palabra de la boca.

—Pues una cosa muy sencilla: recoger dinero.

—Donativos y todo eso...

—Y puedo asegurarle que bastante. En realidad es una forma de que los ricachones católicos autóctonos y foráneos tengan la conciencia tranquila: Viene un misionero a contarles un montón de mentiras que, no le quepa

duda, todos saben perfectamente que son mentira de la misa a la media. Entonces le untan el morro con unos generosos donativos, que más o menos vienen a suponer el cero coma cero uno por ciento de sus ganancias anuales. Después el esforzado misionero desaparece por una larga temporada y ellos siguen con su vida tan tranquilos.

—Así que todo lo que ha contado de las misiones...

—Falso por completo. Voy a serle sincero: la vida en el interior del país es un auténtico infierno.

—¿Entonces qué aliciente tiene estar viviendo en el infierno?

—Ayudar a los que viven en el infierno. Ayudarles simplemente a sobrevivir, lo cual es algo que, en el mejor de los casos, es lo único a lo que se puede optar.

—¿Y lo va consiguiendo?

—Mal que bien.

El padre Fogherty se dio cuenta de que, desde que había recalado en África, el padre Fritzsimmmons era la única persona que había encontrado que mereciera la pena.

—Ahora que nos conocemos mejor, padre Fogherty, creo que podemos tutearnos. Yo soy Bob.

—Yo Michael.

—¿Sabes quién era Bob Fritzsimmmons?

—Creo que no.

—Bob Fritzsimmmons fue un boxeador de finales del diecinueve y principios del veinte. Era de origen irlandés por parte de madre, y a lo mejor por eso me pusieron el nombre de Bob.

—¿Y era bueno?

—El mejor. Incluso tumbó al mítico Jack Dempsey.

—Ese nombre ya me suena más.

Entonces el tal padre Fritzsimmmons se le puso serio, y mirándole de frente, le espetó:

—Déjame que te diga una cosa, Michael: creo que en ese colegio para niños ricos estás perdiendo lastimosamente el tiempo.

—¿Y qué tiene de malo perder el tiempo?

—*Tiene de malo que el tiempo de la vida es limitado.*

—*¿Me estás proponiendo algo?*

—*Hay una ONG que está trabajando en un campo de refugiados a mil y pico kilómetros de aquí. Allí puedes hacer lo que quieras, porque cualquier cosa que hagas siempre será bienvenida y, por desgracia, mucho menos que todo lo que se necesita hacer allí.*

—*¿Tú trabajas en ese campo?*

—*Voy de vez en cuando. En realidad yo no tengo punto fijo de residencia.*

—*¿Y qué haces exactamente?*

—*No me lo tomes a mal, pero preferiría no decírtelo. Aún más: preferiría que no lo supieras por tu propio bien, así que si alguna vez te preguntan algo sobre mí, lo único que les puedas decir sea que me conociste en una charla que di en el colegio donde trabajabas de profesor.*

—*¿Dónde trabajaba?*

—*¿Es que todavía te quedan ganas de seguir allí?*

A la mañana siguiente, después de recoger sus propias pertenencias y sin dar a nadie la más mínima explicación, el padre Fogherty dijo adiós para siempre al colegio de la capital, y montó en una vieja camioneta conducida por el padre Fritzsimmmons para internarse en la selva con destino desconocido).

—Según las informaciones que constan en su expediente, usted se internó en la selva para colaborar con determinados elementos subversivos que luchaban contra el gobierno legítimamente constituido.

—Si quiere que le diga la verdad, padre Ferguson, el concepto de gobierno legítimamente constituido es algo que varía notoriamente de nuestro país a la mayoría de los países africanos.

—¿Me está diciendo acaso que un gobierno con el cual nuestro país mantiene unas relaciones cordiales, hasta tal punto que incluso tiene establecida una embajada en Dublín, no está legítimamente constituido?

—El que un gobierno esté o no legítimamente constituido y el que tenga abierta una embajada en otro país son dos cosas que poco tienen que ver entre sí. Pero dejando aparte estas disquisiciones diplomáticas, padre Ferguson, lo que le puedo asegurar es que mi actividad se limitó a atender a todas las personas que lo necesitaran, bien para proporcionarles alimento, vestido,

cuidados sanitarios, educación o protección ante persecuciones, lo cual, como usted bien sabrá, es más o menos lo que prescriben las siete obras de misericordia.

(El campo de refugiados denominado Wild Forrest, situado en medio de la selva, albergaba a unas dos mil personas que habían huido de sus casas por las distintas escaramuzas entre las fuerzas gubernamentales y el autodenominado Frente Patriótico Africano, al cual se le conocía habitualmente como la guerrilla Simba, formada por disidentes del ejército, soldados de fortuna, delincuentes de toda índole y niños reclutados a la fuerza. Una organización no gubernamental, en la cual se había enrolado el padre Fogherty, atendía como podía las necesidades de un montón de personas que habían huido con lo puesto, y a veces incluso en peores condiciones, es decir, enfermos, heridos o mutilados. Y si la situación inicial de los que acudían al campo era ya de por sí precaria, las condiciones de vida dentro de él, bien por privaciones, hacinamiento o, peor aún, tropelías cometidas por unos refugiados sobre otros, hacía que, tal y como el padre Fritzsimmmons le había adelantado a Michael, aquello tuviera todo el aspecto de parecerse al mismísimo infierno.

Tal y como de forma más bien torpe había manifestado el padre Ferguson, el campo de refugiados se encontraba de hecho en la parte del territorio controlada por la guerrilla Simba, y a lo mejor por esta causa la presión armada que dicho grupo ejercía sobre el campo era más bien pequeña, lo que no quitaba que entre sus ocupantes se encontrasen víctimas tanto de las fuerzas gubernamentales como de la propia guerrilla.)

—Y supongo que entre las que usted llama obras de misericordia no estará incluido el evitar la reproducción humana por medio de procedimientos denostados por la Santa Madre Iglesia.

—Me va usted a perdonar, padre Ferguson, pero no comprendo exactamente a lo que se refiere.

—Me refiero a la distribución masiva de preservativos, aspecto al cual el papa Juan Pablo II se refirió en más de una ocasión en un tono reprobatorio. Aunque no creo que usted recuerde eso.

—Lamento no recordar lo que dijo en su día al respecto el papa Juan Pablo II, pero en todo caso puedo asegurarle que mi actividad en el campo de refugiados poco tenía que ver con la distribución de preservativos, ya que se centraba en otras prioridades. Además, me veo en la libertad de recordarle

que incluso en nuestra católica Irlanda los preservativos son artículos de uso común en cualquier sector de la población, católicos incluidos, que mantenga relaciones sexuales. Y no sólo para evitar embarazos no deseados, sino también para prevenir enfermedades como el sida, que como usted sabrá son mortales y de imposible curación.

—¡Claro que sé que los preservativos son habituales entre quienes mantienen relaciones sexuales! ¿Pero qué me dice usted de quienes no las mantienen? Porque le digo de paso que cuando el papa Juan Pablo II habló de los preservativos, también nos recordó que la mejor manera de evitar las enfermedades venéreas es perseverar en la virtud de la castidad.

(Gracias al dinero procedente de donaciones, la ONG que ayudaba a gestionar el campo de refugiados podía permitirse comprar de forma masiva preservativos de origen chino y distribuirlos entre las mujeres refugiadas. Tal es así que, coloquialmente, se la conocía por el nombre de “Condoms across the Borders”, es decir, condones sin fronteras.

Como bien había explicado el padre Fogherty, la finalidad de los preservativos era evitar embarazos no deseados y prevenir enfermedades de transmisión sexual, aspectos, tanto uno como otro, que en las precarias condiciones del campo de refugiados constituían un problema gravísimo.

Lo que ya no ocurría como pensaba el padre Ferguson era que gracias a los preservativos se garantizaba de forma precaria un equilibrio en la convivencia entre personas de distinto sexo, y en más de una ocasión también del mismo, que evitara hasta cierto punto males mayores. De hecho, había ocurrido en varios países africanos, y en esto el campo de refugiados no era una excepción, que numerosas mujeres abogaran precisamente por la propuesta formulada por el padre Ferguson y, al parecer, también por el propio Juan Pablo II: abstenerse de mantener relaciones sexuales con los hombres, aunque no tanto por razones morales sino de índole práctica, ya que tanto un embarazo como contraer una enfermedad venérea grave suponía muchas veces su ruina como mujeres y como seres humanos.

El problema estaba en que, ante esa tesitura, muchos hombres optaban por obligar a las mujeres por la fuerza a mantener relaciones sexuales, es decir, a violarlas. No es que los preservativos eliminasen por completo el riesgo de violación para las mujeres, pero al menos hacía que disminuyera notablemente.

Así que la labor de la susodicha ONG no se limitaba a comprar condones

baratos y a distribuirlos sin más, sino que hacían un esfuerzo de toma de conciencia, tanto entre las mujeres como entre los hombres, para que éstas convencieran a sus parejas de ponerse el condón antes de la penetración sexual, y a los hombres, por otra parte, para que aceptasen la propuesta y respetasen la decisión de sus parejas, ya que malamente puede entenderse una relación sexual positiva si no media el respeto entre sus protagonistas.)

—A tenor de lo que acaba de referir, padre Fogherty, sospecho que si mientras residió usted en Irlanda su propensión a la lujuria fue manifiesta, durante el período de su estancia en África las cosas no mejorarían en absoluto.

—Puedo asegurarle que era tal el trabajo a desarrollar durante la jornada, que lo último que uno deseaba era ceder a las tentaciones de la lujuria, ya que cuando terminaba mi jornada apenas me quedaban fuerzas para tenerme en pie. Además, no se si lo sabrá usted, pero las mujeres africanas muestran escaso interés por los hombres de raza blanca, y prefieren sin lugar a dudas relacionarse con hombres de su propia raza y con costumbres similares.

(Esperaba Michael que esa solemne tontería que se le acababa de ocurrir sobre las preferencias de las mujeres africanas le pareciera creíble al padre Ferguson, al cual no juzgaba precisamente ducho en cuestiones de sexo entre razas distintas.

De todas formas, lo de que al final de la jornada acababa rendido era del todo cierto. Sin embargo, se cuidó mucho de referirle al padre Ferguson que el único momento del día que le proporcionaba un mínimo de felicidad era cuando, estando tumbado en su catre boca arriba, totalmente desnudo, sin poder apenas soportar el calor reinante, la enfermera Jenny Makeba, con la cual colaboraba estrechamente durante el día en todo tipo de tareas, entraba en su aposento, y con una delicadeza digna del mayor elogio le colocaba un preservativo y acto seguido se montaba a horcajadas encima de él.

No había noche en el cual Jenny dejase de acudir a su cuarto, así tal que, como si de un reflejo pavloviano se tratara, Michael se excitaba sexualmente incluso antes de que llegara, sólo por pensar que su breve momento de felicidad iba a llegar de forma inminente. Y así, para cuando ésta aparecía por la puerta Michael ya no deseaba otra cosa que no fuera realizar lo que acabamos de contar.

A lo mejor a Jenny le pasaba algo parecido, es decir, que para cuando irrumpía en la habitación de Michael estaba ya enormemente excitada. El caso era que durante el tiempo que Michael tardaba en lograr el clímax ella era capaz de gozar una y otra vez sin apenas descanso; mientras que éste, mal que bien, unas veces lograba correrse a entera satisfacción, y otras, sin embargo, necesitaba de la portentosa habilidad que demostraba Jenny tanto con sus dedos como con sus labios para poder dar una respuesta adecuada a los requerimientos de su partenaire.)

—A tenor de las cosas que acabo de oír, sospecho, padre Fogherty, que no ha comprendido usted de forma adecuada el maravilloso misterio que supone el surgimiento de la vida, y más aún si se trata de una vida humana. Sepa usted, por si alguien no se lo ha dicho hasta ahora, que el nacimiento de la vida humana es algo sagrado, y que todo aquello que se realice para obstaculizar, y más aún, para abortar el que la vida humana siga su curso es totalmente reprobable tanto a los ojos de Dios como a los de toda persona de bien. Por eso le digo sin reservas que su tolerancia respecto al uso de preservativos en el campo donde estuvo trabajando no va en absoluto de acuerdo con los principios de nuestra Santa Madre Iglesia.

—Tiene usted razón, padre Ferguson. El nacimiento de la vida humana es algo maravilloso.

(En cierta ocasión, una niña de unos doce años, que según parece había sido violada en una incursión armada realizada contra su poblado, tras haber roto aguas había acudido ella sola al consultorio donde Jenny Makeba hacía lo que podía con ayuda de Michael. Entonces Jenny estuvo con ella un montón de horas ayudándola con las contracciones, con adecuar la respiración para hacer el parto más fácil, acompañándola para que soportara mejor el dolor, y animándola para que apretara con toda la fuerza del mundo para que el bebe saliera sano y salvo.

Al final la madre naturaleza se portó como debía, y el bebé nació de forma satisfactoria. El problema era que la niña de doce años no tenía ninguna gana de ser madre ni, de hecho, estaba preparada psicológicamente para ello, así que nada más nacer el bebé le dio un ataque de histeria y empezó a gritar diciendo que no lo quería ver siquiera, que ella no quería ser madre, y que en aquel momento sólo quería volver a ser la niña que era antes de que la violaran.

Entonces Jenny le entregó el bebé a Michael envuelto en un simple trozo

de sábana, y mientras él se dedicaba a sostener al pobre recién nacido que no paraba de llorar, Jenny se pasó un montón de tiempo acariciando y susurrando a la madre primeriza, hasta que ésta por fin se tranquilizó y aceptó que el bebé se le acercara y empezara a succionarle el pecho.

Entonces Michael salió fuera del consultorio y se sentó en el suelo al lado de la puerta, y de repente se le ocurrió que cierto niño que supuestamente había nacido en un establo con la única compañía de su madre biológica, de su presunto padre, de un asno y de un buey, era mucho más afortunado que aquél pobre niño fruto de una violación a una niña—madre indefensa. Y entonces, así de golpe, se liberó de toda la tensión que había acumulado mientras el parto y la crisis posterior tenían lugar, y se puso a llorar a lágrima viva.

Y luego a la noche, en la soledad de sus aposentos, pensó que al igual que en tiempos del niño nacido en el establo cierto rey, habiendo escuchado rumores de que podría haber nacido un futuro competidor, en aras de preservar la estabilidad de la monarquía se puso a degollar a todos los niños pequeños que pudiesen coincidir con las características de ese supuesto competidor, al pobre niño que solamente llevaba unas pocas horas de vida podría ocurrirle tres cuartos de lo mismo, esta vez porque a determinados señores de un gobierno que, a juicio del padre Ferguson, estaba legalmente constituido, las parecía que determinados seres indefensos podrían hacer peligrar la estabilidad de sus negocios y demás prebendas, como por ejemplo costearse para sus hijos un carísimo colegio como el Cardenal Rugambwa.

Así que aquella noche, al contrario de lo habitual, la pobre Jenny tuvo que emplearse a fondo para consolar al pobre Michael sin poder dedicarse a ningún otro menester, y entonces éste pensó que aunque los irlandeses habían tenido a lo largo de la historia fama de personas duras y combativas, los africanos, y especialmente las mujeres africanas, estaban demostrando tener una fortaleza muy superior.)

—Ya que ha permanecido tanto tiempo en África, entiendo que estará al corriente de cuál es la causa de que allí exista tanta violencia.

—Supongo que se referirá usted a la maldad humana y a que no sabemos resistir a las tentaciones del Maligno.

—No se haga el idiota, padre Fogherty, que como ya se lo advertí hace un año en una ocasión anterior, ello no va a servirle de nada. El origen de la

violencia es que existen determinados elementos que no aceptan que las riquezas de un país católico reviertan en beneficio de la cristiandad, y no de los infieles que reniegan de la suprema autoridad de Nuestro Señor.

Aun sin poderlo evitar, al padre Fogherty se le volvió a quedar cara de pasmado. ¿Qué era lo que en realidad estaba sugiriendo el padre Ferguson? A fin de cuentas, la mejor manera de saberlo era preguntárselo directamente:

—Le rogaría, padre Ferguson, que me explicara con más detalle a lo que se refiere.

—Le creía a usted más inteligente, padre Fogherty ¿O acaso no se había enterado de que el verdadero interés de los enemigos de la cristiandad que están sembrando el caos en casi toda el África negra es apoderarse del coltán, que es una sustancia que se utiliza para la fabricación de utensilios electrónicos?

Tras oír semejante razonamiento, Michael empezó a comprender qué era lo que había en realidad detrás de todo aquel montaje de su apresamiento, su deportación y todo lo demás.

—Naturalmente, padre Ferguson, estoy al corriente de lo que es el coltán, y de que se utiliza para fabricar componentes de ordenadores, teléfonos móviles, etc. Lo que no comprendo es la relación que ello guarda con el hecho de que me hayan apresado por ayudar a prójimo, y luego deportado como persona non grata...

—Y ahora me va a decir que tampoco sabía que esa guerrilla que campaba por sus respetos en el campamento donde se encontraba usted se dedicaba a robar el coltán producido en las minas propiedad del gobierno legítimamente constituido, y que después se lo vendía a los chinos, los cuales, supongo que al menos sabrá eso, niegan la existencia de Dios. Así que la guerrilla roba al coltán y se lo cambia a los chinos por condones, con lo cual éstos no se conforman con robar a la cristiandad, sino que además se empeñan en socavar sus principios morales.

Al pobre Michael no acababa de quitársele la cara de pasmado. Así que ahora resultaba que la guerrilla Simba cambiaba coltán por condones. Ni estando borracho como una cuba se le podría haber ocurrido melonada semejante. Sin embargo, poco a poco empezó a comprender de dónde le venía al padre Ferguson semejante idea, o mejor dicho, qué es lo que estaba detrás de todo aquel numerito.

—Ya que hemos llegado a este punto, padre Fogherty, me veo obligado a ponerle en antecedentes de la gravedad de su situación: sepa que se han recibido quejas al más alto nivel, no sólo por parte de la jerarquía eclesiástica sino del propio gobierno, por el hecho de que determinados elementos de nuestro propio país se dediquen a socavar la riqueza y el bienestar económico de sus habitantes. Porque sepa usted que Irlanda es un país punta en la fabricación de aparatos de alta tecnología...

Al final de toda aquella charla estúpida, al padre Fogherty se le hizo finalmente la luz. El gobierno del país africano vendía el coltán a las multinacionales que fabricaban aparatos electrónicos y que se habían establecido en Irlanda por las enormes ventajas fiscales que su gobierno les concedía. Y si la guerrilla Simba lograba apropiarse de parte del botín para vendérselo a los competidores chinos, entonces las multinacionales presionaban al gobierno irlandés para que tomara cartas en el asunto con respecto a sus ciudadanos “disidentes”.

(Pero, para bien o para mal, no era Irlanda el único país de la cristiandad interesado por el problema del coltán y sus derivados: Francia, émula de glorias coloniales pasadas, había empezado hacía algunos años a meter las narices en determinados conflictos africanos intentando inclinar la balanza hacía el lado que más le convenía. Así que, tras unos cuantos años en los cuales el conflicto entre las fuerzas gubernamentales y la guerrilla Simba permaneció en una suerte de match nulo, la intervención directa del ejército francés a favor del gobierno acabó resultando decisiva para terminarla.

No es que Michael estuviese especialmente al tanto de los vaivenes políticos de las diferentes potencias. De hecho, lo único que sabía era que cierto día, sin que nadie se lo esperara, las fuerzas gubernamentales irrumpieron en el campo de refugiados arrasando con todo lo que podían.

A los negros, simplemente los mataron. A balazos o a machetazos. Y a los pocos blancos que había en el campo los cogieron prisioneros. A Michael lo metieron en una jaula hecha de trozos de madera, y desde allí pudo observar cómo se producía la masacre. Y no sólo eso, sino también que desde dentro de un vehículo todoterreno que se encontraba discretamente apartado de la debacle, cuatro militares de raza blanca vestidos con ropa de camuflaje observaban el desarrollo de toda la operación. Es decir, que dejaban a los negros que hicieran el trabajo sucio de matarse entre ellos mientras que,

desde su privilegiado puesto de observación, supervisaban la operación sin mancharse el uniforme. No volvió a saber nada más de Jenny Makeba ni, por supuesto, de la pobre niña violada o de su bebé.

Durante las siguientes dos semanas Michael permaneció dentro de la jaula en lo que hasta entonces había sido un campamento de refugiados y ahora sólo era un montón de ruinas, escombros y cadáveres. Y un día, sin saber por qué, un militar negro con más adornos en el uniforme que la mayoría de los que le custodiaban ordenó que lo sacaran de la jaula y lo metieran atado en la zona de carga de una camioneta, en la cual tuvo que hacer un viaje de tres días hasta un aeropuerto que no había visto jamás en su vida. Cuando abrieron el toldo del camión y pudo ver mejor cómo era aquello, se dio cuenta de que habían aparcado justo enfrente de la escalerilla de un avión, y entonces los soldados le obligaron a entrar dentro, tras lo cual cerraron la puerta del mismo.

Y una vez dentro, se le acercaron dos personas trajeadas con aspecto de grises funcionarios para decirle que pertenecían a la embajada belga, país que, según parece, había ejercido de intermediario entre diversas instituciones, entre ellas el Vaticano, a efectos de buscar una salida adecuada a los ciudadanos de la Unión Europea que hasta entonces habían permanecido en el país africano pero que, a partir de entonces, su presencia en el país ya no era vista con buenos ojos por el gobierno. Y de ahí en adelante, viaje a Irlanda vía Bruselas tras pasar por infinidad de controles e interrogatorios.)

Por fin a Michael se le ocurrió que había terminado la hora de hablar de lo divino, y empezado la de hablar de lo humano. Así que le preguntó al padre Ferguson si en el fondo el problema de todo aquello era a quién le vendían el coltán para fabricar los aparatos electrónicos: si a las multinacionales radicadas en países cristianos o, por el contrario, a los chinos ateos y enemigos de la misma.

—Si no le queda a usted un mínimo de decencia moral, al menos espero que, con arreglo a su fe, esté de acuerdo en que los países pertenecientes al orbe cristiano deban ayudarse y protegerse entre ellos frente a los que suponen una amenaza para la verdadera religión.

—En resumidas cuentas, ¿Me está usted diciendo que porque un país sea nominalmente cristiano tiene más derechos comerciales que otro que no lo sea?

—Padre Fogherty: no me confunda con un mercader como aquéllos que Nuestro Señor Jesucristo expulsó del templo de Jerusalén a latigazos. Yo sólo le digo que los países pertenecientes a la Cristiandad, como por ejemplo Francia o Bélgica, se han preocupado a lo largo de la historia de transmitir a los salvajes infieles los rudimentos de la verdadera fe, a la par que les aportaron su lengua, su cultura, y además se fundieron con ellos en un mestizaje grato a los ojos del Altísimo. Por cierto, a lo mejor en el país en el cual residíó habrá oído hablar algo sobre el rey Leopoldo de Bélgica.

—Algo sí, pero no demasiado a decir verdad. Supongo que eso sería hace mucho tiempo...

—El rey Leopoldo II de Bélgica fue un monarca cristiano, católico por más señas, precursor en transmitir a los salvajes embrutecidos nociones de cristianismo y de civilización, gracias a lo cual el país que en mis tiempos juveniles se denominaba Congo Belga goza hoy de un gobierno legítimo envidia de países vecinos. No sé con seguridad si el campo en el que residíó se encontraba en dicho país o en el vecino que tiene un nombre similar...

La mención al rey Leopoldo hizo que, contrariamente a lo que en un principio se había propuesto, al pobre Michael le saliera la vena irlandesa con todo su genio vehemente. Y sin poder aguantar por más tiempo aquella estúpida entrevista que cada vez le estaba resultando más falsa, acabó por encararse con el padre Ferguson sin pelos en la lengua.

—Ahora voy a ser yo quien le informe a usted de determinadas cuestiones, padre Ferguson: el tal rey Leopoldo fue uno de los mayores hijos de perra que ha conocido el género humano, responsable del asesinato de miles de africanos y de torturas, violaciones, mutilaciones y esclavización de muchísimos más. Eso sí: con la pátina de devoto católico que asistía diariamente a misa mientras se convertía en uno de los hombres más ricos del planeta a costa de robar en el Congo todo lo que podía.

—Le advierto, padre Fogherty, que ese lenguaje es impropio de sacerdotes cristianos, y por tanto que va a tener para usted desagradables consecuencias.

—Pues todas las consecuencias que pueda tener me las voy a pasar por donde usted ya sabe. Y por si no se ha dado cuenta de una vez, le digo que en el fondo de todo este asunto no hay más que un negocio millonario, parecido a lo que ocurría en tiempos de su catolicísimo rey Leopoldo. Y no precisamente millonario para mí, que durante el pasado año no he tenido más que sufrimientos, sinsabores y maltrato por parte de un montón de gente, unos

africanos y otros blancos, europeos y según creo católicos. Y sin embargo, hubo una excepción gracias a la cual pude soportar la vida infernal que llevé en el campo de refugiados: una mujer africana que aún sufrió más que yo, y que a pesar de ello todavía le quedaron fuerzas para amarme y consolarme en medio de tanto infortunio. ¿Sabe lo que le digo, padre Ferguson, que me marché a mi casa, y que si quiere saber algo de mí ya sabe dónde encontrarme, porque no estoy dispuesto ya a atender ninguno de sus requerimientos ni a sus disquisiciones estúpidas que no llevan a ninguna parte.

El padre Ferguson le escuchaba, mientras tanto, poniéndose alternativamente rojo de ira y blanco de asombro. Por fin encontró una ocasión de decir algo, y le espetó:

—En tal caso, padre Fogherty, ya sé dónde encontrarle. Tenga por seguro que recibirá noticias mías, pero ya le adelanto que no espere en un largo período que se le autorice para ejercer el sacerdocio en ningún centro religioso de Irlanda. Y aunque fuera de este país carezca yo de jurisdicción, me temo que en otros países va a ocurrirle lo mismo.

El fuerte portazo dado por Michael al salir hizo que Kelly O'Brien levantara de golpe la vista de las tareas que estaba realizando sentada en su mesa. Y al poco rato se levantó ella también, justo para ver que el padre Fogherty salía del despacho con un genio de mil demonios, y a la vez para escuchar a través de la puerta cerrada de golpe los gritos que desde dentro lanzaba el padre Ferguson, ya del todo fuera de sí. Por un momento, Michael y Kelly O'Brien se quedaron quietos, ambos de pie mirándose fijamente callados, el uno con tal enfado que apenas si se sentía capaz de proferir palabra, y la otra temiendo que aquello acabase de la peor manera posible. Al final fue Kelly quien logró desbloquear la situación:

—¿Se encuentra usted bien, padre Fogherty?

—Con ese dinosaurio que tiene usted metido ahí dentro no hay nadie que pueda sentirse bien ni de lejos.

—¿Se refiere al padre Ferguson cuando dice lo de dinosaurio, o es que hay algún otro en el que no me había fijado hasta ahora?

La respuesta un tanto inusual hizo que, por un momento, Michael se sintiera sorprendido y no supiera qué contestar. Sin embargo, al poco tiempo estalló en sonoras carcajadas, a las cuales la propia Kelly acompañó con las suyas propias. Pero, repentinamente, el padre Ferguson salió del despacho hecho una

furia.

—¿O sea, padre Fogherty, que encima de que es usted un pecador impenitente todavía le quedan ganas de reírse?

Por suerte para Kelly, la risa de Michael, al ser mucho más ruidosa, fue la única que el padre Ferguson percibió desde el interior del despacho, y a Kelly, con gran esfuerzo por su parte, le dio tiempo de poner cara seria antes de que el dinosaurio de Ferguson se diera cuenta de que ella también se había reído de buena gana.

—Hermana O'Brien: Tome nota de las señas personales de este sacerdote indigno para que reciba en su casa la decisión que esta vicaría vaya a tomar con respecto a su futuro. Y ya le adelanto, padre Fogherty, que ello va a suponer un auténtico escarnio para toda su familia.

Y nada más decir esto, volvió a encerrarse en su despacho, dando a la puerta del mismo el segundo portazo en poco tiempo.

—¿Ha sido grave la cosa?

—Tan grave como para que me tome unas largas vacaciones sacerdotales.

—¿Van a suspenderle de funciones?

—Probablemente. O a lo mejor piensan encerrarme en alguno de esos centros siniestros para curas descarriados. Por cierto: creo que habíamos quedado en tutearnos.

—Es verdad. Al ver con qué cara habías salido del despacho, se me había olvidado por completo ¿Y qué piensas hacer ahora? ¿Te vas a dejar encerrar?

—Desde luego que no. Eso sí: necesitaré buscarme algún trabajo fuera del sacerdocio, no sé si hasta que se muera el padre Ferguson, hasta que cambien a todos los jerarcas de la iglesia de Irlanda, o hasta que se produzca la resurrección de los muertos.

—¿Tienes alguna idea de qué hacer?

—Supongo que dedicarme a la enseñanza. Por fortuna, mientras estuve destinado en una parroquia donde había muy poco trabajo que hacer tuve tiempo sacarme una licenciatura en letras y humanidades.

—¿Quieres que te recomiende a alguien?

—No me digas que tienes contactos en las altas esferas.

—En las altas esferas no, pero una amiga mía es jefe de estudios en un

instituto de Cork.

—Pues te lo agradecería muchísimo, Kelly.

—Bueno, pues tal y como ha dicho el padre Ferguson, dime dónde se te puede localizar.

Después de despedirse de la hermana Kelly, Michael bajó las escaleras de los seis pisos del edificio de la vicaría con el convencimiento de que no iba a volver jamás a aquel sitio infecto. Sin embargo, el destino iba a depararle todavía muchas sorpresas que, en aquel momento, ni siquiera imaginaba.

Capítulo 10

Después de haberse visto condenado a repetir la visita a la unidad de asuntos internos de la diócesis, ahora le correspondía hacer lo mismo con respecto a su familia. No es que desde aquel permiso, lejano ya, que gozó tras su ordenación sacerdotal hubiese estado totalmente desvinculado de ella, pero en todo caso las veces que pudo estar en contacto con su familia fueron mucho más breves y esporádicas, sin contar que, durante el tiempo de su periplo africano en el campo de refugiados, la relación con cualquier persona fuera de su antiguo entorno cercano resultó del todo imposible.

Ahora, sin embargo, por razones de fuerza mayor le correspondía volver a pasar un período largo en su casa, o en la casa de sus padres mejor dicho, sin saber a ciencia cierta qué tipo de explicación pudiera darles para tan sorpresiva llegada, y menos aún qué tipo de información tendrían sobre su verdadera situación, lo cual, además, temía que se complicaría aún más cuando llegara a su casa el veredicto de la unidad de asuntos internos de la diócesis.

La verdad sea dicha, los funcionarios de la embajada belga fueron con él mucho más comprensivos que el padre Ferguson, ya que, contrariamente a lo manifestado por éste, entendieron sin dificultad que lo único que había hecho el padre Fogherty en África había sido llevar a cabo una misión humanitaria, y que si se había visto involucrado en un conflicto dentro del país ello se debía a agentes externos cuya responsabilidad no le correspondía a él en absoluto. Eso sí: se mostraron firmes en que no debía regresar al país bajo ningún concepto, y aún más, en que no estaban dispuestos a permitir nada que no fuera tomar el avión que le sacara del país africano y regresar a Irlanda lo antes posible. Así que todo ello le permitió presentarse en su casa después de haber llamado desde el aeropuerto para avisarles de que acababa de regresar de África, y que tras cumplimentar algunos trámites rutinarios en las dependencias diocesanas tomaría el primer autobús que pudiera para dirigirse a Cork.

No hace falta ser sacerdote para conocer la parábola del hijo pródigo, ya que el tema está profusamente tratado no sólo en la Historia Sagrada, sino también en la literatura y en las artes plásticas. Así que no hace falta explicar que Michael fue bien acogido en el seno de su familia, como no podía ser de otra forma. Aún más: le sorprendió que cuando intentó pergeñar alguna

explicación a su madre sobre sus actividades tanto en la parroquia de Kenworthy como, posteriormente, en las misiones africanas, ésta se mostró muy poco interesada en escuchar ninguna versión sobre dichos hechos, y le vino a decir a su hijo que lo más importante era que de nuevo pudiera estar toda la familia cerca unos de otros, y que todo lo demás importaba muy poco. Eso con respecto a su madre, porque su padre ni siquiera se tomó la molestia de preguntarle nada al respecto.

Sí que al parecer importaba más el hecho de que al cabo de una semana iba a cumplirse el cincuenta aniversario de su madre, y por ello pensaban que la llegada de Michael era como una bendición del cielo, pues tenían pensado celebrar el cumpleaños por todo lo alto con una comida familiar en la que no faltara nadie.

—¿Entonces esta vez, madre, ha pensado que todos los miembros de la familia debemos estar presentes?

—Hijo, creo que el día que celebramos tu ordenación sacerdotal nos diste una buena lección, y de verdad te digo que estoy arrepentida de lo que hice entonces.

Esta vez, sin embargo, se decidió que la celebración no iba a hacerse en un restaurante sino en el propio domicilio, cuestión ésta a la que, sorprendentemente, la madre de Michael no puso ningún reparo a pesar del trabajo extra que ello pudiera suponerle.

—La verdad es que ahora vivo mucho más descansada. Patrick se ha buscado un apartamento pequeño muy moderno, y se encarga él sólo de todos los trabajos de casa, o sea, que ya no tengo que lavarle la ropa ni nada por el estilo. Kevin y Stanley, por su parte, se arreglan muy bien.

—¿Así que ya no viven en Inglaterra?

—Habitualmente sí, pero están pasando una temporada en casa de una prima de Stanley, en Cork, y no les va a costar nada acudir. ¿Sabes que al final se casaron?

—Pues en realidad no. Aprovecharé para darles le enhorabuena.

—Stanley ha estado ya varias veces en casa, de visita. Y debo reconocer que es un chico estupendo.

—Me alegro de oírle decir todo eso, madre. No sólo por Kevin y Stanley, sino también por usted.

—Le verdad es que poco a poco los hijos nos ayudan a comprender cómo es la vida hoy en día. Muy diferente de la época en que padre y yo éramos jóvenes.

—¿Qué edad tenían ustedes cuando se casaron?

—Yo tenía diecisiete, y padre veintitrés.

—¿Y está satisfecha de la vida que ha llevado?

A la madre de Michael le costó un poco responder a la pregunta.

—Por una parte sí. He tenido cinco hijos estupendos, y estoy encantada con todos ellos. Pero por otra parte debo reconocer que en realidad no he tenido casi oportunidad de disfrutar de la vida mientras era joven, porque nada más que dejé la escuela tuve que ponerme a trabajar, y encima al poco de empezar a salir con tu padre pasó lo que pasó.

—Y a partir de entonces se convirtió en ama de casa y en reina del hogar.

—Pues más o menos así fue. También hay que decir que tampoco padre lo tuvo fácil: según iban llegando los hijos, hacía falta más dinero, tenía que trabajar más, y yo tenía menos tiempo para él.

—¿Y acaso no siente envidia por la manera como vive ahora la juventud?

—Os veo a vosotros, y sí, paso algo de envidia porque me doy cuenta de que tenéis mucho más tiempo y más oportunidades para dedicaros a vosotros mismos. Pero por otra parte pienso que ahora le cuesta mucho más a una persona joven encontrar el camino que debe seguir en la vida. Igual es que entonces nos lo daban hecho, casi a la fuerza podríamos decir, y ahora en cambio tenéis un montón de posibilidades distintas, y no sabes cuál va a ser buena, y cuál no.

Michael se dio cuenta enseguida de que lo que acababa de decir su madre encajaba a la perfección con lo que había sido su vida hasta entonces: empezó soñando de niño con dedicarse a salvar almas; pasó después diez años en una institución de la cual no estaba seguro de haber sacado demasiadas cosas en limpio; trabajó durante un tiempo en una parroquia, más que como salvador de almas como psicólogo aficionado que se dedica a escuchar las tribulaciones ajenas y de paso ayuda a la gente a sobrellevarlas. Del período africano lo único que se podía decir era que las amarguras superaban con creces a las satisfacciones. Y para más inri, las únicas personas que a lo largo de todo ese tiempo le brindaron una ayuda para poder hacer frente a sus propias debilidades y vacilaciones a la hora de encontrar su propio camino, como por

ejemplo la tendera Mary, el padre Fritzsimmmons o la enfermera Jenny, eran aquellas con las que, en su calidad de sacerdote, no debía haber establecido una relación tan cercana. Así que intentó como pudo alejar ese pensamiento de la cabeza, y continuó interrogando a su madre sobre la suerte corrida por el resto de la familia.

—También Maureen se casó, lo que supongo que tampoco sabrías.

—Sabía que estaba prometida, pero no mucho más. También le transmitiré a ella mi enhorabuena.

—Y Molly ha acabado convertida en librera. Bueno, creo que a tiempo parcial, porque aparte de eso da algunas clases de literatura no sé dónde ni a quién.

—Cuando hablé con ella el día que celebramos mi ordenación, me dijo que le faltaba poco para terminar los estudios de literatura.

—Pues ya los ha terminado, y además con buena nota.

—Creo que de todos los hermanos Molly es la más inteligente.

—Tú también lo eres, Michael. Y precisamente vosotros dos, a lo mejor por ser los más inteligentes de todos los hermanos, sois los que más problemas estáis teniendo para encontrar vuestro propio camino.

Michael empezó a darse cuenta entonces de algo que a los hijos les cuesta entender: que los padres les conocen mucho mejor de lo que ellos creen, y que a pesar de todos los desacuerdos que hayan podido tener con ellos a lo largo de sus vidas, casi siempre los padres acaban aceptándolos tal y como son en realidad.

—Seguramente tiene toda la razón del mundo, madre. Se puede decir que los otros tres han seguido un camino más sencillo.

—Así es: a Patrick siempre le gustaron los coches y la mecánica, y ahí anda con ello. Ahora sólo le falta encontrar a la mujer de sus sueños, aunque para eso igual hace falta soñar un poco más de lo que es capaz de soñar él, pero ya se verá.

—Veo que nos conoce a todos casi mejor que nosotros mismos.

—No exageres, pero un poco sí que os conozco a todos. Kevin ya sabes como es: ¿Tú crees acaso que no lo he sabido yo desde siempre?

—Supongo que sí, pero con saberlo no basta.

—Con saberlo no basta, pero a veces incluso saberlo es difícil. Saberlo y,

sobre todo, aceptarlo. En primer lugar, porque una tampoco ha tenido demasiada ayuda para enterarse de cosas que, por desgracia, se han mantenido siempre ocultas y nadie ha estado dispuesto a explicártelas. Y después, porque has vivido engañándote a ti misma, no queriendo ver lo que sabes que está ahí, mirando para otro lado todo el tiempo hasta que llega un día en el que ya no puedes más, y te dices a ti misma que basta de engañarte, que la realidad es como es, y que si hasta ahora ha habido otros que han intentado engañarte a ti, eso se acabó ya.

—Estoy de acuerdo con usted, madre, pero no se culpe demasiado por ello: la verdad es que a todos nos han estado engañando, y si tarde o temprano hemos sido capaces de rechazar el engaño, debemos sentirnos contentos. Por cierto: ¿y qué dice padre de todo eso?

—Con los hombres es mucho más difícil.

—¿Por qué lo dice? ¿Es acaso que somos menos inteligentes?

—Menos inteligentes no: pero más tontos sí.

Ante tamaña aseveración rotunda, Michael no pudo menos que soltar una carcajada.

—No te rías, que es totalmente cierto. Los hombres tenéis demasiados pájaros en la cabeza con respecto a vuestros hijos. Unos están muy orgullosos de haber sido toda su vida unos machos muy machos, y quieren que sus hijos lo sigan siendo a toda costa. Otros piensan que han sido las personas más inteligentes del mundo, y no admiten que sus hijos no lo sean también. Y otros se pasan la vida convencidos de que no tuvieron en su día todas las oportunidades que se merecían, y entonces se empeñan en que sus hijos las tengan, y en que lleguen a no se sabe dónde pero eso sí: a lo más alto que se pueda.

—Veo que está hecha una psicóloga de tomo y lomo.

—Todo esto lo he visto en tu padre, y en otros muchos hombres. Y te digo que ninguno de ellos tiene razón: cada uno es muy libre de llegar a donde quiera, sin que nadie tenga derecho a presionarle para lo contrario.

—¿Y para acabar, qué me dice de Maureen? ¿Es feliz en su matrimonio?

—Yo diría que sí. ¿No conoces a Benedict, su marido?

—No tengo ni idea de quién es.

—Es el típico chico que jamás ha roto un plato.

—O sea, que es muy buena persona.

—Yo no diría eso. Más bien que no es más que un santurrón.

—¡Vaya! ¿Y a qué se dedica, si puede saberse?

—Trabaja en la empresa de su padre. Son gente de dinero.

—¿Los conoce mucho?

—Hace cosa de seis meses nos invitaron a su casa a tomar el té. Estuvimos los seis, es decir, Benedict y sus padres, Maureen y nosotros dos. El padre de Benedict no paró de despotricar porque, según su opinión, el país estaba precipitándose a la catástrofe: primero se aprobó el divorcio; dice que pronto estarán permitidos los matrimonios de homosexuales, e incluso que, tarde o temprano, el aborto será también legal. Y entonces, el país acabará en un desastre total, al igual que lo es Inglaterra hoy en día. O incluso Rusia, que todavía debe de ser peor.

—¿Y qué cree que vaya a ocurrir, que nos invadan los chinos a algo así?

—¿Y yo qué sé? Lo que sí te puedo decir es que, a la vez, defendió la pena de muerte para los terroristas islámicos, y que no se permita que entren en el país los refugiados que vienen de África o de los países árabes.

—¿Y Maureen está de acuerdo con todo eso?

—Maureen está encantada con un marido que tiene dinero para todos sus antojos, y no le va a llevar la contraria en nada, tenlo por seguro. Ni a su marido ni al padre de éste, que es a fin de cuentas quien maneja la pasta.

Michael se acordó de pronto de lo que decía el padre Ferguson sobre los chinos y los preservativos, y se le ocurrió que si las cosas fueran tal y como las planteaba tendríamos preservativos hasta en la sopa, y entonces a lo mejor el país se quedaba sin gente. Al menos ellos no habrían sido cinco hermanos, sino muchos menos. De eso estaba la mar de seguro.

—¿Hay algo que te ha hecho gracia? Porque veo que no puedes aguantarte las ganas de reír.

—Nada, madre, perdone. Es sólo que me estaba acordando de un sacerdote que conocí en una ocasión, y que decía que China estaba intentando corromper el mundo a base de vendernos preservativos.

—Seguramente si cuando éramos jóvenes hubiese tenido yo preservativos, ni tu ni Maureen habríais nacido. Y Patrick tampoco. O a lo mejor no habría tenido ningún hijo, porque si me casé fue porque Patrick ya estaba en camino.

—Madre, eso que dice es un poco cruel.

—¿Y acaso crees que no ha sido cruel criar a tantos hijos en tan poco tiempo?

—Perdone, madre, a lo mejor he sido demasiado brusco.

—Perdona tú también, hijo. En el fondo os he querido a todos muchísimo, y os sigo queriendo. Además, estoy la mar de orgullosa de todos vosotros. Lo que pasa es que, a veces, una se siente un poco desesperada.

—Venga aquí, madre, y abráceme.

El día señalado los miembros de la familia empezaron a llegar poco a poco. A pesar de todos los pesares, la homenajeadada se había pasado la mañana entera en la cocina, aunque, según sus propias palabras, ello no le suponía ningún engorro porque lo hacía de buena gana. Kevin había propuesto un par de días antes que se podía hacer la celebración en casa trayendo comida de encargo, y así su madre no tendría que trabajar tanto, pero ésta se negó en redondo, argumentando que como la comida hecha en casa no hay. Entonces Kevin hubo de conformarse con traer una estupenda tarta de chocolate, la cual, según pudo saber Michael al poco, era la favorita de su marido Stanley.

Molly se personó con un maravilloso ramo de flores, lo que hizo que a la pobre madre se le saltaran las lágrimas. Patrick aportó unas cuantas botellas de vino sudafricano de la mejor calidad, así como una botella de Jameson con más antigüedad que la mayoría de los presentes, exceptuando acaso a la homenajeadada y a su marido. Y Michael, poco ducho en temas culinarios, le regaló un precioso pañuelo de seda, con lo cual sus fondos monetarios se quedaron casi reducidos a cero.

Y allí estaban todos sentados en la mesa departiendo en alegre conversación, cuando de golpe a Michael, un poco quizás por deformación profesional, se le volvió a ocurrir la misma pregunta que en otra celebración anterior:

—¿Acaso no va a venir Maureen?

Nada más que lo dijo, todos empezaron a mirarse unos a otros, como preguntándose si alguno de ellos sabía algo al respecto. Pero esta vez no le correspondió a madre poner cara de circunstancias, sino al primogénito Patrick:

—Madre, lamento darle un disgusto, pero me llamó ayer diciendo que ya

vendría en otra ocasión, pero que ahora no le parecía el momento adecuado.

Nada más oír eso, Molly empezó a agitarse en su asiento, a la vez que lanzaba una serie de improperios contra su hermana.

—Mira con qué nos ha salido la mosquita muerta esta, que a lo mejor es más puta que yo incluso.

—¡Por favor, hija, no hables así de tu hermana!

—Me parece, Molly —continuó Patrick—, que esta vez la razón de la ausencia no eres tú.

Todos volvieron a mirarse, interrogándose quién podría ser el culpable de semejante desaire.

—Sospecho, Patrick, que la razón de que no aparezca soy yo.

—Me temo que es así, Michael. Ha dicho que podría aceptar a una hermana entregada al pecado de la carne, o a un hermano que desafía las leyes sagradas de la naturaleza. Pero que tener como hermano un sacerdote que ha cometido sacrilegio es algo que ya no podía tolerar. Ni ella ni mucho menos su marido, al que no quería obligar a que sufriera la terrible humillación de compartir mesa con un personaje semejante.

Al principio, Michael no entendió a qué tipo de sacrilegio se refería. Enseguida, sin embargo, se dio cuenta de que Maureen llamaba sacrilegio al hecho de que un sacerdote hubiera mantenido relaciones sexuales con una mujer. Así que su primer temor fue que Molly, en un arrebató de ira, dijera delante de todos los presentes que ella conocía a un buen puñado de sacerdotes “sacrílegos”, y que a lo mejor alguno de ellos le había administrado a su beata hermana la sagrada comunión. Afortunadamente, la antaño prostituta Molly, ahora librera y profesora de literatura, se había moderado un poco, y optó por permanecer callada. Aún así y todo, Michael pensó que había que decir algo cuanto antes, no fuera a ocurrir que la comida se estropeará sin remedio. Además, para dar a su discurso mayor solemnidad, optó por ponerse de pie:

—Recordad que hace ya bastante tiempo, a raíz de otra comida familiar, os pedí que rezarais por nuestra hermana Molly. Estoy seguro de que me hicisteis caso, y prueba de ello es que hoy la tenemos con todos nosotros, feliz con su vida como seguramente no lo estuvo en mucho tiempo. A lo mejor es demasiado egoísta pedir os ahora que recéis por mí. Si queréis hacerlo os lo agradezco, pero antes de nada quisiera deciros que en estos momentos estoy

suspendido de mis funciones como sacerdote. Pero no por haber amado a alguna mujer, sino por haber desobedecido a mis superiores eclesiásticos, y haberme dedicado a socorrer a los más necesitados, aquellos que no sólo carecen de todo bien material, sino que su propia vida pende de un hilo cada día que amanece. Sí, es verdad que he amado a alguna mujer, y no me arrepiento de ello porque creo que amar a alguien es algo maravilloso. Pero os digo también que la última mujer a la que amé, una enfermera africana que compartió conmigo muchas amarguras y entre tanto unos pocos momentos de felicidad, fue asesinada simplemente por haber hecho lo mismo que yo, es decir, atender a niños abandonados, a enfermos de sida, a niñas violadas y a todo tipo de desheredados necesitados de socorro. No os pido que recéis por mí, que a lo mejor no merezco que lo hagáis, pero sí que recéis por ella. Se llamaba Jenny. Jenny Makeba. No volví a verla desde que las fuerzas del Gobierno, por cierto ayudadas por militares que, según creo, eran franceses, atacaron el poblado de refugiados donde trabajábamos a pesar de que nadie opuso resistencia. No volví a ver jamás a Jenny. Pero os digo de verdad que, esté donde esté, la recuerdo todos los días y rezo por ella.

Curiosamente, a quien más impresionó el discurso no fue ningún familiar directo, sino Stanley, el marido de Kevin, que sin poder evitarlo se puso a sollozar. Quizás porque, en una época anterior en la cual era más que dudoso que la familia de su marido fuera a aceptarlo de buen grado, Michael fue el primero que lo acogió como un amigo, o como un hermano si se prefiere. A veces suele pasar que una situación emotiva relativa a hechos que nos son ajenos nos conecta con otra que, esa sí, nos afectó directamente, y ello hace que nos impacte más a pesar de que en un principio no parezca que haya razón para ello.

Pero Michael no acabó ahí su discurso, sino que, seguidamente, pidió también una oración por Maureen, para que, por encima de prejuicios y situaciones de conveniencia, no pierda el vínculo familiar que hasta aquel momento los había unido a todos, y se diera cuenta de que la caridad cristiana está por delante de cualquier otro criterio moral que, a la postre, no sirva más que para separar y enemistar a las personas.

Y después del momento de intensidad emocional, y de unos breves minutos de catarsis, se dio comienzo a la celebración, en un ambiente distendido en el que no faltaba el buen humor. Así, poco a poco fueron saliendo a relucir las anécdotas ocurridas a uno y otro durante los últimos meses, como por ejemplo

la librería recién estrenada en Dublín, regentada en comandita por Molly y otra compañera suya a la cual la familia no conocía pero esperaba que pronto tuvieran esa suerte; la empresa de reparaciones domésticas de la cual Kevin y Stanley eran socios junto con otros dos, en una pequeña localidad del norte de Inglaterra... pero lo que más llamó la atención fue la confesión hecha por Patrick de que estaba colado por una chica que había conocido en el paseo marítimo.

—¿Y cómo fue que la conociste? ¿Has hablado con ella?

—En realidad no. La conozco solamente de que la he visto pasar varias veces, patinando.

—¿Y con eso ya es suficiente para estar colado con ella?

—Bueno... al menos puedo decir que me gusta una barbaridad.

—¿Y qué has pensado hacer para entablar con ella alguna relación?

—En realidad no sé ni como empezar. Ella pasa y vuelve a pasar, y yo me quedo mirándola embobado sin saber qué hacer, o qué decir. Si al menos supiera patinar, a lo mejor podríamos iniciar una conversación, pero de esta manera, me resulta imposible.

Mientras iba escuchando todo eso, Michael prefirió estar callado, al menos hasta saber en qué acababa el asunto.

—Lo único que se me ocurre es tumbarme en medio del paseo y dejar que me pille, o al menos que se pare.

—Supongamos que haces eso: ¿Y después de que se pare qué?

—La verdad es que no lo sé. Si en lugar de una chica fuera un coche, la cosa estaría mucho más fácil: te plantas con una señal de stop y no le quedaría más remedio que pararse.

Nada más que oyó eso, a Kevin se le iluminó la cara.

—Se me acaba de ocurrir una idea, Patrick: por lo que recuerdo, delante de vuestro taller hay una explanada donde se dejan aparcados los coches que están para arreglar.

—Sí, una explanada bastante grande, como para que aparquen unos doce más o menos. Pero la chica esta no se acerca por la explanada, sino que patina por el paseo.

—No claro, lo que quería decir es que cuando los coches salen de la explanada para incorporarse a la carretera, tendrán que pararse primero.

—Claro, antes de meterse en la carretera tienen un stop.

—Y el stop tendrá una señal.

—Sí, claro, justo a la salida de la explanada.

—O sea, dentro del recinto de vuestro taller.

—Eso es.

—Bueno, pues puedes hacer una cosa: desatornilla la señal, y ve con ella al paseo. Y cuando la veas pasar, sacas la señal y se la pones delante.

Lógicamente, al oír eso todos los presentes estallaron en carcajadas.

—¿Y tú te crees que de esa forma se pararía?

—Por intentarlo no pasa nada.

—¿Y cuando se pare y me llame idiota, entonces qué?

La siguiente idea fue de Molly:

—Antes de poner la señal, te compras un ramo de flores. Y cuando veas que se acerca lo escondes detrás de ti. Después le plantas la señal en medio del camino. Si pasa de largo, lo vuelves a intentar cuando de la vuelta, y si a una de estas se para, entonces le sacas el ramo de flores y se lo ofreces.

—¿Y después de que le dé el ramo, qué?

Nueva carcajada de los presentes, pero Molly no se rio:

—Quizás entonces sea ella quien tuviera que decir algo, por ejemplo, que el ramo es muy bonito, que te lo agradece, o qué sé yo.

—A lo mejor me dice que ya tiene novio.

—Pues en ese caso le dices que se puede quedar con el ramo de todas formas, y que a la semana siguiente vas a volver con otro ramo, aunque ya no vas a dejarle en ridículo poniéndole delante una señal, porque entonces el que se va a poner delante vas a ser tú.

—¿Y si todo le parece bien?

—Entonces le pides una cita para quedar.

Gracias a la anécdota de la chica patinadora, el ambiente fue animándose hasta el punto de lograr que los comensales se olvidaran por un momento de la ausencia de Maureen o de las tribulaciones de Michael en su aventura africana, y así fue que la abnegada madre de los cinco hijos más un par de añadidos pudo disfrutar de la velada agradable que se merecía en calidad de

homenajeada.

Poco a poco, los invitados fueron retirándose una vez terminada la comida, y al final Michael se quedó solo, porque todos los demás hermanos tenían sus ocupaciones fuera del que en otro tiempo había sido el hogar común de todos ellos. Y entonces Michael, al recordar el tiempo que pasó en la casa de sus padres posteriormente a su ordenación sacerdotal, comenzó a sentir miedo, el típico miedo al vacío. Un vacío más bien interior, producido por el hecho de que, transcurridos más de dos años desde su primera estancia, había vuelto al mismo punto pero con muchas menos ilusiones y con muchos más desengaños. Estaba, al igual que entonces, dependiendo de sus padres como cuando era niño, sin oficio ni beneficio, pero en esta ocasión sin saber tampoco hacia donde quería dirigir su vida. Aun así y todo, aquella noche durmió bien, quizás debido a la fatiga acumulada por las anteriores experiencias. Y a la mañana siguiente se levantó mucho más relajado de lo que hubiera esperado.

Fue toda una corazonada que, al poco de terminar su desayuno, un ruido de automóvil en la calle hizo que se acercara a la ventana pensando, no sabía por qué, que ello tenía que ver algo con él. El coche, un Volkswagen Polo de color lila, en principio no le sugirió nada. Ni tampoco la mujer que se bajó de él y empezó a mirar los números de las puertas. Y justo cuando, tras situarse delante de la suya, se le cambió la expresión de la cara, fue cuando Michael se dio cuenta de quién era realmente, y también a qué había venido. Fue sin embargo su madre, quizás por el acto reflejo de estar siempre atenta a todos los requerimientos de la casa antes que cualquier otro de sus habitantes, quien le abrió la puerta.

—Michael, aquí hay una chica que pregunta por ti.

—Y la he visto, madre. Dígale que pase a la sala.

—Os dejo solos.

Desprovista del tocado que le ocultaba casi todo el cabello, Kelly O'Brien tenía un aspecto bastante diferente a como Michael la recordaba, y ello a pesar de llevar un peinado más bien corto, y de que su indumentaria no difería gran cosa de la que llevaba cuando Michael la conoció en el despacho del padre Ferguson.

—Recuerdo que la vez anterior vino a buscarme a la parroquia un cura con un escarabajo viejísimo.

—Supongo que sería algún coche de la diócesis. Pero hoy he venido en el

mío.

—Pues reconozco que el cambio es muy favorable.

—¿El cambio de coche, o el cambio de persona?

—Creo que los dos. Pero vas a perdonarme que no esté hoy para muchas bromas, porque supongo que el motivo de la visita no se presta para ello.

—Perdona tú también, Michael. ¿Quedamos en tutearnos, verdad?

—Claro.

—Bueno, pues he venido a traerte la resolución de tu expediente. Supongo que ya sabes cómo es el trámite.

—Recoger el documento y firmar el recibo.

—Correcto.

—¿Y después?

—Después lo que quieras. Aunque si me permites una sugerencia, me gustaría dar un paseo por la orilla del mar.

—¿Has leído su contenido?

—Lo he mecanografiado yo.

—Entonces lo del paseo tendrá un motivo.

—El motivo es que cuando tienes a otra persona a la que puedas comentar lo que te ocurre, las cosas se sobrellevan mejor. Supongo que ya sabrás poco más o menos lo que dice.

—Dice que me han suspendido.

—Exactamente.

—¿Sine die?

—Sine die. ¿Qué, salimos ya?

—Déjame un par de minutos para echarle una ojeada al documento.

El pequeño recorrido cuesta abajo desde la casa hasta la orilla del mar lo hicieron en silencio. Y una vez que llegaron al paseo, fue Michael quien rompió el hielo.

—La vez anterior me ofrecieron la posibilidad de reingresar en el seminario durante un período de un año. En cambio esta vez no me han dado más opción que ponerme de patitas en la calle.

—¿Sabes lo que suelen decirles los empresarios a los empleados que

despiden?

—Dímelo tú.

—Les dicen que el despido es una oportunidad para ellos. Ya sé que suena bastante cínico, pero voy a decirte una cosa, Michael: creo que en este caso lo que han hecho realmente es darte una oportunidad.

—¿Una oportunidad de qué?

—Una oportunidad de organizar tu vida pensando en ti mismo.

—Ayer estaba en casa deprimido, recordando que cuando me ordenaron sacerdote pasé unos días igual que ahora, en casa de mis padres, pero lleno de ilusiones y proyectos sobre mi vida futura, y ahora estoy en la misma situación, pero sin saber qué hacer.

—¿Recuerdas que el día que nos vimos por primera vez te dije que conocía a alguien que trabajaba en un centro educativo de Cork? Bueno, pues le he hablado de ti.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que hay una plaza libre en el departamento de lenguas y estudios clásicos.

—¿Y crees que debo presentarme?

—Claro que sí. Llama por favor al colegio, y luego me cuentas cómo te ha ido.

—Muchas gracias, Kelly.

El paseo fue lo más agradable que le había pasado a Michael desde hacía bastante tiempo, excepción hecha de la celebración del día anterior con sus padres y hermanos. Así que tras una hora larga de dar vueltas de aquí para allá, se despidieron en la puerta del Volkswagen Polo, con la promesa de que volverían a verse.

—¿Quién era esa chica tan guapa que ha venido a verte, hijo?

—No sé lo que está pensando, madre, pero en realidad es una monja que trabaja en el obispado.

—¿Así que es una monja? Quién lo diría. En mis tiempos las monjas no se parecían en nada a esa.

—Supongo que lo dirá por la indumentaria. Pero madre, hace mucho que las monjas no se visten con toca y hábito holgado hasta los tobillos

—Por la indumentaria no. Lo digo por la forma en que te miraba, y en cómo la mirabas tú a ella.

—No iré a pensar que...

—Hijo: yo no pienso nada, y sólo digo de lo que veo.

—Bueno, ¿Y qué ha visto?

—He visto que es una chica la mar de maja, y que hacíais buena pareja.

—Una pareja de un cura y una monja.

—Mira, hijo: después de todas las cosas que he visto en esta familia, las tuyas incluidas, todo me parece posible. Por ejemplo que esa chica y tú acabéis entendiéndoos. Bueno, ¿me vas a explicar a qué ha venido en realidad?

—Ha venido de parte del obispado a decirme lo que ya me figuraba.

—Que te han suspendido de las funciones de sacerdote.

—Más o menos eso, sí. Me ha traído el documento firmado.

—Pues a lo mejor estoy equivocada, y no es más que una arpía.

—No, madre: me ha dado también una recomendación para que vaya a trabajar de profesor a un instituto de Cork.

—Así que en realidad es una buena chica.

—Sí, madre. Es una buena chica que siempre me ha apoyado.

—¡Ya lo decía yo! Hijo: ven que te de un abrazo. Te deseo la mejor suerte. Ya verás cómo al final consigues encontrar tu camino en la vida.

—Gracias por todo, madre. Quiero que sepa que es una madre maravillosa.

—Y tú un hijo estupendo, Michael.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 11

No fue hasta que tuvo unos ocho años cuando empezó a preguntarse por qué casi todos los niños y niñas de su edad que había conocido hasta entonces habían acabado yéndose a vivir con alguna familia de las que cada cierto tiempo se acercaban por el convento, y que después de examinar con atención a todos acababan llevándose a alguno, mientras que por el contrario nadie se interesaba por ella. A lo mejor porque ella era ya una niña grande, y las familias que venían casi siempre preferían llevarse a niños mucho más pequeños. Bueno, de vez en cuando también se llevaban a alguna niña, pero lo que más solían llevarse eran niños.

El día que alguna familia venía de visita los vestían a todos con las mejores ropas que tenían, y les mandaban reunirse a una habitación donde la familia que había llegado los esperaba. Entonces se ponían todos a jugar, aunque las hermanas les advertían muy serias que ese día no se podía meter mucho ruido porque entonces la familia se iba a marchar toda enfadada. Había también otra habitación en la cual estaban los más chiquitines, es decir, los que todavía se pasaban el día entero en una cuna, y las familias que venían de visita también pasaban a verles a ellos.

A los más mayores, como por ejemplo a ella, las hermanas les decían que tenían que portarse muy bien, porque si las familias veían que eran unos niños muy formales y unas niñas muy modositas a lo mejor acababan decidiéndose por uno de ellos, y entonces se iban a vivir para siempre con esa familia y se lo pasarían muy bien durante toda su vida.

Había algunos niños, y sobre todo niñas, que sabían poner buena cara a los visitantes, y además cuando les preguntaban algo contestaban con un “sí señor”, o un “sí señora”, que según decía la hermana Catherine era algo que a las familias les gustaba muchísimo. También les solía gustar si sabías recitar alguna poesía, o cantar alguna canción, y cuando alguno de los niños que vivían en el convento recitaba o cantaba algo, las familias exclamaban: “pero qué encantador”, y después de eso había muchas veces que querían ver al niño o a la niña a solas, y entonces la hermana Catherine les acompañaba a otra habitación con el niño o la niña que habían escogido.

Una vez, hacía mucho tiempo ya, a ella también se la llevaron a esa habitación, y entonces la familia dijo que la quería ver completamente desnuda. Como era muy pequeña no le importó, pero si hubiese sido ahora le

habría dado una vergüenza enorme. La verdad es que ya no se acordaba de casi nada de lo que pasó entonces, aunque lo que nunca se le olvidó fue que después de que estuviera allí, desnuda, junto a la hermana Catherine y la familia que había venido de visita, la familia decidió al final que no se la iba a llevar, y después de que la hermana Catherine le ayudó a volverse a vestir, la familia dijo algo así como “Usted comprenderá, hermana, que por el dinero que nos exigen no estamos dispuestos a aceptar un género defectuoso”.

Entonces era bastante más pequeña, y por eso no entendió bien del todo lo que había pasado. Pero a pesar de ello se había dado cuenta de que allí había algo malo, aunque no estaba segura de qué era en realidad, y pensó que a lo mejor la culpa de lo malo que había ocurrido la tenía ella misma. Y por eso en cuanto la familia se marchó se echó a llorar y estuvo llorando un buen rato mientras la hermana Catherine la consolaba dándole un montón de mimos. Porque la hermana Catherine era la más buena de todas las hermanas, y por eso era a la que más quería. Siempre que le pasaba algo iba corriendo donde la hermana Catherine, y en cuando ésta la abrazaba y le daba unos cuantos mimos se le quitaban las ganas de llorar.

Pero aquel día no se calló tan fácil, y estuvo llorando sin parar al menos una hora, o igual dos, a lo mejor porque, aun sin saber cuál era la razón, pensó que aquel día iba a cambiar del todo su vida. O mejor dicho, que si a partir de aquel día su vida pudiera haber cambiado totalmente, a partir de entonces esa posibilidad se había esfumado para siempre.

A pesar de ello, todavía hubo unas cuantas veces más en las que le mandaron reunirse con el resto de niños para que alguna familia nueva los viera. Pero ella ya sabía que la familia no le iba a hacer ningún caso, y por eso a pesar de que se sabía de memoria un montón de poesías y otro montón de canciones, no tenía ninguna gana de recitar o de cantar, y lo único que deseaba era que la entrevista con la familia terminase cuanto antes y le dejasen volver a su vida normal de siempre, porque además ocurría que la mayoría de las familias que venían de visita le parecían unas estúpidas.

A muchos niños y niñas les suele pasar que cuando les cuentan la verdad sobre Santa Claus ya no les pilla de sorpresa, porque para entonces ya han pensado un montón de veces que resulta del todo imposible que Santa Claus pueda repartir en una sola noche tal cantidad de regalos. En el fondo saben que son sus propios padres quienes les ponen los juguetes al lado de la chimenea, o de la ventana, lo que pasa es que como nadie se lo ha dicho expresamente,

les queda un resquicio de duda, y entonces se mantienen con esa duda un año, o a lo mejor dos, hasta que por fin alguien les dice que eso de Santa Claus no es más que un cuento para engañar a los niños que todavía son pequeños, porque los que ya son grandes no creen en esas tonterías. Si quienes les dicen la verdad son sus padres, entonces a lo mejor se hacen un poco los sorprendidos, aunque en el fondo tampoco les importa mucho porque para entonces ya han pensado un montón de veces que las cosas tienen que ser así a la fuerza. Pero si la primera vez que lo oyen es porque se lo han contado los amigos, o los compañeros de clase, entonces suelen hacerse los chulitos, y dicen que ya lo sabían. Pero, bien sea de una forma como de otra, ello no les supone ningún disgusto porque para entonces la verdad ya estaba al caer.

Cuando era bastante pequeña, como por ejemplo aquella vez que tuvo que quedarse desnuda delante de la familia y entonces ésta la rechazó porque era un género defectuoso, se llevó un disgusto enorme porque todavía creía que las familias que venían al convento en busca de niños eran mágicas, algo así como un hada madrina que cuando llega da unos toques con su varita mágica y de golpe todo se convierte en pura felicidad y dicha para siempre jamás. Así que cuando oyó que ella era un género defectuoso lo sintió como si se le hubiera aparecido de golpe Santa Claus y le hubiese dicho que como era una niña mala, para ella no había juguetes y sólo le traía carbón. Pero según iba pasando el tiempo fue comprendiendo que las familias no eran mágicas, que además la mayoría de ellas no le gustaban, y que hiciera lo que hiciera ninguna de ellas le iba a invitar a irse a vivir con ellos, lo cual además cada vez le importaba menos porque en el convento tampoco se vivía mal y además todas las hermanas la trataban bien, sobre todo la hermana Catherine, que era a la que más quería.

Pero también empezó a pensar en otra cosa, de la cual cada vez estaba más convencida, y era la razón por la cual aquella familia había dicho que ella era un género defectuoso, la misma razón además de que ninguna de las otras familias le hubiera hecho el más mínimo caso. Cada vez estaba más segura de saberlo, aunque, al igual que ocurre con Santa Claus, hasta que no te lo dice alguien directamente no acabas de estarlo del todo. Y quien se lo dijo así, a bocajarro, no fue la hermana Catherine, que siempre le decía cosas bonitas, sino la hermana Agatha, que tenía mucho peor genio, y además era más flaca y más fea. Y a lo mejor también más vieja, aunque eso no lo sabía seguro.

—¿Ya te has fijado en esa mancha que tienes en el culo?

Al principio no entendió por qué la hermana Agatha le preguntaba eso de golpe. Sí que se había fijado, aunque para ello tenía que girar mucho la cabeza y además mover la cintura para poder verla. Pero como cuando estaba vestida no la veía, y aun estando desnuda casi tampoco, pues el caso era que apenas si se acordaba de ella a lo largo del día. Así que la pregunta le pareció bastante rara.

—Ya eres una chica mayor, y tienes que saber que con esa mancha ninguna familia te va a acoger nunca. Creo que te acordarás de una vez que te obligaron a desnudarte delante de una familia. Para entonces ya estabas bastante crecida, pero antes de eso ocurrió unas cuantas veces más que te desnudaron para que las familias que venían a llevarse a algún niño te vieran. Pero entonces eras muy pequeña, no más que un bebé, y por eso es imposible que te acuerdes.

Hacía tiempo que sabía, aun sin que nadie se lo hubiese dicho, que su “defecto” era precisamente esa mancha, y no sólo eso, sino que la razón de que la tuviera debía de ser algo malo, aunque ella no hubiese tenido la culpa de nada. Pero, a pesar de todo, cuando se lo dijo de golpe la hermana Agatha, con esa voz fuerte, como de hombre, que cuando la oías daba un poco de miedo, estuvo a punto de echarse a llorar. Entonces apareció de repente la hermana Catherine, y se enfadó con la hermana Agatha. Pero ésta no era de las que se acobardan, y le respondió a la hermana Catherine que cuanto antes lo supiera mejor para ella. Entonces la hermana Catherine se quedó pensativa un rato, y después se sentó en una silla y le mandó que se sentara encima de sus rodillas.

—Mira, Kelly, lo que dice la hermana Agatha es verdad. Tienes una mancha desde que naciste, y eso es algo que les pasa algunas personas, pero por eso no son malas ni están enfermas, ni tienen ningún defecto. Tú eres una niña normal, y además muy buena y muy lista, y no tienes por qué preocuparte por eso.

—¿Entonces no soy una niña de género defectuoso?

—¡Claro que no! ¿De dónde has sacado esa palabra?

—Es lo que dijo una familia un día que me tuve que quitar la ropa para que me vieran.

Cuando oyó eso, fue la hermana Catherine quien tuvo que sacar el pañuelo del bolsillo del hábito y sonarse.

—Pobrecita niña. ¡Pero de eso ha pasado ya mucho tiempo! ¿Has estado preocupada desde entonces porque pensabas que eras defectuosa?

—Bueno, preocupada no, pero estaba casi segura de que si aquella familia dijo que era defectuosa, era por la mancha. Y luego pensé que eso no era malo, porque sí que hay otros niños a los que les pasan cosas horribles, como por ejemplo que son cojos, o ciegos, y entonces sí que estaría triste. Además, yo no quiero ir a vivir con ninguna familia. Yo quiero quedarme en el convento.

La pobre hermana Catherine no dejaba de sonarse con el pañuelo, y cada vez que Kelly le explicaba lo que sentía, le brotaban las lágrimas sin poderlo evitar.

—Pero cuando la hermana Agatha te ha dicho eso te has llevado un disgusto. ¿No es verdad?

—Un poco sí. Pero yo creo que ya estaba casi segura.

—¿Así que no estás enfadada con la hermana Agatha?

—Claro que no. Lo que pasa es que la hermana Agatha a veces me da un poco de miedo.

Después de haber estado un buen rato sin poder contener las lágrimas, esta última respuesta le hizo reír.

—La verdad es que a mí también me da un poco de miedo, así que ya somos dos.

Entonces fue Kelly la que estalló en carcajadas.

—Es que como es tan flaca, y con esa voz... además, yo creo que huele a tabaco.

—Tienes razón. La hermana Agatha fuma, aunque esté prohibido en el convento. Lo hace cuando no la ve nadie, pero el olor no se lo puede quitar de encima.

—¿Y por qué le da miedo a usted, hermana?

—Por cosas que irás entendiendo cuando seas más mayor, y que son muy complicadas de explicar. Pero por ahora quiero que sepas algo muy importante: la hermana Agatha no es mala, y si te ha dicho eso es porque te quiere, y le parece que si lo sabes desde ahora vas a sentirte mejor que si piensas que te ocurre alguna otra cosa mucho peor. Además, la hermana Agatha sabe mucho, y según te vayas haciendo una mujer te va a enseñar muchas cosas importantes.

Con esta última revelación sobre la hermana Agatha, a Kelly le pasó algo parecido a lo de Santa Claus, o a lo de enterarse de la causa de su repetido rechazo por parte de las presuntas familias de adopción: aunque venía sospechándolo desde hacía tiempo, hasta que la hermana Catherine no se lo dijo no tuvo la absoluta seguridad de que la hermana Agatha no era mala, y no sólo eso, sino que podía ayudarle a aprender muchas cosas que, a no dudar, le serían muy útiles en el futuro.

Mientras era muy pequeña, y creía que la vida se reducía a comer, dormir y jugar, su preferida fue la hermana Catherine, porque ninguna como ella era capaz de despertar en los pequeños sentimientos afectivos tan grandes, cual si de un auténtica hada madrina se tratara. Pero según fueron pasando los años y se fue dando cuenta de que la vida era en realidad bastante más complicada, acabo entendiendo que, a pesar de que seguía queriendo a la hermana Catherine con toda el alma, necesitaba a la hermana Agatha para irse haciendo mayor, es decir, para aprender y entender todo lo necesario para que, cuando llegase el día, pudiera convertirse en una mujer adulta hecha y derecha.

Y la hermana Agatha por su parte cada vez iba teniendo mayor necesidad de la compañía de Kelly, porque de la misma forma que todo alumno necesita de un maestro, todo maestro a su vez necesita un alumno, o alumna, que con el tiempo vaya convirtiéndose en una confidente y, además, en una amiga. Y Kelly era para ello la mejor candidata que la hermana Agatha pudo encontrar; por una parte porque los niños y niñas que iban quedándose en el convento tras las múltiples visitas de las familias de adopción no eran precisamente los más agraciados, ni desde el punto de vista físico ni tampoco desde el intelectual. Y Kelly, por el contrario, según iban pasando los años cada vez era más inteligente, más culta, más trabajadora y, por si fuera poco, más guapa.

Así que Sor Agatha y Kelly fueron haciéndose poco a poco inseparables, porque se había establecido entre ambas una dependencia mutua. Cada vez pasaban más tiempo juntas, y cada vez se ampliaba más el tema de conversación entre ambas. Mientras tanto, Sor Catherine seguía ocupándose de los más pequeños, con el mismo cariño que siempre pero, sin embargo, cada vez con menos fuerzas. Y Kelly, por el contrario, desbordante de actividad y de capacidad de trabajo con su juventud recién estrenada, acabó siendo su más cercana colaboradora en el cuidado de los pequeños, lo que le facilitó el no perder la estima de la que antaño había sido casi una madre para ella, y por otra le confería cierto estatus de independencia dentro del convento, ya que a

todas luces demostraba que podía tenerse en ella total confianza.

Es natural que, con el paso del tiempo, todos los niños y niñas sientan interés en conocer su pasado, máxime cuando, como de hecho ocurría en el convento, dicho pasado estaba lleno de interrogantes y aspectos oscuros.

—Supongo que más de una vez te habrás preguntado quién era tu madre — le soltó en cierta ocasión a bocajarro la hermana Agatha.

—Sí que me lo he preguntado, pero por otra parte me daba miedo hacerlo.

—¿Miedo de qué?

—Miedo de que la respuesta no me gustara.

—Es natural que la respuesta no vaya a gustarte, porque no es una buena respuesta. Aún así y todo, querrás saberlo.

—Creo que a estas alturas, lo mejor es oír la verdad.

—La verdad, Kelly, es que tu madre era una buena chica. Eso tenlo muy claro antes de nada. Si pasaron cosas malas, no te quepan dudas de que no fue por su culpa.

—No está viva, ¿verdad?

—No. El caso es que murió cuando tú naciste.

—Entonces murió por mi causa.

—No exactamente. Murió porque no era más que una niña de quince años, de constitución bastante débil dicho sea de paso, que se acercó al convento desesperada cuando le faltaba poco para el parto. Y, justo es decirlo, la asistencia médica aquí tampoco es que fuera la mejor del mundo.

—¿Y mi padre? Supongo que eso será más difícil de saber.

—Así es. Lo normal era que muchas jóvenes solteras que se quedaban embarazadas se acercaran al convento, para dar a luz aquí y luego entregar sus hijos en adopción. Como no tenían dinero, se les obligaba a trabajar en lo que fuera, y por lo general una vez que entregasen a sus hijos desaparecían de nuestra vista.

—Entonces los padres no aparecían por aquí para nada.

—¿Y quiénes crees que eran los padres? A veces, el patrón de la casa donde trabajaban. Otras veces, algún vecino del pueblo. Incluso el embarazo podría ser consecuencia de una violación. Y aunque parezca mentira, en los casos de violación el culpable suele ser casi siempre alguien cercano a la

víctima, incluso algún familiar.

—Entonces por lo general la identidad del padre no se sabía.

—Bueno... normalmente cuando una chica embarazada venía a dar a luz la superiora le preguntaba por el padre de la criatura, supongo que sobre todo por si podría haber la posibilidad de reclamar daños, en beneficio del convento, por supuesto. Así que la anterior madre superiora tenía un archivo, que guardaba bajo llave, en el cual conservaba los informes de todas las madres solteras que habían dado a luz en el convento.

—Entonces será posible saber quién fue mi padre, si es que mi madre se lo dijo...

—Por desgracia no. La verdad es que la antigua madre superiora era una auténtica arpía, que murió tras una enfermedad terrible. Y poco antes de morir tuvo buen cuidado de quemar todos los expedientes.

—¿Y por qué lo hizo?

—Quién sabe. Mi opinión es que quiso proteger la identidad de más de un nombre que aparecía mencionado en ellos.

—Así que saber quién era mi padre es imposible.

—Bueno, ¿y eso importa en realidad?

—Supongo que ya no.

Según iban haciéndose mayores, a los niños se les derivaba a alguna otra institución de beneficencia, mientras que las niñas, o al menos algunas de ellas, se quedaban a vivir en el convento, convirtiéndose en un intermedio entre novicia y empleada doméstica. En el caso de Kelly fue decisión unánime, interesada incluida, ofrecerle todas las posibilidades para que ampliara sus estudios hasta donde quisiera. Así que, con el tiempo, acabó convirtiéndose en administrativa, y no sólo eso, sino en una mujer independiente con medios propios de ganarse la vida y, consecuentemente, de organizar dicha vida con arreglo a sus propias decisiones.

Por otra parte, el convento era una institución claramente en decadencia: si bien en otra época, incluso bastante antes del nacimiento de la propia Kelly, las jóvenes solteras embarazadas que se acercaban para dar a luz y a sus futuros hijos eran numerosas, el cambio de las costumbres sociales y, aparte de ello, la cantidad de escándalos que fueron descubriéndose asociados a una práctica, que a todas luces resultaba injusta y además incompatible con las

nuevas mentalidades, hizo que a los pocos años de nacer Kelly dicha práctica ya se hubiera extinguido. Además, cada vez eran menos también las mujeres que optaban por una vocación religiosa, que aparte de aislarles del mundo casi por completo les privaba de un montón de satisfacciones que la vida moderna y las costumbres cada vez más liberales les ponían al alcance de la mano.

Así que, de una forma u otra, Kelly acabó convirtiéndose en algo así como el último exponente de una forma de vida que se había acabado para siempre, o al menos en una referencia de ese pasado, pues si bien su vida como persona adulta estaba mucho más en consonancia con los nuevos tiempos y con lo habitual en una mujer independiente, por otra parte no había roto del todo el vínculo con su antiguo régimen de vida, tal es así que si bien vivía cada vez menos inmersa en la actividad del convento, no dejaba por ello de relacionarse con sus antiguas “hadas madrinas”, cada vez más mayores, más faltas de fuerzas, más nostálgicas y más necesitadas de que alguna persona joven les alegrase un poco la vida, aunque sólo fuera a base de recuerdos. Y este papel cumplía Kelly a la perfección.

¿Era Kelly un monja en el sentido clásico de la palabra? En realidad no, porque no había ningún documento que lo probara, ni de hecho se había realizado ninguna actividad ceremonial específica en dicho sentido. Sin embargo, nunca dejó Kelly de considerarse una hija del convento, quizás sin hábitos como la hermana Catherine a la hermana Agatha, pero no por ello con menos vocación de ayuda a sus semejantes, o con menos intensidad en sus creencias religiosas. Así fue que, una vez terminados sus estudios de administración, simultaneó un trabajo de secretaria en un bufete de abogados con otro, este no remunerado, de ayudar a la diócesis en diversas tareas administrativas. Esa fue la razón por la cual acabó desempeñando el papel de secretaria del padre Ferguson, trabajo que no le llevaba demasiado tiempo porque, afortunadamente, los casos que pasaban por la mesa del padre Ferguson eran muy pocos; y por otra porque el padre Ferguson era una persona a la cual sólo alguien con visos de santidad, o casi, podía aguantar de forma continuada.

Pero entre el día en el que descubrió que la hermana Agatha no sólo no era mala sino que podría ser para ella una muy buena referencia en el futuro, y el momento en el que dejó de residir en el convento para organizar su vida de forma independiente, pasaron varios años, en los cuales su relación con la hermana Agatha fue para Kelly cada vez más fructífera y más apasionante.

—Irlanda es un país que ha dado al mundo grandes escritores, pero a pesar de ello Francia es el país literario por excelencia.

—Sin embargo, algunos de esos escritores irlandeses...

—¿Algunos de esos escritores qué?

—Nada, hermana Agatha. Perdona, seguramente usted sabe de eso mucho más que yo.

—Mira, Kelly: por fortuna los tiempos en los que se prohibía leer libros que no estuvieran de acuerdo con lo que pensaban los jerarcas eclesiásticos han pasado para siempre. Ahora casi podríamos decir que ocurre lo contrario: ya no hace falta que el poder eclesiástico o civil prohíba al pueblo leer tal o cual libro, porque se han inventado un sistema para conseguir que nadie, o casi nadie, lea nada.

—Se refiere a la televisión y todo eso.

—No sé si leer a Oscar Wilde, a Samuel Beckett, a Bernard Shaw o a James Joyce es bueno o malo. Yo los he leído a todos, y espero que tú también lo hagas. Pero lo que sí te puedo asegurar es que no haber leído a ninguno de ellos es muchísimo peor.

—Sin embargo, usted prefiere a los autores franceses...

—No a todos, naturalmente. Lo que sí me gusta es leer en francés, así voy ejercitándome. Además, como ninguna de las hermanas entiende el francés, nadie puede reprocharme nada por leer tal o cual libro.

—Al menos los nombres de los autores los conocerá alguna.

—Tampoco de eso estoy tan segura.

—¿Y cómo consigue usted los libros en francés?

—Los pido a una editorial, y me los remiten a una dirección en lista de correos. Voy a decirte una cosa, Kelly: si quieres tener en el convento un mínimo de independencia, tener una dirección en lista de correos es imprescindible. Y no sólo eso, sino además que nadie se entere de ello. A ti te lo digo porque tengo entera confianza de que me vas a guardar el secreto, y además porque creo que también te convendría tener tu propia dirección.

A partir de aquella conversación, a Kelly le entraron ganas de aprender francés para leer los libros que tenía la hermana Agatha. Y a base de esforzarse mucho en dicha asignatura, poco a poco consiguió dominar la lengua de Molière lo suficiente como para atacar títulos que no fueran

demasiado complicados, en cualquier caso sin emular a su mentora en ningún momento. Para que nos entendamos: mejor *Les Trois Mousquetaires* que *Madame Bovary*. Mejor *Tartarin de Tarascon* que *La Comédie Humaine*. Mejor *Le Petit Nicolas* que *À la Recherche du Temps Perdu*.

Decididamente, Kelly no iba a ser en la vida una intelectual, o al menos eso era lo que pensaba ella cuando, ante la nutrida biblioteca de la habitación de Sor Agatha, más de una vez se sintió desfallecer. Ella, por el contrario, era una mujer práctica, a la que le gusta el trabajo, el movimiento, la iniciativa, el resolver cuestiones concretas más que pasar el tiempo en elucubraciones abstractas. Y si bien siempre respetó, e incluso admiró, a Sor Agatha por su amplísima cultura, por otra parte pensaba que emplear la mayor parte de la vida entre letras era una forma de desperdiciarla, por muy sofisticada que fuera ésta.

¿Qué había estado haciendo Sor Agatha cuando tenía su edad, lustro arriba o abajo? ¿Acaso había sido durante toda su vida adulta, o a lo mejor también antes de eso, una simple rata de biblioteca? ¿De dónde había sacado ese aire cáustico de estar de vuelta de todo y de no creerse nada, sólo de leer a Balzac, a Zola o a Sartre? No parecía muy creíble, como tampoco lo era que hubiera adquirido el vicio del tabaco entre refectorios y sacristías. No negaba Kelly que ese tono de causticidad estuviera provisto de cierto encanto, pero sin embargo le parecía que tal encanto, si de hecho existía, no le proporcionaba a Sor Agatha demasiadas satisfacciones, sino todo lo contrario. Incluso podría resultar que, en el fondo, no era más que una pose, como de hecho ocurría con multitud de escritores famosos de la época actual o a lo más de un pasado reciente; los cuales, no se sabía por qué razón, solían aparecer fotografiados en las contraportadas de los libros fumando, bien cigarrillos o incluso en pipa. Un intelectual, un escritor sobre todo, debía dar una imagen sofisticada, para lo cual, sin ninguna duda, venía bien el aparecer rodeado del humo exhalado tras pegarle una calada al cigarrillo de turno, lo cual proporcionaba a la fotografía de la contraportada un no se sabía qué de ambigüedad, de incertidumbre, de pensamiento difuso, y a la vez de protección de la personalidad del escritor-fumador frente al prosaísmo del mundo circundante.

Todas estas cosas las había pensado una y otra vez la Kelly adolescente según iba conociendo cada vez más a su mentora intelectual Sor Agatha y, a la vez, a sus fuentes de conocimiento e inspiración. Pero sin embargo era también consciente de que todavía le faltaba un largo trecho para llegar a ser una

persona adulta y, a la vez, ser capaz de conocer y comprender a otra persona adulta en toda su dimensión. Sabía que le faltaba bastante pero, por otra parte, como persona positiva y emprendedora que era estaba decidida a recorrer ese camino con todo su entusiasmo y con todas sus consecuencias.

Pero el tiempo lo cura todo, incluso la enfermedad de la adolescencia, o mejor dicho, al tiempo hay que darle tiempo para que las cosas que deban acontecer acaben sucediendo. Así que, un día sí y otro también, las cuestiones que debían ser aclaradas entre Kelly y Sor Agatha para que finalmente dejaran de ser una maestra y una alumna y pasaran a ser dos camaradas, o amigas si se prefiere, acabaron saliendo a la luz. Una de las primeras que surgió fue algo de lo que ya se había hablado, pero que no terminó de aclararse todo lo que a Kelly le hubiera gustado:

—¿Usted conoció a mi madre, verdad, Sor Agatha?

—No demasiado, a decir verdad. Yo nunca me ocupé expresamente de las jóvenes solteras que venían al convento en busca de ayuda. Así que poco puedo decirte de tu madre, aparte de lo que ya hablamos otras veces: que no era más que una pobre niña, no demasiado fuerte, que tuvo la doble desgracia de quedarse embarazada, sabe Dios por qué, o por quién, y de no ser capaz de superar el trance.

—Sí, todo eso ya lo sé. En realidad quería preguntarle otra cosa.

—Si está en mi mano la respuesta, intentaré ayudarte.

—Quiero saber si mi madre tenía, al igual que yo, una mancha de nacimiento en el trasero.

La verdad era que a Sor Agatha le sorprendió la pregunta. En realidad jamás se lo había planteado, pero ahora que se lo preguntaban pensó que probablemente la cuestión tenía mucho significado, o al menos que podía tenerlo. Pero lo malo era que, tal y como acababa de decir, ella no había prestado demasiada atención a las parturientas, y por ello desconocía por completo ese detalle.

—Lo siento, Kelly, pero la verdad es que no lo sé.

—Es que pensaba que a lo mejor esta mancha la tengo por una cuestión de herencia.

—Es decir, que crees que tu madre podría haber tenido una mancha semejante, y que esa es la razón de que tú también la tengas. Es probable, aunque también dicen que un antojo durante el embarazo trae como

consecuencia que el bebé nazca con alguna marca especial, aunque no sé si en el fondo todo eso no son más que supersticiones.

—¿Entonces no cree que la causa de esa mancha pudiera haber sido hereditaria, al igual que ocurre, por ejemplo, con el color del pelo, o de los ojos, o con un montón de detalles que hacen que los hijos se parezcan a sus padres?

—Pues a lo mejor sí, pero no puedo darte una respuesta contundente. Aunque, bien mirado, siguiendo tu razonamiento podría suponerse que esa mancha no la heredaste de tu madre, sino de tu padre.

—¿Y si así fuera, no podría ocurrir que ello me daría una pista para conocer quién fue?

Al oír semejante pretensión, Sor Agatha estalló en carcajadas.

—Entonces, Kelly, si quieres conocer la identidad de tu padre por ese procedimiento, ya sabes lo que tienes que hacer: bajarles los pantalones a todos los hombres y mirarles el culo de arriba a abajo.

Cualquier persona adulta habría compartido la risa de Sor Agatha ante tamaña ocurrencia, pero cuando se produjo esa conversación Kelly aún no lo era, y por eso, en lugar de reírse, se sintió enfadada, lo mismo con Sor Agatha que con todas las personas, conocidas o desconocidas, reales o virtuales, que según su mentalidad de adolescente eran culpables de que a ella no sólo se la hubiera privado de la oportunidad de conocer a su madre, sino también de saber quién era o había sido su padre. Y además, le pareció que Sor Agatha se estaba burlando de ella, porque en la práctica tener la oportunidad de bajarles los pantalones a todos los hombres significaba una cosa que en absoluto estaba dispuesta a asumir, es decir, convertirse en una mujer promiscua. Afortunadamente, Sor Agatha pudo darse cuenta a tiempo de que por un inoportuno exceso de causticidad había herido profundamente la sensibilidad de una adolescente de poco más de doce años que, como tantas otras, necesitaba tener referencias de su verdadera identidad, empezando por saber quiénes eran sus progenitores. Entonces, lo primero que hizo fue disculparse, aunque a lo mejor ello no era suficiente

—Perdona, Kelly, si te he hecho daño. Comprendo que estés interesada en saber todo lo posible sobre tus padres, como de hecho lo desean todas las personas jóvenes. No me he dado cuenta de ello hasta que ha sido demasiado tarde. De verdad que lo siento.

Pero el semblante de Kelly continuaba serio, y la ira bloqueada en su interior. Estaba claro que una disculpa propia de persona adulta, es decir, diplomática pero a la vez distante, desprovista casi por completo de carga emocional, en el caso de una joven adolescente que jamás había conocido a sus padres y que deseaba fervientemente saber de ellos todo lo que fuera posible no resultaba suficiente. Y entonces Sor Agatha se la quedó mirando mientras Kelly luchaba entre la ira y el llanto, y de golpe comprendió que ese momento iba a suponer un punto de inflexión en la relación que unía a ambas, pues según fuera el resultado podría ser que al final Kelly no fuese más que una joven que, tarde o temprano iba a recorrer su propio camino y que acabaría olvidándose de ella porque para entonces ella habría perdido para esa joven todo significado; o, por el contrario que continuara siendo una amiga para toda la vida. Una amiga y confidente con la cual, entre otras cosas, se comparte cariño. Y entonces sintió de golpe que Kelly significaba para ella mucho más de lo que creía, o acaso mucho más de lo que hasta entonces había estado dispuesta a reconocérselo a sí misma. Y casi de forma inconsciente sintió el vacío que le podría suponer que alguna vez perdiera a Kelly para siempre, acaso la persona con la que más confianza había tenido durante un montón de años. No le dio tiempo más que para morderse el labio, cerrar los ojos y empezar a mojar la cara de arriba abajo. Y al cabo de un momento fueron dos las que no paraban de llorar abrazadas la una a la otra, sabiendo ambas que, a partir de aquella experiencia, iban a ser inseparables en el futuro.

A partir de aquel momento, la relación entre las dos amigas ni hizo sino agrandarse conforme Kelly iba dejando de ser una niña adolescente y convirtiéndose en una mujer adulta, de forma tal que la experiencia que en otra época tuvo tal intensidad emocional poco a poco fue pasando a ser un mero recuerdo o, si se prefiere, una simple anécdota. Estaba claro, sin embargo, que no cabía la posibilidad de iniciar entre ellas una relación propia de personas adultas sin que a la vez fueran a cuestionarse un montón de presupuestos, hábitos, valores, vicios y virtudes propias de una vida de obligado celibato y de una identidad, llamémosla así, monástica.

Todo el mundo reconocía en el convento de forma más o menos implícita que la Virgen María era no sólo modelo a imitar por las religiosas, sino además realmente virgen. Virgen y madre a la vez, lo cual era una afirmación que, por muy dogma de fe que fuera, costaba mucho entender en un entorno social más o menos normalizado pero que, sin embargo, en el propio convento

se comprendía sin ninguna dificultad, pues de hecho podía decirse que prácticamente todas las monjas sin excepción lo eran, ya que su principal labor consistía en cuidar de criaturas nacidas de otras madres fuera del matrimonio y, a la vez, abstenerse de tener relaciones sexuales con personas del sexo opuesto. Y si encima alguna de ellas se creía que en realidad estaba casada con Jesucristo, pues miel sobre hojuelas, pues de esa forma podían alardear de ser a la vez virgen, madre y esposa.

¿Pero de verdad eran vírgenes todas las monjas del convento? Como era de esperar, esa pregunta acabó haciéndosela Kelly tarde o temprano. O formulándolo de otra manera: ¿Hasta qué punto resultaba coherente y sostenible una vida entera de celibato dedicada única y exclusivamente a rezar y a cuidar a los hijos de otras, a las cuales precisamente por su cualidad de madres extramatrimoniales se las tiene por pecadoras pero que, sin embargo, a lo mejor han tenido oportunidad de un goce que a las monjas, por el mero hecho de serlo, al menos sobre el papel les estaba negado?

La pregunta, además, tenía otra vertiente, similar hasta cierto punto a la que en otro contexto diferente el padre Michael Fogherty se había planteado: ¿Hasta qué punto podría afirmarse que el gozar del amor de otra persona es algo prescindible, tan prescindible que pueda sustituirse por otra clase de amor supuestamente de superior valor, como decían que era el amor por Jesucristo como esposo más o menos virtual? La hermana Catherine debía de estar de acuerdo con esa afirmación, pues más de una vez le sugirió a Kelly que la virginidad es el estado perfecto de una mujer siempre que ésta haya decidido ser la esposa de Cristo, y en todo caso el siguiente estado de perfección sería el ir al matrimonio sin haber conocido antes varón, ya que las relaciones pecaminosas fuera del matrimonio no hacen sino restar valor a una mujer; un valor, además, que resulta ya irrecuperable una vez que se haya perdido para siempre.

Tarde o temprano, esta cuestión acabó siendo tema de conversación entre Kelly y Sor Agatha, y a la vez causó la primera divergencia clara entre lo promulgado por una monja y por la otra. Así que, en cierta ocasión, el tema de la virginidad salió a colación, un poco por casualidad, tal y como ocurre muchas veces sin que en un principio ninguna de las dos interlocutoras lo hubiera deseado de forma expresa.

—La virginidad, Kelly, es como una minusvalía. Pero una minusvalía que tiene la ventaja de que puede remediarse de forma relativamente sencilla.

—¿Qué quiere decir con esto, hermana? De verdad que no la entiendo.

—Quiero decir que para que una mujer pueda cumplir funciones básicas propias de su sexo, como por ejemplo tener relaciones sexuales plenas y traer hijos al mundo, resulta imprescindible que antes haya dejado su virginidad de lado.

—¿Y acaso no fue la Santísima Virgen María madre sin que por ello se hubiera desgarrado su himen?

—Pues si fue así, debió de ser la primera vez que algo semejante ocurriera en la historia. La primera vez y, seguramente, también será la última.

—¿Acaso no cree usted, hermana, en el dogma de la Inmaculada Concepción, que un ángel se le apareció a la Virgen María para anunciarle que daría a luz un niño aun sin haber tenido relaciones con ningún hombre, porque el niño que nacería de su vientre era el hijo de Dios?

—Querida Kelly, ya sabes cuáles son mis géneros de lectura favoritos. Y, en tal sentido, yo prefiero fiarme de lo que dijo James M. Cain.

—¿Quién era ese, algún teólogo herético?

—Algo parecido. Era escritor de novelas negras.

—¿Y qué es lo que dijo, si puede saberse?

—Dijo que el cartero siempre llama dos veces.

—De verdad que sigo sin entenderla, hermana.

Por segunda vez en poco tiempo, Sor Agatha temió que estaba yendo demasiado lejos. Entonces decidió cambiar de tono, y hablar con Kelly de la forma más sincera y, a la vez, más delicada posible sobre un tema que para una mujer joven tenía mucha importancia y, además, resultaba enormemente sensible.

—Mira, Kelly: es mejor que hablemos de esta cuestión de forma tranquila. Yo intentaré no ofender tus sentimientos, pero te pido que hagas un esfuerzo para comprender cuestiones que a lo mejor hasta ahora las has estado viendo de una forma diferente. ¿Me prometes que vas a ser capaz de hablar de esto con tranquilidad, sin enfadarte ni ponerte demasiado nerviosa?

—Se lo prometo, hermana Agatha.

—Es verdad que en ciertas épocas de la historia a la virginidad de las mujeres se le daba mucha importancia, sobre todo que cuando contrajeran matrimonio no hubiesen mantenido previamente relaciones con ningún otro

hombre. ¿Por qué crees que eso era así?

—Supongo que porque el marido pensaba que si su mujer había estado antes con otros hombres, pudiera ocurrir que cuando se casó con él podría estar embarazada, y el hijo no era suyo.

—Es posible, pero no creo que ésa fuera la única razón. Además, si algo de eso ocurriera sería fácil saberlo la mayoría de las veces. Bastaba con echar una mirada al calendario ¿no te parece?

—Sí, claro.

—En realidad había otra razón: si a las mujeres no se las consideraba más que como propiedad de sus maridos, era lógico pensar que un objeto de segunda mano tuviera menos valor que uno nuevo. Y si encima el marido era susceptible, podría pensar incluso que alguien que hubiera estado antes con su mujer fuera a burlarse de él por ese motivo.

—¿Y no podría ser que la anterior pareja de la mujer estuviera celosa del marido por haberle arrebatado a la mujer que amaba?

—Claro que sí. Pero en el antiguo código de “caballería” de los machos, y a lo mejor también en el actual, el estar enamorado de una mujer, y sufrir mal de amores si la habías perdido, no cotizaba mucho. Mucho menos en cualquier caso que el orgullo por haber desvirgado a su consorte.

—¿Y qué conclusión saca usted de todo eso? Porque todavía no lo veo nada claro.

—Saco la conclusión de que a quien realmente interesa la virginidad de las mujeres es a los hombres, no a las propias mujeres.

—¿Y a las mujeres qué nos interesa?

—A las mujeres, Kelly, nos interesa ser dueñas de nuestro cuerpo y de nuestra sexualidad, y poder disfrutar al máximo de ello. De la forma que queramos, con la pareja que nos interese o incluso sin ninguna pareja, y en el momento que más nos apetezca. Y para todo eso, la virginidad es más un inconveniente que una ventaja.

—¿Entonces no cree usted, hermana, que nuestro cuerpo en realidad pertenece a Dios?

—¿Y para qué demontre va a querer Dios nuestro cuerpo, si Él ni siquiera tiene polla? Al menos los Dioses antiguos, como Júpiter o Neptuno, de vez en cuando se cepillaban a alguna ninfa. Y Marte o Vulcano, si no estoy

equivocada, hacían lo propio con Afrodita.

—¿Y acaso no puede uno pecar con su propio cuerpo?

—Claro que sí. Uno peca con su propio cuerpo cuando se hace daño a sí mismo, y peca contra el cuerpo, o contra el alma de los demás, cuando les daña a ellos. ¿Pero tú crees que poder pasar un rato estupendo contigo misma, o con otra persona, hace realmente daño?

—No.

—Claro que no, Kelly. Eso no hace daño, sino todo lo contrario. Pero, por otra parte, aprender a sacarle el máximo partido al cuerpo propio requiere práctica y entrenamiento.

Según iba transcurriendo la conversación, Kelly iba comprendiendo que lejos de sentirse incómoda por los temas que estaban tratando, los consejos de la hermana Agatha en realidad le abrían unas perspectivas que hasta aquel momento apenas si las había intuido, y menos aún experimentado. Así que la incomodidad inicial fue poco a poco dando paso a una curiosidad y a un interés creciente por abrirse a un mundo que, cada vez lo veía más claro, significaba nada más ni nada menos que convertirse en una mujer adulta con todos sus atributos y todas las competencias inherentes a dicho estado.

—Supongo que hasta ahora no has estado con ningún hombre.

—¡Claro que no! ¡Qué cosas se le ocurren, hermana!

—Sin embargo, cuando tú naciste tu madre era más joven de lo que tú eres ahora.

La hermana Agatha tenía toda la razón. Su madre la había tenido a ella siendo más joven de lo que ella era en aquel momento. Sin embargo, tal afirmación no dejaba de ser amarga.

—Ya sabes que desconozco quién fue tu padre, así como también qué es lo que pasó entre él y tu madre para que las cosas ocurrieran como ocurrieron. Pero siempre me ha dado la sensación, lo mismo en su caso que en muchos otros, que de alguna forma las jóvenes que se acercaron al convento estando embarazadas, al menos en su mayoría, no eran más que unas niñas inexpertas de las que se aprovechó algún desaprensivo, bien engañándolas o incluso obligándolas por la fuerza a tener relaciones con ellos.

—¿Y eso qué remedio tiene?

—El remedio no siempre es sencillo, pero en cualquier caso pasa

necesariamente por que las mujeres sean dueñas de su propio cuerpo, de su propia sexualidad, y en consecuencia que puedan elegir con quién quieren tener relaciones y con quién no, y aparte de eso cuándo quieren quedarse embarazadas y cuándo no. Y para eso hace falta conocer tu propio cuerpo para sacarle el máximo partido posible y para estar segura de ti misma en una relación con otra persona. Y además tener los medios necesarios para impedir quedarse embarazada si una no lo desea.

—¿Pero para adquirir experiencia por algo habrá que empezar, no?

—Lo mejor, Kelly, es que empieces por ti misma. Porque si crees que el mejor comienzo vaya a ser que un lechuguino te desvirgue, estás muy equivocada. Lo más probable es que el tal lechuguino piense que contigo se ha marcado un tanto, y que tú no saques de la experiencia nada en limpio.

—A lo mejor para él también es la primera vez.

—La primera vez siempre será la primera vez. Pero si para entonces ya sabes cómo comportarte y cómo va a responder tu cuerpo, mucho mejor. En primer lugar, porque vas a disfrutar mucho más, y en segundo, porque a lo mejor la que te marcas el tanto vayas a ser tú.

—¿Entonces usted cree que la virginidad es mejor perderla una por su cuenta?

—Eso ya depende de cada una. Lo que yo creo es que una no tiene por qué esperar para meterse algo entre las piernas a que el lechuguino de turno se baje los pantalones. Ya sabes que puedes disfrutar mucho lo mismo metiéndote tú sola algo entre las piernas que no metiéndotelo. Eso depende de ti, y sólo de ti.

—¿Usted hermana qué me aconseja?

—Que empieces cuanto antes a probar lo que más te gusta, y que poco a poco vayas ampliando tu experiencia.

Todo eso era demasiado para que Kelly pudiera asimilarlo en una única sesión. Era natural, por tanto, que en un principio se hubiera quedado callada, pensativa, y que a la vez que rumiaba todas esas cuestiones le surgieran nuevas preguntas.

—Hermana, me parece que todo eso es muy complicado para aprenderlo en poco tiempo, y más todavía para estar seguro de ello sin haber tenido experiencias.

—Ya. Y después de oír todo lo que te acabo de contar, quieres saber cómo lo he aprendido yo.

—Más o menos así es. Porque no creo que sea posible entenderlo sólo por haberlo leído en algún libro.

—Es decir, qué relaciones he tenido yo, si soy o no soy virgen, y cómo me lo hago en la actualidad.

La pobre Kelly ya no se atrevía a responder, a la vez que se ponía roja como un tomate. Entonces quien se quedó un rato pensativa, intentando dar la mejor respuesta posible, fue la propia hermana Agatha.

—Hay cosas que merece la pena contarlas, y otras que no. Y no me estoy refiriendo a que sean alto secreto, o distintas a lo que otras personas hayan vivido o experimentado. Simplemente que fueron experiencias que tampoco merecieron como tales. Aparte de que una persona no tiene por qué contar a los demás todo lo que hace o deja de hacer.

—Disculpe, hermana, si he sido indiscreta con usted.

—No te preocupes por ello. Es natural que sientas curiosidad, así que voy a contarte una cosa: en cierta ocasión estuve enamorada, aunque por desgracia la cosa no salió bien.

—¿Y por ese motivo decidió usted convertirse en monja?

A Sor Agatha la pregunta le hizo gracia.

—¿Y cómo sabes tú qué cosa fue primero, y qué cosa después?

La pobre Kelly no conseguía que se le quitara el rubor de la cara.

—Todo eso que te acabo de contar no son más que ideas básicas sobre lo que supone amar a otra persona. Lo más difícil de todo no es conocer la forma para pasar un buen rato, sino llevar a cabo una relación con la persona a la que amas de la mejor manera para que ello te haga feliz durante una etapa de tu vida.

—¿Y usted no fue capaz?

—Yo estaba dispuesta a todo, pero por desgracia, Kelly, la mayoría de los hombres no tienen ni la mitad de las pelotas que creen tener.

—¿Se refiere a que no son capaces de hacer el amor?

—No, ni mucho menos. Me refiero a que para comprometerse a fondo con otra persona hay que ser valiente, y la mayoría de los hombres no lo son. Y

ahora vas a perdonarme, Kelly, pero creo que por hoy ya ha sido bastante. Además, no tengo ganas de recordar cosas que me hicieron mucho daño en su día, y que de alguna forma siguen haciéndomelo. De momento tú eres joven, y lo que tienes que hacer es disfrutar al máximo de la vida. Pero llegará un día en el que te plantees si vas a compartir esa vida tuya con otra persona. No en un sentido general, sino con una persona concreta. Y entonces te vas a encontrar con otro montón de problemas que no se pueden explicar así de fácil.

Kelly no se atrevió a preguntar nada más, y finalizó la conversación dándole las gracias a Sor Agatha por todo lo que le había enseñado en poco tiempo. Y aquella noche pasó un buen rato antes de dormirse dando vueltas a todo lo que habían hablado, así como imaginando qué tipo de relación pudiera haber tenido Sor Agatha, y con quién: si acaso con un hombre casado que no se decidió a abandonar a su mujer o con algún hombre soltero que no se hubiera atrevido a romper una lanza en aras de hacer feliz a una monja, porque para entonces ya estaba segura de que Sor Agatha había mantenido una relación con un hombre siendo a la vez monja. O incluso podría haberse tratado de algún sacerdote, que tampoco se atrevió a dejar el sacerdocio por amor, bien por miedo o bien por no estar lo suficientemente seguro de sí mismo y de sus sentimientos por Sor Agatha. No pensaba, sin embargo, que Sor Agatha fuera lesbiana, aunque a decir verdad sobre el amor entre mujeres sabía igual de poco que sobre el amor entre una mujer y un hombre, y por eso en realidad no estaba segura de nada.

De lo que sí se sintió segura fue de que a partir de aquel día tenía que hacer todo lo posible por conocer mejor su cuerpo, y por sacar el máximo partido posible a su capacidad de sentir placer. Y fue gracias al empeño que puso en ello aquella misma noche que al final consiguió olvidarse de todos esos pensamientos y quedarse plácidamente dormida.

A partir de aquel día fueron muy pocas las ocasiones que tuvo para conversar con Sor Agatha sobre cuestiones íntimas, porque una de las cosas que había aprendido entonces era que cada persona tenía su propia zona reservada, algo que los demás debían respetar. Entonces pensó que si la hermana Agatha quería sacar otra vez el tema, ella se limitaría a escuchar, pero que en ningún caso sería ella quien tomara la iniciativa.

No obstante, Sor Agatha no se olvidó en absoluto de ayudar Kelly a hacerse una mujer, aunque no lo aparentara. Así, la primera sorpresa que tuvo Kelly

fue cuando cumplió dieciséis años y Sor Agatha le regaló un pequeño paquete.

—Te he grabado un DVD que puedes verlo en alguno de los ordenadores de la biblioteca, o si puedes llevarte un ordenador a tu habitación mejor aún, porque ya sabes que aquí se usan más bien poco.

—¿Y qué es lo que me ha grabado?

—Te he grabado tres tipos de películas: chica sola, chica con chica y chica con chico. Seguro que te van a gustar.

—Gracias, Sor Agatha.

—¿Has aprendido algo desde la última vez que hablamos de estas cosas?

—He aprendido bastante.

—Eso está muy bien.

Y cuando Kelly cumplió los dieciocho, Sor Agatha apareció con otro paquetito. Esta vez no le costó nada a Kelly adivinar de qué se trataba incluso sin desembalarlo, entre otras cosas porque su forma no dejaba mucho lugar a dudas.

—Es el mismo modelo que uso yo.

—Gracias una vez más.

—No hay de qué, hermana. Espero que de aquí en adelante seamos hermanas, que creo que ya es hora de que empecemos a serlo ¿No te parece?

—Claro que sí Sor... perdona, hermana Agatha.

Capítulo 12

St. Anthony College ocupaba un vasto terreno a unos pocos kilómetros de Cork, en una zona de bosque que antes había sido residencia de algún notable. De hecho, aún se conservaba la vieja residencia nobiliaria, convertida ahora en el edificio principal del centro, ocupado por la dirección del mismo, despachos de los decanos de cada área y dependencias acondicionadas para recibir a visitantes ilustres. Alrededor del mismo se habían edificado una serie de bloques con fachada de ladrillo rojo, que al menos no desentonaban demasiado con el antiguo palacio aunque, eso sí, desprovistos por completo de cualquier ornamentación que para una actividad académica podría considerarse superflua. En dichos edificios se ubicaban las aulas, los laboratorios, el salón de actos, las bibliotecas, las salas de uso cotidiano para las labores propias del profesorado, y unas cuantas dependencias varias de utilidad diversa. Y un tanto más alejadas del edificio principal, las residencias de aquellas personas que se veían obligadas a vivir en el propio recinto escolar, ya fuera alumnado cuyo lugar de procedencia estaba alejado del centro docente, o incluso profesorado que, por diversas razones, carecía de domicilio propio y estaba por tanto necesitado de pernoctar en el propio colegio. Finalmente, una serie de dependencias anejas, como por ejemplo comedores, gimnasio, campos de deporte e incluso una piscina cubierta completaban las instalaciones de un centro considerado como uno de los mejores equipados de todo el país.

El staff del centro lo componía un comité de dirección, el cual debía rendir cuentas a una junta de patronato donde estaban representadas varias instituciones y organismos públicos y privados. El director del centro, nombrado por dicho patronato, se ocupaba más de temas de gestión que de los puramente académico-pedagógicos, aspecto este último a cargo de una junta docente dirigida por una especie de triunvirato, que se renovaba cada cuatro años. Por debajo de este nivel en el organigrama estaban los profesores de las diversas materias.

Aparte de los aspectos ligados a la enseñanza, el sector de infraestructura y servicios constituía otra rama no menos importante en el funcionamiento del centro, en el cual se englobaban desde cocineras a encargados de mantenimiento, pasando por jardineros, personal de limpieza, etc. Un jefe de servicio, a las órdenes directas del director del centro, se encargaba de

coordinar todas esas funciones.

El alumnado estaba constituido por jóvenes de ambos sexos de edades comprendidas entre los doce y los veinte años, ya que en St. Anthony College se impartía enseñanza secundaria hasta la preparación para el *Leaving Certificate* que daba acceso a la enseñanza universitaria o, en su caso, a cursar estudios de índole profesional.

El cometido de Michael en St. Anthony College consistiría, por un parte, en impartir docencia en las materias específicas, concretamente latín y la denominada como Estudios Clásicos; y por otra parte en colaborar en actividades suplementarias, desde la adquisición y catalogación de libros relacionados con sus materias hasta participar en todas aquellas actividades no incluidas de forma específica en el currículo educativo, como salidas y excursiones culturales; coordinación y dinamización de grupos de alumnado centrados en diversos intereses, artísticos, deportivos o simplemente de ocio; y por último participar en las consiguientes reuniones de profesorado y preparar las clases a impartir a lo largo del curso. Siendo como era un profesor recién incorporado y, por tanto, sin conocer aún al alumnado, durante el primer curso se le había dispensado de labores tutoriales, las cuales estaban encomendadas a profesorado con mayor experiencia en el colegio. Pero antes de todo eso, Michael tuvo que pasar por una entrevista con uno de los componentes de la junta pedagógica, aparte de otra, más protocolaria, con el propio director.

Emily Rutherford era el miembro de la junta pedagógica encargado de la etapa educativa superior, es decir, del alumnado perteneciente a los últimos cursos impartidos en el colegio, previamente a la presentación para el examen de obtención del *Leaving Certificate* y, en su caso, posterior ingreso en alguna universidad. Se trataba de una mujer de mediana edad, es decir, perteneciente a esa franja que va desde los cuarenta a los sesenta más o menos, en la cual se ubican un montón de mujeres profesionales de diversas ramas que acreditan en sus respectivos campos autoridad, experiencia, seguridad en sí mismas y, en algunos casos, incluso inspiran miedo. Pueden estar solteras o casadas, tener o no tener pareja, ser lesbianas o heterosexuales, pero siempre dando la sensación de que como individuos son un todo coherente y bien organizado, muy capaz de acometer las tareas necesarias y de resolver con éxito los problemas que se les planteen sin tener para ello que depender de nadie más que de ellas mismas.

—Al parecer, señor Fogherty, viene usted recomendado por Agatha Patterson.

Al oír eso, Michael debió de poner tal cara de sorpresa, que Emily se dio cuenta enseguida de que podrían ser necesarias algunas aclaraciones previas.

—Es obvio que usted no sabía nada de esto. Sin embargo, puedo asegurarle que no hay ningún malentendido al respecto. De hecho, la propia Agatha me telefoneó hablándome de usted.

—Va a perdonarme, señora Rutherford. No quiero ser descortés y mucho menos aprovechado. Siento comunicarle que desconozco quién es la persona que acaba de mencionar.

—Eso ya lo sé, señor Fogherty. Agatha, o si lo prefiere, Sor Agatha Patterson, es en realidad mi prima.

—La verdad es que fue otra persona quien me habló de la existencia de una vacante en el colegio. Y puedo asegurarle que desconocía por completo el hecho de que alguien me hubiera recomendado, y mucho menos alguien desconocido para mí.

Tal y como se estaba desarrollando, la entrevista le estaba resultando a Emily bastante divertida.

—Me parece, señor Fogherty, que no tiene usted demasiada experiencia en el funcionamiento del sistema educativo, y mucho menos de un colegio como este.

—Me temo que así es. No sé si en realidad estaban buscando ustedes una persona como mayor experiencia...

—Por favor, señor Fogherty, deje ya de compadecerse de sí mismo. Sabemos quién es usted, y quién le habló de la posibilidad de ocupar una vacante de profesorado. Fue Kelly O'Brien, una joven de la cual mi prima Agatha es muy amiga.

—Efectivamente así es. Kelly O'Brien me sugirió que optase a la plaza vacante de estudios clásicos.

—¿Conoce usted mucho a Kelly O'Brien?

—Me temo que no. De hecho nuestra relación se ha limitado a un par de contactos esporádicos.

—Pues de hecho tiene muy buen concepto de usted, según creo.

El pobre Michael sintió que se ruborizaba. Estaba claro que, por causas

que le eran desconocidas, se acababa de dar cuenta de que había personas que se interesaban por él, y además que estaban dispuestas a ayudarlo.

—La amistad entre Kelly O'Brien y mi prima Agatha viene de lejos. En realidad, Kelly es huérfana y se crió en el mismo convento donde reside mi prima, y con el tiempo han llegado a ser amigas inseparables.

—La verdad es que desconocía esa circunstancia.

—Por si no lo sabe, y según parece así es, Kelly es una de tantas niñas que nacieron de madres solteras, las cuales en otra época no muy lejana acudían a los conventos en busca de una ayuda que la sociedad se la negaba. No voy a decirle ahora que la vida en los conventos fuese un camino de rosas ni muchísimo menos. Supongo que habrá oído hablar algo de las Lavanderías de María Magdalena.

—Por supuesto. Pero no sabía que Kelly guardara relación con ello.

—A las madre solteras, o simplemente a las mujeres “descarriadas” que no gozaban de la protección familiar, solían enviarlas a dichos centros, en los cuales sufrían explotación, humillaciones y malos tratos de todo tipo. Pero, por suerte o por desgracia, Kelly fue bien acogida en el convento al cual acudió su madre, una pobre niña de quince años que murió al dar a luz.

A Michael le estaba resultando esa conversación cada vez más extraña. No sólo por enterarse de golpe de algunas circunstancias de la vida de Kelly de las que no había tenido hasta entonces ninguna referencia, sino también por lo inusual de que una persona que acababa de conocer, y a la cual había acudido en demanda de un puesto de trabajo, intercambiara con él semejantes confidencias acerca de una tercera persona.

—A decir verdad, señora Rutherford, estoy muy sorprendido de cómo se está desarrollando esta entrevista.

—Le comprendo perfectamente, señor Fogherly, y supongo que se preguntará cuál es la razón de que le haya contado cosas de índole privada pertenecientes al pasado de otras personas que no son en absoluto adecuadas para irlas pregonando a los cuatro vientos: la razón de ello es hacer que no se sienta usted violento cuando pasemos a hablar de las circunstancias del suyo. Porque, como bien supondrá, de la misma forma que ahora estamos hablando de Kelly y de Sor Agatha, en otro momento he hablado también de la vida de usted.

—Me hago cargo. Lo que me está diciendo en realidad es que Kelly

O'Brien le ha informado a usted, no sé si directamente o a través de esa monja amiga suya, de cuáles son los motivos por los cuales hemos llegado a conocernos.

—Más o menos así es, señor Fogherty. Y llegados a este punto creo que es el momento de que hablemos claro: usted es un sacerdote que en un par de ocasiones ha tenido que ver con la Vicaría del Oficio Divino, es decir, con la oficina que se encarga de los curas que por una u otra causa acaban saliéndose de madre. Y perdone le expresión un tanto coloquial.

—Y es justo allí donde conocí a Kelly O'Brien.

—Efectivamente. Si no estoy equivocada, la primera vez usted fue sancionado trasladándolo a las misiones africanas por haber tenido una relación amorosa con una feligresa.

—Veo que está bien informada.

—Y después volvió a acudir a la vicaría del padre Ferguson, tras haber sido deportado del país africano al que se le envió, por haber sido declarado persona non grata por el gobierno de dicho país. Y en este momento se encuentra más o menos suspendido de sus funciones sacerdotales.

Michael Fogherty empezó a pensar si todo aquello no sería más que una encerrona malintencionada para hacerle pasar un rato desagradable. A lo mejor había sido un tremendo ingenuo pensando que la tal Kelly O'Brien estaba de su parte y que había sido sincera cuando le prometió ayuda para encarrilar su vida, y en el fondo lo que ocurría era que lo aborrecía enormemente, y todo aquello lo había urdido con la intención expresa de hacerle daño por haber sido un sacerdote díscolo con la jerarquía. Al final a lo mejor ocurría que la tal Kelly estaba en realidad de acuerdo con el padre Ferguson, y no era más que un instrumento de éste para causarle el máximo perjuicio posible.

Lo único que le hacía dudar de esa impresión era que a su madre, cuando conoció a Kelly, le pareció que ésta era una chica estupenda. Incluso le sugirió que ambos podrían hacer una buena pareja. Si bien no se fiaba en absoluto de su propia capacidad para juzgar a las personas, siempre había considerado a su madre más experta que él en dicho menester, lo cual venía a significar que si Kelly había conseguido engañar a ambos, su habilidad para la simulación era notable. Sea como fuere, cada vez veía menos sentido a continuar aquella conversación con una persona que, aparte de ser

desconocida para él, le estaba poniendo en evidencia.

—Siento mucho tener que decirle, señora Rutherford, que cada vez veo menos sentido a esta conversación. Si está tan al corriente de mis vicisitudes como acaba de dar a entender, no comprendo cuál es su interés por hacerme perder el tiempo demandando un puesto de trabajo que, al parecer, no tienen intención de ofrecerme, sino todo lo contrario.

—Creo, señor Fogherty, que aparte de estar aún poco familiarizado con el mundo educativo, se siente derrotado por las circunstancias que le han tocado vivir en esta última época con la jerarquía eclesiástica. Estoy de acuerdo con usted, supongo, en que estas dos cuestiones sobre su vida que acabo de mencionar, y que le llevaron a comparecer delante de la vicaría de turno, no son la mejor carta de presentación para alguien que quiere dedicar su vida al ejercicio sacerdotal. Pero, sin embargo, espero que se habrá dado cuenta de que ahora no estamos hablando de eso.

—Ahora estamos hablando de un puesto de profesor.

—Efectivamente. Y que le quede claro que el perfil adecuado para ser un buen profesor no tiene que coincidir con el perfil para ser un sacerdote.

—Desde luego que no. En tal caso, me gustaría que me explicara por qué cree usted que puedo encajar en el perfil de un profesor, y por qué no.

Emily Rutherford, al oír esa pregunta, hizo una pequeña pausa como para intentar dar una respuesta lo más atinada posible. Y tras realizar una profunda inspiración, se dispuso a responder:

—Antes de nada, y para que entienda lo que voy a decir de la forma más completa posible, voy a explicarle cómo entendemos en St. Antony College la enseñanza de estudios clásicos, o si prefiere llamarlo de otra forma, de estudios humanísticos: lejos de una disciplina anquilosada en el pasado, propia de eruditos que a los jóvenes de hoy en día les resulta cuando menos aburrida, queremos enfocar dichos estudios imbricándolos en la realidad actual, y a través de ellos transmitir al alumnado una escala de valores que ponga en primer lugar el respeto a las personas, la defensa de sus derechos, el rechazo de toda injusticia u opresión y, por encima de todo, el sentimiento de que a nuestros semejantes, que dicho sea de paso son todos los seres humanos de este mundo, antes que nada hay que amarlos, porque todos ellos se merecen no sólo el respeto de los demás, sino también su afecto y su cariño. ¿Me sigue?

—Desde luego. ¿Y cómo encaja todo eso en mi perfil, según su opinión?

—Ahora vamos a hacer un nuevo repaso a todo lo que le he mencionado antes sobre sus vivencias anteriores: en primer lugar, según nuestras informaciones, usted estuvo enamorado de una mujer con la que tuvo una relación.

—Así es.

—Naturalmente, desconozco de quien se trata. Lo que sí he llegado a saber, por mediación de Kelly O'Brien que, como sabrá, trabaja como secretaria a tiempo parcial en la Vicaría del padre Ferguson, es que el que fuera párroco del pueblo en el que estuvo usted destinado, un tal padre Murphy, afirmó que, con arreglo a lo que conocía de usted, no pensaba que su interés por esa mujer fuera algo egoísta o malintencionado, ya que le consideraba una persona honrada y entregada al trabajo pastoral, aunque quizás, debido a su falta de experiencia, un tanto idealista.

—De verdad que no tenía noticia de ello. Lo que sí puedo decirle es que, haciendo salvedad de las circunstancias, mi despedida con él fue caballerosa y nada hostil.

—Me alegra oír eso. También creo que usted afirmó que su interés por esa mujer era sincero, y que reamente la amaba.

—Hace mucho de ello, pero en líneas generales así fue.

—Y después de todo eso, se ha pasado usted más de un año en un campo de refugiados, atendiendo a los más desheredados del planeta, sin más recompensa que caer prisionero y ser tratado como un traidor en el país donde ejercía su apostolado.

—Eso, por desgracia, es del todo cierto. Aún más: la razón de haber sido hecho prisionero y deportado no se debió a nada que hubiese llevado a cabo yo directamente, sino a un juego de intereses políticos y económicos entre dos sectores rivales que se disputaban las riquezas del país. Lo único que hice en realidad fue estar en medio de un conflicto, intentando ayudar a los demás en todo lo posible sin obtener ningún beneficio para mí.

—Bien. Y una vez oído todo eso, ¿entiende ahora por qué pensamos que usted encaja en el perfil de un profesor de humanidades? No somos ingenuos, señor Fogherty. No le hemos hecho venir hasta aquí sin saber con quién estábamos hablando. Y si hemos llevado a cabo esta entrevista, es porque pensamos que usted puede ser una persona referente en St. Anthony College

para que el alumnado aprenda lo que es amar y respetar a la humanidad. No sólo individualmente, sino en su conjunto.

Al oír todo esto, no pudo Michael menos que emocionarse, no sólo porque, a fin de cuentas, lo que estaba haciendo Emily Rutherford era poco menos que salvarle el futuro, sino porque era la primera vez en la cual veía que sus vicisitudes desde que hubiera sido ordenado sacerdote eran valoradas por alguien de forma positiva sin reservas.

—¿Entiendo por tanto, señora Rutherford, que están ustedes de acuerdo en contratarme como profesor de estudios clásicos?

—Si a usted le parecen adecuadas las condiciones laborales, lo cual deberá tratarlo a la mayor brevedad con nuestro director gerente, puedo asegurarle que sí.

—En tal caso, se lo agradezco de todo corazón, a la vez que le pido que transmita mi agradecimiento a Kelly O'Brien y a su prima Sor Agatha.

—Descuide que así lo haré. Y ahora, si me permite, le facilitaré algunas instrucciones básicas, algunas de ellas formales y otras no tanto. En primer lugar, aquí tiene usted el folleto explicativo del colegio, que espero que se lo lea con la mayor atención. En segundo lugar, sepa que el trato del alumnado hacia el profesorado es siempre de Sr. o Sra. En absoluto está permitido otro tipo de trato más familiar. Y en lo que respecta al profesorado entre sí, en las reuniones oficiales, y en presencia del alumnado, el trato será similar. En el ámbito privado, sin embargo, el tratarse por el nombre de pila está autorizado.

—Me hago cargo.

—Y pasando a otro contexto más informal, quiero advertirle dos cosas: la primera, que se va a encontrar con que las jóvenes alumnas van a ir a donde usted se encuentre atraídas como moscas a la miel, porque el resto del profesorado, bien por edad, bien por ser ya sobradamente conocido, no va a despertar en ellas ni la mitad de interés que usted. Y la segunda, que aunque los profesores no estemos obligados, al igual que los sacerdotes, por un estricto celibato, tenga cuidado con las alumnas, sobre todo con las más desenvueltas. Porque, como podrá figurarse, un descuido por su parte puede acarrearle consecuencias muy desagradables.

—De eso también me hago cargo.

—Mejor para usted. De todas formas, no vaya a asustarse más de la cuenta. La realidad es que en St. Anthony College el ambiente que se respira es

bastante liberal, naturalmente siempre bajo el respeto a la ley y a la deontología profesional. Y ya que la he mencionado antes, creo que Sor Agatha está interesada en conocerle, pues al parecer Kelly le ha hablado mucho de usted. En cualquier caso, no se haga demasiadas ilusiones: lo que ocurre es que mi prima Agatha es lo que podríamos llamar una monja contestataria, totalmente en desacuerdo con la jerarquía eclesiástica, fumadora empedernida, conspicua lectora de toda literatura, irlandesa o extranjera, que de alguna forma no sea bien vista por dicha jerarquía, y si me descuido hasta partidaria del amor libre.

—Y supongo que, por todo ello, mi historial reciente le habrá despertado gran interés.

—Probablemente sea así. Y ahora me va a perdonar, pero el director gerente me había avisado que lo recibiría a usted dentro de un par de minutos. Así que le dejo con él, señor Fogherty, a la vez que le deseo la mejor suerte. Por cierto, no le comente al gerente demasiadas cosas sobre su vida pasada. Dígale que todos esos temas, si surgieran, los ha tratado ya conmigo. No es que sea un antediluviano, pero la prudencia nunca está de más.

—Gracias una vez más, señora Rutherford.

Tal y como había previsto más o menos Emily Rutherford, la entrevista con el gerente fue eminentemente protocolaria y, a lo más, burocrática, relativa a las condiciones laborales y demás. Así que, tras la firma de una serie de documentos, unos saludos de rigor y un apretón de manos, Michael Fogherty acabó convertido en profesor de estudios clásicos del St. Anthony College de Cork.

Capítulo 13

Al poco de cumplir los veinte años Kelly, como se ha dicho ya, encontró trabajo en un bufete de abogados de Cork, muy conocido de las monjas porque en alguna ocasión habían tenido tratos relacionados con algún caso de chica joven menor de edad embarazada que se había acercado al convento. No hace falta decir que estas relaciones anteriores facilitaron que se ofreciera a Kelly un puesto de secretaria en el bufete, el cual compartía con otra administrativa ya veterana.

Contrastaba sobremanera el carácter abierto, dinámico y alegre de Kelly, unido además a su juventud, con la vieja secretaria huraña y tendente al pesimismo y a la amargura. Eso no fue sin embargo óbice para que entre las dos se estableciera una relación, si no cordial, al menos adecuada para el trabajo en equipo, algo favorecido además por haberse establecido entre ambas una división de tareas satisfactoria: mientras Kelly se ocupaba especialmente de la relación inicial con los clientes, lo que en términos generales podría llamarse dar una buena imagen corporativa, la vieja y experta bruja Maggie Fredericks se esmeraba gestionando los expedientes complejos y, de alguna manera, oscuros del bufete. Es decir, que cada una de ellas tenía reservada una parte del trabajo que le gustaba y con la que más capacitada se sentía.

Cuando llevaba algo más de un año de trabajo en el bufete, Kelly se mudó a un pequeño apartamento alquilado, lo que por una parte le supuso una total independencia de vida aunque, por otra, tener cada vez menor relación con quienes hasta entonces habían sido sus principales referencias afectivas. Pero como es fácil de suponer, esta independencia de vida le facilitó el poder establecer relaciones de tipo sexual con otras personas, a la par que disfrutar en solitario siempre que quisiera sin tener que preocuparse de no gozar de la suficiente intimidad. Lo mismo si se tratase de observar el DVD, el primero de varios que fue consiguiendo con el tiempo, como de cualquier otra actividad de entre las que una persona adulta prefiere realizar en solitario, el nuevo régimen de vida le ofrecía unas posibilidades inéditas hasta entonces.

Gracias a una capacidad de trabajo forjada en la dura vida del convento, unida a la dilatada experiencia en todo tipo de labores domésticas, el hecho de tener que ocuparse ella sola de todas las tareas inherentes a la vida en solitario no le supuso ningún inconveniente de entidad, por más que, en este

caso, tuviera que simultanear dichas tareas con ganarse la vida. Y si bien jamás se sintió agobiada por tener que hacer compatible la vida laboral con sus asuntos privados, tampoco le faltaron oportunidades para gozar de momentos de ocio, empleados en actividades propias de juventud entre las que no podía faltar, naturalmente, el establecer relaciones con jóvenes del sexo opuesto.

Para todo hay una primera vez, eso lo sabe todo el mundo, aunque no siempre sea igual la forma de abordar esa primera vez. Y ahí es cuando Kelly comprendió del todo los consejos que, algunos años antes, le había dado Sor Agatha. Bien era verdad que por mucho conocimiento del propio cuerpo que se tuviera, el compartir intimidad con alguien era una experiencia emocionalmente impactante. Pero pronto se dio cuenta Kelly de que por muy impactante que pudiera llegar a ser el hecho de hacer el amor con otra persona, su importancia, o su solemnidad si se prefiere, nunca dejaba de ser relativa. O dicho de otra forma, que por muy insegura que pudiera mostrarse ella en dicha circunstancia, el nivel de inseguridad de su partenaire era otro factor a tener en cuenta. Sin olvidar, por otra parte, otra verdad más amarga: que en líneas generales ese nivel de inseguridad masculino iba en relación inversa con el interés, o con el compromiso, que el hombre pusiera en la relación; y aún más: que en la mayoría de las relaciones que había tenido con hombres el nivel de seriedad y compromiso que mostraban ellos en la relación le pareció de lo más escaso, aunque, eso sí, frecuentemente disimulado con una pose de estar de vuelta de todo y de que en el fondo ella no les importaba gran cosa: desde un par de borrachos a los que tuvo que echar poco menos que a patadas de su apartamento, temiendo que le vomitaran en el suelo, o incluso peor, encima de la cama; hasta un engreído al que le tuvo que parar los pies lanzándole el ultimátum de que si no se ponía un preservativo no había nada que hacer, a la vez que trataba por todos los medios de disimular que estaba muerta de miedo de que el tal engreído no fuera después de todo a violarla.

Mal que bien, al final el amante ocasional se avino a utilizar un preservativo, así que Kelly ya no fue capaz de rechazarle habida cuenta de que había cumplido su parte del trato. Pero a pesar de ello ya no se sintió tan motivada a hacer el amor como al principio, por lo cual la sesión de sexo que tuvo con él, si bien no fue del todo desagradable, tampoco le supuso ninguna satisfacción que mereciera la pena.

Pero la experiencia que más le dolió fue la de un tipo particularmente

antipático al que optó por invitarle a su alcoba sin estar del todo segura de que ello fuera a merecer la pena, el cual, al descubrir la mancha de nacimiento que tenía en el trasero, empezó a reírse de ella, a la par que le aseguraba que una mujer con semejante adefesio en el culo no valía ni la mitad que otra que tuviese un culito como Dios manda. Con éste no pasó ni miedo ni asco, sino que sintió tal rabia que acabó agarrando un cuchillo grande de cocina y le amenazó con que si no se largaba de inmediato iba a cortarle el pescuezo. En este caso no fue ella la que sintió miedo, sino el susodicho, que subiéndose de mala manera los pantalones acabó corriendo escaleras abajo mientras Kelly daba un portazo. Pero por mucha entereza que hubiera mostrado ante semejante imbécil, en cuanto se quedó sola se le derrumbó su autoestima y sintió una enorme tristeza, tal es así que se pasó la mitad de la noche llorando sin poder conciliar el sueño, pensando que desde el mismo momento en el que por culpa de un desaprensivo fuera concebida en el útero de una madre que en el fondo no era capaz de serlo, ella no había sido más que una desgraciada, una pobre niña de incluso que jamás había poseído nada más que lo que llevaba puesto, y que para más inri llevaría grabado para siempre en la piel el estigma de su desgracia.

Aunque dicho de esa manera suene enormemente vulgar, la cuestión era que tras una serie de experiencias, muchas de las cuales en absoluto gratificantes, Kelly acabó comprendiendo que en cuestiones del amor la calidad es más importante que la cantidad; a la par que se dio cuenta de que una cosa era pasar un rato más o menos divertido con un hombre, y otra muy diferente entablar una relación que, entre otras cosas, supusiera compartir experiencias, emociones, intereses y, sobre todo, cariño. Así que una vez consumada una primera fase consistente en acumular un bagaje de experiencias con el sexo opuesto, pensó que no era necesario darse tanta prisa por buscar un hombre donde fuera y que mejor se tomaba las cosas con cierta calma, por lo cual se dedicó a otro tipo de actividades de índole diferente, como por ejemplo asistir a cursos de perfeccionamiento profesional en la rama administrativa, a un taller literario de lectura o a la piscina más próxima a su lugar de residencia para dar unas brazadas y, de esa forma, liberar estrés y mantenerse en buena forma física.

Aunque el apartamento que ocupaba desde hacía ya bastante tiempo estaba ubicado en un barrio más bien modesto, la piscina, junto con otras instalaciones deportivas, recibían visitantes procedentes de varios distritos de la ciudad, no todos ellos del mismo nivel social. Aparte de un gran número de

usuarios que accedían a las instalaciones a pie, entre los que se encontraba la propia Kelly, había quien llegaba en su propio vehículo, bien por proceder de zonas más alejadas de las instalaciones deportivas o por tratarse de personas acostumbradas al uso continuado de un automóvil privado: desde ejecutivos que andaban de aquí para allá con el tiempo justo para cumplir la programación de actividades de su agenda diaria, deporte incluido, hasta mujeres más o menos ociosas que, dado su nivel económico desahogado, disponían de vehículo propio, las más de las veces sólo para mejor disfrute de su ocio personal.

Y era esta última tipología de clientes la más abundante en el vestuario femenino de la piscina, lo que suponía que, junto al inevitable olor a cloro del agua, pudieran saborearse todo tipo de aromas y perfumes propios de una dilatada gama de productos de belleza, algo que a Kelly le resultaba por demás desagradable; así como también que el tiempo per cápita de permanencia delante del espejo del vestuario fuera más que dilatado. Sin olvidar, por otra parte, que muchas de esas mujeres eran muy remilgadas a la hora de mostrar la desnudez de su cuerpo delante de otras usuarias de las instalaciones deportivas, algo que a Kelly, acostumbrada como estaba desde su etapa en el convento a vivir rodeada de multitud de personas las veinticuatro horas del día, le generaba no poca hilaridad.

En el vestuario destinado a los hombres, las duchas consistían simplemente en una serie de surtidores empotrados todos ellos en la misma pared, lo que posibilitaba que todos los que se duchasen a la vez pudieran disfrutar sin traba alguna de la visión de los cuerpos desnudos de sus vecinos. En el caso de las mujeres, sin embargo, una serie de mamparas situadas perpendicularmente a la pared de las duchas ofrecía cierta intimidad a sus usuarias, de forma tal que cada cubículo con la respectiva ducha sólo estaba abierto por uno de sus lados.

No era sin embargo el preservar mejor la intimidad de las usuarias la única razón para tal separación, pues la existencia de dichas mamparas daba opción para instalar en ellas colgadores para las toallas, e incluso una pequeña banqueta o estante para colocar útiles de aseo a salvo de salpicaduras de las duchas contiguas. De esta forma, si bien la intimidad de las mujeres que utilizaban las instalaciones no estaba asegurada al cien por cien, al menos reducía en gran medida la posibilidad de que unas observaran el cuerpo de las restantes, excepción hecha del momento en el que entraban o salían del

cubículo donde estaba situado el correspondiente surtidor.

No era Kelly especialmente observadora con respecto a los cuerpos ajenos. En realidad le importaban más bien poco, quizás debido a que tanto por su juventud como por tratarse de una mujer sana y dinámica poseía un cuerpo que no tenía nada que envidiar al de cualquier otra. Esa era la razón por la cual el hecho de mostrar su desnudez delante de otras mujeres constituía para ella una actividad meramente rutinaria, es decir, que la llevaba a cabo sin pensar en absoluto nada sobre el particular. Así, mientras se daba una ducha podían pasar delante de la entrada de su cubículo unas u otras sin que Kelly les prestara la más mínima atención.

Además, la ducha suele ser casi siempre una actividad relajante, motivo por el cual la persona que se ducha suele aprovechar ese momento para sumirse en todo tipo de pensamientos, la mayoría de ellos intrascendentes. Y si mientras tanto alguna que otra usuaria de las dependencias pasaba por delante de su campo de visión, lo normal era que ni siquiera se diera cuenta.

Aun así y todo, ocurrió que, en cierta ocasión, Kelly reparó en otra mujer que atravesó la entrada de su cubículo completamente desnuda, al parecer recién duchada, y llevando una toalla en la mano mientras se dirigía a por sus pertenencias para vestirse y abandonar el vestuario. Lo curioso del caso era que, aun sin estar segura del todo, le pareció que esa mujer tenía en su trasero una mancha muy parecida a la suya.

Al principio el hecho no le llamó demasiado la atención. Unos instantes después, sin embargo, volvió a pensar en la visión de dicha mujer, y a raíz de ello sintió cierta alegría, como si el hecho de que no fuera ella la única “estigmatizada” fuese una buena noticia, pues si ya en su niñez estaba bastante acomplejada por el tema de su mancha y de los efectos negativos que le acarreaba, la desagradable experiencia que tuvo con el amante frustrado al que echó de casa de forma tan truculenta no hizo sino que aumentara dicho complejo, máxime teniendo en cuenta que a partir de entonces, sobre todo por falta de ganas, ni siquiera había intentado establecer relaciones con ningún otro hombre.

Pero cuando estaba casi vestida por completo, después de haberse duchado y secado, sintió de golpe un tremendo escalofrío que le recorrió toda la espalda, pues en ese preciso momento se dio cuenta de que la mancha en el trasero podría tener una importancia mucho mayor de lo que en un principio había creído. Por desgracia, para cuando pensó todo eso hacía bastante tiempo

que la mujer había abandonado el vestuario, y por lo tanto no tenía ninguna forma de saber quién era, ni mucho menos de contactar con ella de alguna manera.

Así que se quedó un momento sentada en el banco corrido donde se dejaban las bolsas en las que cada nadadora guardaba sus pertenencias, intentando ordenar sus pensamientos a velocidad de vértigo. La primera idea que le vino a la cabeza, como suele ocurrir casi siempre que un suceso importante ocurre de improviso, era que ya no estaba segura de si realmente había visto a la mujer, o incluso siendo verdad que la vio si lo de la mancha no habría sido un mero producto de su imaginación, o quizás un juego de luces y sombras que le había engañado la vista.

Sólo después de haber pensado en ello un buen rato llegó a la conclusión de que lo que había visto era una mujer desnuda con una mancha en el trasero, aunque ya no era capaz de recordar nada de la forma o del tamaño de dicha mancha. Sólo estaba segura de que había otra mujer a la cual le ocurría un problema, por llamarlo de esa forma, parecido al suyo. Pero para entonces ya había comprendido perfectamente que lo más importante de la cuestión no era si al darse cuenta de que su “problema” era compartido por otras personas ello le haría sentirse mejor, sino que partiendo del supuesto de que la susodicha mancha podría tener un origen hereditario, entre esa mujer y ella acaso existiría algún tipo de parentesco, lo cual le ayudaría sobremanera a conocer sus verdaderos orígenes. Pero por desgracia la oportunidad de avanzar por ese camino se había esfumado nada más presentarse, y la pobre Kelly pensó que había perdido la ocasión de su vida para poder aclarar el misterio de saber de dónde procedían sus progenitores, y aún más, incluso llegar en algún momento a conocer la identidad de éstos.

No era Kelly sin embargo una mujer que se arredrara ante la primera dificultad, sino todo lo contrario: si bien en la primera ocasión la susodicha mujer se le había escapado, no estaba dispuesta a que ello volviera a ocurrir. Así que, a partir de aquel día, y prácticamente a la misma hora, siempre que sus obligaciones laborales se lo permitían acudía a la piscina y permanecía en el vestuario femenino todo el tiempo que podía observando a una o a otra.

Pero las cosas siempre son más complicadas de lo que a uno, o a una, le parecen en un principio. Porque demorarse más de la cuenta en una situación en la que la gente circundante está completamente desnuda siempre acaba generando sospechas. Así que no tardó mucho para que alguna que otra

comenzara a mirarla con desconfianza, y sólo unos pocos días más para que surgieran chismorreos sobre cierta usuaria de la piscina que se pasaba el tiempo observando a las demás mientras se desnudaban. Y poco más de una semana para que, en el momento en que entraba en el vestuario, una encargada del servicio se le acercara y le dijera que por favor se dirigiera a la oficina porque la dirección del establecimiento quería hablar con ella. Y allí se dirigió Kelly, sin saber a ciencia cierta qué es lo que la dirección le requería pero, sin embargo, con una ligera sospecha de por dónde iban los tiros, ese tipo de sospecha que solemos estar casi seguros de dónde viene pero que, no se sabe por qué, no tenemos ninguna gana de reconocérselo a nosotros mismos, aunque sepamos también que nuestra forma de actuar haya sido sin lugar a dudas sospechosa y presuntamente inadecuada.

En el despacho de la gerencia del establecimiento le esperaba un hombre, con aspecto de ser la persona de mayor nivel jerárquico, y dos mujeres, una de ellas vestida como para realizar trabajos que exijan esfuerzo corporal, la cual supuso que podría tratarse de alguien del personal de mantenimiento, y otra vestida de forma urbana. Fue el hombre quien inició la entrevista.

—Usted es Kelly O'Brien, según consta en nuestros registros de usuarios.

—Efectivamente, así es.

—Permítame que me presente: soy Timothy Forbes, el gerente del establecimiento. Y me acompañan la responsable del departamento legal y la del servicio de mantenimiento de las instalaciones.

—Mucho gusto en conocerles.

—Lamento decirle que el motivo de la entrevista que hemos concertado es un tanto delicado. Y espero que la presencia de mis dos acompañantes facilite las cosas.

—Ustedes dirán...

—Se han recibido quejas por parte de varias usuarias sobre su actitud en el vestuario de la piscina.

—Le aseguro que no sé a lo que se refiere, pues de hecho no creo haber realizado nada en contra de nadie.

En ese momento, fue la responsable legal quien tomó la palabra:

—Las quejas se refieren al hecho de que, al parecer, usted se dedica a observar de forma inadecuada a otras personas mientras éstas permanecen

desnudas en el vestuario.

—¿Podría precisar en qué consiste observar de forma inadecuada?

—Creo que me ha entendido muy bien, señorita O'Brien. Lo que quiero decir es que si bien no hay ninguna restricción al hecho de que varias personas compartan duchas y vestuario y, por tanto, puedan observarse mutuamente de forma inevitable mientras están desnudas, lo normal es que cada persona se centre en su aseo, sin prodigarse mirando a otras personas más que un tiempo razonable.

—Y por lo que parece, ése no es mi caso.

—Veo que efectivamente me ha entendido. Las quejas formuladas van en el sentido de que usted permanece observando a otras usuarias de las instalaciones durante un tiempo notoriamente superior al necesario para el aseo personal.

El nerviosismo de Kelly iba poco a poco creciendo en intensidad. Ahora que estaba en disposición de lograr un objetivo que juzgaba de la mayor importancia, por culpa de unos rumores que no iban a ninguna parte se iba a ir al traste todo su esfuerzo.

—Bien: aun suponiendo que ello fuera verdad, todavía no entiendo la razón por la cual algunas usuarias se hayan quejado, según lo que ustedes dicen.

—Señorita O'Brien: insisto en que sea usted razonable y se haga cargo de la situación. Hay numerosas mujeres, y dicho sea de paso también hombres, que se sienten especialmente molestos si son observados en su desnudez de una forma insistente, que pueda parecer insinuante, o incluso acosadora. Y en tal sentido, me permito comunicarle que una actitud de ese tipo podría incluso ser constitutiva de un delito de acoso sexual.

—Resumiendo: que según usted sólo por estar sentada en el banco del vestuario, sin hacer otra cosa que mirar, una puede acabar con sus huesos en la cárcel.

Al oír eso, el gerente del establecimiento pensó que era el momento adecuado para quitar hierro al asunto y resolver la cuestión de forma más sencilla:

—Comprenderá, señorita O'Brien, que no es en absoluto intención de esta gerencia llevar el asunto a tales términos. Pero, por otra parte, deberá usted comprender que es nuestro interés, e incluso diría que nuestra obligación, procurar a nuestros clientes el más alto grado de satisfacción, sin que nada o

nadie pueda perturbar el que se encuentren en nuestras instalaciones enteramente a su gusto. Quede claro desde un principio que nosotros no somos quienes para opinar sobre sus inclinaciones sexuales, lo cual es algo que queda del todo fuera de nuestra incumbencia...

Al darse cuenta de que, por muy diplomáticamente que fuera, le estaban llamando bollera, la pobre Kelly acabó estallando en cólera.

—Así que por lo que parece han pensado que no soy más que una bollera que ha venido a la piscina a ver lo que pilla. Pues sepan ustedes que se han pasado de listos bastante más de lo que creen, pues ni soy bollera ni nada que se le parezca. Y aún les diría más: si hubiese en el vestuario alguna bollera que me estuviera mirando más de la cuenta, me importaría una mierda.

Esta salida de tono, por inesperada, pilló un tanto desprevenidos a los responsables de la piscina. Sin embargo, el gerente pronto se repuso y sin más procedió a dar la correspondiente réplica.

—Lamento que utilice usted ese lenguaje tan vulgar, máxime cuando esta gerencia ha hecho un esfuerzo especial por tratar un tema tan peliagudo de la forma más diplomática posible. Aunque, por otra parte, me queda la duda de saber por qué, si tal y como dice usted no es una bollera, se dedica a observar a las otras mujeres de una forma que ha hecho a más de una pensar lo contrario.

—Porque estoy buscando a una persona que no conozco suficientemente, y necesito estar segura de quién se trata. Y no me pregunten cuál es el motivo de mi interés, porque es privado y no se lo voy a decir.

Esta última respuesta aún desconcertó más a sus interlocutores, que por un momento permanecieron callados. Entonces Kelly aprovechó la ocasión para contraatacar, o al menos para marcarse alguna baza en la discusión que le permitiera salir airosa al menos hasta cierto punto.

—Bien. Entiendo sus preocupaciones, e incluso diría que me hago cargo de ellas. Lo único que puedo decir en mi favor es que la única intención que me impulsa es encontrar a una determinada mujer, y que si al fin tengo la fortuna de conseguirlo, estoy incluso dispuesta a no regresar a esta piscina jamás.

—Señorita O'Brien: como gerente de estas instalaciones le digo que lamento profundamente esta situación, y que lamentaría también que usted dejase de ser nuestra cliente por un simple malentendido. Aunque por otra parte me veo en la obligación de sugerirle que, si bien buscar a una persona es

algo totalmente lícito, si esa búsqueda supone que otros clientes vayan a sentirse perjudicados, o meramente incomodados, me vería obligado a no permitirle en lo sucesivo el acceso a nuestras instalaciones.

—Creo que la situación está clara por ambas partes. Y ahora, si me disculpan, preferiría poder nadar un poco para relajarme y olvidarme en alguna medida de este asunto.

—Como desee, señorita O'Brien.

Según iba avanzando por el pasillo hacia el vestuario, Kelly apenas si podía contener las lágrimas. Había tenido una ocasión de oro para hablar con alguien que, probablemente, podría haberle facilitado una información valiosísima sobre su pasado y sus antecedentes familiares. Y ahora resultaba que por culpa de una cuadrilla de estrechas y quejicas no sólo se le esfumaba dicha posibilidad, sino que incluso la cosa podría acarrearle que la echaran de la piscina como a una vulgar delincuente. Y aún más: si se hiciera público que la empleada de un bufete de abogados mostraba una conducta inadecuada que podría ser constitutiva de un delito de acoso, ello podría costarle incluso la pérdida del empleo.

Así que cuando irrumpió en el vestuario, pensando que a lo mejor iba a ser la última vez en su vida que pisara semejantes instalaciones, aun con los ojos medio llorosos logró atisbar a una mujer que acababa de salir de una de las duchas, y que al dirigirse a uno de los bancos corridos en donde había apoyado su bolsa y agacharse para abrirla, mostraba claramente una mancha en el trasero similar a la que la propia Kelly tenía.

“No puedo desaprovechar esta oportunidad —pensó Kelly para sí. O lo hago ahora, o no voy a poder hacerlo jamás”. Así que se dirigió a la mujer directamente sin pensarlo más.

—Dispense: ¿podría hablar con usted un momento?

—Como comprenderá, no creo que sea ésta la situación adecuada para ello.

—Entiendo, y perdone de nuevo. Puedo esperar a que se vista.

La mujer, con una edad aparente entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años y aspecto de tener un nivel social más que desahogado, le miró con cierta desconfianza.

—Espéreme en el pasillo que salgo enseguida.

Mientras esperaba en el pasillo comida por la impaciencia, la encargada

del mantenimiento, que en toda la entrevista no había abierto la boca, pasó a su lado. Y por la mirada feroz que le echó, Kelly comprendió que de las personas que habían participado en el interrogatorio ésta había sido la que manifestaba una actitud más hostil hacia ella, a lo mejor por tener una concepción de la sexualidad más estrecha y fanática que los otros dos interlocutores. Pero como en el pasillo Kelly se encontraba totalmente vestida, y además el pasillo era un lugar obligado de paso, la encargada no pudo encontrar ninguna razón para achacarle nada, así que sin más se limitó a pasar de largo. Por fin, tras unos minutos que se le antojaron eternos, la mujer salió del vestuario y se le acercó:

—Usted dirá qué es lo que desea.

—El tema es un tanto complicado. ¿Le importaría que fuéramos a otro lugar para hablar con más tranquilidad?

—Me temo que eso no es posible, porque mi tiempo es muy valioso. Así que dígame lo que quiere, y santas pascuas.

Kelly empezó a darse cuenta de que la cuestión iba a resultar mucho más difícil de lo que había pensado en un principio. Si primero fue la advertencia del gerente del establecimiento, la actitud de la mujer tampoco presagiaba nada bueno.

—He estado observando que tiene usted una mancha de nacimiento... en el trasero.

—Efectivamente es así. ¿Y eso a usted qué le importa?

—La verdad es que hay un motivo por el cual sí me importa. En realidad me importa mucho.

La mujer empezó a torcer el morro:

—Ahora que me doy cuenta: ¿no será usted la lesbiana esa de la que se están quejando un montón de clientas? Porque si es así le aseguro que voy a denunciarla ahora mismo.

—¡No, en absoluto! En realidad se trata de una cuestión muy diferente: permítame que le haga una pregunta: ¿No será por casualidad usted una hija adoptada?

El enfado de la mujer cada vez iba subiendo más en intensidad:

—¿Se puede saber quién es usted y qué es lo que pretende? Le aviso que no estoy dispuesta a escuchar más impertinencias. Así que haga el favor de

marcharse inmediatamente.

Kelly se estaba dando cuenta de que la entrevista iba por muy mal camino, y entonces pensó que lo mejor era echar un órdago y decir la verdad sin tapujos.

—Perdone una vez más: me parece que me explicado fatal.

—A mí también, dicho sea de paso. Creo que es usted una maleducada de tomo y lomo por atreverse a hacer semejantes preguntas de índole privada a una desconocida.

—Voy a contarle la verdad, si me lo permite: yo sí que soy adoptada, y además tengo una mancha en el trasero exactamente igual que la suya.

Al oír eso, la mujer comenzó a entornar los ojos.

—Ahora creo que comprendo un poco de qué se trata. Y supongo que usted, en calidad de niña adoptada, desconoce la identidad de sus padres biológicos.

—Así es. En realidad, esa es la única razón por la que he establecido contacto con usted.

—Y piensa que la mancha en el trasero puede ser de origen hereditario, y por tanto que usted y yo podríamos tener alguna suerte de parentesco.

—No sé si podríamos hablar o no de parentesco, porque supongo que, al menos legalmente, usted y yo no tenemos ninguna relación que nos una.

—¿No estará usted pretendiendo pescar alguna herencia, verdad? Porque ya de entrada le comunico que yo no soy adoptada ni muchísimo menos. Y si por algún casual mi padre hubiese tenido algún desliz sabe Dios con quién, hace ya doce años que falleció, y el testamento está ejecutado más o menos desde entonces.

—No pretendo cobrar ninguna herencia, se lo aseguro. Sólo pensaba que usted podría darme alguna pista sobre quiénes fueron mis padres. Tampoco sé en realidad si mi mancha en la piel procede de mi padre o de mi madre, porque mi madre murió al darme a luz, cuando no tenía más que quince años, y de mi padre no sé absolutamente nada.

No hay mujer que no se conmueva, aunque sea un poco, al oír una historia como esa. Así que ello sirvió al menos para que el nivel de hostilidad o de desconfianza en la entrevista bajase unos cuantos enteros.

—Comprendo su situación, y lamento no poder ayudarla más.

—Al menos le ruego que acepte mi número de teléfono, por si casualmente

supiese algo. Mi nombre es Kelly O'Brien.

—Margaret Taylor. En realidad doctora Margaret Taylor.

—¿Es usted médico?

—Así es. ¿Y usted?

—Trabajo de administrativa en un bufete de abogados. Pero no se asuste, porque en el bufete de todo esto no saben nada. En realidad estoy allí gracias a una recomendación del convento de Sta. Christina que es donde me he criado y donde he vivido hasta hace pocos años.

—Pues encantada de conocerla, Kelly.

—Lo mismo digo, Margaret. Y perdone las molestias que le he causado.

—Y usted también, si acaso he sido demasiado brusca.

Aquel día Kelly no se sintió con fuerzas ni siquiera para dar una brazada. Así que, en lugar de dirigirse al vestuario y enfrentarse a las miradas acusadoras de un montón de mujeres que, ahora sí, suponía que eran prácticamente todas, esperó un momento en el hall de las instalaciones deportivas para, al cabo de un rato, dirigirse a pie hasta su casa. Y en cuanto llegó y pudo tumbarse en el sofá, se echó a llorar como una magdalena porque, en el fondo, se sentía tremendamente desgraciada.

Capítulo 14

Desde el mismo cruce con la carretera principal, el camino que conducía a la residencia llamada The Grey Poplars discurría entre dos hileras de árboles, se supone que plantados hacía varias décadas porque habían adquirido ya una altura que apenas dejaba pasar el sol por ninguno de los lados. El nombre de la residencia debía de estar tomado de dichos árboles, si es que realmente su construcción hubiera sido más reciente que éstos. Pero el aspecto exterior del edificio, una imponente mansión con fachadas de ladrillo rojo, contornos ribeteados en piedra en aristas y en puertas y ventanas de la planta baja, y coronado por unas enormes chimeneas, en un estilo arquitectónico que podría calificarse como Reina Ana, lo mismo podía sugerir que los árboles fueron plantados en fecha posterior, o a lo mejor ocurría que en la época en la cual dicho camino no sería más que un sendero para carruajes ya existirían dos hileras de árboles paralelas a ambos lados del mismo.

Había que recorrer unos tres kilómetros desde el cruce, sin que durante ese intervalo se advirtieran ni pueblos ni siquiera granjas aisladas, así como tampoco ninguna intersección con algún otro sendero que llevara sabe Dios a dónde. Sólo el rumor del agua del cercano río, que corría paralelo al camino en un largo tramo de éste, sugería algo de animación y movimiento en el entorno, ya que por lo demás no se apreciaba nada que no fuera quietud y silencio. Por esa razón, los escasos minutos que transcurrían desde el cruce hasta la explanada que se abría delante del edificio residencial producían en el visitante un efecto que lo mismo podría ser de recogimiento, e incluso de protectora relajación, o bien de cierta angustia, como si al final de semejante camino misterioso no pudiera encontrarse nada que al visitante le fuera a resultar divertido o gratificante.

Quizás por encontrarse ya predispuesto por el propio camino a un determinado tipo de impresiones, o incluso por méritos propios de la visión que se extendía una vez terminado éste, el caso era que, cuando a poco de dejar atrás las hileras paralelas de árboles se mostraba al visitante de golpe la explanada en cuyo centro se alzaba la imponente fachada del edificio, las sensaciones que habían ido gestándose lo largo del camino no sólo no desaparecían sino que incluso podría decirse que el edificio denominado desde tiempo inmemorial The Grey Poplars justificaba con creces que quien se hubiera acercado a él se sintiera un tanto sobrecogido o, al menos, con una

cierta sensación de inquietud.

La verdad era que nada justificaba aparentemente una construcción tan imponente y, a la vez, tan apartada, si no fuera un deseo expreso de sus antiguos propietarios de permanecer aislados de todo y de todos; y, qué duda cabe, un sentimiento de esas características siempre genera sospechas de la existencia de algún misterio oculto, algún secreto inconfesable o alguna intención perversa.

En cualquier caso, nada de lo que hubiera motivado a los primitivos dueños del edificio para su aislamiento era conocido por Margaret, lo que no era óbice para que, tal y como se ha dicho, cada vez que se acercara a la residencia en la cual su madre permanecía desde hacía casi ocho años la visita le resultara especialmente incómoda, si no absolutamente desagradable. Alguna que otra vez incluso pensó que cada visita semanal de los miércoles a la tarde a la residencia de su madre tenía para ella un efecto análogo a esas pesadillas en las cuales uno va andando por un largo pasillo sabiendo que el final de éste nos espera con toda seguridad algo malo y perverso, pero sin embargo uno sigue avanzando aun a sabiendas de lo que puede ocurrir una vez que llegue al final y entre en la habitación cerrada hacia la cual se dirige sin remedio. Y cuando abre la puerta de la habitación se encuentra con aquello que le produce un mayor terror, que lo mismo puede tratarse de un sediento vampiro, una araña gigantesca o, en el caso de Margaret, una mujer enigmática que en realidad no le hace ni le dice nada concreto, pero que su sola mirada, y aún más su media sonrisa de ambiguo significado, hace que al poco de entrar en la susodicha habitación se despierte bañada en sudor frío y no pueda volver a conciliar el sueño en un buen rato.

Así resultaba que aparcar el automóvil, salir de éste, dirigirse hacia el edificio y franquear la puerta de entrada solía inspirarle a Margaret una sensación hasta cierto punto similar a la pesadilla que acabamos de relatar. Y más aún si, como de hecho ocurría ese día, en el aparcamiento de la entrada no se veía ningún otro vehículo, señal inequívoca de que aquella tarde de miércoles de cielo triste no se había acercado hasta allí ningún otro visitante, ya que el personal que disponía de vehículo propio tenía asignada otra zona de aparcamiento que no era visible desde el camino de acceso.

No era sin embargo uno de esos típicos días irlandeses en las cuales la amenaza de lluvia es constante a lo largo de toda la jornada. En realidad soplaba un seco viento sur, gracias al cual la temperatura era apreciablemente

más elevada de la que hubiese sido habitual en esa época del año, pero sin embargo ello no contribuía a alegrar el ambiente sino todo lo contrario, ya que el efecto producido era de llenar el cielo de nubes cada vez más negras pero que no descargarían en tanto el viento no cambiase de dirección.

—Buenas tardes, señora Taylor —le saludó la recepcionista—. Su madre se encuentra en su habitación. ¿Sabe si la está esperando, o prefiere que vaya alguien a avisarla?

—Descuide. Voy a su habitación y me encargaré yo de todo lo necesario.

—Como prefiera, señora Taylor.

Cada vez que tenía que subir por la escalera hasta el tercer piso del edificio, en el que se encontraba la habitación de su madre, a Margaret se le pasaba por la cabeza la idea de que, en caso de emergencia, la evacuación de las personas que, como era el caso de su propia madre, tenían movilidad reducida y se pasaban casi todo el día postradas en una silla de ruedas, debía de ser una ardua tarea, si de hecho resultase factible llevarla a cabo. Esta dificultad se hacía todavía mayor por la recomendación estricta de no utilizar los ascensores en caso de incendio. Pero, por otra parte, el pensar en la posibilidad de una situación de peligro grave, como podría ser de hecho un incendio, algunas veces le producía a Margaret un cierto efecto relajante, catártico, sobre todo en las ocasiones en las cuales la visita obligada a su madre le resultaba notoriamente ardua, bien por tratarse de épocas en las que estaba muy cargada de trabajo o bien por encontrarse sin razón aparente baja de ánimo. Y en los días que esto ocurría detestaba tener que pasar un par de horas con una persona con respecto a la cual sus sentimientos nunca habían estado del todo claros, y aún más: con respecto a la cual jamás supo con total seguridad cuáles eran los sentimientos que dicha persona albergaba con relación a ella.

Era precisamente en esos días cuando le venían a la cabeza imágenes de la residencia de los álamos grises, es decir, The Grey Poplars, pasto de las llamas, lo cual le inspiraba la sensación de haber erradicado para siempre esa pesadilla que una y otra vez le había atormentado tanto durante su niñez como, en ocasiones más esporádicas, incluso en su edad madura. “El día que The Grey Poplars sea pasto de las llamas con todo lo que hay dentro —se decía para sí— terminarán todas mis pesadillas y me convertiré en una mujer libre.”

Pero todo eso no eran más que simples fantasías, y la cruda realidad era que un miércoles si y otro también estaba obligada a atravesar la doble hilera

de árboles y presentarse en aquel edificio que jamás le gustó, ni por fuera ni mucho menos por dentro.

—Hola, madre, aquí estoy otra vez. ¿Qué tal se encuentra hoy?

—¿Cómo quieres que me encuentre encerrada en este sitio? Pues me encuentro encerrada, igual que todos los días. ¿Cómo te sentirías tú en esta situación?

—¿Quiere que salgamos al jardín a tomar un poco el aire?

—¿Qué ocurre, acaso no estás bien en mi habitación? Es fea, ¿verdad?

—No es que sea fea. Lo que quiero decir es que salir al aire libre siempre viene bien.

—Así que prefieres que salgamos con todos estos nubarrones y que me quede hundida en cuanto caiga el primer chaparrón. ¿No querrás que coja una pulmonía, verdad?

—No es eso, madre. Además, sopla una brisa muy templada y no va a pasar nada de frío. Y hasta que no cambie el viento no creo que vaya a llover.

—Pues yo no estoy dispuesta a salir fuera si no es con mi capa impermeable puesta encima.

—¿Seguro que cree que es necesario?

—No me cabe la menor duda. Si tú no has traído ropa adecuada para la lluvia eso es tu problema.

Tras emitir un suspiro de resignación, Margaret se puso a buscar la capa impermeable de su madre para ponérsela encima antes de salir, dispuesta a asumir el hecho de que recibiría nuevas invectivas porque se suponía que era torpe para colocársela, y por si ello fuera poco que en cuanto salieran al pasillo toda persona con la que se cruzaran haría el desagradable comentario de que salir a la calle vestida con la capa impermeable era totalmente innecesario, porque esa tarde existía la total seguridad de que no iba a llover.

—Está en la tercera balda, ¿es que no la ves?

—Sí, madre, aquí la tiene.

—Pues pónmela y vamos a la calle, si tantas ganas tienes. Y ten cuidado, que la vez anterior enganchaste la cremallera en mi mejor jersey de cachemira.

—No era de cachemira, madre.

—¿A mí me lo vas a decir?

Tal y como Margaret esperaba, la previsión estaba cumpliéndose al cien por cien.

—Pero señora Taylor, ¿a dónde va usted vestida hoy así? ¿no le ha dicho su hija que esta tarde no va a llover?

—Sí que me lo ha dicho, pero estas hijas de ahora ya no son de fiar, y una tiene que estar pendiente de todo. ¿Y qué tal sus hijos, señora Preston?

—¡Uf, hace una eternidad que no los veo, pero qué culpa tienen ellos, pobrecitos!

—Pues no están tan lejos como para que no puedan venir de vez en cuando. Aquí la tiene usted a mi hija, que vive a sólo sesenta y cinco kilómetros y le cuesta venir como si viviera en las antípodas.

—No se queje, señora Taylor, que los míos sí que viven en las antípodas. Pero es que hoy en día hay que buscar el trabajo donde lo haya. ¿Van a salir fuera? pues aprovechen, que el aire está muy agradable. Adiós, señora Taylor. Y quítese esa capa, que no es necesaria en absoluto y además le va a hacer sudar una barbaridad.

Mientras se dirigían al ascensor, la madre de Margaret no hacía sino murmurar.

—¿Qué sabrá esa si va a llover o no?

El jardín de la residencia consistía en una vasta extensión de césped, en la cual se habían colocado de forma diseminada unas cuantas mesas redondas de exteriores con sus correspondientes sillas, demasiado pesadas tanto unas como las otras para que los ancianos residentes las movieran continuamente de un lugar a otro; y a ambos lados del césped, tanto en el que lindaba con el edificio como en el más alejado de éste, se habían dispuesto unos arriates con flores de temporada a cuyo cargo se encontraba el jardinero responsable de cortarlo periódicamente, intentando hacerlo, siempre que la lluvia lo permitía, en la hora en la que el ruido de la máquina cortacésped molestase lo más mínimo a los residentes.

La orientación del terreno permitía que la zona al aire libre recibiera a la tarde unas buenas horas de sol, por lo cual solía ser el momento preferido para que los residentes ocuparan las mesas exteriores. Y más aún cuando alguno de ellos recibía visitas, arreglo éste muy satisfactorio tanto para familiares que venían a reunirse con alguna de las personas alojadas como para el propio personal, al que no le agradaba lo más mínimo que los visitantes

permanecieran dentro del edificio. Tampoco es que a los propios visitantes les gustase demasiado el interior de una construcción que tanto por las características de sus ocupantes como por diversas razones que no vienen a cuento resultaba más que deprimente.

—¿Le parece bien que nos coloquemos en esa mesa?

—Tú dirás, que para eso eres quien mueve la silla. ¿Acaso te has cansado ya?

—¿Prefiere un poco más lejos?

—No, ahí está bien. Y ahora dime, hija, ¿qué te trae hoy por aquí?

En todo el día no se había acordado Margaret del encuentro fortuito que, casi una semana antes, había tenido con la mujer desconocida de la piscina. Pero ahora que se le había ocurrido a su madre hacer esa pregunta tan inconveniente, de repente se le encendió una especie de lucecita, y pensó que, a lo mejor, ese día sí tenía algo especial que contar. Aunque, por otra parte, el deseo más o menos inconsciente de que la visita fuera lo más rutinaria y menos accidentada posible la disuadía siempre de contar nada de su vida que se saliera de lo meramente cotidiano. Así que sin más dejó que la lucecita se apagara y se dispuso a soportar una conversación similar a la que había tenido ya cientos de veces.

—¿Sigues trabajando en el hospital, como siempre?

—Así es, madre.

—Pues si es así me temo que tu vida no es más divertida que la mía. En eso creo que las dos hemos salido bastante parecidas. Aunque yo al menos mientras vivió tu padre creo que fui bastante dichosa.

Si hace un momento Margaret sintió que se le encendía una lucecita verde, la cual le daba cierta esperanza de sacar a colación un tema de conversación interesante y a lo mejor incluso agradable, ahora pensó que se le acababa de encender una lucecita roja, es decir, que la conversación corría el peligro de amargarse hasta un punto que no deseaba en absoluto. Pero, por desgracia, su madre parecía no estar por la labor de llevar el tema de forma tranquila.

—Pues me alegro por usted, madre.

—Ya sé que a ti nunca te gustó tu padre, pero si quieres que te diga la verdad, nunca entendí del todo por qué.

—¿Y a usted, por lo que veo, sí que le gustó?

—Naturalmente, hija, y te advierto que no estoy dispuesta a consentir que deshonres su memoria diciendo de él algo inconveniente.

La lucecita roja se iba haciendo cada vez más fuerte. Todavía sin haberse dado cuenta del todo, la cuestión era que la entrevista que tuvo con Kelly en la piscina le había ejercido una influencia emocional más grande de lo que creyó en un principio, aunque no fuera más que por haberse encontrado con otra persona que, en un par de minutos, había tenido la habilidad, o la sinceridad si se prefiere, de darle a conocer los hitos más importantes de su existencia. La desconocida de la piscina, a la que había tomado en un principio por una lesbiana en busca de pareja sexual, en realidad era una huérfana criada en un convento cuya única marca conocida de identidad era una mancha en la piel del trasero, y que estaba buscando desesperadamente otras señales que le ayudaran a saber quién era en realidad. Entonces ella se había dirigido a la desconocida desde una posición que podría definirse como de identidad confirmada, o mejor dicho, de estatus de vida estable y hasta cierto punto satisfactorio, cuando de hecho sabía perfectamente que no era así. ¿Por qué no tenía ella el suficiente valor, o acaso no el valor, pero sí el suficiente interés para decir a cada una de las personas significativas que habían pasado por su vida lo que realmente opinaba de ellas?

A lo mejor, acabó pensando aquel día, éste podría ser un momento para intentarlo, a ver hasta dónde se podía llegar por ese camino.

—¿No le parece que la memoria de un alcohólico empedernido está ya bastante deshonrada como para que se pueda hablar de él sin demasiado remilgo?

—¡No estoy dispuesta a consentir semejante falta de respeto con tu difunto padre!

—No creo que mi padre fuese, al menos hasta donde yo lo conocí, especialmente digno de respeto.

—¿Qué es lo que estás insinuando?

—No estoy insinuando nada, madre, que usted no sepa ya.

—Y si resulta que, según tu opinión, tu difunto padre no era digno de respeto, ¿se puede saber a santo de qué sacas ahora a colación cosas que deberían estar olvidadas?

—Las saco a colación porque parece que usted tiene un interés especial por echar por tierra todo lo que he hecho yo en mi vida, cuando resulta que la suya

tampoco ha sido muy notoria que digamos.

—Pues ya que nos hemos puesto a hacer un repaso de las vidas ajenas, no creo que una divorciada a la cual su marido abandonó para irse con otra, que no ha tenido hijos, y que desde que se quedó sola no ha hecho ninguna otra cosa que merezca la pena, tenga especiales motivos para alardear de una vida plena y feliz.

—¡Y ahora supongo que me soltará lo que ha repetido ya un montón de veces, que si mi marido me abandonó por otra la razón es que no fui lo suficiente mujer para retenerlo a mi lado!

—Tú misma lo has dicho, hija, sin necesidad de que yo abra la boca.

La lucecita roja que unos momentos antes había sentido Margaret encenderse dentro de su cabeza se estaba haciendo cada vez más grande, hasta tal punto que ya no veía la forma de apagarla.

—Pues a lo mejor no fui lo suficiente mujer como para retener a mi marido a mi lado, pero puedo asegurarle que más de una vez tuve que espantar de mi lado al marido de usted, sobre todo en los momentos en los que iba cargado con alguna copa de más.

Ya había soltado lo que tanto su madre como ella sabían de sobra, pero que sin embargo, al igual que tantas otras cosas, jamás se lo habían planteado cara a cara de forma no sólo civilizada, sino con la confianza y sinceridad que debería existir entre dos mujeres que se tienen un mínimo de aprecio.

—¡Creo que no estoy dispuesta a aguantar por tu parte más impertinencias. Así que haz el favor de llevarme de nuevo a mi habitación. Esta conversación se ha terminado ya!

—Como usted diga. Ahora mismo la dejo en su habitación y me marchó inmediatamente a mi casa.

—¡Siempre he tenido la impresión de que has sido una hija malévola, que jamás me has querido nada ni tampoco le has querido a tu padre. No sé yo además si esa mancha que tienes en el culo no ha sido sino una señal que te dejó el diablo en el momento de nacer, y que yo no supe interpretar a tiempo. Porque si lo hubiese sabido cuando eras pequeña ten por seguro que te habría metido en cintura como Dios manda!

Al igual que le pasó a Kelly en otra situación diferente, la simple mención de la mancha en el culo hizo que Margaret comprendiera de golpe que de aquella conversación iba a salir algo definitivo.

—Madre: antes de llevarla a su habitación le voy a hacer una pregunta que me va a contestar sin mentir. Y le aviso que no estoy dispuesta a marcharme hasta saber la verdad.

—Hija, me estás asustando. ¿No crees que nos hemos dicho ya demasiadas cosas?

—No intente ahora ponerse remilgada, y haga el favor de responder.

—¿A qué tengo que responder?

—¿Soy o no soy una hija adoptada?

El semblante de la madre de Margaret cambió de golpe, y aunque consiguió reponerse rápidamente no logró evitar que el color de la cara se pusiera más pálido que lo habitual.

—¿De dónde has sacado semejante tontería?

—Eso no es una tontería, madre, es una pregunta: ¿soy o no soy adoptada?

—No entiendo a santo de qué se te ha ocurrido ahora esa idea. ¿Acaso no te hemos cuidado siempre de forma ejemplar?

—No me está respondiendo a la pregunta: ¿Sí o no?

—Me parece intolerable por tu parte semejante falta de confianza con tu madre.

—¿Sí o no?

Las manos de la madre de Margaret empezaron a temblar de forma notoria y la respiración se le hizo más agitada, hasta el punto de que la propia Margaret empezó a temer que aquel día había ido con su madre demasiado lejos.

—¡Sí! La respuesta es sí. ¿Estás más contenta ahora? Ya solía decirlo tu padre, o sea, mi marido: esta niña ha nacido debido a que el diablo sedujo a alguna mujer que no supo resistir a sus tentaciones.

A Margaret le costó unos segundos reponerse, durante los cuales su propia agitación fue poco a poco disminuyendo. Y una vez que se hubo calmado, lo primero que sintió fue una inmensa tristeza.

—No, madre, o lo que usted sea, no estoy más contenta, sino todo lo contrario.

—¿Entonces de qué te ha servido saberlo?

—Por desgracia, ahora ya no va a servirme de mucho. Pero si lo hubiera

sabido en otra época de mi vida, a lo mejor me habría servido para conocerles mejor a usted y a padre, y acaso para quererles más de lo que fui capaz.

—¿Así que opinas que nunca nos quisiste lo suficiente porque no sabías que eras una niña adoptada? Eso no tiene ni pies ni cabeza. Si no nos quisiste fue porque no eras una niña buena, no sé si por culpa de esa mancha en el culo o por otra razón. Y todavía voy a decirte algo más: si cuando tu padre y yo tomamos la decisión de adoptarte nos hubiéramos dado cuenta de la mancha que tenías, puedo asegurarte que jamás la habríamos tomado. ¡Y bien que me arrepentí cuando me di cuenta, y ya no había forma de dar marcha atrás!

La tristeza que en un primer momento sintió Margaret enseguida se trocó en una enorme rabia. Lo que su madre adoptiva le estaba diciendo, por primera vez en toda su vida, era que, en el fondo, jamás la había querido. Ni ella ni tampoco su marido, un alcohólico que cuando llegaba a casa más cargado de lo que debía de lo único que se acordaba era de que tenía allí esperándole una adolescente que, a fin de cuentas, no era su propia hija.

—Creo que en el fondo esto era algo que lo he sabido desde siempre, pero que jamás me había atrevido hasta ahora a confesármelo a mí misma. Por una parte, era sospechoso que me hubiera tenido usted con treinta y siete años, que no hubieran tenido ustedes hijos antes, y que tampoco los hubieran tenido después. Pero por otra parte siempre he tenido la sensación de que había algo que me impedía quererles a ustedes como mis verdaderos padres, y que a la vez les impedía a ustedes lo mismo con respecto a la que supuestamente era su hija.

—Todo eso no son más que figuraciones tuyas. Te hemos querido como si fueras nuestra propia hija.

—No, madre, perdón, señora Taylor. Si me lo hubieran dicho antes, cuando no era más que una niña, habría sido capaz de irles cogiendo cariño a ustedes, como de hecho ocurre de forma natural con los pequeños. Pero lo único que consiguieron guardando el secreto tanto tiempo fue que se estableciera entre nosotros una barrera afectiva que nos impidió a todos manifestar nuestros sentimientos de forma natural y sincera.

—Bueno, ¿Y ahora que ya lo sabes qué vas a hacer? ¿Acaso vas a dejar de verme para siempre?

—No lo sé. Todavía es demasiado pronto para saberlo. ¿No cree?

—Y ya que estamos haciéndonos confianzas, me gustaría saber por qué se

te ha ocurrido justo ahora, cuando tienes ya si no me equivoco cuarenta y tres años, preguntarte si eres o no eres nuestra verdadera hija.

—Porque he conocido a otra mujer que tiene una mancha igual que la mía.

—¡Vaya, eso sí que es una coincidencia! ¿Y qué ocurre, que ella también es adoptada?

—Efectivamente. Se crio en un convento, porque su madre biológica, una joven de quince años que en realidad no era más que una niña, murió de parto.

—¡Pobrecilla! Esa ha tenido peor suerte que tú en la vida, ¿No te parece?

—Creo que no es el momento de ponerse cínica.

—¿Y le has visto la mancha?

—No, no se la he visto, simplemente me lo ha contado.

Al oír esto, la madre de Margaret estalló en una risa loca.

—¡Mira que eres ingenua! Esa mujer no es más que una embaucadora que quiere aprovecharse de ti. ¿Acaso no te das cuenta?

—De lo que me acabo de dar cuenta es de que usted ha estado engañándome toda mi vida.

—Pues que no te vuelvan a engañar.

—Descuide, que no va a ser así. Por cierto: me gustaría saber de dónde me recogieron.

—Pues del mismo sitio que, en aquella época, podías recoger a un montón de niños hijos del pecado. En tu caso de un convento del oeste de Irlanda, cerca de Galway. No sé si todavía existe, pero a lo mejor no, porque desde entonces las cosas han cambiado mucho.

—¿No se acordará del nombre del convento?

—Por supuesto que no, ni falta que hace. ¿No crees?

La rabia de Margaret seguía en el mismo sitio. Más aún conforme se iba dando cuenta de que dicha rabia era un sentimiento compartido. Y esa sensación de compartir un sentimiento con su madre, aunque fuera de ira, paradójicamente le hizo sentirse más a gusto consigo misma.

—Bueno, “madre”. Hasta aquí hemos llegado. Creo que es el momento de que la suba a su habitación. Supongo de todas formas que seguirá teniendo noticias mías.

—Así lo espero. Al menos como compensación de los años que te hemos

cuidado.

El camino de acceso a la residencia de los álamos grises lo recorrió Margaret en sentido inverso llorando a lágrima viva, y pensando que la doble hilera de árboles que lo bordeaban estaban sirviendo al menos para ocultar su llanto del resto del mundo. Y mientras avanzaba a velocidad lenta sin que mientras tanto viera nada ni nadie, pensó que cuanto más llorase antes de llegar al cruce con la carretera principal más probabilidades tenía de que la visita a la residencia The Grey Poplars, si de hecho alguna vez volvía a repetirse, ya no tuviera las características de una pesadilla, porque la pesadilla que había atenazado su existencia durante casi toda su vida acababa de dejarla atrás para siempre.

Capítulo 15

El domingo por la mañana solía ser el momento escogido por Kelly para dedicarse a la limpieza del apartamento y a organizar y ordenar las cuestiones relativas a su vida privada, desde la contabilidad y el pago de facturas hasta lavar y planchar la ropa, pasando por los contactos sociales, la compra de periódicos y revistas, la preparación de diversos platos cocinados a consumir durante la semana, etc. Por el contrario, el mismo domingo por la tarde se lo reservaba a ella misma, lo cual venía a significar pasárselo tumbada en el sofá leyendo, viendo la televisión o rellenando crucigramas y sudokus.

Sabía que esa organización de su horario semanal generaba una grave incompatibilidad con la obligatoriedad de asistencia a los oficios religiosos dominicales, pero la verdad era que hacía ya un montón de años que, mal que bien, había ido resolviendo dicha contradicción simplemente dejando de asistir a ellos de vez en cuando, cuando vivía en el convento, y mucho más con posterioridad. La principal razón de ello solía ser la posible opción alternativa de otra actividad más satisfactoria, lo cual iba unido al hecho de que, quiérase o no, la misa dominical le resultaba aburrida y repetitiva hasta la saciedad. “Si domingo tras domingo es prácticamente lo mismo, ¿no sería suficiente asistir a misa un vez al año, o como mucho dos, en Navidad y en Semana Santa?” Este tipo de razonamiento más bien simple solía hacerlo Kelly cuando, siendo una niña, el control de asistencia a la misa que se llevaba en el convento era lo que podría llamarse como mínimo insistente.

Sin embargo, más de una vez conseguía engañar a las monjas y fumarse la misa del domingo, utilizando para ello un procedimiento por demás sencillo: a efectos de asegurar la oportunidad de asistencia a misa a todo el personal del convento sin que por ello se interrumpiera el servicio, solían celebrarse dos, y a veces incluso tres oficios durante la misma mañana, pudiendo de esa forma tanto monjas como internas asistir a uno de ellos y dedicar el resto del tiempo a tareas diversas. Bastaba entonces con saber a qué oficio había asistido la monja demandante, y afirmar que ella había estado en otro diferente. Naturalmente, un truco tan sencillo no podía ser utilizado siempre, ya que si se le obligara a precisar a cuál de las misas había asistido, era fácil comprobar después si era verdad o no.

Las festividades religiosas importantes a lo largo del año, sin embargo, solían ser una excepción: De hecho, nadie se saltaba la misa de Navidad, lo

cual a fin de cuentas no importaba demasiado porque, bien por la ilusión de una cena extraordinaria o de los consiguientes obsequios, ese día nadie tenía especiales ganas de portarse de forma traviesa. El caso de la Semana Santa era muchísimo peor, ya que no se trataba de un solo día, sino de varios seguidos en los cuales los oficios religiosos se prolongaban *ad nauseam*, imbuidos además de un aire siniestro que a los niños solía causarles una notoria desazón.

Todas estas anécdotas de su niñez solía recordarlas Kelly mientras, absorta en las tareas domésticas, podía emplear su cabeza en algo distinto de una actividad intelectual. Solía recordarlas con cierta nostalgia, tanto los inocentes engaños urdidos para evitar una actividad que a una niña como ella de carácter activo y dinámico le resultaba pesada en extremo, como también el no menos gravoso obligado paso por el confesonario cada vez que, pillada en renuncio, no le quedaba más remedio que acceder a los requerimientos de Sor Catherine para limpiar su alma antes de que, por un desagradable imprevisto, falleciera de repente y al estar en pecado mortal se precipitara en el infierno para toda la eternidad.

Era curioso que, conforme se iba haciendo mayor, confesaba el mismo pecado formulándolo de forma diferente: si en los primeros años lo mencionaba como haber hecho pira a misa, poco a poco fue adornando el mismo pecado con un lenguaje cada vez más elegante, de forma tal que al poco tiempo pasó a ser que no había asistido a la misa del domingo, y ya en la adolescencia lo definió como haber incumplido el precepto dominical.

Mayor complejidad y dificultad revestían, como de hecho le ha ocurrido a casi todo el mundo que ha tenido que pasar por un trance análogo, los pecados relacionados con el sexto y el noveno mandamientos. En tales casos, además, a la propia dificultad de relatar algo que pertenecía a lo más íntimo de la persona se unía el problema de que el necesario interlocutor, al tratarse siempre de un hombre, no acababa de situarse de forma adecuada en los recovecos del alma femenina con respecto a los más ansiados deseos y apetencias de ésta. Porque, quiérase o no, los deseos y las apetencias de los hombres y de las mujeres no siempre son coincidentes o, al menos, no siempre pueden explicitarse en los mismos términos.

Con las monjas, sin embargo, las cosas eran diferentes: ellas sí que podían entender, e incluso supervisar, todo aquello que una niña que poco a poco se iba haciendo mujer pudiese sentir, anhelar, disfrutar y, consiguientemente,

pecar. Pero, al ser la confesión una actividad de índole secreta a compartir entre confesor y penitente, todo aquello que se dijera o se omitiera en el acto de la confesión era un terreno que, para beneficio de Kelly, a las monjas les estaba vedado.

Aun así y todo, no se privaban las monjas de exhortar e insistir en la necesaria pureza, virtud en la cual la Virgen María debió de sobresalir en grado sumo. Y no fue hasta que empezó a intimar con Sor Agatha que logró entender e interpretar bajo otro punto de vista los deseos y apetencias de un cuerpo joven y sano. Es decir, que si el propio cuerpo es de forma natural una fuente de placer, no hay por qué suponer que la obtención de ese placer haga daño al cuerpo, sino todo lo contrario. Y lo mismo podría decirse si el placer se obtiene mediante el contacto con otro cuerpo perteneciente a otra persona que cuando menos te atrae o incluso a la cual se ama. Gracias a Sor Agatha entendió que el verdadero pecado no consistía en la obtención de placer, sino en causar daño, bien al propio cuerpo o al cuerpo, y al alma, de otra persona.

Todo aquello pertenecía ya al pasado, y aunque siempre suele tenderse a dulcificar los recuerdos pertenecientes a otra etapa de la vida, tampoco se le había olvidado a Kelly el terror que le hacían pasar mediante la amenaza del infierno, destino indefectible para todo aquél o aquella que, encontrándose con su alma en pecado mortal, tenía el infortunio de fallecer en el momento más inadecuado. Siendo como era una persona joven, en realidad no hacía demasiado tiempo desde que lograra quitarse de encima el miedo al infierno, gracias a que en cierto momento llegó a comprender que, si tal y como dicen Dios era tan bueno, el infierno estaba fuera de lugar.

Había encendido la televisión para entretenerse mientras quitaba el polvo a los muebles de la sala, y he aquí que interrumpieron de golpe la emisión de un programa de animales, los cuales vivían en algún lugar de África de cuyo nombre no conseguía acordarse, para anunciar que Al Qaeda había cometido un grave atentado en algún país cercano, es decir, europeo, cristiano y occidental. Y a la vez que se mostraban escenas de los destrozos ocasionados, proyectaron la imagen archiconocida del presunto líder del grupo terrorista, Bin Laden, ataviado con el consabido turbante y exhibiendo una larga barba que contribuía a que su notoria delgadez y la expresión triste de su rostro se hicieran aún más patentes.

“Es curioso —se le ocurrió a Kelly de golpe— que cuando éramos niños nos asustaban con el infierno, y ahora nos asustan con Bin Laden, cuando de

hecho la situación en otros países, sobre todo de Oriente Medio, es tan dramática que al lado de ello lo que pueda hacer Bin Laden en nuestro entorno no es más que una parte pequeñísima de lo otro”. Y nada más ver en la pantalla la fotografía de Bin Laden, se acordó de pronto de las películas rancias que veían en la televisión del salón del convento, y cómo en algunas de ellas aparecía el malvado Fu-Manchú, encarnado entre otros por el actor Christopher Lee, ataviado a la usanza china con unos larguísimos bigotes que le daban un aspecto similar al del Bin Laden de la actualidad, aunque lo más notorio era que lo que hacía el malvado Fu-Manchú en las películas no difería apenas de lo que supuestamente llevaban a cabo Bin Laden y sus secuaces, es decir, mientras que el líder de la secta permanecía oculto en algún lugar remoto de Asia Central, sus seguidores se repartían a lo largo y ancho del mundo para cometer mil fechorías.

Recordaba una película de tantas, en la cual Fu-Manchú tenía previsto atacar nada menos que el castillo de Windsor, residencia vacacional de la familia real inglesa. Pero por una serie de peripecias que no atisbaba a recordar, la cuestión era que en realidad los planes de Fu-Manchú no se referían al castillo sino al barco del mismo nombre, un paquebote de cuatro chimeneas con un aspecto obsoleto ya para la época en la que se puso en servicio, y que hacía la ruta desde el Reino Unido hasta Ciudad del Cabo, en Sudáfrica.

Era curioso y no menos sorprendente que a muchas internas, e incluso a alguna monja especialmente timorata, el Fu-Manchú de las películas les diera un miedo terrible porque se imaginaban que dicho personaje era un acérrimo enemigo de la cristiandad, de forma tal que si por desgracia alguna de ellas llegara a caer en las garras de semejante ser siniestro, acabaría sufriendo mil humillaciones y sevicias, entre las que no faltarían las de tipo sexual; y que tras haber sido mancillada por toda una recua de malvados secuaces se la obligaría a abjurar de su verdadera fe, bajo la amenaza de que, en caso contrario, sería víctima del martirio.

Si ya de por sí Sor Agatha era especialmente caustica, el temor virtual que algunas monjas manifestaban con respecto al tal Fu-Manchú era uno de los principales motivos de sus comentarios mordaces. Así, solía decir que lo que les ocurría a dichas monjas timoratas no era sino un ambiguo sentimiento de atracción-repulsión hacia una situación que por una parte pudiera resultar espantosa pero, sin embargo, por otra no tanto. Más de una vez Kelly le oyó

decir que, en el fondo, a todas esas monjas timoratas les habría gustado que los fogosos secuaces de Fu-Manchú les dieran un buen meneo, lo cual quedaría automáticamente perdonado por el hecho de que, al sufrir después martirio por no abjurar de su fe, el pecado de haber retozado con los perversos secuaces ya no se tomaría en consideración e irían derechitas al cielo. De hecho —continuaba Sor Agatha— la única forma “no pecaminosa” de darse un revolcón para una monja temerosa de Dios, o mejor dicho, temerosa del infierno, era dárselo justo antes de sufrir martirio, lo cual, aparte de tremendamente cruel, sonaba poro menos que absurdo y ridículo.

También le contó Sor Agatha en cierta ocasión que un tío suyo había trabajado en los astilleros Harland & Wolf de Belfast, el cual había sido un conspicuo sindicalista no sólo ocupado de la mejora de las condiciones laborales y económicas de los trabajadores del astillero, sino también concienciado por el efecto que los barcos producidos por éste pudiesen tener en la situación de desigualdad y opresión de unos seres humanos por otros a lo largo del mundo. Según decía su tío, aparte del famosísimo Titanic, que no llegó a conocer porque entonces él era sólo un niño, en dichos astilleros se construyeron la mayoría de los paquebotes que hicieron la ruta hasta Sudáfrica y de hecho sirvieron de apoyo y sostén al régimen de apartheid imperante en dicho país, entre otros uno con el mismo nombre que el que aparecía en la vieja película de Fu-Manchú, es decir, Windsor Castle.

Siempre pensó Kelly que, al menos tras la Segunda Guerra Mundial, la parte de la humanidad que ha tenido que soportar mayores sufrimientos no ha estado situada en Europa ni en ningún país del llamado mundo desarrollado, sino en Oriente Medio; en África, tanto durante el período de descolonización como después; en Sudamérica bajo las diferentes dictaduras militares; y en otros muchos lugares que para el lector de periódicos y espectador de telediarios del mundo occidental solían pasar del todo desapercibidos.

Por eso, a la par que en la época del convento la figura de Fu-Manchú le resultaba poco menos que ridícula, una vez que se convirtió en una persona adulta siguió pensando que Bin Laden a fin de cuentas resultaba patético, y que su intención de instaurar un emirato, sultanato, califato o lo que se terciara, en pleno siglo XXI no era sino algo anacrónico y fuera de lugar. Y pensaba también que si no fuera porque las muertes llevadas a cabo bajo sus órdenes, al contrario de las de Fu-Manchú, no eran de ficción sino reales, a la par de patético habría resultado igualmente cómico a más no poder.

Mientras se encontraba sumido en ese tipo de pensamientos, lo cual le venía muy bien porque, a la par que se ocupaba de las tareas domésticas, éste era el momento de la semana más adecuado para emplear su mente en cosas que no fueran de un interés inmediato, ha aquí que sonó el teléfono del apartamento. De hecho no esperaba a nadie, ni tampoco era habitual que sonara precisamente un domingo a la mañana, cuando los encuestadores, vendedores a domicilio y similares no trabajaban. Y si bien los Testigos de Jehová solían emplear el domingo por la mañana para sus actividades de proselitismo, no utilizaban para ello el teléfono, sino que iban en persona casa por casa.

—Desearía hablar con la señorita Kelly O'Brien, por favor.

—Yo misma.

—Buenos días. Soy Margaret Taylor.

En un primer momento, el nombre no le dijo nada a Kelly, así que por unos instantes se quedó callada, los suficientes para que su interlocutora tomara la iniciativa.

—Soy la mujer con la que habló usted en la piscina.

Entonces sí. Kelly se dio cuenta de quién se trataba, y de golpe sintió una subida de adrenalina.

—Ah, sí. Perdone que en un primer momento no me hubiera dado cuenta. En realidad no esperaba su llamada.

—Lo comprendo. La verdad es que no le di esperanzas de que volviéramos a ponernos en contacto. Sin embargo, he cambiado de opinión, y si no tiene inconveniente me gustaría invitarla a mi casa a tomar el té.

La adrenalina de Kelly iba subiendo por momentos. Indudablemente sentía enormes deseos de volver a hablar con la mujer que, al parecer, guardaba con ella una relación que todavía estaba por dilucidar, pero a la que sin embargo no se atrevía a preguntarle por el motivo de su cambio de parecer. Así que, sin más, se limitó a acceder a la invitación. Y tras acordar la hora y facilitarle Margaret la dirección de la casa, quedaron en verse aquella misma tarde, lo cual le supuso a Kelly estar en ascuas hasta que llegó la hora señalada, a la par que haber salido de su domicilio con demasiada antelación y haber tenido que esperar en la calle dando vueltas y más vueltas alrededor del bloque de apartamentos donde vivía Margaret Taylor hasta juzgar que era una hora razonable para llamar a la puerta.

—Hola Kelly, pase por favor. Antes de nada, quiero agradecerle el haber aceptado mi invitación.

—Soy yo quien debo agradecerle el haber llamado, después de que la hubiera abordado el otro día de una forma no muy conveniente.

—No se preocupe por eso. Siéntese y póngase cómoda. ¿Desea tomar alguna cosa aparte del té? Tengo galletas danesas y un estupendo plum-cake de ciruelas pasas.

—El plum-cake estaría bien. Pero no hace falta que se moleste demasiado.

—No es molestia en absoluto.

La verdad era que Kelly no se atrevía a preguntarle cuál era el motivo de haberle citado en su casa, y por un momento le pasaron un montón de ideas por su cabeza, entre ellas, como no podía ser de otra forma, que a pesar de haber sido ella tomada por lesbiana, la verdadera lesbiana era su interlocutora. Por suerte Margaret no era persona que se andaba con circunloquios ni demoras, y sin más fue al grano de forma clara y directa.

—Supongo que se habrá preguntado por el motivo de mi llamada, ya que en el momento de nuestro encuentro en la piscina dejé entrever que entre nosotras no había nada más que hablar.

—Efectivamente, debo reconocer que su llamada me ha sorprendido bastante.

—En tal caso, intentaré ser lo más clara posible: después de nuestro encuentro en la piscina, se han producido una serie de circunstancias en mi vida, en virtud de las cuales he descubierto cosas que, hasta la fecha, ignoraba por completo.

Kelly, mientras tanto, se mantenía expectante, ya que no estaba segura sobre a qué se podía estar refiriendo.

—En nuestro breve encuentro en la piscina, al contrario que usted, fui bastante parca en explicaciones. Sin embargo, debo reconocer que nuestra conversación, y sobre todo su sinceridad, hizo que me hubiera sentido mucho más afectada por lo que en aquel momento hablamos de lo que en un principio creí.

—Puedo asegurarle que todo lo hice con la mejor intención por mi parte.

—De eso no me cabe duda. Y sin más, me va a permitir que le comente algo de mi vida, pues aunque entonces no lo hice, creo que no está de más que

lo haga ahora: soy una mujer divorciada, hija única, sin hijos ni pareja estable por el momento. Mi padre falleció hace ya bastantes años, y mi madre está internada en una residencia desde que le fue imposible valerse por sí misma. La verdad es que mi relación con mis padres nunca ha sido todo lo cordial y amistosa que cabría esperar con una hija única, y las sucesivas visitas a la residencia donde se encuentra mi madre en la actualidad no han contribuido tampoco a que esta relación mejore. Perdóname, pero a lo mejor me estoy alargando demasiado.

—No se preocupe, que la escucho.

—El caso es que la semana pasada, en una de mis visitas, tuvimos mi madre y yo una conversación especialmente desagradable, e incluso hiriente tanto para ella como para mí. Así que, en un momento de máxima tensión, le planteé a mi madre una pregunta que jamás hasta entonces se la había hecho, aunque en realidad nunca había dejado de pensar en esa posibilidad: le pregunté si yo era en realidad una hija adoptada, y si por tanto ellos no eran mis verdaderos padres.

—¿Y qué le contestó su madre?

—Me contestó que era verdad. Yo era adoptada, comprada, por decirlo de alguna manera, en un convento al cual se dirigían las madres solteras sin recursos materiales y sin apoyo por parte de nadie.

Kelly, mientras tanto permanecía callada. Aun más, era consciente de que todo lo que estaba oyendo resultaba para su interlocutora doloroso y duro de contar.

—Y no sólo eso, sino que se refirió a la mancha en el trasero como una especie de estigma que arrastraba por motivo de alguna maldición diabólica que, sabe Dios por qué, afectó a mi madre biológica. Y afirmó además que, por desgracia para ellos, cuando me adoptaron no habían reparado en la mancha, pero que si lo hubieran hecho en un primer momento jamás me habrían aceptado como hija adoptiva.

—Nada más oír esto, a Kelly le vinieron a la memoria imágenes y recuerdos de su niñez, relacionados con el hecho de que a ella también la existencia de la mancha le supuso en más de una ocasión causa de rechazo, frustración y complejo de tratarse de una persona marcada por algún estigma de origen desconocido pero de efectos patentes. Y de golpe se le hizo un nudo en la garganta, y las lágrimas le brotaron casi sin darse cuenta. No se sentía en

aquel momento capaz de pronunciar palabra, así que, a falta de una mejor opción, para mostrar su solidaridad con su anfitriona no se le ocurrió mejor cosa que desabrocharse el cinturón, bajarse el pantalón y la braga y mostrarle a Margaret su propia mancha.

—Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Gracias por mostrarme que tú también has sido sincera conmigo. La verdad es que tenía intención de pedirte que me enseñaras si de verdad tenías una mancha tal y como me dijiste en la piscina, pero sin embargo, no sabía cómo plantearlo.

—¿Prefieres que nos tuteemos?

—Creo que ya es hora. ¿No te parece?

—¿Creías acaso que quería engañarte?

—Sinceramente no. Pero cuando le conté a mi madre adoptiva que me había encontrado con una mujer que afirmaba tener una mancha igual que la mía, lo que me respondió ella era que se trataría de una embaucadora.

—¿Y qué podemos hacer ahora?

—Supongo que tú podrás volver a vestirte, que como te quedes todo el tiempo con el culo al aire a lo mejor coges frío.

En aquel momento se produjo entre Kelly y Margaret una situación del todo peculiar, ya que, por circunstancias tanto de la vida de una como de la otra, ocurría que cada una de ellas era para la otra la primera persona en mucho tiempo con la cual había tenido la oportunidad de sentirse verdaderamente cercana. Así que se quedaron de golpe mirándose una a la otra, con unos sentimientos que brotaban a borbotones pero sin estar seguras de cómo exteriorizarlos, tanto por desconocer a la otra persona como por miedo a equivocarse, bien con respecto a la otra como con respecto a una misma. Al final, fue Margaret quien consiguió romper el impasse:

—¿Te das cuenta de que a lo mejor somos hermanas?

Y entonces sí, se fundieron ambas en un fuerte abrazo, y así permanecieron mientras mojaban la espalda de la persona a la que estaban abrazadas, hasta que al cabo de un rato se separaron y, de golpe, Margaret se acordó del motivo formal de la invitación.

—Creo que en realidad te había llamado para tomar el té, y lo había

olvidado por completo.

—La verdad es que yo también.

Una vez que estuvieron ambas sentadas enfrente de la mesa baja del salón, saboreando el plumcake de ciruelas pasas, la conversación se volvió más distendida, y más centrada en aspectos menos trascendentes.

—Margaret, tienes una casa muy bonita

—Gracias. En realidad es el piso que compartía con mi ex marido.

—¿Y te lo has quedado tú?

—Yo me he quedado con el piso, y él se llevó los muebles. La verdad es que a mí nunca me gustaron.

—Pero saliste ganando, supongo.

—En realidad no tanto. De hecho los muebles, así como los cuadros, eran muy valiosos. Perteneían a la herencia de mi marido, ya que su familia había poseído la mayoría de ellos desde hacía varias generaciones. Pero yo prefiero una decoración moderna. Todo lo que ves lo he comprado yo.

—Pues tienes un gusto exquisito. Y de verdad que te envidio. Yo me he tenido que conformar con decorar mi piso en Ikea.

—Así es como empieza casi toda la gente joven. Pero ya verás como con los años acabas haciéndote más caprichosa y poniendo la casa más a tu gusto.

—Por otra parte, tampoco es que tenga mucho dinero.

—¿A qué te dedicas? Creo que me dijiste que trabajabas con unos abogados.

—Así es. Trabajo de auxiliar administrativa en un bufete de abogados. Y con lo que gano me da justo para el alquiler, los gastos de la casa, comer, vestirme y poco más.

—¿Y te gusta tu trabajo?

—La verdad es que sí. Me tratan bien, se conoce a mucha gente y se entera una de cosas interesantes.

—¿No tienes novio?

—No. Y no me preguntes nada de los hombres, porque últimamente no quiero saber nada de ellos.

—¿Y quizás más tarde?

—Más tarde, a lo mejor sí. Pero por ahora no. ¿Y qué hay de ti? Según creo, estabas divorciada.

—Desde hace unos doce años.

—¿Era también médico?

—Nos conocimos en la facultad. Él iba dos cursos por delante. Pero, no sé por qué ni como, el caso es que acabamos liándonos. Cuando él terminó la carrera puso enseguida una consulta privada, todo sea dicho ayudado por el dinero de su familia. Luego esperamos a que yo terminase la mía, y entonces nos casamos, que es lo que en aquel momento parecía la mejor opción. Pero yo no quise trabajar en la consulta con él, y preferí continuar especializándome y trabajar en un hospital.

—Sospecho que entonces las cosas empezaron a torcerse.

—No es tan sencillo. Es cierto que mi opción estaba más ligada a un interés profesional; y la suya, por el contrario, a obtener cuanto antes un estatus social y económico desahogado. Pero la cuestión principal no fue esa, sino que a lo mejor yo no fui capaz de entender el ciclo sexual de los médicos que tienen consulta privada.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que los médicos con consulta privada están sujetos en su vida sexual a un ciclo de cuatro tiempos. No quiero decir que todos, pero un gran porcentaje de ellos sí.

—¿Y cómo es ese ciclo?

—La primera etapa es contratar a una enfermera.

—La segunda, supongo, follarse a la enfermera.

—Exacto. La tercera, abandonar a su mujer y casarse con la enfermera.

—Y la cuarta, dejar a su mujer en casa y contratar una enfermera más joven.

—Veo que nosotras vamos a entendernos estupendamente, Kelly.

—No le pareció a Kelly adecuado preguntar en qué fase del nuevo ciclo se encontraba en esos momentos su ex marido, aunque sospechaba que después de ocho años al menos había llegado al menos a la segunda, si no incluso más adelante. También pensaba que conforme el médico fuera envejeciendo, los ciclos se harían más largos, si es que de verdad se conseguía completarlos. Además, le parecía que después de su divorcio no había conseguido Margaret

ninguna situación afectiva gratificante, porque, quiérase o no, le notaba un cierto toque de amargura.

Pero aparte de las cuestiones cotidianas, poco a poco se iba dando cuenta Kelly de que el sorprendente hallazgo tenía unas consecuencias que todavía no estaba segura de entender en su totalidad. Margaret había sugerido que a lo mejor eran en realidad hermanas. Hermanas de padre, porque la madre de Kelly, si aún viviera, incluso sería más joven que Margaret. Ello quería decir que si en realidad existía entre ambas algún parentesco biológico, éste tenía que ser por parte de padre.

Y ahí radicaba el fondo de la cuestión: si en realidad ambas eran hijas del mismo padre, ¿quién era éste?

—Margaret: antes has dicho que a lo mejor podríamos ser hermanas.

—He estado consultando el tema en internet, e incluso con alguna bibliografía especializada, y al parecer el origen de ese tipo de manchas es hereditario en multitud de casos.

—Lo cual quiere decir que a lo mejor nuestro padre, si es que es en realidad el mismo, tendría una mancha igual a la nuestra.

—Probablemente.

—¿Y no te interesa saber quién podría ser?

La pregunta, sin lugar a dudas, era de mucho calado. Saber quién es el padre de uno, o de una, no es en absoluto una cuestión baladí, no sólo desde el punto de vista afectivo o ligado a la propia autoestima e identidad, sino también desde el económico, social e incluso legal. Así que Margaret, al oír la pregunta, se demoró unos segundos antes de responder:

—Sinceramente, creo que no.

—¿No crees que saber quién ha sido tu padre es algo importante?

—No siempre. Mira, Kelly: en realidad yo ya he tenido un padre hasta hace muy poco, o dicho de otra forma un hombre que pasaba por ser mi padre.

—Pero ahora sabes que no lo era.

—Ahora ya lo sé, pero hasta ahora es casi como si lo hubiera sabido. Mi supuesto padre era un alcohólico, que cuando menos se controlaba porque llevaba encima una copa de más había que sacudírselo de encima porque se mostraba insistente en exceso. Creo que ya me entiendes.

—Claro que te entiendo. ¿Y qué pasaba con tu madre?

—Con mi madre pasaba lo mismo que suele pasar con muchas madres en esas circunstancias: que bien por miedo a sus maridos y a ser agredida por éstos, bien por miedo a quedar desamparadas por causa de un divorcio, bien por la razón que fuera, permanecen calladas a pesar de estar enteradas de lo que ocurre, y entonces tienen que aguantar y sufrir por partida doble: por una parte que sus maridos maltraten a sus hijas; y por otra, que las maltraten y desprecien a ellas mismas.

—Comprendo. Así que has pensado que como mejor estás es sin padre, y con una madre que ahora que sabes que no lo es en realidad, te sientes menos obligada con respecto a ella.

—Exactamente, y puedo decirte con total sinceridad que de esta forma estoy muy bien. Comprendo también que tu situación es muy diferente. Tú no has tenido nunca un padre ni una madre; has vivido siempre en un convento rodeada de monjas que a lo mejor te han querido mucho o a lo mejor no, pero que en cualquier caso no te han ayudado a saber quién eres y de dónde vienes.

—Más o menos es así. La verdad es que las monjas se han portado siempre conmigo de maravilla, y creo que yo también con ellas. Pero siempre ha estado claro que ninguna monja era mi madre, y que si alguna vez sabía quién era mi padre, sería la primer vez en mi vida que podría afirmar que había tenido uno.

Margaret se quedó mirando a Kelly, pensando que, aun siendo supuestamente hermanas, su situación era bastante diferente. No sólo por las circunstancias vividas por cada una de ellas, sino también porque los intereses e ilusiones de una joven veinteañera no eran los mismos que los de una mujer madura que ya ha sufrido en la vida más de un revés.

—¿Has pensado, Kelly, que si en verdad fuésemos hermanas y nuestro padre viviera, éste sería casi con toda seguridad un sinvergüenza de tomo y lomo?

Al oír eso, la pobre Kelly se quedó callada: Margaret tenía toda la razón del mundo, y sin embargo a ella, obsesionada con la idea de poder llegar a conocer alguna vez sus verdaderos orígenes, ni se le había pasado por la cabeza semejante cuestión.

—Ponte a pensar cuál es la situación: nos llevamos unos veinte años. Tú dices que tu madre fue una joven quinceañera que falleció en el parto, lo cual significa que incluso sería una mujer más joven que yo. Y nuestro supuesto

padre es un señor que en cierta ocasión dejó embarazada a otra mujer, mi verdadera madre, que sin recursos ni amparo tuvo que acudir a un convento a dar a luz y a que la acogieran de alguna forma. Y hete aquí que unos veinte años después deja embarazada a tu madre que en realidad no era más que una niña, y ocurre exactamente lo mismo. ¿Qué te hace pensar todo eso?

—Que nuestro padre era una mala persona.

—Y aún más: que si ambas circunstancias se produjeron en un intervalo de veinte años, ¿No sería probable que entre un hecho y el otro pudiera haber algunos más?

—La verdad es que sí.

—¿Y a pesar de todo sigues estando interesada en saber quién fue semejante sinvergüenza?

Esta vez fue Kelly quien tardó varios segundos en responder.

—Tienes razón, Margaret. Lo más seguro es que nuestro padre fue un sinvergüenza que no se merece ni el respeto ni el cariño de las que fueron sus hijas, y de las que nada sabe ni probablemente le interesó jamás saber nada. Pero te digo una cosa: aunque sólo sea por tener la oportunidad de enfrentarme con él y poder llamarle a la cara sinvergüenza, creo que merece la pena. No sólo saber quién fue, sino también saber quiénes son, o han sido, todas las mujeres a las que dejó embarazadas, y todos los hijos e hijas a quienes, como única herencia, ha dejado marcada una mancha en el trasero.

Esta respuesta tan vehemente, propia de una joven irlandesa, le llegó a Margaret al alma. Kelly sería lo que fuera, pero en cualquier caso se merecía todo el cariño, toda la ayuda y toda la simpatía que pudiera dársele. Quizás dentro de veinte años entendería que semejante ímpetu no iba a llevarle más que a hacerse daño ella misma, porque incluso si se diera el caso de que al final descubriera quién fue su padre, ello no le iba a dar ninguna verdadera satisfacción. Pero, mientras tanto, tenía que recorrer un camino, el camino que se había propuesto y del cual no merecía la pena disuadirla, entre otras razones porque, fuera el que fuese, era el que se había marcado y el que tenía perfecto derecho a recorrer. Así que, sin más, le habló de esta manera:

—Kelly: hemos aclarado lo suficiente lo que piensa cada una de nosotras. Creo que yo te entiendo a ti, y espero que tú también me entiendas a mí. No cabe duda de que para ti es importante saber quién era tu padre, y yo en absoluto voy a intentar quitarte esa idea de la cabeza. Pero entiende también

que para mí todo eso tiene ya mucho menos importancia, porque yo estoy en otra etapa distinta de la vida.

—¿Entonces qué vas a hacer?

—Voy a ayudarte en lo que pueda, porque me gusta ver a una joven que se ha propuesto una meta luchar por conseguirla; y también, no vamos a olvidarnos de ello, porque seguramente eres mi hermana, y a una hermana jamás hay que dejarla en la estacada, sobre todo si es una hermana tan estupenda como tú.

—Gracias, Margaret.

—Gracias a ti, Kelly, porque en realidad me has dado una enorme alegría.

Capítulo 16

Hasta entonces todo el mundo había pensado en St. Anthony College que la enseñanza de la lengua latina era algo que dejaba poco margen para las sorpresas, y como suele ser habitual en el mundo de los niños y de los adolescentes, todo aquello que no proporcione novedad acaba resultando aburrido, desmotivador e incluso odioso en la mayoría de los casos. Así había ocurrido con anterioridad, hasta el punto de que, dentro de la rama de estudios de letras y humanidades, el latín se había convertido en una especie de píldora amarga que todo estudiante que se preciara estaba obligado a tragarse si pretendía continuar con sus estudios a lo largo de los años venideros. De hecho, el anterior profesor de latín, un viejo recalcitrante enamorado de las hazañas militares más o menos verídicas de Julio César y de las elucubraciones eruditas del sesudo Cicerón, se había ganado a pulso el título no precisamente honorífico de profesor menos atractivo de todo el colegio, no sólo por su apariencia estafalaria y un tanto descuidada, sino también porque sus clases resultaban una auténtica prueba de fuego para seres no dotados de la paciencia de Job, es decir, para el noventa y nueve con nueve por ciento del colectivo adolescente.

Bien es verdad que Michael, como profesor novato que era, no podía exhibir una dilatada experiencia didáctica, pero sin embargo su bisoñez la equilibraba con otra cualidad incluso más importante: una intuición notable para darse cuenta de cuáles eran las necesidades de las personas que le rodeaban, y además una determinación encomiable para poner de su parte todo lo necesario para satisfacerlas en la medida de lo posible. Así que poco faltó para que se diera cuenta de que la enseñanza de la lengua latina necesitaba de algún tipo de aliciente que, lejos de lo tedioso de conjugaciones, declinaciones y continuas referencias a la antigüedad, convirtiera a la lengua de César y Cicerón en algo que a los jóvenes del mundo actual les pareciera útil y lleno de significado.

Y nada mejor para ello que hacerles ver cuál era la presencia, y aún más, la importancia de la lengua latina en el lenguaje que ellos mismos utilizaban a diario, sin que por ello descuidara los aspectos formales propios de dicha materia. Así, empezó por mostrarles que a pesar de no ser el inglés una lengua latina, al contrario, por ejemplo, que el francés o el italiano, había multitud de palabras de uso cotidiano que procedían del latín, lo mismo si se tratase de

términos más o menos eruditos comunes a otras lenguas, como por ejemplo *organisation, medicine, conspicuous*, etc., como otros de uso común, incluso alguno que, sorprendentemente, procedía del latín a pesar de que en otras lenguas de origen latino las palabras equivalentes tuviesen un origen distinto. Uno de los ejemplos de esto más notorios era el término *exit*, procedente del latín *exitus*, cuando de hecho en francés, por ejemplo, el término equivalente es *sortie*, o en castellano *salida*. Les explicaba Michael a sus alumnos que, precisamente por el hecho de ser el inglés una lengua no latina, los términos latinos que se habían incorporado lo habían hecho como meras palabras de préstamo, sin sufrir apenas modificaciones, mientras que en las lenguas latinas se había llevado a cabo una transformación más o menos profunda de los términos latinos originales.

También ocurría que a veces palabras de idéntico significado, o al menos análogo, podrían tener un origen latino o no tenerlo según el contexto. Un ejemplo de ello eran buey (*ox*) y vaca (*cow*) palabras que no tenían origen latino, mientras que *beef*, es decir, carne de vacuno, procedía del término latino *bos-bovis*. A lo mejor ello era debido, según Michael, a que en la Edad Media la clase aristocrática y poderosa en general tenía una mayor proximidad al latín que el pueblo llano, el cual raramente podía permitirse el comer carne de vacuno.

También les explicaba que el latín había servido como lengua franca, es decir, de entendimiento común, entre personas cultas de diferentes países europeos incluso hasta siglos después de que dicha lengua como tal había dejado de ser de uso habitual y, por tanto, se hubiera convertido en una lengua muerta, así como también que infinidad de términos científicos, como por ejemplo la denominación de especies vegetales y animales, eran palabras latinas de aceptación universal inventadas a posteriori, es decir, mucho después de la desaparición del Imperio Romano. Y lo mismo pasaba con otros términos de uso habitual, y que la mayoría de la gente ni siquiera sospechaba de donde procedían. Uno de los más chocantes era *ómnibus*, o *bus* a secas, lo cual no era sino el dativo plural del término latino *omnis-omne*, es decir, *para todos*. Y por si todavía quedaba sitio para las sorpresas, les decía que la forma de decir en inglés y en latín *al pie de la letra* era exactamente igual: *verbatim*.

Tal y como era de esperar, el cambio de estilo trajo consigo una notoria mejora en el ambiente de la clase, así como también en la motivación y, por

tanto, en el rendimiento académico del alumnado. Así, a la par que las clases resultaban mucho más divertidas, el interés de éste por la lengua latina y por la relación que guardaba con su propio idioma aumentó de forma notoria. Era curioso ver cómo llegaban incluso a inventarse términos latinos que no hacían sino provocar la hilaridad tanto de alumnos como del profesor. Sin embargo, nunca sale todo a pedir de boca, y en este caso ocurrió que a pesar de que la satisfacción del alumnado en cuanto a la clase de latín era en general buena, cierto día ocurrió que una alumna le interpeló a Michael diciendo que si bien él se ocupaba profusamente de comparar el latín con la lengua inglesa, lo cual en principio no le parecía mal, con respecto a la lengua propia de Irlanda no hacía mención alguna.

Nada más que terminó su intervención, un murmullo de aprobación surgió de buena parte de los compañeros de clase que se sentaban próximos a ella, lo cual le hizo sospechar a Michael que el lugar escogido por cada alumno o alumna para sentarse en la clase no era ni aleatorio ni banal. Aunque tardó unos pocos segundos en contestar, no pudo sino reconocer que el gaélico no era uno de sus puntos fuertes, así como que, por desgracia, su conocimiento de dicho idioma se limitaba a unas pocas frases y palabras sueltas.

Entonces recibió un segundo golpe como quien dice, ya que la misma alumna le replicó que si bien llamar gaélico al idioma del País de Gales podría resultar apropiado, ella prefería referirse al idioma de Irlanda como irlandés, ya que consideraba que ésa era la única lengua nacional irlandesa propiamente dicha, pues el inglés no era sino el idioma impuesto por los que sojuzgaron y explotaron a Irlanda durante siglos, los mismos que en el momento en que el pueblo de Irlanda comenzó a luchar por su independencia torturaron e incluso asesinaron a ciudadanos de su pueblo, y encima los que todavía ocupan una parte de Irlanda que sigue luchando por su liberación. Por otra parte, le hizo saber a Michael que el idioma del País de Gales guardaba muchísimo más semejanzas con el bretón y con el *cornish*, es decir, el idioma de Cornualles, que por desgracia está a punto de extinción. También le dijo que el irlandés y el escocés son muy semejantes, y que esperaba que, al igual que hizo el pueblo irlandés, el pueblo escocés también lograra algún día su total liberación del yugo británico.

No cabe duda de que para un profesor inexperto recibir cuando menos se lo esperaba una andanada de ese tipo supone un golpe bastante fuerte, máxime cuando va acompañado de fuertes aplausos por parte de la gran mayoría de

alumnos y alumnas a los que, se supone, les has decepcionado en cierta medida. No le cupo por tanto a Michael otra opción que disculparse, que reconocer que era cierto que su preocupación por el idioma irlandés había sido escasa, a la par que prometía dedicarse en el futuro con mayor empeño tanto al estudio de dicha lengua como, si llegara el caso, a incorporarlo en la medida necesaria a su quehacer profesional.

Una vez que se calmaron un poco los ánimos, Michael les contó que, si bien sus abuelos paternos, oriundos de Tralee, hablaban irlandés, siendo su padre todavía un niño pequeño se mudaron a Cork, y su padre olvidó lo que había aprendido porque sus abuelos paternos se habituaron a hablar inglés dentro de casa al igual que lo hacían fuera de ella. Y con respecto a su madre, hacía varias generaciones que sus antepasados no hablaban más que inglés. Lo que tuvo buen cuidado de no mencionar fue que en el seminario sí que se le prestaba a la lengua irlandesa cierta atención, más como un medio para que los futuros sacerdotes fueran influyentes en aquellas zonas, sobre todo rurales, donde el irlandés tenía cierto arraigo, que como un fin en sí mismo. Era verdad que había un contingente nada despreciable de seminaristas que hablaban irlandés entre ellos aunque la totalidad de las enseñanzas se impartían en inglés, y era precisamente ese contingente quien, se suponía, se encargaría en el futuro de las parroquias en las cuales el idioma irlandés podría tener interés para la propagación de la fe y de la doctrina católicas.

Pero si bien la enseñanza del latín, a pesar de todas las peculiaridades habidas y por haber, no daba demasiado juego para la originalidad, con la enseñanza de estudios clásicos pasaba justamente lo contrario: de hecho, ya desde bastante antes de la llegada del padre Fogherty a St. Anthony College era tradición que dicha asignatura se impartiera con un carácter lo más abierto y liberal posible, lo cual venía a querer decir, por una parte, que los profesores que con anterioridad se habían encargado de dicha asignatura, al contrario de lo ocurrido con el casoso profesor de latín, eran partidarios de una enseñanza abierta, moderna y participativa; y por otra parte, que las propias disposiciones oficiales al respecto dejaban un amplio margen para que cada centro pudiera darle en enfoque deseado.

En resumidas cuentas, todo ello venía a significar que el currículo impartido en la asignatura de estudios clásicos venía a ser un híbrido entre filosofía, sociología, política y teología moral, todo ello basado en dos pilares básicos: por una parte el protagonismo del alumnado en todo tipo de

actividades, lo mismo debates que preparación de proyectos o cualesquiera otra actividad; y por otra tomar como base para el desarrollo de la asignatura los problemas del mundo y de la sociedad actuales. Era de entender, en tal sentido, que la jefatura pedagógica del colegio hubiera pensado que el perfil del padre Fogherty podría ser idóneo para desarrollar la asignatura en ese estilo, tanto por su juventud como por su formación y su dilatada experiencia lo mismo en cuanto a los problemas individuales de las personas como a los del mundo en una escala más amplia.

Todo ello tenía como consecuencia que las clases de estudios clásicos, a la par de participativas, resultasen enormemente divertidas, no sólo para el conjunto de alumnos y alumnas sino incluso también para el propio profesor. A fin de cuentas, de lo que se trataba era de que el alumnado, por grupos, preparase ponencias sobre temas determinados que después se presentaban y debatían con el resto del grupo. El cometido de Michel en tal caso era realizar un seguimiento de cada grupo durante la fase de preparación de cada ponencia, bien aportando información, ayudando a estructurar el tema de la mejor manera posible, o animando a que se quitaran de encima el miedo a aparecer en público debatiendo y defendiendo lo que habían preparado, a la par que a dirigir el debate en la medida en que fuera necesario.

Pero si incluso en lo relativo a la enseñanza de la lengua latina podrían surgir aspectos polémicos que obligaban al profesor a echar mano de todos sus recursos como referente-líder de un grupo de aprendizaje, en el caso de los estudios clásicos, o si llegados a este punto se prefiere llamarlos humanísticos, la polémica estaba servida un día sí y otro también.

Michael ya se figuraba, y por ello estaba preparado para ello, que temas como la protección del medio ambiente frente a un desarrollo tecnológico poco sostenible; la acogida de personas migrantes y refugiadas procedentes de otros lugares frente al deseo y la necesidad de preservar el propio estatus e identidad como país; la pretensión de reunificar Irlanda frente al mantenimiento del actual estatus quo; o incluso los relacionados con la vida privada de las personas como el divorcio, el aborto o el matrimonio homosexual, iban a ser objeto de viva controversia en el alumnado; y por tanto, mal que bien, había preparado una especie de batería de argumentos, o más bien de exhortaciones, que le ayudasen a encauzar los subsiguientes debates sin que la sangre llegase al río. Sin embargo, como tantas veces pasa en el proceso educativo, la sorpresa surge cuando uno menos se la espera, y

además por donde en ningún momento se había figurado que pudiese surgir.

En este caso ocurrió que, sin que Michael tuviese conocimiento previo de ello, había en el grupo una alumna procedente de los Estados Unidos, llamada Abigail Mc Pherson, hija de un ejecutivo de una multinacional de la fabricación de hardware informático que temporalmente estaba trabajando en Irlanda en una filial de la compañía, la cual, lo mismo que el resto de su familia, era una ferviente protestante. Todo esto ya lo conocía de sobra el resto del alumnado así como la profesora tutora del grupo, pero por una serie de negligencias, o acaso de casualidades, a nadie se le ocurrió que comentar este detalle al profesor de estudios humanísticos pudiera ser relevante.

Así que un día, un poco como si no viniera a cuento de nada, a alguien del grupo se le ocurrió comentar en voz alta que Lutero había sido un traidor a la verdadera fe cristiana, que su desobediencia al papa le había acarreado perecer en las llamas del infierno, y que por si todo ello fuera poco había incurrido en el gravísimo pecado de lujuria amancebándose con una monja a pesar de haber contraído antes votos sacerdotales.

No hace falta mencionar que la susodicha alumna de religión no católica no se quedó precisamente callada, y replicó afirmando que el Papa reinante en tiempos de Lutero no era sino un corrupto al igual que toda la iglesia de su tiempo, a la cual sólo le interesaba el beneficio material que obtenía a espaldas mediante la venta de indulgencias, lo que a fin de cuentas era algo así como vender humo a cambio de oro porque las indulgencias no sirven absolutamente para nada.

Hasta ahí la controversia —pensó Michael— se movía en un terreno en el que podía desenvolverse con cierta comodidad, ya que su preparación sacerdotal, tanto teológica como humana, le permitía encauzar el debate sin excesivo riesgo de que el ambiente llegara a un punto de divergencia irreversible. Pero, por desgracia, el asunto se tornó mucho más grave, porque la siguiente andanada que soltó la tal alumna protestante fue que aquellos países donde en su día se aceptó la reforma religiosa de Lutero prosperaron mucho más que los que permanecieron en la obediencia al Papa, no sólo en cuanto al desarrollo material sino incluso moral, porque allí las costumbres se hicieron más tolerantes, y la diversidad se respetó mucho más que en los países católicos. Y como ejemplo de ello apuntó que era normal que las familias católicas se cargaran de hijos no deseados debido a que su religión les prohíbe la utilización de métodos contraceptivos, mientras que en los

países protestantes la planificación familiar es mucho más racional y, por tanto, más satisfactoria para el conjunto familiar.

Aunque en un principio el argumento esgrimido no tenía por qué entenderse como dirigido especialmente en contra de nadie, la mayoría del resto de alumnado, procedente de familias con cuatro, cinco e incluso más hijos, se sintió aludida y además ofendida, porque al oír semejante argumento no pudieron evitar imaginarse que de entre sus hermanos o hermanas la mitad de ellos sobraban, sin contar con que a lo mejor quienes estaban de sobra eran ellos mismos. Es decir, que al menos en un plano subjetivo-emocional identificaron la planificación familiar propugnada por aquella alumna un tanto sui géneris con la matanza de niños inocentes llevada a cabo por los secuaces del perverso rey Herodes. Así que, nada más terminar la alumna protestante su intervención, un murmullo de desaprobación surgió del conjunto de la clase, hasta tal punto que Michael se vio obligado a pedir que se guardara silencio.

Pero una vez que se restableció el orden, la cosa fue aún peor, porque la misma alumna que en la clase de latín le interpeló a su profesor achacándole poco interés por la lengua nacional irlandesa, esta vez volvió a pedir la palabra para recordarle a la susodicha fan de Lutero que a lo mejor los protestantes eran tan avanzados y tolerantes como decía ella en otros países, pero que en lo que a Irlanda se refería tenía que recordarle que los ingleses protestantes han sido a lo largo de la historia los mayores opresores, torturadores y asesinos de su pueblo, y que ha sido la población católica quien ha ofrecido lo mejor de sí misma para conseguir que Irlanda fuera un país libre y democrático. Esto se vio no sólo durante el primer tercio del siglo veinte, cuando se desarrolló la lucha del pueblo irlandés en aras de sacudirse el yugo opresor protestante inglés, sino también mucho tiempo después en Irlanda del Norte, donde aún se continuaba la lucha en el mismo sentido.

No hace falta decir que tras acabar su intervención, casi la totalidad del alumnado de la clase estalló en fuertes aplausos, lo que ocasionó que Abigail, que se había enfrentado dialécticamente a la mayoría, estuviera a punto de que se le saltaran las lágrimas. “Esto me va a costar una barbaridad enmendarlo — pensó Michael para sí— y voy a tener que afinar mis argumentos más de lo que haya hecho jamás en mi vida, lo mismo en el confesonario que en las misiones o con el casoso padre Ferguson.” Así que tras realizar unas cuantas inspiraciones profundas, y darle vueltas a la cabeza a velocidad de vértigo, les habló a sus alumnos y alumnas de la siguiente forma:

—Antes que nada, debo deciros que lamento profundamente que la discusión haya llegado a este punto. Habéis planteado varios argumentos que en esencia son correctos, es decir, que no difieren gran cosa de la realidad, y sé también que todo lo que habéis dicho lo habéis hecho con total sinceridad por vuestra parte y sin intención expresa de hacer daño a nadie. Habéis expuesto vuestras razones, de forma vehemente y apasionada, eso sí, pero como habréis podido daros cuenta el resultado ha sido que el debate ha llegado a un punto en el que resulta muy difícil reconducirlo para recuperar el clima que debe existir en una clase donde todos debemos sentirnos como compañeros.

Ya se sabe que cuando la tensión en una situación alcanza su punto álgido, luego viene la catarsis, así que Michael aprovechó la calma subsiguiente para decir todo lo que había pensado sin correr el riesgo de ser interrumpido, siempre y cuando tuviera la suficiente diplomacia como para no incurrir en ningún desliz argumental que pudiera reavivar la susceptibilidad del grupo.

—Se ha hablado de muchas cosas, y se ha pasado casi sin transición de un tema a otro, de forma tal que sin aclarar los supuestos desacuerdos o diversos enfoques que pudiera haber en el primer tema, nos hemos saltado al segundo, y de la misma forma de ahí al tercero. Y eso es muy peligroso, y aprovecho la ocasión para avisaros de que intentéis evitarlo siempre que podáis, porque lo único que se logra con ello es que en vez de restablecer una situación de acuerdo, o al menos de mutua comprensión entre personas con diferente opiniones, los temas de desacuerdo van acumulándose uno tras otro, hasta que al final resulta difícil saber dónde acaba el debate teórico, y dónde empieza el enfrentamiento personal.

A Michael le pareció que por el momento la cosa iba bien, así que se animó para seguir con su discurso.

—Habéis empezado hablando del surgimiento del protestantismo con Lutero, y alguien lo ha llamado traidor. Y lamento decir que eso ha estado rematadamente mal. En primer lugar, porque llamar traidor a alguien, sobre todo de forma categórica como en este caso, a fin de cuentas no es sino un insulto. Y en segundo lugar porque, según mi modesta opinión, Lutero no traicionó a nadie. Más bien lo contrario: Lutero pensaba que era la jerarquía católica de la época, incluido el propio Papa, quien de hecho había traicionado el verdadero sentido de la fe, y por eso lo primero que hizo fue publicar un escrito denunciando esa actitud corrupta, que dicho sea de paso

era del todo cierta. Luego, como todos sabéis, los acontecimientos se fueron sucediendo uno tras otro, lo que a la larga llevó a que Europa se escindiera en dos mitades como quien dice, y que durante más de un siglo desde que Lutero publicase su primera denuncia se sucedieron un montón de guerras, llamadas guerras de religión, porque si bien la confesión religiosa era lo que definía a los bandos enfrentados, en el fondo lo más importante, como en todas las guerras, era el afán de poder. A lo mejor las personas pueden llegar a pelearse entre sí porque profesan diferentes religiones, pero os digo sin dudas que cuando se pelean entre sí las naciones, entonces los verdaderos motivos son muy distintos, y desde luego con mucha mayor relación con lo material que con lo espiritual.

Siempre hay quien entiende las cosas mejor, y quien no acaba de entenderlas nunca. E incluso que, cuando uno explica algo, hay también quien entiende otra cosa totalmente distinta. Así ocurrió que un alumno levantó la mano para pedir la palabra, y hacer una pregunta que dejó a la mitad del alumnado frío:

—¿Entonces, señor Fogherty, usted piensa que Lutero fue bueno?

Una de las virtudes que debe tener todo profesor que se precie es una infinita paciencia. Y Michael, lo iba entendiendo poco a poco.

—Mira, Patrick, yo no soy quién para juzgar quién es bueno y quién es malo. Eso es algo que corresponde a Dios, o en su caso a los jueces cuando se trata de juzgar hechos concretos, no personas en su conjunto. Yo sólo voy a decirte una cosa: Lutero hizo muchas cosas buenas. Una de ellas, como ya he explicado, fue denunciar la corrupción que se había adueñado de la Iglesia. Otra fue plantear una forma de creer en Dios que, visto lo ocurrido desde entonces, ha sido aceptada por millones de personas, muchas de ellas, por no decir la mayoría, virtuosas y bienintencionadas. Otra ha sido acercar la palabra de Dios al conjunto de fieles más de lo que la Iglesia Católica hizo en su época...

Esto último no gustó demasiado a otra alumna, que levantó la mano un tanto airada:

—¿Acaso nos está diciendo que los protestantes están más cerca que los católicos de la palabra de Dios?

—No. Desde luego que no. Lo que quiero decir es que Lutero realizó grandes esfuerzos porque los fieles sintieran la palabra de Dios más próxima a

su realidad, a su nivel de comprensión y a sus sentimientos. Por ejemplo: fue el primero que tradujo la Biblia al idioma alemán, con lo cual era más fácil que el pueblo, que en su gran mayoría desconocía el latín, pudiera leerla. También introdujo el alemán en los oficios religiosos, pues como sabéis en el caso de la religión católica el latín ha sido la lengua de uso casi única hasta hace menos de un siglo. También se esforzó porque el pueblo participara más en la liturgia, mediante la música entre otras formas. Y sobre todo dio más importancia a que la palabra de Dios fuera difundida, fuera leída, comentada, argumentada y discutida, mientras que la Iglesia Católica, hasta anteaer como quien dice, no permitía interpretaciones o comentarios que no fueran los que con anterioridad hubiese aprobado la jerarquía, lo cual tenía el inconveniente de que al final casi nadie meditaba en profundidad sobre el significado de los textos sagrados porque la interpretación te la daban ya de antemano.

Al final salió lo que tenía que salir, porque siempre hay alguien que, incluso delante del arco iris, no es capaz de ver más que blanco o negro.

—¿Señor Fogherty, es usted católico o no?

—Hasta la fecha sí. Soy católico y lo he sido toda mi vida hasta ahora. Pero debo decir también otra cosa: en esta clase no soy católico, soy simplemente una persona que ayuda a los demás para que entiendan mejor el significado de la vida y del mundo, y para que en ese mundo sean las mejores personas posible. Lo mismo si profesan una u otra religión, o si no profesan ninguna. Y ya de paso voy a referirme al tercer asunto que ha surgido en la discusión. He dicho antes que hasta más de un siglo después de Lutero Europa se desangró en guerras llamadas de religión, en teoría por el enfrentamiento entre católicos y protestantes pero en realidad con otras motivaciones de por medio. ¿Acaso no habéis pensado que en nuestro propio país, es decir, en Irlanda, no está pasando algo parecido? ¿Creéis de verdad que si Irlanda estuvo sometida durante tantos siglos a la corona inglesa, y que si en un momento determinado llevó adelante una lucha sangrienta por su independencia, ello se debió exclusivamente a que los ingleses eran protestantes y nosotros católicos? ¿Creéis también que lo que ha ocurrido después en Irlanda del Norte obedece sólo a la misma causa?

La cosa iba poco a poco encauzándose por un camino que a Michael le parecía más o menos adecuado. Sin embargo le daba la sensación de que su discurso estaba resultando demasiado intelectual, demasiado frío incluso, y que todavía no había conseguido tocar lo suficiente la vena emocional del

alumnado para acabar de liberar toda la tensión acumulada. De hecho tenía razón, porque la siguiente intervención, ésta de otra alumna, dio con el dedo en la llaga.

—Bien. Acepto que nos hemos pasado todos de la raya a la hora de juzgar una religión que no es la nuestra, pero hay otra cosa que ha dicho Abigail que ha hecho que me sienta ofendida, y estoy segura que les ha pasado también a otros de la clase. Y no me refiero a nada de la religión, sino a que en nuestras familias hay demasiados hijos y debería haber menos.

Nada más oír eso, Abigail se levantó airada del asiento, y le replicó que no era verdad que ella hubiese dicho semejante cosa. No le dio tiempo a decir nada más, porque de nuevo volvió a hacerse un murmullo en la clase. Una vez más tuvo Michael que imponer silencio y, esta vez sí, pensó que era el momento de dejar de lado argumentos más o menos abstractos, e intentar llegar al corazón de los alumnos y alumnas de forma más efectiva:

—No voy a hablar más del luteranismo ni del catolicismo. De hecho, voy a hablar de mi familia. Somos cinco hermanos, tres chicos y una chica. Yo soy el más pequeño. Y os puedo asegurar sin ninguna duda que mi madre nos quiere muchísimo a todos por igual, que los hermanos nos tenemos igualmente mucho cariño, e incluso que a pesar de ser todos nosotros adultos, nuestra madre sigue de cerca nuestros asuntos e intenta en la medida de lo posible seguir ayudándonos todo lo necesario a pesar de que ello le cueste cada vez más trabajo porque se va haciendo mayor.

El alumnado, sorprendido por el cambio de enfoque que había adoptado Michael, se mantenía en absoluto silencio, quizás a la espera de ver en qué terminaba todo ese discurso tan inesperado.

—En una ocasión, no hace demasiado tiempo, estando yo de regreso de las misiones africanas, tuve una conversación con mi madre, en la cual me decía que, en cierto modo, nos envidiaba a nuestros hermanos y a mí porque habíamos tenido unas oportunidades en la vida que a ella se le habían negado. De hecho, mis padres tuvieron que casarse siendo todavía muy jóvenes, porque el mayor de todos nosotros, Patrick, estaba ya en camino. Entonces no les quedó más remedio que ponerse a trabajar duro, primero para poder formar una familia y luego para mantener y educar a todos los demás hijos e hijas que vinieron después. Y me decía mi madre que haber tenido todos esos hijos era lo mejor que le había pasado en su vida y que no lo cambiaba por nada en el mundo, pero también que, por otra parte, se sentía triste porque no

había tenido jamás oportunidad de disfrutar de la vida como una persona joven, adolescente incluso, hubiera deseado.

Era quizás la primera vez que Michael se dirigía al alumnado hablando desde su faceta más personal, y pronto se dio cuenta de que la carga emocional de lo que estaba diciendo estaba influyendo no sólo en todo el auditorio, sino también en él mismo. Sin embargo, a la vez de eso se dio cuenta también de que no le quedaba más remedio que llegar hasta el final, por mucho que le costara.

—Lo que quiero decir con todo esto es que mi madre, y supongo que lo mismo la absoluta mayoría de las madres del mundo, es a sus hijos lo que más quieren. Pero también que toda persona tiene el derecho a realizarse en un montón de facetas, y que a veces, por desgracia, la maternidad impide a las mujeres poder hacerlo. No cabe la menor duda, y el que todos vosotros estéis estudiando hoy aquí es prueba de ello, de que la misión de las madres en este mundo, y también de los padres, no es tener más y más hijos, sino sobre todo lograr que éstos sean auténticas personas. En todas las facetas y en todos los aspectos. Yo no sé cuál es el número de hijos que cada pareja debe tener. No lo sé porque no hay ninguna norma que lo indique, y además porque yo no tengo ninguno. Pero lo que sí sé es que toda persona debe tener derecho a desarrollarse como tal. Y que si cree que para ello debe procurar no tener hijos o tenerlos en número más reducido, está en su perfecto derecho. Y si por el contrario prefiere tener más porque cree que eso es lo que desea ente cualquier otra opción, también tiene derecho a ello.

El silencio de la clase era absoluto. Michael se daba cuenta de que, esta vez sí, había conseguido incidir emocionalmente en el auditorio, aunque también, por otra parte, tanto por la tensión acumulada durante el debate como por el hecho de que él también se había implicado más que la habitual, no pudo evitar que un par de lágrimas se le deslizaran por las mejillas. Así que, haciendo un último esfuerzo que le costó lo suyo, se lanzó a concluir la sesión que tan ardua estaba resultando.

—Creo que, llegados a este punto, todos os habréis dado cuenta de que hemos hecho algo mal. Vosotros, porque habéis convertido un simple tema de debate escolar en un motivo de enfrentamiento. Y yo, porque como profesor no he estado a la altura de lo que se espera de él. Sólo os pido que, para terminar, reflexionéis sobre todo lo que ha ocurrido hoy, y para ello propongo dejar aquí el debate y permanecer en silencio el resto del tiempo de la clase. Si

queréis, podéis valeros de lápiz y papel si eso os ayuda a ordenar vuestros pensamientos, y si no, quedaos tranquilos sin más en vuestros sitios. Y cuando acabe la clase y salgáis al pasillo, espero que seáis capaces de hacer algo para que, al igual que cuando comenzó esta sesión, sigáis sintiándoos compañeros y amigos sin reservas ni resentimientos.

No pasaron ni cinco minutos cuanto el timbre que anunciaba el final de la clase sonó con toda su fuerza. A lo mejor incluso con más fuerza que otras veces, o al menos eso les pareció porque todos ellos, Michael incluido, estaban en completo silencio y sumergidos en sus propias reflexiones. Así que, una vez que cesó el sonido estridente, fueron recogiendo sus cosas poco a poco y saliendo de la clase para dirigirse al comedor del colegio. También Michael hizo lo propio, una vez recuperada la tranquilidad aunque sintiéndose a la vez muy cansado debido a la tensión que había tenido que soportar. Salió en último lugar, y sin atreverse a preguntar directamente a nadie de la clase qué les había parecido la sesión y qué conclusiones habían sacado de la misma, intento aguzar su oído a ver si captaba en el pasillo algún comentario hecho por los alumnos, esperando, quizás de forma un tanto ingenua, oír por parte de alguien algo elogioso. Y de hecho tuvo la fortuna de oír alguna cosa que otra, aunque no precisamente de su gusto:

—Esa niñata se cree que está por encima de nosotras, con eso de que su papaíto le compra todos los caprichos que quiere.

—Ya sabes lo que pasa con los hombres divorciados. Quieren caer bien a sus hijos a costa de lo que sea.

—¿Dices que sus padres están divorciados? ¿Y cómo te has enterado?

—Porque un primo de mi madre trabaja en la misma fábrica que su padre. Creo que a los ejecutivos que vienen de fuera, la mayoría de América, les instalan en unos chalés de lo mas guay que están al lado de la fábrica, con servicio de limpieza y mantenimiento incluido.

—¿Y de su madre, sabes algo?

—Ni idea, chica.

—Igual es que la niñata ha querido venir aquí para disfrutar de otros aires.

—¡Ya! Y de paso para camelarse a más de uno. Porque ya sabrás que más de la mitad de los chicos de clase están colados por ella.

—Pues después de lo de hoy, seguro que ha bajado puntos mogollón.

—No te fíes. Además, el tonto de nuestro profe al final le ha sacado la cara.

—A lo mejor es que a él también lo tiene en el bote.

—¡No fastidies! ¿tú crees?

—No me extrañaría nada. Porque vamos a ver: ¿Tú sabes si el señor Fogherty tiene novia? Yo creo que no.

—¡Cuidado! ¡Cambia de tema que justo viene ahí detrás!

Era normal que, siendo como son las adolescentes, un simple discurso mejor o peor urdido no iba a producir el milagro de cambiar las cosas de raíz. En realidad lo que oyó, si bien no le resultó especialmente agradable, tampoco le sorprendió demasiado. Así que resultaba que Abigail era una niña que tenía colados a casi todos los de la clase, incluido él mismo. La verdad era que ya se había fijado con anterioridad en que era una auténtica belleza, con una preciosa melena rubia, un rostro angelical y un cuerpo cinco dedos más alto que el promedio del resto de chicas, cuerpo al que, dicho sea de paso, ni le faltaba nada ni tenía nada de sobra por ninguna parte.

Y, bien mirado, debía reconocérselo a sí mismo que en la sesión tormentosa que acababa de tener en clase se había sentido todo el tiempo impulsado a apoyar a Abigail, tanto por haberse encontrado en minoría como porque, mal que le pesara, a él también le gustaba un montón. Y no sólo por su atractivo físico, sino porque sabía utilizar magistralmente dicho atractivo para caer bien a todo el mundo, e incluso para algo más que caer bien.

Y mientras rumiaba todos esos pensamientos más o menos inquietantes se dirigió al comedor, justo para darse cuenta de que el esfuerzo realizado en la sesión anterior le había abierto el apetito más que lo habitual. Así que pensó que bien se merecía una comida copiosa, con la ventaja de que aquél día no tenía ninguna clase por la tarde, y podía pasar el resto de la jornada laboral en su despacho preparando las clases próximas.

El problema era que una combinación de agotadora jornada de trabajo matutina con una copiosa comida y una aburrida tarde dedicada a la preparación de clases en la soledad del despacho sólo podía acarrear como resultado un cansancio enorme, a la vez que una modorra que no podía remediarse sino era con una breve siesta. Y en esas estaba, intentando concentrarse en los apuntes del curso mientras que una y otra vez su cabeza se deslizaba irremediabilmente casi hasta tocar los apuntes con la punta de la

nariz. Al final no le quedó otro remedio que optar por cruzar los brazos encima de la mesa, apoyar la cabeza encima de ellos y quedarse de esta forma durante unos minutos, con la esperanza de que al poco tiempo pudiera volver a sus tareas sin ninguna dificultad.

No llevaba sin embargo más de cinco minutos de esa guisa, cuando unos golpes dados en la puerta tuvieron el efecto de despertarlo. No sabía quién pudiera ser, dado que el resto de profesorado que compartía despacho con él estaba ocupado en las diferentes clases a esa hora. Por fin pudo levantarse, ser del todo consciente de la situación en que se encontraba y dirigirse a la puerta para saber de quién podía tratarse.

A lo mejor por encontrarse aún medio dormido y, por tanto, con una limitada capacidad de asombro, el encontrarse frente a Abigail Mc Pherson le produjo menos sorpresa que lo que hubiera supuesto en otras circunstancias. Esta última, naturalmente, se dio perfecta cuenta de que había pillado a Michael con la guardia baja:

—Acaso he venido en un mal momento...

Sea cual fuera la razón de ello, Michael no se sintió capaz de negarse a recibirla. En realidad tampoco había ninguna razón de peso para ello.

—En absoluto. Pasa...

—Me gustaría hablar un momento con usted.

—Pues tú me dirás.

No era habitual que los alumnos se entrevistaran en privado con los profesores en los despachos de éstos. Ni, de hecho, estaba demasiado bien visto. Así que Michael optó por invitarla a entrar pero sin cerrar la puerta del todo.

—Señor Fogherty, querría darle las gracias por lo que me apoyó en el debate de esta mañana.

—¿De verdad te parece que te apoyé? A mí me ha parecido que sólo hice lo que tenía que hacer como profesor.

—A lo mejor usted no lo entiende.

—¿Qué es lo que quieres decir? ¿Hay algo que no sepa?

—Creo que sí. Quizás si ha vivido toda su vida en Irlanda, no se ha dado cuenta de lo difícil que es poder integrarse en un país extranjero donde la mayoría de la gente no piensa como tú.

—Creía que todo el mundo sabía que yo había pasado un año en misiones africanas.

—Es verdad. ¡Qué tonta soy! Supongo que para usted habrá sido mucho más difícil que lo que está resultando para mí.

—Seguramente sí. Pero ello no quita que para ti también esté resultando difícil. Entiendo que para una chica adolescente el entablar amistades y tener a alguien a quien recurrir con toda confianza es fundamental.

—Sí que lo es. Y por desgracia, a pesar de que llevo ya algunos meses en Irlanda todavía no lo he conseguido. No sé si lo sabrá, pero vivo sola con mi padre en una urbanización que pertenece a la empresa donde trabaja.

—Algo de eso he oído, sí.

—Él se pasa casi todo el día en su trabajo, y yo mientras tanto en este colegio donde sé que la mayoría de la gente no me acepta.

—Y por eso lo estás pasando mal.

—Bastante mal, la verdad.

—¿Y qué es lo que te gustaría hacer?

—Nada en especial, simplemente tener alguien en quien confiar, alguien a quien una le pudiera contar lo que le ocurre sin miedo a que se burlen, o a que no le hagan ningún caso. Alguien como usted, que hasta ahora ha sido casi el único apoyo que he tenido desde que estoy en Irlanda.

Hay un tipo de mujeres, la mayoría de ellas atractivas, que actúa con los hombres de una forma que podría calificarse como equívoca, es decir, moviéndose en un terreno ambiguo entre la conversación normal y la insinuación clara. Suelen colocarse frente a su interlocutor a una distancia física que, aun sin ser demasiado próxima, es siempre menor a la que las personas acostumbra cuando se relacionan entre sí. Además, siempre dejan entrever un atisbo de debilidad, de necesidad de protección, lo cual suele impulsar a cualquier hombre, excitado por el atractivo de su interlocutora, a desear una aproximación más allá de la mera relación ordinaria.

Algo así se le debió de ocurrir a Michael cuando, teniendo la cara de Abigail a poco más de medio metro de distancia, una lucecita de alarma se le encendió dentro de la cabeza. “Tengo que salir de esta situación como sea antes de que se me desborde —pensó— porque como esto siga así cinco minutos más estoy perdido. Y ya he tenido por desgracia suficientes

experiencias para saber el precio que uno debe pagar en cada caso”. Así que, tras un breve esfuerzo de concentración, procuró recuperar el rol de profesor que mantiene con el alumnado la suficiente distancia:

—¿Por qué has venido a Irlanda?

—¿Qué quiere decir?

—Creo que la pregunta es sencilla. Voy a decirte una cosa: he oído por ahí, no sé si será o no cierto, que tus padres están divorciados. Supongo entonces que tu madre también podría haberse hecho cargo de ti. De hecho lo normal es que cuando los padres se divorcian, los hijos menores de edad se queden con la madre...

Algo desagradable debió de pensar Abigail, porque un pequeño gesto en la cara dio a entender que no era precisamente esa pregunta lo que esperaba en aquel momento de su profesor.

—Mi madre vive en los Estados Unidos. Y la verdad es que no la soporto. Mejor dicho: no nos soportamos. Y de paso quiero que sepa que me faltan dos meses para cumplir los dieciocho, así que creo que soy lo suficiente madura para elegir con quien quiero vivir.

—¿Eres hija única?

—No. Tengo un hermano de nueve años. Él vive con mi madre, y se lleva con ella de maravilla. A ambos les gusta salir de excursión de pesca, o hacer fuego de campamento, o pasarse un fin de semana metidos en una tienda de campaña aunque fuera esté cayendo nieve. Y a mí ese tipo de vida no me va en absoluto.

—Michael se dio cuenta de que, mal que bien, había conseguido por un momento romper la tela de araña que se estaba tejiendo alrededor suyo. Al haber introducido otros personajes en la conversación, ya no eran sólo ella y él. Además, si el único motivo aparente para la entrevista había sido manifestarle su agradecimiento, el tema estaba ya zanjado.

—Bueno, Abigail, de verdad que me siento halagado porque me consideres un buen profesor, y porque veas en mí un apoyo, y quizás también un amigo. Quiero que sepas que si continuas teniendo dificultades para ser aceptada entre tus compañeros, puedes recurrir a mí, lo mismo que a la profesora tutora, a la jefa de estudios o también a otras personas responsables de vuestra educación. Supongo que te habrás dado cuenta de que la sesión de la mañana me ha dejado muy cansado, y cuando has llamado estaba intentando dormir un

rato aunque fuera encima de la mesa. Al menos gracias a la entrevista que hemos mantenido he conseguido espabilarme, así que me vas a disculpar pero tengo un montón de trabajo pendiente para preparar el resto de las clases de la semana.

Era mucho suponer que la intención de Abigail fuera expresamente flirtear con Michael, o acaso sí, flirtear un poco pero sin llegar demasiado lejos. A veces, sin embargo, no todo lo que una persona hace lo es de manera consciente, o incluso ocurre que es la propia persona quien menos se da cuenta de lo que en realidad está haciendo o del efecto que produce su actitud en los demás. Sea lo que fuere, la despedida de Michael le proporcionó una buena ocasión para despedirse también ella, reiterándole una vez más su agradecimiento y esperando que siguieran llevándose bien durante el resto del curso.

Capítulo 17

El encuentro fortuito con Margaret, y la posterior relación de amistad que se estableció entre ambas, fue el acontecimiento más importante que le ocurrió a Kelly desde que, salida del convento, inició una vida de mujer adulta independiente. Era fácil comprender, sin embargo, que su cambio de estatus no hubiera supuesto una ruptura absoluta con el pasado, máxime considerando que la anterior etapa de su vida había sido, dentro de lo que cabe, feliz y satisfactoria. Era normal, por tanto, que cada cierto tiempo, y siempre que sus obligaciones se lo permitían, Kelly se acercara al convento a visitar a sus antiguas amigas, es decir, a Sor Catherine, Sor Agatha y las demás, a las cuales ya no consideraba de otra forma más que eso: amigas y, en cierto sentido, también hermanas.

Y mayor razón había para ello cuando, aparte de la visita habitual, tenía cosas importantes que contar. Así que a los pocos días de que se hubiera entrevistado con Margaret en la casa de ésta, se dirigió al convento a contar lo que le había sucedido, y a entrevistarse con Sor Agatha para conocer su opinión y, si cabe, en busca de consejo:

—Hermana Agatha, ¿sabe que he conocido a otra mujer que tiene una mancha exactamente igual a la mía?

—¿Y dónde ha sido eso? Porque así, sin conocer detalles, me parece un tanto difícil haber hecho semejante descubrimiento.

—No se burle, hermana. Ha sido en la piscina. Figúrese: un día en el vestuario me fijé, un poco de pasada, en que había otra mujer con una mancha donde ya sabe. Por desgracia, ese día no tuve tiempo de darme cuenta de quién era, porque para cuando entendí la importancia que tenía ese detalle ella ya se había marchado.

—¿Entonces cómo supiste quién era?

—Lo supe porque después de eso volví a la piscina un montón de veces, fijándome en todas las mujeres por si volvía a verla.

—¿No resulta un poco descarado?

—Ya veo que es usted la mar de perspicaz. Pues sí, debía de ser bastante descarado, porque al final me llamaron al despacho del jefe del polideportivo, ya que había habido quejas de que yo era una lesbiana que me dedicaba a observar a las demás mujeres cuando estaban desnudas.

—¡Pobre Kelly! ¿Y qué pasó entonces?

—Les dije que no era una lesbiana, sino que estaba buscando a otra mujer, aunque, naturalmente, el motivo me lo callé. Al final el tema no quedó mal, pero estaba claro que ya no podía seguir como hasta entonces mirando a todas las que entraban en el vestuario. Lo que pasa es que justo ese mismo día tuve la suerte de que apareció la otra mujer. Entonces la abordé y pude hablar con ella.

—¡Qué interesante! ¿Y qué tipo de mujeres?

—Es mucho mayor que yo, de unos cuarenta y pico años. Trabaja de médico en el hospital, está divorciada sin hijos y vive sola.

—No parece una vida demasiado feliz.

—En realidad no creo que sea demasiado feliz. Pero lo más sorprendente es que hasta que no se entrevistó conmigo no se enteró de que ella también fue una niña adoptada en un convento. Resulta que sus padres le ocultaron ese dato durante toda su vida, y fue precisamente gracias a que habló conmigo que se le ocurrió preguntárselo. En realidad sólo a su madre, que vive en una residencia, porque su padre falleció hace tiempo. Lo más triste es que siempre había tenido la sensación de que sus padres no la habían querido como a una verdadera hija, y ello a pesar de ser la única que tenían.

—Casi me atrevería a afirmar que su historia es aún más triste que la tuya.

—Sí que es verdad que da la sensación de que es una mujer triste. Pero también es verdad que nos hemos cogido mucho cariño, porque es casi seguro que seamos hermanas.

Nada más mencionar el hecho de que Kelly pudiese tener otra hermana, pero una hermana de verdad, no meramente virtual, hizo que, de golpe, a Sor Agatha se le trastocaran todos los esquemas, no sólo con respecto al tipo de relación personal que había tenido con Kelly hasta la fecha, sino incluso también a las implicaciones que este dato pudiera tener de cara al futuro, al futuro de Kelly, y quizás también al suyo propio, aunque de una manera menos directa. No había olvidado que una de las mayores aspiraciones de Kelly había sido poder conocer alguna vez a sus progenitores. Y si bien el tema de su madre había estado descartado desde un principio, quedaba pendiente conocer la identidad de su padre biológico. Y a la vez que conocería la identidad de su padre, podría ocurrir acaso que de la noche a la mañana apareciesen también hermanos y hermanas biológicas.

—¿Así que crees que esa mujer que has conocido es tu hermana?

—Ha investigado por su cuenta lo que ocurre con las manchas de nacimiento, y resulta que en multitud de casos tienen un origen hereditario. Ya sé que a lo mejor lo mío no es así pero, ¿no cree que es una casualidad enorme que tengamos una mancha muy parecida en la misma parte del cuerpo?

—Supongo que sí. Por cierto: ¿le has visto su mancha?

—Ya le he dicho que sí. Y ella también ha visto la mía, y está convencida de que las dos podemos ser hijas del mismo padre.

—¿Y tú también lo crees?

—¿Por qué no?

—Así que os habéis hecho muy amigas.

—Hermana: me parece que está usted un poco celosa.

—No te voy a engañar, Kelly, porque te quiero más de lo que he querido a cualquier otra persona en este convento. Sí que estoy un poco celosa, porque hasta ahora te he considerado como una hermana para mí, y ahora de repente me doy cuenta de que no lo soy.

—Al igual que había ocurrido en ocasiones anteriores, la conversación entre Kelly y Sor Agatha estaba suponiendo un punto de inflexión en la relación entre ambas. No cabía duda de que tanto una como la otra seguían queriéndose igual que siempre, o incluso más conforme Kelly se iba haciendo adulta, pero la vida, para bien o para mal, siempre está en incesante cambio, lo que obliga a replantearse cada cierto tiempo un montón de cosas que hasta entonces se habían dado por inmutables.

—Perdóname, Kelly. La verdad es que me estoy portando como una tonta. A lo mejor la razón es que estoy haciéndome vieja, y encima que he pasado demasiado tiempo de mi vida metida en estas cuatro paredes, sin tratarme apenas con nadie del exterior, y por tanto mucho más dependiente en el plano afectivo que tú, que acabas de abrirte al mundo como quien dice.

—Hermana Agatha, por favor, sabe que sigo queriéndola igual que siempre.

—Ya lo sé, tonta, pero me acabo de dar cuenta de una cosa que tenía que haberla pensado ya hace tiempo: tú y yo no somos hermanas.

—¿Y qué tal si de aquí en adelante fuésemos amigas?

No sólo entre hermanas, sino acaso con más frecuencia entre amigas ocurre que, en determinadas ocasiones, es necesario tener especiales muestras de

afecto una para con la otra. Eso ya ocurrió cuando, siendo aún Kelly una adolescente, Sor Agatha se dio cuenta de que si se manifestaba de forma demasiado cáustica con Kelly iba a acabar perdiendo su afecto. Y en esta ocasión le podía ocurrir algo similar si en lugar de dejar que Kelly siguiera su rumbo en la vida, con todas las consecuencias que para la relación entre ambas ello pudiera tener, la podía perder igualmente, todo por culpa de unos celos mal entendidos que lo único que evidenciaban era que ella misma había cometido en su vida varias equivocaciones, si no por acción a menos por omisión, como de hecho suponía haberse pasado más de media vida encerrada en un convento. Así que, al igual que unos cuantos años antes, las dos sintieron el deseo de abrazarse y, de paso, soltar alguna lágrima que otra.

Pero una vez que el momento de máxima intensidad emocional había pasado, el cerebro racional de Sor Agatha empezó a funcionar a toda velocidad: si de hecho era verdad que la mujer que Kelly había conocido era hija del mismo padre, ello quería decir que había existido un hombre, o acaso seguía todavía existiendo, que había tenido relaciones al menos con dos mujeres distintas, probablemente jóvenes indefensas, a las cuales había dejado embarazadas y las había impulsado a tener que abandonar a sus hijos recién nacidos y dejarlos en adopción, con el agravante incluso, en el caso de la madre de Kelly, de que el embarazo y el subsiguiente parto le habían costado la vida.

—Kelly: tengo que comentarte una cosa que a lo mejor puede interesarte. Porque, según veo, sigues estando empeñada en saber quién fue tu padre.

—Claro que sigo empeñada. Aunque también le digo que Margaret, la que seguramente es mi hermana, no lo ve tan claro.

—¿Por qué motivo, si puede saberse?

—Porque ella como quien dice ya está de vuelta en su vida de un montón de cosas. De hecho ella sí que tuvo unos supuestos padres, aunque la relación con ellos no fue feliz ni de lejos. Ya le he dicho que su madre nunca la quiso de verdad. Su padre adoptivo además intentaba de vez en cuando abusar de ella, o al menos se ponía demasiado pesado cuando estaba borracho, lo cual debía de ocurrir bastantes veces. Y para más inri, cuando su madre le confesó que en realidad era una niña adoptada le dijo también que siempre habían pensado que la mancha que tenía en el trasero se debía a alguna maldición perversa.

—¡Pues vaya familia! Así que ella piensa que ya ha tenido padres para rato, y no quiere saber nada de ningún otro que, casi con total seguridad, sería

otro sinvergüenza redomado.

—Más o menos así es.

—Pero tú, en cambio, sí que estás interesada en indagar sobre tu pasado.

—Yo sí, sin lugar a dudas.

—Escucha entonces: La próxima semana van a venir al convento unos periodistas, que a lo mejor realizan también alguna filmación, porque están haciendo un documental de gran tamaño sobre lo que ha ocurrido a lo largo de los años con las madres solteras, con la adopción de los bebés de esas madres que se hizo a través de los conventos, y sobre la terrible suerte que corrieron muchas de esas mujeres que se quedaron embarazadas sin desearlo, maltratadas y explotadas en establecimientos especiales para ello. Ya sabes a qué me refiero: las lavanderías de María Magdalena, y otros lugares parecidos.

—Pero aquí, en el convento, las madres solteras no vivían.

—Aquí no. Las madres se iban y los niños recién nacidos se quedaban.

—¿Y qué pasaba con las madres?

—Pues pasaba de todo, y ninguna cosa buena: algunas terminaban en las lavanderías, otras en los burdeles, muchas en paradero desconocido, y alguna que otra, como por ejemplo tu madre, muerta y enterrada sin que nadie supiera dónde. Y no me preguntes nada más, porque te digo de antemano que no tengo ni idea sobre lo que ocurrió con ella, ya que de todo eso se ocupaba la anterior madre superiora, de la cual te he hablado ya en otra ocasión.

La pobre Kelly se quedó un momento sin poder pronunciar palabra, hasta que al cabo de un rato pudo continuar la conversación.

—¿Y qué relación guarda eso con lo de mi mancha?

—Aunque tu caso, según se mire, no es de los más trágicos, creo que puede ser una anécdota complementaria interesante desde el punto de vista de un documental que cuenta lo que pasó en aquella época: “Dos mujeres de edad diferente, que anteriormente no habían tenido entre ellas ninguna relación, un día se dan cuenta de que ambas tienen una mancha idéntica en la misma parte del cuerpo, y además ocurre que las dos fueron niñas adoptadas hijas de madres solteras. Hoy en día quieren saber quién fue su padre, porque suponen que las dos pueden ser hijas del mismo hombre. Incluso si a la fecha de hoy identificar a quien las engendró pudiera ser imposible, al menos les ha

quedado la satisfacción de descubrir que cada una de ellas es hermana de la otra.”

—Hermana Agatha: me parece que ha tenido usted una idea estupenda.

El semblante de Sor Agatha se oscureció un momento.

—Kelly: no te ofendas por lo que voy a decirte, pero creo que ya no debes llamarme hermana. Ahora tu hermana es esa Margaret, no yo.

—Le he dicho que de ahora en adelante seguiríamos siendo amigas.

—Claro que sí. Somos amigas, y las amigas de llaman por el nombre, y encima se tutean. ¿Estás de acuerdo?

—Totalmente de acuerdo... Agatha.

Suele ser regla general que, cuando alguien tiene relación con periodistas de cara a la posible publicación de algo que sea de su interés, lo que al final se publique no responda ni de lejos a sus expectativas, pues puede ocurrir que o bien no se publique nada a pesar de que se hicieron mil promesas en sentido contrario, o que lo publicado aparezca muy resumido, o incluso tergiversado. El resultado es que dicha persona acaba sufriendo una decepción enorme, a medias causada por la ilusión desmedida puesta en un acontecimiento que, las más de las veces, supone en su vida algo extraordinario, y las draconianas reglas del periodismo, el cual a fin de cuentas no es sino un negocio como otro cualquiera, en este caso marcado no sólo por la necesidad de obtener el máximo beneficio de ventas, sino también por presiones de todo tipo, tanto de instancias oficiales como privadas, en aras de que lo que se publique no perjudique a determinados intereses.

Así ocurrió que en el documental emitido por televisión el tema central, y al cual se le dedicó la mayor parte del tiempo, fue el de las lavanderías, de forma tal que el convento de nuestras protagonistas apenas mereció una breve mención como centro en el cual muchas jóvenes madres solteras dejaban a sus hijos y perdían contacto con ellos para siempre. Además, ya de entrada se les aseguró que lo de la mancha que compartían dos mujeres, si bien podía ser un tema de interés, no encajaba demasiado en el contenido del documental, y por ello se les había asegurado de antemano que, con toda probabilidad, ni siquiera se mencionaría.

No obstante, dicho documental causó un profundo impacto en la sociedad irlandesa, tal es así que, lejos de dejar el tema agotado, sirvió de punta de lanza para que desde diversos sectores se realizaran esfuerzos de todo tipo en

aras de recabar más datos sobre lo ocurrido en el país durante décadas, así como para tomar conciencia de que ello había sido una auténtica lacra social, que como cualquier otra tenía sus causas, sus consecuencias y sus responsables.

Fue por esa razón que a las pocas semanas transcurridas desde que el documental fuera emitido por televisión, en el suplemento dominical de un diario de gran tirada apareció otro reportaje que, éste sí, se centraba más en las penalidades sufridas por multitud de jóvenes mujeres, que bien por ignorancia sobre métodos de contracepción y por la dificultad de proveerse de los mismos en una Irlanda furibundamente católica, o incluso por haber mantenido relaciones sexuales en contra de su voluntad, habían acabado víctimas de una sociedad intransigente, sexista y patriarcal hasta la médula.

En dicho sentido, el reportaje del suplemento dominical se extendía más sobre los procesos de adopción llevados a cabo sobre todo a través de conventos de monjas, en un estilo que dicho reportaje calificaba sin ambages como de venta de niños. Todo ello había supuesto a largo plazo la existencia de cientos, miles de personas que en la actualidad eran ya adultas, y que o bien ignoraban su condición de adoptadas o bien, aun sabiéndolo, carecían de toda posibilidad de conocer la identidad de sus padres biológicos; así como también hablaba de multitud de mujeres que por mor de las circunstancias fueron obligadas a olvidarse para siempre de los seres que acababan de dar a luz.

Y esta vez sí: a los autores del reportaje les pareció pertinente incluir el caso de las dos mujeres que, por una cuestión de azar, se dieron cuenta de que había muchas probabilidades de que procedieran del mismo padre, ya que por el hecho de la gran diferencia de edad entre ambas, así como por conocerse el dato de lo ocurrido con la madre de una de ellas, la posibilidad de que fueran hermanas de madre estaba totalmente excluida.

El caso de dichas mujeres apareció publicado en un recuadro separado del texto principal, lo cual le dio si cabe mayor relevancia. Además, el título que se había puesto al recuadro incidía más en la supuesta identidad del padre que en las posibles madres: “¿Quién era el hombre que, con un intervalo de unos veinte años, dejó embarazadas a dos jóvenes solteras que se vieron obligadas a entregar sus bebés en adopción en sendos conventos?”

No sólo tuvo suerte Kelly por la publicación de un artículo periodístico que se ocupaba de su caso, sino también porque el periodista en cuestión, o mejor

dicho, la periodista, porque en realidad se trataba de una mujer llamada Caroline Brenton, había comprendido de antemano con toda claridad que debía actuar con enorme tacto para no herir las susceptibilidades, o incluso el buen nombre, de las protagonistas del pequeño relato.

Por ese motivo el primer escollo que hubo de superar fueron las reticencias de Margaret a que aspectos de su vida que ella consideraba reservados salieran a la luz. Ello traía como consecuencia que la identidad de ambas mujeres debía permanecer en secreto. Y luego estaba el problema de que la mancha en cuestión necesitaba de una descripción más o menos detallada para que el reportaje tuviera el suficiente contenido. Todas estas cuestiones se debatieron largamente en una reunión que mantuvo la periodista con ambas protagonistas:

—Margaret: tú dices que no estas dispuesta a que nada de tu vida privada salga a la luz.

—Así es. Además, hasta hace muy poco no tenía ni idea de que fuese una niña adoptada. Si cuando era más joven, como es el caso de Kelly, lo hubiera sabido, a lo mejor habría tenido mayor interés en conocer quiénes fueron mis verdaderos padres. Pero ahora creo que soy demasiado mayor para ilusionarme por algo así.

—¿Cómo era tu relación con la familia adoptiva?

—Mala. Y preferiría no hablar demasiado de ello.

—Y tú, Kelly, ¿estarías dispuesta a que tu nombre apareciera publicado en el reportaje?

—Hasta ahora sí, pero al final he pensado que a mí tampoco me convendría. En realidad no iba a ganar nada con ello. Además, si Margaret no está dispuesta, no tiene sentido publicar un nombre sí y el otro no.

—En eso tienes razón. Por otra parte, lo importante en este caso es el hecho en sí, no quiénes seáis vosotras. En realidad el verdadero protagonista, tal y como lo veo yo, es el hombre que dejó embarazadas a dos mujeres, y que a la postre os engendró.

—Estamos de acuerdo.

—Pero, por otra parte, hace falta dar algún dato concreto para que el reportaje tenga sentido.

—¿Entonces, qué es lo que propones?

—Propongo que se explique con detalle lo de la mancha, pero sin dar ningún dato sobre vosotras. Por cierto: sé que puede resultar un poco violento, pero necesitaría ver vuestras manchas para estar segura de lo que vaya a publicar.

La entrevista se había realizado en casa de Kelly, así que podían disfrutar de total intimidad. Aun así, nada más decir eso se produjo entre las tres un cruce de miradas que, más que nada, evidenciaban cierto reparo. Finalmente, fue Kelly la primera que optó por desvestirse, mientras que la periodista observaba su trasero y Margaret observaba a la periodista. Algo debió de captar en el semblante de ésta, que le impulsó a formular una pregunta.

—Ahora me toca a mí formular una pregunta que puede ser delicada: ¿Eres lesbiana?

Esta vez fue la periodista quien se sintió cogida en renuncio.

—Sí que lo soy. ¿Y acaso importa?

—Me he dado cuenta por la forma en que mirabas a Kelly.

—Kelly es una mujer muy guapa, no cabe duda.

—Claro que lo es. Y voy a decirte una cosa: yo he estado casada, y he tenido relaciones con varios hombres. Sin embargo, cuando conocí a Kelly en un principio me sentí atraído por ella.

—Por favor, estáis hablando de mí mientras estoy en cueros delante de vosotras. Al menos permitidme que me vista antes de seguir con esto, ¿no os parece?

—Desde luego. Y perdona, pero es que a lo mejor, lesbianas o no, lo que somos es unas brujas de tomo y lomo.

Al final las tres acabaron riéndose de la ocurrencia. Poco después, Margaret hizo lo propio, y al margen de que pudieran resultarle a la periodista más o menos atractivas, la verdad es que ésta se quedó asombrada del hecho de que, tal y como habían afirmado, ambas tenían unas manchas exactamente iguales y, además, colocadas justo en el mismo lugar del cuerpo.

Después de la entrevista que al final acabó resultando divertida, se optó por la siguiente solución: en lugar de aparecer el nombre de las mujeres, se las nombraría por una iniciales que, además, no correspondían a sus nombres verdaderos. Pero sin embargo sí que se incluiría en el reportaje que la mancha que compartían las mujeres tenía una determinada forma, y estaba colocada en

una de las nalgas.

El hecho era que Caroline Brenton poseía una enorme intuición, o si se prefiere llamarlo de otra forma, un olfato periodístico de primer orden. En primer lugar, porque sospechaba que entre un caso y otro, dada la enorme diferencia de tiempo entre ambos, podrían haber existido otros, es decir, que hubiese más mujeres, o acaso hombres, que compartiesen la mancha en el trasero por ser también hijos del mismo padre, pero que hasta la fecha no se habían dado cuenta de lo que ello podría implicar. Si sus suposiciones eran ciertas, a no dudar al cabo del tiempo iban a conocerse otros casos similares, lo cual posibilitaba que el tema siguiera siendo de actualidad y, por tanto, objeto de material periodístico.

Pero había otro tema de más calado que a la periodista no se le pasó por alto: a la par que estaba surgiendo una corriente de opinión y un creciente interés social por conocer la verdad sobre los procesos de adopción y por la suerte corrida por multitud de madres solteras e hijos adoptados de forma más o menos censurable, con respecto a la situación de centros religiosos en los que convivían menores de edad cada vez se estaban conociendo más casos en los cuales dichos menores habían sido víctimas de abusos sexuales perpetrados por sacerdotes, bien se tratase de colegios, seminarios, grupos parroquiales o cualquier otra institución a cargo de la Iglesia Católica.

Pensaba la periodista, y acaso no sin razón, que ambos problemas podrían ir de la mano, si no en todos los casos, sí en varios de ellos. Es decir: que muchas jóvenes que quedaron embarazadas en realidad lo fueron por parte de sacerdotes, bien obligadas a la fuerza o bien engañadas por procedimientos diversos. Pensaba también que un hombre que había dejado embarazadas a dos mujeres en un intervalo grande de tiempo, y presuntamente residiendo durante dichas épocas en dos lugares diferentes, debía tratarse de alguien que se desplazara con cierta periodicidad de un sitio a otro, y además alguien que, por causa de su estado civil, o bien carecía de pareja estable, o bien era un violador compulsivo, hipótesis esta última que, de entre todas las posibles, le parecía la menos probable.

Sea lo que fuere, la periodista estaba segura de que, tarde o temprano, el tema de las dos mujeres que habían descubierto ser casi con toda seguridad hijas del mismo padre iba a dar de sí mucho más de lo que el autor del reportaje televisivo había supuesto en un principio.

Capítulo 18

Michael pensó que la situación embarazosa que se produjo a raíz de la visita de Abigail a su despacho había sido resuelta de forma brillante, lo que más o menos venía a querer decir que ni había incurrido en una conducta que le podría haber acarreado consecuencias irreparables, ni había manifestado debilidad ante los indudables encantos de una alumna muy atractiva, ni por otra parte había recurrido a mostrarse antipático o desabrido simplemente como mecanismo de defensa ante una situación que a todas luces había resultado comprometida.

Pero una cosa es lo que se piensa despierto, o si se prefiere con plena consciencia de la situación y perfecto dominio de las facultades propias, y otra diferente lo que puede ocurrirle a uno durante el sueño, o aún peor, en una vigilia nocturna durante la cual pasan por la cabeza multitud de pensamientos, muchos de ellos absurdos, otros incoherentes y la mayoría de ellos inquietantes.

Así, aquella misma noche soñó con Abigail. En realidad no era la Abigail que pertenecía a su grupo de alumnado, sino la propia monja orante que, no sabía por qué, en el sueño no era otra que la alumna Abigail Mc Pherson, la cual no se encontraba en el seminario sino en el propio despacho de Michael. En el sueño ocurría que Michael, tal y como tantas otras veces había imaginado soñando despierto en su época de seminarista, se acercaba a Abigail, ésta desnuda con excepción de una toca y arrodillada en un reclinatorio dándole la espalda. Entonces él le decía que hiciera el favor de vestirse, que esa actitud suya de permanecer desnuda en el colegio era a todas luces inadecuada, y más aún delante de un profesor, pero Abigail le contestaba que no entendía por qué motivo la rechazaba ahora, si mientras era seminarista la había deseado fervientemente y había gozado con ella de todas las formas posibles que un hombre puede gozar con una mujer. Entonces de golpe se levantaba, se daba la vuelta y se mostraba con toda su desnudez delante de Michael, el cual iba acercándose hacia ella hasta que, cuando estaba situado ya a muy poca distancia, se despertaba.

Todos hemos tenido alguna vez sueños eróticos con personas de nuestro entorno próximo, que en la vida real nos gustan más o menos pero que en los momentos posteriores a haber soñado, una vez que ya nos hemos despertado, hacen que suframos una especie de breve enamoramiento con respecto al

objeto onírico, todo ello motivado por el hecho de que el sueño ha sido por lo general placentero, y el recuerdo del mismo, lógicamente, también lo suele ser.

No hace falta decir que en el caso de Michael y su atractiva alumna todos estos síntomas se manifestaron en gran medida, hasta el punto de que cuando llegó la hora del inicio de las clases a Michael todavía no se le había pasado del todo el encantamiento producido, lo que le hizo temer que nada más irrumpir delante de sus alumnos alguien se diera cuenta de que en aquel momento estaba perdidamente enamorado de una de las que ocupaban los bancos de la clase, y peor todavía si quien se daba cuenta era la propia Abigail.

Mal que bien consiguió que durante las clases del día no se produjeran incidentes dignos de reseñar, y por tanto que el ambiente fuera más bien aséptico. Sin embargo, el período extraescolar de la tarde iba a depararle una nueva sorpresa: solía ser costumbre que, siempre que el tiempo lo permitía, se organizaran de forma más o menos espontánea partidos al aire libre, las más de las veces de baloncesto, balonmano, voleibol o cualquier otro deporte que pudiera jugarse sobre una cancha de cemento, fácil de secar aún a pesar de que pocas horas antes hubiese caído algún chaparrón repentino. Era de suponer que Michael, siendo como era un hombre joven, fuera de entre el profesorado uno de los más asiduos en participar en ese tipo de actividades, y si además añadimos a todo eso que por culpa de la alumna Abigail estaba un tanto alterado, aquella tarde aceptó de buen grado ofrecerse para completar la alineación del equipo que lo precisara. Pero cuál no fue su sorpresa cuando se dio cuenta de que la tarea propuesta era formar parte de un equipo mixto de baloncesto, el cual debía contender con otro similar en el que tomaba parte la propia Abigail.

Si se hubiera dado cuenta antes del enredo en el que se había metido, a no dudar habría desistido de jugar argumentando cualquier excusa. Pero por desgracia para cuando se vio frente a frente con Abigail, ésta ataviada con una camiseta ceñida que dejaba trasparentar no sólo su sujetador sino también el punto en el que sus pezones sobresalían, y con un cortísimo pantalón que dejaba al descubierto prácticamente todos sus muslos, ya era demasiado tarde.

El pobre Michael no fue capaz de pensar en ningún momento del partido nada ni sobre el resultado ni sobre cualquier otro detalle significativo, con excepción de las veces en que se producía entre Abigail y él algún encontronazo; del embriagador olor mezcla de perfume y sudor que exhalaba

su rival; así como de la parte del cuerpo con la cual se había producido un contacto físico entre ambos. Recordaría también la cantidad de veces que, estando Abigail en posesión del balón, estuvo dudando entre el deseo ferviente de intentar interceptarla y la opción, presumiblemente más prudente, de dejar que la intercepción corriera a cargo de algún otro miembro de su equipo. Al final, una vez terminado el partido y estando en la ducha, con gusto se hubiera masturbado si no fuera porque las duchas eran colectivas. Así que no le quedó más remedio que ducharse de cara a la pared y con la temperatura del agua más bien fría, porque no se sentía seguro del estado en el que pudiera aparecer a la vista del resto de deportistas masculinos.

No fue por tanto hasta que se encontró en la intimidad de su habitación que pudo dar satisfacción al deseo reprimido desde que se despertara del sueño erótico de la noche, lo cual le proporcionó un mínimo de tranquilidad para poder presentarse en la cantina, degustar una copiosa cena y retirarse de inmediato, todo ello para que al poco tiempo volviera a pensar en Abigail y tuviera que volver a masturbarse.

Por suerte para él, las siguientes noches no soñó con Abigail ni con nadie, y hasta cierto punto pudo gozar de un tranquilo descanso. Sin embargo, eran multitud las ocasiones, tanto despierto en la cama como en cualquier otro momento del día o de la noche, que sin darse cuenta se distraía imaginando una y mil situaciones absurdas, las cuales concluían siempre con que entre Abigail y él se producía una aproximación erótica que acababa desencadenando una pasión desenfrenada. Unas veces podía ser que se encontraban en una isla desierta; otras que Abigail le acompañaba en sus singladuras africanas; y otras que Abigail, una vez cumplida la mayoría de edad y abandonara St. Anthony para ingresar en la universidad, un día se encontraba con él por casualidad y, tras quedar en un bar para tomar algo y recordar tiempos pasados, se confesaban mutuamente lo enamorados que habían estado uno del otro durante la época del colegio, y decidían que ya no existía ningún impedimento para dar curso a ese amor hasta sus últimas consecuencias.

El resultado de todo ello, como puede suponerse, era que Michael se encontraba cada vez más decaído, más ausente, menos motivado en sus clases y en el resto de actividades, y por si ello fuera poco, con menos apetito. Mientras tanto, el curso iba avanzando, y tras el clima de bonanza de los primeros días de septiembre, el frío y la humedad constante se habían

empezado a sentir. Era ya el momento de usar una ropa de abrigo más gruesa, e incluso de encender las calefacciones si uno no quería quedarse helado de frío mientras estudiaba, escribía, o atendía a sus deberes académicos.

No estaba acostumbrado Michael a gozar de la comodidad de la calefacción central, ya que ni en su domicilio familiar, ni en la parroquia de Kenworthy, ni por supuesto en África disponía de tal instalación. Y si bien el seminario podría haber supuesto una excepción, la racanería en su uso con la excusa de fortalecer a los futuros sacerdotes y, de paso, poner cortapisas a sus pulsiones eróticas, hacía que la presencia de semejante adminículo hubiera pasado para él poco menos que inadvertida.

Esa era la razón por la cual hasta pasados unos días en los cuales el clima vespertino fue reamente fresco Michael no le dio cuenta de que en su habitación hacía frío, hasta al punto de que permanecer en ella sin moverse resultaba más que desagradable. Al final se le ocurrió que el radiador de su habitación no debía de estar cumpliendo con la labor para la cual estaba destinado, ya que la temperatura del mismo apenas si difería de la reinante en la habitación. Así que no le quedó más remedio que llamar al servicio de mantenimiento del colegio.

La encargada de dicho servicio, una mujer de constitución fuerte llamada Jennifer Hunt, no tardó en acudir a la llamada ataviada con el buzo de color naranja que solía utilizar a diario en el colegio, hubiera o no hubiera necesidad de reparaciones, además de con la consabida caja de herramientas.

—Según parece, señor Fogherty, ha debido de pasar estos días un frío de espanto.

—En realidad, señora Hunt, no ha sido para tanto.

—¡Mira que es usted respetuoso! Aquí todo el mundo me llama Jennifer!

—Pues para mí es usted tan señora como cualquier otra.

—No sé si tomarme eso como un cumplido o como una ofensa en toda regla. ¿Acaso me ve tan vieja como para llamarme señora?

—Disculpe si la he ofendido, pero...

—Vamos, señor Fogherty, estaba bromeando. A nadie se le ofende por llamarle señor, o señora. En realidad no se trata de ninguna ofensa, como espero que se habrá dado cuenta.

—¿Entonces...?

—Supongo que es usted demasiado respetuoso. No es que me oponga a que me llamen señora, lo que ocurre es que ello me hace sentir vieja.

—No es que sea usted vieja en absoluto. La razón es que me habían indicado que el tratamiento habitual entre los miembros del personal del colegio era de señor, o señora.

El hecho era que Jennifer Hunt no era vieja en absoluto. Andaría por los treinta y cinco años, aunque su presencia imponente, a medias consecuencia de su figura generosa y de su indumentaria especial, hacía que pareciera más vieja o, al menos, que impusiera más respeto.

—No se tome al pie de la letra lo que le hayan dicho acerca del tratamiento, al menos mientras no haya alumnos delante. A la larga, la gente acaba tomándose confianza, aunque también es verdad que no todo el mundo lo hace, unas veces por timidez, y otras porque se detestan mutuamente.

—No sé si soy tímido en realidad. A lo mejor un poco sí, por lo de ser el más nuevo en el colegio y todo eso. Pero que conste que yo no la detesto en absoluto.

—Eso espero, señor Fogherty. Así que quedamos en que en adelante va a llamarme Jennifer.

—Desde luego señora... es decir, Jennifer.

—Y si le parece puedo llamarle a usted... por cierto: ¿cuál es su nombre de pila?

—Michael.

—Si le parece a usted que llamarle por su nombre de pila es tomarse demasiada confianza, puedo llamarle Fogherty. Si quiere que le diga la verdad, a mí me gusta llamar a todos los hombres por su apellido.

—¿Y a las mujeres?

Jennifer se quedó un momento pensativa antes de responder.

—Pues mire usted, Fogherty: a las mujeres no, y en realidad no sé por qué. Bueno, vamos a dejar toda esta charla y al grano: ¿qué es lo que le pasa a su radiador?

—Que calienta demasiado poco.

—O sea, que algo de agua caliente sí que entra, pero poca.

—Así parece.

—Supongo que la llave de salida del agua estará obstruida y habrá que cambiarla. Si el agua del radiador no sale, tampoco puede entrar nueva, y la que queda dentro poco a poco se va enfriando. ¡Venga, ayúdeme!

—¿Qué quiere que haga?

—Traiga una botella vacía, que lo primero va a ser purgar el radiador y sacar el agua de dentro.

—Me temo que no tengo ninguna.

—O sea, Fogherty, que usted es de los irlandeses que no beben, una especie de rara avis, más o menos.

—Sí que bebo, pero no en mi habitación.

—Pues voy a contarle un secreto: muchas de las habitaciones que ocupa el personal están llenas de botellas. Llenas y vacías. ¿Tendrá al menos algún recipiente?

—¿Le vale esta jarra, Jennifer?

—Estupendo. ¿La utiliza para beber? No se preocupe, que luego se la lavo bien.

—Descuide. En realidad no la uso para nada, y según parece tampoco está muy limpia.

—Entonces adelante con ella. Va a hacer lo siguiente: voy a abrir la espita de purgar. Usted ponga la jarra debajo, y cuando se llene tape la espita con el dedo mientras vacío la jarra.

Al cabo de algo más de una hora, el radiador estaba purgado. La llave de salida cambiada, y una vez que se volvió a abrir la de la entrada, el radiador alcanzó la temperatura adecuada para caldear la habitación.

—No sé cómo agradecersele, Jennifer.

—Creo que me debe una invitación, Fogherty.

—Cuando usted quiera.

Una vez que la habitación cogió una temperatura confortable, Michael empezó a estar cómodo en ella hasta el punto de que cada vez sintió menos ganas de salir, máxime teniendo en cuenta que las horas de luz vespertinas disminuían notoriamente de un día para otro. Bien fuera preparando sus clases, leyendo cualquier cosa que cayera en sus manos, oyendo música o incluso pensando sin más, era normal que varios días de la semana se retirase y no

saliera hasta la hora de la cena, sobre todo aquellos en los que el clima lluvioso de Irlanda se dejaba sentir con toda su intensidad.

Había también otra razón para esa especie de reclusión que se había impuesto: si bien poco a poco iba acostumbrándose a soportar el intenso deseo que sentía por su alumna norteamericana, prefería no prodigarse demasiado durante las horas posteriores a las clases, temiendo que, al igual que le ocurriera con el partido de baloncesto, un encuentro fortuito con Abigail en alguna actividad informal, bien sea de índole deportiva como cultural o simplemente de ocio, pudiera ponerle en un compromiso.

Además, los fines de semana los aprovechaba para salir del colegio todo el tiempo que pudiera, casi siempre para visitar a su familia y pernoctar en la vivienda de sus padres, ya que era el único de los hijos que carecía de domicilio propio. Otras veces solía quedarse en Cork, y aprovechaba el tiempo para ver alguna película, presenciar algún concierto o sin más tomar una cerveza en algún pub, casi siempre en solitario porque, para bien o para mal, carecía de amistades o conocidos fuera del colegio.

Así ocurrió que un sábado en el que se había permitido almorzar un succulento rosbif acompañado generosamente de patatas fritas y de cerveza sentado en un discreto rincón de su taberna favorita, de repente observó que una mujer se dirigía hacia él con paso firme. Un poco por la penumbra reinante en la parte menos iluminada del pub, y otro poco por el azoramiento que le produjo el aire de determinación que la mujer demostraba, no se dio cuenta de quién se trataba casi hasta que ésta estuvo sentada frente a él en la mesa.

—Por la cara que ha puesto, juraría que no me ha reconocido.

—Es cierto. Discúlpeme. La verdad es que está usted muy cambiada.

—¿A mejor o a peor?

—La verdad es que...

—Venga, no sea tímido y diga lo que piensa.

—Pienso que vestida de esa forma está usted muy guapa.

—Me alegra oír eso, Fogherty. Así que le parezco una mujer guapa.

—Realmente sí.

—No lo dirá por hacerme un cumplido.

—Le aseguro que no es así.

—Fogherty, es usted un encanto.

El pobre Michael, bien que en contra de su voluntad, sintió que Jennifer Hunt había conseguido que se enrojeciera. Y de alguna forma agradeció la penumbra del local pensando que gracias a ello su rubor no se notaría, o al menos no se haría tan evidente.

—Así que usted pasa los fines de semana comiendo en la mejor compañía del mundo, es decir, la compañía de uno mismo. Perdone que se lo diga de esta forma, pero le aseguro que no tengo la más mínima intención de ofenderle. A fin de cuentas, ya ve usted que mi situación es análoga a la suya. Por cierto, ¿de dónde es usted?

—Mi familia vive en Cobh. Algunos fines de semana aprovecho para ir de visita, y otras veces me quedo en Cork, como dice usted disfrutando de la mejor compañía del mundo.

—Pues aparte de la compañía, debo reconocer que tiene usted buen gusto. Sepa que este es uno de los sitios de Cork donde mejor se come. De hecho, yo también suelo venir bastantes veces.

—Lamento no haberla visto hasta ahora.

—La verdad es que yo también no haberle visto a usted. Y ahora que lo recuerdo, creo que me debe una invitación.

—¿Le apetece comer conmigo?

—Por supuesto que sí, aunque no quiero abusar de su amabilidad. ¿Qué tal si después de comer me invita a una copa? Creo que me dijo que en ciertas ocasiones sí que bebe.

—Con mucho gusto.

Siempre había pensado Michael, al igual que su padre y su hermano mayor, que no hay nada mejor para beber que un buen trago de whisky sin ningún aditamento, sea hielo o cualquier otra cosa. Y según parece, Jennifer debía de ser de la misma opinión. Y cuando se brinda con dos bebidas idénticas, el brindis resulta mejor que cuando no es así.

—Me parece, Fogherty, que esto va a ser el comienzo de una estupenda amistad.

—Estoy de acuerdo con usted. Aunque no quiero que se sienta obligada...

—¿Obligada a qué?

—Obligada a pasar el rato con un profesor solitario, un tanto melancólico y con un pasado bastante controvertido.

—Si se refiere a que ha sido usted sacerdote, a que tuvo que escapar de África por pies, y a que los jefazos de la iglesia poco menos que le pusieron de patitas en la calle, quiero que sepa que todo eso es del dominio público.

—Supongo que alguien se lo habrá contado a usted.

—No sé quién me lo ha contado, porque he hablado de esto con más de una persona. Además, si le he dicho que su pasado más reciente es del dominio público, ello quiere decir que lo sabe todo el mundo, ¿no le parece?

—Seguramente tiene razón.

—Siento que le haya disgustado lo que acabo de contarle, pero yo prefiero decir las cosas claras antes que andar con medias verdades y mentiras piadosas, aunque le puedo asegurar que jamás digo nada con ánimo de ofender. Y ya que estamos de confidencias, le puedo contar algo de mi vida, si le parece bien.

—Por supuesto.

—Dennison es agregado en la embajada de Kuala Lumpur, y se pasa la mayor parte del año sin aparecer por aquí.

—¿Dennison?

—Dennison es mi marido. Ya le he dicho que yo siempre llamo por el apellido a los hombres, y él no es una excepción.

—¿Es diplomático?

—No exactamente. En realidad es técnico en telecomunicaciones, y se ocupa allí de todo lo que pueda tener relación con la ciencia o la técnica.

—¿No tienen hijos?

—La verdad es que no. Creo que ninguno de los dos tiene vocación para ello. Así que él se pasa casi todo el año dedicado a sus asuntos de alto nivel, y yo al mantenimiento de los radiadores que se estropean en el colegio, y de paso a arreglar nuestro apartamento.

—¿Han comprado una vivienda?

—Hasta hace año y pico estábamos de alquiler, pero ya es hora de que tener un nido propio, ¿no le parece?

—A veces pienso que toda persona necesita algún lugar donde sienta que es del todo suyo. Reconozco que yo lo echo mucho de menos. Figúrese: somos cinco hermanos, tres chicos y dos chicas. Yo soy el más joven de todos. Dos

están casados, una hermana y un hermano, curiosamente éste con otro hombre.

—Interesante.

—Pero todos ellos tiene casa propia menos yo, que en mis momentos bajos tengo que recurrir todavía a la casa de mis padres para sentirme protegido.

Entre una cosa y otra, las copas se habían vaciado. Entonces Jennifer se levantó como impulsada por un resorte, y sin más prolegómenos le lanzó una propuesta:

—¿Quiere que le muestre mi apartamento? Está aquí cerca. Así verá todos los trabajos que he llevado a cabo yo sola.

—Si no es molestia.

—¡Claro que no! además, le puedo invitar a otra copa, que tengo la casa bien surtida.

El apartamento tenía dos dormitorios, aparte de salón, baño y cocina. Estaba decorado de forma funcional, aunque con buen gusto. Uno de los dormitorios se había dedicado a despacho y sala de trabajo, y aparecía repleto de libros, cuadernos, papeles... aparte de numerosos discos de ordenador. No se veía ninguna planta, aunque eran numerosos los cuadros que adornaban las paredes, la mayoría de ellos, aun siendo abstractos, con un estilo que no dejaba dudas de que pertenecían al mismo autor.

—Reconozco que para las plantas no tengo buena mano, aparte de que el apartamento tampoco es muy luminoso. ¿Y qué le parecen los cuadros?

—No me diga que...

—Soy una entusiasta del expresionismo abstracto. En realidad pinto así para desahogarme.

—Pues me gustan.

—Me alegro que le gusten. Además, creo que ya le conozco lo suficiente como para saber que no me está mintiendo. Venga, vamos a tomar otra copa que ahora invito yo. ¿Whisky, verdad?

—De acuerdo.

Jennifer sacó del aparador del salón dos vasos que rellenó generosamente de una botella de Jameson mientras Michael permanecía sentado en el sofá. Una vez llenos los vasos, Jennifer le ofreció uno y se sentó junto a él.

—¡Cheers!

—¡Cheers!

No sabía si por el efecto de la bebida o por alguna otra causa, el hecho era que Michael estaba sintiéndose especialmente cómodo, a gusto consigo mismo y a gusto también con su anfitriona. A decir verdad, era la primera vez que se sentía a gusto desde que se le metió Abigail en la cabeza y le resultaba imposible sacársela de dentro.

—Jennifer, le digo de verdad que estoy pasando con usted una estupenda velada. De hecho, hacia tiempo que no me sentía tan bien.

—Yo también lo estoy pasando estupendamente con usted. En realidad, creo que a ambos nos hacía falta un poco de compañía, ¿no cree?

—Supongo que sí.

De repente, se hizo un silencio embarazoso, como si a los dos les hubieran venido de golpe un montón de pensamientos a la cabeza, y ninguno supiera cómo expresarlos. Al final, fue Jennifer quien desbloqueó la situación.

—Fogherty, ¿no cree que los dos estamos necesitando lo mismo?

—¿Se refiere a...?

—¿A qué si no?

—Pero según me ha dicho, usted es una mujer casada...

—Una mujer casada con un marido que se pasa la mitad del año en las antípodas, o incluso más tiempo si se le requiere, o si dice él que se le requiere aunque a lo mejor la urgencia no sea para tanto. Porque no sé si lo sabrá, pero las chicas de Malasia son muy monas.

—¿Cree que su marido le engaña?

—No sea ingenuo, Fogherty. Cuando uno trabaja en una embajada alejada de su país, el engañar a la mujer, o al marido si se terciara, no es tal engaño, sino una certeza total y absoluta. No sé cómo habrá pasado usted el tiempo que estuvo en África, pero tampoco tiene por qué contármelo.

Nada más oír eso, Michael empezó a ponerse rojo.

—La verdad es que prefiero no contarle, por muchas razones que a lo mejor no vienen a cuento.

—Descuide. Pero sí que le voy a decir una cosa, y esto muy en serio: no tiene usted buen aspecto. Lo que notado desde hace tiempo, y creo que ya sé cuál es la razón.

Esta vez el rubor de Michael subió hasta extremos incontrolados.

—Ya le he dicho que a mí me gusta decir las cosas de forma clara, aunque nunca lo hago con ánimo de ofender. Así que si me lo permite, le voy a decir que usted necesita una mujer de verdad antes de que se enrede de mala manera con alguna de las alumnas, y ello vaya a costarle un disgusto.

—Creo que en el fondo tiene usted razón.

—En el fondo y en la forma. Y hablando de formas: me dijo antes que estaba mucho más guapa que con el buzo naranja.

—Por supuesto que sí.

—¿Y si todavía me pusiera más guapa?

Nada más decir esto, Jennifer se levantó del sofá, y comenzó a desvestirse hasta quedarse sólo con la ropa interior. Y Michael no pudo menos que reconocérselo a sí mismo que, vestida así, Jennifer era una mujer guapa. Así que sin pensarlo más se levantó y la besó ardientemente en los labios, lo que le produjo una enorme erección causada por un deseo malamente satisfecho que le atormentaba desde hacía semanas.

—Quiero que sepas que me gustas mucho, Jennifer.

—Tú también me gustas, Fogherty, pero prométeme una cosa: entiende que aunque pasemos unos momentos felices juntos, esto va a tener un principio y un final.

—No es la primera vez que me ocurre lo mismo, así que ya lo entiendo, aunque casi siempre ello me ha hecho sufrir.

—Pues no quiero que sufras por mi culpa. Sólo quiero que conmigo seas feliz mientras puedas.

—Yo te prometo a ti lo mismo.

Aquella noche fue la primera de una larga serie en las que Michael Fogherty pernoctó en el apartamento de Jennifer Hunt y de su marido ausente. Y según iban avanzando ambos en conocimiento mutuo, en confianza, en experiencia para saber cómo tratar a la pareja y, no lo olvidemos, también en cómo comportarse uno consigo mismo, las sesiones se hicieron más gratificantes, de forma tal que lo que se iba perdiendo en novedad se iba ganando en seguridad, en bienestar general del cuerpo y del espíritu, y en líneas generales en todo aquello que aporta el tener una pareja con la que disfrutar, con la que conversar y con la que compartir sentimientos de afecto,

de alegría y de tristeza, de fortaleza o de debilidad.

No era difícil mantener a lo largo de la semana la necesaria discreción en el colegio, porque la relación entre un profesor y la encargada de mantenimiento no tiene por qué ser habitual. Afortunadamente, durante los meses siguientes a que se produjera la avería en el radiador de su cuarto Michael no tuvo necesidad de recurrir a los servicios de Jennifer en los momentos en que ésta vestía de buzo naranja. Acaso más complicado fue lo de Abigail. Y justo es decir que el enamoramiento platónico que sufrió durante una temporada al menos le sirvió a Michael para aprender un par de cosas sobre el amor: la primera, que la gran mayoría de las mujeres, y más aún si como en el caso de Abigail se trata de mujeres atractivas, saben muy bien cuándo les gustan a los hombres, o dicho de forma más exacta, cuando un hombre está colado por ellas. Y la segunda, que de la misma forma se dan cuenta también del momento en que los hombres en cuestión han dejado de estar colados, casi siempre porque han caído en las garras de una rival.

Mientras tanto, Michael continuaba feliz y satisfecho en la nueva etapa de su vida. Así, a lo largo de varias pernoctas durante los fines de semana tuvo tiempo de contarle a Jennifer lo de la patinadora sexy; lo de la mujer con la que acabó liándose a raíz de una conversación inicial a través de la reja del confesonario, anécdota ésta que le pareció a Jennifer la mar de divertida habida cuenta de que ella era una mujer sin creencias religiosas y un tanto asqueada del enorme poder que tenía en Irlanda la Iglesia Católica. Le contó también lo de su aventura africana con una enfermera nativa que constituyó su único consuelo durante largos meses de infortunio, lo cual llegó incluso a conmover a Jennifer a pesar de su fortaleza a prueba de bombas. Y finalmente, incluso se avino a confesarle sus fantasías eróticas con la monja orante, tanto las de su etapa inicial en el seminario, propias de un púber que apenas acababa de dejar atrás la infancia, como las de un joven ya adulto, que cada vez dudaba más entre enfrentarse al mundo desde la firme creencia en el sacerdocio y en todo lo que ello conlleva, y el deseo cada vez más incontenible de amar a una mujer de todas las formas en que un hombre puede hacerlo.

—Así que cuando ya eras mayorcito querías follar con la monja orante de una forma que hasta entonces no se te había pasado por la imaginación.

Era curioso que, a pesar de llevar ya bastante tiempo siendo amantes, todavía era capaz Jennifer de hacer que Michael se ruborizase.

—Bueno, en realidad, lo que ocurría era que...

—Lo que ocurría era que tenías unas ganas enormes de darle por el culo a la monja o a quien fuera, y además pensabas que si al principio le hacías daño a tu pareja eso te iba a poner la mar de cachondo.

—Sí. Ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero supongo que sí.

—¿Y todavía sigues teniendo ganas de hacerlo? Supongo que si no lo has hecho hasta ahora, las ganas no se te habrán quitado.

—Jennifer, por favor, todo eso no tiene ninguna importancia para nuestra relación.

—¡Claro que la tiene! Dime la verdad: ¿Lo has hecho con alguna de esas que me has contado?

—No. No lo he hecho con ninguna de ellas. ¿Estás satisfecha?

—Fogherty, no tienes por qué enfadarte conmigo por una tontería de esas. En realidad follarse a una mujer por el culo es tan normal como hacerlo por el coño, ¿no te parece?

—Si tú lo dices...

—Sabes que es así. Y la razón por la que te lo he preguntado es porque si me has contado lo que imaginabas con la monja, lo normal es que todavía sientas deseos de hacer lo mismo.

—¿Y si sintiera deseos, qué?

—Pues que para algo somos amantes. ¿No te parece?

—Jennifer, de verdad que no es necesario...

—Ya sé que no pero, ¿quién ha dicho que dos amantes apasionados como nosotros solamente tienen que hacer lo necesario? Venga, ve al cuarto de baño y trae el frasco. O mejor voy yo, no vaya a ser que te confundas de frasco y armemos un desaguisado.

Hacía mucho tiempo que Jennifer sabía el tiempo que tardaba en correrse Michael, y el tiempo que necesitaba para excitarse ella antes de permitirle una penetración, para tener así tiempo de llegar al orgasmo antes de que fuera demasiado tarde. En realidad lo supo desde el primer día, cuando se dio cuenta de que el pobre Michael llevaba un montón de tiempo ciego de un deseo no satisfecho, y más aún los días posteriores, cuando sus ritmos fueron acompasándose cada vez mejor. Pero sin embargo en aquella ocasión permitió que Michael actuase a su entero capricho, entre otras razones porque en su

postura tumbada boca abajo, con un par de almohadas debajo del abdomen para que sus nalgas generosas adquirieran un mayor relieve, no podía tomar demasiadas iniciativas. Así que decidió que sin más iba a dejar a su amante hacer lo que quisiera mientras ella meditaba sobre el hecho de que, aun sin saber la verdadera razón, a lo largo de su vida le había tocado siempre ser en el amor más generosa de lo que la mayoría de sus partenaires masculinos habían sido con ella, incluyendo entre ellos a un marido que a fin de cuentas no era más que un amante ocasional, y a un cura atormentado que todavía no había encontrado en la vida su verdadero camino.

Y mientras Michael, gritando de placer, se movía de forma compulsiva empujándola hacia abajo una y otra vez contra las almohadas, pensó en todas las ocasiones en las que la habían penetrado de la misma forma por no haber tenido ella reparos en ser generosa una y otra vez. Y aunque no se sintió por ello humillada, ni ofendida, ni minusvalorada en absoluto, esa idea de ser siempre la que da más de lo que recibe le reforzó la convicción de que, a fin de cuentas, el amor de un hombre no deja de tener siempre un valor meramente relativo.

TERCERA PARTE

Capítulo 19

La vicaría de la Propagación de la Fe venía a ser la antítesis de la del Oficio Divino. Mientras que ésta se dedicaba a gestionar los trapos sucios de la institución, para lavarlos de puertas adentro y esconder la porquería debajo de la alfombra evitando de esta forma que se notara desde fuera, aquélla tenía el cometido de difundir hacia el exterior la mejor imagen posible de la Iglesia, para lo cual una buena relación con los diferentes medios de comunicación era primordial.

Era lógico por ello que a cargo de una y otra se hubiesen colocado personas que diferían notablemente entre sí: mientras que el padre Seamus Ferguson era un viejo recalcitrante, obsoleto en sus convicciones, en su forma de proceder, y en gran medida aislado del mundo exterior, el padre Martin Finnegal era una auténtica figura mediática, con una imagen que nada tenía que envidiar a la de cualquier personaje famoso del ámbito de la política, del deporte o del espectáculo; con unos ademanes seductores propios de cualquier galán cinematográfico; y con una verborrea que le podría haber convertido en un brillante parlamentario si se hubiera propuesto dedicarse a algo más cercano a lo humano que a lo divino. No sólo era asiduo participante en debates o tertulias televisivas, así como figura profusamente fotografiada en saraos y eventos similares tan del gusto de las revistas frívolas que pueden encontrarse en peluquerías y establecimientos similares, sino que incluso tenía a su cargo un programa televisivo dominical, denominado “La Hora del Señor”, en el cual se esforzaba con indudable éxito en presentar una imagen de la doctrina y del quehacer cotidiano de la Iglesia Católica que, sin llegar a contravenir lo marcado por la ortodoxia, conseguía hacerla mucho más atractiva para un abanico social que iba desde las señoras de mediana edad hasta las adolescentes idealistas y un tanto soñadoras.

De alguna forma, la dualidad que representaban el padre Ferguson y el padre Finnegal era un buen ejemplo del carácter camaleónico del que puede alardear con toda justificación la Iglesia Católica, consistente en albergar en su seno personas e ideas que difieren notoriamente entre sí incluso hasta llegar a ser antagónicas, pero que sin embargo no sólo tienen buen acomodo dentro de la institución, sino que pueden en el momento que sea preciso servir de estandarte y exponente del carácter de la institución sin que ésta evidencie un ápice de vergüenza, de azoramiento o de incomodidad.

Al igual que todas las instituciones de poder que en este mundo han sido, hay una cosa que la Iglesia Católica conoce bien incluso a pesar de que a primera vista pueda parecer que vaya en contra de sus principios básicos, y es que el blanco y el negro absoluto no existen, lo mismo en las almas que en los cuerpos, pero sin embargo que la gama intermedia de grises entre un color y el otro puede llegar hasta el infinito. Desde el gris casi negro del clergyman raído del padre Ferguson, falto por completo de gracia y estilo, hasta el traje gris amarronado de estupendo corte que lucía el padre Finnegal, haciendo juego con un polo de cuello alto de un tono marrón más atrevido, y un crucifijo de plata colgado de una cadena del mismo material justo a la altura precisa para que se dejara ver incluso con el botón de la chaqueta abrochado, aunque no entero sino sólo parcialmente, con la finalidad que no parezca un estandarte litúrgico, sino para que cumpla el cometido de insinuar que el padre Finnegal, por encima de todo, era un hombre del Señor.

Dicen que donde mejor se ve la categoría de la indumentaria de un hombre es en los zapatos. Y los del padre Finnegal no desmerecían en absoluto, ni en lustre, ni en hechura ni en materiales. Ni los zapatos, ni el corte de pelo entrecano, ni el perfume que irradiaba a su alrededor ni cualquier otro aspecto que contribuyera a que el padre Finnegal constituyera la mejor imagen que la Iglesia Católica pudiera proyectar de cara al exterior.

A pesar de que Kelly O'Brien acostumbraba a encender la televisión los domingos a la mañana para entretenerse mientras quitaba el polvo a los muebles y realizaba alguna que otra tarea doméstica, no era ni mucho menos una adicta al programa "El día del Señor", al cual juzgaba demasiado empalagoso y convencional. A lo mejor fue por esa razón que, tras llamar a la puerta, abrirla, y encontrarse cara a cara con el padre Finnegal, tardó unos segundos en darse cuenta de quien era el persona que tenía delante.

—Buenas tardes, encantadora dama.

—Buenas tardes. Si no me equivoco, usted es el padre Finnegal.

—El mismo. ¿Y quién es esta bella joven que me ha abierto la puerta?

—Kelly O'Brien, padre.

—¿Kelly O'Brien? Encantado de conocerte, Kelly. Veo que a mí ya me conoces.

—No demasiado, padre.

—Pues me gustaría que nos conociéramos más, si no te parece mal.

El viejo Seamus Ferguson tenía un instinto especial para darse cuenta de cuándo pasaba algo importante aunque nadie se lo hubiera dicho, así que, sin que se supiera por qué, abrió la puerta de su despacho justo en el momento en que el padre Finnegan se disponía, sin ninguna prisa dicho sea de paso, a departir amigablemente con Kelly O'Brien.

—¿Qué te trae por aquí, Finnegan?

—¡Seamus, viejo zorro! ¿Cuánto hace que no nos veíamos? Lo menos dos eternidades, y que Dios me perdone. Me doy cuenta de que sigues igual que siempre.

—Tú en cambio un poco más viejo.

—Un poco más viejo sí, no lo voy a negar porque como bien sabes el sacerdocio es un oficio que desgasta mucho. Claro que a ti no se te nota: te plantaste en los ochenta, y ahí vas a seguir por lo menos otro siglo más.

—¿A qué te refieres, a que llevo aquí desde los años ochenta? Y alguno más también.

—No, hombre, no. Quiero decir que cuando tenías una edad que no sé cuál era en realidad, se te quedó una cara de tener ochenta años que no ha cambiado desde entonces.

—No sé si eso ha sido un cumplido u otra cosa, pero bueno, lo voy a dejar pasar.

—En cambio esta damisela supongo que tendrá muchos menos años. Seguro que cuando le destinaron aquí a tu jefe tú todavía no habías nacido. ¿A que no, guapa?

A Kelly O'Brien había empezado a cansarle le verborrea de galán barato del padre Finnegan, así que optó por una disculpa y se retiró a su mesa, argumentando una gran cantidad de trabajo pendiente.

—Seamus, necesito que me hagas un grandísimo favor.

El padre Ferguson, al igual que la mitad de los miembros del clero irlandés, ya estaba acostumbrado a que si alguna vez el padre Finnegan se dignaba a visitarle, no era para dar, sino para recibir.

—Si es para pedirme dinero, ya te digo que has pinchado en hueso.

—No seas antipático, Seamus, que sabes bien que yo jamás te he pedido dinero.

—Otras cosas sí, pero prefiero callarme y no sacarlas a relucir.

—Todo eso es agua pasada. Vamos a tu despacho y te lo cuento.

Ferguson y Finnegan, este último con el brazo apoyado en el hombro de su anfitrión, se metieron en el despacho para hablar en privado. Pero justo antes de que cerrasen la puerta del todo, a Kelly le dio tiempo de oír una simple frase:

—Necesito que me busques un cura, a ser posible viejo, que tenga una mancha en el culo.

Nada más oír eso, a Kelly se le pusieron los pelos de punta. ¿Así que detrás del enigma que tanto le atormentaba podría estar un cura? ¿Cómo era que no se le había ocurrido antes, o acaso sí que lo pensó en algún momento, pero sin prestar a dicho pensamiento la debida atención? Necesitaba a toda costa enterarse de lo que estaban tratando los dos vicarios aunque no sabía cómo. La puerta era demasiado gruesa y maciza para que se pudiera escuchar algo a través de ella. Y si irrumpía en el despacho argumentando cualquier excusa, seguramente los dos interlocutores se callarían hasta que volviera a salir. Tenía que ocurrírsele algo, y rápido.

De repente le vino una idea a la cabeza que, aun siendo sencilla, como nunca tuvo necesidad de ella jamás se le pasó por la imaginación. Resultaba que, contiguo al despacho del padre Ferguson, se encontraba el cuarto de los archivos, una pequeña habitación sin ventanas que, como único respiradero, comunicaba con el despacho del padre Ferguson por una pequeña rejilla situada casi a la altura del techo. La entrada al cuarto se encontraba en la antesala, es decir, en su zona de trabajo, y para mayor suerte en el mismo cuarto de archivos se guardaba una pequeña escalera utilizada para alcanzar las carpetas de los estantes más altos. Así que, con una rapidez supersónica, Kelly se introdujo en el cuarto de archivos, se subió a la escalera y puso el oído contra la rejilla.

—¿No tienes nada más importante que hacer que venir a tomarme el pelo?

—Te juro, Seamus, que estoy hablando totalmente en serio.

—No sé si tus juramentos valen más que una moneda de plomo.

—Seamus, no hace falta que te pongas desagradable, porque ya nos conocemos lo suficiente como para que venga a aburrirte con bromas.

—Entonces explícamelo, porque dicho así parece una broma, y desde luego de bastante mal gusto.

—Veo que no lees los periódicos. ¿Cuándo fue la última vez que leíste uno,

cuando anunciaron el resultado de la batalla de Waterloo?

—¡Finnegal: o me cuentas algo que de verdad me interese, o te marchas por la puerta que has venido! Por si no lo sabes, yo lo que más leo es la palabra de Dios. Seguramente más que tú, dicho sea de paso. Ah, y deja en paz a mi secretaria, que hasta los viejos que ya teníamos ochenta años cuando acabó la guerra de Troya nos damos cuenta de cuánto se te ve el plumero.

El padre Finnegal pensó que o bien recapitulaba y cambiaba de actitud, o no iba a conseguir nada del que sin duda era el cura más antipático y refunfuñón de toda la diócesis. Así que realizó una inspiración profunda y se puso a explicar las cosas de una forma si no más respetuosa, al menos más comprensible:

—Seamus: ocurre que a las cosas de la Iglesia ya no se las trata con el mismo respeto de antes, ni en los medios de comunicación, ni en la sociedad en general.

—Ya sabemos que el diablo está avanzando a pasos agigantados en esta sociedad cada vez más materialista. ¿Y qué me quieres decir con eso?

—Pues que cada vez están saliendo a la luz más cosas que hasta ahora ni se tocaban. Hace poco apareció en la televisión un reportaje sobre las lavanderías.

—Creo que, si no es en la tierra, al menos en el cielo recibirán las esforzadas Hijas de la Caridad la justa recompensa por el enorme esfuerzo que realizaron para llevar al buen camino a un montón de jóvenes descarriadas.

—En el cielo no sé lo que pasará, pero en la tierra las están poniendo en la picota. A ellas y a otros muchos, argumentando que a las jóvenes que trabajaban en las lavanderías las explotaban y les hacían sufrir tratos humillantes y degradantes.

—Nunca es excesivo el castigo en la tierra, si con ello se consigue entrar en la gloria.

El padre Finnegal estaba a punto de perder la paciencia, pero sin embargo hizo un esfuerzo de humildad, y continuó con su relato.

—Poco tiempo después apareció un reportaje en una revista de esas que suelen sacar los periódicos el domingo, donde trataba de todas las jóvenes madres solteras que tuvieron que entregar a sus hijos recién nacidos en algún convento para que alguien los acogiera en adopción.

—También las religiosas que se encargaron de los hijos nacidos del pecado merecen una recompensa del Altísimo.

—Bueno, al grano: resulta que en ese reportaje, así como de pasada, se mencionó el caso de dos mujeres que en un principio no se conocían de nada, pero que por un casual se dieron cuenta de que ambas tenían una mancha en el culo exactamente igual. Y no sólo eso: sino que las dos habían sido hijas de madres solteras y criadas en algún convento.

—Y supongo que para saber eso tuvieron que haber exhibido su desnudez una delante de la otra.

—Supones bien, Seamus, pero eso no es la cuestión. El caso es que se trata de dos mujeres de edades bastante diferentes, además con procedencia de dos localidades alejadas: una de la zona de Galway, y la otra de aquí, de Cork. Pero lo más preocupante es que, según parece, ese tipo de manchas tienen un origen hereditario, es decir, que si por su edad diferente es del todo imposible que fueran hijas de la misma madre, tuvieron que serlo del mismo padre. Alguien que en épocas muy distintas, y en lugares también diferentes, dejó embarazadas a dos jóvenes, seguramente adolescentes, o casi, que dieron a luz dos hijas con la marca heredada del padre de ambas.

—¿Y acaso te preocupa no conocer la respuesta a ese enigma, Finnegal? Pues bien que podrías buscarla en la lectura de San Eustaquio, en su obra monumental "*De rebus omnibus*", o aún mejor en las actas del Concilio de Trento.

El padre Finnegal, aparte de estar perdiendo la paciencia, tampoco salía de su asombro. Y mientras tanto Kelly, agazapada encima de la escalera y con la oreja lo más cerca que podía de la rejilla, lo más seguro es que se habría delatado estallando en carcajadas si no fuera porque el tema le preocupaba tanto que se lo tomaba totalmente en serio.

—¿Y qué nos dice San Eustaquio en ese mamotreto de omnibus o no sé qué, que es pecado viajar en ómnibus sin billete o a algo así?

—No te burles de los santos, Finnegal. Si atendieras mejor a los antiguos textos sagrados, te darías cuenta de que sólo puede ser obra del mismísimo Satán el haber engendrado dos hijas con una marca que las delatase. Bien harían los poderes terrenales encerrando a esas mujeres malditas antes de que engendren nuevos hijos del Maligno y lleven a la perdición a toda la Cristiandad.

Al final, el padre Finnegal acabó perdiendo la paciencia, como no podría ser de otra forma.

—Escucha bien lo que voy a decirte, Seamus, viejo cascarrabias antediluviano: aunque ni siquiera se te haya pasado por la cabeza, debes saber que en la diócesis hay quien sabe sumar dos más dos, y ha sospechado que un personaje así puede encajar con el perfil de un sacerdote, es decir, alguien que carece de esposa o pareja, que ha estado viviendo en sitios diferentes a lo largo de su vida, que ha tenido oportunidad de seducir a mujeres jóvenes o incluso a adolescentes, y que luego no ha querido, o no ha podido, hacerse cargo de sus hijos o al menos reconocerlos como propios, ni mucho menos aún que se hiciera notoria su relación con las madres respectivas.

—¿Me estás diciendo, Finnegal, que en la diócesis se sospecha de algún ministro de Dios?

—¡No, maldita sea! Te estoy diciendo que hay que asegurarse de que el responsable de ese asunto no sea ningún sacerdote, y si por un casual lo fuera, que tengamos tiempo de tomar las medidas necesarias antes de que el tema se eche a rodar. Porque te puedo asegurar que un tema de esos es un auténtico filón para la prensa sensacionalista.

—¡No consiento que se blasfeme en esta casa, padre Finnegal!

—Deja de exagerar, y escucha: tú conoces mejor que nadie todos los trapos sucios de los que han sido sacerdotes, o lo siguen siendo, de más de cuarenta a años a esta parte. Y lo que no recuerdas, lo tienes metido en tus archivos. Así que haz el favor de ponerte a la tarea cuanto antes, y eso por dos razones: la primera, que aunque no lo creas, estamos en el mismo bando y tenemos los mismos intereses. Y la segunda, porque todo esto que te he contado no se me ha ocurrido a mí sólo, sino que es un encargo que viene de arriba.

—¿Así que ahora en la archidiócesis se está empezando a dudar de los sacerdotes hasta el punto de pensar en algún culpable aun sin existir ningún indicio serio de culpabilidad?

Llegados a este punto, y visto que el tema no daba más de sí por las buenas, Finnegal pensó que había que empezar a atacar por las malas:

—Seguramente tú habrás conocido a Banana Dick.

Nada más decir el nombre se dio cuenta, por la cara que puso el padre Ferguson, de que había encajado el golpe.

—Supongo que era de tu época. Cuando yo estaba en el seminario, era un

auténtico referente para todos los seminaristas. Casi te digo que se hablaba más de Banana Dick que del apóstol San Pablo.

—Pongo la mano en el fuego que jamás había oído hablar de semejante personaje.

—Ten cuidado, Ferguson, no vayas a jurar en vano. Banana Dick debía de ser un cura que traía a todas de calle allá donde lo destinaran.

—No me parece que ese nombre que acabas de pronunciar sea el más apropiado para referirse a un sacerdote.

—Seguramente no, pero el caso es que para los jóvenes que estábamos en el seminario entonces, Banana Dick era algo así como un personaje mítico, mitad real, mitad imaginario. Bien es verdad que, muchos años después, alguien me dijo en una ocasión que era una persona real, pero tampoco me pudo explicar de quién se trataba porque desconocía su verdadero nombre.

—¿Y a cuento de qué viene toda esa historia impropia de quienes han jurado servir a Dios durante toda su vida?

—El caso es que, cuando comentábamos entre nosotros las supuestas hazañas de Banana Dick, los seminaristas de entonces nos dividíamos en tres grupos: los que soñaban con convertirse el día de mañana en un cura como Banana Dick; los que se santiguaban de horror y corrían a confesarse sólo por haber escuchado semejantes historias; y los que no decían ni esta boca es mía pero se les notaba a la legua cuánto les gustaría que Banana Dick se les metiera en su cama.

—Y supongo que tú pertenecerías al primer grupo.

—Exactamente. ¿Y sabes lo que te digo, Ferguson, que más de una vez he pecado porque no me he resistido a las tentaciones de la carne. Muchas veces en realidad. Pero lo que jamás he hecho ha sido portarme con ninguna mujer joven, ni tampoco con ningún hombre o muchacho, con vileza, con falsedad y con cobardía para no asumir la realidad de ser un hombre que, como cualquier otro, necesita del amor de alguien.

—¿Así que no te bastaba con el amor de Cristo y de la Virgen Santísima?

—¿Y a ti sí, viejo Ferguson? Pues quiero que sepas que muchos de mis antiguos compañeros que cada vez que oían hablar de Banana Dick se santiguaban como mojigatos, han pasado alguna vez por tu despacho porque se han portado con adolescentes, e incluso con niños, como auténticos perros. Eso sí: al final todo se ha solventado bajo cuerda.

—¡No estoy dispuesto a comentar contigo lo que se trata en este despacho con relación a otros ministros de Dios!

—Ni falta que hace, Ferguson, porque de eso sé lo suficiente.

—¿Y quién te lo ha contado, acaso el mismo diablo que consiguió hacerte caer en la tentación de la carne? Lo que no entiendo es que si tanta necesidad tenías de yacer con una hembra, por qué permaneciste en el sacerdocio.

Llegados a este punto, el padre Finnegan estaba ya embalado. Así que no tuvo reparos en lanzarse a tumba abierta jugándose el todo por el todo.

—¿Sabes por qué permanecí en el sacerdocio? Porque cuando eras el quinto de una familia con siete hijos e hijas que apenas si tenía dónde caerse muerta, o bien ingresabas en el seminario, o bien corrías el riesgo de caerte muerto tú el primero.

—Más vale caerse muerto en la gracia, que vivir en el pecado.

—¿Ah sí? Pues voy a decirte otra cosa que hasta ahora no se la he contado a casi nadie: estando en el seminario, el padre prefecto me folló con apenas catorce años. Y si hasta ahora no lo he hecho público, al principio fue porque estaba muerto de miedo, pensando incluso que por eso me iba a condenar en el infierno; después no lo hice porque sentí una terrible vergüenza, como si yo hubiese sido el culpable; y al final, siendo ya un adulto, por respeto a la Iglesia y al sacerdocio. El caso es que yo acabé siendo cura, y el que me folló siguió siendo prefecto del seminario hasta que en un descuido por su parte un camión se lo llevó por delante. Pero entérate, viejo carcamal, que las cosas ya no funcionan así, y que no falta nada para que empiecen a salir a la luz montones de casos de curas santurriones que han estado abusando de niños, de jóvenes y de adolescentes de ambos sexos, casi siempre basándose en engaños, en intimidación y en su posición de superioridad con respecto a ellos. Así que más vale que te pongas cuanto antes a la tarea de buscar algún cura que tenga una mancha en el culo, porque a lo mejor así conseguimos solventar un escándalo de padre y señor mío.

La pobre Kelly O'Brien estaba más que consternada de haber oído una conversación como jamás hubiera sospechado entre dos sacerdotes que, quiérase o no, ostentaban cierto nivel de jerarquía en el seno de la Iglesia. Sin embargo, en medio de toda esa consternación tuvo un destello de lucidez, y pensó que era el momento de regresar rápidamente a su despacho y permanecer en él como si no se hubiera enterado de nada, porque le daba la

sensación de que la conversación estaba tocando a su fin. Y por otra parte, se dio cuenta de que si por un casual el padre Ferguson, o cualquier otro, descubría que una de las mujeres con una mancha en el trasero era ella, no sólo perdía todas las opciones de investigar el caso dentro de la propia Iglesia, sino que incluso podría ser objeto de amenazas para no seguir con el tema adelante, que no sólo podrían afectarle a ella sino incluso a las monjas del convento, como Sor Agatha, que la habían cuidado casi durante toda su vida.

Así que con la misma rapidez que tuvo para meterse en el cuarto de los archivos, salió del mismo, y con el corazón latiéndole al máximo, justo le dio tiempo de sentarse en su mesa, ver como al padre Finnegan volvía a recalcarle al viejo Ferguson que esperaba resultados, y sin más pasaba por su lado casi sin saludar para acabar saliendo de la oficina dando un portazo, con un talante bien diferente al que había exhibido cuando llegó y empezara a flirtear con ella en plan de galán barato.

Capítulo 20

Aún faltaba una hora para que Kelly terminase su jornada habitual de ayuda en el despacho del padre Ferguson cuando el padre Finnegal abandonó la oficina dando un portazo, y a fe que se le hizo una de las horas más largas de su vida. Por una parte, por la agitación que le produjo la conversación que furtivamente había escuchado, de la cual, además, ella era parte interesada. Pero también por el miedo, un tanto irracional, a que de repente al padre Ferguson se le ocurriera preguntarle sin más a ver si ella tenía alguna mancha en el culo, porque como estaba al corriente de su procedencia de un convento de adopción, a lo mejor quería empezar por la propia casa para eliminar posibles sospechas acerca de quienes pudieran ser hijas del Maligno.

El caso es que, tras la marcha del padre Finnegal, el padre Ferguson también cerró la puerta de su despacho con bastante virulencia, y mientras tanto Kelly, hecha un manojo de nervios, se pasó la hora esperando a que en cualquier momento se abriera dicha puerta y el padre Ferguson, totalmente fuera de sí, comenzase con el interrogatorio que acuciada por su miedo había imaginado. No fue eso lo que pasó, sino que durante todo ese tiempo la puerta del despacho del padre Ferguson permaneció cerrada. Así que cuando llegó la hora de marcharse, Kelly se tuvo que armar de valor para llamar al despacho de su superior y avisarle de que se iba.

—Padre Ferguson, le aviso que me voy a casa. Le deseo buenas noches.

El padre Ferguson apenas si levantó la cabeza de unos papeles que, al parecer, estaba mirando con inusitada atención, y justo emitió una especie de gruñido a título de despedida.

Si bien la última hora de trabajo en la oficina de la Vicaría del Santo Oficio fue difícil de llevar, lo que le ocurrió a Kelly una vez que llegó a su casa y se acostó no fue mucho mejor, pues de hecho pasó largas horas en esa especie de estado intermedio entre la vigilia y el sueño, en el cual fluyen un montón de extrañas ideas a la cabeza pero sin que en ningún caso la persona esté del todo segura de qué parte de ellas era mero pensamiento y qué parte sueño, o incluso pesadilla. Así, una y otra vez se imaginaba al padre Ferguson obligándola a desnudarse y mostrarle la mancha del trasero, y cuando, presa de miedo, se la mostraba, éste procedía a azotarla con furia valiéndose de una fusta, a la vez que la increpaba llamándola hija del Maligno, alma condenada desde el momento de su concepción por ser producto de una unión sacrílega

contra natura, y un montón de cosas por el estilo.

Afortunadamente, su trabajo en la oficina del padre Ferguson se reducía a dos tardes por semana, razón por la cual disponía de un intervalo de tres días hasta volver al escenario de lo que había sido para ella un auténtico trauma. Así que pensó que debía aprovechar a toda costa esos tres días para hacer algo que mereciera la pena, sobre todo para asegurarse de que cuando volviera a verse con el padre Ferguson cara a cara tuviera la suficiente presencia de ánimo como para hacer frente a la situación sin morirse de miedo.

“Necesito la ayuda de alguien —pensó, mientras que una vez del todo despierta preparaba su café matutino. Alguien con quien desahogarme pero, al mismo tiempo, alguien que me ayude a resolver el misterio del hombre con la mancha en el trasero, lo mismo si se trata de algún cura como si no. Y alguien a la vez con quien me pueda sentir hasta cierto punto protegida, porque lo que en un principio parecía un mero juego de acertijo puede volverse en mi contra a menos que tenga buena suerte.”

Hasta el momento sólo dos personas más conocían el secreto de la identidad de las dos mujeres del reportaje: la propia Margaret y Caroline Brenton, la periodista que lo había publicado. Sin embargo, ninguna de las dos le parecía idónea para compartir la información que acababa de obtener. Por una parte, Margaret no tenía la misma motivación que ella para llegar hasta el fondo del asunto, y si al final el tema se complicaba con la jerarquía de la Iglesia Católica, su motivación sería aún menor. Y en el caso de Caroline el problema era por decirlo de alguna forma inverso: si se adelantaba a publicar que la Iglesia estaba realizando pesquisas para cerciorarse de quién era el padre de las dos mujeres del reportaje porque tenían sospechas de que podría tratarse de un sacerdote, lo único que iba a conseguir era poner a la Iglesia en guardia, y a lo mejor también que al final las sospechas de que la propia Kelly estuviera detrás del asunto acabarían confirmándose. Tenía que encontrar a alguien de plena confianza, que por una parte conociera bien el mundo de la Iglesia, pero que por otra fuera con ésta lo suficientemente crítico como para ayudarle a desentrañar el misterio de la identidad de su padre aun en el caso de que se tratara de un ministro de Dios.

Al cabo de mucho pensar se le ocurrió que el sacerdote suspendido de sus funciones, no por haber cometido faltas que pudieran considerarse delictivas o al menos censurables desde un punto de vista ético más general, sino por haber

mantenido un estilo de vida discordante con los preceptos de la jerarquía, era para eso la persona ideal. Además, conocía su dirección, o al menos la de sus padres, así como su lugar de trabajo, el cual además lo había conseguido gracias a su intervención. Pensaba Kelly, y no sin razón, que a fin de cuentas Michael Fogherty estaba en deuda con ella, no sólo por haberle ayudado a encontrar empleo, sino también porque en un momento de fuerte crisis, como de hecho suponía el haber sido suspendido de sus funciones sacerdotales, ella se había portado con él la mar de amable. Así que sin perder tiempo se puso a la tarea de ponerse en contacto con él, para contarle el asunto y pedirle ayuda.

—Señor Fogherty, tiene usted un llamada telefónica.

—¿Ha dicho de quién se trata?

—Creo haber entendido que una tal O'Brien.

En un principio el apellido O'Brien no le sugirió a Michael absolutamente nada: aparte de tener ya bastante olvidadas las vicisitudes de su pasada vida sacerdotal, suele ser normal que el trabajo del enseñante sea tan absorbente que al principio le cueste a éste situarse en otro contexto diferente al de su quehacer habitual.

—Aquí Michael Fogherty.

—Michael, soy Kelly O'Brien.

—¿Kelly? Ah, sí. Kelly la secretaria del padre Ferguson.

—La misma.

—Perdona si al principio no me he dado cuenta de quién eras. El caso es que me has pillado de sorpresa.

—Ya me ha dado cuenta. Oye, hay una cosa que me gustaría comentar contigo. ¿Podríamos quedar a tomar algo en algún sitio?

—Desde luego. ¿Es urgente?

—Si puedes hoy mismo, te lo agradecería.

—¿Qué tal a las cinco?

—Estupendo. ¿Conoces el bar de Charlie?

—Creo que sí. Por cierto, antes de que cuelgues querría agradecerte lo del trabajo.

Ahora fue Kelly la que no entendió al principio de qué se trataba.

—La señora Rutherford, la jefa de estudios de enseñanza secundaria, me ha

explicado que tu intervención fue decisiva para que me dieran el puesto.

—¿La señora qué?

—La señora Rutherford, la prima de esa monja que debe de ser amiga tuya.

—Ah, sí. La prima de Sor Agatha. Bueno, la verdad es que casi todo el mérito ha sido de ella.

—¿De ella? ¡Pero si no me conoce de nada!

—Pues según parece le has debido de caer bien por algo.

—Pues dale las gracias de mi parte.

—Así lo haré. Bueno, tengo que colgar que ando con un poco de prisa. Hasta la tarde entonces.

—Hasta la tarde. Cuídate.

Al sorprendido Michael le costaba imaginar cuál pudiera ser el interés que Kelly O'Brien tenía en él. Bien es verdad que ya era lo suficiente experto como para suponer que su llamada no era una propuesta de cita en el sentido más común de la palabra. En realidad ni siquiera sabía con certeza si Kelly era o no era monja, o incluso si en caso de no serlo manifestaba algún interés en relacionarse con personas del sexo opuesto. Pero, por otra parte, el instinto que todo hombre posee le impulsaba a hacer cálculos sobre las posibilidades que pudiera tener con ella de cara a una futura relación de pareja, interés éste aumentado por el hecho de que pocos días antes Jennifer le había anunciado la llegada sorpresiva de su marido Dennison a la mayor brevedad, además según parecía para una larga estancia.

Por si fuera poco, la vez que Kelly se presentó en su casa para comunicarle la decisión adoptada por el obispado le cayó a su madre estupendamente, lo cual suele ser en gran cantidad de casos un estupendo punto de partida para que un hombre intente establecer con una mujer una relación, pues si bien el inconsciente hábito masculino de valorar sus posibilidades con cualquier mujer que se ponga delante de ellos es casi universal, el que un hombre se sienta influenciado por la madre respectiva a la hora de tomar las decisiones importantes de su vida tampoco es algo que le vaya a la zaga.

Cuando vio aparecer a Kelly vestida con ropa mucho más informal que en las dos ocasiones anteriores, con un jersey ceñido, una falda vaquera con el borde bastante más arriba de las rodillas, zapatillas deportivas y un anorak de color rosa, al menos salió de dudas acerca de la falta de vocación monjil por

su parte, lo cual le produjo una notoria alegría, más aún cuando, tras llegar a su altura, le estampó un par de besos en ambas mejillas.

—¿Te he hecho esperar mucho?

—En absoluto. Acababa de llegar. Además, te encuentro la mar de guapa, y eso compensa cualquier espera.

Lo dijo de forma espontánea, que es como mejor salen los cumplidos. Sólo un poco después se dio cuenta de que en realidad Kelly le gustaba bastante más de lo que hasta entonces se lo había confesado a sí mismo.

—¿Qué tal si nos sentamos? Invito yo.

Era el momento de escuchar, y Michael se dio cuenta de que en realidad estaba más nervioso de lo que hubiera sido normal en otras circunstancias.

—Michael, tengo que pedirte un favor, y de paso contarte una cosa bastante delicada.

Lo del favor suele ser normal cuando alguien te llama y no te lo esperas. Y lo de la cosa delicada no hace sino ponerte en disposición de aceptar cualquier favor por grande que sea, al menos cuando quien te lo pide es una mujer que te gusta un montón.

—Tú me dirás.

Kelly esperó unos segundos para tomar aire y ordenar sus pensamientos.

—¿Has tenido ocasión de ver en televisión un reportaje sobre las lavanderías de María Magdalena?

—Sí que lo he visto. Es terrible las cosas que se están dando a conocer sobre lo que hizo la Iglesia Católica en el pasado, y qué duda cabe, sobre el país en general.

—Tienes toda la razón del mundo. Es terrible.

—Incluso había pensado tratar ese tema con mis alumnos. De hecho, aprovechamos cualquier tema de actualidad que haya causado impacto en la sociedad para debatir sobre él en clase.

Nada más que acabó la frase, pensó para sí: “Michael, estás hablando como un profesor pedante. Ándate con cuidado, porque vas a acabar aburriéndola demasiado pronto y tu gozo se va a quedar en un pozo”.

—¿Así que tratas en la clase temas actuales con tus alumnos?

—Sí, pero te aseguro que no siempre resulta fácil.

—Bueno, pues para empezar me gustaría pedirte que este tema no lo trataras por ahora. No sé si es mucho pedir.

Una vez más, a Michael se le pasó por la cabeza que la tal Kelly no era más que un lacayo del padre Ferguson. Era curiosa la facilidad con que cambiaba su opinión sobre ella en cuestión de minutos. Y no estaba seguro de si eso era bueno o no, pero más bien le parecía que no.

—La verdad es que me parece una petición un tanto atrevida, así que me gustaría que te explicaras.

—Resulta que al poco tiempo de aparecer ese reportaje en televisión, en una revista se publicó otro parecido, éste sobre los conventos que acogían niños recién nacidos de madres solteras para darlos después en adopción.

—Eso también lo he leído. De hecho, estaba empezando a recopilar material sobre todo lo relacionado con la forma en que la Iglesia Católica ha tratado a las mujeres, sobre todo en Irlanda, con vistas a mi trabajo en clase.

—¿Recuerdas haber leído algo sobre dos mujeres que no se conocían de nada, pero que a lo mejor son hijas del mismo padre?

Aunque la forma en que Kelly planteó el tema fue de lo más diplomática, de repente Michael entendió cuál era en realidad el objeto de la entrevista, o al menos la razón por la cual le había llamado. Y debió de poner tal cara de sorpresa que a Kelly le puso las cosas mucho más fáciles para explicar lo que quería.

—Me parece que te acabas de dar cuenta de lo que te quiero comentar.

—No me digas que tú...

—Yo soy una de las mujeres que se citan en el reportaje.

—O sea que...

—O sea que yo tengo una mancha en el trasero, al igual que otra mujer a la que conocí por casualidad. No hace falta que pongas esa cara de asombro, que no es para tanto. ¿No te parece?

Aunque en buena ley no hubiera una razón objetiva para ello, el pobre Michael sintió que se sonrojaba. A lo mejor la razón subjetiva era que desde el momento en que recibió la llamada de Kelly, había estado pensando en ella de una forma que solamente se lo había confesado a sí mismo a medias.

—Bueno, no sé qué decirte. O más bien no sé cuál es el favor que me quieres pedir.

—Hasta ahora hemos hablado de algo que puede saber todo el mundo, es decir, lo del reportaje y todo eso. Pero hay también cosas que no las sabe nadie, o mejor dicho, que sólo las conozco yo, y que tienen que ver con la Iglesia Católica.

—Entiendo. Tú eres la secretaria del padre Ferguson.

—Bueno, en realidad, no. Yo soy secretaria en un bufete de abogados, lo cual es mi verdadero trabajo. Pero dos tardes a la semana ayudo al padre Ferguson en sus trámites, que dicho sea de paso no son muchos.

—¿Y cómo fuiste a parar a semejante sitio?

—En realidad yo no lo pedí. Simplemente ocurrió que en cierta ocasión manifesté mi disposición a ayudar a la Iglesia en algo, un poco en agradecimiento porque soy una huérfana a la que criaron las monjas de un convento. Mientras vivía allí ayudaba a las monjas en todas las tareas, pero una vez que me independicé pensé que debía seguir ayudando en lo que pudiera.

—Y entonces te enviaron a un puesto que no quería nadie.

—Algo así. Cuando falleció Sor Brígida el puesto quedó vacante, y al enterarse de mi propuesta el obispado sintió que tenía el cielo abierto.

—A cambio de enviarte a ti al infierno.

—Algo así. Pero vayamos al grano: ¿Conoces al padre Finnegan?

—¿Quién no lo conoce? Al menos por televisión. Es algo así como el showman de la Iglesia.

—Bueno, pues el otro día apareció por el despacho del padre Ferguson, para pedirle que investigara si existía algún sacerdote que tuviera una mancha en el trasero.

Michael no acababa de entender a dónde quería ir a parar Kelly con esa historia tan rocambolesca, y mucho menos qué tenía que ver él con todo aquello.

—Perdona, pero creo que me he perdido.

—Resulta que, al parecer, ese tipo de manchas son hereditarias, es decir, que lo hijos las tienen porque también sus padres las tuvieron. Al menos uno de ellos.

Poco a poco, Michael empezó a comprender el fondo del enigma. Y al igual que antes, Kelly se dio perfecta cuenta de ello.

—Creo que ya te has dado cuenta del problema. Además, supongo que conoces bien el percal.

—El padre Finnegan sospecha que tu padre pudo haber sido un cura.

—Exactamente. Y como el padre Ferguson es quien mejor conoce los trapos sucios del clero, ha ido donde él en busca de ayuda.

—Por si acaso se levanta la liebre, y para que mientras tanto les de tiempo a quitar a tu supuesto padre de la circulación.

—Supongo que algo así.

—De todas formas, hay un par de cosas que no acabo de entender: en primer lugar, cómo sabes si la mancha la heredaste de tu padre o de tu madre.

—Mi madre debió de ser una joven de quince años que murió en el parto. Pero la otra mujer que tiene la mancha es mucho mayor, pues pasa ya de los cuarenta. Así que es imposible que tengamos ambas la misma madre.

—Entiendo. Lo que ya no veo tan claro es por qué piensa el padre Finnegan que pueda tratarse de un sacerdote.

—Porque un sacerdote encaja en el perfil de alguien que con un intervalo de varios años ha dejado embarazadas a dos mujeres sin estar casado con ellas; dos mujeres que vivían en lugares diferentes; que casi seguro serían muy jóvenes; y que tuvieron que entregar sus hijos en adopción de forma reservada.

—Pero en realidad no están seguros de si se trata de un sacerdote.

—No están seguros de nada, pero suponen que hay bastantes probabilidades. No sé si lo sabrás, pero el padre Finnegan es el vicario de la Propagación de la Fe, es decir, el que se ocupa de hacer una buena propaganda de la Iglesia Católica.

—Y un escándalo de estos, además en una época en la que están empezando a surgir unos cuantos casos parecidos...

—Pondría a la Iglesia patas arriba. Ten en cuenta además que si entre nosotras dos hay varios años de diferencia, ello quiere decir que puede haber muchos más casos similares.

—Con el mismo padre, es decir, con el mismo cura.

—Efectivamente. Y aquí entras tú.

Michael estaba empezando a ponerse nervioso, porque temía que esa historia pudiera ser una bomba que acabara explotándole a alguien, y con toda

lógica prefería estar a salvo de la explosión.

—Quiero que me ayudes a buscar a mi supuesto padre.

—¿Y por qué precisamente yo?

—Porque conoces mejor que yo cómo funciona la institución del clero, ya que has sido uno de ellos hasta hace poco.

—Supongo que tú también habrás aprendido algo de nosotros con el padre Ferguson.

—Sí, pero no es lo mismo. Además, creo que en cierta forma estás en deuda conmigo.

Michael estaba empezando a sentirse atrapado. Lo de la deuda, a fin de cuentas era una verdad ineludible.

—Es cierto, pero eso que me pides es algo que no estoy seguro de poderlo conseguir. La verdad es que no sabría ni por dónde empezar...

Kelly comprendió a la perfección que era el momento de jugar su última carta:

—En realidad también hay otra razón, y es que hay muy poca gente en la que pueda confiar. ¿A quién quieres que le pida ayuda, al padre Ferguson? Ése sería el último que me revelaría la identidad de mi padre, si es que al final resulta que es un cura.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿Pero realmente no tienes a nadie más?

No hay mujer que no sepa en un momento determinado ponerse lo suficientemente sentimental como para ablandar el corazón de un hombre, sobre todo si a éste le gusta. Basta con tomarle de la mano, poner cara compungida, incluso echar alguna que otra lágrima, y todo arreglado.

—Michael, en realidad eres tú en quien confío.

—Pero Kelly, casi no nos conocemos...

—Creo que te conozco lo suficiente. Seguramente mejor que tú a mí. Entonces sólo te pido que tú también confíes en mí. Entiende que para mí es muy importante saber quién soy en realidad, como de hecho le ocurre a cualquier persona, más aún si, como es mi caso, ha sido huérfana toda su vida.

Michael cada vez veía más claro que no podía negarse. Por razones humanitarias, qué duda cabe, de la misma forma que en el pasado había ayudado a un montón de seres humanos en circunstancias mucho más difíciles.

Pero también porque en el fondo no quería perder a Kelly de vista, aunque a lo mejor al final podría acabar con el corazón roto y encima con un montón de problemas por haberse metido en un asunto que no le concernía. Pero al fin y al cabo todavía era un hombre joven, demasiado joven para convertirse sin más en un profesor aburrido, centrado sólo en la rutina de su trabajo y cada vez menos atractivo para el alumnado y para todo el mundo.

—Bien Kelly. Estoy dispuesto a ayudarte, aunque en el fondo, como te he dicho antes, no sé ni por dónde empezar.

—¿Has oído hablar alguna vez de alguien apodado Banana Dick?

—¿Banana Dick? Creo que no.

—Debía de ser un cura de hace mucho tiempo, el cual tenía una enorme fama de mujeriego. Cuando el padre Finnegan vino al despacho, le preguntó lo mismo al padre Ferguson, y éste negó conocer a dicho individuo, aunque no sé por qué me pareció que no decía la verdad.

—¿Y crees que el tal Banana no sé qué puede ser en realidad tu padre?

—No tengo ni idea. Ni siquiera sé si de hecho existió o es sólo una invención de alguien, porque de hecho el padre Finnegan tampoco estaba seguro de ello. Lo que sí parece es que, en caso de existir, debía de ser alguien de la edad del padre Ferguson, o a lo mejor algo más joven, aunque no demasiado.

—Y si realmente existió un cura de esas características, lo lógico es que el padre Ferguson acabara enterándose de sus andanzas.

—Efectivamente. Por eso me extrañó que el padre Finnegan hubiese oído hablar de él en su época de seminarista, y el padre Ferguson, por el contrario, hubiera afirmado no saber nada.

—Bueno, ¿y qué quieres que hagamos?

—Pues a lo mejor empezar por investigar sobre el tal Banana Dick. En realidad es la única pista que tenemos.

Michael no sabía si preocuparse o si sentirse encantado por participar en una aventura como tantas que había “disfrutado” en el pasado, encima en compañía de una mujer joven que, según iban pasando los minutos, se daba cuenta de que le gustaba cada vez más. De hecho, ni era la única aventura, ni tampoco la única mujer que le había gustado. Lo último que hizo fue emitir un

suspiro de resignación, y prometerle a Kelly que intentaría indagar por ahí algo sobre el tal Banana Dick.

—Bueno, en realidad hay otra pista que no te he comentado: La periodista que publicó el reportaje.

—¿Qué pasa con ella?

—Supongo que, si en realidad hay más casos como el mío, es posible que alguna de ellas, o de ellos, se pusiera en contacto con ella a través del periódico.

—Es posible. ¿Le has comentado todo esto que hemos hablado?

—No me atrevo. Prefiero no decirle nada por ahora, no sea que se le ocurra publicar algo antes de que tengamos datos seguros, y entonces se arme un escándalo sin que consigamos nada.

—Así que, de momento, sólo estamos tú y yo.

—Por ahora sí. ¿Te apetece dar un paseo?

—¿Cómo la vez anterior?

—Pero ahora nos conocemos más. ¿No te parece?

Después de intercambiarse los datos necesarios para poder seguir en contacto, salieron del bar para dar un paseo por la orilla del río. Aprovecharon para comentar cosas más o menos intrascendentes del trabajo y de la vida de cada uno, hasta que el frío y la oscuridad del anochecer hizo recomendable una retirada.

—Bueno, Michael. Te agradezco un montón que me quieras ayudar.

—Creo que en el fondo soy un tonto y un sentimental.

—¡Claro que no! En realidad eres un hombre maravilloso. Espero que nos veamos pronto.

Por si no estuviera aún Michael suficientemente en el bote, un fugaz beso en los labios dado por Kelly como despedida acabó por convencerle de que se acababa de meter en un lío doble con un final más que incierto en ambas vertientes.

Capítulo 21

Por primera vez en bastante tiempo, todos los presagios auguraban que la cena de Navidad en casa de los Fogherty iba a resultar un éxito rotundo. Olvidados ya los rencores, las desconfianzas y las reservas injustificadas de otras ocasiones, así como las ausencias más o menos forzadas de unos y otros, esta vez se esperaba la asistencia de toda la familia al evento, incluidas además aquellas parejas que ya se habían establecido como oficiales o, al menos, como habituales. Por una parte, la relación entre Kevin y Stanley estaba más que consolidada. Y por otra, una vez que Michael parecía que tenía encauzado su futuro más como profesor que como sacerdote, ni su propia hermana Maureen ni Benedict, el pacato marido de ésta, tuvieron ningún reparo en participar de un evento que la madre de los cinco hijos irlandeses había esperado desde hacía un montón de tiempo, anhelando además que se celebrase en el clima de unión y de armonía con que sueñan todas las mujeres que han entregado su vida al noble empeño de sacar una familia adelante.

Afortunadamente, los presagios iban cumpliéndose con arreglo a las mejores previsiones: tanto los que vivían más alejados, como Molly, Kevin o Stanley, o los que tenían su residencia más próxima, entre los que habría que mencionar al propio Michael además de Patrick y a su hermana casada, aparecieron provistos de provisiones “complementarios”, como vino australiano, whisky Jameson (jamás debería probarse en una ocasión solemne otro whisky que no fuera irlandés), o una estupenda tarta, encargo éste cumplido por Maureen entendiéndolo, con toda la razón del mundo, que el tema de las bebidas y de las posibles borracheras subsiguientes era mejor dejárselo al personal masculino de la familia.

Tratándose de una familia católica, no podía obviarse el hecho de que la celebración de la Navidad tenía por encima de todo un sentido religioso, lo cual quería decir a fin de cuentas que aparte de gozar del ambiente familiar en torno a una mesa bien provista, el motivo de reunirse toda la familia en tan señalado día obedecía al hecho de que era precisamente entonces cuando se conmemoraba el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Y si bien era cosa ya sabida que no todos los miembros de la familia podían considerarse católicos practicantes, o ni siquiera asiduos a los actos religiosos habituales, a la madre de los cinco hermanos le pareció que, antes del inicio de la cena, todos deberían participar en una oración, para que al menos durante los minutos

iniciales el sentido religioso de la celebración de la Navidad estuviera en la mente de todos los comensales.

Todo esto llevaba pensándolo la madre de Michael desde muchos días antes de la reunión familiar. En lo que no reparó fue en que, si bien hasta hace poco lo natural habría sido que el propio Michael, en calidad de sacerdote, dirigiera cualquier acto de esas características, ahora ya no estaba tan claro, no sólo porque ignoraba la situación actual de su hijo en cuanto a su práctica religiosa, sino también porque ya con anterioridad tanto su hija Maureen como su yerno habían manifestado reparos con respecto a la vida y las andanzas de Michael durante el último período.

Así que cuando, una vez que todos ellos estuvieron sentados en la mesa, se le ocurrió proponer que antes de empezar a comer se elevara una oración, todos los presentes empezaron a mirarse unos a otros sin estar del todo seguros de cómo iba a llevarse a cabo la propuesta. Y si bien la mayoría de las miradas, quizás un poco por mera costumbre, se dirigieron hacia Michael, el ambiente que se respiraba, aún sin que mediara palabra alguna, daba a entender que las cosas no estaban del todo claras.

Sin embargo, fue Michael como tantas otras veces quien, más por experiencia en semejantes trances que por otras razones, atinó a dar una salida honrosa a la situación:

—Esta vez creo que no me corresponde a mí hablar con Dios en nombre de todos vosotros, porque ya no estoy seguro de que sea realmente digno de ello. Es probable que también algunos de vosotros penséis que tampoco lo sois, y a lo mejor tenéis razón para pensar así. Pero sin embargo estoy convencido de que si hay alguien en esta mesa que puede dirigirse a Dios con la conciencia más limpia que nadie, esa es usted, madre. Así que propongo que sea usted quien dirija la oración en nombre de todos, porque además estoy seguro de que todos vamos a agradecerse de todo corazón.

La pobre madre, sintiéndose incapaz del hablar en nombre de nadie por falta de experiencia al no haber tenido en toda su vida la oportunidad de hacerlo, intento rehusar, insegura de sí misma por su pobre oratoria. No obstante, la insistencia de Michael y del resto de hermanos hizo que al final no le quedara más remedio que dar la cara:

—Señor: te doy las gracias por haber permitido que toda mi familia esté hoy reunida aquí como no lo estaba desde hacía mucho tiempo, y por haber logrado que en el corazón de todos ellos no exista ya ni odio ni rencor. Sabes

que ninguno de nosotros hemos sido todo lo buenos que deberíamos ser, pero a pesar de todo sabes también que los que están aquí rezando conmigo son las personas que más quiero en el mundo, y a las que siempre querré. ¡Y ahora a comer!

Si alguno sintió la más mínima emoción durante un breve instante, el ambiente distendido y el buen apetito hizo que tales sentimientos se olvidaran enseguida, reemplazados por las enormes ganas de saborear los succulentos platos que la esforzada madre había estado preparando durante largas horas. Así que, una vez llevado a cabo el primer ataque al menú y satisfecha el hambre por el momento, la conversación giró por derroteros menos espirituales, porque a fin de cuentas todos tenían ganas de saber qué tal les había ido últimamente a los demás. La primera en romper el hielo, contra todo pronóstico, fue Maureen:

—Antes de nada tengo que comunicaros una estupenda noticia: estamos esperando un niño.

—¿Sabes ya que va a ser chico? —el inefable mecánico Patrick, como era habitual en él, siempre pensando en clave mecánica.

—Todavía es pronto para eso, porque hasta el verano no va a llegar. Además, no estamos seguros de querer saber antes de que nazca lo que va a ser. Preferimos aceptar sin más lo que Dios nos vaya a conceder.

A pesar de que no todo el mundo compartía el mismo punto de vista, la noticia fue recibida por todos con lógica alegría, sobre todo por aquellos a quienes tal acontecimiento iba a convertirles en abuelos por primera vez.

—Quién iba a decir que teniendo tres hijos más mayores, Maureen vaya a ser la primera que nos dé una enorme alegría. ¿Y qué pasa con los demás, es que acaso no vais a animaros nunca? Con Molly y con Kevin no sé si tengo demasiadas esperanzas, pero tú, Patrick, ¿en qué estás pensando, es que no vas por fin a sentar la cabeza? ¿Y tú, Michael, aunque a lo mejor es demasiado pronto, no crees que también deberías empezar a pensar qué va a pasar con tu vida?

—Eso, eso, venga, decid los dos qué es lo que os traéis entre manos. Tú, Patrick, la última vez que nos reunimos comentaste no sé qué de una chica que solía patinar por el paseo a la que ibas a poner delante una señal de stop para que se parase.

—Bueno, la verdad es que...

Maureen, con amplia experiencia en comentar chismes de todo tipo, estaba al corriente al menos de parte de las andanzas de su hermano.

—No agobiéis al pobre, porque creo que el final el tema no salió como se esperaba. Venga, Patrick, no te avergüences y cuéntanos que pasó.

—Bueno, yo... pues sí, Maureen tiene razón. La verdad es que hice lo que me dijisteis, lo de la señal de stop y todo eso. Y sí, se paró, pero sólo para decirme que lo sentía mucho, pero que yo no le gustaba.

—Y ahí se acabó todo. O sea, Patrick que estás como al principio.

—En realidad...

—¿En realidad qué?

—En realidad no.

—O sea, que al final no te ha dado calabazas.

—No es eso. El caso es que hay una chica que ha empezado a trabajar en el taller...

—¿Y qué pasa con ella? Venga, desembucha.

—Pues que sabe muchísimo de automóviles. Ha estudiado mecánica en la escuela profesional de Cork.

—¡Eso sí que es un buen punto de partida! ¿Y qué más?

—Hemos salido un par de veces.

—¿Y qué, te gusta?

—Bueno.. al principio no me daba cuenta, pero un día de repente me fijé en que cuando no iba vestida con el buzo del taller estaba mucho más guapa.

—¡Mira que es listo este hermano nuestro! ¿Hay alguien que conozca alguna mujer que esté más guapa con el buzo de un taller que con otro tipo de ropa?

Como era de suponer, toda la familia estalló en sonoras carcajadas.

—¿Y no nos la vas a presentar?

—¿Qué quieres que le diga, que venga a casa solamente porque mi familia está interesada en conocerla?

—Bueno, eso podrá esperar un poco. Tú lo que tienes que hacer es seguir saliendo con ella. Y por cierto: ¿De qué habláis? Aparte de automóviles, naturalmente.

—Pues un poco de todo...

—Bueno, basta con poner al pobre Patrick en un brete. Ahora cuéntanos algo tú, hijo: ¿Qué pasó con aquella chica tan encantadora que vino una vez a traerte una carta del obispado?

—Qué quiere que pase, madre, pues nada. Que ella sigue en el obispado, y yo, como ya sabéis, de profesor en el colegio.

Como era de suponer, el comentario generó una expectación inusitada. Sin embargo, Michael tenía razones muy poderosas para no dar explicaciones, por lo que se contentó con un par de evasivas que, a fin de cuentas, no colmaron ni con mucho la curiosidad del resto de comensales.

Así, entre una cosa y otra llegó el final de la cena y la hora de retirarse. Algunos, como Patrick, Maureen y su marido Benedict, regresaron sin más a sus domicilios. Otros, sin embargo, no tenían más remedio que quedarse a pasar la noche. Kevin y Stanley, al igual que Molly, porque no residían en las proximidades. Y en lo que se refiere a Michael, la cuestión era que carecía de domicilio propio.

En la época en que la totalidad de sus miembros residían en el domicilio familiar, las chicas ocupaban una habitación con dos camas individuales, mientras que los chicos tenían para ellos una habitación más grande, con una cama doble donde dormían dos, y un sofá cama que servía para el tercero, casi siempre Michael por ser el que menos tiempo solía ocupar el dormitorio común. Sin embargo en esta ocasión la madre de Michael adoptó una decisión que, a decir verdad, no dejó de sorprender a todos: al ser Kevin y Stanley una pareja reconocida, dispuso que ocupasen ellos la habitación con la cama grande; mientras que Michael y Molly, por el contrario, debían acostarse en las dos camas que antes habían sido para las dos hijas de la familia. Así que, una vez que llegó la hora de retirarse del todo, Molly y su hermano Michael se quedaron solos en la habitación.

—Parece mentira lo que han cambiado las cosas en esta familia. ¿No te parece?

—¿Te acuerdas del día en que nos encontramos en el paseo de la orilla del mar, cuando no me dejaron asistir a la comida familiar para celebrar que te ordenaste sacerdote? Parece que fue ayer, y mira dónde estamos hoy.

—Una antigua puta y un antiguo sacerdote compartiendo alcoba. No deja de tener gracia.

—Por cierto, hermano: ¿te apetece un porro? No me he atrevido a sacarlo delante de todos, aunque cualquiera sabe.

—A lo mejor si fumábamos delante de Maureen pensaría que le iba a salir un hijo drogata. Venga, sácalo que vamos a celebrar la Navidad como Dios manda.

Tal y como era de esperar, si ya el ambiente familiar había sido distendido, el porro no hizo sino mejorar el buen humor de Michael y Molly hasta extremos increíbles.

—Oye: eso que has dicho de una puta y un cura compartiendo alcoba no deja de tener gracia.

—¿Te imaginas que echáramos un polvo? Sería el no va más.

—Encima siendo ambos hermanos. Sería algo así como un pecado mortal elevado al cubo.

La ocurrencia del supuesto polvo causó la primera carcajada. Pero el tema, naturalmente, no acabó ahí:

—Según parece Patrick tiene novia aunque no ha querido contar mucho. ¿Tú que crees, habrán follado ya?

—Pues si han follado, seguro que lo han hecho en cuatro tiempos.

—¿En cuatro tiempos? Mira que con todo lo que he follado yo en la vida, jamás he oído semejante cosa.

—Es que una vez me dijo Patrick que los hombres follábamos en cuatro tiempos, igual que como funciona el motor de un coche: erección, penetración, eyaculación y escape.

Esta vez la carcajada todavía fue más sonora.

—Molly, tengo que confesarte un secreto.

—Pues aprovecha ahora que estamos emporrados, porque seguro que mañana ya no te vas a atrever. ¿No me digas que te has follado a la tía esa del obispado que han comentado en la mesa?

—No va por ahí la cosa. Me refiero a la patinadora.

—¿A esa que Patrick le puso una señal de stop? ¿Hay algo más que no sepa?

—Una vez estuve con ella, pero no se lo cuentes a Patrick, porque a lo mejor se pone celoso.

—Palabra de hermana puta y emporrada que no se lo cuento. ¿Qué pasó con ella?

—Un día estaba yo paseando; ella venga a cruzarse conmigo una y otra vez, y cada vez que la veía pasar yo estaba más salido. Y resulta que a una de estas oigo un ruido tremendo, y cuando me doy la vuelta veo que se había caído. Así que le ayudé a levantarse y a llegar hasta su coche, porque parecía que se había roto un tobillo y no podía andar.

—Y entonces aprovechaste para meterle mano.

—¡Qué va! Aunque no sé cómo me pude aguantar con mi brazo debajo de su sobaco sosteniéndola si tocarle la teta. Pero cuando llegamos a su coche, entré con ella, y empecé a ayudarle a quitarse los patines porque ella no podía casi ni moverse.

—Y entonces ya no te pudiste aguantar.

—Así fue. Entonces empecé a acariciarle los muslos, cada vez más arriba.

—¿Y ella se dejó?

—No sólo eso, sino que mientras tanto me abrió la bragueta, y para cuando me di cuenta ya me había corrido.

—Y supongo que no se enfadó contigo, ni mucho menos, por haber sido tan descarado.

—Claro que no. Al final me confesó que lo de la caída había sido un engaño para estar conmigo.

—¿Y después de eso qué?

—El caso es que sin querer le puse el cristal delantero del coche todo pringoso.

—¿Cómo que pringoso? No acabo de entenderlo.

—Cuando me corrí, quiero decir.

Esta vez la carcajada de Molly casi se oyó en todo el vecindario.

—¿Y cuándo fue eso?

—Cuando estaba con un mes de permiso, nada más ordenarme sacerdote.

—¿Así que a los pocos días de ordenarte sacerdote le pusiste a una chica la ventana de su coche toda pringosa? Hermano, déjame que me ría porque jamás he oído en la vida cosa más cómica.

—La verdad es que si hubiese sido ahora, habría aprovechado mucho

mejor la oportunidad. Pero es que entonces...

—Ya sé cómo eras entonces. No te preocupes que esto va a quedar entre tú y yo. ¿Y con la del obispado que, no hay nada que hacer?

Entonces Michael tuvo de golpe un momento de inspiración, y pensó que Molly a lo mejor podría ayudarle en su investigación.

—Molly: necesito que me ayudes a resolver un problema que tengo.

—Necesitas solucionarle un entuerto a tu amiga del obispado. Un entuerto del que tú tienes la culpa, y no sabes a quién recurrir.

—Ya te he dicho que la cosa no va por ahí, pero sí que es algo parecido. ¿Tú, que has conocido a tantos sacerdotes, no habrás estado alguna vez con alguno que tuviera un mancha en el culo?

—¿Con una mancha en el culo? Supongo que estás de broma. Bueno, supongo que en realidad los dos estamos de broma.

—No, Molly, esto va en serio.

—¿En serio? Pues me vas a permitir que primero me ría otro poco, o más bien un mucho.

Por fin, tanto uno como la otra consiguieron calmarse un poco, y entonces Michael prosiguió con su relato.

—Hace algún tiempo se publicó un reportaje de los conventos donde acogían a recién nacidos de madres solteras, y en un apartado del reportaje se hablaba de dos mujeres que tenían una mancha idéntica en el culo.

—Ya me acuerdo de haber leído algo de eso. ¿Y qué tiene que ver contigo?

—Pues resulta que una de ellas es la chica del obispado, y me ha pedido ayuda para averiguar quién fue su padre.

—Supongo que ella será alguna huérfana.

—Así es. Se crió en un convento, y no ha conocido a sus verdaderos padres. Pero se ha enterado de que ese tipo de manchas suelen ser hereditarias, y piensa que su padre tiene que tener otra mancha igual que la suya.

—¿Y por qué tiene que ser precisamente un cura?

—Eso es lo que debe de pensar la Iglesia. Ella trabaja dos días a la semana en la vicaría del Oficio Divino, que es donde se enteran de todos los trapos sucios de los curas, y donde tuve que ir yo por lo de las misiones y todo lo

demás. Resulta que un día se presentó en su oficina el padre Finnegan, que más o menos lleva todo lo relacionado con la propaganda de la Iglesia, para comentar el tema.

—A ese sí que lo conozco, y bastante bien por cierto. Pero que yo sepa, no tiene ninguna mancha en el culo.

—Así que el padre Finnegan era uno de tus clientes.

—Solía venir a verme los lunes, justo al día siguiente de que emitieran su programa por la tele. No me acuerdo cómo se llama...

—“La hora del Señor”.

—Eso. La hora del Señor. Resumiendo, que el domingo era el más santo del mundo, y el lunes se iba de putas. Y puedo asegurarte que es un follador de primera.

—¿Y pagaba, o se hacía el remolón?

—Pagaba religiosamente.

Al oír la tontería que acababa de soltar Molly, nuevamente les entró la risa a los dos hermanos.

—Supongo que el dinero lo sacaría de las limosnas de la Iglesia. ¿Te imaginas que un cura celebrante dijera en la misa: la colecta de hoy es para lograr que mañana el padre Finnegan pueda irse de putas.

—Esta vez la carcajada debió de sonar más fuerte que lo habitual, o a lo mejor era que la madre aún no se había dormido. El caso es que se presentó de golpe en la habitación.

—¿Se puede saber qué os pasa que no paráis de reír? ¿No veis que la gente ya está durmiendo? ¡Son ya casi las cuatro de la mañana!

—Perdone, madre, pero a lo mejor es que estamos un poco achispados.

—¿Achispados dices? ¿Y qué es ese olor que hay en el cuarto?

—Bueno, también nos hemos fumado un cigarrillo cada uno.

—¿Cómo que un cigarrillo? Los cigarrillos no huelen así. O sea, que habéis estado fumando droga.

—Pues sí. Hemos estado fumando droga. ¿Y cree que esa botella de whisky tan irlandés que nos hemos terminado, o mejor dicho, que se la han terminado entre padre, Patrick y el mosquito muerta ese que tiene su hija por marido no es droga?

La pobre madre no estaba en aquel momento para discusiones, así que optó por dejar el tema donde estaba.

—Anda, callaos ya e iros a dormir que si no mañana no vais a poder ni moveros.

Al día siguiente, como era de esperar, tanto Molly como Michael estaban hechos polvo. Así que para despejarse un poco y aliviar la resaca decidieron, al igual que lo habían hecho en otra ocasión lejana ya, dar juntos un paseo por la orilla del mar.

—El caso es que la noche pasada, entre el porro y lo animados que estábamos, comentamos algunas cosas de lo más interesantes.

—La verdad es que sí, hermano. Anda, refréscame la memoria con lo de la mancha en el culo, que tal y como tengo la cabeza no me acuerdo ya ni de la misa la media.

—Según parece, la Iglesia piensa que debió de haber un cura que a lo largo de un montón de años se estuvo dedicando a dejar embarazadas a mujeres jóvenes solteras, a las que no les quedó más remedio que entregar sus hijos recién nacidos en adopción. Aunque no están seguros, piensan que puede tratarse de un cura porque un comportamiento así encaja con alguien que no tenga pareja estable, que se desplace por lugares diferentes y que tenga contacto habitual con mujeres adolescentes.

—Más o menos lo que hacen algunos curas.

—Efectivamente. Supongo que tienen prisa por saber quién ha podido ser, para hacerlo desaparecer de circulación antes de que se destape del todo el escándalo.

—Es decir, llevarlo a misiones, tenerlo encerrado o lo que sea. Pues así de golpe, no creo haber conocido a nadie así. Pero a lo mejor puedo preguntar a alguna antigua colega.

—Por lo que se sabe, debe de tratarse de alguien ya bastante viejo. También mencionaron un nombre, o mejor dicho, un mote: Banana Dick.

—¿No me digas que eso es el mote de un cura? La verdad es que después de lo de anoche ya no me quedan fuerzas para reírme más, pero reconoce que el tema también tiene su gracia. ¿Y quién es ese Banana Dick?

—No lo saben. O al menos no lo quieren decir. Pero debió de ser algún cura famoso precisamente por lo que ya supones.

—Está claro por qué motivo tenía que ser famoso con ese mote.

—Bueno, ahora ya lo sabes todo. La cuestión es que la chica del obispado me ha pedido ayuda para averiguar quién fue su padre, ya que al ser yo también sacerdote, piensa que puedo tener contactos y todo eso.

—Y tú como un corderito le has dicho que le vas a ayudar.

—La verdad es que le debía un gran favor, porque el trabajo como profesor lo conseguí por mediación de ella.

—¿O sea, que ella te buscó el trabajo? Hermano, tienes que darte cuenta que lo de esa chica tiene porvenir. ¿Qué tal es, guapa, lista...?

—Si te voy a ser sincero, me gusta un montón.

—Y supongo que tú a ella también. Por cierto, se me acaba de ocurrir una cosa. O mejor dicho dos. La primera: ¿Le has visto la mancha en el trasero?

—Pues ahora que lo dices, no.

—O sea, que hasta ahora nada de intimidad.

—Nada.

—Y la segunda: según se decía en el reportaje, las dos mujeres que tienen la misma mancha se conocieron por casualidad. ¿Y cómo es posible que ambas se vieran la mancha en el culo si hasta entonces eran dos perfectas desconocidas?

Casi de forma inadvertida, Michael empezó a ver el cielo plagado de nubarrones. O mejor dicho, empezó a darse cuenta de que las ilusiones que se había hecho hasta entonces, casi de forma inconsciente, podían irse al traste. Si resultaba que dos mujeres habían tenido ocasión de verse desnudas, ello podría significar que no eran muy entusiastas de relacionarse íntimamente con hombres.

—Hermano, sé lo que estás pensando, y a lo mejor te estás precipitando con tus temores. Puede haber un montón de razones que no tienen nada que ver con que se trate de dos lesbianas. ¿No has dicho que fue gracias a ella que conseguiste el trabajo, y que además se ha puesto en contacto contigo para que le ayudes? Yo creo que eso significa mucho más que el haber descubierto por casualidad que otra mujer tiene un culo que se parece al suyo.

—O sea, que no crees que sea lesbiana.

—No sé si será o no lesbiana. Pero de una forma u otra, el que tenga contacto sexual con mujeres tampoco quiere decir que los hombres no le

gusten, digo yo.

—Si tú lo crees así...

—Por cierto, creo que ya os he comentado que la librería la llevamos entre dos socias. ¿Sabes cómo nos conocimos?

—No me digas que tu socia también...

—Algo parecido. En realidad mi socia de la librería es una antigua clienta.

—Una clienta tuya.

—Una clienta mía. Sin embargo era una mujer casada, con un marido rico, alcohólico, mujeriego y maltratador. Pero en cierta ocasión le dio un día de suerte, y conduciendo borracho se estrelló de frente contra una pared.

—Y mientras tanto ella...

—Mientras tanto ella necesitaba el cariño de alguien, y teniendo ese tipo de “hombre” a su lado, amando a otra una mujer se sentía mucho mejor.

—Entiendo. ¿Y ahora qué sois?

—Ahora somos dos amigas que llevamos entre las dos un trabajo que nos gusta a ambas, que cuando necesitamos estar una especialmente cerca de la otra podemos hacerlo sin reservas, y cuando necesitamos algo diferente a ninguna de nosotras le parece mal.

—¿Y eres feliz así?

—Más de lo que he sido nunca. En realidad cada una de nosotras le debe mucho a la otra. Ella es trece años mayor que yo, viuda sin hijos, y provista del capital que heredó de su marido sin el cual no habríamos podido poner en marcha el negocio. También fue ella quien me animó a estudiar literatura inglesa. Y si no hubiera sido por el cariño y el apoyo que yo le di durante un montón de años, es posible que incluso se hubiera suicidado.

—Molly, me dejás totalmente sorprendido.

—Michael, no te preocupes tanto por cosas que no tienen importancia. Si de verdad te interesa esa chica, ayúdala en todo lo que puedas. La verdad es que tengo el presentimiento de que con ella vas a conseguir lo que hasta ahora no has podido hacerlo.

—¿A qué te refieres?

—A que todavía no has encontrado tu lugar en la vida, y ya es hora de que tengas la suerte de que lo halles. Y para eso casi siempre se necesita la ayuda

de alguien.

Capítulo 22

Toda persona que haya visitado Irlanda, o bien que haya presenciado películas o reportajes propios de dicho país, tiene una idea más o menos exacta de lo que puede ser la ropa típica irlandesa masculina, lo mismo si se trata de las chaquetas de tweed como de las gorras de visera hechas del mismo material; así como de los sombreros impermeables flexibles de ala corta, complemento indispensable de un atuendo para días de lluvia, o de los pantalones de pana, los gruesos chaquetones de tres cuartos, los barbour o los jerséis de lana de las islas Aran, típicos de los pescadores de dicho archipiélago pero que, como tantas otras cosas, se han convertido en objeto de atracción turística. Sin olvidar los gruesos zapatos de lluvia o el inefable paraguas, éste último complemento indispensable de todo atuendo irlandés que se precie.

Si bien el surtido de ropa típicamente irlandesa no es lo que pudiera decirse abundante, siempre hay cosas que pueden reforzar más la personalidad de quien las usa, o que puedan coincidir más o menos con la imagen que uno se quiere dotar para sí mismo; y otras, por el contrario, que siendo tan irlandesas como cualquier otra al usuario no acaban de parecerle adecuadas para conformar un aspecto que le resulte satisfactorio.

Siendo como era el más pequeño de tres hermanos varones y, además, hijo de una familia que no nadaba precisamente en la abundancia, casi siempre había utilizado la ropa que a sus hermanos mayores les quedaba pequeña, tras haber sido convenientemente remendada y adoptada por una incansable madre. Bien fuera el añadido de coderas en chaquetas y jerséis como el dar vuelta a cuellos de camisas o cualquier otra labor, la señora Fogherty se pasó media vida vistiendo a sus hijos varones con un mínimo de gasto presupuestario pero, como contrapartida, con un ingente trabajo por su parte.

Sin embargo, una vez que éstos se hicieron adultos, cada uno de ellos tuvo que disponer de su propio atuendo, por lo general diferente al de los demás tanto por la mayor o menor corpulencia de cada uno como por el hecho de que, como es del todo natural, ni tenían los mismo gustos ni las mismas necesidades.

Así, mientras estuvo en el seminario, y aún después, el atuendo “seglar” de Michael estaba reducido a la mínima expresión, una vez que comenzó su andadura profesional como profesor se vio obligado a cuidar con más esmero

su imagen personal, a la vez que, indefectiblemente, a utilizar en gastos de ropa una parte mucho más importante de sus ingresos.

Siempre se ha dicho que en los países anglosajones la chaqueta de tweed y la bufanda son el uniforme cuasi obligado de los profesores, tal es así que, tanto en películas como en series de televisión, se han caracterizado para identificar al prototipo de profesor más centrado en sus estudios y divagaciones intelectuales que en otra cosa. Por otra parte, la mentalidad tradicional, al menos hasta cierto punto tan propia del mundo anglosajón, hacía que un mínimo de etiqueta por parte del profesorado fuera poco menos que preceptivo, lo cual incluía, si no el socorrido uso de corbata, al menos el de chaqueta con camisa. Así que, mal que bien, Michael estaba obligado a utilizar dichas prendas casi todos los días de su actividad laboral, aun a pesar de que en realidad detestaba las chaquetas de tweed por considerar que le conferían un aspecto de “Quiet Man” que, a su juicio, no casaba en absoluto con su personalidad. Contrariamente a ello, los jerséis originarios de las islas Aran le fascinaban, tal es así que disponía de tres o cuatro que siempre que tenía ocasión y, como quien dice, se encontrase “fuera de servicio”, los utilizaba con profusión.

Mención aparte merecían las prendas destinadas a cubrir a cabeza: bien se tratase de un sombrero de fieltro tradicional, una gorra de visera con dibujo a cuadros o un sombrero flexible que te protegiera lo mismo del frío que de la lluvia, cualquiera de ellos le daba a la persona que los usara un aspecto del todo diferente. Si bien un sombrero de fieltro con ropa formal puede aportar un toque elegante a cualquier indumentaria, el mismo sombrero con ropa informal podría dar un aire incluso de delincuente. Una gorra de visera, por su parte, podría sentar bien según la corpulencia o incluso según la forma de la cara y la cabeza. El hecho es que una cabeza poderosa o una cara con facciones marcadas admiten de buen grado una gorra como complemento, mientras que una cabeza o una cara sin nada especial que resaltar sólo consiguen que la gorra aún las haga más insignificantes. Y en lo que se refiere a los sombreros flexibles, aparte de lo dicho con respecto a las gorras ocurre que, por regla general, le hacen aparecer a la persona más vieja de lo que es en realidad.

Todas estas cosas solía pensarlas Michael cada vez que, delante del espejo, meditaba sobre la indumentaria más apropiada a llevar cada día que, por la razón que fuera, tuviera algo importante que llevar a cabo, o al menos algo por

lo cual su mejor o peor aspecto pudiera resultar significativo. Eso era precisamente lo que le estaba ocurriendo aquella mañana en la que aprovechando el paréntesis de las vacaciones escolares navideñas había decidido hacerle una visita al padre Murphy, para lo cual, como sabemos ya, necesitaba realizar un trayecto desde Cobh nada despreciable.

Afortunadamente su hermano Patrick, conspicuo mecánico de automóviles, disponía del suficiente stock como para prestarle a su hermano pequeño, eso sí, con el gasto de gasolina a su cargo, un utilitario que le aliviara aquel día de un continuo transbordo de autobuses y de un largo recorrido a pie hasta el pueblo, lo que a no dudar en aquel frío día de diciembre podría suponerle además un buen remojón de lluvia casi helada.

Así que ni corto ni perezoso Michael, armado del consabido paraguas, de un barbour forrado, de una gorra de tweed y de un grueso jersey de las islas Aran, se encaminó al pueblo de Kenworthy con la inefable pretensión de hacerle una visita de cortesía a su antiguo superior y, de paso, darle una sorpresa que, aun pecando de cierto optimismo, entendía que a no dudar le sería grata al antiguo párroco.

No obstante, la posibilidad de un encuentro fortuito con su antigua amante, la dependienta de comercio Mary, entendía que podría generarle una situación embarazosa, y por tal motivo deseó de todo corazón que tal encuentro no se produjera. Lo mismo si se enteraba de que al fin Mary había conseguido establecer con algún hombre una relación amorosa que le colmase de felicidad, como si, por el contrario, seguía estando necesitada de alguien que la tocase y que, aunque no fuera del todo verdad, le jurase que la amaba apasionadamente, estaba claro que su posición en semejante tesitura resultaba a todas luces incómoda. Así que, aun a sabiendas de que el camino de acceso a la casa parroquial a penas si permitía el paso de vehículos, intentó aparcar lo más cerca posible de ésta de forma tal que sólo tuviera que recorrer a pie un par de cientos de metros, en los cuales el pavimento estaba tan deteriorado que introducir por allí el utilitario prestado por su hermano habría sido arriesgarse a dejarlo inservible y, de paso, haber generado un grave conflicto familiar.

Por suerte para él, hasta que no llegó a las proximidades del pueblo el tiempo le había respetado. Y fue sólo cuando le faltaban sólo tres o cuatro kilómetros para llegar que la lluvia se desató con toda su intensidad, por lo que nada más aparcar el coche se vio en la necesidad de desplegar toda la

panoplia de indumentaria invernal de la que se había provisto para la ocasión, incluido, como es de suponer, el consabido paraguas.

La verdad es que un chaparrón invernal irlandés puede dejarte empapado aunque sólo tengas que recorrer a pie un par de cientos de metros. Y más aún si la lluvia va acompañada de un fuerte viento que, si sopla de frente, hace que el camino resulte más costoso, y a la postre más largo. Todo eso era más o menos lo que le ocurrió a Michael en aquel momento, y lo que le obligó a caminar penosamente protegiendo su cabeza con el paraguas inclinado hacia adelante, y por si fuera poco necesitado de mirar todo el tiempo hacia abajo para no tropezar con alguno de los numerosos baches que adornaban el pavimento y que, por desgracia para él, apenas ya si los recordaba.

Ello fue la razón de que, de forma inadvertida, su paraguas chocase con otro al que no había visto en absoluto. Así que, una vez enderezado el suyo para ver qué era lo que había ocurrido, apenas le dio tiempo de darse cuenta de que se trataba de una mujer, ésta a su vez provista de su correspondiente paraguas, la cual apenas si musitó unas pocas palabras de disculpa y continuó sin más su camino con paso vivo.

Estando como estaba casi llegando a la casa parroquial, apenas si le dio tiempo mientras tanto a lamentarse por su falta de cuidado, así como por no haberse podido disculpar con dicha mujer convenientemente. Y no fue hasta que decidió llamar a la puerta de la casa parroquial que empezara a sospechar que, a lo mejor, no había llegado en el momento más apropiado.

Esta sospecha se incrementó al ver la cara de enorme sorpresa que puso el padre Murphy cuando vio quién era el inesperado visitante. No obstante, sin titubear en absoluto le invitó a pasar, haciendo énfasis en su lamentable estado hecho una sopa, y con un paraguas que apenas si le protegía de la lluvia la parte superior del cuerpo.

Lo primero que le llamó la atención a Michael Fogherty nada más entrar fue el estado impoluto en que se encontraba la cocina, sin lugar a dudas mucho más aseada de como jamás la hubo visto en los tiempos en que convivía con el padre Murphy y con la desabrida asistente. Sin embargo, todo ello contrastaba con el estado desordenado del dormitorio a tenor de lo que pudo comprobar a través de la puerta de ésta entreabierta. Y nada más que pensó en ello se dio cuenta también de que el padre Murphy iba vestido con el batón casero puesto encima del pijama. También le llamó la atención que el aspecto del padre Murphy era el de una persona mucho más envejecida de cómo lo recordaba.

—¡Padre Fogherty, esto si que ha sido una sorpresa en toda regla!

—Me va a disculpar, padre Murphy, pero el caso es que había perdido sus señas, y no he sido capaz de concertar una cita por teléfono. Aunque también debo reconocer que tampoco estaba del todo seguro de que, si le hubiese avisado antes por teléfono, usted habría estado dispuesto a recibirme.

—¡Por favor, padre Fogherty, es usted bienvenido en esta casa en cualquier circunstancia!

—Me alegro oír eso, padre Murphy, y se lo agradezco de veras.

—Pero siéntese. ¿Ha almorzado ya?

—Sí. Lo he hecho de camino en un pub.

—Entonces a lo mejor le apetece una copa.

—Se lo agradezco.

Nada más decir esto, el padre Murphy se dirigió a un aparador del cual sacó una botella de whisky irlandés y dos vasos. Mientras tanto, Michael pensó que, una vez hechos los cumplidos iniciales, entrar en el tema central de la visita iba a resultar bastante más difícil de lo que en un principio había supuesto. Y sus sospechas se confirmaron cuando, tras servir las copas y estar ambos sentados alrededor de la mesa, ninguno de los dos se sentía capaz de romper el hielo e iniciar una conversación.

Al final, fue el propio padre Murphy quien, evidenciando un notorio esfuerzo, decidiera ir al grano:

—Supongo que al encontrarme en esta situación se habrá imaginado usted una serie de cosas sobre mi vida actual.

—En realidad, padre Murphy, tampoco me ha dado demasiado tiempo para imaginar nada.

—No se haga el ingenuo, padre Fogherty. Sospecho además que cuando venía hacia aquí se habrá tropezado con alguien.

—Me temo que así es. Lo único que me he fijado es que no se trataba de la mujer que nos atendía en la época en que yo oficiaba aquí.

—Efectivamente no es la misma mujer. De hecho, aquella señora falleció hace algún tiempo. Se lo digo todo esto porque, en una ocasión lejana ya, a mí me pasó exactamente lo mismo con usted, supongo que lo recordará bien. Aunque, si no estoy equivocado, cuando entonces entré en la casa parroquial me encontré la cocina desordenada, su habitación aún más desordenada y a

usted recién salido de la ducha.

—Creo que lo recuerda muy bien, como de hecho también lo recuerdo yo. Pero no creo que todo eso ahora importe demasiado.

—A lo mejor a usted no. Según he oído por ahí, se dedica a impartir clases.

—Así es, aunque en realidad no llevo más que un trimestre.

—También oí que, tras su regreso accidentado de las misiones africanas, le suspendieron de sus funciones sacerdotales.

—No sé en realidad si me suspendieron “a divinis” o “a humanis”, pero el caso es que estoy suspendido, y la verdad es que, por el momento, estoy satisfecho de mi actual estado.

—Me alegro mucho por usted. Y me alegro también porque creo que, en tal situación, nuestra conversación va a resultar más fácil.

—¿A qué se refiere?

—A que a lo mejor así va a ser más sencillo lograr que seamos indulgentes el uno con el otro.

—Sinceramente, padre Murphy, siempre he pensado que, dadas las circunstancias, usted fue conmigo de lo más indulgente, incluso cuando le di motivos más que sobrados para que tuviera que adoptar decisiones graves.

—Sí, puede que eso sea verdad, pero también debo confesarle que, en más de una ocasión, sentí por usted una envidia nada acorde con los preceptos divinos; una envidia que, a la postre, no era más que producto de los celos de un sacerdote maduro que iba ya para viejo con respecto a otro más joven, que poseía como tal un encanto mucho mayor y unas cualidades mejores para tener éxito, no sólo como sacerdote, sino también como hombre en todos los sentidos.

—De verdad que lo siento, padre Murphy, y le aseguro que en ningún momento desee para usted ningún tipo de mal.

—De eso me consta, porque siempre he sabido que usted era una persona incapaz de desear mal a nadie. Y bueno, después de todo aquello aquí me ve, con una cocina más limpia de lo que jamás ha estado con anterioridad, lo cual a no dudar es consecuencia de la acción de una mano femenina; recién levantado de la cama; y por si ello fuera poco, con la evidencia de que una mujer acababa de salir de la casa parroquial.

Por un momento, Michael se sintió incapaz de decir nada, y rogó de todo

corazón que el padre Murphy pudiera continuar con sus explicaciones sin que estuviera él obligado a comentar nada y mucho menos a juzgarlo.

—Hace casi un año que la señora Pitt falleció, de forma bastante repentina por cierto, lo cual tuvo como consecuencia que de la noche a la mañana me encontrara sin asistencia, y tuviera que ocuparme yo mismo no sólo de las tareas sacerdotales, sino también de las necesidades más inmediatas.

—Sin embargo, por lo que me acaba de explicar ahora sí que puede contar con alguien.

—La señora Freeman, una de las feligresas más devotas de la parroquia, viuda desde hacía un montón de años, me propuso que podría encargarse de las tareas que antes realizaba la señora Pitt, así como que no necesitaba cobrar demasiado dinero por ello, habiéndola dejado su marido en una posición relativamente desahogada. Aparte de que, a fin de cuentas, hacer ese trabajo lo consideraba una obra de caridad.

—Así que es ella quien le ha dejado la cocina en un estado impoluto.

—No se burle, padre Fogherty.

—Perdone, pero me parece que un poco de humor no nos viene mal en esta situación.

—En eso creo que tiene usted razón. El caso es que ella se encarga de la comida, de la limpieza tanto de ropa como de la casa, e incluso de la compra. Lo que hemos abandonado ya ha sido la venta de estampitas y demás cachivaches que, a decir verdad, creo que no aportan demasiado a una verdadera fe cristiana.

En ese momento, Michael tuvo un golpe de intuición, y se dio cuenta de que a lo mejor el padre Murphy iba a necesitar una pequeña ayuda para acabar de sincerarse y relatarle todo lo que necesitaba sacarse de dentro del alma.

—Pero supongo, padre Murphy, que la relación que tiene usted con esa señora es bastante más profunda. Por mi parte, quiero que sepa que estoy dispuesto a escucharle, aunque al no considerarme en este momento sacerdote en todo el sentido de la palabra, creo que no estoy en disposición de hacer mucho más que eso.

—Me basta con que me escuche, padre Fogherty.

—Si quiere puede llamarme Michael. La verdad es que hace mucho tiempo que ya nadie me llama padre Fogherty.

—Como quiera. Hay una cosa que, a lo mejor, la he aprendido de usted, aunque seguramente no me di cuenta de ello hasta mucho después de que finalizara nuestra relación.

—¿A qué se refiere?

—A lo importante que es amar y ser amado. Aunque quizás demasiado tarde, al final acabé dándome cuenta de que la diferencia más importante que había entre nosotros cuando ambos estábamos en la misma parroquia era que usted anteponía el amor entre semejantes a cualquier otro precepto, regla, prohibición, costumbre o lo que fuera.

A Michael le estaba dejando sorprendido que, al contrario de lo que pensara en otra época, el padre Murphy lo había tenido en mucha mayor consideración, había pensado más en él, y lo había valorado más de lo que las apariencias daban a entender.

—Supongo que se acordará de la familia O'Connor.

—¿Los potentados del pueblo?

—Así es. Durante un motón de años me pasé la vida agasajándolos, comiendo de su mesa como un perro, y soñando con que diesen brillo a la parroquia celebrando de manera fastuosa las consiguientes bodas de los hijos de la familia. Pero por una serie de circunstancias diversas ocurrió que, en un corto período de tiempo, todo eso se vino al traste: El matrimonio se divorció, la hija rompió su compromiso con un novio que a fin de cuentas no era más que un sinvergüenza, y las invitaciones semanales a que me sentara en su mesa acabaron para siempre. Aunque peor que lo de la comida fue que todos ellos desaparecieran sin más, sin tan siquiera despedirse como Dios manda, dando a entender que en realidad yo no les había importado lo más mínimo.

—Si no recuerdo mal, todo eso ocurrió justo en la época en que yo dejé de pertenecer a la parroquia.

—Efectivamente. Así que una vez que usted se fue, y la familia O'Connor me abandonara y dejara de acordarse de mí, empecé a darme cuenta de que usted había sabido enfocar mucho mejor que yo el verdadero sentido del sacerdocio, cual es dar amor a las personas que más lo necesitan y a su vez dejar que dichas personas nos amen, porque aparte de ser el amor una virtud, también es una necesidad tanto del cuerpo como del alma.

—Entonces, la señora Freeman y usted...

—La señora Freeman y yo somos dos personas que hemos entendido que el

darnos cariño nos hace mucho bien. A lo mejor le parece a usted que es un poco tarde para amarse, pero no es así. Dos personas pueden expresarse cariño, tanto de forma física como de cualquier otra, sea cual sea la edad que tengan.

Michael escuchaba en silencio. A lo mejor era que había perdido cierta práctica desde los tiempos en que se dedicaba a confesar a decenas de feligreses, pero el caso era que, por un momento, se sentía incapaz de decir nada. Al final, se le ocurrió tirar por lo más obvio:

—¿Y cómo se ve esa relación por parte del resto de la parroquia?

—¿Qué es en realidad lo que tiene que ver el resto de la parroquia? El resto de la parroquia no tiene por qué ver nada, porque no hay nada que les concierna. Y si a alguien se le ocurre abrir la boca invocando no sé qué precepto, o no sé qué apariencia o qué supuesto escándalo...

—¿No fue Jesucristo quien dijo eso de “ay del que escandaliza”?

—Jesucristo dijo muchas cosas, la mayoría de ellas referidas a los hipócritas. Y a lo largo de mi vida he llegado a la conclusión de que, en la mayoría de las ocasiones, los que se sienten escandalizados son mucho más malvados que los que supuestamente escandalizan, porque a la postre no suelen ser más que perversos hipócritas.

— Me deja usted impresionado, padre Murphy. Si le soy sincero, jamás habría pensado que llegara usted a opinar de esa manera.

—Pues aquí me tiene, Michael.

—De todas formas, usted sabe tan bien como yo que una cosa es lo que uno piensa, y otra muy distinta cómo debe actuar delante de los demás para no llevarse sinsabores.

—Claro que sí. Pero le voy a decir dos cosas: la primera, que desde que entendí cuál era la principal labor de un sacerdote los feligreses están mucho más contentos, porque en realidad me ocupo más de ellos. Y la segunda, que el hecho de que un sacerdote de edad bastante avanzada, como es mi caso, tenga a su lado una mujer que se ocupe de sus necesidades más inmediatas es algo que... ¿cómo se lo diría? La Iglesia lo entiende como perfectamente tolerable y llevadero.

—Así que no tiene miedo de que, por alguna casualidad desafortunada, acabe usted en el despacho del padre Ferguson.

—No tengo miedo, porque a mi edad se entiende que, por muy mal que vayan las cosas, lo más importante que puedas haber hecho en la vida lo has hecho ya.

En un momento determinado, el padre Murphy se quedó callado, relajado, como si estuviera meditando todo aquello que, de forma inesperada, había tenido ocasión de comentar a causa de una visita imprevista. Pero sin embargo sus facciones cambiaron de forma repentina, como si de golpe se le hubiera ocurrido algo que hasta entonces se le hubiera pasado de largo.

—La verdad es que hemos tenido una conversación la mar de interesante, Michael, y le agradezco de todo corazón que se haya tomado la molestia de venir a visitarme. Pero me parece que su visita debe de tener algún motivo, que hasta ahora no me lo ha explicado.

—Tiene usted razón, y me temo que se trata de un asunto bastante delicado.

—Quid pro quo, Michael. Yo me he sincerado con usted, y ahora le doy la oportunidad de que se sincere conmigo.

—No es tan sencillo, padre Murphy, pues de hecho se trata de un problema que no me concierne a mí en particular, sino a terceras personas, así que me siento obligado a guardar la mayor discreción posible.

—Pues en tal caso cuénteme lo que usted crea que se puede contar, y yo intentaré ayudarle en la medida de mis posibilidades.

—Por empezar de alguna manera, me gustaría preguntarle algo: ¿Ha oído usted alguna vez hablar de un sacerdote al que le apodaban Banana Dick?

Nada más oír ese nombre, el padre Murphy volvió a quedarse callado, aunque esta vez se le notaba que su cabeza estaba dando vueltas y más vueltas, a lo mejor recordando cosas que jamás se las había comentado a nadie; o bien que, aun no siendo del todo desconocidas, se trataba de recuerdos lejanos, y no precisamente agradables.

—Antes de nada, me va a permitir usted que le haga yo otra pregunta: ¿tiene algo que ver ese interés suyo con el caso de dos mujeres que no se conocían, y que se dieron cuenta de que podrían tener el mismo padre porque ambas compartían una mancha idéntica en dicha sea la parte?

Esta vez fue Michael el sorprendido, y por un momento temió que a lo mejor se encontraba delante del mismo desalmado que se dedicaba a dejar mujeres jóvenes embarazadas allá por donde fuera. Sin embargo, ese temor sólo le duró un par de segundos, porque enseguida se dio cuenta de que tanto

por la edad como por la ubicación de la parroquia y por el tiempo que el padre Murphy había permanecido en ella, sus temores estaban infundados.

—Padre Murphy, siento decirle que voy con usted de sorpresa en sorpresa.

—No se sorprenda tanto, Michael, que a fin de cuentas Irlanda es una isla pequeña, aunque lo suficientemente grande para poder guardar un secreto aunque sólo sea a medias. Hace un tiempo leí el reportaje que se publicó en una revista, el cual seguro que usted también lo conoce. Y al poco tiempo se me ocurrió que si había algún hombre que fuera por ahí dejando mujeres embarazadas e hijos naturales sin mostrar después ningún interés ni tener relación con ellos, ése podría ser un cura.

—¿Así que conoce usted a Banana Dick si es que de verdad existió, o se trata sólo de una invención?

—¿Qué es lo que sabe con respecto a ese individuo?

—Muy poco en realidad. Sólo que en cierta época, supongo que de eso hace ya bastante años, entre los seminaristas de entonces se corría la voz de que había un determinado sacerdote, al cual le apodaban Banana Dick, que tenía un enorme éxito entre las mujeres, hasta tal punto de que muchos seminaristas incluso deseaban parecerse a él, porque lejos de pretender ser fieles a un voto de castidad, pensaban que el sacerdocio les iba a dar la oportunidad de estar con muchas mujeres, al menos si tenían las cualidades que se le suponían al tal Banana Dick.

—Y por la razón que fuese, la cual sospecho de qué se trata, está usted investigando si realmente dicho personaje existió, y no sólo eso, sino también si era él quien dejó embarazadas a las mujeres que después dieron a luz hijas con una mancha idéntica en el trasero.

—Creo que lo ha explicado usted incluso mejor de lo que pudiera haberlo hecho yo mismo. Lo único que puedo decirle es que debe tratarse de una historia bastante antigua, porque en mi época de seminarista jamás oí hablar nada sobre él.

El padre Murphy hizo una pausa, durante la cual el movimiento de vaivén hacia arriba y hacia debajo de su barriga prominente no dejaba duda de que se estaba preparando para contar algo importante:

—La verdad es que no es mucho lo que le pueda contar al respecto, pero algo sí: Banana Dick es, o fue, un personaje real, y como usted ha dicho un sacerdote que destacó por su afición desmesurada a las faldas femeninas.

—¿Usted llegó a conocerlo?

—La verdad es que no, ni de hecho tampoco conozco su verdadero nombre. Pero sí que puedo asegurarle que, al menos en mi época de seminarista y años posteriores, había gente que lo conocía muy bien.

—¿El padre Ferguson, por ejemplo?

—El padre Ferguson sin ninguna duda. Y no sólo porque vendrían a tener una edad similar, sino también porque, como usted bien sabe, en el despacho del padre Ferguson se han tratado todos los trapos sucios del clero irlandés de medio siglo a esta parte.

—Aunque sospecho que la mayoría de las veces sólo para esconderlos debajo de la alfombra, evitando así que la fama de la Iglesia quedara mancillada.

—Así es. Y esa forma de actuar repercute tanto en el conjunto de la sociedad como en el propio clero en particular. Es decir, que los trapos sucios no sólo se ocultan del resto de fieles y no fieles, sino también del resto de sacerdotes.

—Entiendo. Y esa es la razón por la cual conocer quién era en realidad pueda resultar bastante difícil.

—Exactamente. Sin embargo voy a decirle para finalizar una cosa que supongo que no le resultará extraña: usted y yo, aunque en circunstancias y contextos diferentes, hemos llegado a comprender, y a experimentar, lo que es compartir con otra persona sentimientos amorosos. Pero las personas como el tal Banana Dick, y otros muchos de su calaña, esos jamás han entendido lo que es el amor, y aún más, ni siquiera se han preocupado realmente por nadie más que por ellos mismos.

—Michael intuía que la conversación estaba llegando a su fin, y tal y como era de transparente la expresión de su cara, no le costó al padre Murphy darse cuenta exactamente de lo mismo.

—En fin, Michael, le digo de todo corazón que me ha hecho pasar una velada de lo más agradable.

—Lo mismo le digo a usted, padre Murphy.

—Supongo que los dos tenemos un montón de obligaciones que atender. Vaya con Dios, Michael, con la seguridad de que, tal y como aprendimos en el catecismo hace ya una eternidad, Dios está en todas partes.

—Muchísimas gracias por todo.

—¿Todavía se acuerda de ella?

La pregunta le pilló a Michael a medio camino de levantarse de la silla para ponerse de pie, y así se quedó por un momento, inmóvil y agachado. Al cabo de unos segundos, logró por fin levantarse y responder:

—Debo reconocer que antes de venir aquí he pensado en ella bastante. Y la verdad es que me habría muerto de vergüenza si me la hubiera encontrado de golpe. Espero que cuando salga de aquí no vaya a ocurrir eso.

—Michael, en el fondo sigue siendo usted un muchacho. En cualquier caso, si se trata de quien supongo, y creo casi con toda seguridad que es así, quiero que sepa que acabó casándose con uno del pueblo vecino, y por lo que parece es feliz.

—Pero la Iglesia ha permitido...

—Ya sé que su marido la abandonó, pero es que aparte de eso acabó estrellándose con su automóvil contra una pared cuando estaba totalmente borracho.

—Pues me alegro sinceramente por ella.

—No se preocupe, que no voy a decirle que ha estado usted aquí.

—Ahora soy yo el que tengo que pedirle que no se burle.

—Descuide, que sabe bien que lo aprecio mucho.

No puede decirse que el cielo estuviera radiante cuando Michael recorrió en sentido inverso los doscientos metros más o menos que le separaban del coche. Pero al menos las nubes se abrieron lo suficiente para que entre ellas se apreciaran retazos de cielo azul que dejaban pasar algunos rayos de sol, los cuales, al reflejarse en las piedras mojadas, hacían que la intensidad de la luz se multiplicara. Todo ello le permitió a Michael no sólo cerrar el paraguas, sino también poder contemplar en todo su esplendor un paisaje que en otra época significó mucho para él, y que si por ventura no volviera jamás a verlo de nuevo, al menos la visión de aquel día le permitiría conservar de él y de todas las vivencias asociadas al mismo un bello recuerdo.

Capítulo 23

—Caroline, tienes visita.

—¿Ha dicho quién es?

—Son dos mujeres. Y muy guapas por cierto.

—¿Han dicho qué es lo que querían?

—A lo mejor te quieren a ti.

Para bien o para mal, la convivencia habitual de varios años en el mismo lugar de trabajo, cuando además ocurre que tu trabajo consiste fundamentalmente en descubrir escándalos y trapos sucios ajenos, acaba exasperando a las personas por muy ecuánimes que sean éstas. Y si se añade a eso que la única separación entre el puesto de unos y otros se reduce a unas mamparas de cristal traslúcido que sólo llegan a media altura, y que cuando te pones de pie, salvo que tengas la estatura de un pigmeo, te permiten sacar la cabeza por encima de ellas, la falta de intimidad resulta más que agobiante.

Resumiendo, que cuando Caroline se levantó para dirigirse a la sala de espera de la redacción, todas la miradas estaban dirigidas a ella, con un aire malicioso que no dejaba dudas sobre lo que todos estaban pensando en aquel momento, mujeres incluídas: que a la lesbiana Caroline se le había presentado una oportunidad de oro para beneficiarse a dos mujeres que estaban como un camión. Porque, guste o no, el término medio de pensamiento sobre cuestiones eróticas del que hace gala el personal suele ser de una vulgaridad que llega a extremos nauseabundos.

Así que Caroline, un poco con la mente en blanco por deformación profesional, ya que pensaba, como buena periodista que era, que ante la perspectiva de una noticia lo mejor era no hacerse ideas preconcebidas, se dirigió sin más a la sala de espera de la redacción, en la cual, tal y como le habían asegurado, le esperaban dos mujeres jóvenes, las cuales, sin que pudiera decirse que se tratase de la Venus de Milo y de Cleopatra, eran a todas luces atractivas.

—Hola, soy Caroline Brenton. Me han dicho que queríais hablar conmigo.

—Hola. Encantadas de conocerte. Yo soy Sally Fishman, y ella es Peggy Aston.

—Mucho gusto. Bueno, pues podéis contarme lo que os ha traído por aquí.

—Sally parecía un tanto más desenvuelta que su compañera, así que ésta le dejaba que ella llevara la voz cantante.

—Las dos trabajamos en unos grandes almacenes de Dublín.

—¿Y habéis venido hasta aquí desde Dublín sólo para hablar conmigo?

—Así es.

—O sea, que lo que tenéis que contarme es algo importante.

—Creemos que sí lo es.

Casi de forma automática, Caroline sacó de no se sabía dónde el block de notas y un bolígrafo.

—Pues vosotras diréis...

—Antes de empezar a trabajar en los almacenes no nos conocíamos de nada. Yo llevo allí cinco años, y Peggy tres.

—Bien, ¿Y qué ocurrió allí?

—En realidad allí no ha ocurrido nada. Pero la cuestión es que, bueno, nos conocimos y todo eso. Y así acabamos dándonos cuenta de que las dos teníamos una mancha parecida en el trasero.

Cuando oyó lo de la mancha Caroline empezó a tomar notas como una descosida.

—¿Así que, cuando os conocisteis, os disteis cuenta de lo de la mancha?

—Bueno, cuando nos conocimos no, un poco después.

A Caroline no le costó nada darse cuenta del tipo de relación que unía a esas dos mujeres, y estuvo en duda de plantearlo directamente o dejarlo pasar; no tanto por un interés personal, sino porque temía que si de alguna forma llegara a violentarlas, dejarían de dar información.

—Me vais a permitir que os haga algunas preguntas concretas. Por ejemplo: ¿qué edad tenéis?

—Yo tengo treinta y uno, y Peggy veintiocho.

—¿Y ambas sois de Dublín?

—Bueno, yo soy de un pequeño pueblo cercano, pero a partir de los dos años fui a vivir a Dublín.

En ese momento, a Caroline le pareció que debía de soltar la primera pregunta comprometida:

—Dices que fuiste a vivir a Dublín cuando tenías dos años. Supongo que con tus padres.

Aquí Caroline tuvo un golpe de suerte, ya que sin necesidad de forzar la situación, Sally le dijo lo que quería saber:

—Lo que ocurrió en realidad fue que cuando tenía dos años mis padres adoptivos me recogieron de un convento.

—Es decir, que eres una niña adoptada.

—Eso es.

—¿Y tú, Peggy, también eres adoptada?

—¡Qué va! Mis padre era abogado. Tengo varios hermanos. Yo soy la pequeña. Todos ellos han seguido estudios en la universidad, pero yo soy algo así como la oveja negra de la familia, que apenas si terminó el bachillerato.

—¿Tus hermanos son todos chicos?

—Así, es. Yo soy la única chica.

—Entiendo...

En ese momento, Sally les interrumpió.

—Hemos leído el reportaje que publicaste en la revista, y yo le digo a ella que a la fuerza tiene que ser también adoptada. Porque lo que pasó con las otras dos mujeres fue eso, ¿verdad? Que una de ellas ya sabía de antes que era adoptada y la otra no, pero que luego se dio cuenta de que ella también lo era.

—Efectivamente así ocurrió.

—¿Y no será entonces lo nuestro algo parecido a lo que ocurrió con ellas?

—En realidad todavía no puedo asegurarnos nada. De momento estoy recabando información.

Poco a poco, Caroline iba dándose cuenta de que entre las tres se estaba estableciendo un clima de confianza mutua. Así que pensó que podría ser un buen momento para plantear las cosas sin tapujos:

—¿Cómo es que os disteis cuenta de lo de la mancha?

—Bueno, no sé cómo decirlo...

—¿Sois pareja?

Las dos mujeres se quedaron mirándose la una a la otra, sin saber qué contestar

—No os preocupéis por decirme la verdad, que a buen seguro no se va a publicar. Por si os sirve de alivio, yo también soy lesbiana.

Sally y Peggy se quedaron mudas al principio, pero por suerte enseguida recobraron la calma.

—Me alegro de que hayamos podido dejar las cosas claras entre nosotras sin problemas. Sin embargo hay una cosa que, como comprenderéis, resulta necesaria para mi trabajo: tengo que comprobar que tenéis una mancha tal y como habéis afirmado, porque después de que el reportaje se haya hecho público, hay un riesgo grande de que acudan impostoras.

—¿Qué tenemos que hacer, desnudarnos aquí delante de ti?

—No. Mejor que aquí no lo hagáis, porque no me fio de mis compañeros varones, que a no dudar estarán la mar de atentos para ver si ligo con vosotras. ¿Os parece bien que vayamos al lavabo de señoras?

—¿Y eso no les va a generar sospechas?

—Supongo que sí, pero al menos allí tendremos mayor seguridad de que no vayan a entrar. Al fin y al cabo, la fama ya la tengo ganada, así que, mal que bien, tengo que apechugar con ello.

El lavabo de señoras les brindó la suficiente intimidad para que Caroline se cerciorase de que en realidad ambas tenía una mancha tal y como habían asegurado, y no sólo eso, sino que dicha mancha era sorprendentemente idéntica a la que poseían Kelly y Margaret.

—Muchas gracias por haberme demostrado tanta confianza. Lo único que puedo deciros por ahora es que vuestra mancha es idéntica a la que tienen las otras dos mujeres que conozco. Sin embargo, por ahora prefiero no facilitaros su identidad, de la misma forma que tampoco a ellas les facilitaré la vuestra al menos hasta que todas estéis seguras de estar dispuestas a que vuestra situación se haga conocida.

—Nos parece estupendo. Y gracias por atendernos.

A lo mejor por haber estado callada todo el tiempo, a Peggy se le ocurrió de pronto hacer una pregunta:

—¿Ellas también son pareja?

Caroline, a pesar de toda su experiencia, se sintió un tanto sorprendida por la pregunta.

—Ellas no. Ya sabéis que hasta que no se dieron cuenta de lo de la mancha

eran unas perfectas desconocidas la una para la otra. Lo que ocurrió en realidad, según creo, fue que en el vestuario de la piscina se dieron cuenta de lo que tenían en común.

Sally le lanzó a su amiga una mirada que no auguraba nada bueno.

—No os preocupéis. La verdad es que resulta del todo natural que sintáis curiosidad. Pensad que si los periodistas no fuéramos curiosos, no haríamos ni la mitad del trabajo que hacemos. Os quiero dar las gracias de todo corazón, pues creo que detrás de todo esto puede haber una noticia estupenda. Ah... por cierto, se me olvidaba un pequeño detalle.

—¿Hace falta que hagamos algo más?

—No. En absoluto. Pero sí que creo que es importante que sepáis esto: al parecer, ese tipo de manchas tiene un carácter hereditario.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que es probable que la razón por la que tenéis una mancha igual es que las dos tenéis la misma madre o, más probable, el mismo padre.

Al oír esto, las dos amigas se quedaron sin habla.

—Es decir, que podéis ser hermanas. Y ahora decidme: ¿importa eso en realidad?

Sally y Peggy se quedaron por un momento pensativas.

—A lo mejor no. ¿Tú qué opinas de eso, Peggy?

—Lo mismo que tú, Sally.

—Yo tampoco creo que tenga importancia. Si de verdad os queréis, hermanas o no os podéis seguir queriendo lo mismo.

—Así es.

—Muchas gracias de nuevo. Estaremos en contacto, y si hay novedades tened por seguro que os las transmitiré.

—Muchas gracias Caroline. Estamos encantadas con tu entrevista.

—Igualmente.

Una vez que Caroline regresó a su puesto de trabajo, tal y como esperaba tuvo que soportar un montón de chanzas, indirectas e incluso algún que otro abucheo. Como era de esperar, todo el mundo se había enterado de que se había metido con las visitantes en el lavabo de señoras, y eso, naturalmente, no hizo sino aumentar el interés sobre todo por parte del personal masculino.

—¿No nos vas a contar nada, Caroline?

—Sólo voy a deciros que, tal y como habéis visto, se trata de dos mujeres la mar de atractivas.

—Pero, por desgracia, nos has dejado a dos velas.

—Pues ya sabéis lo que tenéis que hacer la próxima vez: convertiros en lesbianos, y a lo mejor tenéis así mejores oportunidades.

—Pero Caroline, ya sabes que todos nosotros somos lesbianos desde siempre.

—¿Ah, sí? Es una pena que hasta ahora no me hubiera dado cuenta.

Una de las características más genuinas del periodismo, si no la que más, es el carácter efímero de todo lo que se lleva entre manos. Tal y como llegan, las noticias se hacen viejas en cuestión de minutos. Era por tanto comprensible que el tema de las dos visitantes misteriosas se hubiera olvidado a los pocos días, porque incesantemente llegaban a la redacción nuevos hechos, nuevos chismes, nuevos elementos que recabasen la atención de todos sus miembros. Así que, quiérase o no, la vida siguió su curso, a un ritmo trepidante que no dejaba demasiada opción a recrearse en un pasado que, como casi siempre ocurre en el mundo periodístico, al poco tiempo se convierte papel viejo que solo sirve para encender el fuego o para envolver cualquier cosa que no importe demasiado mancharla de tinta.

Pero, al cabo de una semana más o menos, el que Caroline recibiera la visita de otra mujer empezó a despertar la atención de sus compañeros más de lo que en otras circunstancias hubiera supuesto. Aunque, para bien o para mal, el hecho de que el atractivo de esta última fuera notoriamente inferior hizo que el interés de sus compañeros físgones decreciera en la misma medida.

—Me han dicho que ha preguntado por mí.

—Así es. Soy Magdalena Smith.

Aparte de otras muchas cualidades, un periodista que se precie tiene que ser sobre todo intuitivo, y además experto en hacerse una idea de la situación a primera vista. Y en todo eso Caroline estaba más que capacitada. Así que no le costó demasiado suponer varias cosas nada más echar un mirada a su interlocutora y oír su nombre: la primera, que el aire rígido y poco natural de su forma de manifestarse hacía sospechar que no había venido con una actitud clara desde el principio. Y la segunda, que en ese nombre y en ese apellido había algo que no cuadraba. De hecho, pensaba que no era fácil encontrar

alguien que se llamara Magdalena Smith, lo cual le hacía sospechar que alguno de los dos componentes era falso. Probablemente el apellido, ya que Smith es, como quien dice, una especie de apellido comodín que se menciona cuando no se quiere dar a conocer el verdadero. Y el nombre de Magdalena, por otra parte, quizás tampoco lo fuera, sino más bien un nombre inventado por alguna monja o, incluso, un nombre adoptado por alguna monja una vez que, tras realizar los consabidos votos de profesión religiosa, hubiera renunciado al suyo propio.

Todo esto le hizo suponer a Caroline que, a diferencia de la entrevista realizada la semana anterior, ésta no iba a resultar ni la mitad de grata; y no sólo eso, sino incluso mucho más complicada. Así que, sin más, empezó a tomar posiciones para lo que suponía que, en el peor de los casos, podría resultar una batalla en toda regla:

—Así que se llama usted Magdalena, como quien dice un nombre de pecadora. A lo mejor por eso se les llamó Lavanderías de Magdalena a los lugares donde trabajaban mujeres que habían caído en el pecado.

La presunta Magdalena Smith acusó el golpe:

—Es verdad que María Magdalena fue en su día pecadora, pero también lo es que después se redimió por obra y gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

Después de esta afirmación hecha a todas luces a la defensiva frente al mundo, al demonio y a la carne, a Caroline ya no le cupieron dudas sobre el tipo de mujer que tenía delante.

—Bueno, ¿y cuál es la razón de su visita?

—He venido a visitarla porque sospecho que a mí también me ha ocurrido lo mismo que a las mujeres que cita en su reportaje sobre adopción de bebés nacidos de madres solteras.

—Es decir, que usted también tiene una mancha en el trasero.

—Así es. Cuando leí su reportaje sentí una terrible impresión, porque me di cuenta de que, al igual que yo, esas mujeres tendrían que haber sufrido bastante. Entonces he pensado que si soportásemos nuestras penalidades comunes todas juntas, éstas se harían más llevaderas.

A Caroline le estaba costando encauzar la entrevista en los términos que le hubiera gustado, aunque bien era verdad que todo ello no le causaba la más mínima sorpresa: para bien o para mal, todos los periodistas con un mínimo de experiencia se habían visto alguna vez en la tesitura de tener que entrevistar a

alguna persona que, lejos de manifestar hechos o datos de forma más o menos objetiva, y que pudieran servirle al periodista de turno para organizar el consiguiente reportaje a su manera, es tal su subjetividad que una y otra vez mezclaban los hechos reales con sus propias ideas, convicciones o simplemente, obsesiones. En tales casos, la labor del periodista es, como quien dice, separar el trigo de la paja, o mejor aún, aprovechar la paja para construir el envoltorio del trigo que más convenga en cada caso.

Pero es que además en este caso Caroline, intuitiva como la que más, sospechaba que la tal Magdalena Smith no había venido con una intención sincera, así que procuró ponerse a la defensiva, aun a pesar de que casi siempre resulte más propio de la profesión de periodista el ataque que la defensa.

—Supongo que estará usted al corriente de que las dos mujeres que se citan en el reportaje no conocieron a sus verdaderos padres, sino que fueron entregadas en conventos para que, si llegara el caso, pudiesen ser acogidas en adopción.

—Efectivamente estoy a corriente, y debo decirle que me parece un terrible drama.

—¿Fue también ese caso el suyo, es decir, es también usted hija de padres desconocidos y pasó su primera infancia en un convento?

—En realidad yo siempre he vivido en un convento. Incluso ahora, ya que hace más de diez años realicé los votos para ingresar en una orden religiosa.

—Entiendo. Y ya que es usted religiosa, y además habiendo transcurrido toda su vida en conventos, me gustaría preguntarle si gracias a ello ha podido recabar alguna información sobre sus padres biológicos. Supongo que sabrá también que las mujeres que se citan en el reportaje estarían interesadas en conocer la identidad de los suyos.

—Lamento decirle que en ese aspecto no puedo ayudarla. Aparte de desconocer el dato relativo a mis propios progenitores, debo advertirle que las órdenes religiosas están obligadas bajo juramento a mantener total discreción acerca de las cuestiones delicadas que se les encomiendan, sobre todo si pudiera estar en juego el buen nombre de terceras personas.

“Sería la primera vez que las monjas dan algo a cambio de nada —pensó Caroline para sí. Con esta mosquita muerta tengo que andarme con cuidado, porque todavía no sé a qué ha venido en realidad. Lo mejor va a ser ir al

grano, y ver en qué acaba la cosa”.

—Lamento que no me pueda ayudar en ese aspecto, pero de todas formas estoy seguro de que su visita puede serme de utilidad.

—Estoy dispuesta a ayudar en todo lo que sea posible.

—Pues en primer lugar, comprenderá que para garantizar la autenticidad de lo que pueda publicar en el futuro, lo primero que debo asegurarme es que todas las personas que afirman tener una mancha realmente la tengan.

—¿Qué es lo que quiere decir? ¿Acaso duda de mi sinceridad?

—En realidad yo no dudo de nada. Yo tengo, como cualquier periodista que se precie, la obligación de comprobar la veracidad de mis fuentes de información.

—¿Está sugiriendo acaso que puedo mentir?

—No tengo la menor idea de si usted está mintiendo o no. Lo único que le estoy pidiendo, por si no lo ha comprendido, es que me muestre la mancha que afirma tener en el trasero, a fin de que yo pueda estar segura de que es usted una de las mujeres relacionadas con el reportaje publicado, y con todo lo que sobre el mismo tema pueda publicarse después.

—¿Pretende acaso que me desnude delante de usted?

—En la medida que sea necesario, me temo que sí.

—Lamento mucho tenerme que negar, pues las obligaciones morales que tengo como religiosa me lo impiden tajantemente.

—En tal caso, no veo más opción que agradecerle haber venido y dar por finalizada la entrevista.

Poco a poco, la actitud de Magdalena Smith iba tornándose más agresiva.

—A fe de ser sincera, debo decirle que me he sentido muy decepcionada.

—¿A qué se refiere con decepcionada?

—Creo que su actitud no ha sido en absoluto la de una persona que esté dispuesta a cooperar.

—¿A cooperar en qué?

—A cooperar para aliviar el sufrimiento que han debido padecer todas las mujeres a las que les ha ocurrido lo mismo que a mí. Yo esperaba que usted se dignara a ponerme en contacto con ellas, ya que mi intención ha sido en todo momento la de ayudar a mitigar dicho dolor. Pero me he dado cuenta de que es

usted insensible ante el sufrimiento ajeno.

Caroline poco a poco empezaba a intuir qué es lo que había detrás de semejante visita. El verdadero interés de la tal Magdalena no era sino conocer la identidad de las otras mujeres por algún motivo que aún no estaba claro. Sin embargo, todavía tenía confianza en que podría saber algo más.

—Tenga por seguro que respeto en todo momento sus escrúpulos morales. Pero recíprocamente espero que usted también se haga cargo de cuáles son las normas éticas del periodismo. Una de ellas es respetar la confidencialidad de las fuentes de información.

—¿Quiere decir que se niega a facilitarme la identidad de las otras mujeres que están en la misma situación que yo?

—Eso es ni más ni menos lo que digo. Entienda que lo mismo que usted tiene sus propias normas morales, yo tengo las mías.

Una vez que la entrevista llegó a un callejón sin salida, Magdalena optó por echar el órdago.

—Pues he de decirle una cosa, señora Brenton: No me parece que sea usted la persona más indicada para hablar de normas morales.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Quiero que sepa que antes de venir aquí me he estado documentando sobre usted, y me he enterado de que es una persona que vive de forma continua en pecado, además pecando de una de las formas más graves de hacerlo. Una forma que no sólo contraviene las leyes divinas, sino también las de la propia naturaleza.

Al fin, Caroline llegó a la conclusión de que aquello había sido una entrevista hostil en toda regla. Pero no sólo eso, sino que intuía que detrás de esa monja pacata para mostrar su desnudez pero sin embargo desvergonzada para hablar mal del prójimo, tenía que haber algo bastante más complejo de lo que se veía a simple vista. Así que se tomó un par de segundos para tomar aire antes de responder:

—Vamos a ver, señora monja: ha venido usted al principio dándose las de mártir; después se ha negado en redondo a colaborar en nada; luego ha intentado engañarme pensando que le iba a facilitar datos confidenciales sin que hubiera aportado la más mínima prueba para justificarse; y al final ha terminado insultándome de la manera más ruin, es decir, aludiendo a mi identidad sexual. Muy bien: pues ahora me va a responder usted antes de que

la eche a puntapiés: ¿quién le ha enviado aquí, y por qué?

—¿Qué es lo que sugiere?

—Exactamente lo que le he dicho: que me confiese quién le ha ordenado a usted que venga aquí, y con qué finalidad.

—¿Acaso se cree que una pecadora como usted tiene el derecho de dar órdenes a una representante de la Iglesia de Dios?

—¿Así que usted es una representante de la Iglesia de Dios? Estupendo. Acaba de contestar a mi pregunta. Ahora, ¡a la puta calle!

—¿Cómo se atreve a hablarme así?

—A la puta calle, o llamo a seguridad para que la saquen de aquí por la fuerza.

—Tenga por seguro que tendrá noticias nuestras.

—Y ustedes más. Al fin y al cabo, para eso soy periodista, para difundir noticias.

Nada más que la tal Magdalena Smith desapareciera de su vista, Caroline pensó que al menos la entrevista tan desagradable que acababa de tener podría servirle para pasar un rato divertido en cuanto se incorporase a la redacción.

—Caroline, nuestra querida Caroline, ¿Qué te ha pasado esta vez, acaso no ha habido suerte?

—Estoy más que desolada, chicos: quería yo llevármela al huerto, y al final ha resultado que era una monja. Y como resulta que las monjas son la mar de virtuosas, pues se ha negado a meterse conmigo en el baño de señoras.

—Está claro que aparte de virtuosas estas monjas son unas estrechas.

—Ni que lo digáis, chicos. ¿Os dais cuenta de que lo de ser una lesbiana es un fastidio? Mejor que seáis formalitos y no seáis lesbianos, que encima, según me acabo de enterar, lo de ser lesbiano es un pecado horrible.

—¡Huy, qué horror. Está claro que si somos lesbianos vamos a ir al infierno de cabeza!

—Sin ninguna duda, chicos. Así que más vale que recéis por mí, y no intentéis jamás meteros en el baño de señoras.

—Prometido, Caroline.

—Y ahora, a trabajar, que seguro que tenéis muchas cosas que hacer.

Una vez que se terminó el minuto de chanza, a Caroline le volvió el cabreo

que acababa de sufrir por culpa de la susodicha Sor Magdalena. Y no fue hasta pasados unos cinco minutos que pudo pensar de nuevo con la cabeza lo suficientemente fría como para sacar conclusiones de la entrevista que había tenido: “Está claro que la Iglesia anda detrás de esto, tal y como sospechaba desde un principio. Es decir, que bien el padre de todas estas mujeres es un cura, o bien tienen la firme sospecha de que pueda serlo, aun sin estar seguros del todo. Luego está la otra parte del enigma: ¿Por qué están tan interesados en conocer la identidad de las mujeres del reportaje? Con respecto a eso cabrían dos hipótesis: la primera y más lógica es que temen que pueda publicarse algo más sobre el tema, sobre todo la identidad del padre de las mujeres, y en ese caso intentarán presionarlas para que no se mencione nada más de ellas, o incluso para que ellas mismas me presionen a mí a fin de que no continúe con el tema. Pero también puede ocurrir que, si conocen la identidad de las mujeres, ello les dé una pista para saber quién pudo ser su padre, porque aún no lo saben.”

Así pues, tras dar un montón de vueltas sobre todas estas hipótesis Caroline pensó que el siguiente paso tendría que ser volver a reunirse con alguna de ellas, especialmente con Kelly, y decidir entre ambas cuáles serían los pasos a dar en adelante. Lo que ignoraba Caroline era que la propia Kelly había investigado por su cuenta, y que entre una y otra iban a avanzar en el caso más de lo que suponía.

Capítulo 24

Era de agradecer que Margaret se hubiera prestado a ofrecer su casa para la reunión, aun a pesar de ser entre todos los participantes la menos interesada en proseguir con la investigación sobre la identidad del misterioso hombre que, un año sí y otro también, acababa dejando embarazadas a numerosas mujeres, presumiblemente jóvenes, solteras y casi con seguridad sin una buena cobertura familiar, las cuales acababan viéndose forzadas a entregar sus bebés en adopción. Era de agradecer además porque el apartamento de Margaret ofrecía las mejores garantías de espacio, comodidad e intimidad de entre todas las opciones posibles, ya que después de las dos visitas casi seguidas que Caroline tuvo en la redacción del periódico, pensó con muy buen criterio que su lugar de trabajo estaba quemado como sede de posibles reuniones para tratar el tema.

Caroline llegó la primera. Y no pasaron más de cinco minutos cuando Kelly se presentó acompañada de un hombre desconocido para las otras dos interlocutoras.

—Este es Michael, un amigo.

Tal y como era de esperar, la presencia de Michael causó cierto recelo a las otras dos mujeres, máxime teniendo en cuenta que hasta entonces el tema se había planteado, más o menos de forma inconsciente, en clave exclusivamente femenina.

—Michael ha prometido ayudarme en la investigación sobre nuestro presunto padre.

—¿Y puede saberse en qué forma está dispuesto o capacitado para hacerlo?
—la desconfianza de Caroline saltó a la vista desde el primer momento.

—Michael ha sido sacerdote hasta hace poco. En estos momentos está suspendido de funciones. Mejor lo cuentas tú mismo, Michael.

—Gracias, Kelly. Primero fui sancionado con la permanencia de un año en misiones africanas por haber tenido una relación sentimental con una mujer de mi parroquia. Y después se me suspendió por haber estado involucrado en un conflicto armado entre facciones rivales en el país africano en el que me encontraba, aunque en realidad mi único papel fue ayudar en un campo de refugiados. Ahora trabajo de profesor en un colegio, ya que, como acabo de decir, no estoy autorizado para ejercer el sacerdocio.

—Creo que tu caso me suena de algo: ¿No existía un grupo armado denominado Guerrilla Simba, o algo parecido?

—Efectivamente así era.

—Aquí no publicamos nada, e incluso me atrevería a afirmar que hubo en su día presiones de las más altas esferas para que nada saliera a la luz. Por cierto: se habló de que algunos sacerdotes católicos estaban implicados en el conflicto.

Michael se acordó de golpe de Bob Fritzsimmmons, el sacerdote antiguo miembro del IRA que le convenció para abandonar el colegio donde estudiaban los hijos de miembros de la oligarquía local y para marcharse al campo de refugiados por su cuenta y riesgo. Pensó sin embargo que desconocía cualquier dato reciente sobre su paradero o sus andanzas, y además se acordó de la recomendación que en su día le hizo de que mejor no supiera nada de ello. Así que prefirió no mencionarlo, aunque, por otra parte, no pudo resistirse al deseo de conocer lo que Caroline pudiera haber oído acerca de su caso.

—Supongo que yo podría ser uno de esos sacerdotes, aunque nunca llegué a conocer a ningún otro aparte de mí.

—Así que estuviste en un campo de refugiados. ¿Y cómo fue que llegaste allí?

A la primera de cambio, Michael se dio cuenta de que le acababan de coger en un renuncio. Tenía que inventar algo, y rápido. Así que pensó que la mejor mentira es la más sencilla y, por otra parte, la que más se ajusta a la verdad.

—Casualmente en la capital del país entablé contacto con miembros de una ONG que me hablaron de la terrible situación de penuria en la que se encontraban miles de refugiados en el interior del país, y entonces pensé que debía seguir los dictados de mi conciencia y desplazarme allí donde más se me necesitara.

Caroline puso cara de no estar del todo convencida de la veracidad de la respuesta, pero prefirió dejarlo correr y seguir con el interrogatorio por otros derroteros.

—Dices que tu labor se limitó a atender a los refugiados en el campo. Lo que no está claro es por qué la Iglesia te sancionó precisamente por atender al prójimo en sus necesidades.

—Supongo que por desobedecer sus instrucciones. Ya te he dicho que fui

enviado a las misiones africanas como sanción por haber tenido una relación con una mujer feligresa de la parroquia. La intención de la Iglesia era que permaneciera en un colegio para niños ricos de la capital, a salvo de todo conflicto y de toda implicación en nada que no fuera de su agrado.

—¿Y por qué volviste de África, si es que de verdad estabas dispuesto a trabajar con los refugiados?

—En realidad no volví por propia voluntad, sino que me expulsaron del país después de que las fuerzas gubernamentales, dicho sea de paso asesoradas por una potencia europea, invadieran el campo de refugiados y masacraran a la mayoría de ellos. Yo fui hecho prisionero, declarado persona non grata y expulsado del país bajo pena de muerte si regresaba. Entonces, por mediación de diplomáticos belgas, pude regresar a Irlanda, y la Iglesia, por su parte, me suspendió de funciones.

Tras oír el relato de Michael, Caroline se mantuvo en silencio unos momentos, mientras los demás observaban expectantes. Por fin, cuando parecía que había conseguido aclarar su ideas, se dispuso a hablar:

—Entiendo que si las fuerzas gubernamentales masacraron el campo de refugiados, la razón sería que dicho campo se encontraba fuera de su control.

—En realidad el campo estaba situado en la zona controlada por la guerrilla Simba.

—Y por lo que tengo entendido, una de las principales razones del enfrentamiento era el control de las minas de coltan y la venta del producto que se obtuviera.

—Más o menos era así, al menos a tenor de lo que sé.

—Y según lo que sé yo, el gobierno irlandés estaba en buena relación con el del país donde estabas tú, y ello implicaba que el coltan obtenido pasaría a manos, llamémoslas, occidentales.

Margaret y Kelly no perdían detalle de la conversación. Así que en un momento ésta cortó para intervenir:

—¿Qué es el coltan, algún metal precioso?

—En cierto modo sí. Es un mineral que contiene cobalto, de uso imprescindible para fabricar aparatos electrónicos como teléfonos móviles, ordenadores, tabletas digitales y cosas por el estilo. Así que su valor es inmenso, pues sin él nuestro mundo no sería en absoluto tal y como es hoy en

día.

—Entiendo...

—Resumiendo, Michael: que estabas en un campo de refugiados controlado por la guerrilla Simba. Las fuerzas gubernamentales rivales de la guerrilla lo invaden y masacran a todo el que pueden. A ti te cogen prisionero, supongo que mientras tanto te las habrán hecho pasar canutas, te expulsan del país, y después de todo eso la Iglesia te sanciona gravemente suspendiéndote de tus funciones. Y todo ello por atender a personas indefensas en situación de penuria y de grave riesgo para sus vidas. ¿Qué conclusión sacas de todo esto?

—Supongo Caroline, al menos por los datos que conozco, que el propio gobierno irlandés, así como otros afines, deseaban la derrota de la guerrilla para asegurarse el coltan, y por lo tanto no tenían el más mínimo interés en que se divulgaran las barbaridades cometidas por el ejército gubernamental.

—Creo que en eso tienes toda la razón, pero ahora voy a sugerir otra situación, aparentemente análoga pero no tanto: imagina por un momento que el campo hubiera estado en la zona controlada por el gobierno, que hubiera sido la guerrilla Simba quien hubiera cometido la masacre, y que tras sufrir largas penalidades hubieras podido sobrevivir y regresar a tu país. ¿Cómo crees que en tal caso te habrían recibido?

—Supongo que bastante mejor que como lo hicieron.

—No sólo eso, sino que te habrían presentado como un mártir viviente, habrían hablado de ti en las iglesias, en los periódicos, en la televisión... si me descuido, incluso te habrían propuesto para el Nobel de la Paz.

—¿No crees que estás exagerando, Caroline?

—A lo mejor sí, Michael. Pero en mi descargo voy a decirte una cosa: en el mundo del periodismo y de los medios en general, todo es exageración. De hecho, vivimos de la exageración.

—Sin embargo, en mi caso ocurrió precisamente lo contrario. ¿Cómo lo interpretas tú?

—De forma muy simple: Cuando los malos, es decir, los terroristas, están en el bando contrario, los medios de propaganda, incluidos periódicos, radio y televisión, echan el resto atiborrándonos hasta extremos inaguantables con la noticia que se trate, cargando las tintas en contra de los susodichos malos todo lo posible y más. Pero cuando los terroristas están en el bando propio, entonces todo se calla, se oculta, se tergiversa e incluso se miente de forma

descarada. Y esto último, a fin de cuentas, no es sino otra forma de exageración.

—¿Y dónde queda la verdad?

—¿Acaso lo sabes tú? Yo, desde luego, no.

Al igual que había ocurrido hacía un momento, tal afirmación categórica tuvo el efecto de dejar en total silencio al resto de interlocutores. Pero, en cualquier caso, dejó también en evidencia que Caroline era quien estaba más capacitada para llevar el peso de la reunión, a lo cual el resto de participantes no se opuso en absoluto.

—Ha sido un placer hablar contigo, Michael, y de verdad creo que eres una persona honrada que puedes sernos de ayuda para la tarea que tenemos entre manos. Pero después de todo este discurso que no sé si en realidad venía a cuento, creo que es hora de que vayamos al grano: debéis saber que existen nuevos datos sobre el tema que nos ocupa. Si no os parece mal, empezaré yo contando lo que sé, y luego podréis añadir lo que creáis conveniente. ¿Estamos de acuerdo?

El resto de participante asintieron, con lo cual Caroline comenzó con su relato.

—Hace poco he recibido en la redacción del periódico dos visitas: la primera de dos mujeres, al parecer pareja sentimental, las cuales tienen una mancha idéntica a la vuestra según he podido comprobar personalmente. Una tiene treinta y un años y la otra veintiocho, es decir, que son mayores que Kelly pero más jóvenes que Margaret. Al cabo de poco tiempo recibí otra visita, ésta de una monja que afirmaba también tener una mancha como la vuestra pero que, sin embargo, se negó a mostrármela. No obstante, manifestó un especial interés en que le facilitase vuestra identidad, según decía para ayudaros a soportar el infortunio que suponía haber sido niñas adoptadas. Yo, naturalmente, me negué, invocando la confidencialidad de las fuentes de información periodística. Y como la reunión iba tomando cada vez peor cariz, al final acabé echándola de la redacción por la brava.

Acaso animado porque Kelly le había brindado la oportunidad de intervenir aun estando entre personas desconocidas, Michael tomó de nuevo la palabra.

—Creo que eso confirma los datos de que disponemos Kelly y yo, según los cuales la Iglesia anda detrás del tema.

—¿Así que también vosotros tenéis nueva información?

Esta vez fue Kelly quien intervino:

—Creo, Caroline, que ya sabías que yo colaboro en la oficina del padre Ferguson dos días semanales. Sabes también que el padre Ferguson es quien se encarga de los asuntos internos del clero, de los trapos sucios, para que nos entendamos. Pues resulta que hace unos días se presentó en su despacho el padre Finnegal.

—De ése ya sé algo más, pues un día sí y otro también nos convoca a los medios pretendiendo hacerse propaganda a nuestra costa.

—Bueno, pues él le encargó al padre Ferguson que investigara si existe algún sacerdote, supuestamente ya de cierta edad, con una mancha en el trasero. La razón que dio es que la jerarquía sospecha que nuestro padre, para que nos entendamos, podría ser un sacerdote.

—O sea, que la visita de la monja estaría relacionada con dicha investigación.

—Casi con toda seguridad. Pero aún hay más: en la reunión que mantuvieron ambos, el padre Finnegal habló de cierto sacerdote al que se le apodaba Banana Dick, el cual según parece debía de tener mucho éxito entre las mujeres.

—Así que la propia Iglesia sospecha de algún sacerdote...

—Según lo que pude oír de la reunión mientras estaba escondida en el cuarto de los archivos, en realidad ninguno de los dos estaba seguro de si el tal Banana Dick pudiera ser el hombre que buscaban, ni siquiera sabían con certeza si era un personaje real o no. Mejor dicho: el padre Finnegal lo ignoraba, pero me dio la sensación de que el padre Ferguson sí que conocía a dicho individuo, aunque negó saber nada de él.

En ese momento, Michael pensó que debía intervenir una vez más:

—Perdonad que vuelva a tomar la palabra a pesar de que me he presentado aquí sin estar previamente invitado, pero quiero que sepáis que hace pocos días he ido a visitar al antiguo párroco de la iglesia en la cual ejercí de sacerdote, una persona ya bastante mayor, y me ha asegurado que, aunque él no llegó a conocerle, Banana Dick es un sacerdote de carne y hueso, si es que todavía no ha fallecido.

Una vez que cada participante conto lo suyo, se hizo un silencio que duró

unos segundos, tiempo en el que cada uno se dedicó a rumiar la nueva información que acababa de conocer. Finalmente, fue Caroline quien salió del impasse.

—Resumiendo: tenemos casi la certeza de que el culpable de dejar a mujeres embarazadas es un sacerdote. Y encima tenemos un presunto candidato. ¿Qué es lo que no falta ahora? Entiendo que dos cosas:

—Enterarnos de quién es, o era, Banana Dick...

—Y comprobar si tiene una mancha en el trasero.

—Kelly: tú serías la persona más indicada para seguir con las pesquisas en el despacho de Ferguson.

—Es cierto. Sin embargo, os pido que entendáis mi situación: por una parte, estoy más que segura de que si el padre Ferguson conoce la identidad de Banana Dick, o incluso si posee algún tipo de expediente relacionado con él, a no dudar que tendrá la documentación correspondiente, si es que existe tal documentación, cerrada bajo siete llaves. Pero es que, además, hay otro problema:

—¿Cuál?

—Michael y yo conocemos bien al padre Ferguson. Y quiero que sepáis que es un auténtico fanático integrista. Cuando el padre Finnegan le contó lo que se había publicado en el reportaje, que dicho sea de paso el padre Ferguson no lo conocía porque él sólo lee vidas de santos y cosas por el estilo, empezó a decir que las mujeres manchadas en el trasero tenían que ser hijas del diablo, y que iban a acabar corrompiendo a toda la cristiandad. Así que a partir de entonces cada vez que tengo que ir a cubrir mi turno en su despacho paso un miedo horrible, pues pienso que si por un casual se enterara de que yo soy una de ellas, a lo mejor pretendería quemarme viva en la hoguera.

—Así que no te atreves a hacer nada que pueda despertar sospechas.

—Exactamente.

—Bueno, pues al menos hemos puesto en común lo que sabemos. ¿alguna otra idea?

El silencio fue total, porque de hecho nadie sabía cómo proseguir con aquello.

—Margaret, tú has estado callada todo el tiempo...

—Es verdad. Pero entended que yo soy la que menos interés tengo en todo esto.

Michael debió de poner cierta cara de sorpresa, motivo por el cual Kelly se sintió obligada a dar alguna explicación:

—Margaret se ha enterado hace poco que era hija adoptada, y mientras su padre de adopción vivió, las relaciones entre ambos no fueron todo lo edificantes que debieran haberlo sido para una niña, y menos aún para una joven adolescente. Así que, como comprenderás, su interés por conocer a otro padre que tampoco le va a aportar nada bueno no es precisamente grande.

—¿Y qué fue de tu madre, Margaret?

—Mi madre está internada en una residencia, postrada en una silla de ruedas desde hace varios años. En el fondo creo que nunca nos hemos querido, y encima ocurrió hace poco que, tras una visita que hice a la residencia, que está situada a bastantes kilómetros de aquí, acabó confesándome que en realidad no era hija suya, sino adoptada en un convento. Me dijo además que desde siempre había pensado que la mancha que tenía sugería algo diabólico. No sé si estoy haciendo bien o mal, pero desde aquella visita no he vuelto a verla. Han pasado casi dos meses, y no me siento capaz de enfrentarme de nuevo con sus comentarios desagradables, con sus protestas y, sobre todo, con la impresión de que siempre hemos sentido un rechazo mutuo. Además, ni siquiera sé cómo debo llamarla de aquí en adelante. La última vez que estuve con ella, a la hora de despedirnos acabé llamándola señora Taylor.

Michael escuchaba en silencio el relato de Margaret a la que acababa de conocer, a la vez que casi inconscientemente, impulsado quizás por una rutina profesional que le venía desde su época de sacerdote, pensaba a toda velocidad qué tipo de respuesta podría darse ante esa situación:

—Dices que lleva un tiempo en una silla de ruedas. ¿Y qué fue de tu padre mientras tanto?

—Mi padre murió algo antes. La verdad es que era un alcohólico, y acabó con el hígado destrozado. Para entonces yo ya estaba casada y no vivía con ellos. Luego acabé divorciándome, y al poco hubo que ingresar a mi madre en una residencia porque no podía valerse por sí misma.

—¿Así que en esta última etapa de tu vida has tenido que lidiar con un divorcio y con una madre dependiente.

—Con una madre que en realidad no era tal.

—¿Y si hubieses sabido antes que en realidad no era tu madre, qué habrías hecho?

La pregunta en realidad tenía trampa. La típica trampa de las preguntas hipotéticas en las cuales sea cual fuere la respuesta que se dé, siempre es una mala respuesta. Lo mismo si decía que llevada por su antipatía gestada desde mucho tiempo antes la habría mandado a freír churros, como si dijera que aun sabiéndolo la habría tratado como una verdadera madre. Tampoco resultaba bien afirmar que no estaba segura de lo que hubiera hecho, porque así lo único que evidenciaba es miedo o inseguridad a la hora de tomar decisiones. Sin embargo, Margaret tuvo la suficiente inspiración como para salirse de la trampa y, a la vez, contestar con otra pregunta:

—¿Habéis visto la película del Titanic?

Cuando oyó lo del Titanic, a Michael le vinieron a la cabeza un montón de recuerdos de la niñez, a la vez que le hizo perder un poco de la seguridad en sí mismo, ya que a fin de cuentas el Titanic había sido para él una especie de sueño infantil que le había llevado a tomar un camino que, a la postre, había resultado equivocado. Afortunadamente para él, Caroline se adelantó en la respuesta:

—¿La de Leonardo Dicaprio? Claro que le he visto, y supongo que vosotras también.

—Mi ex marido tiene un aire a Leonardo Dicaprio, así que no le costó demasiado esfuerzo ligarse a su enfermera que era diez años más joven que él.

—De verdad que lo siento.

—No lo sientas, Caroline. Pero no era de mi marido de quien quería hablar, ni tampoco de Leonardo Dicaprio, sino de la protagonista femenina, la que interpreta Kate Winslet.

—La verdad es que aparece guapísima.

—Sí, pero no es eso lo que quería decir.

—A lo mejor es que como tu antiguo marido se parecía a Leonardo Dicaprio...

—No digáis tonterías: ¿Os acordáis de lo que pasa al final de la película?

—Que la joya que estaban buscando en realidad la tenía ella, porque no se perdió en el naufragio. Pero entonces, un poco antes de morir, decide arrojarla al mar.

—Sí, es verdad que la película acaba así. Pero lo que quería comentaros es que la protagonista, una vez que se salva del naufragio in extremis, decide romper de forma radical con su vida anterior, y aunque su prometido la está buscando entre las personas rescatadas en el *Carpathia*, ella se oculta para que no la reconozca, y entonces, al llegar a Nueva York, cambia de nombre, de identidad y de todo lo que la relacionaba con su vida anterior, madre incluida.

—Visto así, parece el argumento de una tragedia griega.

Al darse cuenta de qué era lo que a Margaret le había impresionado de la película, Michael entendió qué es lo que en realidad quería expresar.

—Me parece que lo que desearías es romper del todo con tu vida anterior en la familia de adopción, y empezar otra nueva sin saber nada de tu madre, ni de tu difunto padre alcohólico, ni del convento de adopción, ni del sinvergüenza que dejó a tu madre biológica embarazada, que no quiso saber nada más de ella y que, además, probablemente se trate de un cura.

—Creo que lo has expresado mejor de lo que podría haberlo hecho yo. Ya rompí en su día con mi marido, y espero seguir haciéndolo con quien sea siempre que me parezca necesario.

Una vez que Michael vio el tema situado en su contexto, creyó estar seguro de lo que tenía que decir:

—Si no te importa, me gustaría comentarte un par de cosas: la primera, que yo soy natural de Cobh, y que cuando era niño pensaba mucho en las personas que se ahogaron en el Titanic, que como sabrás hizo allí su última escala antes de naufragar. Entonces todavía no se había rodado la película de James Cameron, pero había visto otras versiones anteriores, y sentía una pena enorme por las personas que se ahogaron con el barco. Así que decidí hacerme sacerdote, creyendo que mi misión en la vida era atender las almas de quienes lo necesitaran, como de hecho les habría ocurrido a las mil quinientas y pico personas que perecieron en el naufragio.

—No te quiero ofender, pero quiero que sepas que yo jamás he sentido un interés especial por la religión, ni por los curas, ni por las almas de nadie. A lo mejor es porque los médicos nos ocupamos más de los cuerpos que de las almas.

—Entiendo. Te lo he contado para que te des cuenta de que, acaso por diferentes razones, la odisea del Titanic ha tenido también para mí una importancia especial.

—¿Entonces, qué es lo que me querías decir?

—Te quería decir que yo también he visto la película de James Cameron. De todas formas, a mí me parece que la situación de la protagonista de la película no se parece a la tuya.

—¿En qué no se parece, si puede saberse? ¿Acaso crees que yo no he sufrido la opresión de una madre que en el fondo siempre me ha despreciado?

Kelly y Caroline, mientras tanto, permanecían en silencio, expectantes, sin saber en qué iba a acabar aquella discusión, y además, sin saber por quién tomar partido en la misma.

—Sí, pero yo veo una diferencia importante: la protagonista de la película no era una mujer libre, pues entre su madre y su prometido habían decidido todo por ella, y una vez que se casara pensaban seguir haciéndolo en el futuro. Entonces la protagonista aprovechó la situación del naufragio para recobrar la libertad, aun a costa de tener que empezar una nueva vida desde cero.

—Y, sin embargo, piensas que yo soy libre para organizar mi vida como quiera.

—No lo puedo asegurar del todo, pues te conozco muy poco, pero me da la sensación de que efectivamente lo eres.

—¿Aun teniendo que soportar a una supuesta madre a la que no soporto?

—Si tu madre está, como dices, imposibilitada en una residencia, sin poder salir de allí, y sin tener más contacto con el exterior que tus visitas, está claro que ella es mucho menos libre que tú, ¿No lo ves así?

—Entonces, ¿Cuál es para ti la mejor solución?

—No se trata de solucionar nada. Sólo creo que, aun a pesar de vuestra mutua antipatía, la persona que está en esa residencia ha hecho para ti de madre durante toda tu vida.

—¿Y a qué le llamas tú hacer de madre? Porque supongo que el hacer de madre es algo que a ti no te va a tocar jamás.

La conversación estaba volviéndose tensa, y por ello Caroline y Kelly empezaron a temer que el grupo que habían formado no iba a responder a las expectativas previstas

—Claro que no voy a hacer jamás de madre, aunque tampoco creo que por ello se me deba achacar nada pues, como hombre, es imposible que sea madre de nadie. Lo único que quiero de decir es que, mal que nos pese, la madre es

en primer lugar quien nos trae al mundo tras realizar un enorme esfuerzo para ello, aunque poco después nos abandone en la puerta de un convento. Y si en lugar de abandonarnos siendo recién nacidos se encarga de garantizarnos que vayamos a llegar a la vida adulta sin perdernos por el camino, pues lo que se debe a una madre es todavía mucho mayor.

—¿Así que piensas que yo le debo mucho a mi madre de adopción?

—¿No crees que, a pesar de todo, le debes más a ella que ella a ti?

Margaret se quedó en silencio, a lo mejor recordando todas las ocasiones en las cuales su madre supuestamente hizo algo por ella.

—No voy a asegurar que tu madre fuera ideal, ni mucho menos. Tampoco quiero decir que todos los padres sean igual de honrados y de desinteresados con sus hijos. Lo que quiero decirte, pensando más en ti misma que en tu madre, es que aunque la llames en adelante señora Taylor, o incluso a pesar de que vayas a echarle en cara de golpe todo lo que te ha exasperado a lo largo de tu vida, la forma de ser libre no es huyendo como hizo Kate Winslet en la película, sino asumiendo que tu madre ya no es para ti una persona que va a influir en tu vida, sino la que en el pasado garantizó que pudieras llegar hasta donde has llegado hoy, y que como tal merece al menos que no la ignores en absoluto.

—¿Y qué pasa con mi padre? Quiero decir con mi padre biológico, porque del otro, aparte de que está muerto desde hace mucho, no tengo ninguna gana de hablar.

—Pues que aunque fuera un auténtico hijo de perra, que lo único que hizo por ti fue follarse a una adolescente, al menos se merece que si alguna vez tienes la ocasión de estar cara a cara con él, le digas abiertamente: “Querido padre, quiero que sepa que es usted un auténtico hijo de perra, pero a fin de cuentas es usted mi padre.”

A lo largo de la discusión, Kelly y Caroline empezaron expectantes, continuaron temerosas a acabaron divertidas. Tanto una como la otra se dieron cuenta de que Michael tenía la virtud especial de no caer mal a nadie, así como de saber improvisar un buen discurso aun en los momentos más desfavorables.

—Kelly: este amigo tuyo es un cura de tomo y lomo.

—Bueno, en realidad ya os he dicho que no es un verdadero cura.

—Verdadero o falso, canta a cura un montón.

Incluso la propia Margaret acabó reconociendo que, aun sin estar del todo de acuerdo con él, lo que decía no carecía de lógica.

—Entiendo cuál es tu punto de vista. Lo único que te prometo es que voy a pensar en lo que me has dicho, y a lo mejor alguna vez me animo a volver a visitar a la señora Taylor. Y si nos encontramos ambas de mejor humor, hasta acabo agradeciéndole todo lo que ha hecho por mí.

—Yo creo que cuando las cosas se aclaran del todo entre las personas, la relación entre ellas mejora notablemente.

—Esperemos que sea así.

Una vez pasado el peor momento de tensión, la conversación entre las cuatro personas continuó con temas intrascendentes. Al final tomaron a decisión de permanecer en contacto por si acaso surgieran nuevos hechos relevantes, no sin que antes Caroline les planteara si tenían algún inconveniente en que pudiera invitar a las dos amigas a la próxima reunión, siempre que ellas estuvieran dispuestas. Nadie puso objeciones, así que decidieron que, lo más pronto posible, volverían a reunirse, con la esperanza de que, para entonces, la investigación hubiera avanzado algunos pasos.

Capítulo 25

Apenas había transcurrido una semana desde la última vez que se reunieron en casa de Margaret, cuando a Michael le avisaron de que le llamaban por teléfono, otra vez la tal señorita O'Brien.

Bien era verdad que, desde la última vez que estuvieron juntos, a Michael le habría gustado llamarla para quedar con ella el fin de semana, para pasar el día juntos, ir a cenar, e incluso si llegara el caso continuar disfrutando de la mutua compañía hasta la hora del desayuno. Pero, aun sin saber por qué, no se sentía capaz, un poco porque pensaba que las razones existentes para que ella buscara su compañía se limitaban a una tarea puntual para la cual él había prometido prestar su ayuda, sin que ello implicase por fuerza algún acercamiento de tipo personal. Además le ocurría que el tiempo que disfrutaba de la compañía de Kelly empleado en semejante misión le parecía tan valioso y gratificante que sentía una especie de reparo a combinarlo con una vulgar cita de fin de semana, como si el quedar con otra persona que te gusta para pasar con ella un buen rato tuviera que ser algo vulgar que rebajara moralmente a los protagonistas.

En el fondo, todos estos pensamientos no eran más que mecanismos de defensa de los que se dotaba a sí mismo para ocultar el hecho de que estaba mucho más enamorado de Kelly de lo que estaba dispuesto a reconocer. Ya había estado antes enamorado de Mary, la mujer de su parroquia, y podría decirse que también de Jenny la enfermera del campo de refugiados, aparte de sus devaneos más o menos significativos con Esther la patinadora, Abigail la alumna provocativa, o Jennifer, la mujer que de una forma u otra se había encargado, como buena encargada de mantenimiento, de mantenerle a flote emocionalmente en un momento en el que estaba en dicho aspecto más perdido que un náufrago. Y el balance final que había sacado de todas esas experiencias era bastante amargo, debido más a causas externas que a nada que pudieran haber hecho sus partenaires femeninas o incluso él mismo. Todo ello le impulsó a intentar dotarse en lo sucesivo de una especie de coraza defensiva frente a la efusión de sus sentimientos, y eso a pesar de que sabía que las personas como él eran del todo incapaces de vivir sin amar, lo mismo si se tratase del amor de pareja como de cualquier otro tipo de amor.

Así que mientras se dirigía al teléfono para hablar con Kelly, una parte de él se decía que debía mantener la calma porque la razón de la llamada

seguramente tendría poco que ver con algo relacionado con sus propios sentimientos, mientras que la otra parte deseaba vivamente que, al igual que le ocurriera en ocasiones anteriores, el amor de Kelly llamara a su puerta para que él no tuviera otra cosa que hacer que abrirla de mil amores.

Al final, podría decirse que el resultado de la llamada fue más bien neutro: Kelly le citaba una vez más para reunirse con él, pero existiendo para ello razones aparte de un supuesto interés en pasar el tiempo en mutua compañía.

—Michael, Caroline me acaba de llamar para decirme que tenemos que reunirnos con urgencia, ya que hay noticias importantes.

—¿Te ha explicado de qué se trata?

—No ha querido decir nada por teléfono, supongo que porque llamaba desde el periódico, y por lo que tengo entendido lo que se dice desde allí acaba sabiéndolo todo el mundo.

—¿Ha dicho cuando quiere reunirse con nosotros?

—¿Este sábado te viene bien?

—Estupendo. ¿En casa de Margaret, como la vez anterior?

—Así es. A cinco, para tomar el té y merendar.

—Allí estaré. Gracias por llamarme, Kelly. De verdad que estoy encantado de volver a quedar contigo.

Le salió de golpe, de forma espontánea, casi sin darse cuenta, que al fin y al cabo es como mejor salen las cosas cuando se está enamorado. Y cuando Kelly le contestó que ella también estaba encantada de que se volviesen a ver, estuvo a punto de mandarle un beso por teléfono.

Esta vez el pobre Michael fue el primero en llegar, pues al igual que le había ocurrido a Kelly en una ocasión anterior, un poco por no acordarse bien de la dirección de Margaret, y un mucho por las ganas tremendas que tenía de volver a ver a Kelly, acabó parado enfrente de la casa de Margaret mucho antes de la hora concertada. Y después de dar vueltas y más vueltas a la manzana para hacer tiempo, no le quedó más remedio que entrar a pesar de que aun faltaban más de diez minutos para la hora de la cita. Por suerte para él, la caja de bombones y la botella de licor dulce que había traído para la ocasión paliaron el efecto negativo de presentarse en una casa ajena cuando todavía no era el momento de hacerlo, arriesgándose así a pillar al anfitrión en situación inadecuada.

—Hola, Michael, pasa. Aún no han llegado las demás. Siéntate mientras preparo el té y las cosas para tomar. Oh, muchas gracias, no tenías que haberte molestado.

—Después de la discusión que tuvimos la vez anterior, he pensado que a lo mejor te debía una reparación.

—¡Ni muchísimo menos! En el fondo tuviste razón, y creo además que lo que me dijiste me ha hecho recapacitar, y te estoy agradecida por ello.

Al poco llegó Kelly, que nada más llegar le estampó un beso a Margaret, su presunta hermana, y otro a Michael.

—Kelly, estás muy guapa.

—Gracias.

Afortunadamente, Michael no se fijó en la mirada irónica de Margaret. Bien es verdad que cuando aparece vestida con una bata y un delantal encima de ella, ninguna mujer espera que la piropéen, pero aun así y todo no hacía falta ser demasiado perspicaz, y la mayoría de las mujeres lo son en elevado grado, para que Margaret se diera cuenta de cuáles serán los sentimientos del pobre curita desahuciado.

Cinco minutos después Caroline apareció con dos mujeres jóvenes, las cuales daban la sensación de sentirse un tanto cohibidas.

—Estas son Sally y Peggy, de las cuales os hablé la vez anterior.

—Hola. Sentíos como en vuestra casa. Yo soy Margaret, y éstos son Kelly y su amigo Michael. No sé qué os habrá explicado Caroline, pero a lo mejor resulta que vosotras dos, Kelly y yo somos en realidad hermanas.

El hecho de que una desconocida se presentara de golpe como presunta hermana no sirvió precisamente para que las dos recién llegadas se sintieran relajadas, pero por fortuna supieron adaptarse a la situación sin demasiados problemas.

—Caroline nos ha hablado de eso antes. Dice que lo de la mancha puede ser algo hereditario. ¿Así que vosotras dos tenéis una mancha igual?

—Exacto. Y si las cosas son como creemos, puede que las cuatro seamos hermanas, ya sin ninguna duda por parte de padre.

—Está claro que resulta imposible que las cuatro tuviésemos la misma madre. Así que de lo que se trata es de buscar quién pudo ser el padre de todas nosotras.

—Más o menos así es.

Una vez que se hicieron las presentaciones iniciales, Caroline volvió a asumir el papel dirigente en la reunión.

—Como veis, a raíz de este asunto nos hemos llegado a juntar seis personas, cuatro de ellas relacionadas directamente con los hechos que estamos investigando y otras dos, Michael y yo misma, como meros colaboradores. Por otra parte, sabéis también que existen otros intereses acerca de la tarea que tenemos entre manos, intereses supuestamente contrarios al objetivo que nos hemos marcado.

—Perdona —objetó Sally. No sé a qué te refieres con eso.

—Me refiero a que la Iglesia cree que vuestro padre pudo ser un sacerdote, y quiere saber a toda costa de quién se trata para ocultar el posible escándalo que surgiría si así fuera.

Sally y Peggy se quedaron calladas, con cara de preocupación.

—No hay por qué temer nada, al menos por ahora. Pero aun así y todo, a fin de que no exista ningún tipo de suspicacia entre nosotras, creo que el primer paso sería que todas comprobáseis que el motivo por el que estáis hoy aquí está del todo justificado.

Sally y Peggy, con la inexperiencia de las recién llegadas, seguían poniendo una cara extraña. Así que Margaret se sintió obligada a dar una explicación.

—Creo que lo que Caroline quiere decir es que resulta imprescindible que todas tengamos la seguridad de que las demás tienen una mancha como la nuestra. Kelly y yo lo hemos comprobado ya, y según creo vosotras dos también. Pero ocurre que vosotras no nos habéis conocido hasta ahora, y a Kelly y a mí nos pasa exactamente lo mismo.

—O sea, lo que dices es que...

En un momento determinado, casi de forma automática, todas las miradas se dirigieron a Michael, el cual, mucho más lento de reflejos que las mujeres, tardó un buen rato en darse cuenta de lo que ocurría.

—Ah, sí, claro. Entiendo. Me estáis pidiendo que salga.

Con un notorio rubor en las mejillas, Michael se levantó para dirigirse a la cocina, mientras pensaba que en un conciliábulo de mujeres siempre iba a haber algo que no sólo acabaría dejándolo al margen, sino también en evidencia. Y de golpe sintió una especie de aguijonazo en su honor masculino.

“¿Por qué, o con quién, estoy realmente enfadado? —pensó para sí”. Y después de dar muchas vueltas al tema se le ocurrió que a lo mejor lo que en el fondo le ocurría es que cuatro mujeres atractivas, o cinco si se quiere, le habían negado la posibilidad de observar sus encantos. “Tranquilízate, Michael. Es normal lo que ha ocurrido. ¿Si ya de antemano querías convencerte a ti mismo de que tu relación con Kelly se circunscribía al desarrollo de una investigación, por qué va a ser distinto con las demás, con las cuales apenas si tienes nada que ver? ¿No será que, en el fondo, tus intereses son en realidad otros? Estás loco por follarte a Kelly desde el mismo día que la conociste, y ahora la ves estableciendo una suerte de alianza con otras mujeres también atractivas en la cual tú te has quedado fuera de juego. Bueno, pues tienes dos opciones: o quedarte al margen y resignarte a ello, o intentar entrar en juego, aunque sabes bien que tu juego con Kelly va a ser otro diferente.”

Mientras daba vueltas y más vueltas a todos estos pensamientos metido en la cocina, Caroline apareció para decirle que ya podía regresar al salón.

—Disculpa que te hayamos hecho salir, Michael, pero entiende cómo son las cosas.

Al pobre Michael se le iba pasando poco a poco la rabia, aunque le estaba costando más de lo que él juzgaba razonable. Así que pensó que, hasta que no se tranquilizara del todo, por si acaso iba a permanecer callado.

—Ahora que ya todas estáis seguras de que vuestra situación es idéntica, voy a contaros algo la mar de sorprendente, lo cual querría debatir antes de tomar ninguna decisión. Recordáis que la vez anterior os comenté que había recibido dos visitas en la redacción del periódico, en primer lugar la de Sally y Peggy, y pocos días después la de una monja enviada por la Iglesia cuyo auténtico interés era conocer vuestra identidad. El caso es que hace dos días he recibido una tercera visita, ésta de una mujer que afirma poder darnos información sobre la identidad de la persona que estamos buscando.

—¿Se trata también de otra que tiene la misma mancha?

—No. Ella no tiene ninguna mancha. Pero dice conocer al hombre que sí la tiene.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque mantuvo relaciones con él.

El silencio que siguió esta afirmación fue total. Al final, Margaret

consiguió formular una pregunta.

—¿Hasta qué punto se puede considerar que su relato es auténtico, y que no se trata de una impostora?

—Esa es la pregunta clave, a la cual le he estado dando un montón de vueltas. He hablado con ella a solas, y me ha parecido que su relato es suficientemente importante como para que todas lo oigáis de primera mano.

—¿La has invitado a venir?

—Sí y no. Le he dicho que trataría el tema antes con vosotras, y que si estuvierais de acuerdo la llamaría para que se presentara aquí.

—¿Ahora?

—Dentro de media hora poco más o menos he prometido llamarla.

Margaret, una vez más, mostró sus reticencias, aunque en este caso Kelly aún las tenía mayores.

—Si viniera, acabaría conociendo nuestra identidad.

—Ese es el riesgo que corremos.

—¿Y qué razones hay para confiar en ella?

—Tal y como lo veo yo, la situación es la siguiente: con arreglo a lo que sabemos hasta la fecha, las posibilidades de conocer quién era Banana Dick, si él es realmente la persona que nos interesa, son casi nulas. Y sin poder conocer la identidad de vuestro padre, nuestro trabajo se acaba aquí. Supongo que si la Iglesia acaba enterándose de quiénes sois, Kelly debería abandonar inmediatamente su trabajo con el padre Ferguson, pero aparte de eso no creo que vayan a causarse mayores perjuicios. Aunque también hay otra razón a favor.

—¿Cuál?

—Que esta mujer no viene en un principio a enterarse de lo que sabemos las demás, sino a contarnos algo que no sabemos. Puede que todo sea un engaño, pero puede que no.

De nuevo se hizo un silencio.

—¿Tú confías en ella?

—Creo que dice la verdad.

—Entonces podríamos decirle que viniera, aun sin decirle quiénes somos en realidad. Al menos Margaret quedaría en evidencia, ya que ésta es su casa.

—No me importa. Al igual que soy yo quien menos interés tiene en conocer la identidad de mi presunto padre, también soy yo la que menos arriesga si se llega a saber algo de mí.

—¿De acuerdo entonces?

—Adelante.

Al cabo de poco más de media hora, llamaron al timbre de la puerta. Margaret acudió a abrir a una mujer de unos sesenta años, bien vestida aunque, no se sabía por qué, dando a primera vista una imagen mezcla de tristeza y cansancio. Sin más la invitó a pasar, tras lo cual Caroline se levantó de su asiento para saludarla y, a la vez, agradecerle que se hubiera tomado la molestia de acudir.

—Amigas, ésta es Rachel, la mujer de la que os he hablado.

—Encantadas de conocerte.

—Yo también, aunque supongo que cuando Caroline ha dicho encantadas también me ha incluido a mí. Yo soy Michael.

—Encantada de conoceros a todas. Y a ti también, Michael.

—Rachel: hemos estado debatiendo antes de que llegaras sobre si estábamos dispuestas a que nos conocieras. Al final hemos estado de acuerdo en ello, pero sin embargo creemos que todavía no es el momento de que sepas quienes somos. Así que por ahora es preferible no dar nombres de nadie, aunque sí te aseguro que todas ellas llevan una mancha en el trasero, tal y como publiqué en el reportaje que leíste en su día.

—Como queráis, pero, no entiendo por qué tenéis miedo de que yo conozca quiénes sois.

—No te lo he dicho hasta ahora, pero la cuestión es que la Iglesia anda muy interesada en saber quiénes son estas mujeres, porque sospechan que el hombre que dejó a sus madres embarazadas sea un sacerdote. Sabemos además que están realizando gestiones tanto para conocer quién es dicho sacerdote como la identidad de sus presuntas hijas. Pensamos además que su interés es impedir que nada de esto salga a la luz.

—Me hago cargo. Bueno, Caroline, supongo que si estoy aquí es para contarles lo mismo que te he contado a ti antes, o incluso algo más.

—Te estaríamos muy agradecidas, Rachel. Perdona, no te hemos ofrecido nada hasta ahora.

—Un té estaría bien.

Durante el breve interludio transcurrido mientras le servían té a Rachel, nadie se atrevió a decir una palabra, aun a riesgo de que el ambiente se volviera especialmente tenso. Era natural, por otra parte, que la curiosidad de todo el mundo estuviera al rojo vivo. Por si ello fuera poco, Rachel, un poco por su edad y otro poco por su forma de ser, era más bien de movimientos lentos.

—Bueno, pues creo que es el momento de contar mi historia.

—Cuando quieras, Rachel.

—Como ya sabéis, yo me llamo Rachel. Soy natural de Galway, y he vivido allí durante toda mi infancia y gran parte de mi juventud. Os habéis dado cuenta de que soy bastante mayor que vosotras, pero antes de que ninguna me haga la pregunta que temo que pueda estar en la mente de algunas de vosotras, quiero adelantaros que yo jamás he sido madre.

Puede que a alguna de las presentes esta afirmación le hubiera causado alguna decepción. Sin embargo, nadie hizo el más mínimo ademán para exteriorizarlo.

—Veo que todas sois mujeres jóvenes, aunque de edades diferentes. Eso quiere decir que la persona de la cual os voy a hablar tuvo a lo largo de su vida experiencias análogas a las que tuvo conmigo.

Sally se mostraba especialmente nerviosa, quizás porque había tenido un interés mayor que otras por conocer quién fue su madre. A fin de cuentas, Kelly sabía que la suya había muerto. Margaret pensaba que con su madre de adopción había tenido suficiente, y Peggy aún no tenía prueba alguna de que fuera una niña adoptada.

—Como supongo que Caroline os lo habrá dicho ya, he venido a contaros mi experiencia con un hombre que, al igual que vosotras según creo, tenía una mancha en el trasero. Veo que tenéis una gran curiosidad por saber lo que vaya a contar, y eso es del todo normal ya que a fin de cuentas se trata de la persona que a lo mejor es vuestro padre. Pero entended también que yo tenga curiosidad por saber de dónde venís, cómo habéis llegado a sospechar que podríais tener un mismo padre, y todo eso. Pero aun así creo que me corresponde a mí empezar a contar lo que sé, y después podréis vosotras satisfacer mi curiosidad.

—Cuando quieras, Rachel. Cuéntales lo que me dijiste a mí.

—Antes de nada, quiero deciros que el hombre del cual voy a hablaros era sacerdote. Se le conocía como padre Richard, y a decir verdad, es quizás el único hombre al que haya amado en mi vida.

—Nada más decir esto, nadie pudo evitar un murmullo de sorpresa.

—Tango ya más de sesenta años, y lo que voy a contar ocurrió hace casi medio siglo. Eran los felices años sesenta, época en la cual estaban cambiando muchas cosas. Algunas lo habéis vivido, o por lo menos lo veis como un pasado reciente. Otras, por lo que me parece, no tanto.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Por ejemplo, todo el mundo el mundo conoce quiénes eran los Beatles, o qué tipo de estilo es el pop, tanto en lo musical como en otras facetas. Era, como si dijéramos, una época en la cual la juventud estaba floreciendo con un estilo propio, y aún más: una época en la cual, quizás por primera vez en la historia, la juventud veía la oportunidad de mostrarse ante la sociedad de la forma que deseaba ser.

—¿Te refieres al amor libre, a las drogas y todo eso?

—Me refiero al amor libre, al movimiento hippy, a la marihuana, a los grandes festivales musicales, a las modas en el vestir, y a muchas cosas más. Además, en la Iglesia también se estaba notando el cambio. Acababa de celebrarse el Concilio Vaticano Segundo, que supuso una auténtica apertura y ruptura con la tradición de un catolicismo oscuro, lleno de amenazas y de prohibiciones.

—¿Y todo eso qué tiene que ver?

Sally y Peggy no acababan de entender por dónde iban los tiros, así que Michael se animó a dar alguna explicación al respecto:

—Me vais a permitir que diga algo, ya que hasta cierto punto me siento aludido: por iniciativa del papa Juan XXIII se celebró un concilio, que es una especie de congreso de la Iglesia Católica al cual asisten la totalidad de los obispos del mundo, donde se marcan cuáles serán las directrices de la Iglesia durante los años venideros. El Concilio Vaticano Segundo se prolongó desde 1962 a 1965, y se caracterizó porque supuso para toda la iglesia un aire de profunda renovación. Bien es verdad que en fechas posteriores se ha dado marcha atrás en muchos aspectos, sobre todo en el pontificado de Juan Pablo Segundo, pero la verdad es que en los años sesenta y posteriores la Iglesia vivió un proceso de cambio, e indudablemente de avance y de ponerse al día

con las tendencias del mundo en su época.

—Gracias por la aclaración. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Michael.

—Las cosas fueron tal y como lo ha dicho Michael, pero si queréis os puedo apuntar algún que otro detalle más cercano: hasta entonces, a los católicos se les llamaba así, católicos, y lo más importante para ellos era diferenciarse de otras religiones a las que consideraban heréticas, como por ejemplo el protestantismo. Pero a partir de entonces dejamos de llamarnos católicos y pasamos a identificarnos como cristianos. Además, ya no veíamos a los protestantes como traidores heréticos, sino como hermanos que habían buscado a Dios por otro camino, el cual no tenía por qué ser a priori peor que el nuestro.

—Sin embargo, en Irlanda el ser católico o protestante implica una diferencia grande...

—En Irlanda sí, pero supongo que todas sabéis que esa diferencia es más política que propiamente religiosa. Lo que en realidad quiero señalar es que, si bien hasta entonces la figura de Dios, esa especie de anciano con barbas blancas que pintó Michelangelo hace cinco siglos en el techo de la Capilla Sixtina, dejó de ser el principal referente de las personas creyentes, y pasó a ser sustituida por la de un Jesucristo joven, dinámico y, qué duda cabe, seductor. Resumiendo: que ya no éramos creyentes de fe católica dentro de la ortodoxia, sino cristianos seguidores de Cristo, al cual, dicho sea de paso, admirábamos más por sus cualidades humanas que por ser el Hijo del Dios de las barbas blancas.

Sally y Peggy seguían sin entender por dónde iban los tiros.

—Perdona, Rachel, pero todavía no sabemos a dónde quieres ir a parar.

—Es muy sencillo: los referentes de los cristianos, al menos de los jóvenes, estaban cambiando: al igual que nos sentíamos deslumbrados por la música de los Beatles y de otros grupos, también lo estábamos por un Jesucristo que convivía con sus semejantes, que como hombre era capaz de arrastrar multitudes, que sufría las mismas penalidades que cualquier otro ser humano, y qué sé yo cuántas cosas más.

—¿Y los curas qué hacían mientras tanto?

—Los curas que podríamos llamar modernos ya no usaban sotana, ni clergyman, ni mucho menos llevaban el pelo muy corto con un círculo afeitado

al cero en la coronilla, sino que vestían pantalones vaqueros, jersey de cuello alto y en invierno una trenka y una bufanda graciosamente enrollada alrededor. Además, incluso podían llevar el pelo algo más largo de lo que todavía se estilaba entonces para la mayoría de las persona adultas.

—Y supongo que muchos de ellos se llevarían a todas las chicas de calle.

—A algunas sí. A las chicas y, a veces, también a los chicos. Si eran guapos, tenían encanto y sabían tocar canciones de moda acompañados de una guitarra, el éxito estaba asegurado.

Por fin, todos los presentes entendieron la historia que quería contarles Rachel. Una vez más, fue Caroline quien puso las cosas en su sitio.

—Y, por lo que sospechamos, el susodicho padre Richard encajaba como un guante en esa tipología de sacerdote pop.

—Exacto. De hecho, éramos un grupo grande de jóvenes que pululábamos alrededor de la parroquia de Saint Thomas, en la cual el padre Richard ejercía de coadjutor, y de alguna forma era el encargado de la juventud.

—Y todas estabais enamoradas de él.

—Si no todas, la mayoría. Aparte de eso, en todas las cuadrillas de jóvenes suele ser frecuente que el chico más guapo acabe emparejándose con la chica más guapa. No hace falta decir quién era el chico más guapo, porque los pobres chicos adolescentes que nos acompañaban, al lado del padre Richard, que tendría unos diez años más que nosotros, parecían unos auténticos tarugos.

—Y la chica más guapa eras tú...

Rachel adoptó una expresión entre triste y nostálgica a oír esa afirmación.

—Es posible que así fuera. No voy a negar que en aquella época yo era guapa.

—Ahora también lo eres.

—Muchísimas gracias, Michael. Aparte de darte las gracias debo decir que tú también eres muy guapo.

La salida humorística de Rachel hizo que a todas les entrara la risa, así como que el pobre Michael se ruborizara un tanto.

—En resumidas cuentas, supongo que habréis adivinado ya lo que pasó: los hippies predicaban el amor, los cristianos “modernos” también ensalzaban el amor por encima de otros valores, y la mayoría de los adolescentes teníamos unas ganas enormes de practicar el amor en todas las facetas posibles.

—Así que acabaste liada con el padre Richard.

—Había un piso que compartía con otros sacerdotes jóvenes de distintas parroquias. No sé si en realidad vivía allí, o tenían el piso sólo para las citas discretas. La cuestión era que pasé muchas tardes metida en aquel piso, y no sólo en el piso, sino también en la cama del padre Richard.

—¿Y qué pasó con vuestra relación?

—De una forma u otra, al final todo se acaba sabiendo. Mis padres se enteraron de mi relación con el cura de la parroquia, y sin más me mandaron a estudiar a Dublín. En aquel momento, como podéis suponer, me llevé un tremendo berrinche, aunque a la larga no tengo dudas de que fue una buena decisión.

—Sin embargo, has dicho que jamás has amado a otro hombre como al padre Richard.

—Sí, es verdad. Pero no creo que eso sea un mérito suyo, sino una consecuencia de lo que ha sido mi vida después, así como de que, para bien o para mal, no he encontrado a nadie tan seductor como lo era él.

En aquel momento, inesperadamente, Margaret se puso de pie.

—Has dicho que eras natural de Galway.

—Así es.

—Y que todo eso vino a ocurrir en los años sesenta.

—Así es.

De golpe, Margaret se levantó la falda y se bajó las medias y la braga sin que le importara lo más mínimo la presencia de Michael ni tampoco la de cualquier otra persona, dejando estupefactos a todos los presentes.

—¿Crees que esta mancha que tengo en el trasero es idéntica a la que tenía el padre Richard?

Rachel, tan sorprendida como los demás, se quedó mirando la mancha en el trasero de Margaret durante un tiempo.

—Creo que sí. Es la misma mancha.

—Sin embargo, dices que tú jamás te quedaste embarazada...

Rachel no dejaba de sorprenderse, no sólo por la actitud inesperada de Margaret, sino también porque sospechaba que, le gustara o no, se iba a tener que enfrentar con una parte de su pasado que casi con seguridad le había

estado atormentando toda su vida.

—¿Crees que puedo saber algo de ti?

—Por lo que sé, a mi me recogieron de un convento de la zona de Galway.

Rachel la observaba, entre sorprendida y preocupada por lo que pudiera decir o pudiera ocurrir.

—Es posible que tú seas hija de Gillian.

—¿Quién era Gillian?

—Gill era otra chica del grupo de jóvenes de la parroquia, que al igual que yo y que muchas más también estaba colada por el padre Richard. Sin embargo, no se parecía en nada a mí, pues todo lo que yo tenía de romántica lo tenía ella de realista y, si me lo permitís, de prosaica.

—¿O sea, que ella también se lió con el padre Richard, lo mismo que tú?

—Sí. Sus padres tenían en Galway una tienda de ultramarinos, en la cual Gill trabajaba ayudándoles. Pero en cuanto empezó a notarse que estaba embarazada, la hicieron desaparecer de escena y se la llevaron donde unos familiares que tenían una granja situada lo suficiente lejos de Galway como para que nadie se enterara. Y una vez que dio a luz, entregaron el bebé en un convento.

—¿Tenías mucha relación con ella?

—Supongo que lo que me quieres preguntar es a ver si éramos rivales por disputarnos al padre Richard. La verdad es que no. Para ser sincera, no os puedo asegurar si el padre Richard llegó a estar con nosotras dos a la vez, o si por el contrario su relación con Gill empezó después de que yo me marchara. Debéis tener en cuenta que todo lo que os estoy contando no lo supe de golpe, sino poco a poco al cabo de los años sucesivos. Porque, como podréis suponer, lo del embarazo y todo eso se mantuvo en su época en total secreto.

Al final, Margaret no pudo aguantarse por más tiempo el hacer la pregunta que más le interesaba:

—¿Y qué sabes de ella actualmente?

A Rachel se le ensombreció la cara al oír la pregunta.

—De verdad que lo siento muchísimo. Falleció de cáncer hace unos cinco años.

Todo el mundo se quedó en silencio, sin saber cómo encajaría Margaret la

noticia.

—Puedo contarte que una vez que se deshizo del bebé regresó a la tienda de ultramarinos, de la cual acabó haciéndose cargo. Yo, por el contrario, después de que marché a Dublín sólo volví a Galway de forma ocasional, para visitar de vez en cuando a mis padres y poco más. En Dublín logré finalizar los estudios de psicología, y me dediqué a ello profesionalmente. La verdad es que en mis cortas visitas nunca estuve con Gill aparte de saludarla de paso cuando por casualidad nos encontrábamos en la calle porque en realidad jamás nos unió una verdadera amistad.

—¿Cómo era ella?

—Era una mujer que cuando se proponía algo no reparaba en nada para conseguirlo. Así que tengo la sensación de que en su relación con el padre Richard ella fuera tanto o más responsable que él.

—¿No podría haber ocurrido que el padre Richard hubiera dejado embarazada a alguna otra, y que Gill no fuera en realidad mi madre?

Rachel se quedó pensativa un momento, ya que la pregunta tenía cierta complicación.

—Sí que podría haber ocurrido. Sin embargo debo decirte que, de la misma forma que no me interesé en absoluto por Gill, sí que me tomé la molestia de saber qué había sido del padre Richard. Y a tenor de lo que me contaron, al poco de desaparecer Gill de escena, con el padre Richard ocurrió exactamente lo mismo.

Todas las presentes se dieron cuenta de que gracias a Rachel habían conseguido hacerse una semblanza de su supuesto padre, y en el caso de Margaret incluso una de su posible madre. Sin embargo, el relato de Rachel resultaba a todas luces incompleto, ya que si bien había perfilado con bastante precisión las andanzas del padre Richard de hacía casi medio siglo, así como el contexto de la época, había tres mujeres más jóvenes que, al parecer, eran también hijas de él, pero sin embargo con la diferencia de que para cuando fueron engendradas el padre Richard no sería ya el joven seductor que tocaba la guitarra y confraternizaba con adolescentes, sino una persona mucho más madura, y seguramente estableciendo otro tipo de relación con personas ya mucho más jóvenes que él.

—Rachel, te damos las gracias por todo lo que os has contado, que dicho sea de paso es mucho más de lo que sabíamos hasta ahora. Pero también es

verdad que, según los datos que tenemos, el padre Richard siguió relacionándose con otras mujeres después de que tú perdieras su pista.

—Yo soy la más joven de todas, y sé con seguridad que mi madre, la cual falleció en el parto, no tenía más de quince años cuando quedó embarazada. ¿Qué pasaba entonces con el padre Richard? Y lo que es todavía más chocante: ¿qué edad tenía él entonces?

Rachel comprendió enseguida que a pesar del interés que había suscitado su relato, faltaba mucho para dejar satisfechas a todas las mujeres que, con mayor o menor justificación, estaban deseosas de saber de dónde procedían en realidad. Así que, haciendo un esfuerzo de imaginación, intentó situar el problema de la mejor manera posible.

—No sé la edad que tienes, pero más o menos te calculo entre veinte y veinticinco. Si dices que tu madre te dio a luz cuando tenía unos quince, supongo que el padre Richard tendría entonces unos cincuenta.

—¿Y tú crees que una adolescente de quince años se puede enamorar tan fácilmente de un viejo de cincuenta? Vas a perdonarme, pero yo no me lo creo.

Rachel se estaba dando cuenta poco a poco de que se estaba acabando la información que ella pudiera aportar, y que de ahí en adelante le correspondía más escuchar que otra cosa. Aun así y todo, su experiencia de psicóloga, a la par de la cantidad de veces que a lo largo de su vida pudo pensar acerca de su relación con el padre Richard, todavía le permitía adelantar alguna hipótesis que otra.

—Supongo que, acaso debido a tu edad, un señor de cincuenta años te pueda parecer viejo. No voy a negar que lo sea, pero a pesar de todo creo que puedo explicar aún un par de cosas más sobre el padre Richard: La primera, que era uno de esos hombres con facciones finas, casi con cara de niño, de los que envejecen muy bien porque tienen pocas arrugas, no se cargan de bolsas de grasa por todo el cuerpo, cara incluida, y además conservan casi todo el pelo, aunque salpicado aquí y allá con unas pocas canas que incluso les hace parecer más interesantes.

La pobre Kelly escuchaba con una mezcla de atención, nerviosismo y enfado, pues de todas las presentes se consideraba la principal víctima de las andanzas de un sacerdote que, mal que bien, había sido responsable indirecto de la muerte de su madre, había engendrado cuatro hijas y encima no se había hecho cargo de ninguna de ellas.

—Añade a todo eso que, según iba ganando en experiencia, sus artes de seducción habrían mejorado con el tiempo.

—Todo eso no lo discuto, pero aún me cuesta creer que una joven de quince años...

—Mira, no sé cómo llamarte pero da igual: como comprenderás, yo no conocí a tu madre, ni de hecho he tenido relación con el padre Richard desde que era poco menos que una adolescente. No sé por tanto si tu madre tuvo con él una relación porque estaba enamorada de él, o porque se dejó engañar o incluso amedrentar, o ni siquiera si fue violada por el padre Richard. Lo único que puedo decirte es que se trataba de un hombre muy atractivo, no sólo físicamente sino también en el trato con las mujeres.

—Tú misma has dicho antes que nunca has amado a nadie como e él.

—Sí que lo he dicho, pero eso no quiere decir ni mucho menos que continúe enamorada de él, sino que a partir de entonces nunca he llegado a sentir una pasión tan intensa como cuando frecuentaba el piso que él compartía con otros sacerdotes jóvenes. Si quieres que te diga la verdad, vistas las cosas cuando ya han transcurrido casi cincuenta años de todo aquello, la conclusión que saco es que el padre Richard en realidad no estaba enamorado de nadie, sino que era un seductor compulsivo que no podía parar de ir detrás de una u otra.

—Rachel, me gustaría hacerte una pregunta aparte de lo que has contado hasta ahora.

—Dime Michael.

—Nos acabas de decir que, cuando era mucho más joven, el padre Richard confraternizaba con vosotras, es decir, que de alguna forma os sentíais próximas a él viéndolo no sólo como galán seductor, sino incluso como amigo, o colega. Algo así como tener un amigo íntimo pero acaso con un poco más de distanciamiento.

—Sí, puede decirse que así era entonces.

—¿Crees que si él hubiera tenido oportunidad de mantener con alguna de las chicas de entonces una relación abierta, es decir, bien vista por la sociedad, no habría escogido otro rumbo diferente en lugar de continuar seduciendo jovencitas a lo largo de su vida?

—Me vas a permitir ahora que yo te haga otra pregunta, Michael: ¿tú eres sacerdote, verdad?

—Entiendo que a los curas se nos nota a la legua, igual que a los policías. Me lo dijo una persona muy allegada, que hasta hace poco trabajaba como prostituta.

—Pues creo que tú eres de los que más se les nota.

—¿Y en qué lo has notado, si puede saberse?

—En que ese tipo de preguntas sólo se le pueden ocurrir a un sacerdote, porque las personas “normales” se permiten el lujo de llevar una relación abierta con cualquiera, incluso a veces estando casados con otra persona.

—Touché.

—De todas formas, voy a contestarte: Creo, tal y como he dicho antes, que el padre Richard necesitaba constantemente ir seduciendo a alguien. A fin de cuentas, muchos sacerdotes han dejado los hábitos y se han casado, la mayoría de edad similar a la que tenía entonces el padre Richard. Sin embargo, yo no me lo imagino a él casado con nadie. Más bien, en otras circunstancias, lo vería como el gurú de una secta, que a fin de cuentas hace algo parecido a lo que muchos curas: seducir a jovencitas vendiendo humo más o menos espiritual, y mientras tanto beneficiándose sin atenerse a ninguna consecuencia.

A Michael le habría gustado continuar la discusión con Rachel durante un buen rato. Sin embargo Caroline, que había permanecido callada durante largo tiempo, pensó que era hora de sacar conclusiones, porque lo esencial del relato estaba dicho ya:

—Creo que lo que tenías que contarnos ha sido la mar de interesante, Rachel, y te quiero expresar en nombre de todos nuestro más sincero agradecimiento. Pero antes de acabar, me gustaría concretar algunos puntos que han quedado sueltos. Por ejemplo: has dicho que conocías el nombre del sacerdote con una mancha en el trasero, pero no nos has mencionado su apellido, lo cual sería imprescindible para poderlo localizar.

Rachel se quedó callada un instante.

—Lo siento mucho. Ha pasado tanto tiempo... además, en aquella época el llamarse por el apellido no estaba bien visto. Ya sabéis, por aquello de la confianza, del amor al prójimo y todo eso. Parecía que llamarle a alguien por el apellido era algo así como decirle implícitamente que no lo amabas. No creo que sea capaz de recordarlo. Lo siento.

De repente, a Kelly se le ocurrió una idea propia de una persona intuitiva al

cien por cien:

—¿Podría ser algo que sonase como a banana?

A oír lo de banana, a Rachel se le iluminó la cara.

—¿A banana? Pues ahora que lo dices sí. Se apellidaba O'Bannion. ¡Efectivamente: era el padre Richard O'Bannion!

Nada más oír el nombre completo, Caroline volvió a sacar la consabida libreta para tomar notas.

—Rachel: creo que nos has prestado una ayuda enorme, y te vuelvo a dar las gracias. Ten por descontado que te haremos partícipe de todos nuestros descubrimientos de aquí en adelante.

—Os lo agradezco de veras, pero tened en cuenta que a mí no me interesa descubrir nada nuevo. Yo conocí en su día a un hombre seductor que hizo que me sintiera muy feliz, pero eso ya pasó. Ni él ni yo somos la misma persona, y lo que somos ahora no tiene mucho que ver con lo que ocurrió entonces.

—Pues de todas formas, Rachel, te reitero mi agradecimiento. Y ahora, una vez que hemos sabido mucho más del tema, creo que es el momento de establecer nuestros próximos pasos. ¿Alguna sugerencia?

—Habrá que saber si todavía sigue vivo.

—Y en caso de que así sea, dónde reside.

—¿Y qué hacemos si lo localizamos?

—Queridas amigas, demasiadas cuestiones para responderlas todas de golpe. Creo que es mejor que nos demos unos cuantos días para reflexionar y, de paso, para recabar más información o pensar nuevas ideas. Así que propongo que ahora abramos esa botella tan estupenda que ha traído Michael, y brindemos por el éxito de esta velada.

Como era de esperar, todas estuvieron plenamente de acuerdo. Así que, dejando de lado los temas que habían tratado hasta entonces, se dedicaron a confraternizar como amigas que eran, e incluso algo más: como hermanas. Rachel, sin embargo, acaso por su edad se sentía un tanto apartada del grupo, y no se separaba ni un momento de Caroline, la cual era a fin de cuentas su principal referente.

—Caroline, una pregunta: ¿a cuento de qué se le ha ocurrido a esa chica tan encantadora lo de la banana?

—Porque según parece existió un cura, hace ya cierto tiempo, al que le

apodaban Banana Dick debido al enorme éxito que tenía entre las mujeres. La primera referencia que tuvimos de él la escuchamos precisamente de un jerarca de la Iglesia, aunque al parecer nadie sabía quién era en realidad.

—Sin embargo, tras haberme escuchado, habréis llegado a la conclusión de que se trataba del padre Richard.

—Yo diría que sí. En realidad, Banana Dick es algo así como la versión en clave machista del nombre de Richard O'Bannion, ¿No te parece?

Rachel se quedó un momento pensativa:

—A lo mejor es en realidad el nombre que se merece.

Capítulo 26

A la tercera vez que Michael recibió el aviso de una llamada de Kelly, por fin se dio cuenta de su negligencia por no haberse provisto aún de un teléfono móvil, tal y como lo hacía todo el mundo desde mucho tiempo antes. Bien era verdad que en su época de seminarista, aparte de minoritarios, no estaban en absoluto bien vistos. Mientras fue coadjutor de parroquia tampoco lo necesitaba realmente, y en las misiones africanas carecía por completo de cobertura. Así, no fue hasta su incorporación al colegio de St. Anthony y, al mismo tiempo, a una cierta actividad social, cuando la necesidad de dicho aparato se hizo acuciante.

A igual que en una ocasión anterior, Kelly le citó en el Charlie's bar, a lo mejor con la intención de volver a dar un paseo romántico por la orilla del río, y quién sabe qué más. Así que, con toda la ilusión del mundo, Michael se dirigió al bar y, para su sorpresa, se encontró a Kelly en compañía de otra mujer, bastante más mayor que ella, enjuta, con facciones arrugadas y con aspecto de estar de vuelta de todos los vicios pero todavía abonada a más de uno. Si bien dentro de la taberna no estaba permitido fumar, el paquete de tabaco situado encima de la mesa no dejaba dudas sobre los hábitos de la desconocida, y menos todavía la generosa ración de whisky vertida en su vaso. Por un momento pensó que se había producido un nuevo hallazgo en las pesquisas para localizar a Banana Dick, quizás alguna de sus antiguas conquistas femeninas.

—Hola, Michael, te presento a mi amiga Agatha.

—Sor Agatha para los devotos.

—Encantado de conocerte.

—¿Qué tal de devoto eres tú, Michael?

Michael, pillado así de golpe, no sabía qué contestar, lo cual a Kelly le hizo reír.

—Creo que Michael es cada vez menos devoto, Agatha.

—O sea, que tenemos delante de nuestras narices a un cura que no tiene un pelo de devoto.

Por fin, Michael, se sintió con fuerzas para reaccionar:

—Algo devoto sí, aunque como ha dicho Kelly, cada vez menos. Por cierto,

antes de nada debo darte las gracias por el favor que me hiciste con tu prima.

—¿Con qué prima? No me digas que aparte de Kelly tienes por ahí algún asunto que desconozca.

Michael, una vez más, se quedó sin saber qué responder.

—Tranquilo, Michael, que te estoy tomando el pelo. Ya sé quién es mi prima, y también a qué te refieres. Por cierto: ¿cómo te va en St. Anthony?

—Por a poco me voy adaptando. Sinceramente pienso que es un colegio estupendo.

—Me alegro de oír eso. La verdad es que mi prima siempre fue una auténtica lumbrera, y si te descuidas una mujer de armas tomar. ¿Así que estás contento de trabajar allí? pues me alegro mucho por ello. Según creo, mi prima también está encantada de haber podido meter en la alineación de profesores a un auténtico héroe de las misiones africanas.

El pobre Michael no paraba de ruborizarse.

—Bueno, creo que ya basta de chanzas. Ya me puedes perdonar, Michael, pero quitando las veces que quedo con Kelly para tomar una copa, no hago otra cosa que ayudar en el convento en lo que pueda, cada vez menos porque las fuerzas ya no dan para nada. Así que cuando Kelly me saca por ahí, yo me salgo de madre como si fuera una adolescente. Espero que no acabe algún día perdiendo la cabeza y montando un numerito que la ponga en evidencia.

—Me parece que, por ahora, tienes la cabeza muy bien situada.

—Gracias, Michael. Y ahora cuéntame qué es ese embrollo en el que os habéis metido.

—Supongo que Kelly te habrá dicho algo.

—Sí, pero me gustaría saber qué es lo que piensas tú.

—Creo que son un grupo de mujeres que hasta ahora no tenían nada que ver una con la otra, pero que por una serie de casualidades se han dado cuenta de que pueden ser hermanas. Unas hermanas un poco atípicas, porque cada una tuvo una niñez y una adolescencia muy diferente.

—Sí, todo eso ya lo sé, pero lo que quiero preguntarte es qué te parece a ti ese asunto.

—Supongo que lo que quieres saber es qué pinto yo en todo eso.

En aquel momento Kelly, visto que Michael y sor Agatha estaban

enfascados en un diálogo a dos voces, aprovechó el momento para excusarse e ir al lavabo.

—Más o menos sí, eso es lo que quiero saber: ¿Qué esperas sacar tú de este asunto, aparte de poder tirarte a Kelly?

A la tercera, Michael ya estaba acostumbrado al estilo de sor Agatha, y la pregunta no le pilló de sorpresa.

—No hace falta ser un lince para saber que podría haber un montón de hombres dispuestos a tirarse a Kelly, y reconozco que yo no soy una excepción. Pero ahora vas a permitirme que te haga yo la misma pregunta: ¿qué te parecería a ti si me tiro a Kelly?

—¿Piensas acaso que estoy enamorada de ella y que voy a ponerme celosa?

—No exactamente, pero pienso que Kelly significa mucho para ti, y por ello te preocupa que quien se la tire no le haga daño.

—¿Crees que hasta ahora no se la ha tirado nadie?

—No tengo ni idea, pero me parece que en realidad no estamos hablando sólo de eso, sino de algo más complicado.

—Sobre todo más complicado.

—¿Sabes que en cierta ocasión Kelly se presentó en mi casa para traerme una carta del obispado?

—Me suena que me contó algo de eso.

—¿Y sabes qué es lo que me dijo mi madre cuando se fue? Que era una chica estupenda, y que haríamos una buena pareja.

Esta vez fue sor Agatha la que se quedó pensativa.

—Así que me estás poniendo en el mismo papel que tu madre.

—A lo mejor sí. Sospecho que tú has sido para Kelly a lo largo de su vida una madre, una hermana y una amiga. A lo mejor es la mejor amiga que tienes.

—Bueno... cuando era una niña pequeña Kelly prefería a sor Catherine, que es una monja que parece el hada madrina bondadosa del cuento de la Bella Durmiente. Luego se sintió más ligada a mí, según iba dejando de ser una niña para convertirse en una mujer. Cuando se hizo adulta fuimos como hermanas, pero ahora que se ha encontrado de golpe con tres hermanas de verdad me he tenido que conformar con ser sólo una amiga suya.

—¿Y no estás conforme con ello?

—¡Qué remedio me queda!

—¿Sabes lo que te digo? No sé si al final Kelly y yo acabaremos compartiendo nuestra vida, pero sea así o no, creo que todavía te queda por desempeñar otro papel con ella.

—¿Cuál?

—El de abuela.

Nada más oír eso, sor Agatha estalló en carcajadas, así que cuando Kelly regresó del lavabo se quedó sorprendida de ver a su amiga de tan buen humor.

—¿Qué es eso que tenía tanta gracia? ¿Me he perdido algo interesante?

—Nada, Kelly, son cosas nuestras. De todas formas debo reconocer que tu amigo Michael tiene mucho sentido del humor.

Una vez que se calmaron los ánimos y se pusieron más en serio, Kelly abordó el tema para el que se habían citado.

—Michael, te he llamado porque quiero tratar contigo, y también con Agatha, unas ideas que se me han ocurrido para dar con el paradero de Richard O'Bannion. Y de paso para pedirte una vez más ayuda, si es que estás dispuesto a dármela. En primer lugar, debo decirte que Agatha no ve las cosas tan claras como yo.

—Kelly dice que yo no estoy de acuerdo, pero tampoco es así: al fin y al cabo, lo que vaya a hacer es decisión suya. Yo sólo digo que Kelly es una mujer impulsiva, que no tiene miedo a las situaciones difíciles, y además siempre dispuesta a comprometerse a cualquier cosa por los demás. Y a la gente que es así, tarde o temprano su buena disposición acaba pasándole factura.

—¿Qué crees que me puede pasar?

—No lo sé, Kelly. Pero antes de que digas algo de lo que te arrepientas después, porque seguro que lo estás pensando en este momento, voy a decirlo yo: es posible que mi defecto haya sido precisamente el opuesto, que no he llegado nunca a comprometerme y a correr los riesgos necesarios que podrían haberme llevado a una situación más exitosa, y por ello a la postre me he quedado convertida en una monja aburrida y estéril, que se ha pasado media vida en un convento sin más alicientes que sus libros, el tabaco y algún lingotazo que otro de vez en cuando.

—Agatha, por favor, no digas eso delante de Michael. Ni tampoco quiero

oírte lo decir jamás aunque estemos a solas tú y yo.

—Aunque parezca lo contrario, a veces es mejor decir esas cosas con alguien ajeno delante. Además, Michael es de confianza, ¿no?

—Ya, pero...

—Vamos a dejar eso, que a lo mejor lo único que ocurre es que el whisky me está deprimiendo sin darme cuenta. Perdona, Michael, por tener que escuchar tantas inconveniencias a esta vieja demasiado sarcástica.

—Descuida que estás perdonada.

—El caso es que Kelly quiere meterse en el despacho del padre Ferguson cuando él no esté, y registrarlo todo de arriba abajo, porque supone que tiene que tener alguna información referida al tal padre... ¿Cómo decís que le llamaban, banana qué?

—Banana Dick.

—Eso. Bueno pues como para ella sola puede ser peligroso, ahí entras tú.

La pobre Kelly se estaba avergonzando, pues a fin de cuentas no había hecho otra cosa que comentarle a sor Agatha la idea que había tenido, simplemente como una posibilidad.

—¿Es verdad, Kelly?

—Bueno, en realidad lo único que he hecho ha sido comentárselo a Agatha, a ver qué le parecía.

Michael se quedó pensativo un buen rato, no tanto sopesando los aspectos logísticos de la operación, sino porque se daba cuenta de que aquello iba a ser la prueba de fuego para que Kelly en el futuro lo considerase inseparable. En realidad, carecía de argumentos para suponer que la idea era descabellada, lo cual le habría servido de apoyo para intentar disuadirla. Era arriesgada sin más, dependiendo de que el padre Ferguson acabara descubriendo el complot, y de lo que estuviera dispuesto a hacer después. Bien era verdad también que en el caso de Kelly, si acometiera la misión ella sola, el riesgo sería mayor, pues incluso podría temer por su integridad.

De golpe se acordó de su época como misionero, y pensó que, entonces sí, había asumido un riesgo incluso de su propia vida. Acaso la diferencia estaba en que entonces lo había hecho sin ser del todo consciente de dónde se metía, y hasta que no estuvo allí no se dio verdadera cuenta de ello. Ahora, por el contrario, se trataba de asumir un riesgo, aunque menor, después de haber

tomado la decisión expresa de asumirlo. Y en esos casos, a veces exige más valor el hecho de decidir por cuenta de uno mismo que asumir el riesgo posterior.

Finalmente, sopesó una cosa u la otra, y pensó que si se volviera atrás la derrota con respecto a sus aspiraciones con Kelly estaba asegurada. Así que si de verdad pensaba que la victoria merecía la pena, lo que había que hacer estaba más que claro.

—De acuerdo, Kelly. Cuenta conmigo.

Nada más decir esto, observó el gesto irónico que puso Sor Agatha; y él, por su parte, comprendió que acababa de hacer evidente que estaba dispuesto a seguir a Kelly hasta el fin del mundo.

Tres días después de que se llevara a cabo esa conversación, se encontraba Michael agazapado en una esquina de la calle, ya casi tres cuartos de hora inmóvil soportando el frío húmero de una noche de invierno, mientras esperaba ver la silueta del viejo padre Ferguson, inconfundible incluso de noche por ser el único sacerdote en Irlanda, o casi, que usaba sotana de forma habitual al menos en invierno; y a la vez atento a la llamada de Kelly desde el interior del despacho avisándole de que podía subir; porque, esta vez sí, al final había optado por la compra de un teléfono móvil, requisito éste indispensable a juicio de Kelly para poder llevar a cabo una misión secreta con perfecta coordinación y sincronización.

El plan consistía en que Kelly le avisaría al padre Ferguson que se marchaba, pero sin embargo en lugar de hacerlo se escondería en el cuarto de los archivos, no sin antes abrir y cerrar la puerta exterior para que se oyera el ruido de ésta desde dentro del despacho. Una vez que se encontrara sola, llamaría a Michael para que subiera, y entre ambos registrarían todo el despacho hasta encontrar alguna información relativa al padre O'Bannion, especialmente su lugar actual de residencia.

Aunque el padre Ferguson no salió aquel día más tarde de lo que habitualmente solía hacer, tanto a Kelly como a Michael se les hicieron los minutos eternos. Por fin, cuando ya casi eran las nueve de la noche Michael pudo atisbar una negra silueta que, saliendo del portal, se dirigía con paso vivo hacia el centro de la ciudad, armada de un paraguas en la mano izquierda y de una cartera con asa en la derecha. “Como resulte que la información que nos interesa la lleve guardada en la cartera, esto va a ser un auténtico fiasco” —pensó Michael mientras sacaba el teléfono del bolsillo porque, en su

inexperiencia, prefería tenerlo a mano para cuando sonara, no fuera a ocurrir que si no lo hacía así para cuando quisiera contestar se hubiera acabado ya el tono de llamada.

No pasaron ni dos minutos desde que vio alejarse la figura del padre Ferguson cuando sonó el teléfono móvil, sólo durante un breve tiempo porque la idea de Kelly era realizar una llamada perdida. Así que, sin más, se dirigió a la puerta del inmueble donde se ubicaban, tal y como recordaba de las ocasiones anteriores, diversas oficinas diocesanas. Por suerte la puerta exterior permanecía aún abierta, por lo cual no tuvo que recurrir a la ayuda de Kelly para poder entrar, y sin más comenzó a subir poco a poco la escalera, intentando hacer el mínimo ruido y, a la vez, atento a cualquier cosa que se oyera, sobre todo personas que pudieran entrar o salir de otros pisos. Todo ello hizo que la llegada hasta la oficina de la vicaría del Oficio Divino, situada como ya sabemos en el último piso del edificio, se prolongara mucho más de lo que en circunstancias normales habría supuesto, pues más de una vez tuvo que detenerse en alguno de los descansillos hasta estar seguro de que las personas que bajaban a la calle o subían desde pisos más bajos no habían advertido su presencia.

Finalmente consiguió llegar hasta el piso de la oficina del padre Ferguson y dar unos discretos golpes en la puerta con la secuencia convenida de antemano. Nada más que se abrió ésta, le sorprendió que la oficina se encontrara en total oscuridad.

—¿Por qué has tardado tanto? Ya creía que te habías echado atrás.

—Sabes que no lo haría. La razón es que he subido con todo cuidado, para evitar que la gente que iba por la escalera me viera. Oye, ¿por qué está todo oscuro?

—¿Por qué va a ser? Ten en cuenta que en este momento se supone que no hay nadie en la oficina, y una luz encendida vista desde el exterior levantaría sospechas. Por cierto: ¿has traído la linterna como te dije?

—¡Ah, sí. Aquí está!

Una vez que se encontraron dispuestos a acometer el registro, comenzaron por el cuarto de los archivos, en el cual se almacenaba documentación diversa al menos desde hacía medio siglo.

—En los ratos que he podido, me he ido situando acerca de la forma en que todo esto está organizado. La verdad es que no es nada fácil, pues el padre

Ferguson tenía por costumbre guardarlo todo, y no precisamente de forma muy ordenada, al menos según como yo entiendo que debe ordenarse un archivo.

—Así que nos espera un trabajo enorme.

—No te desanimes antes de empezar. Antes de que se me olvide tengo que decirte que sor Agatha me hizo una sugerencia muy interesante para abreviar el trabajo: si tal y como suponemos Richard O'Bannion es un sacerdote de edad avanzada, es muy probable que ahora viva en alguna residencia para sacerdotes ancianos.

—¿Y tú crees que vaya a existir un archivo especial relativo a curas que viven en residencias?

—Eso ya es otro cantar.

—Sin contar con el hecho de que gran parte de la información puede estar almacenada en ordenadores, o en discos duros protegidos por contraseña.

—No lo creo. ¿Sabes lo que te digo? Que el padre Ferguson debe de pensar que los ordenadores son un invento satánico, que sólo sirve para difundir pornografía y de esa manera fomentar el pecado. A lo mejor tiene metido algo en el ordenador, pero seguro que estará también duplicado en papel.

Poco a poco, carpetas y cajas iban saliendo de los estantes par ser abiertas y examinado su contenido. Era sorprendente la cantidad de información diversa que podía aparecer en documentos que llevaban décadas criando polvo: desde facturas por la compra de material litúrgico hasta notas del dinero entregado por cada parroquia en concepto de limosnas y donativos. Listados de personas bautizadas, de bodas celebradas o de personas fallecidas, cristianamente se supone, todo ello ordenado por años y por parroquias. Documentación relativa a la actividad de centros de todo tipo gestionados por la Iglesia, desde catequesis parroquiales hasta colegios mayores universitarios. Incluso se pudo encontrar un listado de personas, en el cual no se especificaba la función o el cargo de ninguna de ellas aunque era de suponer que se trataba de sacerdotes, con anotaciones al lado de cada nombre acerca de la valoración que se hacía de ellos como cristianos devotos, rebeldes o disidentes con la jerarquía, e incluso en algún caso con subrayados en rojo como presuntos comunistas o simpatizantes del comunismo, y también más de uno como posible miembro o simpatizante del IRA.

Cuando llevaban ya más de tres horas moviéndolo todo sin que apareciera nada de lo que les interesaba, Kelly se topó con una caja situada casi en el

fondo de uno de los estantes, en cuya parte externa tenía pegada una etiqueta que en su origen habría sido blanca, pero que por efecto del paso del tiempo aparecía totalmente amarilleada, en la cual se había escrito con una estimable caligrafía: “Indagaciones sobre casos de Contubernio.”

Nada más leer la etiqueta, a Kelly empezó a latirle el corazón a toda velocidad: “Por fin vamos a encontrar algo que nos interese —se dijo para sí. Con un poco de suerte, en esta caja puede haber información relativa al padre Richard”. Sin embargo, pronto se le enfriaron los ánimos, pues enseguida se dio cuenta de que en una carpeta que a todas luces no había sido tocada en décadas era difícil que se encontrara algún dato de actualidad.

Lo que no esperaba Kelly en absoluto era que en la primera carpeta con que se encontró nada más abrir la caja apareciera un nombre que le resultaba familiar. Pero esta vez, más que nerviosismo, la sensación que le produjo el hallazgo fue de amargura: “Actas del expediente incoado al padre F.G.H. y a la religiosa sor Agatha Patterson.”

La primera reacción que tuvo fue dejar el expediente donde estaba, pensando que su lectura supondría atentar contra la intimidad de quien durante tanto tiempo había sido su mentora y, posteriormente, su amiga. Sin embargo, un poco movida por la curiosidad y, sobre todo, por un vivo deseo de conocer la verdad, comenzó a leer el contenido del mismo:

“En el día de hoy, 24 de septiembre de 1969, y ante el tribunal nombrado a tal efecto por su Excelencia Reverendísima el Obispo de Cork, tribunal del que forman parte el padre Seamus Ferguson, vicario del Oficio Divino, en calidad de presidente, y los sacerdotes Trevor Stanford y Mathew Forrester en calidad de vocal y secretario respectivamente, el declarante, F.G.H., sacerdote consiliario del convento religiosas de Santa Susana, afirma lo siguiente:

—Que ocupa el puesto de capellán consiliario del convento de Santa Susana Mártir desde el año 1963.

—Que un año después ingresó en dicho convento la religiosa sor Agatha Patterson, después de haber profesado los votos perpetuos de profesión religiosa y de pertenencia a la comunidad de dicho convento.

—Que desde el primer momento el declarante observó que se trataba de una mujer de singular inteligencia y vasta cultura, con una desmesurada afición a la lectura y al estudio. Sin embargo, más de una vez hubo de aconsejarla con respecto a determinados libros que según ella afirmó eran de su propiedad,

cuyo contenido se alejaba de las directrices que con respecto a la fe y la moral cristianas marca la Santa Madre Iglesia.

—Que deslumbrado por la brillante personalidad de sor Agatha Patterson, pecó de excesiva indulgencia a la hora de reprenderle por lo inadecuado de sus lecturas, a la par que accedió a su petición de debatir con ella sobre aspectos tratados en dichos libros que en absoluto iban en consonancia con una vida de fe y de sacrificio cristianos.

—Que a lo largo de dichas conversaciones, la mencionada Agatha Patterson, valiéndose de malas artes, de falsos pretextos y de sutiles insinuaciones, incitó al declarante a cometer graves pecados contra los sagrados preceptos divinos, concretamente los referidos a la transgresión del voto de castidad al que están sujetos todos los cristianos que contraigan la obligación del celibato.

—Que preguntado el declarante sobre si llegó a mantener con la religiosa Agatha Patterson algún tipo de connivencia carnal, éste responde afirmativamente, a la vez que manifiesta sincero arrepentimiento de sus graves pecados así como estar dispuesto a ser oído en confesión.

La declaración del tal F.G.H. se alargaba en aspectos de menor entidad, los cuales le parecieron a Kelly del todo irrelevantes. No obstante, le llamó la atención que si bien la identidad del sacerdote permanecía en el anonimato, en el expediente no se había tenido la más mínima consideración con respecto a la religiosa “pecadora”, la cual aparecía identificada con nombre y apellido. Aparte de eso, quedaba claro que si el susodicho F.G.H. se trataba de la persona de la cual sor Agatha afirmó una vez haber estado enamorada, éste había acabado traicionándola, pues malamente podía creerse que F.G.H. no habría mantenido relaciones sexuales con Sor Agatha con pleno consentimiento y plena conciencia, tal y como afirma el catecismo que son condiciones preceptivas para pecar. Aun así y todo, el enfoque general de la declaración estaba orientado a presentar a F.G.H. como una víctima que, en un momento de debilidad, no había podido sustraerse a las asechanzas de una perversa y diabólica mujer, aspecto éste que se hacía evidente como punto de vista defendido por el tribunal a lo largo del desarrollo del expediente en cuestión. Todo ello no hizo sino causar a Kelly una tremenda repugnancia, que apenas pudo aguantar sin llamar la atención de Michael. No obstante, prefirió disimular, sin referirle en absoluto el hallazgo que acababa de hacer.

Además de la declaración del sacerdote traidor, aparecían testimonios de

otras religiosas, la mayoría de ellos acusatorios para Sor Agatha, los cuales Kelly pasó por alto porque a fin de cuentas no referían ningún hecho relevante, sino meros puntos de vista más o menos sesgados, acompañados de prejuicios y, en algún caso, clara intencionalidad hostil, según lo que a Kelly le pareció acaso motivados por celos o envidia; ya que suponía que si Sor Agatha en algún momento acabó enamorándose del tal F.G.H., éste debía de haber sido una persona dotada de notorias cualidades, que igualmente podría haber influido en otras religiosas.

La última declaración que aparecía era la de la propia Sor Agatha, la cual afirmaba no haberse arrepentido de nada de lo que hubiera hecho o pensado, pero a la vez negándose a relatar al tribunal ningún detalle o hecho concreto de su relación con el sacerdote F.G.H., lo cual juzgaba competencia exclusiva de ambos o, en su caso, de Dios.

La última parte del expediente era el veredicto, consistente en imponer a Sor Agatha la prohibición de leer nada que no fueran los libros recomendados por la propia Vicaría del Oficio Divino, a la par de no poder abandonar el convento bajo ningún pretexto, todo ello por un período de cinco años. Por el contrario, no se mencionaba ninguna medida disciplinaria que se hubiera adoptado con el sacerdote F.G.H., por lo cual en la resolución del expediente sor Agatha era la única sancionada.

Convencida de que en aquel legajo no iba a encontrar nada más que fuera de su interés, estuvo por un momento dudando entre destruirlo o llevárselo, aunque al final optó por dejarlo donde estaba, lo más oculto de la vista posible, ya que consideró que dárselo a conocer a Sor Agatha no serviría más que para hacerle recordar momentos tristes y desagradables de su vida; aparte de que, casi con toda seguridad, la información vertida en el expediente ya sería de antemano conocida por ella.

Llevaban ya casi cinco horas de búsqueda y casi habían removido todos los archivos del cuarto sin encontrar lo que buscaban. Así que con la cara, la ropa y las manos totalmente cubiertas de polvo, decidieron darse un respiro.

—Me parece que todo lo que estamos haciendo no ha servido para nada, Michael.

—No vamos a tirar la toalla tan pronto, ¿no te parece?

—¡Llevamos más de cinco horas, y no hemos encontrado nada!

—Eso me hace suponer que Ferguson, al haber estado sobre aviso desde la

visita del padre Finnegan, ha tenido el cuidado de mantener a buen recaudo todo lo que pudiera existir acerca del padre Richard. La verdad es que, cuando le vi salir del edificio con una cartera de mano, pensé que a lo mejor llevaba la documentación del padre Richard consigo, por miedo a que fuera encontrada o sabe Dios por qué.

—¿Crees entonces que lo que estamos buscando no se encuentra aquí?

En ese momento, Michael tuvo un golpe de inspiración:

—No se nos ha ocurrido mirar en su mesa de despacho.

—¿Piensas que puede haber algo ahí?

—Las posibilidades son de un cincuenta por ciento: si no lo lleva en su cartera, no queda otro sitio para buscar.

—Supongo que estará cerrada con llave.

—Algo se nos ocurrirá.

Por desgracia para ellos, ni Kelly ni Michael eran lo que pudiera llamarse unos expertos ladrones. Así que cuando encontraron los cajones de la mesa del padre Ferguson cerrados con llave, en un principio no supieron qué hacer.

—¿Qué hacemos, Michael?

—Creo que, una vez llegados aquí, lo mejor es echar un órdago.

—¿Qué quieres decir con eso de un órdago?

—Que vamos a romper la mesa.

—¿Y qué voy a hacer mañana, o el próximo día que tenga que venir aquí? Si el padre Ferguson ve que han forzado su mesa de despacho, llamará a la policía. Entonces aparecerán mis huellas dactilares por todos los sitios.

—Y las mías.

—Y las tuyas. Pero, además de eso, si se comprueba que la puerta de entrada no ha sido forzada, las sospechas recaerán sobre alguien de dentro.

—Creo que a partir de hoy no deberías volver a esta oficina, pase lo que pase.

—Eso es fácil decirlo, pero a la postre no nos soluciona nada.

—¿Se te ocurre alguna otra posibilidad?

—Dejarlo todo y marcharnos.

Eso era lo que en otras circunstancias una persona razonable, incluso el

propio Michael, habría decidido. Pero por desgracia su carácter impulsivo irlandés le estaba pasando factura. Él también, aun sin haberse dado cuenta del todo al principio, se sentía involucrado en la investigación tanto o más que la propia Kelly, y no sólo por los sentimientos que abrigaba hacia ella, sino también porque pensaba que si lograba desentrañar el embrollo del sacerdote llamado por sus colegas nada menos que Banana Dick, de alguna forma ello le iba a suponer tomarse una cumplida venganza de todas las humillaciones y malos ratos que la Iglesia le había hecho pasar a lo largo de su vida, tanto en su época de seminarista como después de coadjutor e incluso tras su experiencia en las misiones africanas.

Así que, sin pensarlo dos veces, agarró un pesado pisapapeles y se puso a golpear con redoblada furia la cerradura de los cajones, hasta que logró que ésta se rompiera y pudiera abrirse sin ningún esfuerzo.

En el primer cajón, tal y como suele ser habitual ancho y de poco fondo situado en la parte central de la mesa, no vio más que diversos utensilios de escritura, aparte de gomas de borrar, grapas, sujetapapeles y cosas por el estilo. En los cajones laterales del lado izquierdo cajas de caramelos, un cepillo para la ropa, un taladrador de papel, un paquete de tizas, que no entendió para qué pudieran servir si no había pizarra alguna, un dietario y una agenda para apuntar números telefónicos y direcciones.

En los cajones de la derecha no aparecían cosas muy diferentes. Sin embargo le llamó la atención que en el que ocupaba la posición central hubiera un sobre que en su día había estado cerrado, pero que posteriormente había sido abierto. Dentro del mismo había una carta, escrita a mano, con fecha de diez días antes. El sobre iba dirigido a Seamus Ferguson, a la dirección de la propia vicaría, y el remite era de una residencia denominada Resurrection House, con su correspondiente dirección y código postal:

Querido Seamus:

Te escribo estas líneas para decirte que, estando gravemente enfermo, espero que dentro de pocos días acabe entregando mi alma al Señor.

Considera por tanto esta carta como una suerte de despedida. Por ello quiero en primer lugar agradecerte todos los esfuerzos que, a lo largo de un montón de años, te has tomado por defender mi buen nombre y mantenerlo a salvo de todas las asechanzas urdidas por enemigos tanto de fuera como de

dentro de la Iglesia que han buscado una y otra vez mi perdición.

Sé que tú has estado en todo momento convencido de mi inocencia. Por eso quiero transmitirte todo mi aprecio y admiración, a la par que mis mejores deseos para que, incansable tanto antes como ahora, Dios te conserve muchos años en plenitud de facultades para buscar en todo momento la verdad en favor del buen nombre de nuestra Iglesia y de sus ministros.

Sé que una visita tuya a la residencia en este momento podría ser malinterpretada por parte de algunos. Te dispenso por ello de ese gesto, en el convencimiento de que voy a estar siempre presente en tus oraciones.

Adiós, mi buen amigo. Espero que cuando Dios así lo decida volvamos a encontrarnos en la otra vida, libres ya de las miserias terrenales y gozando de la Gloria Divina, tú como justo premio a tus virtudes y yo, acaso, acogéndome a Su misericordia, que como bien sabes es infinita.

Un abrazo, querido Seamos, y adiós hasta que El Salvador tenga a bien reunirnos de nuevo.

Tuyo siempre

Richard O'Bannion.

—¡Kelly, Kelly, lo hemos encontrado!

—¿Dónde?

—En su mesa de despacho. Mira, lee esta carta.

No había terminado Kelly de leerla, cuando en algún sitio comenzó a sonar una sirena de alarma.

—¿De dónde viene ese ruido?

—Kelly, creo que es una alarma y nos han descubierto.

—¡Pero si ni siquiera hemos encendido una luz o hemos hecho ruido!

—A lo mejor han sido los golpes para romper el cajón. El caso es que no tenemos escapatoria.

Nada más decir eso, se abrió la puerta de la oficina y dos policías hicieron acto de presencia acompañados de otros dos agentes de seguridad del propio edificio. Lo primero que hicieron fue encender todas las luces y mirar por todos los rincones, para asegurarse de que no se encontraba allí alguna otra

persona. Acto seguido, el policía que parecía de mayor graduación tomó la palabra:

—Hagan el favor de explicar quiénes son ustedes y qué es lo que hacen aquí dentro a esta hora.

Kelly, con su proverbial intuición y rapidez de reflejos, intentó una salida honrosa que, a juicio de Michael, resultaba poco menos que ridícula.

—Yo soy Kelly O'Brien, y trabajo en esta oficina a tiempo parcial.

—Pues tiene usted un horario muy particular, señorita. ¿Y quién es este caballero que le acompaña?

—Es el padre Michael Fogherty.

—¿Es usted sacerdote?

—Correcto. Aunque en este momento no estoy destinado como coadjutor en ninguna parroquia.

El policía, como era de esperar, adoptó una expresión de escepticismo.

—Me temo que van a tener ustedes que acompañarme a la comisaría, donde se les tomará declaración y se les identificará convenientemente.

En ese mismo momento, el padre Ferguson hizo su aparición en la entrada de la oficina.

—Me acaban de comunicar los agentes de seguridad que ha habido una intrusión en el edificio, y he aquí que me encuentro con una verdadera sorpresa. ¿Quién iba a decirme a mí que mi más cercana colaboradora iba a estar al servicio de las fuerzas de Satán?

Nada más oír una afirmación tan absurda, los policías, de forma instintiva, se pusieron en guardia. Sin embargo, los guardias de seguridad, habituales en el edificio, les comunicaron que se trataba del padre Ferguson, el vicario responsable de esa dependencia.

—¿Entonces aseguran ustedes que se trata del sacerdote responsable de esta oficina?

—Sí, señor.

—¿Y esta señorita que también afirma trabajar aquí?

—Eso también es cierto. Sin embargo, este hombre nos es totalmente desconocido.

Por una parte, Michael agradeció que los seguratas no se acordaran de él, o

quizás lo que ocurría era que no llevaban en ese puesto tanto tiempo como para haberle visto antes. El padre Ferguson, sin embargo, no estaba dispuesto a dejar las cosas de esa forma:

—Agentes: ¡Detengan a estas dos personas que han allanado esta dependencia sin mi autorización!

—Disculpe, pero esa decisión nos corresponde tomarla a nosotros, no a usted.

—¡Yo sí que conozco a ese señor! Se trata de un sacerdote renegado, que desde el mismo momento que fue ordenado se ha dedicado a socavar los sagrados principios de la Santa Madre Iglesia, primero amancebándose con barraganas en una parroquia de nuestra diócesis, y después en África, confabulándose con las fuerzas del mal que combaten contra la Cristiandad.

Ante tamaña filípica lanzada contra el pobre Michael, Kelly no se pudo aguantar:

—Padre Ferguson, ¿No cree que está exagerando?

—¡Cómo te atreves a hablarme a mí en ese tono, hija de Satán! ¿No serás por ventura tú también una de esas mujeres malditas a las que engendró el diablo y les dejó grabado su símbolo perverso?

Los policías estaban empezando a pensar que el padre Ferguson no estaba en su sano juicio. Por si sus afirmaciones no fueran ya suficientemente reveladoras, su avanzada edad y su estado de ánimo alterado también arrojaban serias dudas al respecto.

—Por favor, cálmese.

—¿Que me calme dice, agente? Estas personas son hostiles a la Iglesia Católica, y han irrumpido en esta dependencia perteneciente al obispado de la diócesis sin mi permiso y sin mi conocimiento, en busca de información que pueda comprometer el buen nombre de la Iglesia. Pero voy a deciros una cosa: no vais a conseguir vuestro propósito, porque habéis sido descubiertos a tiempo, y tendréis que pagar las consecuencias de vuestros actos.

Mientras tanto, la carta de Richard O'Bannion permanecía aún encima de la mesa. En un momento determinado, el padre Ferguson se percató de ello, y rápidamente la volvió a meter en su sobre y se la guardó en el bolsillo.

—¡Así que ése era vuestro propósito! Pues sabed que hay una poderosa razón para que no vayáis a lograrlo: habéis llegado demasiado tarde.

El policía que dirigía la operación, en previsión de mayores males, optó por marcharse de allí cuanto antes, no sin antes solicitar un vehículo para el traslado de detenidos.

—Tal y como les he dicho, van a acompañarme a la comisaría, donde se les tomará declaración, y según lo que decida el inspector jefe se les prolongará el período de detención hasta que comparezcan ante el juez o se les dejará en libertad, previamente a recibir la notificación de posterior comparecencia.

—¿Y cuándo se nos tomará declaración?

—Cuando el inspector jefe lo disponga. Supongo que esta misma mañana.

En ese momento Michael se dio cuenta de que eran casi las cinco, y llevaban toda la noche sin dormir.

Capítulo 27

Hasta que Michael no se recostó en el camastro del calabozo no se dio cuenta de lo cansado que estaba. Se habían pasado Kelly y él casi siete horas registrando todos los rincones de la oficina del padre Ferguson, lo cual, unido al nerviosismo por haber tomado la decisión de irrumpir en la oficina sin ser vistos, más la tensión y el susto que se llevaron al ser descubiertos y tener que aguantar después al propio padre Ferguson fuera de sí, había supuesto un esfuerzo que todavía no entendía cómo había sido capaz de soportarlo.

Sin embargo, el natural cansancio no sirvió para que pudiera conciliar el sueño de golpe. Bien es verdad que los calabozos no suelen ser los mejores sitios para dormir, no sólo por lo incómodo de sus instalaciones sino también porque cuando alguien se encuentra en una dependencia de esas características suele tener muchas cosas en qué pensar, la mayoría de ellas no precisamente agradables o tranquilizadoras.

Como mal menor, Michael pensó que, al ser sábado, al menos dispondría de todo el fin de semana para poder solucionar algo antes de que tuviera que dar alguna explicación en el colegio por su forzada ausencia. Les habían dicho que el inspector jefe les tomaría declaración esa misma mañana, pero de golpe se le ocurrió que si por un casual éste se hubiera tomado el fin de semana libre, al menos hasta el próximo lunes podrían permanecer encerrados. Y entonces empezó a entender algo que, si bien le resultaba conocido por haberlo visto un montón de veces en películas del género, hasta que no lo experimentó en propia carne no lo entendió del todo: la necesidad imperiosa que sienten todos los detenidos por salir cuanto antes a la calle, y el nerviosismo que les supone permanecer encerrados siquiera un minuto más de la cuenta.

Como era de suponer, su cabeza no paraba de dar vueltas y más vueltas acerca de los acontecimientos ocurridos durante las últimas horas, intentando formular diversas hipótesis sobre las consecuencias que les podrían acarrear sus últimas acciones. Sin embargo, su ignorancia casi absoluta sobre cuestiones de índole penal no era la mejor ayuda para que éstas hipótesis fueran mínimamente fiables, y así ocurría que en cuestión de minutos pasaba, sin saber por qué, del más negro pesimismo al más inocente optimismo, y de ahí una vez más al negro pesimismo, convencido de que en su fase optimista no había hecho otra cosa sino engañarse a sí mismo. Y entonces se dio cuenta

de otra cuestión que también la había visto numerosas veces en las películas, pero a la cual tampoco hasta entonces le había concedido la importancia que tenía: el papel que juegan los abogados defensores desde el mismo momento de la detención, no sólo llevando a cabo gestiones a corto plazo para lograr que sus detenidos abandonen a la mayor brevedad unas dependencias casi siempre inmundas y terroríficas, sino también para ofrecerles una visión realista y cualificada sobre la mayor o menor gravedad de su situación.

Nada más abandonar las dependencias del padre Ferguson acompañados de los policías, éstos les comunicaron que tenían derecho a contar con un abogado, y entonces Kelly contestó que de eso se encargaría ella, lo cual le produjo un enorme alivio porque él, a decir verdad, no sabía siquiera a quién llamar en semejante tesitura. Pero mientras tanto no le quedaba otro remedio que permanecer allí encerrado, sin que nadie viniera a decirle que dejara de machacarse la cabeza con pensamientos sin sentido y que aprovechara el tiempo para dormir un poco, lo cual le sería a todas luces más beneficioso. Así que, mal que bien, no paraba de pensar que había cometido un allanamiento, es decir, un delito tipificado y, por tanto, castigado con una pena de prisión. Sin embargo, al poco tiempo se imaginaba que a lo mejor tal allanamiento no era tal, pues en realidad no había hecho otra cosa que ser invitado a entrar por una persona habitual en dicha dependencia. Por otra parte pensaba que no habían robado nada, así como también que, en el caso de Kelly, ésta no había irrumpido en el despacho desobedeciendo una orden expresa de su superior, sino que éste había creído que ya se había marchado cuando en realidad ocurría lo contrario.

Pero no fueron sólo las posibles consecuencias penales las que ocuparon su pensamiento durante las horas que pasó en el calabozo: también tuvo sobrado tiempo de reflexionar sobre las pesquisas llevadas a cabo durante los últimos días, y especialmente sobre los resultados obtenidos en la visita furtiva al despacho del padre Ferguson. No quedaba ya ninguna duda de que Richard O'Bannion y Seamus Ferguson eran antiguos conocidos; así como también, casi con total seguridad, de que éste último había estado encubriéndole durante mucho tiempo. ¿Por qué lo había hecho, sólo por proteger el buen nombre de la Iglesia, o había alguna otra razón de tipo más personal?

Sea lo que fuere, quedaba por llevar a cabo un último paso: encararse con el padre O'Bannion, una vez que conocían su paradero, y acusarle de... ¿de qué? ¿de haber mantenido relaciones sexuales con menores de edad? Pues a lo

mejor sí, aunque al parecer en todos los casos conocidos habían sido mujeres jóvenes pero, al menos, fisiológicamente capaces de ser madres. Y aparte de ello siempre tratándose, al menos mientras no se demostrara lo contrario, de relaciones consentidas, aceptadas o incluso buscadas de forma deliberada.

Quedaba no obstante una última cuestión que a Michael no dejaba de inquietarle: ¿Por qué les había dicho el padre Ferguson que habían llegado demasiado tarde? ¿Acaso Richard O'Bannion, al parecer gravemente enfermo, había muerto ya?

Después de dar tantas vueltas a la cabeza, al final Michael tuvo la fortuna de que en una de las ocasiones en las cuales su visión de la situación era más optimista, gozó de un mínimo de tranquilidad para quedarse dormido sin darse cuenta.

Un ruido como de golpe en la puerta lo despertó de repente. Al no tener reloj porque se lo quitaron nada más darle de alta en la comisaría, ignoraba por completo qué hora era. Así que cuando el guardia que irrumpió en la puerta le ordenó levantarse porque tenía que ir a prestar declaración, lo primero que hizo fue preguntarle por la hora.

—Son casi las once.

Las once de la mañana le pareció una hora especialmente tardía, por lo cual dedujo que había estado durmiendo bastante tiempo.

El inspector jefe Brandson, al contrario que el padre Ferguson, le pareció una persona tranquila, cordial y, hasta cierto punto, elegante en sus modales de policía. Nada más que entró en la sala de interrogatorios se levantó y le dio la mano, lo cual supuso que era una buena señal, aunque, nervioso como estaba, de golpe se le ocurrió que lo más peligroso con los policías era fiarse demasiado de ellos.

—Siéntese, por favor, señor Foguerty. Soy el inspector jefe Brandson.

—Mucho gusto.

Antes de nada, quiero suponer que cuando les detuvieron les comunicaron que tenían derecho a un abogado, y que todo lo que dijeran podría utilizarse en su contra.

—Efectivamente, así es.

De repente se le ocurrió a Michael que él no había hecho nada para conseguir ser asistido por un letrado, y si Kelly se había encargado de ello una

de dos: o en aquel momento se encontraba del todo indefenso, o bien lo que le convenía era no decir nada hasta que apareciera el abogado que, se suponía, Kelly había conseguido contactar. No obstante, el inspector Brandson le debió notar en la cara lo que estaba pensando, porque enseguida se adelantó a sus temores:

—Me hago cargo de sus dudas en este momento, pero en realidad le hecho llamar primero porque, antes de tomarles a ustedes declaración sobre los hechos por los cuales se les ha detenido, querría aclarar algunos puntos previos.

—Usted dirá...

—Quiero que sepa que mientras han estado ustedes en el calabozo, yo no me he quedado de brazos cruzados: he estado investigando su identidad y su historial, así como algún otro dato relacionado con la investigación que tengo entre manos.

Nada más oír esto, Michael empezó a sentir un miedo que no sabía en realidad de dónde venía, ni si de hecho estaba o no fundado.

—Por lo que he llegado a saber, su compañera Kelly O'Brien tiene un historial bastante simple: se trata de una chica huérfana criada en un convento, y que ahora trabaja en un bufete de abogados al cual se ha dirigido pidiendo ayuda. Sin embargo, el historial suyo es bastante más complicado.

—Sinceramente, no sé a qué se refiere.

—Aparte de ser un sacerdote suspendido de sus funciones, o cual es ya de por sí un tanto inusual, usted estuvo involucrado en cierto incidente diplomático con un país africano.

—Si se refiere a mi labor en un campo de refugiados...

—Voy a serle sincero: existen archivos policiales de varios tipos, unos más simples y otros no tanto. Unos ligados sin más a hechos triviales, o incluso graves pero sin demasiada complicación; y otros, por el contrario, que obedecen a motivaciones más oscuras.

—Me va a perdonar, pero cada vez entiendo menos a dónde quiere ir a parar.

—Disculpe, a lo mejor no me estoy expresando con la suficiente claridad: lo que quiero decirle es que usted figura en los archivos del servicio de inteligencia.

El miedo de Michael iba en aumento con una velocidad endiablada. Por un momento pensó que cuando uno cae en la desgracia de tener roces con la policía, nada de lo que haya hecho durante su vida pasada puede serle de ayuda, sino todo lo contrario: al igual que lo que le contaban en su niñez con respecto al juicio final, todos los “pecados” cometidos a lo largo de tu vida la policía te los sacaba a relucir, lo cual, lejos de beneficiarte, lo que hace es perjudicarte en grado sumo. Por fin, con una voz que casi no le llegaba al cuello de la camisa, atinó a formular una pregunta:

—¿Y qué es lo que se dice de mí en esos archivos?

La pregunta de Michael le produjo al inspector una sonrisa irónica.

—Siento mucho decirle que dichos archivos son secretos, incluso para un policía como yo. Lo que ocurre es que soy una persona concienzuda, y me he tomado la molestia de contactar con ciertas personas conocidas que me han hablado algo de su caso.

—Si desea saber la verdad, no me importa relatarle a qué se refiere: estuve trabajando un año en un campo de refugiados, hasta que las fuerzas gubernamentales irrumpieron allí matando a todo el que pudieron. A mí me hicieron prisionero, y posteriormente fui liberado y sacado del país gracias a la ayuda de diplomáticos belgas.

—Sí, más o menos eso es lo que me han contado a mí.

—Al menos que yo sepa, ni cometí ningún delito ni estuve acusado de nada.

El inspector Brandson volvió a exhibir la misma sonrisa irónica.

—Señor Fogherty: en el mundo de los ciudadanos normales y de los policías como yo, que se ocupan de casos más bien simples, las cosas suelen funcionar en clave de delitos, faltas, inocencia o culpabilidad. Pero en el mundo de la diplomacia y de los servicios secretos esos conceptos no existen, o al menos no en la forma en que los conocemos nosotros: allí no existen ni la culpa, ni la inocencia, ni el delito ni nada que se le parezca. Lo único que hay son ventajas, desventajas, intrigas, intereses, traiciones, éxitos y derrotas.

—Lo siento, pero sigo sin entenderle.

—Voy a intentar explicárselo de la manera más sencilla posible: usted ha sido testigo cualificado de una grave matanza cometida contra personas indefensas.

—Así es.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces, seis meses?

—Acaso algo más; no llega a un año en todo caso.

—Podemos por tanto considerarlo un hecho reciente.

—En efecto.

El inspector Brandson hizo una pausa:

—Por si no lo sabe, y supongo que sí lo sabrá, los gobiernos de los países africanos, al menos algunos de ellos, no son tan estables como los europeos.

—Entiendo...

—Imagine por ejemplo que el gobierno del país africano que mandaba cuando usted estuvo allí en este momento se tambalea; que la guerrilla rebelde firma un pacto con la facción del partido político actualmente hegemónica para integrarse en un futuro gobierno, y que el gobierno resultante continúa manteniendo relaciones preferentes con las potencias occidentales: ¿qué cree usted que ocurriría entonces?

Las pocas horas de sueño pasadas en el calabozo no eran ni con mucho la mejor ayuda para que Michael tuviera la cabeza despejada.

—La verdad, no lo sé.

—Se lo voy a decir yo: que la matanza perpetrada en el campo de refugiados en una supuesta acción contra la guerrilla, que hasta ahora ha permanecido prácticamente oculta a los ojos del mundo occidental, recibiría de repente un tratamiento informativo inusitadamente grande, pues de hecho sería un dato fundamental para desacreditar al gobierno anterior frente a las potencias llamémosles democráticas, ya que sin lugar a dudas ese hecho acabaría utilizándose en contra de dicho gobierno para acusarle de graves violaciones de los derechos humanos, y eso a pesar de que cualquier otra facción del poder hubiera hecho lo mismo si se diera el caso.

—¿Y cómo encajo yo en todo ese embrollo?

—Usted es probablemente el único testigo de procedencia occidental de la matanza, lo cual le dota de una credibilidad notoria digamos, por ejemplo, ante a un tribunal internacional.

Al pobre Michael la cabeza empezó a darle vueltas. Ya no sabía ni por qué lo habían detenido, ni qué se esperaba de él, ni cómo iba a acabar todo aquello. No obstante, tuvo la suficiente lucidez como para callarse el dato de que, aparte de él, un grupo de militares de raza blanca, quizás franceses,

habían presenciado también la matanza.

—Supongo, señor Fogherty, que ya no se acordará de cómo llegó usted hasta el campo de refugiados.

La pregunta era a todas luces retórica, ya que en realidad el inspector Brandson le estaba sugiriendo la respuesta. Michael pensó entonces que a lo mejor lo que ocurría es que le estaba echando un cable.

—Me temo que no me acuerdo de ello, señor inspector.

—Bien. Pues para acabar con todo esto, le pido por favor que me conteste con toda sinceridad a la pregunta que voy a formularle:

Michael ya se estaba preparando para lo peor, aunque no llegaba a adivinar qué es lo que podría ser:

—Según el informe que he recibido, la intención que tenían usted y la señorita O'Brien para irrumpir en el despacho del padre Ferguson era obtener cierta información.

—Así es.

—Ahora escúcheme bien: ¿tenía algo que ver esa información que deseaban hallar con algo ocurrido durante su estancia en África?

La cara de sorpresa que puso Michael le debió de parecer al inspector suficientemente aclaratoria. No obstante, le dejó responder:

—En absoluto, señor inspector. En realidad se refiere a una cuestión diferente.

—Me alegra oír eso, señor Fogherty. No lo sabe usted cuánto. En tal caso, ¿podría al menos, antes de que se le tome declaración oficial en presencia de un abogado, darme alguna idea de cuál era el interés que tenían para ponerse a revolver el despacho del padre Ferguson a una hora tan intempestiva?

—Me va a perdonar, inspector Brandson, pero prefiero no contestar a esa pregunta si no es en presencia de la señorita O'Brien.

El inspector Brandson, al oír esa respuesta, fue quien puso esta vez cara de sorprendido.

—¿Podría explicarme la razón?

—En realidad es bien sencilla: la información que buscábamos no tiene de hecho nada que ver conmigo directamente. Mi único papel en este embrollo ha sido ayudar a la señorita O'Brien en algo que era de su interés personal.

—¿Me está diciendo entonces que se trata de algo que sólo le concierne a ella, y que lo único que hizo usted ha sido meterse en un lío por su culpa?

—Aunque lo ha dicho usted de manera un tanto cruda, en el fondo es así.

—¡Ah, *cherchez la femme*, como dicen los franceses. Está visto que los hombres no aprenderemos nunca!

—Señor inspector, me temo que tiene usted razón.

—Entonces, si no le parece mal, vamos a hacerle pasar a la señorita O'Brien y a su abogado, que si usted no tiene inconveniente puede ser también el suyo. Creo que a tenor de lo que me acaba de referir, parece razonable que se les tome a ustedes declaración de forma conjunta, aunque, eso sí, les rogaría que contestasen a cada pregunta de uno en uno.

—Por supuesto, señor inspector.

—En tal caso, voy a llamar al secretario que levantará acta de la declaración, así como a su compañera y al abogado.

Aun tratándose de una persona joven a la que aún no se le notaba en el cutis ningún tipo de deterioro, la verdad era que el aspecto de Kelly, tanto en cuanto a su cara como a su vestimenta, evidenciaba el cansancio de una noche entera en vela, así como también la tensión sufrida durante las últimas horas.

Junto a ella, sin embargo, el aspecto pulcro, casi atildado del abogado designado por el bufete para su defensa, un lechuguino de poco más de treinta años, no hacía sino realzar el contraste con el aspecto desaliñado de los dos detenidos.

—Buenos días, señores. Soy el inspector jefe Brandson, y me acompaña el sargento O'Higgins que levantará acta de la reunión. Quiero que sepan que previamente he estado hablando con el señor Fogherty de determinadas cuestiones que no guardan relación con el caso.

El abogado, que se presentó como Thomas White, parecía venir dispuesto a hacerse notar.

—En tal caso, quiero elevar mi protesta antes de nada por haber tomado declaración a un detenido sin asistencia letrada.

—Le he dicho que la conversación ha girado sobre otros temas.

—Eso es algo que habrá que demostrarse. Mientras tanto, protesto por su actuación irregular, señor inspector jefe.

Visto el cariz que estaba tomando la conversación, el propio Michael, más

tranquilo ya, juzgó necesario intervenir:

—Le agradezco su interés, señor White, pero puedo asegurarle que no se ha hablado de nada de lo ocurrido la noche pasada. Por otra parte, desconozco si está usted dispuesto a asistirme a mí también como abogado.

—Por supuesto que sí, señor Fogherty. Kelly me ha hablado mucho de usted, y de que le ha prestado a ella ayuda desinteresada. Así que es justo que el bufete al que represento actúe en reciprocidad, ya que siendo Kelly una trabajadora del mismo, el bufete está dispuesto a darles asistencia legal gratuitamente.

—Permítame entonces que le reitere mi agradecimiento.

El inspector Brandson estaba empezando a impacientarse con tanto halago mutuo.

—Bien, pues vayamos al grano: señorita O'Brien: según lo que me ha manifestado el señor Fogherty, y por otra parte acorde con el contenido del informe que he recibido por parte de los agentes que llevaron a cabo su detención, ustedes intentaban conocer cierta información de su interés que supuestamente obraba en poder del padre Ferguson. Además, antes de que entrasen usted y su abogado, el señor Fogherty me ha manifestado que el tipo de información que buscaban no se refiere a nada que le concierna a él de forma directa sino a usted, y que por tanto él prefería no tratar nada del tema hasta que usted estuviera presente y que fuera usted misma quien lo explicara. ¿Entiende lo que le he dicho?

—Perfectamente.

—Bien. En tal caso, voy a hacerle la pregunta de forma directa: ¿Qué tipo de información buscaban ustedes dos en el despacho del padre Ferguson?

—Buscábamos información relativa a un sacerdote de nombre Richard O'Bannion, concretamente alguna dirección en la cual se le pudiera localizar para entablar contacto con él.

Al inspector Brandson le pareció la respuesta un tanto floja: en realidad, no entendía por qué para buscar una información que en principio parecía sencilla de obtener, y además desprovista de cualquier matiz delicado, hubiera que irrumpir en un despacho y removerlo todo de arriba abajo.

—¿Afirma usted entonces que su único interés era obtener la dirección de un sacerdote?

—Así es.

—Va a perdonarme, pero no entiendo qué dificultad puede haber en obtener un dato que en principio parece del todo trivial.

—Comprendo sus dudas, señor inspector, pero la verdad es que el caso es bastante más complicado de lo que parece.

—Pues adelante, explíquemelo:

—Richard O'Bannion es un sacerdote de edad avanzada, el cual a lo largo de su ejercicio sacerdotal sedujo a numerosas mujeres jóvenes dejando embarazadas a muchas de ellas, las cuales tuvieron que entregar sus bebés recién nacidos en adopción.

El inspector Brandson empezó a comprender que el asunto era más complejo de lo que en un principio parecía, y no sólo eso, sino que contrariamente a lo que había supuesto un momento antes, el motivo que habían argumentado podría ser verdadero, en lugar de una mera excusa inventada sobre la marcha.

—Según me he informado, el padre Ferguson se ocupa de los asuntos internos del sacerdocio, lo cual me hace suponer que todos los casos escabrosos protagonizados por sacerdotes serían de su conocimiento.

—Efectivamente así es. Yo he estado trabajando como colaboradora sin sueldo en el despacho del padre Ferguson durante bastante tiempo, y por tanto estoy al corriente de su cometido.

—Bien. Entonces supongo que el caso que acaba de mencionar no será el único del cual el padre Ferguson se haya tenido que ocupar.

—Exacto.

—Pues si es así me gustaría que me explicara, señorita O'Brien, cuál es la razón para que ustedes dos tuvieran un especial interés con respecto al padre O'Bannion.

Kelly O'Brien se tomó un respiro antes de contestar:

—Porque tengo fundadas razones para suponer que Richard O'Bannion sea mi padre.

Una vez más, el inspector Brandson fue el sorprendido, y no sólo él, sino también el abogado y el oficial secretario.

—Es decir, su padre biológico.

—Exactamente eso.

—Bien. Pues creo que ha llegado el momento de que me cuente usted toda la historia, señorita O'Brien.

—Como supongo que ha investigado ya, me críe en un convento de monjas. Mi madre, una adolescente de quince años, se acercó al convento cuando su embarazo estaba ya en un estado muy avanzado, y falleció en el parto. Supongo que también conocerá el hecho de que, por desgracia, los casos de madres solteras que entregaban a sus hijos recién nacidos en conventos han sido bastante numerosos.

—Efectivamente así ha sido, como usted bien dice.

—Los bebés recogidos en los conventos eran ofrecidos a las familias que deseaban adoptar a algún recién nacido, o en todo caso a niños de corta edad. La verdad es que a lo largo de mi niñez ninguna familia se interesó por mi adopción, y la razón de ello es que tengo en la piel una mancha de nacimiento, lo cual según parece disuadía a las familias que iban al convento con intención de adoptar algún niño.

—Continúe...

—Una vez que me convertí en adulta, por razones fortuitas llegué a conocer a otra mujer, bastantes años mayor que yo, la cual tenía una mancha en la piel idéntica a la mía. Además, dicha mujer se enteró de que ella también había sido adoptada, hija de madre soltera y recogida en un convento. Entonces comenzamos a investigar el caso, y supimos que ese tipo de manchas suelen tener un origen hereditario. Como por la diferencia de edad era imposible que tuviéramos la misma madre, la razón tenía que ser que ambas éramos hermanas de padre.

El inspector escuchaba el relato entre asombrado y divertido.

—¿Y cómo ha llegado usted a la conclusión de que el responsable de haberles engendrado a ustedes era el padre O'Bannion?

—Por varias razones: una de ellas es que debía de tratarse de alguien que durante un período de tiempo largo, en este caso más de veinte años, sedujo a mujeres solteras al parecer residentes en localidades distintas dejándolas embarazadas. Ello podría encajar con el perfil de un sacerdote, es decir, alguien sin pareja estable destinado en lugares diferentes a lo largo de su vida. Sin embargo, la principal razón de mis sospechas es que en cierta ocasión el padre Ferguson recibió la visita del padre Finnegan, responsable del aparato

propagandístico de la diócesis.

—A ése ya lo conocemos, ¿no es así, sargento?

—Perfectamente, señor.

—Perdone la interrupción. Continúe, por favor.

—Hace unos meses se publicó en una revista un reportaje sobre las madres solteras que tuvieron que entregar sus bebés en adopción, en el cual se citaba el caso de nosotras dos, aunque sin mencionar nuestros nombres. El artículo concluía formulando una pregunta acerca de la identidad del hombre que con un intervalo de veinte años había engendrado dos hijas, lo cual hacía suponer que en los años intermedios podría haber ocurrido lo mismo más veces.

—Conociendo al padre Finnegan, no es de extrañar que él también pudiera estar involucrado en algo así. Dice usted que visito al padre Ferguson. ¿Conoce acaso el motivo?

—El motivo era que en la diócesis también sospechaban que el responsable de los embarazos de adolescentes pudiera tratarse de un sacerdote, y por ello le pedía al padre Ferguson que investigara el caso. Además, sugirió el nombre, o mejor dicho, el apodo de cierto cura que debía de tener fama de mujeriego.

—¿Qué tipo de apodo?

—Banana Dick.

El sargento encargado de tomar actas casi no podía contener la risa. El inspector Brandson, obligado a mostrarse circunspecto, justo aguantó mostrando una simple sonrisa.

—Hay que reconocer que el apodo le viene como anillo al dedo a alguien que vaya por ahí seduciendo a jovencitas. Perdone si nuestra reacción le haya resultado ofensiva, pero es que nos ha pillado de sorpresa. Por lo que he entendido, el apodo de Banana Dick corresponde a Richard O'Bannion, dado que existe cierta similitud entre el nombre verdadero y el apodo.

—Efectivamente se corresponden, pero aparte de eso dispongo de más pruebas: a raíz de la publicación del artículo, llegué a conocer a otras dos mujeres, unos pocos años mayores que yo, que también tenían una mancha idéntica. Y aún más: entablé contacto con otra mujer, la cual afirmó que, siendo adolescente, había tenido relaciones sexuales con un sacerdote que tenía la misma mancha. Fue ella quien al final nos facilitó el nombre y el

apellido.

—Y dice usted que todo ello ha ocurrido a raíz de la publicación de un artículo. Sargento, ¿usted conocía algo de eso?

Al oír la pregunta, el sargento se levantó y se acercó al inspector para susurrarle algo al oído.

—Comprendo. Entérese por favor si en este momento hay alguna agente femenina de servicio.

—Ahora mismo, señor.

Al cabo de poco tiempo, el sargento O'Higgins apareció con una agente uniformada.

—Agente Winston, acompañe a la señorita a una dependencia donde no les molesten, y que le muestre una mancha que tiene en la piel. Después, saque una fotografía de la mancha y muéstremela.

—Como usted diga, señor.

Mientras Kelly O'Brien desapareció con la agente, el inspector aprovechó la ocasión para continuar el interrogatorio con Michael.

Según me ha dicho el sargento, la mancha en cuestión debe de estar ubicada en el trasero.

—Así es.

—En resumen: hay un sacerdote, llamado Richard O'Bannion, según todos los indicios apodado Banana Dick, que desde hace más de cuarenta años ha ido dejando embarazadas a jóvenes solteras, y ha engendrado hijas que llevan la misma mancha que él.

—Efectivamente.

—Y su interés es contactar con él. Pero supongo que la misión del padre Ferguson sería bastante diferente, a tenor de cuál suele ser el proceder de la Iglesia Católica en esos casos.

—Ocultarlos a la luz pública hasta donde sea posible.

—Creo que ahora empiezo a entender el problema: ustedes dos querían obtener información para conocer el paradero del padre O'Bannion, y el padre Ferguson, por el contrario, no quería que nadie contactara con él salvo acaso las personas autorizadas por la Iglesia, temiendo además que si ya previamente se había publicado algo al respecto, descubrir la identidad de

semejante sacerdote sería una noticia bomba.

—Creo que lo ha expresado con toda claridad.

El inspector Brandson se tomó un respiro para aclararse las ideas.

—Bien. Permítame explicarles cómo veo la situación: La Iglesia Católica, lógicamente, tiene la opción de presentar denuncia contra ustedes por allanamiento. Por otra parte, las razones de la señorita O'Brien tendrían una consideración favorable ante cualquier tribunal, ya que es del todo legítimo intentar conocer la identidad del propio padre. En lo que a usted respecta, señor Fogherty, el haber prestado su colaboración para que una mujer conozca quién fue su padre tampoco es que pueda considerarse un delito de lesa majestad. No obstante, el quid de la cuestión es otro:

—Usted dirá.

—Un policía, por llamarlo de alguna forma, leal a una parte de un litigio, lo que hace es acoplar su investigación a lo que pueda interesarle a dicha parte, pongamos por caso a la Iglesia Católica. ¿Qué es lo que haría entonces en una investigación como ésta? Dejarla en un mero supuesto de allanamiento, sin entrar para nada en otras consideraciones. Sin embargo, un policía que pretende llevar su investigación hasta el final en aras de conocer la verdad en todas sus facetas, lo que hace es precisamente eso: llevar la investigación hasta el final.

—¿Quiere decir entonces que...?

—Permítame que le cuente algo de mi vida, señor Fogherty. Y por favor, sargento, no tome acta de nada de esto: yo me crié en un barrio humilde, y en mi barrio de entonces existía la creencia generalizada de que la policía era el principal enemigo de todos nosotros, y a lo mejor no les faltaba razón. Además, había un dicho que todos los del barrio lo habíamos oído un montón de veces: “Lo peor de la policía no es que todo lo que digas delante de ella puede ser utilizado en tu contra, sino que nada de lo que digas delante de ella va a ser jamás utilizado en tu favor.”

—Un dicho muy crudo.

—Efectivamente. Bueno, pues yo acabé haciéndome policía, y una de las cosas que me he propuesto siempre es que dicha frase no sea siempre verdad. Así que, en el caso que nos ocupa, vamos a hacer una cosa: cursar una visita al susodicho padre Richard O'Bannion, y ver qué es lo que nos puede decir. En buena ley, mantener relaciones sexuales con una menor puede ser un delito,

más aún si cabe hablar de coacción, de aprovecharse de una relación de superioridad, o algún otro supuesto similar. La verdad es que casi con seguridad todo esto estará prescrito en el caso del susodicho cura, pero eso no es óbice para que pueda ser investigado.

—¿Quiere decir entonces que vamos a comprobar lo que sabemos del padre O'Bannion?

—Efectivamente, si no tienen ustedes inconveniente. ¿Consiguieron ustedes enterarse de su paradero?

—Sí, señor inspector: Resurrection House, una residencia para sacerdotes ancianos.

—Sargento, ¿Sabe dónde viene a parar eso?

—Sí, señor: a unos veinte kilómetros, en la carretera de Strawberry Hill.

—Llámeles por teléfono, y pregunte por el padre Richard O'Bannion.

Mientras tanto, Kelly y la agente de policía entraron en el despacho. La agente le mostró al inspector una fotografía tomada en una cámara digital.

—Estupendo. Cárguela en mi ordenador. Señorita O'Brien: le he dicho a su amigo que vamos a hacer una visita a la residencia Resurrection House, y comprobar si el sacerdote O'Bannion se encuentra allí, y a ver qué es lo que puede decirnos. ¿Le parece a usted bien?

—Por supuesto que sí. Le rogaría que nos permitiera acompañarles.

—Por supuesto, señorita O'Brien.

Al cabo de poco tiempo, el sargento O'Higgins irrumpió en el despacho.

—¿Hay noticias del padre O'Bannion?

—Lo siento, señor inspector. Me han comunicado que ayer por la mañana falleció.

Nada más oír eso, Kelly y Michael emitieron un suspiro de desesperación.

—¿Le han dicho algo más, sargento?

—Me han dicho que esta misma tarde se va a proceder a su entierro.

—¿Le han dicho dónde?

—Me temo que no, señor inspector.

El inspector Brandson se quedó un momento pensativo. Sin embargo, rápidamente reaccionó:

—Bien. Creo que debemos darnos prisa. Si conseguimos llegar antes de que el cuerpo reciba sepultura, podremos adelantar algo. Si por el contrario ya ha sido enterrado, entonces necesitaríamos un permiso judicial para exhumar el cadáver. Sargento: disponga de los vehículos necesarios inmediatamente.

En ese momento, Kelly tuvo uno de sus golpes de intuición:

—Por favor, permítame hablar a solas un momento con mi abogado.

—Desde luego señorita.

Antes de que partieran, Kelly y el abogado se quedaron en un aparte.

—¿Quieres que vaya con vosotros, Kelly?

—No, Thomas, en absoluto. Quiero que hagas otra cosa: Llama a una periodista, Caroline Brenton, y mándale que se dirija a toda velocidad a la residencia Resurrection House para sacerdotes ancianos.

—¿Conoce ella la dirección? ¿Y si no sabe llegar hasta allí?

—¡Joder, Thomas, la acabas de oír igual que yo!

—Vale, Kelly, no te alteres. Ahora mismo la llamo.

Mientras se dirigían a la residencia a toda velocidad, el inspector y el sargento en un vehículo por delante y ellos, en calidad de detenidos, en una furgoneta con el compartimiento trasero cerrado con una reja metálica, Kelly invocó a todos los santos para que la cosa saliera bien. Y Michael, por su parte, pensó que si tenían éxito, a no dudar saldrían mejor parados que en caso contrario.

Capítulo 28

Los veinte kilómetros que separaban la comisaría de la residencia Resurrection House se les hicieron eternos a Kelly y a Michael. Por una parte, debido a la natural impaciencia motivada porque un misterio que les había estado intrigando durante tanto tiempo parecía que iba a resolverse pronto. Pero sobre todo porque, sabiendo que el padre Richard había fallecido e iba a ser enterrado, es decir, que se le iba a hacer desaparecer de la vista de los mortales para siempre, temían no llegar a tiempo; máxime considerando que, aun sin tener un motivo seguro para suponerlo, ambos abrigaban la sospecha de que alguien, probablemente el propio padre Ferguson o si no cualquier otro instigado por él, estarían muy interesados en que el cadáver del padre Richard se esfumara cuanto antes, y por tal motivo se iban a dar una prisa especial para que así ocurriera.

El hecho de estar recludos en la parte trasera de una furgoneta sin ventanas, separados de la zona del conductor por una reja metálica más un cristal traslúcido, no era precisamente la mejor forma de viajar con tranquilidad sino todo lo contrario. Aparte de no poder ver el camino, la cuestión era que tampoco les habían devuelto sus objetos personales, con lo cual ni siquiera eran capaces de saber qué hora era, ni mucho menos de calcular el tiempo que llevaban de viaje.

Por fin, cuando ya tenían los nervios a flor de piel, notaron que la furgoneta se detenía, y al poco tiempo que un agente uniformado les abrió la puerta.

—Hemos llegado a la residencia. El inspector jefe Brandson les va a permitir entrar con nosotros sin estar esposados para que no queden ustedes en evidencia, pero les advierte que no intenten ningún movimiento extraño ni mucho menos darse a la fuga, porque con ello no iban a hacer sino perjudicarse.

—Por supuesto, señor agente.

La residencia Resurrection House estaba situada en una zona distante del casco urbano, de forma tal que en los alrededores no se veían más que prados, alguna zona boscosa y, más alejadas, pequeñas casas diseminadas aquí y allá. Además, al poco de poner los pies en tierra Kelly y Michael advirtieron que el último tramo lo habían recorrido por un estrecho camino de acceso que terminaba en la propia residencia, por lo que supusieron que en algún momento habían tenido que desviarse de la carretera principal.

Los vehículos policiales se habían detenido en una amplia explanada situada frente a la fachada principal del edificio, una sólida construcción de dos plantas con un estilo que, sin que pudiera considerarse elegante, al menos daba la sensación de buena calidad constructiva. Por su aspecto, les pareció que databa del primer tercio del siglo XX, aunque todo ello no era sino mera especulación. Aparte de ello, el único símbolo que denotaba el carácter del edificio era una gran cruz de piedra situada justo encima del alero del tejado que se elevaba en la parte central de la fachada.

A ambos lados del edificio, rodeado por una valla metálica, se extendía una amplia zona de césped atravesada por senderos para pasear; y al fondo de la propiedad, a unos doscientos metros de la entrada, un pequeño cuadrado rodeado por una tapia de piedra sugería la existencia de un cementerio.

Al poco de bajarse de la furgoneta y frotarse las muñecas para hacer circular la sangre después de que les librarán las esposas, se encontraron con el inspector y con otros cuatro agentes uniformados. El inspector se dirigió a ellos.

—Espero que el viaje lo hayan hecho de forma confortable.

Aunque el cumplido sonaba poco menos que a chiste, prefirieron asentir cordialmente.

—Ahora vamos a entrar todos dentro. Creo que el agente les ha advertido ya de que no intenten nada inadecuado. Y aparte de eso, cuando entremos déjenme hablar a mí.

—Desde luego, señor.

Al poco de llamar a la puerta de entrada, una monja salió a recibirles.

—¿Qué es lo que desean?

—Policía, hermana. Necesitamos entrar para realizar ciertos trámites.

—Lo siento, agente, pero en este momento es totalmente imposible. De hecho, estamos velando a un cadáver.

Paradójicamente, para Michael y a Kelly la respuesta de la monja fue de auténtico alivio, ya que ello suponía que el padre Richard aún no estaba bajo tierra. Sin embargo, no dejaba de ser desesperante la habilidad que tienen algunas personas, y entre ellas las monjas suelen ser a veces un buen exponente, para mostrarse impermeables, inaccesibles y, sobre todo, furibundamente despiadadas ante cualquier petición que se les haga, sea del

tipo que fuera.

Sin embargo, el inspector no estaba dispuesto a arredrarse sin más porque una monja se interpusiera en su camino.

—Así que cuando ustedes están velando un cadáver no dejan entrar a nadie.

—Me temo que es así, agente. Mejor que vuelvan ustedes mañana.

Michael pensó que la desfachatez de esa monja no tenía parangón. Pero, más que eso, lo que le llamó la atención fue la seguridad y la convicción que mostraba de que incluso a la propia policía le podía frenar el paso. ¿De dónde les venía a esa gente el poder para mostrar semejante actitud? Eso era algo que, aun habiendo sido él sacerdote y, por tanto, ministro de la Iglesia Católica, jamás lo había entendido, ya que tanto en su época de ejercicio del sacerdocio como antes o después de ello, siempre se vio a sí mismo, y no sin fundamento, como alguien vulnerable, asequible e incluso insignificante.

Pero tal y como era de esperar, el inspector Brandson no tenía la más mínima intención de volver sin más por donde había venido.

—Pues van a hacer ustedes una excepción, hermana. Y ahora haga el favor de quitarse de en medio.

—Lo siento, agente, pero va a ser imposible. Tenemos órdenes expresas...

—Agente Hugues, despeje la puerta que vamos a entrar.

Ante la imponente presencia de un agente uniformado de casi dos metros de altura, la monja instintivamente se echó a un lado, lo que permitió que toda la comitiva irrumpiera hasta el hall de la residencia. Sin embargo, nada más que entraron todos un sacerdote vestido con sotana, bonete y roquete apareció por una escalera lateral.

—Sepa usted, agente, que no están autorizados a entrar aquí. Exijo que se vayan inmediatamente!

—Por su actitud, sospecho que tienen ustedes algo que ocultar.

—Lo que tengamos que ocultar, agente, no es de su incumbencia.

—Mire usted: estoy harto de que su subordinada y usted me llamen agente. Soy el inspector jefe Thomas Brandson, y mal que les pese, vamos a cumplir nuestro cometido.

—En tal caso, muéstreme una orden judicial de registro.

—¿Y quién le ha dicho que vamos a hacer un registro?

—¿Piensa acaso que no estamos informados del motivo de su visita?

El inspector Brandson iba poco a poco perdiendo la paciencia.

—¿Así que alguien les ha informado previamente? Interesante, pues eso prueba que a lo mejor existe por su parte el agravante de alevosía.

—Todo eso que está diciendo no tienen ningún sentido. Exijo una vez más que me muestre una orden judicial.

—No voy a mostrarle ninguna orden judicial, señor cura, ni tampoco vamos a hacer ningún registro, aunque siento curiosidad por conocer las cosas que podríamos encontrar en tal caso. En realidad no venimos más que a verificar una identidad.

—¿La identidad de quién?

—Lo sabe usted de sobra. Así que llévenos ahora mismo a donde tienen el cadáver de Richard O'Bannion, que ya hemos perdido demasiado tiempo con una charla estúpida.

—Le comunico que no se encuentra aquí.

—¿Ah, no? ¿Entonces de quién es el cadáver que su monja subordinada nos ha dicho que estaban velando, de la Reina Cleopatra?

—Desconozco por completo el nombre de la persona que usted acaba de mencionar.

—Pues en tal caso, llévenos a donde está el cadáver ese que están velando, y nosotros haremos lo que tengamos que hacer.

—Insisto en que...

—¿Con que sigue insistiendo? ¡Agente Hugues, detenga a este hombre por obstrucción a la justicia, espóselo y mévalo en la furgoneta. Mientras tanto, nosotros nos encargaremos de buscar el cadáver aunque tengamos que poner toda la residencia patas arriba!

Al oír eso, el cura de la sotana, el bonete y el roquete empezó a sentir miedo, así que al final acabó cediendo.

—Muy bien: les llevaré hasta la dependencia donde se encuentra el cadáver, pero le advierto que voy a elevar una queja formal al obispado.

—No esperaba menos de usted, estimado cura. Sería la primera vez que la policía entra en una dependencia eclesiástica y cuando lo hace le den facilidades. A saber cuál será la razón.

El velatorio del padre Richard lo habían dispuesto en una habitación de la misma planta, a la que se accedía por una puerta lateral desde el mismo vestíbulo. El cadáver estaba situado encima de una cama, vestido con ropas litúrgicas y con las manos juntas sobre el pecho sosteniendo un rosario.

Cualquier persona que haya presenciado a lo largo de su vida varios cadáveres sabe que, aun conservando en su rostro cierto parecido con el que la persona tuvo en vida, la expresión de ésta desaparece, quedándose en una especie de caricatura de ser humano, más cercana a una estatua de cera que a una persona de carne y hueso. Aun así y todo, todavía era posible advertir algo de lo que Rachel les había comentado por mucho que el recuerdo de ésta se remontase a una persona mucho más joven: tenía unas facciones finas, bien proporcionadas, con un cutis casi imberbe y una manos que, incluso después de la vida, conservaban cierta belleza.

A Michael el cadáver no le causó ninguna impresión. Más bien le pareció algo artificioso, incluso falso, pues presentar a semejante individuo con un rosario entre las manos casi resultaba blasfemo. A Kelly, por el contrario, se le notaba su nerviosismo a la legua, hasta el punto de que Michael estuvo a punto de abrazarla para que se tranquilizara. Sin embargo, las órdenes dadas por el inspector tuvieron precisamente el efecto contrario:

—¡Quítenle toda la ropa que lleva puesta!

—¿Acaso está usted loco?

—Tal y como creo que ya sabe, ello resulta imprescindible para el trámite de identificación que debemos realizar.

—¡Me opongo con todas mis fuerzas a cometer semejante sacrilegio!

—Pues tiene usted dos opciones: o cometer su sacrilegio ahora mismo, o acompañarnos a comisaría, lo cual no impediría que, en tal caso, fuéramos nosotros mismos quienes lo cometiéramos.

—¡Todo esto es intolerable!

—O lo hacen ustedes, o lo hacemos nosotros, y después usted se viene con nosotros una vez que hayamos terminado.

El cura, una vez más, no tuvo más remedio que acceder. Sin embargo, era admirable su habilidad para que, a pesar de encontrarse en notoria situación de inferioridad, intentase por todos los medios quedar por encima de sus oponentes.

—La hermana se encargará de ello. Ustedes pueden esperar en la antesala.
El inspector Brandson no lo acababa de ver claro.

—Bien, de acuerdo. Pero usted, agente Hugues, se va a quedar dentro de la habitación, y va a observar toda la operación discretamente.

—¿Es eso necesario?

—Me temo que a estas alturas sí, señor cura.

—Soy el padre O'Malley.

—Mi nombre ya se lo he dicho.

Dejando al agente Hugues dentro con la monja, los demás, incluido el padre O'Malley, salieron al vestíbulo. Durante los minutos que transcurrieron hasta que pudieron volver a entrar nadie dijo una palabra, y el ambiente estaba tan tenso que casi podía cortarse con un cuchillo. Por fin, el agente Hugues les dijo que pasaran, mientras que la monja hacía mutis por el foro.

—Ya pueden entrar.

—El padre Richard seguía tumbado en la misma posición, aunque, aparte de quitarle la ropa, también habían hecho lo mismo con el rosario. No obstante, le habían colocado una especie de paño litúrgico blanco por encima del abdomen, supuestamente para no ofender su pudor.

—Muy bien, agente Hugues. ¿Todo en orden?

—Perfectamente, señor.

—Entonces, coja el cadáver y dele la vuelta.

—¿Quiere decir, señor...?

—Quiero decir que lo coloque boca abajo.

El agente Hugues, ignorante del objetivo de la misión que estaban llevando a cabo, no dejaba de sorprenderse.

La rigidez del cadáver, de alguna forma, facilitó la labor del agente, el cual, dotado de una fuerza superior a la media, no tardó en colocar el cadáver en la posición que se le había ordenado. Nada más que lo hizo, todos se acercaron a observarlo, especialmente Kelly.

Cuando se dio cuenta de que la piel del trasero aparecía totalmente limpia, sin ningún signo de coloración diferente o cualquier otro tipo de singularidad, a Kelly se le saltaron las lágrimas. Había dedicado a aquella misión un montón de tiempo y de esfuerzos. Había sufrido un montón de sinsabores.

Había corrido un montón de riesgos, hasta el punto de encontrarse en aquel momento custodiada por la policía como presunta delincuente. Había arrastrado al pobre Michael a una aventura que a él ni le iba ni le venía, pero que sin embargo haría que al final acabase malparado. Y había pasado una vida entera con el deseo de conocer quién era su padre, porque aun siendo un derecho natural que corresponde a todo niño o niña el tener un padre, a ella las circunstancias adversas y la injusticia de una sociedad despiadada le había privado de dicho derecho.

Así que, sin poder evitarlo, estalló en sollozos, no tanto de pena, sino de auténtica rabia. Y sin pensarlo dos veces, se abalanzó sobre el cadáver y empezó a arañarlo de forma desesperada, con toda la fuerza y la furia que proporciona el sentir que has estado a punto de conseguir la victoria contra una caterva de gente sinvergüenza y despiadada pero que al final has fracasado.

Tuvieron que agarrarla entre el inspector jefe y el agente para que se separara de cuerpo del padre Richard, ya que, encontrándose en estado de total histeria, resultaba más que difícil controlarla. Al final Michael también se acercó, e intentó calmarla como pudiera.

—Kelly, déjalo por favor. Está claro que nos hemos confundido. Esto no tiene ya ningún sentido.

Kelly, ya algo calmada, estalló en otro tipo de llanto, más de amargura que de desesperación, y entonces, avergonzada por la actitud que había tenido, intentó taparse la cara con sus manos.

No llegó sin embargo a hacerlo porque al acercar las manos a su cara observó que, tras haber estado arañando como loca la piel del que creía que era el padre Richard, tenía algún tipo de sustancia metida entre las uñas. Y entonces, de golpe, se dio cuenta de lo que ocurría:

—¡Esperen!

—Kelly, ya es inútil.

—¡No, no es inútil. Sigán raspando!

—¿Qué estás diciendo?

—Sigán raspando. El cadáver está maquillado. ¡Tengo cera en las uñas!

El inspector Brandson estaba sorprendido. Por mucha experiencia que hubiera tenido como policía, estaba convencido de que aquello era lo más

curioso que le había pasado nunca.

—¿Qué quiere decir, señorita O'Brien?

—Cuando he arañado el cadáver se me ha quedado cera en las uñas. Creo que han intentado ocultar la mancha de la piel.

—¡Agente Hugues!

—Diga, señor inspector.

—¿Tiene usted una navaja, un cortaplumas, o algo similar?

—Sí, señor.

—Continúe raspando la piel del trasero.

El agente Hugues estaba aún más sorprendido que su superior. Sin embargo, se dispuso sin más a cumplir la orden dada. Con una pequeña navaja comenzó a raspar la piel del cadáver. Y según lo hacía, más y más capas de cera se iban desprendiendo. Poco a poco, en el centro de la nalga derecha empezó a dibujarse una mancha rojiza, que poco a poco iba aumentando de tamaño.

En aquel momento, el padre O'Malley irrumpió en la habitación.

—¿Se puede saber qué están haciendo? ¿Cómo se atreven a profanar un cadáver de esa forma?

—Me parece, señor cura, que su truco no le ha servido para nada.

—¿A qué se refiere?

—¿Observa usted esa mancha en el culo que tan celosamente han querido disimular?

Al ver la mancha, el padre O'Malley se puso pálido.

—Como comprenderá, inspector, el más elemental pudor nos obliga a adecentar un cadáver todo lo que se pueda.

El inspector estaba ya más que harto de tanta hipocresía, y al final fue él quien acabó perdiendo la paciencia.

—¡Y una mierda! Han intentado ocultar el hecho de que un follador de niñas adolescentes, que ha ido a lo largo de su vida dejando embarazadas a muchas de ellas, residía justo aquí, fuera de la vista de todo el mundo. Después han disfrazado su cadáver para que no fuera identificado, y por tanto quedaran para siempre impunes todas sus fechorías. Supongo además que iban a darse prisa para enterrarle cuanto antes, con la intención de que al final requiescat in pace y aquí no ha pasado nada.

—¡Protesto enérgicamente por su lenguaje, inspector!

—Proteste por lo que le dé la gana.

En ese momento, aprovechando el calor de la discusión y que todos los presentes estaban pendientes del cadáver, nadie advirtió que una mujer con gafas negras y un pañuelo entró en la habitación, y antes de dar tiempo a nadie a reaccionar sacó una fotografía del cadáver desnudo con la mancha a la vista. Para cuando se dieron cuenta de lo que había ocurrido, la mujer ya había abandonado la dependencia.

—¡Quién es esa mujer? ¿De dónde ha salido?

—No lo sé, señor inspector.

—¡Vaya tras ella, agente!

El agente Hugues abandonó a todo correr la estancia, y justo pudo ver que la mujer salía ya a la calle. Él también salió entonces, y para su sorpresa se encontró con una furgoneta con el anagrama de una cadena de televisión, un individuo armado con una cámara que intentaba acercarse al interior de la residencia, y un grupo de mujeres reunidas cerca de la entrada, todos ellos enfrascados en una ruidosa discusión con el resto de agentes de policía. Visto todo ello, regresó rápidamente al interior, para informar a su superior de la situación.

—Señor, hay un grupo de personas fuera, además de una furgoneta con el anagrama de alguna cadena de televisión. Creo que pretenden hacer un reportaje sobre lo que está ocurriendo hoy.

El inspector Brandson les lanzó una mirada furibunda a Kelly y a Michael.

—No me digan que todo esto no ha sido obra suya, porque no me lo voy a creer.

Kelly permaneció callada, y Michael puso cara de inocente antes de responder.

—Puedo asegurarse, señor inspector, que esto también ha resultado para mí una sorpresa.

No obstante, el inspector Brandson, como hombre resolutivo que era, enseguida se hizo cargo de la situación:

—Agente Hugues: llame a algún otro de los agentes que están fuera, y permanezcan los dos aquí delante de la puerta hasta nueva orden.

—Como ordene, señor.

Mientras tanto, el padre O'Malley, presa de terrible nerviosismo, se dirigió al inspector Brandson.

—Señor inspector, ¡Todo esto es intolerable! ¡Tiene usted que impedir que se profane un lugar sagrado en el cual se está velando en este momento a un sacerdote fallecido!

—Puedo asegurarle que yo no he tenido nada que ver con lo que está pasando hay fuera. Si están ahí, es porque alguien les ha avisado. Yo desde luego no.

—Pues tiene que hacer usted algo. Por favor, le pido ayuda en nombre de la Iglesia.

Cuando Michael escuchó el ruego desesperado lanzado por el padre O'Malley no dejó de sentir cierta ironía un tanto amarga: estaba claro que, si a alguien temía la Iglesia, era más a los medios de comunicación que podían airear todos sus trapos sucios que a la propia policía. Naturalmente, al inspector Brandson tampoco le pasó desapercibido ese repentino cambio de tono del padre O'Malley, y así se lo hizo saber:

—¡Mira por donde ahora resulta que el reverendo padre O'Malley me pide sopitas, después de habernos puesto a todos de vuelta y media!

—¡Por favor, señor inspector! Le pido disculpas si hasta ahora me he portado incorrectamente...

El inspector Brandson no era amigo de gastar demasiado tiempo en conversaciones inútiles, así que sin más se puso manos a la obra. Por otra parte, sabía que en buena ley no podía permitir que una cadena de televisión campara a sus anchas en un lugar que, quiérase o no, merecía cierto respeto y discreción.

—Padre O'Malley, ¿tiene usted la llave de la habitación donde se encuentra el cadáver?

—Sí, pero...

—¡Démela inmediatamente!

El padre O'Malley sacó del bolsillo la llave, y se la entregó al inspector. Mientras tanto, el agente Hugues regresaba con otro uniformado.

—Agente Hugues, tenga usted la llave de la sala del cadáver. Ciérrela y monten ustedes dos guardia en la puerta. No permitan entrar a nadie hasta nuevo aviso.

Una vez asegurada la intimidad de la sala del velatorio, el inspector Brandson se dirigió al exterior para ver qué ocurría. De lo primero que se dio cuenta fue de que la mujer que había entrado a tomar la fotografía se había quitado el pañuelo y las gafas negras.

—¡Así que es usted, la campeona sacando a la luz cualquier asunto turbio allá donde se encuentre!

—Inspector jefe, me alegro de verle a usted de nuevo.

—Sospecho que toda esta historia de las mujeres con una mancha en el culo la descubrió usted.

—No exactamente, señor inspector. En realidad el mérito se lo debemos a la señora O'Brien, con la que yo me puse en contacto en su día. De hecho, fue ella la primera que se dio cuenta de que existía más de una mujer con la misma mancha, y de que ello podía deberse a que eran hijas del mismo padre.

—¿Así que la señorita O'Brien, perdón, señora O'Brien, está casada? No sé por qué, pero jamás lo hubiera supuesto.

—Por lo que veo, según usted para que una mujer adquiriera el título de señora deberá estar casada. Y por cierto: ¿qué es usted, señor o señorito?

—Haga el favor de no burlarse.

—No se burle usted tampoco de las mujeres, señor inspector. De hecho, nosotras tenemos el mismo derecho que los hombres a que se nos trate de señoras, estemos o no casadas.

No era la primera vez que el inspector Brandson chocaba con Caroline Brenton. Sin embargo, reconocía que, como profesional, podía ser temible; lo cual, tratándose de una periodista, resultaba más un elogio que lo contrario.

—Bien, vamos a dejarnos de polémicas y al grano: supongo que las fotografías que ha tomado del cadáver las tendrá ya a buen recaudo.

—No le quepa ninguna duda.

—Y ahora pretenderá realizar todo un reportaje cinematográfico del evento.

—Sabe usted muy bien que ése es nuestro cometido.

El inspector Brandson se quedó por un momento callado: si ya de por sí la situación sin tener a los periodistas en escena era complicada, ahora se veía obligado a jugar a dos bandas. Tenía que actuar con astucia, intentando salir lo más airoso posible. Enseguida se dio cuenta de que en aquel momento su

principal baza era que el antagonismo principal ya no estaba con la policía, sino entre la Iglesia y los periodistas; mientras que a él lo habían colocado en una especie de situación intermedia entre ambos. Así que se le ocurrió un plan maquiavélico:

—Señora Brenton: le advierto que he puesto dos hombres de guardia en la habitación del cadáver, y que no estoy dispuesto a dejar entrar a nadie.

—¿Así que ahora se ha colocado del lado de la Iglesia?

—No exactamente, pues como bien sabe, la identidad del padre Richard no la ha descubierto usted, sino nosotros. Escúcheme: lo que vamos a hacer es reunirnos con el padre O'Malley, y entre los tres veremos lo que se puede hacer.

Caroline comprendió enseguida que lo mejor que podía hacer no era enfrentarse a la vez con la policía y con la Iglesia, sino negociar lo que pudiera.

Una vez que estuvieron reunidos alrededor de la misma mesa, el inspector Brandson tomó la palabra:

—Este es el padre O'Malley, responsable y director espiritual de la residencia Resurrection House, en la que el padre O'Bannion ha residido los últimos años. Caroline Brenton es periodista, la cual había estado con anterioridad en contacto con algunas de las mujeres que, según todos los indicios, son hijas del fallecido Padre O'Bannion.

Los otros dos interlocutores permanecían en silencio.

—Debo decir que el padre O'Malley ha exhibido una actitud de colaboración con la policía, permitiéndonos acceder a la sala en la que se estaba velando el cadáver del padre O'Bannion, así como proceder a los trámites necesarios que condujeran a su adecuada identificación.

Al oír al inspector, el padre O'Malley lanzó un suspiro de alivio, mientras que Caroline Brenton le lanzó una mirada de escepticismo.

—Por otra parte, la periodista Caroline Brenton ha acudido en la convicción de que lo sucedido hoy aquí merece un tratamiento informativo por parte de los medios de difusión, lo cual es algo que, aun sin ser profesional, puede comprenderse fácilmente. Además, hay que tener en cuenta de que la señora Brenton ya había publicado algo sobre esta misma cuestión, así como que durante los últimos meses ha estado llevando a cabo un seguimiento informativo del tema.

El padre O'Malley empezó de nuevo a manifestar nerviosismo.

—¿Y qué es lo que pretende usted ahora, convertir esta residencia en un plató de televisión?

Antes de que la discusión se volviera incontrolable, el inspector tomó de nuevo la palabra.

—He convocado esta reunión con el objeto de poder llegar a un acuerdo entre ustedes dos, que permita salvaguardar la intimidad de un recinto que a todas luces lo requiere, así como también respetar el derecho a que se informe a la sociedad de aquellos asuntos que sean de su interés.

—¿Y cómo lo va a hacer?

—Pienso que se puede llegar a un acuerdo sobre qué material gráfico puede grabarse o publicarse sin herir sensibilidades. Si me permiten alguna sugerencia, creo que no debe haber inconveniente en filmar el exterior de la residencia. ¿Están ustedes de acuerdo?

El sacerdote y la periodista permanecieron en silencio.

—Bien: ahora viene la parte más difícil. Supongo que el padre O'Malley no estará dispuesto a que se filme el cadáver del padre O'Bannion, ni tampoco la sala del velatorio. Y debo decir además que ello me parece del todo razonable, por un mínimo sentido de respeto hacia una persona recientemente fallecida.

Caroline Brenton tuvo un gesto de incomodidad. No obstante, enseguida se dio cuenta de que, aun en el caso de que fueran filmadas dichas imágenes, era improbable que la cadena de televisión accediera a emitirlas. Pero, sea lo que fuera, necesitaba sacar algo más de la negociación.

—Aunque no los comparto del todo, me hago cargo de los argumentos del señor inspector. No obstante, deben comprender que en aras de ofrecer al público una información adecuada, resulta imprescindible disponer de algún material gráfico relativo al padre O'Bannion.

Los tres interlocutores se interrogaron con la mirada. Por fin, el inspector acertó a realizar una sugerencia:

—Padre O'Malley: ¿dispone usted de alguna fotografía del padre O'Bannion?

—Creo que podría haber alguna en su habitación.

—¿No les parece que eso podría ser suficiente para un posible reportaje,

sin ofender por ello la memoria del padre O'Bannion?

—Por mi parte, estoy de acuerdo —respondió Caroline Brenton.

—Entonces, padre, si nos hiciera el favor de aportar algunas fotografías, creo que el asunto estaría zanjado.

—Voy a subir a su habitación, a ver si encuentro algo.

Al cabo de un par de minutos, el padre O'Malley regresó con un sobre que contenía una media docena de fotografías. Las más antiguas, de pequeño tamaño y mala calidad, fueron desechadas desde un principio. No obstante, dos de ellas eran retratos de estudio, uno más actual y el otro de hacía bastantes años, en el que Richard O'Bannion aparecía notablemente más joven. En otra fotografía, ésta de grupo, el padre O'Bannion aparecía con otros tres sacerdotes, con el suficiente tamaño de imagen y nitidez como para que pudieran ser todos ellos identificados.

—¿Le parece suficiente, señora Brenton?

—Estupendo, padre O'Malley. Me quedo con estas tres. Le prometo que a la mayor brevedad se las devolveré.

En aquel momento, bien por nerviosismo, bien por un orgullo, bien por ambas cosas a la vez, el padre O'Malley cometió un error fatal:

—El que está situado a la derecha del padre O'Bannion es el padre Ferguson, nuestro vicario del Oficio Divino.

Caroline Brenton, más avezada que el sacerdote en gestionar temas resbaladizos con la rapidez del rayo, al oír eso puso cara de circunstancias sin decir una palabra. Enseguida se dio cuenta de que dicha fotografía podía ser una prueba de que ambos sacerdotes se conocían, así como de que existía entre ambos una cierta confianza e incluso complicidad. Pensó que en cuanto salieran de allí tenía que asegurarse de que Kelly identificara al sacerdote de la fotografía.

—Bueno, pues creo que con esto el tema está resuelto. Ustedes pueden filmar la parte externa de la residencia, y mediante las fotografías se podrá ilustrar convenientemente la vida del padre O'Bannion.

El padre O'Malley no estaba del todo satisfecho:

—¿Y qué pasa con la fotografía que ha tomado usted en la sala del velatorio?

—¿Se refiere a la de la mancha en el trasero? Se lo voy a explicar: en

primer lugar, una fotografía de una mancha en la piel no certifica quién es la persona que la tiene, ya que no hay ningún otro elemento que la relacione con ella. Pero es que, además, en este caso puedo disponer de otras fotografías de manchas exactamente iguales, tomadas a otras personas. Con lo cual, si quisiera publicar alguna fotografía de las mismas, tendría material de sobra aunque no se la hubiera tomado al padre O'Bannion directamente. En realidad, si lo he hecho ha sido para estar yo también segura de que su mancha era idéntica a las otras, y por tanto de que podría asegurarse que Richard O'Bannion es en realidad el padre biológico de cuatro mujeres.

—¿Ha dicho de cuatro?

—Exactamente. Y le digo además que están ahí fuera para poder ver a su padre por primera y última vez en su vida.

Las angustias del padre O'Malley no acababan de tener fin.

—Le pido un último favor, señor inspector: no permita que se organice ningún tipo de tumulto.

—Descuide, padre O'Malley. Pero usted me va a tener que hacer otro favor a mí: Dígale a la monja que nos atendió antes que venga, y que traiga papel y pluma. Señora Brenton, le rogaría que esperara fuera, con el resto de las personas que han acudido con usted.

Al cabo de poco apareció la monja con cara de desagrado. Ella no había tomado parte en nada de lo ocurrido durante los últimos momentos, y acaso por ello mantenía la misma actitud hostil que cuando apareció la policía.

—¿Cuál es su nombre de pila, padre O'Malley?

—Philip.

—¿Y el suyo, hermana?

—Theresa Cockpit.

—Muy bien. Pues va a escribir usted, padre O'Malley, lo que yo le diga, y lo va a firmar.

—¿Qué quiere que escriba?

—Lo siguiente: “En el día de hoy la policía de Cork, al mando del inspector Jefe Thomas Brandson, ha acudido a la residencia de venerables sacerdotes Resurrection House, de la cual soy responsable, a efectos de proceder a la identificación del padre Richard O'Bannion, residente en la misma y fallecido recientemente. Debo manifestar que la actitud de la policía,

y sobre todo la de su oficial superior, ha sido en todo momento correcta y respetuosa tanto con el carácter sagrado del recinto como con el cadáver del padre O'Bannion. Además, ha tenido una actuación digna de elogio y agradecimiento para evitar que una cadena de televisión que a su vez había acudido también a la residencia filmara escenas que resultarían del todo inconvenientes.”

—Estupendo. ¿Quiere usted añadir algo más, padre O'Malley?

—Sí. Querría añadir lo siguiente: “Si bien durante los años de permanencia del padre O'Bannion como residente en Resurrection House su conducta ha sido del todo ejemplar, por circunstancias fortuitas he llegado a saber que en el pasado cometió graves actos en contra de la Ley de Dios y del compromiso de celibato sacerdotal, concretamente mantener relaciones carnales con varias mujeres, algunas de las cuales quedaron como consecuencia de ello embarazadas y dieron a luz hijas que se vieron obligadas a entregar en adopción. Por la presente manifiesto que quiero rogar a Dios que tenga piedad del padre O'Bannion, del cual espero que haya tenido tiempo en su vida de arrepentirse de todos sus pecados”.

—Estupendo, padre O'Malley. Ahora, firme abajo, por favor. Y usted también, hermana. Pero antes va a escribir lo siguiente: “Yo, hermana Theresa Cockpit, doy fe de que el padre Philip O'Malley ha realizado esta declaración libremente, sin estar sujeto a ningún tipo de coacción y estando en pleno dominio de sus facultades.”

Nada más que se firmó el papel, el inspector se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Creo que después de todo esto, tanto usted como yo comprendemos que a todos nos interesa mantener nuestro culo a buen recaudo. ¿No les parece?

Al padre O'Malley no le hizo la broma ni pizca de gracia. Al cabo de poco, se oyeron unos golpes en la puerta, y cuando abrieron se encontraron con Caroline Brenton acompañada de Kelly y otras tres mujeres.

—Espero que ustedes hayan terminado ya su conciliábulo particular. Así que me permito presentarles a Margaret, Sally y Peggy. Aparte de Kelly, a la que ya conocen de sobra.

El inspector Brandson no acababa de recibir aquel día nuevas y nuevas sorpresas.

—¡Doctora Taylor! ¿qué hace usted aquí?

—Muy buenos días, señor Brandson. Ya ve usted. Al parecer soy una de las hijas del padre Richard, al que según me han dicho acaba usted de identificar.

La avezada periodista Caroline también estaba condenada aquel día a recibir alguna sorpresa.

—¿No me digan que ustedes se conocían de antes?

—La doctora Taylor en cierta ocasión me sacó un par de balas del cuerpo, siendo yo todavía agente y tras un tiroteo a raíz de un atraco a un banco.

—No sabe usted el miedo que pasé de que muriera.

—Y no sabe usted todo lo agradecido que le he estado toda mi vida. Bueno, eso creo que ya lo sabía.

Margaret se ruborizó un tanto, lo que no le pasó desapercibido a Caroline.

—Desde luego que lo sabía.

—Lástima que fuera usted una señora, que si no...

—En realidad ahora soy de nuevo una señorita.

Caroline le lanzó una mirada furibunda.

—¿Así que ahora es usted una señorita? Pues hace un momento me acaban de decir que todas las mujeres son señoras.

—Bueno, señor Brandson...

—Puede llamarme Thomas.

—Thomas, es una forma de decir las cosas. Ya me entiende...

—Claro que la entiendo. Pues sepa de paso que yo también soy ahora señorito.

Caroline cada vez iba poniéndose más nerviosa. Al final, intentó cortar por lo sano.

—Me alegro de que ustedes dos se conocieran y de que se lleven tan bien, pero ahora tengo que decirles que todavía falta un trámite que llevar a cabo.

—¿De qué se trata?

—He venido con Margaret y con otras dos mujeres. Perdón, señoras, todas ellas hijas de Richard O'Bannion. Y me han dicho que les gustaría conocer por fin a su padre, y de paso despedirse de él.

—Por supuesto. Daré orden al agente Hugues de que les deje pasar unos minutos.

—Lo siento, señor inspector, pero debo protestar: No me parece adecuado que nadie pase a ver al difunto padre O'Bannion sin que sea adecuado como es debido.

—Padre O'Malley: Creo que estas señoras deberían ver a su padre en la posición en que está ahora. A fin de cuentas, tienen perfecto derecho a asegurarse de que es su padre. ¿No le parece?

Al padre O'Malley de nuevo no le quedó más remedio que resignarse. Así que, una vez que el agente Hugues les abriera la puerta, las cuatro hijas del padre O'Bannion entraron en la estancia.

—Como podéis ver, hermanas, tiene en el culo una mancha idéntica a la nuestra. Afortunadamente se me ocurrió por casualidad arañarle la piel, porque si no habría pasado desapercibida, y lo habrían enterrado sin que supiésemos quién era en realidad.

—Gracias, Kelly. Eres toda una hermana fetén.

—Margaret: has venido todo el viaje muy seria. ¿Te pasa algo?

—Bueno, la verdad es que todo esto para mí a lo mejor ha sido más triste que para vosotras. Aparte de que soy más mayor y estoy más desengañada de la vida, ocurre que yo me he pasado toda mi infancia y mi adolescencia con un señor al que consideraba mi padre, pues como sabéis hasta hace poco no me he enterado de que era adoptada, pero que en realidad no era más que un padrastro alcohólico que en cuanto venía a casa con alguna copa de más lo primero que hacía era intentar propasarse conmigo. Así que después de haber pasado gran parte de mi vida con un supuesto padre como ese, encontrar ahora otro padre que tampoco es mejor que él no es que me produzca una gran satisfacción.

—Bueno, pero una vez que lo has visto, ¿qué tal te encuentras?

—La verdad es que bastante más animada, porque también me acabo de encontrar con un viejo conocido, y eso me ha alegrado bastante.

—Tú eres la mayor de todas las hermanas. ¿No crees que deberías decir unas palabras en nombre de todas?

—¿Y qué queréis que diga?

—No sé, lo que se te ocurra.

Por fin Peggy, la que casi nunca hablaba, se animó a intervenir en la conversación:

—¿Qué se puede decir de un señor que tiene un culo tan feo?

Nada más oír eso, todas se echaron a reír.

—Tienes razón, Peggy, la verdad es que el culo lo tiene bastante feo.

—¿Cómo tendrá la cara?

—¿Queréis que le demos la vuelta?

De repente, a Kelly le entró cierto miedo.

—No, por favor, dejadlo como está. Tened en cuenta que Michael y yo todavía estamos detenidos, y si hacemos algo que al inspector no le guste, a lo mejor se enfada con nosotros,

—De acuerdo, Kelly. No vamos a tocar el cuerpo, pero yo creo que a pesar de todo Margaret debería decir unas palabras.

—La verdad es que...

—Venga, Margaret, anímate.

—Lo que pasa es que sólo se me ocurre en este momento una cosa.

—¡Pues dila!

—A lo mejor no os parece bien.

—Seguro que es lo que todas estamos pensando.

—Bueno, pues ahí va: “Querido padre, en nombre de todas tus hijas, te mando solemnemente a tomar por el culo”

Nada más oírlo, todas estallaron en carcajadas y prorrumpieron en aplausos. Así que, un tanto alarmados por el escándalo, el inspector Brandson y el padre O’Malley entraron en la estancia.

—Bueno, señoras, ¿Han terminado ustedes de despedirse de su padre?

—Desde luego, señor inspector. Ya salimos. Le juramos que no hemos tocado nada.

—Así lo espero. Por cierto, Kelly: usted y el señor Fogherty deberán acompañarme a la comisaría.

—¿Vamos a continuar detenidos?

—Al menos hasta que lleguemos a la comisaría sí. Luego realizaremos allí los trámites necesarios para que puedan regresar a sus domicilios.

Para cuando salieron de la comisaría, ya era de noche. El tiempo era bastante apacible, así que les pareció una buena idea dar un paseo por la orilla

del río porque, además, después de lo agitado del día y de la noche anterior, la mejor opción era tomar un poco el aire.

—Al fin se ha acabado todo, Michael. Quiero que sepas que estoy muy agradecida contigo, y que todo este tiempo he estado por ti enormemente preocupada.

—Descuida Kelly. Lo he hecho del todo convencido, y estaría dispuesto a hacer por ti lo mismo todas las veces que fuera necesario.

—Eres un encanto, Michael.

—Tú también. Ya lo sabes.

Durante unos instantes se hizo el silencio, como si cada uno de los dos estuviera preparándose para lo que iban a decir a continuación:

—Es curioso: por fin has podido ver la mancha de alguien.

—Bueno, en realidad también se la vi a Margaret.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo fue eso?

—¿No recuerdas que en la última reunión, cuando vino Rachel, se desnudó delante de todos y nos la enseñó?

Al oír eso, a Kelly le entró la risa.

—Es verdad, lo tenía totalmente olvidado. Así que ya has visto dos. ¿Pues sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Qué no hay dos sin tres. ¿No te parece?

Epílogo

Aunque de buena gana habría estado dispuesta a preparar comida para todo el que lo necesitara, no le quedó más remedio que rendirse a la evidencia de que, en esa ocasión, era tal el número de invitados que ya no cabrían en casa. Así que, al igual que ocurriera cuando celebraron la ordenación sacerdotal de Michael, optaron por reservar una mesa en el restaurante más conocido de la localidad.

Habían transcurrido ya algunos años, y de golpe se puso a pensar cuánto habían cambiado las cosas desde aquel día, no sólo por la situación personal de cada uno de los miembros de la familia, sino también porque le parecía que todos se habían hecho más maduros, más seguros de sí mismos y más capacitados para encararse con el futuro de forma positiva. Pero sobre todo pensaba que, comparada la situación actual con la de entonces, ahora estaban más unidos y, sobre todo, se querían más unos a otros.

Aún faltaba más de media hora para la hora de la cita, y a pesar de que desplazarse hasta el restaurante no les llevaría más de cinco minutos de paseo, hacía tiempo que estaba totalmente vestida y arreglada. No así su marido, el cual se encontraba aún en mangas de camisa y con los botones de la misma sin abrochar.

—Trevor, ¿quieres darte prisa de una vez? No quiero que seamos los últimos en llegar.

—Pero mujer, aún falta mucho para la hora que hemos encargado la comida.

—¿Y todo lo que te falta para vestirte? ¿Has pensado ya qué corbata ponerte?

—Había pensado que eso lo decidieras tú. Al fin y al cabo, si la que escojo yo no te gusta una de dos: o tenemos un discusión de tomo y lomo, o tengo que quitármela y ponerme la que tú digas.

—Muy bien: pues ponte ésta, y date prisa, por favor.

—Tranquila, que los hombres no tardamos nada en vestirnos. No como vosotras. Tendríais que haber estado en el ejército para saber lo que es vestirse rápido. En cuanto tocaba la corneta por la mañana, teníamos cinco minutos para hacer la cama, ponernos el uniforme y formar en la fila.

—Los hombres siempre con vuestras historias. Como si el ejército y todo

eso fuera el ideal de vida.

—Al menos mejor que pasarse media hora en el lavabo, todas en grupo y haciendo sabe Dios qué.

—Bueno, vamos a dejarlo que no es momento para discusiones. Esta vez por lo visto no va a faltar nadie.

—Así lo espero. Además, estoy deseando de conocer a algunos.

—A algunas más bien. Ya sabes que a Kelly yo sí que la conozco. Es encantadora. Ya lo verás.

—¿Sabes algo de Violet?

—Según lo poco que sé, Patrick debe de estar la mar de enamorado, y por lo que cuenta ella también. Pero ya sabes cómo es: no piensa más que en su taller y en sus automóviles, y hasta ahora no se le ha ocurrido ni por lo más remoto que a su madre le encantaría conocer a una posible futura nuera.

—¿Y de Molly, sabemos algo?

—Me llamó diciendo a ver qué le parecía si invitábamos también a su socia. Yo le dije que sí, faltaría más. Deben de estar muy unidas.

—¿Sabes cómo se llama?

—Sí: Imogen Hutchinson.

—¡Vaya nombre tan victoriano!

—Creo que es de muy buena familia. Ya sabes, de esas que cuando la guerra siempre estuvieron del lado de los ingleses.

—Pero de eso ha pasado una eternidad. ¿No se lo irás a echar en cara verdad?

—Claro que no, Trevor.

—Oye, Rose...

—Dime.

—¿Tú crees que...?

En realidad, ella también se había hecho la misma pregunta un montón de veces. Se lo había preguntado y, además, se lo había contestado a sí misma otras tantas. Por eso no le costó mucho darle a su marido una respuesta que se saliera de la mera conjetura, más propia de una conversación seria que de simples chismorreos:

—¿Sabes qué creo, Trevor? Que si fuese una hija como las demás, como Maureen por ejemplo para que nos entendamos, eso que te intriga me llamaría la atención, y sentiría curiosidad. Pero, para bien o para mal, Molly no es así.

—Cada vez que pienso la cantidad de hombres...

—Sí, ya lo sé. Cada vez que lo piensas te llevan los demonios porque te imaginas a nuestra pobre hija sufriendo lo indecible mientras es ultrajada de todas las formas posibles. Pero a lo mejor las cosas no han sido como crees, al menos no siempre. ¿Has pensado, por ejemplo, que a lo mejor también alguna mujer que otra ha pasado por su cama? Pagando por ello, quiero decir.

Al oír semejante pregunta, Trevor Fogherty se quedó totalmente sorprendido.

—O sea, que también las mujeres os dedicáis a eso.

—¿A qué, si puede saberse?

—Pues a eso, a irse de putas, para que nos entendamos.

—De putas o de putos. ¿Por qué no?

El pobre Trevor, cuando menos se lo esperaba, se estaba empezando a poner nervioso.

—Mira, Trevor, voy a serte del todo sincera, y espero que tú también comprendas a tu hija tal y como es: Ya sé que has sufrido mucho pensando a qué se ha dedicado durante un montón de años. Has sufrido por ella, pero también por ti mismo, porque ello te hacía sentirte avergonzado. Pero a lo mejor no te has dado cuenta de otra cosa diferente con respecto a Molly: el hecho de haber tenido relaciones con tantas personas a lo largo de su vida le ha servido para entender mucho mejor que nosotros el sentido que tiene el que un hombre y una mujer, o lo mismo dos mujeres o dos hombres, utilicen sus cuerpos para procurarse placer mutuo.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Que en el caso de Michael, o de Patrick, de Maureen por descontado, incluso de Kevin, y sin olvidarnos de nosotros mismos, la relación de pareja se ve como algo cerrado, dentro de lo cual se incluyen el sexo, el cariño, la convivencia y todo lo que quieras. Pero Molly ya tiene esa fase superada, porque para ella el sexo ha sido otra cosa: ha sido su campo de trabajo.

—Perdona, pero sigo sin entenderte.

—Lo que quiero decir es que si me ha pedido que invite también a su socia,

ello no tiene nada que ver con que se vayan o no a la cama juntas. A lo mejor sí lo hacen, o a lo mejor no. Pero lo que está claro es que, sea como fuera, son dos personas que en este momento comparten muchas cosas. Comparten unos gustos, unos intereses, una forma de ganarse la vida y, a fin de cuentas, un futuro.

—¿Y eso te parece suficiente?

—Eso es mucho más de lo que comparten muchas parejas formalmente establecidas, aunque a veces parezca lo contrario.

Hasta ahora jamás había visto Trevor a su mujer expresarse con tanta elocuencia.

—Me estás dejando asustado con lo filósofa que te has convertido sin que yo supiera nada.

—Tienes razón, Trevor. Durante los últimos años me he hecho más filósofa. ¿Y sabes por qué? Porque nuestros hijos me han enseñado muchas cosas que no sabía: Molly con su trabajo despreciado por la sociedad; Kevin amando a otro hombre; y Michael amando al prójimo como Dios manda que nos amemos: sin complejos, sin tacañería y dando todo lo que uno pueda dar a sus semejantes.

—Rose, eres una mujer admirable.

—Venga, tonto, vamos a dejar ya todo esto que ahora sí que llegaremos tarde. ¿Ya te has puesto la corbata que te he dicho que te pusieras?

Como era de prever, a pesar de lo supuestamente retrasado que iba Trevor con su vestimenta cuando llegaron al restaurante sólo estaban presentes Maureen, sentada en una silla para no cansarse por el sobrepeso y todo lo demás que supone un avanzado estado de gestación, y su marido Benedict, el cual se puso de pie nada más que llegaron sus suegros.

—¿Qué tal estás, hija mía? No hace falta que te levantes, por favor.

—Bien, mamá. No se preocupes que todo va bien.

Al principio se quedó más que sorprendida cuando al poco vio entrar a Kevin acompañado de un individuo con aspecto casi de mal encarado, o al menos de delincuente peligroso. Sólo cuando se acercó más se dio cuenta de que Stanley se había dejado crecer el bigote y se había cortado el pelo casi al rape. Pensó para sus adentros que le quedaba fatal, pero tuvo buen cuidado de no hacer el más mínimo comentario.

—¿Qué tal estáis, hijos míos?

—Madre, usted desde luego está elegantísima.

De golpe se dio cuenta de que el tipo mal encarado le acababa de llamar madre por primera vez, y no pudo evitar que le brotaran un par de lágrimas.

Michael y Kelly llegaron a poco tiempo. Contrariamente a las dos parejas que ya estaban en la mesa, su atuendo más informal les hacía parecer de otra generación diferente. “Este hijo mío todavía tiene que pasar en su vida por varias fases —pensó Rose para sí. Y esa chica tan encantadora que tiene por novia otro tanto. Aunque justo es reconocer que con la vida que han tenido hasta ahora bastante han hecho con llegar a donde han llegado”.

—Kelly, me alegro de volverte a ver.

—Lo mismo digo, señora Fogherty.

—Llámame Rose, como todo el mundo. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde aquella vez que te presentaste en casa para decirle a mi hijo que se acababa de quedar en el paro?

—Por favor, madre...

—No te preocupes, Michael, que me he dado cuenta de que es una broma.

A Michael la novia de su hermano Patrick le recordó un tanto a Jennifer, la encargada de mantenimiento de su colegio. Una mujer que, bajo una apariencia de fortaleza, con una estructura corporal que venía a sugerir precisamente eso, y además con unos ademanes resolutivos, escondía sin embargo una belleza y un alma femenina tan encantadora como cualquier otra, y en tal sentido le pareció una mujer de la cual uno podía enamorarse lo mismo si era dueño de un taller de automóviles como cualquier otra cosa.

Imogen Hutchinson, sin embargo, desentonaba bastante del resto de comensales. Más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, con el pelo totalmente encanecido, irradiaba un aire de noble distinción que, para bien o para mal, ninguno de los miembros de la familia Fogherty había tenido jamás, y mucho menos una niña criada en el hospicio, una mecánica de automóviles, un reparador doméstico o un hijo de familia conservadora que aparentaba no haber salido jamás de las faldas de su madre. Acaso por esa razón, cuando apareció acompañada de Molly se hizo un silencio expectante, como si su presencia fuese el prolegómeno de algún acontecimiento importante que todos estaban esperando. Sin embargo, nada más que se acercó a la mesa saludó a todos de forma cordial y, sin más, ocupó el sitio que se le había reservado.

Una vez que todos estuvieron sentados, y antes de que se sirvieran los platos, a Kevin se le ocurrió que, dado el carácter extraordinario del evento familiar, no estaría de más que alguien dijera unas palabras, al igual que había ocurrido en ocasiones anteriores, aunque bien estaba decirlo no siempre consecuencia de un ambiente de armonía y buen entendimiento.

—Venga, Michael, seguro que eres capaz de decir algo que nos conmueva a todos, al igual que lo has hecho otras veces.

Michael, sin embargo, tenía otra idea diferente, a pesar de que aceptó el reto y se levantó para dirigirse al resto:

—Al igual que cuando nos reunimos para celebrar el cumpleaños de madre, creo que esta ocasión es especial, porque es la primera vez que no sólo estamos sentados en la mesa toda la familia, sino también aquellas personas a las cuales la familia les debe que hoy seamos todos más felices. Pero si ha habido alguien que durante todo ese tiempo ha hecho más por nosotros, ha sufrido con nuestras diferencias y nuestros avatares, y como consecuencia de ello puede hoy estar más orgullosa que nadie de cómo es la familia hoy en día, ésa es precisamente ella, la señora Fogherty, a la que por cierto Stanley acaba de llamarle madre hace un momento. Así que propongo que sea ella quien nos dirija a todos unas palabras, porque creo que ella es la principal protagonista en esta reunión.

Todo el mundo estuvo de acuerdo con la propuesta, y por tanto comenzaron a animar a la señora Fogherty a que se dirigiera a todos. Así que la pobre Rose, parca en elocuencia cuando había más de tres personas delante, no hacía sino resistirte, aunque con escaso éxito. Por fin, rodeada de aplausos, se levantó de la silla:

—Hace unos minutos estábamos en casa vuestro padre y yo hablando de vosotros, y yo le decía que gracias a lo que me habéis enseñado acerca de la vida hoy me considero una mujer diferente, mucho más segura de mí misma, y conociendo mucho mejor cómo son el mundo y las personas que viven en él. Pero no sólo eso: he aprendido también que hay muchas más maneras que las que yo creía para ser una buena persona, y doy fe de que todos vosotros, hijos míos, lo sois en realidad. Quiero deciros por tanto que a pesar de que en el pasado me habéis hecho sufrir mucho, estoy muy orgullosa de vosotros, porque la culpa de que haya sufrido no ha sido tanto vuestra como mía, por no haber comprendido en su momento cómo erais en realidad, o a lo mejor porque en el fondo no quería aceptar que tuvieseis vuestra propia forma de ser. Por todo

eso quiero daros las gracias, como he dicho antes, porque gracias a vosotros he aprendido mucho.

“Y a los que por primera vez, o a lo más por segunda, estáis sentados en esta misma mesa junto a nosotros, os quiero dar en primer lugar mi bienvenida, y en segundo lugar también mi agradecimiento, porque estoy seguro de que si hoy en día puedo enorgullecerme de tener unos hijos que son unas buenas personas, ello también se debe a lo que vosotros les habéis ayudado para ello.

Todo el mundo se puso a aplaudir con brío, mientras la pobre Rose, una vez liberada de la tensión de hablar delante de todo el mundo, se limpiaba las lágrimas con un pañuelo, y Stanley, el más sentimental de todos, hacía lo propio. Pero una vez que pasaron los momentos emotivos, comenzaron a servirse los platos, y sin más se lanzaron con brío a degustarlos como se merecían. Mientras tanto la conversación se hizo mucho más distendida, y como no podía ser de otra forma los acontecimientos protagonizados recientemente por Kelly y Michael acapararon el interés de todos:

—Así que al final pudisteis saber quién era vuestro padre.

—Visto así, después de lo ocurrido, no sé si tanto esfuerzo hubo merecido la pena.

—Kelly, por favor, no digas eso. Me vas a dejar en evidencia, pues van a pensar que todo lo que te ayudé no fue más que porque soy un imbécil.

—Y porque te la querías ligar, ¿no es así, hermano?

—Bueno, Patrick, eso también.

—Perdona Michael, a lo mejor me he expresado mal. Claro que es importante que se sepa que alguien sedujo a un montón de mujeres jóvenes y las dejó embarazadas, y más todavía que por culpa de ello haya habido unas niñas a las que se les negó el derecho a conocer a sus padres. Lo que quiero decir es que una vez que sabes quién ha sido el tuyo, te das cuenta de que eso no va a cambiar en nada tu vida.

—Eso es cierto. Pero no podemos olvidarnos tampoco de Caroline, y del trabajo tan enorme que ha hecho. Supongo que todos habréis leído el reportaje que ha publicado

No hace falta decir que todos sin excepción lo habían leído más de una vez.

—¿Y qué le ha parecido todo eso a la Iglesia?

—El padre Finnegal, ya sabéis, el que sale en ese programa de televisión los domingos, al poco de que se publicara el reportaje dio una rueda de prensa. La verdad es que delante de los periodistas se maneja a la perfección.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que la Iglesia desconocía completamente los hechos mencionados en el reportaje, pues en su día nadie los denunció.

—¡Pero eso no es verdad!

—Que no se denunciasen sí. Que la Iglesia los conociera de antemano había que probarlo. De todas formas, alguien se tenía que cargar con el mochuelo, y la culpa se la echaron al padre Ferguson.

—¿Ese no era el que decidió una vez que fueras a las misiones?

—El mismo. El padre Finnegal dijo que en cuanto tuvieron conocimiento de los hechos, la Iglesia puso en marcha una investigación, y descubrieron que el padre Ferguson, que había sido durante un montón de años el encargado de gestionar los asuntos turbios del sacerdocio, lo había sabido desde siempre, pero que lo había ocultado por su amistad con el padre O'Bannion. Así que ahora, según creo, lo han destituido de su cargo, y vive precisamente en la misma residencia donde Richard O'Bannion estuvo sus últimos años.

—¿El tal padre O'Bannion tenía un mote, no?

—Sí. Le llamaban Banana Dick.

Una vez más, el mote del cura despertó las risas de los presentes.

—En la rueda de prensa Caroline Brenton, la periodista autora del reportaje que había estado trabajando con nosotros, le preguntó si acaso no conocía la existencia del tal Banana Dick, pues según tenía entendido ella debió de ser bastante famoso en su día dentro del clero. El padre Finnegal, astuto como él sólo, no lo negó en redondo. Dijo que aunque conocía ciertos rumores, no existía ningún indicio serio para relacionar al padre Richard O'Bannion con Banana Dick, ya que hasta su fallecimiento el padre Richard O'Bannion fue siempre considerado un sacerdote de conducta ejemplar.

—Pues el nombre y el mote se parecen bastante, ¿No os parece?

—Tienes toda la razón del mundo, Patrick.

Nuevas risas en el auditorio. A Maureen, sin embargo, entusiasta como pocos de la vida familiar, le preocupaban más otras cuestiones:

—O sea que ahora, Kelly, te has encontrado de golpe con que tienes otras

tres hermanas.

—Así es, Maureen.

—¿Y cómo te sientes? ¿No es un poco fuerte?

—Siento que han aparecido en mi vida otras tres personas a las cuales cada vez les tengo más cariño.

—¿No había una de ellas que no sabía que era adoptada?

—Supongo que te referirás a Peggy. A ella jamás le habían dicho en su familia que fuese adoptada. Y al final resultó que era verdad: en realidad no era adoptada, sino hija de la mujer que se suponía que era.

—¡Pero eso no puede ser!

Fue la propia señora Fogherty quien le contestara con cierta resignación.

—A veces Maureen, hija mía, me asombra que tengas tan pocas entendederas.

La pobre Maureen se puso roja como un tomate. Y a lo mejor por su azoramiento, sacó a relucir temas que no debía.

—Por cierto, Patrick: el otro día me encontré con Esther, ya sabes, la chica que patinaba por el paseo, y me dio recuerdos para ti.

—Pues muchas gracias. De mi parte.

—Y también me dio recuerdos para Michael.

El pobre Michael pensó que Maureen estaba batiendo todos los records de inoportunidad.

—¿Así que tú también la conocías, Michael?

—Bueno... en realidad no mucho. Solamente de haberla visto patinando por el paseo.

Al parecer, Patrick todavía mantenía fresco su recuerdo.

—¿Te acuerdas, Michael, cómo comentamos lo buena que estaba cuando la vimos patinando aquella vez?

—Creo, Patrick, que sobre todo quien lo comentó fuiste tú.

—Claro. En aquella época Michael todavía era muy mojigato. Por si no lo sabéis, el primero que le dio consejos sobre cómo tratar a las mujeres fui yo. ¿Te acuerdas cómo te expliqué que si tenías un motor...?

De repente, se le mudó el semblante. Michael, sentado justo frente a él,

dudó si la que le había dado una fuerte patada en la espinilla por debajo de la mesa había sido su novia Violet, sentada justo a su derecha, o su hermana Molly, sentada a su izquierda. Aun sin estar seguro del todo, se inclinó por esta última posibilidad.

Como los demás comensales estaban enfrascados en otras conversaciones, nadie se dio cuenta de que de golpe Patrick se quedara mudo. La señora Fogherty, sin embargo, no paraba de ponderar las excelencias de Kelly, así como su fenomenal intuición cuando desde el primer momento pensó que era una chica estupenda que hacía con su hijo buena pareja:

—Por si no lo sabéis, en cuanto vi a esa chica me figuré que con Michael hacía una pareja perfecta. ¿No es verdad que te lo dije, Michael?

—Así es, madre.

—¿A que tú también pensabas lo mismo?

—Bueno, yo...

—Tú te pusiste más contento que unas pascuas en cuanto la viste llegar con la carta donde te decían que te habían suspendido del sacerdocio. Así que en cuanto vi cómo estabas, pensé: ¿Cómo es posible que esté tan contento en el momento de recibir una noticia tan mala? Y solamente se me ocurrió una explicación.

—Madre, por favor, déjelo. Tenga en cuenta que es la primera vez que Kelly se reúne con nosotros, y vas a acabar consiguiendo que se encuentre violenta.

—No te preocupes, Michael. Tu madre tiene razón. Estabas más contento que unas pascuas.

—¿Y tú?

—Yo también, para qué lo voy a negar a estas alturas.

Poco a poco, el ambiente se iba haciendo cada vez más cordial. Los recién llegados no tardaron en sentirse dentro de la familia como si hubiesen pertenecido a ella desde siempre. Incluso Imogen, que en un principio parecía más distante, acabó platicando con todo el mundo de la forma más natural. No obstante, fue la primera que se disculpó para ausentarse de la mesa.

—Vais a tener que perdonarme, pero quiero estar en Dublín esta noche. Mañana tenemos en la librería la firma de ejemplares de un autor, y necesito tiempo para prepararlo todo.

—¿Es alguien famoso?

—Más o menos. Pero no os hagáis demasiadas ilusiones, que esas cosas siempre son mucho menos solemnes de lo que la gente cree. Le he dicho a Molly que puede quedarse con el coche, por si quiere estar más tiempo con vosotros.

—Encantados de conocerte, Imogen.

—Lo mismo digo.

Poco a poco, todos los comensales fueron regresando a su vida habitual. Al final, Kelly, Molly y Michael se quedaron solos y decidieron irse a tomar una copa a un pub cercano.

—Esa socia tuya es toda una señora.

—Más o menos puede decirse así.

—¿Vivís juntas?

—Sí y no. Tiene una casa imponente en las afueras, pero cuando andamos escasas de tiempo alguna de nosotras se queda en un apartamento que está encima de la librería... bueno, o cuando alguna de nosotras prefiere que la otra no esté demasiado cerca. ¿Y qué me decís de vosotros?

—A Kelly le han propuesto en el bufete hacer un curso de investigación criminal. Según parece, le han visto madera de investigadora.

—¿Así que vas a convertirte en un Sherlock Holmes femenino?

—En absoluto. El bufete no se dedica a investigar asesinatos. Pero sí, por ejemplo, personas desaparecidas, información fiscal, investigación del pasado de alguien, herencias... en fin, ese tipo de cosas.

—¿Y tú, Michael?

—Yo como siempre: a dar clases en el colegio.

—Eso no es verdad. ¿Sabes, Molly, lo que le dijo el inspector que nos interrogó? Que es probable que la matanza en el campo de refugiados salga a la luz, y que entonces Michael será un testigo privilegiado para denunciarla.

—Kelly, por favor, todo eso no son más que especulaciones.

—¿Pero has pensado que si al final el tema se juzga y el juicio tiene eco en todo el mundo, vas a convertirte en un auténtico héroe?

—Y supongo, Kelly, que mi querido hermano aparte de héroe, va a ser el profesor más famoso de Irlanda.

—Más o menos.

Después de un par de copas y de otras tantas horas de charla, pensaron que era hora de retirarse. Molly había decidido quedarse en casa de los padres hasta la mañana siguiente, y Michael y Kelly regresar a Cork, al apartamento que desde hacía algún tiempo compartían ambos mientras encontrasen algo más grande, aunque de momento no tenían ni demasiada prisa ni demasiado dinero para el cambio.

—¿Qué te ha parecido mi familia, Kelly?

—Para mí ha sido una experiencia maravillosa. Ten en cuenta que eso es algo que a mí siempre se me ha negado. Ya sabes por qué.

—Bueno, pues ahora ya tienes tú también una familia que te acoja.

—Es triste decirlo, pero todas nosotras, las hijas de Banana Dick quiero decir, tenemos un poso de tristeza, a pesar de que nuestras circunstancias en la vida hayan sido diferentes. Incluso yo también, que parece que soy la mar de alegre. Ten en cuenta que casi hemos sido hijas de una violación. O si la palabra resulta demasiado fuerte, al menos de una relación desigual, y absolutamente despiadada tanto con la mujer como con respecto a la hija que se engendró de esa relación. Quizás la más afortunada haya sido Peggy. A fin de cuentas, su madre era una mujer adulta cuando tuvo una aventura con el padre O'Bannion. Y después de que su padre legal falleciera hace ya algunos años, puede decirse que casi no ha notado la diferencia.

—De una forma u otra, ya se acabó todo: el padre Ferguson, el padre Finnegan, tu trabajo extra en la vicaría...

—Oye, Michael: hay una cuestión que me ha intrigado mucho desde que empezó todo esto.

—¿Qué es lo que te ha intrigado?

—Ya sabes que está demostrado que el padre Ferguson conocía desde hacía tiempo al padre O'Bannion, y que le estuvo protegiendo siempre. Pero mi duda es la siguiente: ¿tú crees que ya desde antes el padre Ferguson sabría lo de la mancha en el trasero?

Curiosamente, a Michael jamás se le habría ocurrido semejante cuestión. Así que al principio le pilló un poco de sorpresa, aunque después acabó haciéndole gracia.

—No lo sé, Kelly. Pero creo que eso es un secreto que ambos se acabarán

llevando a la tumba.

FIN